



EL COLEGIO
DE MÉXICO

Centro de Estudios Históricos

Impresos frente a la catástrofe. Antifascismo y militancia
intelectual en una plataforma editorial mexicana (1934-1949)

Tesis presentada por

Francisco Joel Guzmán Anguiano

En conformidad con los requisitos establecidos para optar por el grado de

Doctor en Historia

Director de tesis:

Dr. Rafael Elías Rojas Gutiérrez

Ciudad de México

Noviembre de 2024

Agradecimientos	5
Introducción	8
1. La modernización cultural promovida desde el poder: entre el nacionalismo y la aspiración cosmopolita (sobre la constitución de una plataforma editorial y los actores involucrados)	12
2. El naufragio de la humanidad y el horizonte de esperanza (sobre la construcción de una noción de crisis y la emergencia de sensibilidades antifascistas y americanistas)	23
3. La deriva hacia la orientación y la acción futura (sobre la constitución de una militancia intelectual cosmopolita)	29
4. El antifascismo como problema histórico (sobre la revisión historiográfica)	39
a) <i>El antifascismo como sensibilidad transnacional que globalizó las lógicas nacionales</i>	39
b) <i>El Estado mexicano como actor antifascista</i>	42
c) <i>El antifascismo y la edición</i>	46
5. El andamiaje (sobre las fuentes y la estructura de la investigación)	48
 1. Antifascismo y edición en México. Las condiciones para la conformación de una plataforma editorial	50
1.1 El antifascismo en México y el impreso. Panorama de una relación	52
a) <i>La construcción de las experiencias editoriales antifascistas en México</i>	52
b) <i>Tipologías de la edición antifascista y sus características</i>	66
c) <i>La conformación de plataformas editoriales antifascistas</i>	72
1.2 La formación de una plataforma editorial antifascista de ciencias sociales en México	75
a) <i>Edición y economía. El origen de una plataforma de amplio calado (1934-1937)</i>	75
b) <i>El comienzo de un viraje hacia lo multidisciplinario (1938-1941)</i>	81
c) <i>La Segunda Guerra y el auge de la plataforma editorial (1942-1945)</i>	87
d) <i>El punto sin retorno: el agotamiento del antifascismo como punto de cohesión (1946-1949)</i>	93
1.3 Trascendiendo fronteras: los colaboradores y la circulación de la plataforma	96
a) <i>Condiciones y características de la estructura de colaboración</i>	96
b) <i>¿Y las mujeres dónde están? Razones de una ausencia</i>	102
c) <i>Entre intelectuales y burócratas: los actores mexicanos</i>	106
d) <i>De la derrota a la acción externa: el exilio republicano español</i>	109
e) <i>Los perseguidos del fascismo: los otros exiliados europeos</i>	113
f) <i>Los de casa: americanos partícipes en la plataforma</i>	116
g) <i>La circulación de la plataforma</i>	122
 2. Entre el declive y la salvación. Sensibilidades y percepciones colectivas frente a una época de crisis.	127
2.1. ¿Una crisis humana? Perspectivas sobre una concepción de “crisis”	129

a) <i>Condiciones para la formulación de una idea de crisis durante la época</i>	129
b) <i>Múltiples miradas a la crisis: conceptualizaciones desde la economía, la política y la cultura</i>	134
c) <i>El horizonte de crisis entre la Segunda Guerra Mundial y la posguerra</i>	139
2.2. <i>El fascismo como malestar: expresiones de una sensibilidad antifascista</i>	141
a) <i>La sensibilidad antifascista: entre la reflexión presente y la acción futura</i>	141
b) <i>Estratos de una sensibilidad antifascista</i>	143
c) <i>¿Uno o muchos fascismos? Las múltiples apelaciones en la sensibilidad</i>	149
d) <i>Ajustes del antifascismo en el horizonte de la posguerra</i>	152
2.3. <i>Profesión de fe. Una sensibilidad americanista y la proyección a futuro</i>	154
a) <i>Rumbos y características de una sensibilidad americanista</i>	154
b) <i>América y la disputa por un humanismo americanista</i>	162
c) <i>El americanismo y la posguerra: entre el reajuste y el desencanto</i>	166
2.4. <i>Una forma de militancia: la discusión del rol del intelectual frente a la coyuntura</i>	169
a) <i>Las condiciones para una definición del intelectual</i>	169
b) <i>¿Intelectuales frente a su propia crisis?</i>	174
c) <i>La responsabilidad social del intelectual ¿Postura de élite o ajuste a los tiempos?</i>	176
d) <i>El intelectual frente al poder ¿Colaboración o independencia?</i>	181
2.5. <i>Perspectivas del conocimiento social en un escenario de complicaciones</i>	187
a) <i>De conocimientos en crisis: una mirada al estatus de las ciencias sociales</i>	187
b) <i>A saberes corruptos: el conocimiento social frente al fascismo</i>	191
c) <i>La renovación de las ciencias sociales como horizonte de esperanza</i>	200
 3. “Traduciendo al fascismo”: la traducción y gestión editorial como manifestación antifascista	 203
3.1 <i>La traducción como práctica antifascista: entre la acción pedagógica y la politización de los saberes</i>	205
a) <i>Significaciones de la traducción y su apelación antifascista</i>	205
b) <i>Definiendo una experiencia de traducción y edición en ciencias sociales</i>	208
c) <i>Etapas de traducción desde el antifascismo editorial</i>	211
d) <i>Perfiles y características únicas de la gestión editorial</i>	213
3.2 <i>Desde lo anglosajón: origen y producción de las obras traducidas</i>	215
a) <i>Características de las obras traducidas y su apelación antifascista</i>	215
b) <i>Condiciones de producción intelectual e institucional de las obras</i>	217
c) <i>Expectativas y propósitos antifascistas en la producción de las obras</i>	221
3.3 <i>Para consumo hispanoamericano: mediación y edición de las obras</i>	223
a) <i>Estrategias y características del proceso de gestión de la traducción antifascista</i>	223
b) <i>El editor como cabeza de la traducción antifascista</i>	225
c) <i>Traductores y su gestión</i>	228
d) <i>Las agencias editoriales y su papel en las traducciones</i>	230
e) <i>De marcajes traductores y tensiones editoriales</i>	231
3.4 <i>Lecturas ajenas: la recepción de las obras antifascistas</i>	237

4. De definiciones y condenas a propuestas. Posicionamientos y planteamientos de una plataforma antifascista	244
4.1. De la acción propagandística al punto de inflexión. La proyección de la agenda diplomática mexicana frente al fascismo	246
4.2. Deslindando culpas. El fascismo y su responsabilidad en la guerra	259
a) <i>El fascismo y los factores que derivaron en la guerra</i>	259
b) <i>Descalificando justificaciones para legitimar la guerra</i>	261
c) <i>La culpa no fue sólo de Hitler. Otras responsabilidades en el estallido del conflicto</i>	264
4.3. El franquismo ¿fascista?: el régimen español visto desde América	266
a) <i>El exilio español. Entre la zozobra y la reivindicación antifrancquista</i>	266
b) <i>La apelación del franquismo como fascismo y la coyuntura de la guerra mundial</i>	268
c) <i>El horizonte de la posguerra, o cómo los temores se convirtieron en realidad</i>	274
4.4. Combatir la amenaza fascista interna: la construcción de un “fascismo americano” y el rechazo a las dictaduras militares	276
a) <i>Las raíces genealógicas del autoritarismo latinoamericano y la coyuntura dictatorial de las décadas de 1930 y 1940</i>	278
b) <i>Las críticas a las dictaduras militares y su interpretación como expresión fascista</i>	280
c) <i>La posguerra y la postergación de la amenaza interna</i>	283
4.5. Dos medios mundos americanos: el americanismo frente a los Estados Unidos	289
a) <i>Condiciones en la construcción de una imagen de Estados Unidos</i>	289
b) <i>Los Estados Unidos del New Deal. Entre la reserva y la expectativa</i>	291
c) <i>En busca de un punto medio. Estados Unidos como aliado en la guerra</i>	294
d) <i>La posguerra, o cómo Estados Unidos siguió siendo el vecino incómodo</i>	299
4.6. De posicionamientos a propuestas: retos y estrategias para un mundo en paz	302
a) <i>Maquilando futuros: el mundo de la posguerra desde la guerra</i>	303
b) <i>El futuro de América: entre la unión política y la acción educativa</i>	311
c) <i>El término de la guerra y el apremio por una acción en contra del fascismo derrotado</i>	317
d) <i>La posguerra: la transformación de una expectativa</i>	320
Conclusiones	325
Anexos	341
Fuentes Documentales	351
Bibliografía	360

Agradecimientos

Las palabras no bastan para agradecer a todos aquellos que me acompañaron durante estos años, ya que la deuda contraída resulta enorme. Sean estos párrafos un primer intento por saldarla.

En primer lugar, agradezco a Rafael Rojas, quien desde un inicio depositó su confianza en mí para llevar a cabo esta gesta. Su generosidad y acompañamiento a lo largo de estos años han sido fundamentales. Los consejos y sugerencias fueron de gran trascendencia para dar forma a muchas de las ideas presentes en esta investigación.

En el transcurso de estos años hubo una gran cantidad de interlocutores, quienes, a través de sus comentarios y sugerencias, nutrieron el rumbo que tomó este trabajo. A ellos debo muchos de los aciertos de estas páginas. Por ello agradezco a Andrea Acle-Kreysing, Sebastián Rivera Mir, Alexandra Pita González, Ariel Rodríguez Kuri, Jorge Myers y David Jorge. Mi gratitud particular a Pablo Yankelevich, quien fue un lector fundamental, a través de sus comentarios perspicaces y profundos; a Aurelia Valero, quien a través de sus pláticas y consejos ayudó a resolver muchos de los retos que se presentaron; a Miranda Lida, quien además de leer agudamente los distintos avances, me recibió en Buenos Aires como parte de una estancia de investigación; y a Liliana Weinberg por su disposición a formar parte del sínodo revisor.

Mi aprecio al Centro de Estudios Históricos y sus autoridades. A Erika Pani, Pablo Yankelevich, Gabriel Torres Puga, Diego Pulido y Adriana Minor. Mi reconocimiento también a la planta de profesores del Doctorado en Historia, quienes a través de sus clases y pláticas de pasillo ayudaron a moldear las inquietudes que derivaron en este trabajo. Particularmente a Clara Lida, Marion Rowekamp, Vanni Pettinà, Erika Pani, Francisco Zapata, Diego Pulido, Guillermo Zermeño, Gabriela Cano, Javier Garcíadiego, Carlos Marichal y Aurora Gómez. A su vez quisiera reconocer la labor de aquellos que hacen funcionar al Colegio de forma cotidiana, desde quienes atienden el comedor de la institución hasta quienes forman parte del personal de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas. Mención especial para Gabriela Núñez, Karina Pérez, Rosa María Quiroz y Martha Torres, quienes ayudaron enormemente para resolver distintos problemas a lo largo del doctorado.

Mi gratitud a aquellos que me acompañaron con sugerencias y ánimos, no solo para la investigación, sino también para la vida en general. A Sergio Ugalde por sus sugerencias

sobre la relación entre literatura y antifascismo. A Marina Garone por su invitación a colaborar en distintas iniciativas. A Saúl Espino, por sus consejos y acompañamiento. A Andrea Torrealba y Macrohistoria, interlocutores ineludibles en estos años. A Josefina MacGregor por sus ánimos en diversos momentos. A Federico de la Torre, quien sigue siendo un guía en este camino. A Concepción Barrientos, por brindar consejos necesarios. A Laura Alarcón, por su respaldo de gran valía. A Lilia Bayardo, por abrir el panorama sobre la ciudad de México. A los colegas de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades A.C., por la convivencia y la colaboración.

Un agradecimiento especial para aquellas personas que durante mi estancia en la Universidad de San Andrés, en Buenos Aires, sirvieron como interlocutores para nutrir distintos aspectos de este trabajo. Particular reconocimiento a Juan Pablo Scarfi, Eduardo Zimmermann, Adriana Petra, Carlos Altamirano, Jorge Myers, Andrés Bisso y Martín Vicente. A Ricardo Pasolini por su invitación a presentar un avance en la UNICEN en Tandil, experiencia que resultó bastante nutritiva e interesante. A José Casco, Tito Castillo y Ezequiel Saferstein, quienes en diversos momentos me acompañaron y mostraron las bondades que ofrecía la ciudad porteña. A Luis Alberto Escobar, con quien ha fluido un diálogo que ha nutrido tópicos más allá de esta tesis. Y a Macarena Ríos, quien me recibió y me mostró Santiago de Chile.

Reconozco la deuda que tiene esta investigación con distintos espacios de discusión, los cuales ayudaron a dar forma a muchas de las ideas presentes. Al Seminario de Historia Intelectual de El Colegio de México, coordinado por Alexandra Pita, Carlos Marichal, Aimer Granados y Gabriel Samacá; al Grupo de Investigación Universidad y Sociedad de la Universidad de San Andrés; al Seminario de Cultura y Política coordinado por Erika Pani. También los espacios de gestión estudiantil fueron importantes para este proceso, como el Seminario Estudiantil de Nueva Historia Política, coordinado por Josué Motte y Aníbal Pacheco, así como a los compañeros que forman parte de él. También al Seminario Estudiantil de Avances de Investigación de la UNAM.

También mi gratitud va para aquellos que laboran en los acervos consultados para esta investigación. Particularmente a Antonieta Hernández del AHFCE, quien de nueva cuenta brindó su confianza para abrir el importante acervo que tiene a su cargo. A María del Rayo González Vázquez y Fernando López del AHCOLMEX, por facilitar la consulta del

archivo a su cargo. Y a Rosario Martínez de la Biblioteca Gonzalo Robles, quien ayudó en la búsqueda y consulta de información fundamental para la investigación.

Los estudios de doctorado no hubieran sido posible sin la beca que CONAHCYT brindó a lo largo de cuatro años. A la Fundación Colmex y a la Fundación Kaluz por brindar una beca que cubrió el periodo restante del posgrado. También mi agradecimiento a la Open Society, quien otorgó apoyos para realizar una estancia en Buenos Aires, Argentina y asistir al VI CHIAL, realizado en Sao Paulo, Brasil.

Una parte fundamental de este proceso fueron los compañeros que se convirtieron en amigos durante estos cinco años. A la “familia ampliada” Erick Mancha, Daniel Barragán, Rosy Villarreal, Lorenia Ruíz, Macarena Ríos, Grecia Chávez y Laura Mier. A Miriam Cruz, Miriam García, Maritza Gómez, Rafa López, Rubens Oliveira, Toño Galindo, José Sovarzo, “Pacho” Sibaja, Silvestre Zepeda, José Villafuerte, Ana Sofía Rodríguez, Pablo Orozco, Lireida Torres, Miguel Sandoval, Mauro Espínola, Fernando Noriega, Oscar Acosta, Nicole Fuentealba, Lluc Boquera, Juan Sebastián Ariza, Daniela Herrera, Lázaro Tello, Cristian Ramírez, Ruth Castillo, Carlos Carranza, Héctor Echeverría y Nicolás Vázquez. A los amigos de la CDMX, quienes me han acompañado a lo largo de este camino. A Carlos González, Carmen Carrasco, Carlos de la Rosa, Carlos Roa, Ulises Rodríguez, Fernanda Lavín, Fausto Arellano, Lilia Martínez y Ricardo Fernández.

A las amistades de Guadalajara, parte fundamental de la vida. A Gaby Candelas, Aaron Godínez, Luis Padilla, Noé Torres, Gibran Monterrubio, Ulises Rodríguez, Tupac Gutiérrez, David Moreno, Anahí Chagollán, Alejandra Díaz, Omar Mora, Clarisa Hernández, Aldo Fierros, Memo Ortega, Daniela Gutiérrez, Imelda Gutiérrez, Hilda Monraz, Xitlalli Martínez, José Zamarripa, Edmundo Navarro y Jesús Vázquez. Mención especial a Iván Segura y Lupita Candelas, quienes han llegado a ocupar un lugar importante.

Últimos en esta lista, pero primeros en mi corazón, mi familia. A Rafa, Mariana, Lupita y Juan Pablo, cómplices y compañeros de larga data. A Maribel y Rafael, modelos de vida. A Clara, Víctor, Rangel, Leo, Pepe, Isabel y mi abuela María, guías y animadores de aventuras. Por último, a mi abuelo José, tu ausencia sigue pesando, pero tu huella seguirá presente.

Introducción

La presente investigación tiene como objetivo general estudiar y analizar una manifestación de militancia intelectual cosmopolita derivada de sensibilidades antifascistas y americanistas en México durante las décadas de 1930 y 1940. Esa militancia tuvo lugar a partir de artículos de opinión, ensayos, reflexiones y reseñas de libros publicados en las revistas de ciencias sociales y humanidades *Cuadernos Americanos*, *El Trimestre Económico*, *Jornadas* y la colección “Política y Derecho” del Fondo de Cultura Económica.

Se estudiarán a los intelectuales que construyeron y colaboraron en estos proyectos y a las ideas aparecidas en sus páginas. Se parte de que la construcción de una visión de crisis de época movilizó a dichos sectores para tratar de actuar, a partir de sus propios espacios y posibilidades, con la finalidad de lograr revertir ese escenario crítico que, consideraban, se precipitaba sobre la humanidad. Con la adopción de un sentir antifascista y americanista, los medios impresos funcionaron como espacios donde esos actores buscaron asentarse como guías y orientadores sociales, tratando de movilizar a la opinión pública para influir e impactar en la toma de decisiones políticas en favor de sus intereses y propósitos.

Estas sensibilidades, que intercalaban tanto emocionalidades y preocupaciones propias de los actores con intereses colectivos de carácter político, intelectual y cultural, dieron lugar a la reflexión del papel social que debía jugar el intelectual, fungiendo como figura orientadora de una serie de posturas políticas, cuya preocupación por el fascismo —o lo que entendían por ello— hizo necesaria la movilización tanto de ellos como de la sociedad en pro de lograr enfrentar la concebida amenaza que ponía en peligro la viabilidad de la humanidad y a la cual había que combatir. Surgía así la proposición del continente americano como un horizonte utópico de salvaguarda y transformación colectiva. Pero esta acción no se planteaba solo hacia aquel presente, sino que veían a América como el territorio a futuro en el cual era necesario proyectar sus gestiones para la solución de los problemas sociales de la época.

Legitimados a partir de los conocimientos que manejaban y las actividades profesionales que desempeñaban, estos intelectuales —entre los que se encontraban mexicanos, europeos y latinoamericanos— encontraron en la adopción de estas sensibilidades la excusa para reivindicar y apoyar una serie de iniciativas y causas políticas

situadas en la esfera internacional, así como condenaron a otras más. Entre estas se encontraban la denuncia de la responsabilidad múltiple del fascismo en el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, y apoyar la lucha en contra del franquismo en España, la denuncia y negociación de la hegemonía estadounidense sobre el continente americano, el rechazo a las dictaduras militares existentes en América, así como la búsqueda de su democratización.

A pesar de su apelación internacional y cosmopolita, los intelectuales y sus proyectos guardaron una estrecha y compleja relación con el Estado mexicano y su contexto político y cultural. Fueron figuras que se insertaron activamente en un proceso de modernización cultural promovido desde las esferas de poder durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho. Algunos de ellos se desempeñaron como funcionarios públicos de alto nivel, al mismo tiempo que mantenían una relación de codependencia entre la esfera gubernamental mexicana y estas iniciativas propias. Lo anterior debido a que mientras la estructura de gobierno brindaba apoyo económico y político para su desarrollo y funcionamiento, estas empresas y sus promotores se convirtieron en parte del sistema de legitimación estructurado alrededor del Estado. Ello significó el respaldo explícito de distintas iniciativas políticas emprendidas desde el poder, sobre todo durante el cardenismo, como la defensa de la agenda diplomática de corte antifascista y su apertura a la recepción de ciertos exilios.

Pero esta situación no coartó del todo la capacidad crítica que tenían estos intelectuales y sus proyectos editoriales respecto a la realidad mexicana y las decisiones emprendidas por el poder en México, ya que en distintas ocasiones formularon sutiles o explícitos juicios en contra de distintas acciones realizadas por el Estado mexicano, tales como la relación diplomática que México tejió con Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial o el devenir de la Revolución Mexicana durante las gestiones de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán.

En los 16 años que constituyen el periodo de estudio de esta investigación, es posible señalar la existencia de cuatro etapas que definieron a este caso de estudio. En primer lugar, el lapso que va de 1934 a 1937, durante el cual se formaron tanto el Fondo de Cultura Económica (FCE) como *El Trimestre Económico*, se caracterizó por ser la etapa de gestación tanto de estas iniciativas editoriales como de la militancia intelectual y las sensibilidades que

se manifestaron en ellas. Esto a partir de sucesos como la noche de los cuchillos largos en Alemania en 1934, la anexión de El Sarre por el nazismo en 1935, la invasión de Abisinia por parte de Italia en 1935 o el inicio de la Guerra Civil Española en 1936, comenzando a conjugarse una noción de época de caos y confusión, donde el fascismo era producto y agravante del escenario crítico.

Por su parte, la segunda etapa que va de 1938 a 1941, años en los que se dio la creación de La Casa de España/El Colegio de México, así como la entrada de exiliados españoles al FCE y a *El Trimestre*, significó la maduración de la militancia, ya que comenzó a ser más explícita la toma de postura y la proposición de acciones frente a lo que sucedía internacionalmente. La sensibilidad antifascista tomó mayor fuerza a partir de la intervención alemana e italiana en la Guerra Civil Española y la posterior derrota de la República en 1939. A su vez, el panorama de crisis se agravó con el estallido de la Segunda Guerra Mundial el mismo año, lo que exacerbó los esfuerzos por imaginar alternativas que paliaran la situación. Frente a ello, la sensibilidad americanista comenzó a tomar fuerza como una opción a futuro que consistía en la discusión sobre lo que debía significar el “Nuevo Continente” para el resguardo de la cultura occidental y la solución al caos que vivía la humanidad.

Es posible considerar al lapso de 1942 a 1945 como la etapa de plenitud tanto de la militancia intelectual como de las sensibilidades que se expresaron en estos proyectos editoriales. La entrada de Estados Unidos y la Unión Soviética a la guerra en 1941 preparó el escenario para que en 1942 México y otros países de la región se unieran a los aliados en el esfuerzo bélico. Ello representó la compaginación de la necesidad de legitimación de la postura mexicana con los esfuerzos propagandísticos de corte continental por volcar la opinión pública en favor de la lucha aliada tanto en los escenarios de conflicto como en el “frente interno”.

Lo anterior exacerbó la toma de postura y el esfuerzo de orientación pública emprendido desde estas iniciativas culturales, lo que propició el aumento de la productividad de la colección “Política y Derecho” del FCE y de *El Trimestre Económico*, así como la gestación de *Jornadas y Cuadernos Americanos*. Por una parte, estos años representaron el punto álgido de la sensibilidad antifascista, pues las publicaciones criticaban no sólo lo sucedido en Europa, ya que extendieron el marco de acción hacia el continente americano, denunciando lo que consideraban como “fascismo americano”, representado por las

dictaduras militares de la zona. Por otro lado, la reflexión de América como territorio del futuro cobró mayor auge, porque se le ligó con la construcción del mundo al término de la guerra. La consideración de la posguerra como terreno ignoto pero fértil para la construcción de proyecciones a futuro impactaron en la reflexión intelectual de la época, cuya obligación era solucionar la situación crítica que vivía la humanidad desde la década de 1930 y que se agudizó con la guerra mundial, siendo fundamental la derrota del fascismo para consumir ese propósito.

Los años de 1946 a 1949 marcaron la última etapa de la militancia intelectual desarrollada en estos proyectos editoriales a partir del antifascismo y el americanismo. Este lapso representó la disminución de la acción debido a distintos factores, tales como el término *Jornadas* o el viraje temático que registraron *El Trimestre Económico* o “Política y Derecho” del FCE, a lo que se sumaría la salida de importantes colaboradores como José Medina Echavarría o Vicente Herrero. Pero tal vez el factor más importante de este declive se debió al cambio de las condiciones globales, pues con la reconfiguración geopolítica a la conclusión de la Segunda Guerra y las tensiones entre los vencedores que darían origen a la Guerra Fría, las prioridades intelectuales dentro del grupo que promovía las revistas y a la editorial cambiaron. Mientras que para algunos la lucha antifascista había llegado a su fin, volcando su agenda hacia tópicos como el anticomunismo o el desarrollo de los países de la región, para otros todavía tenía relevancia por la pervivencia de regímenes como el de Francisco Franco en España o el de Juan Domingo Perón en Argentina.

Por su parte, las expectativas de transformación continental y resolución de la crisis que convergieron en el americanismo chocaron con la forma en que se reconfiguró el panorama internacional al término de la guerra, generando un sentir agri dulce y de decepción entre los miembros de este grupo. Por una parte, consideraban que la capacidad de acción de las naciones americanas para ocupar el papel protagónico que estaban llamadas a jugar, tanto en el campo de la política como de la cultura, estuvo acotada por el peso de los Estados Unidos a la hora de desarrollar una agenda multilateral propia, además de la incapacidad por construir un contrapeso efectivo a la hora de pugnar por sus propios intereses. A su vez, la persistencia de condiciones de desigualdad y autoritarismo en el continente fueron factores que contribuyeron a ese desaliento. Simbólicamente, en diciembre de 1948 y la posterior reacción de estos intelectuales representó el final de esta militancia intelectual, pues con el

Golpe de Estado al gobierno venezolano encabezado por Rómulo Gallegos, la retórica relacionada al antifascismo y americanismo de la época cedería ante los tópicos de la confrontación ideológica que caracterizaría a la Guerra Fría.

Con el fin de profundizar en lo anteriormente expuesto, en las siguientes páginas se ahondará en diversos tópicos, problemas historiográficos, campos de conocimiento, enfoques metodológicos y definiciones conceptuales y de categorías de análisis que retoma esta investigación con el propósito de dialogar y aportar a la discusión histórica sobre las condiciones del entorno intelectual mexicano y latinoamericano de mediados del siglo XX.

1. La modernización cultural promovida desde el poder: entre el nacionalismo y la aspiración cosmopolita (sobre la constitución de una plataforma editorial y los actores involucrados)

Una de las características que surgió durante los primeros gobiernos posrevolucionarios, pero que se fue consolidando con el paso de las administraciones, fue el peso que tuvieron las estructuras gubernamentales en la promoción de las actividades relacionadas con el campo cultural, entre las que se incluyen la promoción de las artes, la literatura y el conocimiento social. Desde la participación de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública durante el gobierno Álvaro Obregón entre 1921 y 1923,¹ pasando por la constitución del Instituto Nacional de Antropología e Historia durante el gobierno de Lázaro Cárdenas en 1939 o hasta la formación del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1947 durante el gobierno de Miguel Alemán, es innegable la ascendencia que tuvieron distintos agentes en puestos públicos, empujados por solicitudes e iniciativas provenientes de los sectores intelectuales, académicos y artísticos mexicanos, para constituir una serie de proyectos que cristalizaron en instituciones, publicaciones, editoriales, escuelas, galerías, museos y premios.

En muchas de estas gestiones se atravesaron una gran cantidad de actores, intereses y perspectivas, siendo destacables las tensiones y negociaciones registradas entre las apelaciones de carácter nacionalista o cosmopolita que imperaban en los círculos intelectuales y gubernamentales de la época. Sin caer en una lectura dicotómica de estas posiciones, sino concibiéndolas como interacciones dialécticas y complementarias, es

¹ Sobre esta etapa de la labor de Vasconcelos, resulta ineludible remitirse al libro realizado por Fell, *José Vasconcelos: los años del águila*. A su vez, se recomienda revisar el reciente ensayo biográfico realizado por Mondragón, *El largo instante del incendio*.

necesario señalar que en ciertos momentos históricos distintos sectores sociales construyeron lecturas de su época a partir de la exacerbación de estas posturas, dando origen a conflictos de carácter político e intelectual. El México posrevolucionario no fue ajeno a esto, pues en distintas ocasiones círculos intelectuales entraron en polémicas a partir de la defensa de un nacionalismo de carácter revolucionario o la búsqueda de abrir a México hacia el mundo, de las que surgieron confrontaciones como “el afeminamiento de la literatura mexicana”² o la condena moral por la expresión literaria de perspectiva crítica y universalista.³ En el caso de esta investigación, nos centraremos en lo sucedido en el campo de las ciencias sociales y las humanidades entre 1934 y 1949.

En primer lugar, la relación entre ciencias sociales y Estado posrevolucionario se estructuró hasta cierto grado de forma orgánica, ya que diversos grupos que formaron parte de las estructuras gubernamentales fueron de los principales promotores para la creación de instituciones enfocadas en la docencia y difusión de esta clase de saberes, así como su empleo para la identificación de problemas sociales y sus posibles soluciones a partir del diseño de políticas públicas específicas. Tal como señala Margarita Olvera, los gobiernos posrevolucionarios vieron en distintas disciplinas un conocimiento que podría ser de utilidad para el abordaje y resolución de diversas problemáticas que aquejaban al país, permitiendo con ello una legitimación de la intervención del Estado en diversos campos de la sociedad antes exentos de su acción.⁴ A su vez, la profesionalización de los cuadros burocráticos resultó esencial, pues sus saberes fungieron como base para el desarrollo de instituciones, leyes y políticas públicas, buscando con ello una racionalización de la práctica de gobierno y una respuesta a los retos y problemas que enfrentaba el país, siendo una

Por ello, entre las décadas de 1920 y 1940, a partir de distintas iniciativas surgidas de diversos agentes sociales, como académicos universitarios, diplomáticos, escritores, intelectuales, periodistas, etc., directa o indirectamente relacionados con instancias de los gobiernos posrevolucionarios, se formaron proyectos e instituciones que tuvieron por

² Es bien conocida la polémica literaria que se desarrolló sobre todo en 1925 y que enfrentó a diversos sectores culturales mexicanos acerca de si existía una literatura mexicana revolucionaria, relacionando a aquella con perspectivas cosmopolitas con rasgos femeninos y decadentes. Al respecto véase Díaz Arciniega, *Querella por la cultura “revolucionaria”*.

³ Fue el caso de la acusación que enfrentó Jorge Cuesta y su revista *Examen* en 1932 por la publicación de la novela *Cariátide* de Rubén Salazar Mallén, las cuales fueron sometidas a proceso legal por la acusación de “ultrajes en contra de la moral pública” por el uso de palabras altisonantes. Véase Sheridan, *Malas palabras*.

⁴ Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 24-26.

propósito el empleo del conocimiento social para definición y atajamiento de problemáticas sociales desde múltiples perspectivas, tratando con ello funcionalizar el conocimiento a favor del progreso nacional.⁵ Esta cuestión atravesó una serie de transformaciones a lo largo de dichas décadas, ya que como señala Guillermo Palacios existió un tránsito en el modelo de intervención y labor del intelectual en relación con el Estado posrevolucionario, pues durante la década de 1920 y la primera mitad de 1930, a los intelectuales se les privilegió como “intérpretes” de los problemas sociales y su solución, participando de forma directa y militante en las campañas e iniciativas gubernamentales sobre el tema, creando un lazo orgánico e informal con el Estado.⁶

Las décadas de 1930 y 1940 significaron el comienzo de una etapa de expansión de las ciencias sociales y las humanidades en el contexto mexicano. La consolidación de los gobiernos posrevolucionarios durante aquellos años derivó en la posibilidad de un impulso sostenido por parte del Estado mexicano a instituciones especializadas en la educación, investigación y proyección del conocimiento derivado de estas disciplinas sociales. Esto dio lugar a una apertura cultural que permitió impulsar la modernización del campo intelectual mexicano,⁷ o la reincorporación de figuras anteriormente desplazadas por no detentar una postura eminentemente nacionalista, como fue el caso de Alfonso Reyes.⁸ Tal como ha sido señalado historiográficamente por autores como Javier Garciadiego o Liliana Weinberg, esta etapa que abarcó sobre todo los años finales del cardenismo y la presidencia de Manuel Ávila Camacho y Manuel Alemán, representó un esfuerzo de modernización cultural impulsada desde el Estado mexicano, que a partir del diálogo y apertura a lo externo por medio de mecanismos como la traducción, tenía como propósito el despegue cultural y la renovación intelectual ligada al fortalecimiento estatal como ente preponderante en el espacio mexicano.⁹

⁵ Tal como señala Guillermo Palacios, es a partir de una definición problemática o conceptualización de una cuestión social que se propicia la interacción mediada entre intelectuales y el Estado en busca de soluciones a dicho problema social. Así, los intelectuales definen y construyen el problema y lo legitiman frente al Estado en busca de una intervención social afín a dichas construcciones. Véase Palacios, “Intelectuales, poder revolucionario”, pp. 583-605. Esta construcción problemática queda asentada por ejemplo en la construcción del “problema campesino” que surgió durante las décadas de 1920 y 1930, y que involucró la acción de personajes como José Vasconcelos, Aaron Sáenz, entre otros más. Véase Palacios, *La pluma y el arado*.

⁶ Palacios, “The social sciences, revolutionary nationalism”, pp. 66-67.

⁷ Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 238-243; Girola, “La crisis como oportunidad”, pp. 3-27.

⁸ Garciadiego, *Sólo puede sernos ajeno*, pp. 332-334.

⁹ Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 238-243. Garciadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción*.

Esto presentó un escenario de convergencia entre la apelación cosmopolita y la intención nacional, o tal como lo denomina Rodrigo Maldonado, un “cosmopolitismo nacionalista”.¹⁰ Lo dicho se caracterizó por un ejercicio de síntesis entre la búsqueda de la condición nacional a partir de la apelación universalista, que conectaba las experiencias locales en un marco de referencia más amplio.

Como señala Palacios, en la transformación del modelo de intervención intelectual, pues a partir de la paulatina institucionalización de estos espacios, se abandonó el modelo “militante” para transitar a un modelo de labor académica y desapasionado estudio de la realidad. Esta “institucionalización” propició que los intelectuales quedaran bajo la estructura orgánica y financiera del Estado, lo que los dejó en una posición “subordinada” a la hora de interpretar y proponer soluciones de distintas problemáticas.¹¹ Es por ello que durante los años del cardenismo, pero con especial fuerza durante los últimos años del sexenio, se crearon o apoyaron distintas instancias dedicadas al conocimiento social, tales como el Instituto Nacional de Antropología e Historia, La Casa de España/El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, entre otras más.¹² Si bien coincidimos con Palacios en la transformación del modelo de intelectual y su relación con el poder, esto no siempre significó la subordinación o incorporación del intelectual frente al Estado o el abandono de la concepción militante frente a ciertas coyunturas.

Es bajo este escenario que se insertan las revistas y colecciones editoriales que abordamos en este trabajo. La creación tanto del Fondo de Cultura Económica como de *El Trimestre Económico*, formados en 1934, *Cuadernos Americanos* en 1942, o *Jornadas* en 1943, se dio en el marco de colaboración entre sectores de la comunidad intelectual y académica de México y miembros de la estructura gubernamental mexicana, cuya conjunción de intereses y apoyos impactó no solo en los procesos de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales nacionales, sino de toda América Latina. A pesar de estar situados como parte de este mismo impulso y de compartir a los mismos protagonistas como directivos o colaboradores habituales, historiográficamente no ha existido un esfuerzo por interconectar a estos cuatro proyectos editoriales en un mismo estudio, ya que ha

¹⁰ Véase Díaz Maldonado, “Auge y decadencia de la “minoría selecta”, pp. 458-460.

¹¹ Palacios, “The social sciences, revolutionary nationalism”, pp. 66-67.

¹² Para una revisión detallada de la creación de dichas instancias, véase Reyna, “La institucionalización de las ciencias sociales en México”, pp. 249-282.

predominado un análisis independiente para *Cuadernos Americanos*,¹³ el FCE,¹⁴ la revista *Jornadas*¹⁵ o *El Trimestre Económico*.¹⁶ Por ello, esta investigación propone una visión de conjunto, en el entendimiento de las relaciones Estado mexicano-intelectuales durante las décadas de 1930 y 1940. Con este afán, consideramos fundamental puntualizar en dos aspectos que abordaremos a continuación.

El primero de ellos es ¿cómo comprender al Estado mexicano como agente cultural? y ¿cómo situarlo frente a otros actores del campo cultural nacional de la época? Si bien no es propósito de esta investigación plantear respuestas concretas a estos problemas, sí es necesario ofrecer una reflexión al respecto que posibilite profundizar en la cuestión y generar hipótesis de trabajo que permitan avanzar al respecto.

Aunque no es posible caracterizar al Fondo de Cultura Económica o publicaciones como *Cuadernos Americanos* y *El Trimestre Económico* como instancias gubernamentales al menos para este momento histórico, si es necesario poner en relieve que el Estado mexicano jugó un rol fundamental en su creación y desarrollo durante esta época, otorgando medios económicos, apoyo logístico y burocrático, además de que muchos funcionarios públicos de alto nivel de los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, sobre todo pertenecientes a las instituciones económicas, se encontraban entre los impulsores y colaboradores de estas instancias. Son los casos de Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Gonzalo Robles, Emigdio Martínez, Jesús Silva-Herzog, por sólo señalar algunos,¹⁷ lo que hasta cierto grado da a entender una mimesis entre intelectuales y burócratas bajo las esferas de influencia de las estructuras institucionales del Estado Mexicano, conjugando ambas figuras en un mismo actor en muchas ocasiones.

La conjunción de intelectuales con funcionarios públicos, al menos para el caso de estos proyectos editoriales, permitió una relación simbiótica en donde los productores

¹³ Entre los trabajos que han estudiado la publicación se encuentra Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 235-257; Díaz de Guereñu, “Del llanto a la quimera”, pp. 115-134; o Girola, “Elites intelectuales e imaginario sociales”, pp. 170-208.

¹⁴ Sobre el Fondo de Cultura Económica existe una gran producción académica, entre la que sobresale Díaz Arciniega, *Historia de la Casa*; Sorá, *Editar desde la izquierda*; Garcíadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción*; o Rodríguez Contreras, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica”.

¹⁵ Sobre la revista *Jornadas*, se han desarrollado trabajos como el de Moya López, “Los universos textuales de José Medina Echavarría”, pp. 175-197; o también Morales Martín, “Guerra y totalitarismo”, pp. 89-105.

¹⁶ Pocos han sido los estudios que hayan abordado a *El Trimestre Económico*, entre los que sobresalen Bernal Martínez, “El Trimestre económico, 1934-1958”; o Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”.

¹⁷ Para profundizar en torno a este élite burocrática de las instancias económicas de la época, véase Bernal Martínez, “Los operadores de la economía”.

culturales formularon herramientas de legitimación pública al gobierno en turno, mientras los burócratas facilitaban recursos económicos, políticos y diplomáticos para la materialización y sostenimiento de estas iniciativas.¹⁸ Pero a pesar de esta asociación, la relación no fue ni de subordinación política plena ni de incorporación a la estructura estatal.

Para muchos de los intelectuales que participaron activamente en aquellos proyectos editoriales, esto se debió a la necesidad de contar con mecanismos que permitieran dibujar un margen de independencia, tanto simbólico como operativo, frente al gobierno mexicano: simbólico en el sentido de poder desmarcarse públicamente frente a alguna coyuntura incómoda o situación que pusiera en riesgo su estatus en la esfera pública, mientras que operativo debido a la necesidad de contar con capacidad de crítica en caso de que el rumbo del país no les pareciera adecuado o también en caso de no haberse visto favorecidos por alguna decisión.

Es posible señalar que tanto *Cuadernos Americanos*, *El Trimestre Económico*, *Jornadas* o el Fondo de Cultura Económica fueron espacios en los cuales se reivindicó y defendió algunas de las posturas y medidas impulsadas por los gobiernos mexicanos de la época, como la constitución del Estado como agente preponderante dentro del campo económico a partir de lo sucedido en la crisis económica de 1929,¹⁹ o la agenda diplomática desarrollada en tribunas internacionales, como la Sociedad de las Naciones.²⁰ Pero también existieron posiciones en las que los intelectuales no coincidieron y desde estas publicaciones se realizó un ejercicio crítico, sobre todo con relación a la postura diplomática de México frente a los Estados Unidos durante los años de Ávila Camacho en el poder o el viraje que se

¹⁸ Aunque es posible señalar que las fuentes de financiamiento estatal hacia el Fondo de Cultura Económica, *Cuadernos Americanos* o hacia El Colegio de México fueron bastante inestables durante estos años, dependientes de la disposición de recursos y la voluntad gubernamental, la posibilidad de contar con dinero proveniente del erario público, ya fuese para el financiamiento de las actividades o de la edición de libros, o por medio de publicidad presente en la revista, se convirtió en un privilegio institucionalizado. Como ejemplo véase Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 65-76. A su vez, el apoyo diplomático y comercial que por ejemplo brindó tanto la Embajada de México en Argentina y la Secretaría de Hacienda en la resolución de un conflicto comercial que tuvo el Fondo de Cultura Económica con el gobierno de Juan Domingo Perón a partir de su sucursal en Argentina entre 1948 y 1953, da muestra de los mecanismos de respaldo de las instituciones gubernamentales mexicanas, llegando incluso al punto que el Banco de México priorizó la ayuda al Fondo frente a otras editoriales mexicanas que atravesaban la misma situación, porque consideraban que era una inversión “propia” de la institución bancaria. Al respecto véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 84-96.

¹⁹ Esto es visible desde la propuesta de Rafael Rojas acerca de cómo a partir de proyectos de traducción del FCE se trató de realizar una justificación de la política cardenista a través de una lectura fabiana. Véase Rojas, “El cardenismo fabiano”.

²⁰ Véase al respecto Herrera León, “México y la Sociedad de Naciones”, pp. 1647-1680.

dio también durante esta presidencia respecto a las reformas sociales emprendidas durante Lázaro Cárdenas, dando lugar a la concepción de la “crisis” de la Revolución Mexicana.²¹

La segunda de estas puntualizaciones es el problema de la visión de conjunto que plantea nuestra investigación. En este caso, el trabajar con un corpus de proyectos editoriales de intereses y características tan diversas, más allá del hecho de que compartieran actores o estructuras en común, ofrece una serie de desafíos que es necesario zanjar. Lo dicho se pone de relieve cuando se caracterizan estos proyectos editoriales, pues por una parte *El Trimestre Económico* es una publicación especializada en economía, cuya preocupación central durante estos años era la profesionalización de la práctica económica en México,²² mientras que *Cuadernos Americanos* es una revista de corte cultural cuyo objetivo principal era proyectar una agenda político-estética de corte americanista.²³ *Jornadas* por su parte era una revista sin periodicidad específica que cumplía la función de difundir entre públicos más amplios las discusiones y reflexiones generadas desde un espacio académico, o el Fondo de Cultura Económica, que en sintonía con *El Trimestre*, tenía como propósito dotar de textos formativos por medio de la traducción, a los estudiantes de economía, aunque con la particularidad de abrirse a otras ciencias sociales con el paso de los años.²⁴

Por ello, el presente trabajo dialoga tanto con la historia del libro y la edición como con la historia de las publicaciones periódicas; es decir, converge en el campo de estudios sobre la cultura impresa. Tal como han resaltado distintas reflexiones al respecto, tanto el libro como las revistas poseen características en común, pero también muchas diferencias,²⁵ lo que ha ayudado a que se constituyeran como campos de estudio o tipologías documentales separadas. Cada una ha desarrollado metodologías específicas para abordarlas como objeto de estudio o fuente histórica; propuestas como la de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin con la historia del libro²⁶ o Robert Darnton con el “circuito del libro”²⁷ han abordado los procesos de producción, circulación, comercio y consumo de las obras, incluyendo en ello actores,

²¹ Gómez Revuelta, *El agotamiento de una utopía*, pp. 143-151.

²² Bernal Martínez, “El Trimestre Económico, 1934-1958”, pp. 61-93.

²³ Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 235-257.

²⁴ Garciadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción...*, pp. 29-38.

²⁵ Para una reflexión acerca de las diferencias entre libros y revistas como impresos, véase Sarlo, “*Intelectuales y revistas*”, pp. 9-16.

²⁶ Febvre y Martin, *La aparición del libro*.

²⁷ Robert Darnton emplea este término para denominar todos los pasos que implica la materialización de un libro, desde su escritura hasta su producción y circulación comercial, involucrando a los múltiples actores sociales que intervienen en ello. Véase Darnton, “¿Qué es la historia del libro?”, pp. 117-145.

prácticas y contextos convergentes en cada una de las fases por las que atraviesa la materialización de la obra, así como las significaciones sociales, culturales, económicas y políticas que han traído consigo. Por su parte, las revistas también han contado con un desarrollo metodológico propio, desde la construcción de redes sociales que propone Alexandra Pita²⁸ o Claudio Maíz,²⁹ pasando por la noción de redes revisteriles sugerida por Horacio Tarcus,³⁰ que también ha ahondado en amplitud dentro del universo social y contextual de las publicaciones periódicas a través de sus distintas fases productivas o su interrelación con otras producciones similares. Desde esta perspectiva, Ezequiel Saferstein señala que las agendas afines en los estudios del libro y la cultura impresa se insertan en el denominado giro “material”, en el que se conjuntan los enfoques de la sociología y la historia para concebir al impreso desde una perspectiva material, con un análisis al conjunto de actores que intervienen en las distintas fases de su ciclo de vida, así como al influjo que tienen en la producción, condicionamiento, difusión y recepción de las ideas contenidas en las obras.³¹

Como una convergencia de ambos objetos se encuentran los denominados estudios de la cultura impresa,³² cuyo enfoque pone en diálogo la multiplicidad de significaciones con las que cuentan los impresos en ocasiones interrelacionados en sí a través de sus significaciones tanto materiales como simbólicas. Para ello son atendidas las distintas etapas de producción, circulación y comercialización de los impresos, las prácticas y los actores relacionados, las espacialidades en las que tienen lugar, así como la versatilidad de estas producciones culturales para transmitir una variedad de mensajes y las formas en que los lectores son capaces de recibirlos y resignificarlos.³³

²⁸ Véase Pita González, *La Unión Latino Americana*. También véase la más reciente investigación de Pita González y Grillo, *La Revista de Historia de América*.

²⁹ Maíz, “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales”, pp. 75-91.

³⁰ Bajo la lógica de los campos de Bourdieu, Tarcus plantea la necesidad de comprender las revistas como producciones interconectadas con sus “pares contemporáneos”, sobre todo a partir de afinidades ideológicas o electivas, tejiendo alianzas o disputando el campo intelectual y cultural. Véase Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, pp. 20-27.

³¹ Saferstein, “Entre los estudios sobre el libro y la edición”, pp. 139-166.

³² Para una definición de la cultura impresa véase McElligott y Patten, “The perils of print culture”, pp. 1-16.

³³ Un ejemplo de cómo dentro de América Latina se ha empleado en los últimos años el enfoque de la cultura escrita se encuentra en la investigación de Rivera Mir, *Edición y comunismo*. Otro ejemplo es la tesis doctoral de Caro Peralta, “Cultura impresa y cultura política en Colombia”. En una perspectiva centrada en la relación de la cultura letrada con la experiencia de los republicanos españoles durante la Guerra Civil Española véase Feu, *Fighting fascist Spain*.

Es necesario que los estudios sobre la edición consideren la inclusión de múltiples materialidades impresas interrelacionadas entre sí con el propósito de conocer con mayor profundidad la forma en que éstas se complementan y logran estructurar iniciativas de mayor alcance social, cultural, económico, político e intelectual. Por ello reivindicamos el enfoque más amplio de la cultura escrita como forma de correlacionar el ejercicio de la materialización del impreso con la promoción de una acción de corte político e intelectual. Para conjugar esto, en esta investigación proponemos el uso de la categoría “Plataforma Editorial”. En este sentido, esta categorización permite resaltar tanto las convergencias de actores, intereses, ideas y condiciones de múltiples proyectos editoriales que permitan observarlos como parte de un impulso común, así como la posibilidad de unirlos, a pesar de sus diferencias, como piezas de una matriz editorial común, que se auto-complementan al multiplicar sus alcances, capacidades de acción e influencia.

Para ello, definimos la plataforma editorial como la conjunción de una serie de proyectos editoriales –libros, revistas, folletos, diarios, etc.— de carácter contemporáneo, promovidos en una misma red social o institucional y unidos bajo un mismo horizonte de apelación intelectual. Cada una de las iniciativas que constituye la plataforma, desde sus particularidades, características y limitaciones, es empleada por los actores que conforman la estructura social que las promueve, con el propósito de impulsar una agenda temática que conjuga una serie de tópicos, intereses, posicionamientos, temores y expectativas plasmados en los impresos, buscando a través de ellos generar un impacto en la esfera pública a través de la promoción de discusiones específicas.

Para lograr esto, se aprovecha cada uno de los impresos que conforman la plataforma de acuerdo con sus posibilidades y virtudes para focalizar el mensaje que se transmite a un sector específico de la sociedad, buscando con ello potencializar el alcance a través de la polifonía de tribunas a su disposición. Aquello ayuda a fortalecer la posición pública del grupo social que la promueve, aumentando su influencia, legitimidad y capacidad de gestión frente a los grupos de poder, sobre todo con los sectores que conforman la estructura gubernamental. Pero lo dicho también puede suceder a la inversa, cuando la agenda temática fracasa en sus propósitos o la posición pública de la plataforma resulta vulnerable ante la capacidad de influjo y negociación frente a otros sectores que intervienen directa o indirectamente en su constitución.

En la búsqueda por comprender las formas en que se fortalece o debilita la posición pública de una plataforma editorial también es necesario voltear a ver las distintas fases de producción por la que atraviesan estos impresos bajo una lógica complementaria. Lo anterior con el objetivo de observar cómo se emplean los recursos que posee cada uno de ellos para formular estrategias y prácticas que permitan aprovechar de mejor forma las herramientas a su disposición en pro de potencializar la difusión e impacto del mensaje, sobre todo cuando se apela a múltiples públicos lectores. Lo dicho permite ver las iniciativas que conforman la plataforma no como entes subordinados ante uno dominante, sino como piezas funcionales de una estructura compleja que depende de sus múltiples partes.³⁴

En este sentido, retomando un poco lo propuesto por Horacio Tarcus con su noción de redes revisteriles, se concibe que una plataforma editorial se inserta en un entorno de relaciones de carácter político, económico, social e intelectual, las cuales también conforman plataformas editoriales propias, con las cuales se entra en diálogo, negociación, alianza y tensión, ya fuese a partir de afinidades y objetivos en común, o también por diferencias y conflictos. Este juego se da en la búsqueda de una posición hegemónica en la esfera pública, aprovechándolo para tener una mayor capacidad de influencia entre los públicos que conforman la opinión pública de una sociedad determinada.³⁵

Ahora bien, cómo caracterizar a esta plataforma editorial que conjunta al Fondo de Cultura Económica con *El Trimestre Económico*, *Cuadernos Americanos* y *Jornadas* más allá de sus particularidades individuales. Es posible señalar que esos proyectos editoriales, además de cohesionarse a partir de sensibilidades antifascistas y americanistas, como explicaremos más adelante, también se convirtieron en tribunas intelectuales de relevancia para el desarrollo de la discusión pública sobre distintos temas desde un perfil especializado. El grupo que promovió estas publicaciones, que conjuntó a mexicanos, exiliados españoles y europeos, así como intelectuales latinoamericanos entre los que estaban Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva-Herzog, Eduardo Villaseñor, José Medina Echavarría, entre otros,

³⁴ El enfoque de plataforma editorial prioriza el entendimiento de la circulación de las ideas a través de los impresos y cómo las gestiones editoriales se vuelcan a ello. Pero esto no significa dejar de lado las múltiples significaciones y fases de la producción cultural, así como su perfil como ente mercantil. Esta decisión metodológica se hace con el afán de resaltar el perfil de lo intelectual que está implícito en la práctica editorial.

³⁵ A su vez, es posible que los impresos no sean los únicos recursos que conformen la plataforma con que el grupo social busca intervenir en la esfera pública, sino que se empleen para ello otras mediaciones, ya fuesen medios como el cine, la radio, la televisión, los medios digitales, etc., aunque para estos casos, el denominativo de editorial quedaría rebasado, siendo necesario intercambiarlo por otro de carácter más funcional.

compartía una visión cosmopolita de su realidad, trascendiendo fronteras en la construcción de diálogos entre distintos contextos. Dentro de esa constitución cosmopolita también permeó la concepción de que formaban parte de una “minoría selecta”, cuyo rol social era fungir como guías morales y orientadores de la opinión pública para encauzar de mejor forma la toma de decisiones en la procuración de soluciones a los problemas sociales, legitimados a partir de la posesión de conocimientos.³⁶

La proyección de facilitar la formación de especialistas en ciencias sociales con la que se crearon los proyectos editoriales que conformaron esta plataforma, definieron desde el inicio su apelación cosmopolita como elemento integral de su constitución. La búsqueda de profesionalizar las disciplinas humanistas y sociales, a partir de la apertura al diálogo y el estudio de perspectivas provenientes de otros contextos, también propició el tratar de proyectar a México en un marco de referencias más amplio y que a su vez permitiera comprender al contexto mexicano como resultado de fenómenos universales, planteando una dialéctica entre el nacionalismo revolucionario y la aspiración universal.³⁷

Pero este proceso debía ser encabezado por ellos, pues en su papel de élite preparada, eran quienes reunían las condiciones para situar al país dentro del concierto de las naciones modernas de forma adecuada. Algunos lo definían como el momento de la “iluminación de la inteligencia” nacional,³⁸ mientras que para otros significaba la emergencia de una élite de especialistas, con estrecha relación con el entorno académico, y cuya preparación los dotaría de capacidad para intervenir en la discusión pública y las funciones burocráticas del Estado.³⁹

³⁶ En relación con las actividades profesionales como intelectuales y esta autopercepción identitaria, tal como señala Rodrigo Díaz Maldonado, esta noción de segmentación exclusiva y excluyente se convirtió en un elemento característico de las élites intelectuales latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX, en que se poseían distintas manifestaciones y perspectivas dependiendo del contexto, pero apelando sobre todo a elementos raciales, biológicos, nacionalistas, clasistas, ideológicos o históricos. Esta visión de “minoría selecta” se formuló durante el porfiriato a partir de sectores provenientes de las clases altas y medias, pero sin acceso al poder político o económico directo, quienes al verse relegados del poder y afectos a una matriz liberal clásica, donde se ponía al individuo como actor de cambio histórico a partir de su propia voluntad, formulaban una crítica a las élites tradicionales en el poder por el gozo de privilegios de nacimiento, mientras reivindicaban un sistema meritocrático en el cual los más capacitados fueran los indicados para gobernar y dirigir a la sociedad. Díaz Maldonado, “Auge y decadencia de la “minoría selecta”, pp. 431-436.

³⁷ Parte de esos propósitos se reflejaron con fuerza en los proyectos de traducción que emprendieron con fuerza desde este círculo intelectual a lo largo de las décadas de 1930 y 1940. Ejemplos de ello lo han abordado Valero Pie, “Cuando traducir es inventar”, pp. 177-220; Rojas, “El cardenismo fabiano”, pp.245-246; Garcíadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción*, pp. 15-27.

³⁸ Esta era la visión de Alfonso Reyes. Véase Rojas, “Alfonso Reyes: la epopeya del duelo”.

³⁹ Daniel Cosío Villegas fue uno de los principales promotores de esta perspectiva, ya que, en el caso de la creación del Diplomado en Ciencias Sociales de El Colegio de México, su propósito era la formación de una

Aquello permeó en la conformación temática, en el que el análisis de fenómenos regionales e internacionales desde campos del conocimiento social como la economía, la ciencia política, la historia, la filosofía, la sociología, la antropología, la literatura y el arte fueron la tónica recurrente de sus páginas.

También esta plataforma se inserta en el entorno intelectual y político mexicano de las décadas de 1930 y 1940, donde la relación entre edición y antifascismo se vuelve un punto fundamental para comprender la producción de impresos durante la época. La correlación de esta sensibilidad con la cultura impresa dio lugar a que estos fueran empleados como medios para intervenir en la discusión pública. La realización de polémicas en torno a la comprensión del fascismo como fenómeno político, social, económico y cultural, donde actores de distintas posturas políticas y proveniencias geográficas se posicionaron al respecto, propició un marco contextual bastante efervescente. En el caso de esta investigación, hemos optamos por centrar el análisis en el desarrollo de las discusiones al interior de la plataforma, en una perspectiva un tanto autocontenida, con el propósito de ayudar a desmenuzar a profundidad distintas características de las apelaciones presentes en sus páginas, las cuales dieron unidad discursiva a estos proyectos editoriales.

2. El naufragio de la humanidad y el horizonte de esperanza (sobre la construcción de una noción de crisis y la emergencia de sensibilidades antifascistas y americanistas)

Los años de entreguerras, además de haber sido una época cargada de grandes tensiones políticas, sociales, económicas y culturales a nivel mundial, también significaron para muchos intelectuales una época de zozobra e incertidumbre respecto a lo que le deparaba a la humanidad en un futuro. Los resabios de la masacre que significó la Primera Guerra Mundial a partir de la tecnificación y la industrialización subyacían en el entorno como un trauma de época que condicionó en gran medida las reflexiones surgidas durante las décadas de 1920 y 1930.⁴⁰

élite de funcionarios públicos que, en sus condiciones de especialistas, fuera posible un ejercicio del poder más eficiente. Al respecto véase Moya López, *José Medina Echavarría y la sociología*, pp. 113-115. También durante las décadas de 1930 y 1940, tal como señala Guillermo Zermeño, emerge la figura del intelectual académico, que, si bien no fue preponderante en el campo intelectual mexicano del siglo XX, sí representó una novedad para el contexto de México. Véase Zermeño, “La invención del intelectual y su crisis”, pp. 340-341.

⁴⁰ Al respecto véase Ifversen, “The crisis of European civilization”, pp. 151-167.

Entre la concepción de la deshumanización de la ciencia y el conocimiento, así como la pérdida de valores fundamentales, se plantearon muchas apelaciones que veían una crisis generalizada que se manifestaba en distintos estadios de la sociedad, representando un gran peligro para el devenir de la cultura occidental, una crisis que había puesto en jaque los fundamentos del modo de vivir humano, dejando al borde del abismo no sólo al viejo continente, sino a la humanidad entera, derrumbado las bases de un modo de vida heredado de las culturas clásicas y traspasado a través de siglos. Esta situación derivó de diversas raíces como la decadencia del capitalismo y del liberalismo clásico, el asentamiento de tendencias autoritarias como modos de gobierno, el aumento de la desigualdad social, el desgaste de la democracia como sistema político, el asentamiento de tendencias “irracionales” en culturales nacionales, la vanidad de los intelectuales, entre otros aspectos más.⁴¹

Para muchos intelectuales, esta crisis encontró su mayor expresión en el surgimiento del fascismo como régimen político en Italia y particularmente en Alemania, debido a las connotaciones dictatoriales, expansionistas y de opresión en contra de sectores como el obrero, la cultura o la oposición política, que desencadenó en grandes expresiones de represión. Las acciones que las potencias fascistas realizaron en el entorno europeo durante la década de 1930 propició el estallido de la Segunda Guerra Mundial además de una multiplicidad de interpretaciones acerca de sus características, orígenes históricos y peligrosidad. Lo anterior representó el momento culmen de la situación crítica que enfrentaba la humanidad, en la que la irracionalidad y barbarie significaba no sólo el “suicidio de Europa”, sino también el peligro de la totalidad de la civilización humana.

Como una respuesta a esta formulación durante las décadas de 1920, 1930 y 1940 emergió en múltiples condiciones, círculos sociales y geografías una oposición a las significaciones y consideraciones de lo que era el fascismo, así como a los diversos problemas y riesgos que traía consigo tanto para las sociedades en las cuales se desarrollaba como para aquellas que quedaban bajo su opresión a partir de su expansión territorial.⁴² Esta

⁴¹ Una síntesis de esa noción de crisis, sus raíces, manifestaciones y peligros, pero también de las posibilidades y esperanzas hacia el futuro de la humanidad la ofrece Jesús Silva-Herzog en el texto que funciona como editorial del primer número de *Cuadernos Americanos*. Véase Silva-Herzog, “Lo humano, problema esencial”, pp. 14-16.

⁴² Para una síntesis de los múltiples significados del antifascismo dentro del amplio espectro de la izquierda política véase Fronczak, *Everything is possible*. Para una revisión en términos intelectuales de la multiplicidad de significaciones que trajo consigo el término antifascismo durante estas décadas en el espacio europeo, aunque bajo el guión conductor del movimiento italiano *Giustizia e Libertà* véase Bresciani, *Learning from the enemy*.

necesidad de oposición y combate en contra de lo identificado como fascismo, tal como señala Enzo Traverso, fue determinante ante una polarización de época en donde se oponen fascismo-antifascismo como parte de una antinomia irresoluble que condena más la neutralidad que el posicionamiento en torno a una de las dos posturas en el mundo de la cultura.⁴³

En términos amplios, el antifascismo se constituyó en una sensibilidad. Pero qué es una sensibilidad. Para definir esto, entablamos diálogo con lo propuesto por Raymond Williams con su categoría de “estructura de sentimiento”⁴⁴ para asentar lo que entendemos por sensibilidad. A esta la concebimos como una serie de experiencias sociales de carácter colectivo, las cuales marcan y dotan de sentido a una comunidad inserta en un contexto sociohistórico definido. Estas surgen a partir de eventualidades o coyunturas de gran trascendencia, las cuales adquieren relevancia cuando se las sitúa y significa a través de un sistema de relaciones e intercambios, dando lugar a la formación de una conciencia práctica de su preeminencia. Estas experiencias articulan visiones del mundo y creencias compartidas, las cuales intercalan tanto procesos racionales de pensamiento como emocionalidades que surgen a partir de las vivencias comunes.

Estas experiencias crean un “criterio” común de postura y acción frente a la coyuntura trascendental, el cual, si bien no determina, sí marca al grupo social que lo desarrolla. Este conjuga tanto elementos racionales como emocionales, en donde se identifica “el pensar tal como es sentido y sentir tal como es pensado”, intercalando la forma en que expectativas, temores, ansiedades, intereses, curiosidades representan puntos de tensión para la constitución del criterio. Aquellos “criterios” se constituyen como elementos contingentes, sin la necesidad de que existan aún un proceso de definición, racionalización o clasificación de las experiencias colectivas, sino que pueden construirse a la par. Esto abre la puerta a que este “criterio” sea incorporado y significado de formas diversas, conjugando una gran variedad de posibilidades de vivencias de acuerdo con el grupo y contexto que lo desarrolla, pero guardando relación con el marco de referencia inicial, creando conexiones inherentes entre las distintas vivencias. Por ello es posible afirmar que estas experiencias salen de los marcos normativos institucionales para expresar dinámicas propias no ortodoxas y

⁴³ Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 249-250.

⁴⁴ Véase Williams, *Marxismo y literatura*, pp. 150-158.

complejas, dando lugar a alianzas, afinidades y conflictos entre los distintos grupos sociales que se ven apelados por esas experiencias colectivas.

A su vez, estas experiencias son fluidas y se transforman constantemente a lo largo de un periodo histórico, en donde resulta una referencia obvia y común para aquellos que forman parte de la colectividad apelada; superada esa coyuntura, estas experiencias se vuelven parte inherente de su constitución como comunidad, representando una marca que la define, pero que no la determina por completo.

Por esto consideramos que el o los antifascismo(s) se articularon bajo un sentido de sensibilidad común de época de alcances transnacionales, cuyas preocupaciones, temores, inquietudes, ansiedades, expectativas, curiosidades y vivencias, se convirtieron en un acervo común y compartido entre distintas experiencias, separadas en muchos sentidos, pero cuya oposición y reivindicación de lucha en contra del fascismo fue un puente de diálogo con un objetivo compartido.⁴⁵ Se constituyó, tal como señala Traverso,⁴⁶ en una experiencia que marcó a una generación de intelectuales y su politización, a la vez que como señala Pasolini, propició la internacionalización de la esfera política nacional,⁴⁷ marcando grandes alteraciones a formas de vida preestablecidas. Lo anterior permite considerar al antifascismo como una expresión múltiple, motivada a partir de un cauce temporal de carácter colectivo, internacional y común, con derivaciones diversas a partir de las adaptaciones e intereses que cada sector partícipe le imprimió. A su vez deriva la necesidad de considerar como expresión antifascista una oposición a aquello que los actores de época denominaban fascismo, representando un aspecto elemental para el estudio de esta sensibilidad.

⁴⁵ Es necesario señalar que los intelectuales estudiados conceptualizaban el fascismo como un fenómeno plural, caracterizado por regímenes autoritarios-dictatoriales, en donde las élites económicas concentraban el ejercicio del poder a partir de una apelación nacionalista y militarista, empleando métodos de adoctrinamiento y propaganda para controlar a la población bajo dichas estructuras sociales e ideológicas. Estas estructuras sociales ideológicas servían como elementos para justificar sus aspiraciones expansionistas e imperialistas, además de representar la barbarie cultural en contraste con toda lógica civilizatoria preestablecida. Si bien existieron discusiones acerca de las características en común y divergencias entre los regímenes que consideraban fascistas, los intelectuales cosmopolitas emplearon dicho término para calificar por igual al nacionalsocialismo alemán, al fascismo italiano, al franquismo español, al militarismo japonés, así como a distintas dictaduras militares latinoamericanas de la época.

⁴⁶ Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 249-250.

⁴⁷ Pasolini, "El nacimiento de una sensibilidad política", pp. 403-433.

En este sentido, la concepción del antifascismo como una sensibilidad ha sido una postura historiográfica común en los últimos años, ya que autores como Ricardo Pasolini,⁴⁸ Bruno Groppo,⁴⁹ Hugo García⁵⁰ o Andrés Bisso⁵¹ han reivindicado, desde sus particularidades, esta definición del antifascismo. Entre diversos aspectos, destacan la concepción de la posición antifascista como una sensibilidad conjunta una serie de manifestaciones múltiples y diversas, pero que están interconectadas a partir de una interpretación negativa del fascismo y del llamado a la oposición contra este tipo de regímenes.

En múltiples ocasiones, la apelación antifascista estuvo acompañada de una o más reivindicaciones de corte político, cultural o intelectual, situando esta lucha en reclamos sociales y posturas ideológicas más amplios que movilizaban a las sociedades de la época y con las cuales compartían sentidos de solidaridad, lucha y militancia, jugando como comparsas expresivas de sensibilidades y expectativas comunes. Una de crucial importancia para el espacio americano fue lo que se define como americanismo. Éste, de forma simple, puede ser entendido como la constitución de expectativas, preocupaciones, temores e intereses comunes respecto a lo que define y comparten en común tanto el continente americano como las sociedades y naciones que lo conforman. A su vez, estas cuestiones se proyectan a múltiples temporalidades, interrogándose sobre los lazos históricos, los problemas contemporáneos y las potencialidades a futuro. En este sentido, el americanismo

⁴⁸Ricardo Pasolini considera que el antifascismo como sensibilidad emerge de un clima de opinión de época que cubre con interés la emergencia del fenómeno fascista, y frente al cual se reacciona en oposición a él. En ello, se estructuró a partir de una serie de ideas-fuerza que acotaron, al menos para el caso argentino, la variabilidad de interpretaciones de la situación nacional a partir de su “internacionalización”. Esto se articuló a partir de una serie de relaciones sociales y redes institucionales que a partir de mecanismos de sociabilidad vincularon esta afectividad política, donde la noción “defensa de la cultura”, al menos para el caso argentino, se convirtió en el común denominador. Véase Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo”, pp. 81-116.

⁴⁹Bruno Groppo considera que el antifascismo es una “sensibilidad política compartida por todos aquellos que estuvieron preocupados por el ascenso al poder del nazismo y de otros movimientos fascistas y que querían oponerse”, con múltiples expresiones y temporalidades. Groppo, “El antifascismo”, pp. 27-44.

⁵⁰Hugo García concibe que historiográficamente ha existido un vuelco en las últimas décadas, al pasar de considerar al antifascismo desde el sentido organizativo o propagandístico para comprenderlo como parte de una cultura política, a partir de apelaciones como *ethos*, sensibilidad, mentalidad, *habitus*, actitud, repertorio de acción colectiva, etc. Véase García, “Presente y futuro de una ilusión”, pp. 233-247. Para una construcción del apelativo de cultura política antifascistas véase García, “Was there an antifascist culture in Spain”, pp. 92-113.

⁵¹Andrés Bisso considera que el antifascismo se constituyó como una apelación política que estructuró una diversidad de sensibilidades sobre la significación del fascismo, siendo ésto y los intereses de cada sector el motor de disputa entre los distintos ámbitos que se situaron dentro de la militancia antifascista, la cual agrupó discursos y prácticas. Véase Bisso, “Antifascismo explícito, antifascismo implícito”, pp. 39-55.

es una sensibilidad histórica, que ha variado de acuerdo con el contexto en el cual se desarrolló, por lo que existen múltiples definiciones.⁵²

En este caso, el americanismo emergió como acompañante del antifascismo, permeando en la plataforma editorial como una preocupación común y compartida entre los distintos colaboradores. Esta cumplía el papel de postular una aspiración autonomista y de autodeterminación de las naciones de la región frente a cualquier intervención externa, ya fuese de potencias externas al continente o también de los Estados Unidos. Como parte de esta postura, se planteó a América como la posible respuesta a la supervivencia y salida del estado crítico que enfrentaba la humanidad, ante la crisis coyuntural que se vivía y de la cual el fascismo era producto y agravante; por lo que era necesario defenderla de cualquier amenaza interna o externo, en este caso cualquier expresión del fascismo, pero también del imperialismo estadounidense, que pusiera en peligro ese destino. Por ello esta identificación americanista integró diversas visiones identitarias sobre lo que significaba el continente, donde preceptos como hispanoamericano, latinoamericano o americano, empleadas por figuras como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, entre otros, cabían dentro de la expresión de americano.

En este sentido, la historiografía sobre el americanismo de mediados del siglo XX ha primado en considerarlo de distintas formas, predominando aquella centrada en una serie de proyectos culturales que tenían como preocupación central promover un reconocimiento mutuo entre los países de la región y encauzar la reflexión sobre el continente a partir de sus propios condiciones, sobre todo en un contexto de efervescencia política y cultural como la década de 1940, situando a América frente a sucesos como la Segunda Guerra Mundial o la Política del Buen Vecino y el Panamericanismo promovido por los Estados Unidos.⁵³ En este trabajo nos insertamos en dicha concepción, pero la ampliaremos también al campo de la política, sobre todo en la construcción de relaciones multilaterales entre las naciones de la región.

⁵² Para una revisión de la historicidad de términos como América Latina, Hispanoamérica, Indoamérica, entre otros similares, véase Altamirano, *La invención de nuestra América*.

⁵³ Esta perspectiva la comparten en cierta medida Rodríguez Contreras, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica”; Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 236-258; y Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 73-100.

En este estudio, consideramos que tanto la expresión de una sensibilidad antifascista como de una sensibilidad americanista se dio de forma conjunta y complementaria, donde la apelación sobre el continente americano conjuntó el interés por la situación europea y la amenaza en ambos territorios —real o imaginaria— del fascismo como expresión y agudización del concebido escenario crítico que hacía frente la humanidad. En este sentido, la distancia geográfica que separaba al continente americano del entorno europeo representó tanto una condicionante como un espacio de posibilidad y resistencia, en donde ante el caos y tragedia que vivía el viejo continente, sobre todo con el estallido de la segunda conflagración mundial, América todavía subyacía como resguardo y lugar de resistencia de la humanidad frente a la “barbarie”.

La lejanía real y simbólica que vivía el contexto regional frente a la gravedad de la situación que se experimentaba en Europa y otros lugares del mundo se cruzó con las experiencias vitales que hasta ese momento habían enfrentado los exiliados que habían logrado llegar a México o América, lo cual alimentó el sentido de urgencia y necesidad de acción frente a la coyuntura global. Es justo este momento cuando, al situarse la experiencia en un marco de relaciones e intercambios sociales, la experiencia del fascismo y el “criterio” antifascista cobran significación y relevancia para esta colectividad de intelectuales que conformó la plataforma editorial. Esta compaginación de distancia con vivencias propició que estas sensibilidades logaran una intercalación entre ambas, en donde la experiencia directa de la situación crítica logró generar desde el espacio mexicano y americano, a pesar de la distancia, un sentido de solidaridad y preocupación genuina por lo sucedido en Europa con el fascismo. Esto se empató con las mismas aspiraciones políticas que reivindicaban en particular cada uno de los grupos que convergieron en la plataforma editorial, tanto de aquellos provenientes del entorno europeo como americano.

3. La deriva hacia la orientación y la acción futura (sobre la constitución de una militancia intelectual cosmopolita)

El surgimiento de la sensibilidad antifascista estuvo acompañado de un llamado global a la acción colectiva en contra de los regímenes y sectores identificados como fascistas. Surgido de sectores políticos y movimientos sociales, este emplazamiento buscaba que grupos de la sociedad se movilaran en una lucha común en contra del fascismo, ya fuese a través de

bloques colectivos que agruparan y fortalecieran las maniobras como los Frentes Populares convocados por los sectores del comunismo en alianza con otros colectivos identificados con el espectro de la izquierda,⁵⁴ o a partir de iniciativas sectorizadas. Pero en muchas ocasiones esta búsqueda de organizar a la sociedad también planteaba la posibilidad de capitalizar ese llamado antifascista en de pro de una militancia de mayor espectro que acompañara con otros reclamos de causas políticas más amplias, buscando incorporar a las personas vinculadas con el antifascismo a partidos políticos, sindicatos, asociaciones, grupos culturales, etc., identificadas con el anarquismo, el comunismo, el socialismo, el liberalismo, entre otros más.

En este caso, las lógicas estructurales del antifascismo a nivel global durante la época de entreguerras, tal como ha resaltado la historiografía sobre el tema, operaron en gran medida bajo expresiones cosmopolitas. Ya fuese como parte de las manifestaciones de la “internacionalización del campo intelectual”,⁵⁵ o desde la concepción de la “internacionalización” del espacio político local,⁵⁶ el antifascismo se constituyó alrededor de lógicas transnacionales, como la circulación de producciones culturales o la constitución de redes de solidaridad y militancia política, dotando de características cosmopolitas. A su vez, las tácticas y acciones realizadas constantemente hacían apelaciones de solidaridad y esfuerzos comunes frente a lo sucedido en otros países, bajo una lógica de internacionalismo estructurado o informal.

En el caso del entorno intelectual, el antifascismo también fungió como un motor de movilización y militancia política. Coincidimos con Enzo Traverso, quien considera que el antifascismo significó la verdadera coyuntura de politización y radicalización de los intelectuales al menos en Europa, sobre todo que con la llegada al poder del Partido Nazi en Alemania en 1933. Lo anterior abrió la puerta para que comenzaran a surgir distintas iniciativas, desde congresos internacionales en contra del fascismo hasta agrupaciones de

⁵⁴ Para un panorama general sobre el Frente Popular desde una lógica comunista, véase Graham y Preston, “The Popular Front”, pp. 1-19.

⁵⁵ Tal como señala Gisèle Sapiro, durante el periodo de entreguerras se vivieron distintos procesos dentro del campo intelectual que propiciaron su internacionalización bajo dos expresiones principales: la organización profesional de los intelectuales y los conflictos políticos internacionales. Véase Sapiro, “La internacionalización de los campos intelectuales”, pp. 77-113. Dentro de esa lógica, la lucha antifascista fue una manifestación de la internacionalización del campo intelectual que se vivió durante el periodo de entreguerras, donde la politización de la figura entró en sintonía con otros movimientos políticos que estructuraron sus lógicas bajo principios internacionalistas y cosmopolitas, como el comunismo, el trokismo, distintos movimientos sindicales, entre otros más. Véase Sapiro, “El espacio intelectual en Europa”, pp. 25-47.

⁵⁶ Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”, pp. 403-433; Ricardo Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*”, pp. 87-108.

corte cultural que promovían la lucha antifascista. Situados en gran medida, aunque no exclusivamente en el espectro del comunismo, tuvieron su apogeo durante la Guerra Civil Española y la reivindicación de la causa republicana frente al bando alzado. Estas coyunturas dan paso del *clérigo* al *militante*, restando posibilidad de plantear una postura neutral frente a la situación internacional, y en su lugar impulsando una “militarización” de la esfera intelectual, transitando simbólicamente del empleo de la pluma y la voz al uso de las “armas” como principales actividades.⁵⁷

Lo anterior dio lugar a que cobraran auge una serie de intelectuales que fueron percibidos como modelos a seguir respecto a la posición que detentaron y su compromiso con la causa antifascista. Las figuras de Henri Barbusse y Romain Rolland fueron constantemente recuperadas para representar el tránsito de la conciencia burguesa hacia una reivindicación social de corte comunista y de compromiso en la lucha antifascista; o la de Stefan Zweig⁵⁸ como impulsor de una resistencia moral, en la cual la aspiración cosmopolita frente a los embates nacionalistas y el aislamiento interno sirviera al resguardo de los principios civilizatorios. Todo esto se convirtió en apelativos de los distintos posicionamientos idealizados de lo que debía ser el intelectual en América Latina durante esos años.⁵⁹

A su vez, el planteamiento de Julien Benda con su obra *La traición de los intelectuales*, publicada en 1927, causó un hondo impacto en la concepción de esta comunidad, sobre todo en su relación con la política. Desde los postulados de Benda, el intelectual, al pertenecer a una élite que le era posible abstraerse de la realidad para desarrollar una sensibilidad superior a la de cualquier individuo común, tenía como propósito la denuncia de aquella acción que fuera en contra del valor humano y espiritual, sobre todo de valores universales como la justicia o la libertad. Pero ante la “corrupción” del ser intelectual, debido a intereses “frívolos”, este se había alejado de su posición moral superior en pro de un acercamiento a lo “mundano”, cayendo a la función de simples comparsas de

⁵⁷ Enzo Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 245-251.

⁵⁸ Sobre la condición del exilio de Zweig en Brasil, véase García Jr., “Stefan Zweig”, pp. 193-201.

⁵⁹ Esto es visible por ejemplo en la figura de Aníbal Ponce, quien de forma constante dentro de las publicaciones antifascistas argentinas hizo expresión de Romain Rolland o Henri Barbusse para ejemplificar la toma de conciencia social frente a la coyuntura, aunque con distintos matices. Al respecto véase Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere”, pp. 87-108.

intereses políticos, representando una traición a su función.⁶⁰ Esta concepción crítica de Benda, que lo concebía como parte de la crisis que vivía Europa, situaba al intelectual como parte de una casta superior, la cual debía procurar la defensa de los principios fundamentales de la civilización occidental frente a cualquier afrenta que los pusiera en peligro.

Dentro de la historiografía sobre el antifascismo se ha profundizado en las formas en que esta sensibilidad impactó en las definiciones identitarias de los intelectuales, haciendo una estrecha relación entre el planteamiento de la función social de esta colectividad y las formas en que se concebía que debían de operar frente a una coyuntura como lo sucedido con el fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Autores como Enzo Traverso,⁶¹ Gisele roro,⁶² Tony Judt,⁶³ Peter Watson,⁶⁴ o para el caso latinoamericano como Ricardo Pasolini,⁶⁵ Jorge Nállim⁶⁶ o Andrea Acle-Kreysing⁶⁷ han recurrido a perspectivas como la biografía, análisis de producciones culturales o de los lenguajes políticos con el propósito de comprender cuáles fueron las significaciones que tuvo el antifascismo en el desarrollo y transformación de las identidades de los intelectuales de la región. A su vez, Andrea Devés⁶⁸ o Ricardo Pasolini⁶⁹ han profundizado en las concepciones ideales de lo que debía ser un intelectual y los debates al respecto en diversos espacios. Tanto las discusiones estéticas-políticas sobre un arte comprometido y el papel social del artista que estudia Devés como la forma en que se proyectó la acción del intelectual a través de las agrupaciones o publicaciones antifascistas que estudia Pasolini permiten comprender el grado de politización que adquirió esta figura durante la época.

En este caso de estudio, muchos de los productores culturales que se involucraron con esta plataforma editorial, ya fuese como gestores o colaboradores, reafirmaban la idea de que el intelectual, al formar parte de una minoría selecta dedicada a la generación de

⁶⁰ Si bien Benda concibe la posibilidad del compromiso y la acción política del intelectual, ésta debe ser realizada en función de una causa de defensa de la universalidad y la moralidad superior, sobre todo cuando ésta se encuentra en inminente peligro. Véase Benda, *La traición de los intelectuales*, pp. 125-150.

⁶¹ Traverso, “Los intelectuales y el antifascismo”, pp. 51-72.

⁶² Sapiro, “La internacionalización de los campos intelectuales”, pp. 77-113.

⁶³ Judt, *Past Imperfect*, pp. 13-43.

⁶⁴ Watson, *Historia intelectual del siglo XX*, pp. 252-442.

⁶⁵ Ricardo Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo”, pp. 83-97.

⁶⁶ Jorge Nállim, *Transformations and crisis*.

⁶⁷ Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”, pp. 169-195.

⁶⁸ Devés, “El papel de los artistas”, pp. 126-150.

⁶⁹ Pasolini, “Scribere in eos qui possunt poscrinere”, pp. 87-108. Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”, pp. 403-433.

conocimientos y manifestación artísticas a partir de la reflexión, los saberes especializados y la sensibilidad superior que poseían, estaban llamados a cumplir la función de orientadores y guías morales de la sociedad, empleando los recursos a su disposición para tratar de dotar de un horizonte de certeza frente a problemas, manteniendo una postura de cercanía a lo sucedido. A ello la coyuntura crítica del fascismo y la guerra representaba un momento límite que obligaba a esta figura a enmendar sus errores pasados, posicionarse y actuar de forma comprometida más no política-ideologizada por la resolución de la crisis y la supervivencia de los fundamentos civilizatorios de occidente.⁷⁰

Ahora bien, la relación entre antifascismo e intelectuales plantea algunas cuestiones respecto a las formas en que este sector desarrolló sus acciones en las lógicas militantes que surgieron en torno a este tipo de sensibilidades. Aquí caben cuestiones respecto a si el intelectual siguió la misma lógica de militancia que cualquier otro actor social partícipe, como obreros, campesinos, artesanos, burócratas, profesionistas, entre otros, o si su posición social como productores culturales los dotó de otras prácticas de militancia. Por una parte, si recurrimos a las herramientas que nos otorga la historia conceptual, la concepción de intelectual que primaba durante las décadas de 1930 y 1940, al menos para el caso mexicano, tal como señala Guillermo Zermeño, se encuentra en una época de cambio y reconfiguración, en donde la convergencia del intelectual que hace presencia a través de las tribunas mediáticas y de la consideración de intelectual a aquellos sectores burocráticos identificados como funcionarios culturales en las instituciones del Estado mexicano también comenzó a cobrar relevancia un modelo de intelectual cercano a las instancias educativas universitarias, donde su actividad académica y su labor en la generación de conocimientos también los convirtió en una figura de peso público.⁷¹

⁷⁰ Esta visión, tal como señala Rodrigo Díaz Maldonado, resultó fundamental en el planteamiento intelectual de Alfonso Reyes, quien, desde una aspiración desde el cosmopolitismo nacionalista, reivindicaba por igual la incorporación de México al concierto de las naciones modernas como a América Latina al nivel de cualquier planteamiento de la civilización occidental. Véase Díaz Maldonado, “Auge y decadencia de la “minoría selecta”, pp. 455-460.

⁷¹ Para una revisión de la concepción sobre el intelectual en América Latina durante la época, véase Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*. También véase la introducción elaborada por Altamirano al segundo volumen de *Historia de los intelectuales en América Latina*. Para un panorama del intelectual como humanista en estos años véase Myers, “El epistolario como conversación *humanista*”. Para una exploración del “ser” intelectual en México durante las décadas de 1920 y 1930 véase Barrios de la Mora, *La traición de los intelectuales mexicanos*.

Esos tres modelos estuvieron ampliamente impactados por el proceso revolucionario mexicano, permeando una identificación del intelectual con dicho proceso. En estos modelos imperaba una visión de que éstos debían cumplir una función como orientadores sociales, pues a través del cultivo de la verdad serían guías en favor del pueblo, ya fuese como vanguardia del proletariado o como poseedores del conocimiento.⁷² Por su parte, si cruzamos este escenario con lo afirmado por Traverso,⁷³ es posible considerar que el llamado a la politización que enfrentaron estos agentes sociales durante la época con el objeto de evitar la neutralidad, a pesar de ciertas resistencias, resultó una apelación generalizada que impactó y transformó sus prácticas y dinámicas.

Ante este escenario y en términos prácticos es imposible establecer una separación entre la militancia intelectual y la militancia política, ya que la primera se deriva en gran medida de la segunda, al alcanzar alcanzar sus objetivos a través de mecanismos y prácticas propias de los entornos intelectuales con objetivos de corte político. Pero, para el caso de esta investigación consideramos que sí es posible establecer matices y diferenciaciones entre la práctica militante del intelectual frente a otras de sectores como obreros, sindicatos, campesinos, burócratas, entre otros más, sobre todo cuando la praxis política de este grupo social se dio fuera de alguna organización que encauzara dicha práctica. Precisamente a partir de la “normalización” de su labor como agente social, el intelectual construyó una identidad pública relativamente estable, al construir formas de comprender su acción política a partir de sus propias lógicas, prácticas y espacios, sobre todo cuando éstas estaban asociadas a la producción y difusión de ideas y producciones culturales.⁷⁴

Por ello es posible definir la militancia intelectual como una diferenciación de época entre las prácticas políticas del intelectual frente a otros sectores sociales. Esta diferenciación se construyó a partir de las autoconcepciones identitarias que permeaban entre los productores culturales en relación a sus actividades profesionales, lo que definió su horizonte de acción política. En ello cobraron especial importancia las redes intelectuales a las que

⁷² Zermeño, “La invención del intelectual y su crisis”, pp. 334-341.

⁷³ Traverso, “Los intelectuales y el antifascismo”, pp. 53-54.

⁷⁴ Un ejemplo de ello es la figura de Alfonso Reyes, quien bajo la lógica del hombre de letras o letrado, figura propia de finales del siglo XIX e inicios del XX, transitara paulatinamente a la concepción del intelectual a partir de sus propias actividades profesionales y su presencia en el espacio público. Al respecto véase Granados, “La emergencia del intelectual en América”, pp. 173-199.

pertenecía, sus prácticas o *habitus*, los espacios institucionales en los que estaba inserto y la concepción que tenía sobre su producción intelectual.⁷⁵

Pero ahora bien ¿cómo caracterizar a la expresión de militancia intelectual que se manifestó a través de la plataforma editorial conformada por estos impresos? En términos amplios es posible señalar que la conjunción del antifascismo y el americanismo significó la articulación de una militancia intelectual cosmopolita donde se conjugaron el universalismo con la construcción de una identidad macrorregional y la necesidad de comprender las particularidades del espacio nacional, unidas bajo la raíz común de la concepción de crisis de época que enfrentaban. A su vez, los intelectuales estimaban necesario que, a pesar de la distancia física que los separaba de los entornos de lucha directa, su postura representaba una contribución a la causa, ya fuese desde el hecho de crear conciencia y formar una corriente de opinión pública favorable, hasta la sugerencia de acciones y soluciones necesarias a tomar en consideración una vez terminado el conflicto mundial. Pero a continuación, consideramos necesario puntualizar algunos aspectos.

En primer lugar, es necesario señalar que la militancia intelectual se caracterizó por su oposición y lucha en contra el fascismo y la reivindicación del americanismo. Esta conjunción de causas se estructuró bajo una misma lógica militante de carácter cosmopolita, donde imperaba la constante apelación universalista de la amenaza del fascismo y el horizonte de esperanza que representaba el continente americano, pero sin dejar de ser conscientes de las particularidades que cada uno de los regímenes “fascistas” poseía y o de las divergencias existentes entre las naciones americanas.

La visión cosmopolita, tal como señalamos anteriormente, estuvo estrechamente relacionada con la interconexión de lo nacional con lo internacional. La compaginación de intelectuales mexicanos y extranjeros hizo que se conjuntaran las agendas de ambos sectores, en donde la opinión pública mexicana era el principal sector de impacto, aunque con extensión a otras naciones de América. Para lograr lo anterior, la interlocución internacional resultaba un elemento esencial, la cual se reflejó a partir de herramientas como la traducción

⁷⁵ Esta propuesta interpretativa no desconoce la existencia de otras definiciones acerca de la relación del intelectual con la política—tales como las figuras del intelectual comprometido o el intelectual subalterno—. Lo que buscamos con este planteamiento es enunciar cómo en ocasiones aquellos intelectuales que se consideraban apolíticos o neutrales frente al acontecer diario, bajo ciertas circunstancias, alteraban dicha postura con el objetivo de toma de postura y acción política frente a una coyuntura que consideraban trascendental e ineludible.

y edición de autores no hispanoparlantes, o su reseña y discusión. Ello resultó fundamental para tejer puentes de diálogo entre diversas espacialidades y experiencias, además de fortalecer los vínculos y redes intelectuales cultivados desde esta plataforma.

Asentados en su autoconcepción identitaria como una “minoría selecta”, esta militancia intelectual integró la visión del papel social del intelectual y el desarrollo de la plataforma editorial. Al concebir que fungían como “conciencia moral” de la sociedad, estos intelectuales plantearon la necesidad de que su labor y perspectiva del mundo fuera difundida de manera efectiva a través de los medios de comunicación que tenían a su alcance, con el propósito de orientar y brindar información certera y confiable a la opinión pública. Esta visión de la circulación del conocimiento confiable —generado a partir de su actividad como expertos en distintas disciplinas de las ciencias sociales entre diversos estratos de la sociedad— tenía la idea de que los impresos servirían como instrumentos formativos y de información sobre los problemas y fenómenos contemporáneos de mayor relevancia para el ojo público, como lo era el fascismo, la guerra y el rumbo del continente americano. Esta base de saberes posibilitaría la orientación en la toma de decisiones y forma de actuar frente a ellos, además de proyectar escenarios y posibilidades de acción hacia el plano futuro.⁷⁶ Es por ello que estas sensibilidades se expresaron principalmente a través de ensayos, artículos de análisis y de interpretación o reseñas de libros, siendo los géneros que empataron más con la concepción de las ciencias sociales de la época. También es necesario señalar que estas sensibilidades encontraron cauces a través de la literatura y las artes, sobre todo en *Cuadernos Americanos*, pero en esta investigación los dejaremos de lado debido a que superan los alcances de la misma.⁷⁷

La tarea de instrucción y guía certera también tuvo peso a la hora de definir lo que se entendía por opinión pública. Este grupo concebía que esta figura, derivada de la aparición del liberalismo y las democracias, era un espacio abierto y controvertible, en el cual se

⁷⁶ Esto es palpable en la introducción que aparecía en cada número de *Jornadas*, donde se especifica que la publicación tenía como propósito que el conocimiento científico circulara fuera de estos círculos y trascendiera a la opinión pública, buscando con ello el acercamiento de este mundo con la opinión pública, y que éste permitiera un mejor ejercicio de la ciudadanía desde posturas y conocimiento racionales. Véase folleto de presentación del Seminario Colectivo de América Latina y *Jornadas*, 1944, AHCOLMEX, FAR, Caja 13, Exp. 40, ff. 3-7. También como ejemplo véase Medina Echavarría, “Nuestras obras de sociología”, pp. 1-5.

⁷⁷ Uno de los objetivos de esta pesquisa es destacar el vínculo entre profesionalización de las ciencias sociales y discusión del fascismo en México, razón por la que el análisis de los textos literarios y la producción artística presente en esta plataforma rebasa de momento nuestras capacidades de análisis y tiempos proyectados.

depositaban las opiniones subjetivas de los individuos en diálogos comunes que permitían el debate e intercambio de ideas, y que en su conjunto daban forma a un “régimen de opinión pública”, que constituía posturas más definidas y que estructuraba la llamada “voluntad general”, donde la base era la libertad de pensamiento y la existencia de una plataforma que permitiera la difusión de la voz del ciudadano en el espectro público.⁷⁸ Esta voluntad funcionaría como un contrapeso en el ejercicio del poder político, imponiendo limitaciones y acotamientos a las posturas gubernamentales de acuerdo a las tendencias de la opinión pública. Pero a su vez, esta idea de opinión pública se convertía en una ilusión de representatividad excluyente, donde la única voz que resonaba era la de aquellos con representación en los medios de comunicación de la época, excluyendo a una gran cantidad de sectores sociales.

Dicha visión se compaginaba con el público que se proyectaba consumiera los impresos producidos por estas instancias, el cual debía tener preparación profesional o al menos un bagaje de conocimientos amplio que les permitiera la comprensión y recepción de aquello que consumirían, con el propósito de formular una postura propia a partir de la información brindada. La plataforma editorial tenía como público objetivo a sectores estudiantiles de las distintas disciplinas abordadas por las colecciones editoriales o las publicaciones periódicas. A ella se sumaron también sectores profesionistas con preparación en el área o sectores interesados en tópicos abordados por las obras o artículos publicados. Esta visión del público objetivo apelaba directamente a los sectores “ilustrados” de la sociedad, confiriendo una visión elitista de su nicho de consumo.

En este caso, la militancia intelectual cosmopolita tuvo su campo de expresión en tópicos como la determinación de la responsabilidad del fascismo en el estallido de la Segunda Guerra, la concepción del franquismo español como una manifestación fascista, la evaluación de la relación que los países americanos debían tener con Estados Unidos, la condena a los regímenes autoritarios existentes en la región o la denominación de una manifestación fascista propia del continente americano. El propósito de este campo de acción

⁷⁸ Quien mejor desarrolló una reflexión acerca de la opinión pública dentro del grupo fue el exiliado español Francisco Ayala. Véase Ayala, “La opinión pública”, pp. 59-87. Dentro de este ensayo, Ayala concebía que el régimen de opinión pública se encontraba en crisis, pues a partir de la existencia de la descalificación del intelectual y el debilitamiento de las estructuras democráticas, el fanatismo y la propaganda habían dañado seriamente el intercambio racionalizado dentro de esta arena pública, problematizando la transformación de la opinión pública en fuerza política.

era tanto estimular en la opinión pública la asunción de una postura antifascista en el entorno mexicano y latinoamericano, como dar impulso a la visión de que el continente americano era la respuesta a la crisis de época que se vivía, siendo necesario defenderlo de cualquier amenaza tanto interna como externa para que éste lograra su horizonte proyectado. A pesar de que planteaban una separación entre interés político e interés intelectual, estas acciones implicaron una toma de postura política, en contradicción con dicho principio y mostrando las tensiones de su papel social, aunque empleando los recursos propios de su profesión para desarrollar su militancia.

La militancia no se limitó a impulsar en la opinión pública una serie de temas de discusión, sino que también buscó plantear una serie de acciones a realizar con el objetivo de lograr tanto la derrota del fascismo como la materialización de las aspiraciones americanistas. Estas propuestas tenían como espacio de acción un futuro indefinido, pero próximo, que era el de la posguerra. Lo cual se debió a que la concepción de su labor social como intelectuales, los empujaba a postular un plan hacia el futuro, con el apelativo de definir caminos posibles en la toma de decisión y lograr materializar el horizonte de expectativas que habían imaginado.

En ello, la idea de democratización del continente resultaba un elemento fundamental, donde la defensa de regímenes democráticos cuya estructura estatal cubriera las necesidades básicas de la población en un régimen de bienestar y cuyas formas de participación política estuvieran asentadas en la noción de la ciudadanía, se convirtieron en un eje de reivindicación de autonomía y multilateralismo propio fuera de la esfera de influencia de los Estados Unidos. Pero estas ideas de democracia y opinión pública guardaban paradójicamente un eje de exclusión, donde su perspectiva como “minoría” capaz del cultivo del saber y de la orientación social, priorizaba un régimen elitista frente a los procesos de masificación que se vivieron durante la época.

La construcción de una agenda hacia el futuro, que tuvo sus años de formulación entre 1942 y 1945, chocó con la evolución de los reacomodos geopolíticos vividos con el fin de la guerra, en donde las tensiones entre las potencias vencedoras que darían origen a la Guerra Fría, así como la postura que tomó Estados Unidos frente al continente americano y la forma en que las naciones del continente se ajustaron y actuaron respecto al nuevo panorama geopolítico regional e internacional, hicieron que las ilusiones y proyecciones planteadas

desde esta plataforma editorial para los años de la posguerra divergieron de la realidad, lo que provocó un desfase entre la expectativa y lo factual respecto a los objetivos planteados desde estas sensibilidades. Otras preocupaciones e intereses surgirían de la coyuntura inicial del conflicto que enfrentaría a la Unión Soviética con los Estados Unidos.

4. El antifascismo como problema histórico (sobre la revisión historiográfica)

Esta investigación también se ve atravesada por diversos problemas historiográficos que se han planteado en el campo de estudios del antifascismo en México y en América Latina. La producción académica acerca de las distintas experiencias que tuvo el continente ha situado una serie de debates respecto a cuestiones que atravesaron las manifestaciones antifascistas de la región y las vincularon con cuestiones como el contexto político nacional e internacional, con distintos agentes del espectro social, así como con distintas producciones culturales que significaron medios para dar a conocer sus postulados, visiones del mundo y propuestas respecto a la forma en que debía darse la lucha en contra del fascismo.

En el caso de esta pesquisa, retomamos de forma breve tres problemas históricos que consideramos fundamentales para comprender este caso de estudio y sus características. Estas son: a) El antifascismo como sensibilidad transnacional que globaliza las lógicas nacionales; b) El Estado mexicano como actor antifascista; y c) El antifascismo y la edición. A continuación, procederemos a ahondar en lo que plantean estos problemas que estimamos con su abordaje en este trabajo, así como las hipótesis que proponemos.

a) El antifascismo como sensibilidad transnacional que globalizó las lógicas nacionales

Desde mediados de la década del 2010 ha cobrado auge en la historiografía del antifascismo concebir al fenómeno como uno de características transnacionales, con énfasis en la circulación de actores, noticias, ideas o producciones culturales, además del influjo de organizaciones internacionalistas en su difusión y arraigamiento en distintos espacios nacionales.⁷⁹ Esta situación ha hecho resaltar las tensiones entre el espacio de lo nacional y lo internacional, desdoblado una serie de reflexiones que han cobrado gran arraigo en la producción académica de América Latina.⁸⁰

⁷⁹ Véase García, “Transnational history”, pp. 563-572.

⁸⁰ Para profundizar en este aspecto véase Guzmán Anguiano, “La historiografía del antifascismo”, pp. 65-85.

El cruzamiento entre el espacio nacional y el internacional ha sido problematizado de distintas formas, tratando de resaltar tanto los conflictos a los que dio origen como las caracterizaciones que tuvieron las condiciones contextuales de cada país a partir de esta relación. La recepción de un proceso aparentemente externo, como puede parecer el caso del antifascismo, ante la conclusión de que el fascismo es un fenómeno de carácter europeo puede dejar de lado el hecho de que el antifascismo realmente arraigó en todas las latitudes del globo a partir de distintos elementos, tanto provenientes del entorno local como derivados de las interacciones internacionales.

En el caso latinoamericano lo anterior ha sido atendido por autores como Ricardo Pasolini⁸¹ o Andrea Acle-Kreysing,⁸² por un lado el primero con su propuesta de la internacionalización del espacio político nacional a partir del antifascismo da elementos para comprender a este fenómeno como una sensibilidad de época luego de sucesos de trascendencia internacional como la Guerra Civil Española o la Segunda Guerra Mundial que propiciaron que los grupos en el campo político nacional tomaran postura frente a ellos, incorporando las polarizaciones externas a las dinámicas internas para dar sentido a los objetivos y acciones propios, además de la posibilidad de diversos sectores de conciliar el desarrollo de una agenda nacional con una internacionalista.⁸³ Por otro lado, Andrés Bisso con su idea del empleo de la retórica antifascista en la arena política local como una forma de dirimir los conflictos a partir del binomio fascismo-antifascismo en pro legitimar sus acciones en contra de aquellos que identificaban como fascistas resultó en la incorporación del elemento externo al ámbito interno.⁸⁴

Frente a estas propuestas, consideramos que la interacción entre el espacio nacional y el internacional bajo el cauce antifascista conjuntó tanto adaptaciones como tensiones. Coincidimos tanto como Pasolini como con Bisso en la necesidad de prestar atención al empleo del antifascismo como herramienta política y su adaptación a las circunstancias nacionales, pero también creemos necesario, a partir de entender al antifascismo como una sensibilidad que incorpora tanto intereses políticos como experiencias colectivas e individuales, además de emocionalidades, no considerar al discurso antifascista sólo como

⁸¹ Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política” pp. 403-433.

⁸² Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 573-609.

⁸³ Pasolini, *Los marxistas liberales*.

⁸⁴ Bisso, “La “Unión Democrática”, pp. 199-213; Bisso, *Acción Argentina*.

muestra del interés político, tratando con ello de observar otros matices y posibilidades de expresión.

Por ello, consideramos que en el caso de las manifestaciones antifascistas que convergieron en el espacio mexicano también se articularon bajo esta lógica transnacional, aunque dando un peso particular al nacionalismo imperante en la esfera pública del país. A partir del peso que el nacionalismo revolucionario tenía en el México de la época, pero también con las apelaciones cosmopolitas a partir de sectores como los exiliados europeos y americanos, distintas comunidades intelectuales o grupos políticos de corte internacionalista, las expresiones antifascistas surgidas en México corrieron desde la denuncia de las manifestaciones “nativas” del fascismo (como la iglesia católica y sus agrupaciones laicas; a grupos empresariales;⁸⁵ a sectores de las comunidades extranjeras, principalmente alemanas, italianas, españolas o japonesas, etc.;⁸⁶ a la Unión Nacional Sinarquista;⁸⁷ al Partido Acción Nacional; además de diversos intelectuales que apoyaron al bando alzado durante la Guerra Civil Española, mientras que otros apoyaron abiertamente al nazismo⁸⁸) hasta la necesidad planteada de generar conciencia acerca de la situación internacional.

Éstas cobraron sentido de acuerdo con los objetivos que perseguía cada uno de los emisores, teniendo incluso propósitos que superaban el espacio de lo nacional —tales como las comunidades de exiliados o los organismos internacionalistas— pero dedicando un gran esfuerzo para congraciarse con el contexto político y el público mexicano. En el caso de esta plataforma editorial, se desarrolló una agenda de corte cosmopolita enfocada en los públicos nacionales, buscando con ello legitimar o criticar la política internacional del gobierno mexicano en turno, además de orientarlos sobre las posibilidades a futuro que podría traer consigo el término de la Guerra para América Latina. Pero al contar con la capacidad de trascender las fronteras nacionales, también se estructuró parte de su mensaje al público continental a través del americanismo, en donde se buscaba el aumento del prestigio nacional

⁸⁵ Véase Von Metz, Radkau, Spenser y Pérez Montfort, *Los empresarios alemanes*.

⁸⁶ Véase el caso alemán en el texto de Inclán Fuentes, *Perote y los nazis*.

⁸⁷ Véase el trabajo clásico de Meyer, *El Sinarquismo*. Al respecto también véase Calsapeu Losfeld, “No todo lo que brilla es oro”, pp. 130-162. También parte de la comunidad germanoparlante fue identificada dentro de las expresiones del fascismo local.

⁸⁸ Sobre este sector véase Urías Horcasitas, “Una pasión antirrevolucionaria”, pp. 599-228. También véase Sola Ayape, “Al rescate de Franco y del franquismo”, pp. 91-114. Sobre la figura de José Vasconcelos como simpatizante nazi véase Pilatowsky, “El acercamiento de José Vasconcelos”, pp. 159-175. Sobre Alfonso Junco véase Sola Ayape, “El escritor Alfonso Junco”, pp. 171-193.

frente a la coyuntura global, además de servir como tribuna para que los exiliados difundieran sus causas en otras latitudes del continente americano.

b) El Estado mexicano como actor antifascista

Buena parte de la producción historiográfica sobre el antifascismo que ha concentrado su atención en México ha resaltado el papel que tuvo el Estado mexicano en la promoción e impulso antifascista, convirtiéndolo en uno de los actores centrales para comprender a este fenómeno en esta nación. Lo anterior ha sido destacado como una particularidad nacional frente a otros países de América Latina, los cuales en gran medida concentraron las expresiones antifascistas al ámbito de agrupaciones o movimientos sociales fuera de la influencia de sus respectivos gobiernos. Esto ha derivado a que en el caso de México surja la necesidad de comprender aspectos como las razones por las que el Estado fue un actor preponderante del antifascismo local, los mecanismos a partir de los cuales operó este influjo y las dinámicas a las que dio lugar en relación con otros actores insertos también en el espectro antifascista.

En este sentido, trabajos como los de Andrea Acle-Kreysing,⁸⁹ Sebastián Rivera Mir,⁹⁰ Rubén Torres Martín,⁹¹ Carlos Inclán Fuentes,⁹² Aribert Reiman,⁹³ entre otros, han puesto en relevancia la significación que tuvo el Estado mexicano en la promoción de medidas o de una postura antifascista tanto en el escenario internacional como en el nacional. A su vez, trabajos como los de Daniela Spencer,⁹⁴ Javier Durán,⁹⁵ Josué Mendoza Pérez,⁹⁶ Jorge A. Nállim,⁹⁷ Alicia Gojman,⁹⁸ John Lear,⁹⁹ Teresa Cañadas García,¹⁰⁰ Andrea Acle-

⁸⁹ Acle-Kreysing, "Exiliados europeos y cultural antifascista". También véase Acle-Kreysing, "Antifascismo: un espacio de encuentro" pp. 573-609.

⁹⁰ Rivera Mir, "El antifascismo desde abajo", pp. 358-376.

⁹¹ Torres Martínez, "Gilberto Bosques Saldívar", pp. 47-59.

⁹² Inclán Fuentes, *Perote y los nazis*.

⁹³ Reimann, *Transnational District*.

⁹⁴ Spenser, *"Unidad a toda costa"*.

⁹⁵ Durán, "México, la Guerra Civil española y el cardenismo", pp. 107-118.

⁹⁶ Mendoza Pérez, "Sueño acariciado de Centroamérica".

⁹⁷ Nállim, "Antifascismo, revolución y Guerra Fría", pp. 93-126.

⁹⁸ Gojman Goldberg, "La Acción Democrática Internacional", pp. 151-177.

⁹⁹ Lear, *Imaginar el proletariado*.

¹⁰⁰ Cañadas García, "La huella de la cultura en lengua alemana", pp. 66-73.

Kreysing,¹⁰¹ Patricio Herrera González,¹⁰² Ricardo Pérez Montfort,¹⁰³ Carlos Martínez Assad,¹⁰⁴ entre otros, han puesto de relieve cómo la experiencia cardenista o la del gobierno de Manuel Ávila Camacho representaron una oportunidad de coalición política formal e informal, en la cual diversos grupos políticos e intelectuales se agruparon en torno a la estructura estatal para promover y apoyar la vocación antifascista que se marcó a partir de la agenda diplomática mexicana, o la articulación de coaliciones bajo la lógica de los frentes populares, tales como la LEAR, el Partido Comunista de México, la CTM, comunidades de exiliados europeos y americanos, entre otros sectores más, con el propósito de lograr ventajas y beneficios para sus propios intereses. Un elemento más que ha destacado historiográficamente sobre el tema es la forma en que esta postura dotó de prestigio y reconocimiento a los gobiernos mexicanos por parte de distintos sectores antifascistas externos, tal como señala Magalí Devés en su estudio sobre la revista argentina *Nueva Gaceta. Revista de la AIAPE*, entre 1941 y 1943.¹⁰⁵

La concepción de que el Estado mexicano fue el actor preponderante en el campo antifascista mexicano de la época ha sido resaltada de distintas formas, ya fuese como el interlocutor para distintas organizaciones populares, sindicales o campesinas, donde se empleaba la retórica antifascista como una forma de tejer alianzas de apoyo mutuo, sin la necesidad de subyugarse frente a él, tal como señala Rivera Mir; o el promotor de una alianza con los grupos de la izquierda mexicana que lo empoderó para incrementar su capacidad de acción, como reconoce Acle-Kreysing. Pero más allá de estos esfuerzos, historiográficamente ha predominado la concepción del Estado como un agente monolítico, sin estar constituido a su vez de subgrupos de poder, en constante negociación y disputas por incrementar su capacidad de acción, aprovechando las herramientas a su disposición para lograr sus objetivos.

Frente a este escenario, desde esta investigación planteamos la hipótesis de trabajo de que es necesario hacer una diferenciación entre lo que denominamos “antifascismo de Estado” y el “Estado antifascista”. Retomando lo propuesto por Ricardo Pasolini para el

¹⁰¹ Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”, pp. 169-195.

¹⁰² Herrera González, “En favor de una patria de los trabajadores”.

¹⁰³ Pérez Montfort, *Lázaro Cárdenas*.

¹⁰⁴ Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos*.

¹⁰⁵ Devés, “La cultura mexicana y el antifascismo”, pp. 16-30.

espacio argentino respecto a la internacionalización del escenario político nacional a partir de la irrupción del fenómeno del fascismo,¹⁰⁶ además de recuperar lo planteado por Andrés Bisso respecto a la funcionalización del lenguaje político en aras de emplear la carga antifascista para los intereses de un grupo social específico,¹⁰⁷ consideramos que existieron dos espectros de manifestación de la relación Estado mexicano-antifascismo.

El primero de ellos, lo que denominamos como “antifascismo de Estado”, es el resultado de la interacción de los distintos grupos de poder que conformaron la estructura institucional del gobierno mexicano de las décadas de 1930 y 1940, así como sus esferas de influencia directas e indirectas con las sensibilidades antifascistas de la época. Entendido al Estado como una organización fragmentada, conformado por distintos subgrupos con presencia en distintas instancias y que se encuentran en pugna constante por la capacidad de acción y determinación política, es posible proyectar la constitución de un campo antifascista en el cual se dirimieron, a partir de la retórica del antifascismo, los conflictos y tensiones existentes entre los distintos sectores que conformaban la estructura estatal, además de aquellos que, sin pertenecer directamente al Estado, se encontraban en su esfera de influencia, como partidos políticos, sindicatos, organizaciones profesionales, etc.¹⁰⁸

Bajo ese marco se inserta la plataforma editorial que estudiamos, ya que muchos de sus impulsores y colaboradores formaban parte de la estructura gubernamental mexicana o se encontraban bajo su esfera de influencia directa, como fueron integrantes del exilio español que laboraron con instancias como El Colegio de México o el Fondo de Cultura Económica. En ello, al igual que otros grupos de poder, emplearon una retórica surgida de las sensibilidades antifascistas imperantes en la época para participar en el campo de disputa política en favor de defender y colocar sus intereses y preocupaciones en las posibilidades de gestión estatal. Entre estas estaban la permanencia de la causa republicana en la agenda

¹⁰⁶ Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”, pp. 403-433.

¹⁰⁷ Bisso, “La “Unión Democrática”, pp. 199-213. Aunque en el caso de la experiencia antifascista que estudiamos en esta investigación, consideramos que esta funcionalización no fue solamente en el empleo del antifascismo como una herramienta de corte político, sino que su consideración como sensibilidad antifascista implicaba una gran carga emocional a partir de temores, ansiedades, experiencias e intereses, correlacionó tanto la “racionalidad instrumental” del interés político con una legítima preocupación respecto al rumbo que podría tomar la humanidad si no se hacía algo en contra del fascismo.

¹⁰⁸ Esta situación no limitó la existencia de agentes independientes de la influencia estatal que fueron partícipes de las expresiones antifascistas en el México de estas décadas, o que por momentos entraron en contacto con el Estado pero después se separaron de él. Pero si convirtió al Estado en el actor preponderante de estas dinámicas. En esto concordamos como Rivera Mir, “El antifascismo desde abajo”, pp. 358-376.

diplomática mexicana, las acotaciones a la relación bilateral con los Estados Unidos, la condena a las dictaduras de la región, la defensa de sus propios proyectos culturales y de su posición de privilegio en el campo cultural mexicano, entre otras más. Para ello, bajo una forma de militancia intelectual, buscaron generar un impacto en la discusión pública a partir de los proyectos editoriales a su disposición, fungiendo como su principal herramienta para lograr influencia y peso en la esfera pública y de la disputa política. Pero eso no limitó la existencia de divergencias con medidas adoptadas e impulsadas por otros grupos de poder insertos en la estructura estatal, lo que derivó en la manifestación de críticas y descalificaciones a dichas decisiones.

Por otro lado, lo que denominamos como “Estado antifascista”, se trató de una proyección política con sentidos propagandísticos, cuyo propósito era dilatar de legitimidad al régimen político mexicano, tanto en el orden nacional como internacional¹⁰⁹. En este sentido, ante la irrupción del fascismo en la agenda internacional a partir de sucesos como la Invasión de Abisinia por parte de Italia o la anexión del Sarre por Alemania, ambos en 1935, la Guerra Civil Española en 1936, la Guerra sino-japonesa en 1927, el *Anschluss* o la anexión de los Sudetes Checoslovacos por parte de Alemania en 1938, dio como resultado que el gobierno mexicano estructurara una agenda diplomática de carácter antifascista, en reivindicación de la autodeterminación de las naciones y de la no intervención de potencias extranjeras en asuntos internos, en solidaridad con aquellos países que habían sido víctimas por la intervención de las potencias fascistas. A ello se sumaría la apertura de las fronteras nacionales a distintos grupos de perseguidos políticos, quienes encontraron refugio en el país.¹¹⁰

Dicha postura dio lugar a que nacional e internacionalmente, sectores afines al espectro antifascista o aquellos que se habían visto beneficiados por las medidas —como los exiliados— se convirtieran en promotores propagandísticos de los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, construyendo una imagen pública de un “Estado antifascista”, monolítico y uniforme, el cual, a partir de su carácter revolucionario y progresista, se ponía a la vanguardia internacional en la lucha en contra de esta clase de

¹⁰⁹ Para una percepción sobre la construcción de legitimidad política durante el cardenismo a partir del aparato gubernamental mexicano véase Hernández Chávez, *La mecánica cardenista*.

¹¹⁰ Al respecto véase Herrera León, “México en la Sociedad de Naciones”. También véase Pérez Montfort, *Lázaro Cárdenas del Río*, pp. 238-262.

regímenes. En este sentido, también se entiende que la plataforma editorial que abordamos en esta investigación fue partícipe de este proceso de legitimación, aunque también contando con margen para la realización de posturas críticas en caso de divergencias políticas o intelectuales.

c) El antifascismo y la edición

Un aspecto que también ha cobrado importancia en los estudios sobre el antifascismo con foco en América Latina ha sido la relación que estas experiencias tuvieron con los impresos y la edición, lo que ha permitido comprender a profundidad distintos elementos que definieron las prácticas y apelaciones antifascistas en la región. Entre estos se encuentran la vinculación entre militancia política e intelectual y edición, la estructuración de formas de propaganda, los procesos de circulación, recepción y adaptación de ideas e interpretaciones sobre el fascismo, las definiciones identitarias de comunidades antifascistas, además de cumplir como tribunas de opinión y debate en la esfera pública.

Historiográficamente ha existido una gran preponderancia del estudio de la relación que existió entre antifascismo, impresos y prácticas intelectuales, poniendo en relevancia cómo estas materialidades cumplieron un papel fundamental a la hora de caracterizar en cierta medida la forma en que interactuaban los grupos de intelectuales en relación con estas sensibilidades, además de los vínculos que tejieron con otros sectores. Trabajos como los de Ángela Meirelles,¹¹¹ Ricardo Pasolini,¹¹² Jorge A. Nállim¹¹³ o Patricia Pizarroso¹¹⁴ han abordado estos aspectos. Por otro lado, los procesos de circulación y recepción de ideas y presentaciones a través de distintos medios impresos también han sido abordados historiográficamente, donde trabajos como los de Miranda Lida¹¹⁵ o Dennis Arias Mora¹¹⁶ han ayudado a clarificar algunas de las formas en que se dieron estos procesos. A su vez, la concepción propagandística también ha tenido gran peso en la producción académica de la región, pues trabajos como el de Ana Boned Colera,¹¹⁷ Magalí Devés,¹¹⁸ Fernanda Lavín

¹¹¹ Meirelles Oliveira, “Palavras como balas”.

¹¹² Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere”, pp. 87-108.

¹¹³ Nállim, “Antifascismo, revolución y Guerra Fría”, pp. 93-126.

¹¹⁴ Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”.

¹¹⁵ Lida, “Debates del exilio francés de Nueva York”, pp. 32-56.

¹¹⁶ Arias Mora, “Intelectuales de izquierda y nacionalsocialismo”, pp. 78-98.

¹¹⁷ Boned Colera, “La propaganda antifascistas”, pp. 293-302.

¹¹⁸ Devés, “La cultura mexicana y el antifascismo argentino”, pp. 16-30.

Robles,¹¹⁹ Angela Meirelles,¹²⁰ Mariana Moraes,¹²¹ Josué Mendoza Pérez¹²² o Francisco Acosta Martínez,¹²³ han abordado a profundidad la forma en que distintos sectores en el antifascismo aprovecharon los impresos para difundir sus planteamientos sobre el fascismo, sus atrocidades y sus programas de lucha en contra de esta clase de regímenes, buscando apelar a un público más amplio que simpatizara con sus principios y propiciara su movilización.

Estas producciones han permitido comprender la multiplicidad de particularidades que desarrollaron los impresos en su relación con las experiencias antifascistas de la región, mostrando las relaciones implícitas entre militancia, propaganda, posicionamientos, autodefiniciones y relaciones con distintos grupos y actores insertos en las lógicas antifascistas. Pero este abordaje generalmente se ha realizado de forma segmentada, con límites establecidos entre las tipologías de los impresos, ya fuesen libros, revistas o diarios.

En este sentido, es posible formular que la relación del antifascismo con los impresos resultó un elemento fundamental en la constitución de estas experiencias entre las décadas de 1920 y 1940. Lo anterior debido a que estos medios fueron empleados para difundir sus postulados interpretativos y consideraciones en torno a lo que denominaban fascismo, además de aprovecharlas en vías de discutir con otros actores insertos en el campo antifascista e intervenir públicamente en torno a la búsqueda de generar conciencia y movilizar a la sociedad en favor de aquellas naciones o sectores sometidos por regímenes y grupos identificados con dicha postura política. Por ello, en las manifestaciones antifascistas, resultaba esencial poner en práctica la gestión editorial como una forma de militancia más.

En esta gestión editorial resultan evidentes las tensiones que las manifestaciones antifascistas registraron entre el marco nacional e internacional. A partir de la circulación tanto de autores por publicar, actores involucrados en los procesos de producción, información, así como de los mismos impresos, la estructuración de redes de comunicación que enlazaban a distintas geografías del globo, las negociaciones y conflictos entre los agentes involucrados en los circuitos de gestión, entre otros factores más, son muestra de

¹¹⁹ Lavín Robles, “El libro de terror nazi en Europa”.

¹²⁰ Meirelles, “*New Masses* e a América Latina”, pp. 337-364.

¹²¹ Moraes Medina, “En busca del enemigo oculto”, pp. 1-21.

¹²² Ernesto Josué Mendoza Pérez, “Sueño acariciado de Centroamérica”.

¹²³ Francisco Javier Acosta Martínez, “Di welt i faier”.

cómo estas sensibilidades antifascistas trascendieron las fronteras y encontraron en estos medios los canales adecuados para lograr un impacto global entre los distintos públicos receptores a los que apelaron. Lo dicho también fue posibilitado por el empleo de la traducción como una herramienta de carácter antifascista, que permitiera el traslado y adaptación tanto de estas producciones como de estas sensibilidades a entornos que superaban los contextos de producción.

En el caso de esta investigación, el entendimiento de esta plataforma editorial y las sensibilidades desarrolladas en ella permitirán conocer cómo este enfoque cosmopolita y la relación de estos intelectuales con el poder ayudaron a proyectar a México como una nación moderna y progresista frente a distintos sectores del espectro de la izquierda. A través de la articulación del campo de la cultura, las ciencias sociales y la política a partir de estas sensibilidades, el país se ponía al frente de una reafirmación identitaria continental que detentaba una visión de futuro promisorio y utópica frente a una realidad de incertidumbre y crisis, la cual si bien no estuvo libre de contradicciones y pugnas, además de derivar en un desencanto, sí propugnaba una transformación de la región en términos democráticos y de justicia social.

5. El andamiaje (sobre las fuentes y la estructura de la investigación)

Tal como hemos explicado a lo largo de las páginas anteriores, las revistas *El Trimestre Económico*, *Jornadas* y *Cuadernos Americanos*, así como la colección “Política y Derecho” del FCE son el objeto de estudio de investigación, además de sus principales fuentes documentales. El análisis, tanto de las publicaciones en su materialidad como de los textos aparecidos en ellas, son la fuente principal en gran medida de los capítulos que conforman a esta tesis. Sin embargo, no son las únicas publicaciones o libros a los que se recurre, ya que también se consulta un corpus más amplio de impresos contemporáneos a éstos y que giran alrededor de la esfera de influencia de esta plataforma editorial, es decir, del Estado como actor preponderante en el antifascismo en México o de las experiencias antifascistas que tuvieron lugar en el país. Publicaciones como *Letras de México*, *El Noticiero Bibliográfico*, la *Revista Mexicana de Sociología*, *Ruta*, la *Revista Geográfica* o *Mundo Libre* también son abordadas en mayor o menor medida en la investigación, debido a que ofrecen un contraste entre las ideas que se difundieron en la plataforma editorial y los ecos que éstas tuvieron en

otras instancias. A su vez, también se aborda un corpus de obras de carácter antifascista publicadas en México, con el propósito de situar la forma en que se desarrolló la esfera editorial en sintonía con sensibilidades antifascistas.

Por otro lado, también se recurre a material de archivo con el propósito de profundizar en distintas vetas temáticas que se cruzan en la investigación. El Archivo Histórico de El Colegio de México y el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica brindan una ventana para conocer de mejor forma el espacio institucional desde el cual se desarrollan estas publicaciones y colecciones editoriales. A su vez, permite ahondar en las personas que interactúan en su desarrollo, así como en las negociaciones, tensiones y conflictos surgidos a partir de la gestión editorial y la búsqueda de traducciones. Por su parte, el Archivo General de la Nación, los fondos presidenciales y el fondo de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, dan elementos para comprender de mejor forma la proyección del Estado mexicano como actor antifascista, así como el seguimiento y perspectiva que dio a otros movimientos que también formaron parte de esta sensibilidad.

La presente investigación consta de cuatro capítulos. El primero de ellos explora las condiciones que permitieron el surgimiento de esta plataforma editorial, el panorama editorial antifascista en el que se inserta, así como la estructura social que las desarrolló. El segundo capítulo aborda las condiciones intelectuales que dieron origen a las sensibilidades que permearon en esta plataforma, la concepción de crisis de época que las permeó, el proceso de derivación en el replanteamiento de la identidad del intelectual, así como en la función pública del conocimiento social. El tercero particulariza en cómo la traducción de libros y artículos representó un puente simbólico para poner en comunicación distintas experiencias antifascistas y sus marcos de acción. Finalmente, el cuarto capítulo desentraña cómo la sensibilidad antifascista y americanista representó la toma de partido frente a distintos problemas de la época y la proposición de acciones enfocadas en solucionarlos, tales como el papel del fascismo en el estallido de la guerra, la concepción del franquismo como manifestación fascista, la relación de Estados Unidos con los países del continente, la condena a las dictaduras latinoamericanas de la época o la proyección del continente americano en el mundo de la posguerra.

1. Antifascismo y edición en México. Las condiciones para la conformación de una plataforma editorial

La relación entre antifascismo e impresos fue una característica fundamental de experiencias militantes surgidas durante entre las décadas de 1920 y 1940. El diseño, impresión, distribución y consumo de revistas, periódicos, folletos, libros y panfletos resultó esencial en las acciones emprendidas por distintas colectividades que se insertaron en las lógicas antifascistas. Lo anterior dio lugar a que la cultura escrita se convirtiera en uno de los principales vehículos de movilización social, en la que la difusión de ideas en contra de lo que entendían por fascismo se realizaba en aras de lograr concientizar y movilizar a grupos de la sociedad en contra de esos sectores.

Lo dicho no divergió para el entorno mexicano, espacialidad que entre las décadas de 1930 y 1940 concentró el desarrollo de una gran cantidad de proyectos editoriales que tuvieron como finalidad divulgar entre la sociedad mexicana ideas y corrientes de pensamiento en oposición al fascismo, tanto de aquellos sectores identificados como una amenaza interna —Camisas Doradas, sinarquismo, comunidades migrantes extranjeras, entre otros—, como aquellos externos, tales como el nacionalsocialismo alemán o el fascismo italiano. Agrupaciones de distinta índole, como sindicatos, organizaciones campesinas y profesionales, partidos políticos, grupos parlamentarios, asociaciones de exiliados, entre otros, utilizaron los medios a su disposición para difundir su retórica y postura a partir de impresos. En muchas ocasiones, estos sectores lograron conjuntar una diversidad de iniciativas editoriales comunes que permitían difundir de forma más eficaz el mensaje, logrando con ello la conformación de plataformas editoriales compatibles con esta sensibilidad.

En este sentido, una de las plataformas editoriales antifascistas que tuvo mayor difusión y capacidad de impacto durante esa época fue la que se conformó alrededor de algunas instancias culturales mexicanas dedicadas a las ciencias sociales, tales como el Fondo de Cultura Económica o La Casa de España/El Colegio de México. Revistas como *El Trimestre Económico*, *Jornadas* y *Cuadernos Americanos*, además de la colección editorial “Política y Derecho” del FCE fungieron como proyectos hermanados no solo por una estructura institucional común, sino también por la apelación antifascista que compartían,

donde la interpretación y caracterización de estos regímenes se hacía desde el conocimiento social. Tanto la conformación esta plataforma como su circulación siguieron lógicas transnacionales y cosmopolitas, en la que la identificación de la amenaza fascista con aquellos regímenes externos al contexto mexicano, tales como el nazismo alemán, el franquismo español, el fascismo italiano o distintas dictaduras militares latinoamericanas, y el impulso de la agenda diplomática desarrollada por los gobiernos mexicanos de la época, fueron factores fundamentales para esa apelación internacional.

Es por estas razones que el presente capítulo tiene como propósito abordar la forma en que se dio la relación entre antifascismo y edición. Para ello se toma al espacio mexicano de las décadas de 1930 y 1940 como trasfondo de desarrollo de la plataforma editorial que conformaron las revistas y colecciones editoriales de ciencias sociales, objeto de esta investigación. De lo anterior es posible identificar la diversidad de actores inmiscuidos en estas iniciativas editoriales, las características que detentó la relación entre antifascismo y edición, así como la relación que la estructura gubernamental mexicana guardó con estos proyectos.

Historiográficamente han existido diversas iniciativas que han centrado su atención en la relación antifascismo-impresos-prácticas intelectuales, poniendo en relevancia cómo estas materialidades cumplieron un papel fundamental a la hora de caracterizar en cierta medida la forma en que interactuaron los grupos de intelectuales en relación con estas sensibilidades, además de los vínculos que tejieron con otros sectores. Centrados sobre todo en el estudio de publicaciones periódicas y la prensa, estudios como los de Ángela Meirelles,¹²⁴ Ricardo Pasolini,¹²⁵ Jorge A. Nállim,¹²⁶ Patricia Pizarroso,¹²⁷ entre otros, han abordado estos aspectos. El estudio del libro en la relación entre edición y antifascismo ha sido menos abordado, existiendo trabajos como los de Fernanda Lavín Robles,¹²⁸ John Hench¹²⁹ o Montse Feu,¹³⁰ quienes han abordado la intervención estatal y de la militancia

¹²⁴ Meirelles Oliveira, “Palavras como balas”.

¹²⁵ Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere”, pp. 87-108.

¹²⁶ Nállim, “Antifascismo, revolución y Guerra Fría”, pp. 93-126.

¹²⁷ Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”.

¹²⁸ Lavín Robles, “El libro de terror nazi en Europa”.

¹²⁹ Hench, *Books as weapons*.

¹³⁰ Feu, *Fighting fascist Spain*.

política en la promoción y producción de libros de corte antifascista. Este capítulo se inserta dentro de esta producción.

Por ello, el presente capítulo está estructurado en tres apartados. El primero de ellos aborda la forma en que se dio la relación entre edición y antifascismo en México durante las décadas de 1930 y 1940, así como sus características y la constitución de distintas plataformas editoriales antifascistas. El segundo explora la conformación, desarrollo y término de la plataforma editorial que estudiamos. El último apartado profundiza en las personas que participaron en estos proyectos editoriales, así como su circulación tanto en México como en América Latina.

1.1 El antifascismo en México y el impreso. Panorama de una relación

La construcción de las experiencias editoriales antifascistas en México

Impreso y militancia es una relación que permeó con fuerza a nivel mundial en las experiencias antifascistas de las décadas de 1930 y 1940. Ya fuese desde las ediciones promovidas por sectores como el comunismo o el socialismo a nivel latinoamericano y mexicano,¹³¹ pasando por iniciativas impulsadas a partir de campañas gubernamentales en los esfuerzos de guerra estadounidense,¹³² hasta proyectos editoriales surgidos al calor de sucesos significativos, como lo fue la Guerra Civil Española,¹³³ no dejó de imperar una relación cercana entre los libros, revistas y folletos con las campañas propagandísticas y de concientización que impulsaron diversos sectores insertos en el espectro antifascista.

Bajo esta lógica, las iniciativas editoriales promovidas en la pluralidad antifascista sirvieron como empresas que se relacionaron ampliamente con la propaganda, pero que no necesariamente se limitaron a ella. Desde servir como medios para movilizar a la opinión pública en favor del esfuerzo de guerra y en contra del fascismo, pasando por aspectos como la formación política de cuadros militantes de partidos políticos y organizaciones antifascistas, el servir de contrapeso para rebatir los mecanismos propagandísticos propios de las organizaciones filo fascistas, o la consolidación de corpus de saberes interpretativos sobre esta clase de regímenes, fueron solo algunas de las funciones que cumplieron los impresos en las experiencias antifascistas de la época.

¹³¹ Al respecto véase Rivera Mir, *Edición y comunismo*, pp. 281-286.

¹³² Véase Hensch, *Books as weapons*, pp. 43-151.

¹³³ Véase Feu, *Fighting fascist Spain*.

En este sentido, las expresiones antifascistas que surgieron en el espacio mexicano durante las décadas de 1930 y 1940 tuvieron una amplia relación con el impreso, particularmente con el libro y las colecciones editoriales. Por ello, en los párrafos que siguen, haremos un repaso de esta particular relación, además de las significaciones que tuvo. Pero antes de adentrarnos en dicha tarea, es necesario señalar que desde la década de 1920 el antifascismo hizo acto de presencia en el entorno nacional. Esta sensibilidad, surgida a partir de lo sucedido en Italia en 1921 con el ascenso de Benito Mussolini al poder, que cobró fuerza a partir de 1924 con el asesinato del diputado socialista italiano Giacomo Matteotti, movilizó a sectores de la sociedad en México, aunque aún de forma muy limitada y marginal. Estas manifestaciones se concentraron sobre todo en los pequeños grupos de exiliados italianos,¹³⁴ caribeños y centroamericanos en el país, quienes usaban el calificativo de fascista para designar a aquellos regímenes que los llevaron al destierro.¹³⁵

Este tipo de iniciativas fueran soportadas en parte por el Partido Comunista de México, donde la conjunción del comunismo con el antiimperialismo y el antifascismo dieron origen a organizaciones como la Liga Antiimperialista de las Américas y a iniciativas como el Comité Manos Fuera de Nicaragua. Allí se formaron alianzas entre grupos de militantes centroamericanos y caribeños con los partícipes del comunismo mexicano y el internacionalismo comunista. Pero sería en 1928, con el VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista celebrado en Moscú y el tránsito al denominado tercer periodo de la Komintern, mejor conocido como de “clase contra clase”, que estas alianzas se rompieron, predominando la ortodoxia partidista frente a cualquier manifestación heterodoxa que propiciase alianzas con la pequeña burguesía o el “socialfascismo”. Lo anterior hizo que se dejara de lado la militancia antifascista que personajes como Tina Modotti o Vitorio Vidali venían desarrollando preeviamente, además de romper esta clase de convenios con grupos de exiliados caribeños, llegando incluso a tensiones al interior del partidos con personajes como Julio Antonio Mella.¹³⁶ Es necesario señalar que fue posible encontrar libros de esta etapa antifascista, pues tal como plantea Rivera Mir, durante estos años el Partido Comunista de México aun se encontraba en proceso de organización y estructuración, contando con pocos recursos económicos que le permitieran sufragar proyectos como colecciones editoriales,

¹³⁴ Véase Savarino Roggero, *México e Italia*, pp. 70-71.

¹³⁵ Véase Rojas, “México y las dictaduras”, pp. 117-135.

¹³⁶ Jorge, *De la revolución al antifascismo*, pp. 49-140. También véase Pujals, “Con saludos comunistas”.

sobre todo durante el periodo de la ilegalidad, entre 1929 y 1934.¹³⁷ Pero un impreso en el cual si es posible encontrar dicha evocación es *El Machete*, órgano propagandístico del partido comunista donde fueron constantes las apelaciones antifascistas.¹³⁸

El poco impacto de las apelaciones antifascistas durante esos años puede ser comprendido en parte por las relaciones formales e informales que el gobierno mexicano mantuvo con la Italia fascista de Mussolini. Durante la década de 1920, distintos sectores mexicanos se vieron atraídos por el fascismo, al encontrar en él un modelo político que podría dialogar e implementarse en la realidad mexicana. A partir de la estructura diplomática nacional se dispusieron los medios para construir relaciones y acercamientos con la realidad italiana.¹³⁹ En ese mismo sentido, la comunidad de migrantes italianos en México sirvió como enlace propagandístico del fascismo durante la década, pues a partir del uso del nacionalismo italiano se buscó crear una identificación común entre los expatriados y el régimen de Mussolini.¹⁴⁰

Sería hasta 1933, con la llegada del nacionalsocialismo alemán al poder a partir del nombramiento de Adolf Hitler como Canciller, que comenzaría a tomar fuerza el antifascismo a nivel global. Tal como señala Enzo Traverso, éste sería el parteaguas, junto a la Guerra Civil Española, que darían impulso internacional a las apelaciones antifascistas.¹⁴¹ También entre 1934 y 1936 se dio un viraje en la postura que impulsó la Tercera Internacional respecto a la posibilidad de alianzas con otras fuerzas políticas. A partir de la llegada de Hitler al poder y la política de persecución que realizó en contra del comunismo en Alemania, representó un desafío para el aparato internacionalista de Moscú, pues esto significaba no sólo el fortalecimiento de la ultraderecha fascista en el territorio germano, sino que implicaba el riesgo de expansión y consolidación en otras naciones, como Francia, España, Austria, por mencionar algunas.¹⁴² Lo anterior derivó en la transformación de la postura de la Komintern, pues en el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, celebrado entre julio y agosto de 1935, se dejó de lado la postura de “clase contra clase” para proceder a la etapa

¹³⁷ Rivera Mir, *Edición y comunismo*, pp. 281-286.

¹³⁸ Al respecto véase la formulación antifascista desarrollada durante la época clandestina del Partido Comunista de México. *El Machete, 1929-1934*, pp. VII-XVI.

¹³⁹ Véase Savarino Roggero, *México e Italia*, pp. 95-111.

¹⁴⁰ Véase Savarino Roggero, “Nacionalismo en la distancia”, pp. 48-62.

¹⁴¹ Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 249-250.

¹⁴² Para profundizar en las implicaciones del Frente Popular, véase Jorge, *De la revolución al antifascismo*, pp. 138-144.

denominada del “Frente Popular”, que significaría la posibilidad de alianzas con otras fuerzas de la izquierda progresista, aun aquellas que con anterioridad habían sido etiquetadas como pequeño burguesas o “socialfascistas”, para así lograr un frente amplio que confrontara al fascismo.

México no sería la excepción, pues a partir de 1935, sobre todo con la llegada de Lázaro Cárdenas al poder, comenzó a predominar una apelación antifascista en la agenda diplomática mexicana.¹⁴³ El viraje de la Internacional Comunista también permitió la búsqueda por construir una alianza entre distintas fuerzas de la izquierda —entre ellas el Partido Comunista de México— con el gobierno cardenista, con el fin de lograr un frente popular en el país. Si bien en un inicio el comunismo mexicano había visto con recelo a la figura de Lázaro Cárdenas, debido a la línea política imperante en el partido, llegando a denominarlo como “fachista”, con el reposicionamiento de la Komintern se buscó impulsar esta alianza de poder, en aras de lograr una postura política más fuerte para el comunismo.¹⁴⁴ En ello, la figura de Lombardo Toledano cobró relevancia como uno de los puentes entre el comunismo mexicano, el sindicalismo oficial y el gobierno mexicano, lo que lo convirtió paulatinamente en el principal promotor del antifascismo en el país.¹⁴⁵

Por lo tanto, lo anterior es plausible encontrarlo en el terreno de la edición antifascista, pues fue Lombardo, a partir de sus esferas de influencia, quien emprendió los primeros libros de esta temática. El Centro de Estudios para Obreros (CEPO) sería la instancia editorial que tiraría en 1935 la obra *El Estado y la violencia en la historia* de Roberto Calvo Ramírez, una de las primeras obras que abordó el tema del fascismo. Desde un enfoque “revolucionario dedicado a los revolucionarios”, el autor brindó un capítulo entero al tema del fascismo, al cual consideraba como una dictadura de los sectores más reaccionarios del capital.¹⁴⁶

Sería a partir del estallido de la Guerra Civil Española en 1936 que el antifascismo tomaría mayor fuerza y relevancia en la esfera pública mexicana. Tal como señala Sebastián Rivera Mir, este suceso permitiría que esta sensibilidad se convirtiera en una expresión de

¹⁴³ Véase Hégron, “El México cardenista”. Sobre este aspecto se profundizará en el cuarto capítulo de esta tesis.

¹⁴⁴ Véase Spenser, “*Unidad a toda costa*”, pp. 63-97.

¹⁴⁵ Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”.

¹⁴⁶ Véase Calvo Ramírez, *El Estado y la violencia*, pp. 187-192.

carácter estatal —aunque sin limitarse a él—, lo que dio inicio a una etapa “dorada” de la sensibilidad, la cual se extendió hasta 1942.¹⁴⁷

Es posible señalar lo anterior a partir de expresiones como la agenda diplomática mexicana y el respaldo internacional que brindó a la República española,¹⁴⁸ pasando por la apertura de las fronteras nacionales para recibir a distintos grupos de exiliados antifascistas,¹⁴⁹ el impulso que organismos sindicales cercanos al Estado mexicano —como la recién formada Confederación de Trabajadores de México (CTM)— dieron a esta sensibilidad,¹⁵⁰ o la creación de diversas organizaciones antifascistas —tanto de mexicanos como de extranjeros— en el territorio nacional son muestras de este auge.¹⁵¹ Conviene destacar que esto fue alentado por distintos sectores que formaron parte de la estructura institucional del gobierno mexicano, pues a través del patrocinio y participación en distintas de estas iniciativas, fue posible apuntalar la imagen de un Estado antifascista, que sirvió como elemento propagandístico en favor del régimen cardenista.

A ello también se sumó la coyuntura del levantamiento armado encabezado por Saturnino Cedillo en mayo de 1938, el cual estuvo asociado con las manifestaciones de grupos conservadores contrarios al cardenismo. Esta eventualidad, a la par de lo sucedido en España, derivó en el hecho de que la figura de Cedillo fuera denominada mediáticamente como el “Franco mexicano”, además de toda una serie de rumores que asociaban al movimiento cedillista con el nacionalsocialismo alemán.¹⁵² Por tanto, esto movilizó a la opinión pública mexicana, sobre todo a aquellas instancias que ya se identificaban como antifascistas, las cuales emplearon la retórica antifascista como una forma de posicionarse al respecto. A su vez, tal como señala Rivera Mir, esta coyuntura sería empleada por distintos sectores sociales para lograr impulsar sus demandas e intereses, sirviendo como lenguaje de gestión y disputa en el campo político mexicano, empleado sobre todo por organizaciones obreras y campesinas.¹⁵³

¹⁴⁷ Rivera Mir, “El antifascismo desde abajo”, pp. 260-264.

¹⁴⁸ Véase Herrera León, “México y su defensa de España en la Sociedad de Naciones”, pp. 281-345.

¹⁴⁹ Véase Pérez Montfort, *Lázaro Cárdenas*, pp. 238-263. Para un contraste de los grupos a los que se dificultó o impidió la entrada a México véase Gleizer, *El exilio incómodo*.

¹⁵⁰ Para una recapitulación de la organización, a partir de la biografía de Lombardo Toledano, véase Spenser, *En combate*, pp. 127-187.

¹⁵¹ Rivera Mir, “El antifascismo desde abajo”.

¹⁵² Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 324-326.

¹⁵³ Rivera Mir, “El antifascismo desde abajo”, pp. 260-264.

También durante estos años surgieron distintas organizaciones que se posicionaron en el espectro antifascista, como la Liga Pro Cultura Alemana, formada en 1937 por sectores de la intelectualidad y burocracia mexicana con algunos exiliados y migrantes germanoparlantes, encabezados por Heinrich Gutmann y Ernst Toller. Esta organización conjuntó a sectores de la socialdemocracia con el comunismo y otras sin militancia política, en una especie de frente popular en aras de promover la lucha en contra del nacionalsocialismo y diferenciar la cultura alemana de la barbarie nazi.¹⁵⁴

Dichos procesos también son posibles de observar en el mundo de la edición antifascista, pues entre 1936 y 1939, fueron múltiples las iniciativas que produjeron libros y folletos con temáticas antifascistas. Instancias como la Sociedad de Amigos de España, la Universidad Obrera de México, los Talleres Gráficos de la Nación, o editoriales como Revolucionaria, Pax, México Nuevo, Alba, Frente Popular, Popular, Manuel Arevalo, América, entre otras más, dedicaron parte de su producción a abordar el tema de la guerra española, el imperialismo fascista o la amenaza que esto significaba para el mundo. Muchas de éstas también estuvieron vinculadas a organizaciones de solidaridad con la República española, como la Sociedad de Amigos de España, la cual entre 1937 y 1940 imprimió diversas obras como *En la España leal ha nacido un ejército*, de Ralph Bates, *Bajo el sol de España. Poemas antifascistas*, de Jesús Sansón Flores, o la obra colectiva *España Invadida*.

Otras más estaban vinculadas a las comunidades de exiliados latinoamericanos en México, como el caso de la editorial Manuel Arévalo, relacionada con el aprismo en México.¹⁵⁵ Sus obras mostraron una conjunción entre el espíritu antiimperialista que caracterizó a la agrupación durante muchos años, su impronta indoamericanista y el uso del antifascismo para denunciar a aquellos sectores que identificaban como fascistas en el Perú de finales de la década de 1930. Ejemplo de ello es el libro publicado en 1938 de Fernando León de Vivero, titulado *Avance del imperialismo fascista en el Perú*, en el cual se denunciaba la penetración económica y social que tuvieron las comunidades italiana, alemana y japonesa en el Perú de la época, representando a los ojos del autor manifestaciones imperialistas de cuño fascista.¹⁵⁶

¹⁵⁴ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 66-71; Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”, pp. 381-382.

¹⁵⁵ Sobre esta editorial véase Melgar Bao, *Redes e imaginario*, pp. 149-158.

¹⁵⁶ León de Vivero, *Avance del imperialismo fascista en el Perú*, México, Ediciones Manuel Arévalo, 1938.

Un sector pujante en este mundo editorial fue el Partido Comunista de México, sobre todo con los vínculos que tejió con editoriales como Frente Popular, Popular o América. Al ser proyectos derivados de sus filas o con una relación cercana a ellas, sirvieron como organismos que difundieron la literatura doctrinaria y propagandística del partido, en la que el tema del antifascismo resultó recurrente con obras como *Unidad contra el fascismo que es hambre, terror y guerra*, de Georges Dimitrov; *Contra el peligro fascista*, de Hernán Laborde; *España y la guerra imperialista*, de José Díaz y Dolores Ibarruri, o *El fascismo, según los grandes fascistas y antifascistas*, de autores varios.¹⁵⁷

Muchos de estos proyectos contaron con la venia del gobierno cardenista, quien dotó de apoyo monetario o al menos de apoyo moral a la materialización de las obras, pues en muchas ocasiones hacían referencia al papel gubernamental en la lucha antifascista. Lo anterior es posible observarlo en el libro *Lo que no se sabe de la rebelión cedillista*, el cual fue editado y distribuido a partir de instancias gubernamentales.¹⁵⁸ A su vez, revistas culturales como *Frente a Frente* —organismo de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios—, *Futuro*, *Ruta* o *Letras de México* se convirtieron en espacios en los que se denunció la injerencia fascista en el conflicto español y se expresaron lazos de solidaridad y actos en favor de la República española, contando con el apoyo de instancias gubernamentales.¹⁵⁹

1939 representó un año de zozobra e incertidumbre para las apelaciones antifascistas, pues con el término de la Guerra Civil Española y la derrota de la República española, el Pacto de No Agresión firmado entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, y la invasión de Alemania a Polonia —eventualidad que daría origen a la Segunda Guerra Mundial— se cernió una sombra de duda e incertidumbre sobre lo que le deparaba a la humanidad, pues era evidente el fortalecimiento arrollador de las naciones fascistas.¹⁶⁰ Este escenario causó confusión y disputas entre las antiguas alianzas y vínculos forjados en el antifascismo, sobre todo aquellas establecidas en la lógica del “Frente Popular”, pues organismos como la Liga

¹⁵⁷ Al respecto véase Rivera Mir, *Edición y Comunismo*, pp. 75-166.

¹⁵⁸ Rivera Mir, “El antifascismo desde abajo”, pp. 360-262.

¹⁵⁹ Para un trabajo centrado en la revista *Frente a Frente*, véase Durán, “México, La Guerra Civil española”, pp. 107-118.

¹⁶⁰ Para una revisión de estos procesos véase David Jorge, *De la revolución al antifascismo*, pp. 255-266.

Pro Cultura Alemana comenzaron a vivir tensiones y fracturas internas.¹⁶¹ También en este año el contexto mexicano vivió una época de tensión y polarización social, pues al acercarse el término de la presidencia de Cárdenas y con ello las elecciones presidenciales, se dio una rearticulación de las fuerzas políticas situadas en la derecha mexicana, lo que daría origen a organismos como el Partido Acción Nacional o el nombramiento de Juan Andrew Almazán como candidato opositor.¹⁶² Estas coyunturas también se vieron reflejadas en la producción editorial antifascista. Tal vez el mejor ejemplo fue la impresión por parte de la Editorial Popular de libros como *El pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania*, de Molotov; *La Unión Soviética frente a la guerra imperialista*, de Miguel A. Velasco; *El enemigo es Almazán*, de Hernán Laborde; o *¿Quiénes se benefician de la guerra?*, de Earl Browder, todos editados durante este año.

El inicio del conflicto mundial y sus primeros compases entre 1939 y 1941 pluralizarían aún más el espectro antifascista en México. La llegada de exiliados procedentes de España, Alemania, Francia, Italia, Polonia, Austria, entre otras naciones,¹⁶³ hizo que encontraran en el contexto receptor un medio para reorganizar su militancia política y crear asociaciones que promovieron la lucha en contra del fascismo. Bajo el beneplácito pero también la vigilancia del gobierno mexicano, uniones como la Acción Republicana de México, Freies Deutschland, Francia Libre, la Union Deutscher und Österreicher Sozialisten in Mexico, la Alianza Internacional “Giuseppe Garibaldi” por la Libertad de Italia, entre otras, dieron lugar a tribunas que sirvieron para denunciar el avance del fascismo en Europa y la necesidad de apoyar el esfuerzo aliado, sobre todo con la entrada de la Unión Soviética en la guerra a partir de la Operación Barbarroja, lo que abrió la puerta para que de nueva cuenta el comunismo restableciera conexiones fuertes con la apelación antifascista pro aliada.¹⁶⁴

En varias de estas organizaciones, las viejas rencillas entre sectores de la izquierda prosiguieron y se transformaron. Las persecuciones políticas que el régimen de Stalin

¹⁶¹ Esta se dio debido a que personajes como Bodo Uhse, vinculado al Partido Comunista Alemán, tuvo un enfrentamiento con Gustav Regler, quien para ese momento ya se había distanciado del comunismo. Frente a esto Heinrich Guttman optó por una postura más abierta, pero de cercanía y conciliación con la figura de Regler. Al respecto Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 71-72.

¹⁶² Garcadiégo, “La oposición conservadora”, pp. 30-49.

¹⁶³ Para un análisis de este proceso véase Acciai, “Transatlantic routes and encounters”, pp. 129-150. Para una visión desde la figura de Gilberto Bosques, véase Torres Martínez, “Gilberto Bosques Saldívar”, pp. 47-59.

¹⁶⁴ Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 219-220.

emprendió en contra de disidentes y rivales políticos a partir de sucesos como las purgas en la Unión Soviética, los procesos de Moscú o la Guerra Civil Española, dieron lugar a que viejos militantes del partido y compañeros de viaje rompieran con el comunismo soviético. Personajes como Víctor Serge, Julián Gorkin, Alice Rühle-Gesrtel, Otto Rühle, pero sobre todo León Trotski, fueron algunas de las figuras que enfrentaron al estalinismo durante sus exilios en México. El asesinato de Trotski en agosto de 1940 fue el punto álgido de esta confrontación que marcó los años de la Segunda Guerra Mundial, dando origen a los conflictos ideológicos de la denominada Guerra Fría Cultural.¹⁶⁵ Este escenario también marcó el término de la Liga Pro-Cultura Alemana, pues las rupturas políticas fragmentaron la organización, mermando paulatinamente su capacidad de acción.¹⁶⁶

La entrada de Estados Unidos a la guerra en diciembre de 1941 a raíz del ataque a Pearl Harbor vino a revitalizar la apelación antifascista entre distintos sectores, volcando la retórica del antifascismo a favor del esfuerzo aliado en el conflicto, viéndolo como la alternativa más fuerte para lograr la derrota del fascismo. Por ello comenzaron a surgir diversos mecanismos propagandísticos y de coerción diplomática para que los países latinoamericanos apoyaran el viraje estadounidense y rompieran relaciones con los países del eje.¹⁶⁷ Por otro lado, políticos, burócratas e intelectuales mexicanos comenzaron a crear organismos como Acción Democrática Internacional, el Comité Nacional Antinazifascista, el Comité Parlamentario Antifascista, el Bloque Democrático y Antifascista de la Secretaría de Hacienda, entre otros más, como una forma de respaldar la lucha en contra del fascismo desde las instancias gubernamentales.

En una sintonía similar, otros organismos que formaban parte de las esferas de influencia de la estructura gubernamental mexicana, tales como el Fondo de Cultura Económica, La Casa de España, El Colegio de México, entre otros, sirvieron como espacios para la difusión de la exhortación en contra del fascismo. Bajo este panorama, Vicente Lombardo Toledano consolidó su posición como una de las figuras centrales del antifascismo mexicano, pues la estructura sindical e instancias periodísticas, educativas y culturales bajo su control e influencia le permitieron asentarse como un nodo fundamental del entorno

¹⁶⁵ Para una revisión general de esta situación, véase Iber, *Neither peace*, pp. 19-48.

¹⁶⁶ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 71-72.

¹⁶⁷ Véase Hench, *Books as weapons*, pp. 43-151. También véase Gellman, *Good Neighbor Diplomacy*, pp. 93-141.

político mexicano de la época. Por ende, esto posibilitó que construyera una serie de alianzas con distintos actores, desde los gremios obreros o el gobierno en turno, hasta con comunidades de exiliados.¹⁶⁸

Dichas situaciones se trasladaron al entorno editorial de la época, ya que sellos como el Fondo de Cultura Económica, Minerva, Séneca, Clave, Quetzal, Costa Amic, la Junta de Cultura Española, América, Mundo Actual, Publicaciones Panamericanas, Ediciones Liberación o la Unión Nacional de Mexicanos contra el Fascismo, entre otros, prosiguieron con la impresión de libros y folletos que alentaban la lucha antifascista, así como los conflictos que se vivieron al interior del campo antifascista de izquierda. Ejemplo de eso es el caso del editor catalán Bartomeu Costa-Amic, quien durante esos años fue participe de iniciativas como Quetzal, Costa-Amic, Publicaciones Panamericanas o Ediciones Libres, en las cuales se vieron involucrados personajes como Julián Gorkin, Ramón J. Sender, Marceau Pivert o Víctor Serge, publicó obras tanto en francés como en español, muchas de las cuales emplearon la retórica antifascista como un elemento que ayudó a construir posturas críticas y de confrontación entre sectores.¹⁶⁹ Entre éstas destaca *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, de Julián Gorkin. En este libro, el español criticó de manera profusa los mecanismos de represión y asesinato que desarrollaron tanto el régimen alemán como el soviético en España durante la Guerra Civil.¹⁷⁰ Lo anterior estableció un parangón entre el comunismo y el nacionalsocialismo, construyendo una de las bases teóricas que daría lugar a la conceptualización de régimen totalitario, explotado profusamente en años posteriores por los sectores anticomunistas.

También durante esos años, los proyectos encabezados por Lombardo Toledano siguieron siendo espacios fundamentales para la difusión pública de un “criterio” antifascista. Tanto publicaciones como *El Popular* o *Futuro*, como la misma Universidad Obrera de México a través de su programa editorial difundieron con fuerza una gran cantidad de literatura en contra del fascismo.¹⁷¹ Ya fuese a partir de productos literarios como los de Efraín Huerta y Pablo Neruda aparecidos en estas publicaciones,¹⁷² o partir de folletos como

¹⁶⁸ Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”.

¹⁶⁹ Véase Ferriz Roure, *La edición catalana*, pp. 39-48.

¹⁷⁰ Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 9.

¹⁷¹ Para profundizar en la Universidad Obrera de México, véase Acle-Kreysing, “Cómo crear una clase obrera”.

¹⁷² Al respecto véase Ugalde Quintana, “Literatura, política y antifascismo”. Del mismo autor “La conformación de catálogos”.

¿Cómo actúan los nazis en México? o *¿En qué consiste la democracia mexicana y quiénes son sus enemigos?*, ambos de Lombardo Toledano, el líder sindical mexicano y sus alianzas con distintas instancias políticas siguieron desarrollando acciones promoviendo el antifascismo en el país.

1942 marcaría un año de profundas transformaciones en las manifestaciones antifascistas en México. La entrada del país a la guerra en el bando aliado hizo que estas apelaciones compaginaran tanto la condena en contra del fascismo como el apoyo al esfuerzo de guerra aliado y la justificación pública de la decisión tomada por el gobierno de Manuel Ávila Camacho.¹⁷³ A su vez, las alianzas políticas que el gobierno mexicano tejió con los Estados Unidos de Roosevelt para afianzar el esfuerzo de guerra y la política del buen vecino¹⁷⁴ hicieron que permeara con fuerza el discurso panamericanista en ciertos sectores del antifascismo, equiparando la lucha aliada en contra de los países del eje con la lucha final en contra del fascismo. Lo anterior marcaría un segundo auge antifascista en el espacio mexicano, aunque con la impronta de la guerra como característica principal.

La estructura gubernamental mexicana y muchas de sus esferas de influencia se volcaron a apoyar este esfuerzo, convirtiendo a aquellos sectores en actores preponderantes del antifascismo entre 1942 y 1945. Aquello se debió en gran medida a las dificultades propagandísticas que vivió el gobierno mexicano para justificar su ingreso al conflicto mundial, ya que la oposición pública ante dicha decisión era grande. Por ello, se emplearon los recursos disponibles para posicionar el tópico de la guerra y las razones por las cuales México ingresó.¹⁷⁵ La lógica de la “Unidad Nacional” también hizo que muchos sectores en la zona de influencia estatal cerraron filas, incorporando sus voces a la promoción del esfuerzo de guerra. Actores como Lombardo Toledano, la revista *América* o Acción Democrática Internacional realizaron diversas actividades e iniciativas para tratar de afianzar públicamente la postura gubernamental.¹⁷⁶ En esta impronta el Estado mexicano empleó el empuje propagandístico para neutralizar la capacidad de acción de muchos movimientos sociales y de sectores de la izquierda cercanos al cardenismo, además de estrechar la

¹⁷³ Torres, “Hacia la utopía industrial”, pp. 643-656.

¹⁷⁴ Soledad Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 83-87.

¹⁷⁵ Cruz García, “Gobierno y movimientos sociales”, pp. 470-473.

¹⁷⁶ Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 589-601; Nállim, “Antifascismo, revolución y Guerra Fría”, pp. 93-126; Gojman Goldberg, “La Acción Democrática Internacional”, pp. 151-177.

vigilancia política contra distintos sectores, tanto nacionales como extranjeros, entre los que se encontraban el sinarquismo o los grupos filofascistas.¹⁷⁷

A ello también se sumaron diversos organismos propagandísticos extranjeros situados en el espacio mexicano, como el Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación, el Centro de Información y Prensa en México del Gobierno Provisional de la República Francesa, la Federación de Juventudes Socialistas de España en el Exilio, la Embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en México o la Embajada de Estados Unidos en México, los cuales promovieron sus propios intereses y objetivos políticos en la opinión pública mexicana, además de apuntalar la propaganda aliada en el país. A su vez, las asociaciones de exiliados siguieron jugando un papel importante en la promoción antifascista.¹⁷⁸

Durante estos años, la relación entre antifascismo y edición siguió vigente, cobrando particular auge derivado del fortalecimiento que vivió la industria editorial nacional durante esos años,¹⁷⁹ dando lugar a que editoriales como el FCE, Mundo Nuevo, Minerva, Quetzal, España Popular, Continental, Nigromante, Costa-Amic, Gráfica Panamericana, Acción Democrática Internacional, El Libro Libre, Lucha de la Juventud, Popular, América, Hermes, Iberia, Grafos, España Nueva, Liberación, Comité Nacional Antinazifascista, entre otras, produjeran una gran cantidad de obras bajo este impulso.¹⁸⁰ En primer lugar, es necesario señalar que el gobierno mexicano se convirtió en benefactor de distintas iniciativas editoriales y propagandísticas de corte antifascista. El ejemplo más reconocido de lo anterior fue *El libro negro del terror nazi en Europa*, publicado en 1943 por El Libro Libre con el mecenazgo del presidente Ávila Camacho. Esta obra, promovida por sectores del exilio germanoparlante vinculados a Alemania Libre, se concibió como una forma de concientizar sobre las atrocidades que había realizado el régimen nacionalsocialista en contra de distintos grupos sociales, destacando lo efectuado en contra del pueblo judío.¹⁸¹ El libro contaba con colaboraciones de autores como Antonio Castro Leal, André Simone, Thomas Mann, Paul

¹⁷⁷ Cruz García, “Gobierno y movimientos sociales”, pp. 474-476.

¹⁷⁸ Sobre el exilio centroamericano, véase Mendoza Pérez, “Unionismo y antifascismo”, pp. 1-24; sobre el caso del exilio germanoparlante y su visión sobre México y el rol antifascista, véase Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”, pp. 169-195.

¹⁷⁹ Herrera, “La producción de libros en México”, pp. 40-111.

¹⁸⁰ Tan sólo como parte de esta investigación, se identificaron alrededor de 190 libros y folletos producidos durante estos años cuya atención se centró en temáticas relacionadas con la guerra o el fascismo.

¹⁸¹ Lavín Robles, “El libro del terror nazi en Europa”, pp. 104-196.

Merker, Anna Seghers, entre otros más, y grabados del Taller de Gráfica Popular, destacando el trabajo de Leopoldo Méndez.¹⁸²

Dentro de la estructura estatal mexicana también surgieron esfuerzos editoriales que buscaron impulsar una postura pública antifascista en la sociedad mexicana, además de posicionarse en la disputa política de la época. Recopilando principalmente discursos y ponencias presentadas en mítines o conferencias, obras como *Lucha Antifascista y en defensa de la democracia*, del diputado Alfredo Félix Díaz E., editado en 1942 por la Imprenta de la Cámara de Diputados,¹⁸³ es una muestra representativa de esta clase de impresos que editaron las instancias oficiales durante estos años.

Con el avance de la guerra, los sectores insertos en el antifascismo hicieron patente la preocupación e inquietud de lo que depararía al mundo una vez terminado el conflicto. Lo anterior derivó en que se generaran toda clase de reflexiones y proyecciones sobre lo que las distintas fuerzas sociales deberían de realizar al finalizar la guerra en aras de lograr la erradicación total del fascismo y construir un mundo más justo y equitativo. Del mismo modo, eso no sería ajeno al mundo del libro, pues diversas obras se ocuparon de abordar aspectos relacionados con este tópico. Obras como *Los países dependientes en la futura postguerra*, de Arthur N. Holcombe, editado en 1942 por el Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación; *El hombre libre de América: un augurio para la postguerra* de Ezequiel Padilla Peñaloza, editado por Nuevo Mundo en 1943; *Consecuencias económicas de la Segunda Guerra Mundial*, de Lewis Levitzki Lorwin, editado por Minerva en 1943, o *Reflexiones sobre el ideal ecuménico, el panamericanismo y la post-guerra*, de Agustín Salvat, editado por Turanzas del Valle en 1944, son solo algunos ejemplos de esta tendencia editorial.

Eventualidades como la caída de Berlín en mayo de 1945, los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto del mismo año, o la rendición de Japón en septiembre marcarían el término de la Segunda Guerra Mundial y la transformación de las apelaciones antifascistas. La derrota de los países del eje y la liberación de los territorios bajo su control marcarían el viraje de muchas de los planteamientos en contra del fascismo, pues para diversos sectores la conclusión de la guerra representó la derrota definitiva tanto del

¹⁸² *El libro negro*, pp. 7-8.

¹⁸³ Díaz E., *Lucha antifascista*, pp. 1-15.

nacionalsocialismo alemán, del militarismo japonés y del fascismo italiano. Para otros, eso solamente era una transformación de la lucha, pues había que permanecer vigilantes para evitar un rebrote o el surgimiento de nuevas manifestaciones fascistas. Para algunos más, el término del conflicto no representó el fin de la amenaza, pues el fascismo seguía vigente en países como España o Portugal, mientras que en otros se corría un grave peligro de que emergieran gobiernos de esta índole, como en Argentina. Mientras tanto, el antifascismo también fue resignificado como un elemento fundamental para la reconstrucción institucional de muchos países durante la posguerra, siendo un apelativo político de gran peso para la constitución de regímenes como el italiano, el francés o las naciones cercanas al bloque soviético.¹⁸⁴

En el caso mexicano el final de la guerra significó una reconfiguración del panorama político nacional, pues esta eventualidad marcó el final de muchas alianzas que se tejieron desde el cardenismo entre las izquierdas y el Estado mexicano y que se prolongaron, con muchos cambios, con la llegada de Ávila Camacho al poder. La gradual acotación de la capacidad de acción política de figuras como Lombardo Toledano sumado al cambio de los tiempos disminuyó la presencia del antifascismo en la esfera pública.¹⁸⁵ También muchas de las organizaciones que promovieron esta sensibilidad, tales como las asociaciones de exiliados, paulatinamente se fueron desintegrando, pues con el término del conflicto y el retorno de muchos de sus integrantes a sus países de origen, perdieron su principal razón de existencia.¹⁸⁶ A su vez, la alianza política que se tejió con Estados Unidos bajo la lógica de la guerra y el espíritu panamericanista prevaleció al conflicto mundial, transformándose de acuerdo a los reajustes de la posguerra, atendiendo tanto a los intereses mexicanos como estadounidenses, donde el anticomunismo fue cobrando particular centralidad con el paso de los años.¹⁸⁷

Dentro de este panorama, si bien el tópico del antifascismo siguió teniendo cierta presencia editorial durante los años de la posguerra, éste fue paulatinamente desplazado por otros más acordes a las reconfiguraciones geopolíticas globales, como el anticomunismo y la crítica a la Unión Soviética. Lo mencionado es visible en obras como *Europa ante el*

¹⁸⁴ Véase la segunda parte del libro de García, Yusta, Tabet y Clímaco, *Rethinking antifascism*.

¹⁸⁵ Acle-Kreysing, "Antifascismo: un espacio de encuentro", pp. 601-604.

¹⁸⁶ Reimann, *Transnational District*, pp. 409-437.

¹⁸⁷ Soledad Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 83-87.

socialismo o ante la muerte, de Julián Gorkin, editado por Mundo en 1946. Pero también la lucha antifranquista, inserta en el antifascismo durante los años de la guerra, prosiguió con fuerza en algunas editoriales, pues la publicación de obras como *La Piedad de Franco*, de José Loredó Aparicio, impreso por Costa-Amic en 1946, o *España en México, 1930-1946*, de Ruperto González, editado por Ediciones Maru también en 1946, se insertaron en los esfuerzos en contra del franquismo de una parte de la comunidad de exiliados españoles en México.

Tipologías de la edición antifascista y sus características

La relación entre antifascismo y edición en México durante las décadas de 1930 y 1940, tal como vimos, dio lugar a una amplia gama de proyectos editoriales, los cuales produjeron más de 300 impresos cuyas características estuvieron estrechamente relacionadas con los actores que participaron en su producción y circulación, los propósitos políticos que se plantearon a través de ellos, los públicos a los que iban dirigidos, entre otros factores más. Estas condiciones permiten proponer una serie de tipologías sobre la edición antifascista, teniendo como propósito categorizar dicha producción impresa de acuerdo con sus características y objetivos. Lo anterior permitirá comprender en términos más amplios la forma en que se articuló la relación entre antifascismo y edición en el espacio mexicano, dando con ello algunas pistas y parámetros relacionados con su producción. Dichos tipos pueden establecerse de la siguiente forma: literarias, académicas, escrituras del yo, institucionales, de comunidades en el exilio y militantes.¹⁸⁸ A continuación procederemos a caracterizar a cada una de ellas.

En primer lugar, la producción editorial antifascista de carácter literario tiene una estrecha relación con la escritura de poemas, novelas, cuentos y cualquier narrativa en prosa o verso de carácter ficcional que a través de sus contenidos o de su presentación apela a una confrontación directa en contra del fascismo, a la remembranza épica de los esfuerzos y sacrificios realizados por los combatientes antifascistas, o al recuerdo de las víctimas del fascismo. Este tipo de obras entran en la lógica de la época que, tal como señala Magalí

¹⁸⁸ Es necesario aclarar que estas tipologías no fueron inmutables ni impermeables, ya que es posible que distintas producciones editoriales puedan situarse dentro de dos o más categorizaciones, además de que un mismo sello editorial pudo producir a lo largo de los años diversos tipos de libros.

Devés, planteaba un arte comprometido y social,¹⁸⁹ al buscar convertir la literatura en un medio de movilización y concientización frente a la situación coyuntural que se vivía y la necesidad de tomar postura en contra el fascismo que se planteaba como respuesta.

Bajo esta lógica, se publicaron diversos libros cuyos contenidos asentaban la sensibilidad antifascista a partir del recurso literario, dando origen a poemas y prosas en donde se exaltaba la lucha antifascista, plasmando desde odas a la confrontación de los republicanos españoles frente a los alzados y la intervención italiana y alemana en la Guerra de España,¹⁹⁰ hasta el ensalzamiento de la solidaridad con la desgracia que enfrentó el pueblo judío durante los años de la Guerra.¹⁹¹ Incluso en algunos casos el título de la obra llevaba el apelativo antifascista, siendo una marca indeleble del compromiso literario con el esfuerzo militante de la época, como es el caso del libro de poemas titulado *Bajo el sol de España. Poemas Antifascistas* de Jesús Sansón Flores, publicado en 1938.

Por otro lado, también es posible posicionar en esta tipología editorial aquellas obras que por su lugar de publicación o por los paratextos presentes en su edición plantean una resignificación de sus contenidos para incorporarlos en la sensibilidad antifascista. En primer lugar, es posible insertar a muchos poemas y cuentos que fueron publicados en distintas revistas como producción de corte antifascista. Esto es viable debido a que revistas como *Futuro*, *Cuadernos Americanos*, *Frente a Frente* o diarios como *El Popular* se convirtieron en tribunas donde la producción de ensayos y artículos de corte antifascista compartieron espacios con escritos en prosa y versos que de forma indirecta apelaban a esta sensibilidad, sobre todo por la carga simbólica que se cernía sobre estas producciones o por la postura política que detentaban sus autores. Tal como señala Sergio Ugalde para el caso de *El Popular*, estas producciones se resignificaron e integraron en una lectura de conjunto, dando lugar a una transformación de su carga estética bajo una lógica política.¹⁹²

A su vez, los paratextos también fungieron como mecanismos de resignificación y guía de lectura que produjeron tanto editores como traductores para insertar a ciertos textos en una carga antifascista. Ejemplo de ello es el libro de G. Garretto, *Sicilia, Tierra de Dolor*, publicado en 1943 por la editorial Nuevo Mundo. Traducido por Marte R. Gómez, quien

¹⁸⁹ Devés, “El papel de los artistas”, pp. 126-150.

¹⁹⁰ Ejemplo de esto es el libro de Sansón Flores, *Bajo el sol de España*.

¹⁹¹ En esta lógica se encuentra la obra de Giménez Igualada, *Rutas de luz*.

¹⁹² Ugalde Quintana, “Literatura, política y antifascismo”, pp. 107-137.

integró a la edición un prólogo de su autoría, en el cual situó esta novela en una narrativa antifascista. Originalmente el libro relata una sublevación rural en la posguerra de la Primera Guerra Mundial, años antes de la Marcha sobre Roma que llevaría a Benito Mussolini al poder. Pero en su prólogo, R. Gómez dirimió que la obra de Garretto fungía como una crítica a las desatenciones que el régimen fascista había tenido con el campesinado italiano, planteando la necesidad de una lucha en contra de este régimen para lograr una reforma agraria que favoreciera a las clases proletarias de Sicilia.¹⁹³

Una segunda tipología editorial puede ser categorizada de corte académico. Esta se caracteriza tanto por los contextos de producción, los actores que participaban en su elaboración y las formas en que se presentaban sus contenidos. En primer lugar, estas obras eran producidas en entornos académicos o universitarios tanto nacionales como extranjeros, a partir de investigaciones y reflexiones derivadas de las ciencias sociales y las humanidades, destacando el empleo de teorías sociales como elementos interpretativos y de análisis. En este sentido, estas obras tenían su origen en el propósito de generar marcos de comprensión acerca de los regímenes fascistas y las condiciones que les dieron origen. En otras palabras, el propósito era afianzar tanto en la comunidad de especialistas como en la esfera pública estructuras de referencia que sirvieran para significar la etiqueta de fascismo, los problemas que traía consigo y la necesidad de acción frente a su avance y amenaza. Pero a pesar, es necesario señalar que a pesar de que muchas veces estos se elaboraban a partir de las nociones de cientificidad de la época, estas obras planteaban una postura política implícita, donde la retórica antifascista hacía acto de presencia al calificar esos gobiernos como negativos y dañinos para diversos estilos de vida.

La forma en que se presentaban estos impresos generalmente era en otros corpus de obras que recopilaban y difundían los saberes científicos en comunidades de especialistas. Lo anterior se dio a través de revistas académicas o culturales, folletos de difusión y divulgación o libros que formaban parte de colecciones editoriales especializadas. En este caso es posible señalar que distintos libros de la colección “Política y Derecho” del Fondo de Cultura Económica, los diversos números que conformaron la revista sin periodicidad *Jornadas* o las colaboraciones aparecidas en publicaciones como *El Trimestre Económico* o *Cuadernos Americanos* se sitúan en esta lógica. A su vez, esporádicamente se publicaron

¹⁹³ Garretto, *Sicilia*, pp. 13-18.

distintas conferencias académicas realizadas en instancias como la Universidad Nacional de México, las cuales comúnmente aparecieron bajo el sello de la Universidad o de editoriales de corte antifascista, como la conferencia de Rodolfo Lozada denominada “La economía bélica nazi”,¹⁹⁴ o la de Alfred Stern titulada “La filosofía de la política y el sentido de la guerra actual”, publicado en 1943 por Minerva.¹⁹⁵

Un tercer tipo editorial es el que se puede denominar como “Escrituras del yo”. Este concentra aquellas producciones de carácter autobiográfico, ya fuesen memorias, epistolarios, diarios o crónicas, en el cual se narraban las vivencias del autor y las cuales conformaban parte de la apelación antifascista, pues a partir de la cuestión experiencial se construía toda una retórica y legitimación de la condena al fascismo. Dicha narrativa se asentaba en hechos como la persecución realizada por esta clase de regímenes en contra de esos actores debido a su militancia política, postura intelectual, rasgo étnico o religioso; el imperativo de exiliarse en otros países; además de viajeros y funcionarios extranjeros que convergieron en aquellas naciones dominadas por el fascismo. Su producción generalmente variaba entre ediciones promovidas por los propios autores¹⁹⁶ o por editoriales de corte más político y militante.¹⁹⁷

Este tipo de obras permitieron que tanto sus autores como sus editores legitimaran su posición antifascista en la esfera pública de la época. Por una parte, situaba a los autores en un ámbito de prestigio simbólico, ya que a través de sus vivencias referidas en sus trabajos se posicionaban como víctimas o conocedores de primera mano de las atrocidades fascistas, exponiendo su voz como testimonios esenciales para conocer las causas y formas de la tragedia, además de afianzar los motivos por los cuales era necesario tomar conciencia y acción frente a esta clase de regímenes. Por otro lado, también fueron empleadas por editores, traductores y militantes como una forma de legitimarse y posicionarse en el campo de interacciones antifascistas, en donde a través de paratextos o extratextos se insertaban como promotores de la lucha a través de la divulgación de esta clase de libros, con el propósito de generar entendimientos y situar la dimensión en términos experienciales de lo que significaba el fascismo.

¹⁹⁴ Lozada, *La economía bélica nazi*.

¹⁹⁵ Stern, *La filosofía de la política*.

¹⁹⁶ Véase como ejemplo Calero, *Cruces y alambradas*.

¹⁹⁷ Ejemplo de ello es Frola, *Recuerdos de un antifascista*.

Un cuarto tipo de producción editorial es la que se podría denominar edición institucional u oficial. Esta se caracteriza por recopilar lo expuesto o discutido en alguna eventualidad de carácter antifascista —ya fuesen conferencias, congresos, mítines, seminarios, asambleas, mesas de discusión, etc.—, o presentar la postura y doctrina de alguna organización en específico. Generalmente estas obras se realizaban bajo una autoría colectiva o institucional, especificando en su momento quién era el autor de determinadas partes de la obra. Su propósito de origen era dar a conocer en un público más amplio lo sucedido en eventualidades determinadas, así como difundir los principios bajo los que se guiaba la acción política de alguna colectividad.¹⁹⁸ Pero también sirvieron como forma de posicionarse e integrarse simbólicamente al espectro de esta sensibilidad, dando lugar a que fueran empleadas como una herramienta para la disputa política al interior del campo antifascista que se desarrolló durante estos años. En este sentido, este tipo de producciones editoriales fueron promovidas con igual intensidad por entes del gobierno mexicano o por grupos con militancias específicas, siendo partícipes de los conflictos, alianzas y tensiones surgidas en las interacciones antifascistas.

Una quinta tipología es la producción editorial que realizaron distintas comunidades de exiliados residentes en México durante esos años, las cuales optaron o se vieron obligadas al desplazamiento fuera de sus lugares de origen debido a sus militancias políticas en oposición a los regímenes fascistas. Esta producción impresa, que dio origen tanto a libros, folletos y revistas de distintos tipos,¹⁹⁹ fue estructurada principalmente a partir de los organismos creados por estas colectividades con el propósito de encauzar sus esfuerzos de lucha en el contexto mexicano. Por ello estas publicaciones tenían distintos propósitos de origen, estando entre los principales el que los exiliados construyeran vínculos políticos entre sí con el propósito de fortalecer sus reclamos políticos, además de informar a los miembros de las organizaciones sobre las acciones realizadas por estas e instruir sobre distintos tópicos. Por otro lado, también sirvieron para dar a conocer en el entorno receptor los motivos

¹⁹⁸ Es necesario señalar que también funcionan como fuentes elementales para conocer las experiencias antifascistas surgidas en el entorno mexicano, ya que en muchas ocasiones también aparecían los listados de concurrentes a la eventualidad o de los adherentes a la misma, ofreciendo con ello una herramienta para mapear las prácticas y redes militantes del antifascismo mexicano.

¹⁹⁹ Para particularizar en el caso de las revistas antifascistas, resulta ilustrativo el trabajo de Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”.

políticos de sus iniciativas, así como la búsqueda de expresiones de solidaridad y colaboración con otros grupos insertos en la militancia antifascista.

Es por lo anterior que estas producciones editoriales pueden ser encontradas en diversos idiomas, a pesar de ser impresas en México. Esto se debió a factores tales como buscar articular un sentido de comunidad entre los exiliados — aun cuando aquello no siempre funcionaba del todo debido a las fragmentaciones y disputas políticas— o la aspiración de que los impresos circularan fuera de las fronteras mexicanas para llegar a otros grupos de exiliados en América. Por ello es posible encontrar revistas como *Freies Deutschland* o editoriales como Quetzal, el Libro Libre, Costa Amic o Freies Deutschland las cuales, además del programa editorial que realizaban en español, también tiraron libros y publicaciones en idiomas como el francés, el catalán, el alemán, entre otras.²⁰⁰ En una lógica similar, se establecieron programas de traducción de la lengua de origen al español, con el objetivo de que las obras de distintos exiliados circularan en el contexto mexicano, lo que facilitaría tanto la incorporación del autor al entorno literario y político de la región como el agilizar los procesos comunicativos de la propaganda y acción política en las sociedades hispanoparlantes.²⁰¹

Una última tipología que se estructuró alrededor del antifascismo fueron las obras de carácter militante. Estas se caracterizan por el propósito político explícito presente en sus páginas, formando parte de iniciativas propagandísticas, de formación de cuadros o de confrontación y denuncia social, además de operar como legitimador de la postura política de quien impulsaba la impresión de la obra. Por ello, resulta común encontrar sellos editoriales derivados de sindicatos, partidos, organizaciones militantes, comités de ayuda y solidaridad a exiliados o perseguidos políticos, entre otras, aunque también a partir de sellos editoriales de corte más comercial, enfocados no solo en la edición de obras políticas. Es el caso de iniciativas como Ediciones Nuevo Mundo, Editorial Clave, Ediciones Minerva, Comité Nacional Antinazifascista, Ediciones Quetzal, El Libro Libre, Sociedad de Amigos de España, Ediciones Iberia, Editorial Popular, Editorial América, Costa-Amic, Revolucionaria, Ediciones Frente Cultural, Alba, Publicaciones Panamericanas, Ediciones Culturales Mexicanas, Ediciones España Popular, Continental, Publicaciones de la Junta de

²⁰⁰ Para una revisión de la edición en lengua catalana de la época, véase Ferriz Roure, *La edición catalana*.

²⁰¹ Es posible formular estas dos interpretaciones a partir de ediciones como la de Romain, *¿Misión o dimisión de Francia?*; y Romain, *Mission ou démission de la France?*, ambas editadas en 1942 por Quetzal.

Cultura Española, Universidad Obrera de México, entre otras. Por ello en esta categoría es posible situar a la gran mayoría de la producción impresa de corte antifascista de finales de la década de 1930 y la primera mitad de la de 1940, y cuya conjunción ocasional bajo estructuras organizativas amplias que conjuntaban a distintas de estas iniciativas, como veremos a continuación, también propiciaron la conformación de plataformas editoriales de mayor alcance.

La conformación de plataformas editoriales antifascistas

Como parte de las lógicas que definieron las relaciones entre las experiencias antifascistas surgidas en el contexto mexicano y el empleo de la edición como una herramienta política, fue común que múltiples proyectos editoriales se interrelacionaran bajo una organización común, conformando una plataforma editorial. Encabezada por un grupo de personas compacto y bien definido, esta estructura surgía con el propósito de aprovechar los recursos —económicos, materiales, políticos, intelectuales o sociales— a su disposición de la forma más eficiente posible, correlacionando distintas iniciativas de forma complementaria bajo una agenda antifascista común. A su vez, también facilitó la circulación de dicha agenda, donde los proyectos se complementaban con el propósito de multiplicar las capacidades de acción e influencia a partir de la distribución de los impresos.

En el contexto editorial que con anterioridad describimos es posible encontrar la constitución de diversas plataformas editoriales que coexistieron e interactuaron entre sí, dando origen tanto a acuerdos como a disputas y conflictos entre estas. Insertas en el campo de interacción antifascista, en éste se disputaban la postura preponderante y una mayor capacidad de influencia política y peso en la esfera pública. Entre estas es posible identificar a cuatro, de las cuales procederemos a hablar a continuación. En primer lugar, se encontraba la plataforma editorial que se conformó alrededor Alemania Libre (o Freies Deutschland por su nombre en alemán). Este organismo surgió en enero de 1942 como una fractura de la Liga Pro-Cultura Alemana, ente creado aproximadamente en 1937 a iniciativa de Heinrich Gutmann y Ernst Toller y que conjuntó a exiliados germanoparlantes en el país y a distintos integrantes del campo intelectual nacional.²⁰² El grupo de Alemania Libre, integrado en su mayoría por cuadros del Partido Comunista Alemán en el exilio —entre los que destacaban

²⁰² Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana en México”, pp. 66-68.

Bodo Uhse, Leo Katz, Ludwig Renn, Anne Seghers, Paul Mayer, entre otros—, además de compañeros de viaje y otros adherentes en la lucha antifascista, buscaba movilizar a los exiliados en pos de proseguir la lucha en contra del nacionalsocialismo en el entorno mexicano y el público hispanoparlante.²⁰³

Para ello fueron útiles diversos proyectos editoriales que ayudaron a circular sus perspectivas entre los lectores. En primer lugar, la editorial El Libro Libre fue promovida por esta organización, sirviendo como un medio a través del cual editaron obras que ayudaran a concientizar al pueblo mexicano acerca del peligro del nacionalsocialismo y las atrocidades que cometieron durante la Guerra, sobre todo en contra del pueblo judío.²⁰⁴ A su vez, también es destacable la edición de obra en lengua alemana, con el propósito de circularla entre los miembros de la comunidad de exiliados en México y América Latina, tirando un total de 22 libros en dicho idioma.²⁰⁵ Por otro lado, la revista *Freies Deutschland* creada en septiembre de 1941 también formó parte de las iniciativas promovidas por esta organización. Publicada en lengua alemana, estaba dirigida íntegramente a la comunidad de exiliados y residentes originarios de los países germanoparlantes.²⁰⁶ Existió una colaboración estrecha entre El Libro Libre y *Freies Deutschland*, ya que constantemente se publicaban adelantos de los libros de la editorial en la revista.²⁰⁷ Por último, la revista *Alemania Libre*, editada en español, fue el canal con el cual entraron en contacto con el público mexicano.²⁰⁸

Por otro lado, tal vez la plataforma de mayor capacidad de gestión y acción fue la creada por Vicente Lombardo Toledano a partir de las distintas iniciativas que se encontraban bajo su esfera de influencia, aunque no exentas de tensiones. La figura de Lombardo Toledano en la izquierda mexicana fue fundamental, pues se convirtió en un intermediario que acercó y brindó apoyo a sectores como el gobierno mexicano, el exilio europeo, el sindicalismo y movimiento obrero, además de posturas ambiguas con el Partido Comunista de México, lo que asentó su capacidad de acción y gestión política durante estos años. Eso

²⁰³ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana en México”, pp. 73-80.

²⁰⁴ El ejemplo más notable de ello fue el libro *El libro negro del terror nazi en Europa*. Al respecto véase Lavín Robles, “El libro del terror nazi en Europa”.

²⁰⁵ Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”, pp. 417-421.

²⁰⁶ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana en México”, pp. 73-80; Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”, pp. 438-466.

²⁰⁷ Pizarroso Acedo, “Culturas del exilio”, p. 419.

²⁰⁸ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana en México”, pp. 73-80

lo situó como uno de los principales promotores del antifascismo en el país.²⁰⁹ Esta capacidad de gestión se materializó en distintos proyectos editoriales, los cuales contaban con características diversas.

En primer lugar, la Universidad Obrera de México, formada a iniciativa de Lombardo en 1936 y en la cual los exiliados antifascistas y marxistas jugaron un papel fundamental en su desarrollo;²¹⁰ contó con su propio sello editorial, por medio del cual se imprimieron infinidad de folletos y libros en ediciones de corte popular que sirvieron para difundir tanto ensayos como conferencias y discursos realizados por Lombardo u otros colaboradores de esta instancia educativa.²¹¹ Por su parte, el diario *El Popular*, creado en junio de 1938 con el objetivo de dotar de una voz periodística de y para el proletariado mexicano,²¹² sirvió como una tribuna pública de alcance masivo centrada en la labor informativa, pero también como medio de opinión sobre lo que representaba el fascismo y sus implicaciones en la Guerra Civil Española o la Segunda Guerra Mundial.²¹³ Por su parte la revista *Futuro*, creada en 1933, sirvió como una publicación de corte cultural y militante, en la cual se combinó el empleo de la imagen con la palabra escrita como medios a partir de los cuales difundir distintos mensajes antifascistas.²¹⁴

Estas tres iniciativas permitieron a Lombardo Toledano y el grupo de militantes e intelectuales que lo respaldaba, estructurar una plataforma editorial de largo alcance y gran influencia durante la época, al grado de que sus páginas llegaron a juntar a lo más granado de los antifascistas de la época, brindando grandes espacios a militantes del Unionismo centroamericano como a los costarricenses Alfonso Zelaya y Vicente Sáenz,²¹⁵ además de destacados miembros de grupos como Alemania Libre o Austria Libre, como Paul Merker,²¹⁶ Anna Seghers, Bodo Uhse, Otto Katz, o intelectuales latinoamericanos, como Pablo Neruda o Alfonso Reyes, entre otros más.²¹⁷

²⁰⁹ Al respecto véase Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 575-579.

²¹⁰ Véase Acle-Kreysing, “Cómo crear una clase obrera”.

²¹¹ Como ejemplo de ello véase Lombardo Toledano, *Defensa: una intriga nazi*.

²¹² Véase Sola Ayape, “A por esos gachupines”.

²¹³ Véase Ugalde Quintana, “Literatura, política y antifascismo”, pp. 107-137; Sola Ayape y Sotelo Fuentes, “En defensa de la Revolución”; Sola Ayape y Gasperín Torres, “La Guerra Civil Española”.

²¹⁴ Sobre *Futuro* véase Barajas Guzmán, “El fotomontaje de propaganda”.

²¹⁵ Mendoza Pérez, “Sueño acariciado de Centroamérica”.

²¹⁶ Véase Ramírez Santos, “Escribiendo sobre Weimar”.

²¹⁷ Acle Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”.

Una plataforma que también cobró relevancia fue la que se formó alrededor de la revista *Mundo Libre*. Creada en febrero de 1942 bajo el impulso del diplomático mexicano Isidro Fabela, contó con el respaldo de una gran cantidad de intelectuales y políticos mexicanos, miembros del exilio español y francés, intelectuales latinoamericanos, así como diplomáticos y políticos británicos y estadounidenses.²¹⁸ La publicación se caracterizó por la difusión de un antifascismo de corte liberal, predominando las publicaciones provenientes del contexto estadounidense cercano al *New Deal*, además de reivindicar la lucha aliada y la defensa de la libertad en los países oprimidos por el fascismo.

Es posible considerar que esta publicación se constituyó como una plataforma editorial bajo una condición especial. Lo dicho se debió a que la revista mexicana fue en realidad una contraparte de la organización estadounidense International Free World Association, cuya sede se encontraba en Nueva York.²¹⁹ Esta situación es explicable por el hecho de que en la publicación estadounidense de este organismo, denominada *Free World. A Monthly Magazine*, colaboraran escritores hispanoamericanos, además de que el gerente de la revista era el español Julio Álvarez del Vayo. Por ello resultaba común la aparición de las mismas colaboraciones en ambos organismos, solamente traducidas y adaptadas de acuerdo a los parámetros de cada uno. En este sentido es posible hablar de una plataforma editorial, donde la conjunción transnacional de dos publicaciones aprovechó los recursos comunes a disposición para estructurar un proyecto de mayor alcance.

Por último, la cuarta plataforma editorial se desarrolló alrededor de espacios como el Fondo de Cultura Económica, La Casa de España/El Colegio de México, la cual fue promovida por miembros de la élite burocrática del ramo económico y de la cual procederemos a hablar a continuación.

1.2 La formación de una plataforma editorial antifascista de ciencias sociales en México

Edición y economía. El origen de una plataforma de amplio calado (1934-1937)

²¹⁸ Para una lista completa de los colaboradores y miembros del comité editorial véase “Mundo Libre de México”, *Mundo Libre*, Vol. 1, No. 6 (1942), pp. 2-4. También véase Misses-Liwerant, Gleizer y Siman, “Claves conceptuales y metodológicas”, pp. 292-293.

²¹⁹ En cada número de *Mundo Libre* también aparecía un listado de los miembros del International Free World Association. Véase “Free World Association, de Nueva York”, en *Mundo Libre*, Vol. 1, No. 6 (1942), pp. 5-6.

Después del caos revolucionario, uno de los mayores retos que enfrentaron los gobiernos posrevolucionarios fue el diseño de una estructura institucional que permitiera al Estado mexicano desarrollar sus funciones y administrar el ejercicio del poder. Para ello, se conformaron una serie de élites burocráticas de alto nivel cuya tarea principal fue el diseño de leyes y organismos, así como su posterior administración. Dentro del campo de la economía entre finales de la década de 1920 y la de 1930 se constituyó un cuerpo de funcionarios públicos de alto nivel, el cual se encargó de gestionar todas aquellas instancias relacionadas con las labores hacendarias, bancarias, comerciales, crediticias, etc., con organismos como el Banco de Crédito Agrícola (1926), el Banco Hipotecario Nacional Urbano y de Obras Públicas (1933), Nacional Financiera (1934), el Banco de Crédito Ejidal (1935), o el Banco de Comercio Exterior (1937), lo que les permitió convertirse en operadores de la estructura económica gubernamental por diversas décadas.²²⁰ Dentro de este grupo se encontraban Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Jesús Silva-Herzog, entre otros, quienes tenían la inquietud de impulsar la profesionalización de la práctica económica y su consolidación como saber académico a partir de diversas iniciativas. Estas se articularon bajo la idea de que México necesitaba de economistas que fueran capaces de operar, desde su formación experta, la toma de decisiones y el funcionamiento de la economía nacional.²²¹

Dicha iniciativa derivó en la formación de distintas instancias institucionales, que inicialmente fueron impulsadas como proyectos independientes y que posteriormente quedarían bajo la esfera de influencia y administración del Estado mexicano. La formación en 1929 de la Sección de Economía en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y que en 1935 daría lugar a la Escuela Nacional de Economía, con el impulso de figuras como Jesús Silva-Herzog, Manuel Gómez Morin, Daniel Cosío Villegas, Narciso Bassols, Miguel Palacios Macedo, entre otros, y bajo la dirección de Enrique González Aparicio en una primera etapa, representó el primer paso para consolidar un espacio de formación profesional de carácter económico²²²

²²⁰ Para un análisis detallado de la conformación social de esta élite, véase Bernal Martínez, “Los operadores de la economía”, pp. 26-47.

²²¹ Véase Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 100-151.

²²² Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 33-43. Sobre el proceso de formación de la Escuela Nacional de Economía y de la Licenciatura en Economía se han escrito profusos trabajos que han abordado a profundidad los diversos aspectos que intervinieron en su formación y desarrollo. Al respecto véase Babb, *Proyecto: México*, pp. 39-45; Bernal Martínez, “Los operadores de la economía”, pp. 115-154.

A la par, Cosío Villegas o Villaseñor cayeron en cuenta de la carencia de materiales educativos adecuados para la formación económica, debido a la incapacidad de un gran sector del estudiantado de leer en idiomas extranjeros y la inexistencia de libros y textos básicos traducidos al español. Por ello consideraron necesario cubrir dicho hueco a partir de algunas iniciativas editoriales, como la formación de revistas y colecciones especializadas en la materia. En un primer momento se buscó crear una alianza con editoriales extranjeras, que permitieran, ante la carencia de recursos propios, impulsar la traducción y edición de una serie de obras consideradas como fundamentales para la formación de estudiantes. Pero ante el fracaso de la gestión realizada frente a editoriales españolas como Espasa-Calpe o Aguilar,²²³ Cosío Villegas y Villaseñor optaron por emprender sus propios proyectos.

Los orígenes tanto de *El Trimestre Económico* como del Fondo de Cultura Económica surgen de este mismo impulso, concebidos inicialmente como proyectos independientes, pero que se complementarían mutuamente, al grado que, al poco tiempo de existencia, quedarían integrados bajo la misma empresa. Mientras que *El Trimestre* se estructuró como una revista especializada que propiciaría la difusión de reflexiones acerca de los problemas de actualidad en voz de especialistas, tanto nacionales como extranjeros, el Fondo se enfocaría en la traducción y edición de libros fundamentales que sirvieran como textos básicos para los estudiantes de economía. Esta doble naturaleza de los proyectos coincide con lo dicho por Beatriz Sarlo,²²⁴ donde *El Trimestre Económico* se convirtió en un medio para lograr un impacto más inmediato en la naciente comunidad de economistas profesionales, sobre todo por su posibilidad de abarcar un mayor número de enfoques en comparación con un libro. Mientras el FCE se pensó con un alcance temporal más largo, con el propósito de construir un corpus de conocimientos necesario para la consolidación del saber disciplinar.

²²³ Sobre la experiencia de Cosío Villegas frente a los editores españoles, véase Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 143-149. Las versiones al respecto señalan que fue José Ortega y Gasset quien se opuso al desarrollo del programa editorial. Véase Díaz Arciniega, *Historia de la Casa*, pp. 41-43. A su vez consúltese la tesis de Cervantes Becerril, “El pájaro trasmutado en piedra”, pp. 119-126. En dicha solicitud, formulada por Cosío Villegas y Villaseñor, planteaban la constitución de la colección proyectando las características que tendría como manuales educativos. Es posible señalar que la idea del *El Trimestre* es anterior incluso a la concepción del FCE debido a que, en la solicitud presentada a Espasa, Cosío Villegas y Villaseñor se presentan ya como directores de *El Trimestre Económico*, aun cuando solo existía el plan. Véase Memorándum para CALPE de Eduardo Villaseñor y Daniel Cosío Villegas, 7 de enero de 1934. Archivo Histórico de El Colegio de México (a partir de aquí AHCOLMEX), Fondo Eduardo Villaseñor (a partir de aquí FED), Caja 17, Exp. 21, S.F.

²²⁴ Sarlo, “Intelectuales y revistas”, pp. 9-10.

Ambos proyectos tuvieron su origen entre 1933 y 1934. Por un lado, el Fondo de Cultura Económica surgió de la misma inquietud de Cosío Villegas y Villaseñor, a la que se sumaron Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame, Manuel Gómez Morin, y Adolfo Prieto, como miembros de la Junta de Gobierno.²²⁵ La editorial surgió con la idea de estructurar un programa de traducción y edición de las principales obras del pensamiento económico, a partir de tres núcleos iniciales: obras generales que sirvieran como manuales formativos; obras clásicas del pensamiento económico; y obras de actualidad.

Durante esos años los miembros de la Junta de Gobierno realizaban un gran número de labores, entre las que estaban el diseño del programa de traducciones, fungir como traductores, cuidar la edición, gestionar los derechos editoriales, entre otras. Por ello los primeros años se caracterizaron por una tenue actividad, ya que la producción de libros obedeció a la posibilidad de acción de estos funcionarios.²²⁶ Pero la situación comenzaría a tomar un rumbo distinto en 1937, pues la Junta decidió nombrar a Daniel Cosío Villegas como director de la editorial, con el propósito de que se dedicara de tiempo completo a sus funciones. La selección de Cosío Villegas se debió en gran medida a su experiencia en el trabajo editorial,²²⁷ además de su disponibilidad después de estar varios años como encargado de misiones diplomáticas en el extranjero.²²⁸

Por el otro lado, *El Trimestre* surgió en 1933, cuando Cosío Villegas junto a Eduardo Villaseñor propusieron al librero y editor Alberto Misrachi que financiara, a través de su empresa Central de Publicaciones, una revista especializada en economía.²²⁹ Para ello habían

²²⁵ Los últimos dos renunciaron en 1935, llegando en su lugar Jesús Silva-Herzog y Enrique Sarro Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 45-56.

²²⁶ Estos primeros años se caracterizaron por continuos errores de la administración en materia editorial y comercial. Véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 56-58. También véase Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 60-61.

²²⁷ Cervantes Becerril, “El pájaro trasmutado en piedra”, pp. 109-126.

²²⁸ Cosío Villegas estuvo entre 1936 y 1937 como encargado de negocios de la legación mexicana en Portugal. Desde ahí tuvo la oportunidad de trabar relaciones con funcionarios del gobierno de la República española, además de presenciar el inicio de la Guerra Civil Española, lo que posteriormente le permitiría invitar a diversos intelectuales y académicos españoles a que se refugiaran en México al final del conflicto. Véase Enriquez Perea, *Daniel Cosío Villegas*.

²²⁹ Cosío Villegas, *Memorias*, p. 149. Alberto Misrachi editor y librero de origen griego-sefardí recién había llegado a México a inicios de 1933, por lo que su negocio de librería recién había comenzado cuando llegó a su puerta la propuesta de *El Trimestre*. Véase “Alberto Misrachi. El galerista más grande que ha dado México”, en *Diariojudío.com*, noviembre 23 del 2013, en <https://diariojudio.com/comunidad-judia-mexico/alberto-misrachi-el-galerista-mas-grande-que-ha-dado-mexico/12612/> (consultado el 25 de noviembre de 2022).

tomado como base el modelo de la revista inglesa *Economic Quarterly*.²³⁰ La propuesta tomó algo de tiempo en concretarse, sobre todo por la obtención de colaboraciones, prolongando su aparición hasta el primer trimestre de 1934, cuando salió el primer número.

Para que pudiera consolidarse como un proyecto duradero, tanto Cosío Villegas como Villaseñor idearon una estructura económico-social que funcionó para respaldar la publicación, la cual se basó en tres elementos centrales, al menos durante los primeros años de existencia: un amplio número de colaboradores que refrendaran el trabajo de la revista,²³¹ el apoyo de Alberto Misrachi para sufragar el costo de la publicación, y la búsqueda de recursos alternativos con los cuales aligerar el agobio económico. Pero esta estructura no brindó los frutos necesarios para soportar al proyecto, ya que la imposibilidad de diversificar los ingresos,²³² sumado al coste que representaba para Misrachi sufragar él solo el proyecto, llevó a que Cosío Villegas y Villaseñor se vieron en la necesidad de buscar alternativas para la supervivencia de la revista. La respuesta provino de la editorial que habían formado y de la cual formaban parte como miembros de la Junta de Gobierno. Es en este punto cuando *El Trimestre* y el FCE convergieron bajo una estructura común. Esta conjunción se realizó con la adquisición de la revista, autorizando desembolsar hasta \$1,500 pesos para realizar la transacción.²³³ El proceso se formalizó en febrero de 1937, por la cantidad de \$1,000.²³⁴

Ahora bien, dichos organismos contaron con el respaldo del Estado mexicano para la realización de sus actividades, el cual se materializó de distintas formas. En primer lugar, la estructura económica que sustentó al FCE y que posteriormente también atendió a *El*

²³⁰ Véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 43-45. También Villaseñor, *Memorias-Testimonio*, p. 84. Véase también De la Torre, “La misión de “El Trimestre Económico”, pp. 481-487.

²³¹ La concepción de esa estructura social fue pensada con el propósito de lograr, a través de estas personas y sus conexiones, contar con un sostén que facilitara tanto la obtención de colaboraciones como la búsqueda de suscripciones y circulación de la publicación dentro de la comunidad a la cual estaba dirigida. Dicha estructura en realidad tuvo poco peso en el desarrollo de *El Trimestre*, ya que las colaboraciones por parte de estos actores no fueron de mucha relevancia a la hora un trabajo práctico con la revista. Para un análisis profundo de la estructura de colaboradores de *El Trimestre*, véase Bernal Martínez, “El Trimestre económico”, pp. 72-74.

²³² El medio de la publicidad resultaba un elemento esencial al cual recurrir. Para ello, tanto Villaseñor como Cosío Villegas idearon la estrategia de hacer llegar un memorándum en el cual explicaban el proyecto de la revista y las razones por las que era necesario apoyarla. Estos fueron dirigidos a instancias como “Seguros de México” S. A., el Banco de México, Ferrocarriles Nacionales de México, Ferro-Mex, la Lotería Nacional, o a Efraín Buenrostro, Subsecretario de Hacienda y Crédito Público. Memorándum, 31 de enero de 1936, AHCOLMEX, FED, Caja 17, Exp. 21, S.F. El mismo Villaseñor reconoce que los suscriptores fueron escasos durante los primeros años de la revista. Véase Villaseñor, *Memorias-Testimonio*, p. 84.

²³³ Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica (a partir de aquí AHFCE), Sección Junta de Gobierno (a partir de aquí FJG), Libro de Actas 1935-1945, Acta de la Junta de Gobierno del 22 de diciembre de 1936, ff. 4-5.

²³⁴ AHFCE, FJG, Libro de Actas 1935-1945, Acta de la Junta de Gobierno del 17 de febrero de 1937, ff. 11-12.

Trimestre se logró a partir del apoyo que brindaron diversos sectores del gobierno de Lázaro Cárdenas. Legalmente, el FCE se constituyó como un fideicomiso que quedó bajo la administración del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, el cual era un ente gubernamental bajo la dirección de Gonzalo Robles, quien fue miembro fundador de la Junta de Gobierno. Esta figura legal permitía al Fondo obtener recursos de distintas procedencias, tanto públicos como privados, y emplearlos para la realización de su obra sin fines de lucro. Esta situación, si bien hacía que la editorial no fuera un órgano gubernamental, si estuviera bajo la esfera de influencia del Estado. Lo anterior se debió sobre todo a la procedencia de los recursos económicos con los cuales operaba, pues estos venían de instituciones como la Secretaría de Hacienda, el Banco de México, el Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero, Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, o también de entes privados como el Banco Nacional de México.²³⁵

A lo anterior se sumó el hecho de que la posición institucional que ocuparon muchos de los funcionarios vinculados con el Fondo de Cultura Económica permitió una amplia capacidad de gestión en favor de la editorial, pues el aprovechamiento de las redes de poder y los mecanismos institucionales a su disposición ayudaron al desarrollo del proyecto en sus primeros años. A su vez, se emplearon estrategias para no perder del todo la capacidad de gestión con los cambios de gobierno. Por ejemplo, está el hecho de integrar a representantes del gobierno en turno en la Junta de Gobierno, sobre todo a quien se desempeñara como secretario de Hacienda. Tanto Eduardo Suárez para el caso de los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, o Ramón Beteta para el gobierno de Miguel Alemán, formaron parte de la Junta bajo esta lógica.²³⁶

En esos años de gestación y maduración, tanto en *El Trimestre* como en el Fondo comenzaron a editarse las primeras colaboraciones cuyo tema de análisis era el papel que el fascismo ocupaba en el entorno geopolítico de la época, sobre todo con la llegada del nacionalsocialismo alemán al poder en 1933. Estos trabajos, entre los que se encontraban “La confusión actual” de G. D. H. Cole —publicado en 1934— o “La propiedad y la empresa agrícola bajo el fascismo italiano” de Carl T. Schmidt —aparecido en 1937—, presentaban una mirada cuya perspectiva se asentaba en la concepción de caos, confusión y crisis que

²³⁵ Véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 43-48.

²³⁶ Véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, p. 52.

enfrentaba el mapa político global, emparejando el desprestigio de las democracias liberales y el capitalismo frente a alternativas políticas como el comunismo o el mismo fascismo, emparentando a este como una radicalización autoritaria del mismo capital. Estas manifestaciones pueden ser vistas como muestras de una incipiente sensibilidad antifascista que se conformó a la par de la estructura institucional que sustentó a esta plataforma editorial, cuya maduración se registraría en el siguiente periodo, sobre todo a partir de sucesos como la invasión de Abisinia por parte de Italia en 1935 o el estallido de la Guerra en España en 1936, siendo este último uno de los puntos de inflexión de esta expresión antifascista.

El comienzo de un viraje hacia lo multidisciplinario (1938-1941)

1938 marcaría un viraje en el rumbo del Fondo de Cultura Económica y el entorno editorial mexicano. A la discusión pública que existió sobre la Guerra Civil desde el inicio del conflicto,²³⁷ sobre todo por la política diplomática adoptada por el gobierno de Lázaro Cárdenas en favor de la República española,²³⁸ se sumaría con fuerza el inicio del traslado masivo de exiliados a territorio mexicano. Esto ayudó a apuntalar la proyección nacional e internacional que el gobierno de Cárdenas tenía como antifascista.

Dentro de esta tónica, como encargado de negocios de la Legación de México en Portugal entre 1936 y 1937, Daniel Cosío Villegas fue testigo indirecto del inicio de la Guerra Civil española. Ahí coincidió con Claudio Sánchez Albornoz, embajador de la República española en Portugal. A partir de conversaciones con él, surgió la idea de trasladar a una serie de intelectuales y académicos españoles a México, con el propósito de que encontraran un espacio adecuado para el desarrollo de sus labores intelectuales mientras amainaba el conflicto en el espacio español. Para ello se comenzó la gestión frente a personas como

²³⁷ Para una revisión del seguimiento periodístico que realizó la prensa mexicana durante los primeros meses del conflicto, véase Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 35-104. También véase Ruíz Velasco Barba, “La prensa y los intelectuales”.

²³⁸ Para una revisión del apoyo de Cárdenas a la República, véase Lida, “Lázaro Cárdenas ante la Guerra Civil Española”, pp. 131-142. También véase Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 243-313. En este sentido, el seguimiento y apoyo diplomático que brindó el gobierno de Lázaro Cárdenas a la República española fue manifestado en distintos frentes, lo que significó una toma de postura evidente para la opinión pública mexicana, ya que la defensa en tribunas como la Sociedad de Naciones realizada por actores como Isidro Fabela o Narciso Bassols. Al respecto véase Herrera León, “México y su defensa de España en la Sociedad de Naciones”, pp. 281-345. También del mismo autor “Narciso Bassols y la defensa de España”, pp. 249-267. De Sánchez León, “Una voz amiga en la Sociedad de Naciones”, pp. 269-295. También véase Sánchez Andrés y Herrera León, *Contra todo y contra todos*. A su vez también existió apoyo material por parte del gobierno mexicano. Una revisión de esto lo ofrece Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 107-178.

Francisco J. Múgica, entonces secretario de Comunicación, o Luis Montes de Oca, director del Banco de México. Estas gestiones tuvieron el apoyo directo del presidente Lázaro Cárdenas, quien mostró su beneplácito para recibir a distintos personajes provenientes del ámbito cultural español como invitados del gobierno mexicano.²³⁹

A la larga estas gestiones darían como resultado la constitución de La Casa de España en México el 18 de julio de 1938, con la presencia de españoles como Luis Recaséns Siches, León Felipe, José Moreno Villa, José Gaos, José María Ots Capdequí, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora o Jesús Bal y Gay, a los que posteriormente se sumarían Isaac Costero, María Zambrano o Agustín Millares Carlo.²⁴⁰ A partir del 12 de marzo de 1939 Alfonso Reyes quedó al frente de la institución. Recién llegado de su labor diplomática, en países como Argentina y Brasil,²⁴¹ Reyes se incorporó con el propósito de gestionar su funcionamiento junto a Cosío Villegas.²⁴² Este tipo de gestiones ayudarían a que La Casa de España fuera identificada por distintos sectores como un organismo en pro de la República española o en contra del fascismo.²⁴³ Si bien esta identificación no fue promovida de forma institucional, diversas acciones gestadas desde lo interno ayudaron a crear esa reputación, que a su vez derivaría en apuntalar la imagen de un “Estado antifascista”.²⁴⁴

²³⁹ Al respecto véase Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 152-172. También véase Lida, *La Casa de España en México*, pp. 23-37.

²⁴⁰ Lida, *La Casa de España en México*, pp. 47-87.

²⁴¹ Durante sus labores como embajador de México en Argentina entre 1936 y 1937, Reyes emprendió una serie de labores en favor de la República española y su respaldo en la confrontación armada, gestionando diversas acciones de propaganda en favor de la República. Al respecto véase Enríquez Perea (*Alfonso Reyes y el llanto de España*).

²⁴² Para una revisión más profunda del papel de Reyes al frente de La Casa de España y sus significaciones, véase Garcíadiego, “Alfonso Reyes y La Casa de España en México”, pp. 33-53.

²⁴³ Esto es visible en diversos documentos, como una carta dirigida por la Delegación de Veracruz del Frente Popular Español en México felicitando a Lázaro Cárdenas por la formación de La Casa de España, que permitiría que el “pequeño número de hombres libres, hijos de la España mártir y gloriosa”, en la lucha por la libertad e independencia de su tierra de origen, encontrara fuerza en México y su lucha revolucionaria contra el fascismo. Carta de la Delegación de Veracruz del Frente Popular Español en México a Lázaro Cárdenas del 23 de agosto de 1938, Archivo General de la Nación (a partir de aquí AGN), Fondo Presidencial Lázaro Cárdenas (a partir de aquí FPLC), Caja 1073, Exp. 577/17, s.f.

²⁴⁴ Esta toma de posturas se dio alrededor de dos elementos básicos. El primero de ellos fue la firma de desplegados y el apoyo a iniciativas de solidaridad con causas como la República española, la lucha antifascista o el esfuerzo aliada en la Segunda Guerra. Véase por ejemplo Carta de Francisco Miranda a La Casa de España del 17 de junio de 1940, AHCOLMEX, FAR, Caja 6, Exp. 7, f. 9. El segundo sería el rechazo a iniciativas que buscaban asentar la neutralidad de México frente al conflicto mundial. Ejemplo de ello sería la solicitud realizada por el “Acción Pro-Paz” y el rechazo a colaborar por parte de La Casa de España. Véase AHCOLMEX, FDCV, Caja 2, Exp. 34, pp. 1-7.

También con el exilio como trasfondo, 1939 marcaría un viraje para el Fondo de Cultura Económica. ya que la Junta de Gobierno, por influjo de Cosío Villegas, tomaría la decisión de expandirse hacia otros campos del conocimiento social, creándose colecciones como “Historia”, “Antropología”, “Filosofía”, o “Sociología”.²⁴⁵ Esa decisión se dio en parte por el colapso de la industria editorial española a causa de la Guerra Civil, lo que permitió que editoriales de países como Chile, Argentina y México comenzaron a despuntar en el entorno regional.²⁴⁶ Como parte de ese proceso, personas como Joaquín Díez-Canedo, Javier Márquez o Vicente Polo en el área de edición y venta; Sindulfo de la Fuente, Luis Alaminos o Julián Calvo en los procesos técnicos;²⁴⁷ o José Gaos, Wenceslao Roces, Vicente Herrero, Eugenio Imaz o José Medina Echeverría en el área de coordinación editorial, se integrarían a la editorial.²⁴⁸ Esta situación favoreció que, sumado al viraje, el sello contara con recursos humanos capacitados para apuntalar dicho impulso expansivo, donde además participaron varios de los miembros de La Casa de España.²⁴⁹

1939 también marcaría el agravamiento de la situación española, pues ante la inminente derrota que se cernía sobre la República, una gran cantidad de personas comenzaron a buscar refugio fuera de España, ya fuese en Francia o en otras latitudes, como los países americanos. México resultó un destino demandado debido a la relativa apertura que brindó el gobierno de Cárdenas para la entrada de exiliados republicanos. A pesar de los conflictos políticos que fragmentaron el exilio entre el Servicio de Emigración para Refugiados Españoles (SERE) al mando de Juan Negrín, y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), controlado por Indalecio Prieto, se estima que entre 1939 y 1941 se logró trasladar entre 15,000 y 20,000 españoles a México. El inicio de la Segunda Guerra Mundial no hizo sino aumentar la necesidad de salida de aquellos exiliados que se

²⁴⁵ AHFCE, SJG, Libro de actas 1937-1945, Acta del 15 de agosto de 1939, pp. 95-97. Sobre este proceso véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 49-60.

²⁴⁶ Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 16-17. Para profundizar en el caso de la industria mexicana véase Herrera Zamorano, “La producción de libros en México”.

²⁴⁷ Para más detalles al respecto véase Garona Gravier, *Historia en cubierta*, pp. 57-67.

²⁴⁸ La selección de estos exiliados para dirigir o colaborar con el desarrollo de las colecciones de la editorial se debió en gran medida a la preparación profesional que tenían en distintas disciplinas sociales, cuyos estudios realizaron principalmente en universidades alemanas e inglesas; el dominio lingüístico de distintos idiomas; así como las conexiones con distintos especialistas del campo que facilitarían la gestión y edición de las obras. Para profundizar al respecto véase Garcíadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción*, pp. 29-72.

²⁴⁹ Garcíadiego, *El Fondo, la Casa y la introducción*, pp. 29-38.

encontraban en territorio francés, amenazados por el avance alemán, además de dificultar la frecuencia de los traslados a México.²⁵⁰

Tal situación también representó un escenario de incertidumbre para el Fondo de Cultura Económica o La Casa de España, pues hubo la necesidad de plantearse reestructuraciones o adaptaciones institucionales para responder a la situación. Por un lado, La Casa de España en México, más allá de incorporar algunos nuevos exiliados fue incapaz de dar respuesta a todas las solicitudes de intelectuales españoles que buscaban trasladarse a México.²⁵¹ A ello se sumaba el inminente término del sexenio de Lázaro Cárdenas, lo que abría la incertidumbre del destino frente al cambio sexenal. Como una forma de sortear este escenario y proyectar un rumbo institucional a largo plazo, el 18 de septiembre de 1940 se decidió modificar su estructura legal, transformándola en El Colegio de México, una asociación sin fines de lucro con el apoyo económico del gobierno federal y otras instancias en la esfera de influencia estatal, cuyo objetivo era el cultivo de las humanidades y de las ciencias sociales. A ella quedarían vinculados además de mexicanos como Reyes o Cosío Villegas, españoles como Francisco Giner de los Ríos, José Gaos, Ramón Iglesia, José Medina Echavarría, José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches, entre otros.²⁵²

La transformación de La Casa de España a El Colegio de México sirvió para el asentamiento de prioridades y alcances de la institución, enfocándose sobre todo en definir su estructura y las disciplinas que atendería. A pesar de las dificultades políticas y la disminución presupuestal que significó el cambio de gobierno de Cárdenas a Ávila Camacho, el Colegio centró su vocación disciplinar en las ciencias sociales y las humanidades, dejando de lado cualquier labor en la medicina o las ciencias experimentales. A su vez, la institución priorizó como su marco de acción la actividad académica, de investigación y de educación superior.²⁵³ Pero también el rol que jugó el gobierno mexicano para la llegada de exiliados españoles fue un factor de críticas por parte de distintos sectores de la opinión pública, tanto

²⁵⁰ Para una revisión general del proceso de exilio republicano en México, véase Sánchez Andrés, “Un refugio en América”, pp. 29-41.

²⁵¹ Sobre este proceso, véase Lida, *La Casa de España en México*, pp. 102-122.

²⁵² Lida, *La Casa de España en México*, pp. 171-177.

²⁵³ Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 27-54.

en la recepción del exilio español por parte del gobierno mexicano,²⁵⁴ como en la situación privilegiada que vivieron este grupo de exiliados españoles.²⁵⁵

La llegada de Manuel Ávila Camacho al poder en 1940, además de marcar un viraje de moderación política frente al radicalismo del cardenismo, en la política exterior también representó una oportunidad para sanar las heridas diplomáticas que había traído consigo el proceso de nacionalización petrolera de 1938 y buscar un acercamiento con los Estados Unidos.²⁵⁶ Lo anterior se dio a partir de un acercamiento formal entre los gobiernos, propiciando que se logaran acuerdos de importancia, como la distribución de aguas del Río Colorado, convenios en materia migratoria, o la compensación económica por los bienes expropiados durante el cardenismo. Por tal razón, tal como señala Soledad Loaeza, eso significó una posibilidad de apertura hacia el mundo para el gobierno mexicano y una reconfiguración de su postura geopolítica.²⁵⁷

Para el contexto del exilio, la llegada de Ávila Camacho al poder también significó cambios. El avance de la guerra en Europa acortó la movilidad de muchos perseguidos del fascismo, por lo que fue necesario buscar horizontes más allá del Atlántico. México era uno de esos destinos. Por tanto, entre 1940 y 1942, se dio con mayor fuerza el traslado de asilados europeos.²⁵⁸ Si bien el gobierno mexicano recibió a muchos, impuso medidas para evitar una llegada masiva.²⁵⁹ Pero serían sectores del exilio español quienes mostrarían mayor desconfianza de Ávila Camacho, ya que la postura ambigua del nuevo gobierno frente al régimen de Franco dejaba amplias dudas sobre su convicción. Lo anterior se extendería hasta 1942, año en que la entrada de México a la guerra y el estrechamiento de relaciones con el gobierno estadounidense dieron lugar a la definición de una postura mexicana frente al

²⁵⁴ Sobre este aspecto, véase Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 317-374.

²⁵⁵ Tal como remarca Clara Lida, las reacciones frente a la creación de La Casa fueron muy diversas, desde la expresión xenofóbica a la crítica por el privilegio y los sueldos. Véase Lida, *La Casa de España en México*, pp. 143-157.

²⁵⁶ A pesar de las graves tensiones derivadas del asunto de la industria petrolera, existieron ciertos canales de vinculación entre la postura diplomática estadounidense y la mexicana, tales como las afinidades entre el cardenismo y el New Deal, la postura por la Guerra Civil Española y la preocupación por el crecimiento de la influencia fascista entre distintos países de la región. Espasa, “Confluencia geopolítica entre Cárdenas y Roosevelt”, pp. 231-254.

²⁵⁷ Soledad Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 83-87.

²⁵⁸ Acciai, “Transatlantic routes and encounters”, pp. 129-150.

²⁵⁹ Hernández Ponce, “México frente a la crisis económica”, pp. 10-36. A ello se sumó el hecho de que también emplearon políticas de selección, en donde sectores como los judíos, no se vieron favorecidos para su llegada a México. Véase Gleizer, *El exilio incómodo*.

gobierno de Franco, tendiendo al endurecimiento de relaciones con el régimen franquista y cierta tranquilidad para la comunidad de exiliados españoles.²⁶⁰

Aquel escenario serviría para que el Fondo de Cultura Económica planteara una serie de cambios. Por una parte, comenzó una reforma en *El Trimestre Económico*, al integrar a colaboradores del exilio español, además de modificarse el formato de la publicación para hacerla más atractiva al público. También iniciaría un viraje temático para centrar su atención en el análisis de la situación económica de América Latina, así como sus proyecciones a futuro, el cual se iría asentando a lo largo de la década.²⁶¹ Por otro lado, con la expansión del catálogo editorial, se comenzó a dar fuerza a “Política y Derecho, colección concebida en 1937 para retomar el estudio y análisis de lo político, sobre todo ante la emergencia de fenómenos como el fascismo, los totalitarismos, la guerra y el declive del liberalismo y la democracia. Por ende, se hizo apremiante cultivar la perspectiva política en el análisis de la realidad contemporánea, sobre todo para el caso de América, donde no existían cátedras sobre ciencia política.²⁶² Por ello desde un inicio, la línea editorial de la colección estuvo marcada por la necesidad de conjuntar un corpus de conocimientos que permitieran tanto un análisis fundamentado desde la teoría política. Ello se enriqueció en gran medida por la asesoría brindada por el politólogo inglés Harold Laski.²⁶³

La colección también estuvo marcada por el influjo pedagógico de la editorial. Ello hizo que tuviera cuatro grandes líneas editoriales: manuales introductorios, grandes estudios temáticos, clásicos del pensamiento político y tópicos de nuestros días. El objetivo de esta última línea era realzar la necesidad de un análisis de la realidad política, procurando soluciones y escenarios que posibilitaran el pensamiento de un mejor futuro para la humanidad. Lo anterior provocó que con “Política y Derecho” se rebasara la apelación profesionalizante de la editorial para extenderla su marco de acción a un público más amplio, donde la conformación de un corpus de conocimientos permitiera una especie de “alimento

²⁶⁰ Sánchez Andrés y Herrera León, “La administración de Manuel Ávila Camacho”, pp. 171-180.

²⁶¹ Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 133-158; Guzmán Anguiano, “La revista especializada en ciencias sociales”, pp. 39-51.

²⁶² Cosío Villegas (atribuido), “La Ciencia Política”, pp. 1-3.

²⁶³ Véase carta de Daniel Cosío Villegas a Vicente Herrero, 29 de marzo de 1940, AHFCE, Sección Autores (a partir de aquí SA), 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, pp. 4-5; carta de Vicente Herrero a Daniel Cosío Villegas, 13 de febrero de 1940, AHFCE, SA, 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, pp. 3. Véase también carta de Daniel Cosío Villegas a Karl Mannheim, 13 de octubre de 1939, AHFCE, SA, 1º sección, Exp. 195 Karl Mannheim, p. 1.

interpretativo” que nutriera la toma de posición y concientización en la discusión pública respecto a las coyunturas de actualidad.

La radicalización y agravamiento del escenario internacional durante esos años, sobre todo con la llegada de exiliados españoles a México, la derrota de la República española y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, dio lugar a que en dichos proyectos editoriales aparecieran de forma más recurrente colaboraciones cuyo tema de interés fuera el rol que tenían los regímenes identificados como fascistas en el desarrollo de las coyunturas anteriormente mencionadas, realzando su responsabilidad en la situación crítica que enfrentaba el mundo. Trabajos como “El fascismo japonés” de Daniel Cosío Villegas, la traducción de “Imperialismo” de Maurice Dobb, “Cambios internacionales y autarcía” de Henry Truchy, aparecidos en *El Trimestre*, o *Dos décadas de política mundial* de Rajani Palme Dutt, *Biografía del Estado moderno* de R. H. S. Crossman o *Trayectoria del pensamiento político*, coordinado por J. P. Mayer, son solo algunos ejemplos de las producciones de esta época. Estas son muestra de la maduración del antifascismo que cohesionó a esta plataforma editorial, en donde la concepción del fascismo como régimen imperialista y autoritario, donde los intereses del capital predominaban a partir de la expresión militarista en la búsqueda de nuevos territorios y recursos por explotar, además de la alianza internacional entre estos regímenes, flagrante en el caso español, se dio a partir de la circulación de interpretaciones provenientes de los contextos intelectuales ingleses y estadounidenses con la producción de reflexiones propias del contexto mexicano.

La Segunda Guerra y el auge de la plataforma editorial (1942-1945)

La declaración de guerra realizada por Ávila Camacho el 28 de mayo de 1942 significó tanto la polarización del contexto político y social del país²⁶⁴ como un mayor vigor de la sensibilidad antifascista presente en estos proyectos editoriales. Es posible concebir que esta exacerbación, al compás de los tiempos, se manifestó de tres formas. La primera de ellas fue el respaldo institucional que comenzaron a dar tanto el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México a distintas organizaciones antifascistas.²⁶⁵ La segunda fue un mayor

²⁶⁴ Para profundizar véase Inclán Fuentes, *Perote y los nazis*.

²⁶⁵ Esta se dio principalmente con Acción Democrática Internacional (ADI), organismo formado en 1941 por iniciativa del Dr. Raúl Cordero Amador, que buscaba oponer resistencia ante la amenaza mundial del nazismo

respaldo público de dichos proyectos a la iniciativa de guerra empujada por el gobierno de México,²⁶⁶ aunque como veremos más adelante, también dando lugar al disenso.

La tercera sería la creación de las revistas *Cuadernos Americanos* y *Jornadas*. La primera fue resultado de la interacción entre el exilio español y el entorno intelectual mexicano, pues los orígenes de esta publicación derivan de uno de los primeros proyectos culturales del exilio republicano en México, la revista *España Peregrina*.²⁶⁷ A mediados de 1941, ante las carencias materiales que enfrentaba esta publicación, algunos de los españoles involucrados en su funcionamiento como Juan Larrea, León-Felipe, Manuel Márquez, Agustín Millares Carlos y Eugenio Imaz, consideraron pertinente buscar otras formas de financiamiento para costear el proyecto. En su búsqueda, Juan Larrea y León-Felipe acordaron, por sugerencia de Bernardo Ortiz de Montellano y Octavio G. Barreda, reunirse con Jesús Silva-Herzog, quien en esa época se desempeñaba como director de la Escuela de Economía de la UNAM. En la reunión, el economista mexicano le propuso al poeta español que en lugar de continuar con *España Peregrina* se realizara una nueva publicación, cuyo enfoque atendiera la realidad hispanoamericana, en consonancia con el lugar en el que se encontraban.²⁶⁸ De esa manera, *Cuadernos Americanos* hizo su aparición formal en febrero de 1942 con su primer número.

El perfil ideológico de la publicación respondió a la convergencia de comunidades a su interior, donde convivieron actores del exilio español y europeo con instancias intelectuales mexicanas y de América Latina,²⁶⁹ lo que propició una manifestación

y crear conciencia acerca de dicho peligro. Sobre esta organización, véase Gojman Goldberg, “La Acción Democrática Internacional”, pp. 151-177. Dicha colaboración se reflejó principalmente en la invitación a asistir y participar de forma activa en los actos que organizaba Acción Democrática, a lo que Alfonso Reyes, a nombre de El Colegio de México, aceptó en diversas ocasiones tales invitaciones o firmaba como adherente a los principios que se defendían dentro de cada acto, como era la reivindicación del pueblo judío y palestino o en favor del ejército chino. Véase AHCOLMEX, FAR, Caja 1, Exp. 2 Acción Democrática Internacional. También existió un respaldo al primer congreso antifascista, celebrado en enero-febrero de 1942 bajo el auspicio de Acción Democrática Internacional con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública, en donde El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica firmaron como organismos adherentes a la eventualidad. *Primer congreso antifascista*, pp. 149-150.

²⁶⁶ Esto simbólicamente se reflejó por la publicación en *Cuadernos Americanos* del discurso con el que Manuel Ávila Camacho declaraba la guerra a los países del Eje. Véase Ávila Camacho, “México en Guerra”, pp. 7-15.

²⁶⁷ Esta revista buscó constituirse como un espacio desde el cual el exilio español en México encontrara un espacio de expresión frente al territorio que los recibía, los pueblos americanos. Desde ahí se exaltó el papel de España en la incorporación de América al entorno occidental y universalista, exaltando los valores humanistas desde la inspiración hispánica y bajo mística religiosa. Véase Tissera, “España Peregrina, México, 1940”.

²⁶⁸ Díaz de Guereñu, “Del llanto a la quimera”, pp. 117-123.

²⁶⁹ Véase González Neira, “Cuadernos Americanos y el exilio español”, pp. 11-30; Girola, “La crisis como oportunidad” pp. 3-27; Girola, “Elites intelectuales e imaginario sociales contrapuestos”, pp. 176-178.

americanista a partir de una postura de izquierda progresista.²⁷⁰ En este sentido, *Cuadernos Americanos* se creó, desde las perspectivas de Bernardo Ortiz de Montellanos, León-Felipe y Juan Larrea, con el propósito de fortalecer la unión de espíritu y cultura entre América y España bajo las luces de un humanismo americanista de inspiración hispánica, respondiendo al “naufraio” de los valores culturales europeos y occidentales por la crisis vivida a raíz de la Segunda Guerra Mundial. A su vez, se buscaba contrarrestar las presencias extranjeras en la región —Estados Unidos, Alemania o Inglaterra—, empleando la defensa de la libertad de pensamiento, la justicia y la trascendencia espiritual a partir del diálogo entre las humanidades, las artes y las ciencias sociales, aunque sin cerrarse a otros cruces disciplinares.²⁷¹

La estructura directiva de la publicación fue encabezada por Silva-Herzog como director, Juan Larrea como secretario, y una Junta de Gobierno integrada por Daniel Cosío Villegas, Mario de la Cueva, Alfonso Reyes, Manuel Martínez Báez, Alfonso Caso, Manuel Márquez, Agustín Millares, Pedro Bosch Gimpera, Eugenio Imaz, y los mismos Silva-Herzog y Larrea. Esta Junta era la encargada de los procesos de selección y gestión de las colaboraciones que aparecían en la revista, además de discutir su línea editorial.²⁷² Entre los miembros de la junta y los gestores de la revista desarrollaron una estructura económica que permitiese sufragar sus gastos cotidianos a partir de la constitución de un fideicomiso, lo que le otorgaba ciertos beneficios fiscales y de gestión económica, siguiendo un camino similar al del Fondo de Cultura Económica. Lo anterior posibilitó que la revista recibiese por igual ingresos de privados como de instituciones públicas, ya fuese a través de la venta de sus impresos, de anuncios comerciales, subsidios o donaciones, lo que diversificó sus ingresos y facilitó su supervivencia durante estos años.²⁷³

²⁷⁰ Al respecto véase Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”; Weinberg, “El encuentro de un escritor”, pp. 293-318; Aceves Zamora, “Empresa cultural: Cuadernos Americanos”.

²⁷¹ Larrea, “Gestación de Cuadernos Americanos”, pp. 16-22. También para profundizar en la caracterización y configuración de *Cuadernos Americanos* durante sus primeros años véase Weinberg, “Revistas culturales”.

²⁷² También es necesario señalar que, durante la década, la Junta de Gobierno vivió diversos cambios, pues algunos de sus integrantes originales salieron de ella, mientras que otros llegaron en su reemplazo. Los mexicanos Mario de la Cueva y Bernardo Ortiz, o los españoles Juan Larrea y Agustín Millares Carlo, renunciaron a su condición de miembros de la Junta, mientras que Antonio Carrillo Flores, Antonio Caso y Manuel Sandoval Vallarta, pasaron a formar parte de ella. Para ponderar el peso de Reyes en la formación de la revista, véase Weinberg, “El encuentro de un escritor”, pp. 293-318.

²⁷³ Tal como señala Ana González Neira, al concebirse la formación de *Cuadernos Americanos*, la figura de Jesús Silva-Herzog se volvió fundamental para obtener y gestionar los recursos monetarios iniciales para

Con el avance del conflicto mundial, sobre todo a partir de 1943, cuando la tendencia de la guerra comenzaba a revertirse a favor del bando aliado a partir de sucesos como la Batalla de Midway en 1942, o la Batalla de Stalingrado y la invasión de la península Itálica en 1943, a lo largo del mundo se comenzó a plantear el escenario de la posguerra como problema y objeto de reflexión intelectual y política. Y en este sentido, desde esta plataforma también se inscribieron bajo dicha línea. Tanto en *Cuadernos Americanos* como *El Trimestre Económico* y “Política y Derecho” del FCE aparecieron distintas colaboraciones y libros publicados que atendían la preocupación sobre el futuro, sobre todo aspectos como la finalización de la amenaza fascista a nivel mundial, la necesidad de evitar la emergencia de regímenes de esta clase, o la posibilidad de que en América Latina surgieran manifestaciones fascistas después de la guerra. Pero también se crearon espacios específicos para plantear una reflexión a profundidad de lo que significaría el mundo al término de la guerra. Estos fueron los Seminarios Colectivos sobre la Guerra y América Latina y la revista *Jornadas*.

Jornadas surgió de la evolución institucional que vivió El Colegio después de 1942, con la formación del Centro de Estudios Sociales (CES) en 1943. Creado a iniciativa de José Medina Echavarría y con el impulso de sus figuras directivas, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, el CES nació con el propósito de promover una visión de conjunto de las ciencias sociales en aras de lograr su renovación teórica y metodológica. Con esto buscaban generar mejores herramientas analíticas para interpretar los fenómenos sociales contemporáneos, como la guerra, el liberalismo o el Estado moderno.²⁷⁴ Para ello, el centro hizo hincapié en disciplinas como la economía, la ciencia política y la sociología, con eventuales complementos de otros campos de estudio como la antropología, la psicología social o la filosofía.²⁷⁵

Para lograr dichos objetivos, en el CES se creó un Diplomado en Ciencias Sociales, a través del cual se buscaba formar a especialistas que generaran conocimientos científicos, los cuales permitieran idear posibles soluciones a las problemáticas sociales de la época. Dicho diplomado quedó estructurado de forma que se tocaran los aspectos fundamentales de

emprender el proyecto, proveniente de distintos vínculos que el economista tenía dentro del sector bancario y gubernamental, sobre todo a partir de empresas paraestatales, lo que posibilitó juntar un fondo económico inicial de 17,000 pesos. González Neira, “Cuadernos Americanos y el exilio español”, pp. 12-14.

²⁷⁴ Moya López, *José Medina Echavarría y la sociología*, p. 134.

²⁷⁵ Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, p. 217.

cada disciplina, al impartir cursos teóricos que se complementaron con cursos de especialización temática y seminarios de investigación. A ello se sumarían los Seminarios Colectivos, espacios donde “todos los profesores y estudiantes se reunirían a estudiar cada tema o problema en sus diversos aspectos: económico, sociológico, político, antropológico, filosófico” a partir de la voz de especialistas en los tópicos.²⁷⁶ Para lograr dicho objetivo, se reunió a una nómina de académicos con el propósito de que impartieran cátedra y generaran investigaciones en sus temas de especialización. Entre ellos se encontraban Vicente Herrero, Javier Márquez, Josué Sáenz, Víctor L. Urquidi, Manuel Pedroso, José Gaos, Arturo Arnaiz y Freg, José Antonio Portuondo, Agustín Yáñez, Gilberto Loyo, Manuel Martínez Báez, Mario de la Cueva, entre otros.²⁷⁷

Los Seminarios Colectivos sobre la Guerra y América Latina, celebrados entre 1943 y 1944, formaron parte del Diplomado. Estos fueron espacios de discusión pública y multidisciplinaria, donde los tópicos de la guerra y el papel de América Latina en el mundo presente y futuro fueron los puntos centrales de la reflexión intelectual. Es posible señalar que esos temas de discusión se plantearon como una forma de asentar y justificar la entrada de México al conflicto mundial, ofreciendo respuestas y justificaciones a las causas de dicha decisión, además de ofrecer ciertas certezas ante la incertidumbre que vivía la población mexicana frente a este nebuloso escenario global.²⁷⁸ Por una parte, el Seminario sobre la Guerra buscaba dar razones de la emergencia del fascismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, además de proponer soluciones a los problemas generados por el conflicto, tanto presentes como futuros. Esta determinación Medina Echavarría la atribuía a la necesidad de entender un suceso trascendental para la época, el cual traía y traería efectos de alto impacto para la humanidad:

(...) Es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los

²⁷⁶ Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, p. 220.

²⁷⁷ Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 208-210.

²⁷⁸ Sobre la discusión pública sobre la Segunda Guerra Mundial véase Rodríguez Aviñoá, “La prensa nacional”, pp. 252-300. También véase Ortiz Garza, *Ideas en tormenta*.

supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras normas sociales.²⁷⁹

La concepción crítica del presente, al que resultaba necesario atender intelectualmente para la búsqueda de soluciones, estaba atravesada por la concepción de crisis en que se encontraba el hemisferio occidental por la situación de guerra. Por ello, para la búsqueda de la paz, era necesario el estudio de la guerra en sentido histórico y actual en aras de encontrar soluciones a futuro. Esta apelación también se asentaba en la sensibilidad antifascista que permeó entre estos actores durante la época, en donde la guerra se convertía en una eventualidad de trascendencia generacional que permitía la estructuración de “criterios” de acción frente al conflicto y al fascismo.

De manera similar, el Seminario sobre América Latina buscaba dar respuestas sobre la realidad americana al término del conflicto, con el propósito de ofrecer certezas ante la reconfiguración del panorama mundial y evaluar el posible papel que jugaría la región en él. Lo anterior se buscaba a partir de los conocimientos generados por académicos y especialistas de la región, atendiendo las condiciones y particularidades de América, donde esos saberes “orientaran” el diseño de acciones y políticas públicas para atender las problemáticas de la región a través de una mirada propia.²⁸⁰

Tal como es posible observar en el Anexo 1, las sesiones de los seminarios se dividieron en distintos tópicos y enfoques disciplinarios, buscando abordar las preocupaciones que existían en la época, y con ello ofrecer respuestas a los retos que enfrentaría México, Latinoamérica y el mundo en general una vez que el conflicto mundial terminara. Las sesiones del Seminario sobre la Guerra, llevadas a cabo entre agosto y diciembre de 1943, y las del Seminario sobre América Latina, realizadas entre los meses de marzo y junio de 1944, tuvieron como protagonistas a los ponentes y público asistente que discutían los textos presentados, participando tanto académicos del COLMEX como de la UNAM o también funcionarios públicos de alto nivel, destacando personajes como Antonio Caso, Manuel Pedroso, Víctor Urquidí, Raúl Prebisch, Jorge Zalamea, Gilberto Loyo, Jorge A. Vivó, Vicente Herrero, entre otros.

²⁷⁹ “Folleto del Seminario sobre la Guerra, junio de 1943, AHCOLMEX, FAR, Caja 11, Exp. 7, ff. 15-16.

²⁸⁰ “Folleto del Seminario sobre América Latina”, marzo de 1944, AHCOLMEX, FAR, Caja 13, Exp. 40, ff. 1-11.

Por iniciativa de José Medina Echavarría surgió *Jornadas*. Concebida como una publicación sin periodicidad ni formato definido, su propósito inicial era publicar aquellos trabajos presentados en las sesiones de los seminarios. Al poco tiempo su propósito se extendió a aquellos productos de la reflexión de académicos del Colegio o vinculados a él y cuya extensión era mayor para aparecer como artículo en una revista, pero menor a lo requerido para aparecer como un libro, variando entre las 40 y las 120 páginas.²⁸¹ La primera etapa de la publicación, que va de 1943 y 1944, tal como es posible apreciar en el Anexo 2, consistió en un total de 19 números. Todos ellos formaron parte de las ponencias presentadas en los Seminarios. La segunda etapa va de 1944 a 1945, resultando los años más productivos, ya que una vez desprendida de las ponencias, se publicaron textos de autores como Mariano Picón Salas, Renato de Mendoça, Florian Znaniecki, Renato Treves, Roger Caillois, Paul Kirchoff, John Condcliffe, Howard, Lesley Bird, Patrick Romanell, por mencionar a algunos.

La publicación buscó construir una “biblioteca” de conocimientos dedicada al estudio de las cuestiones latinoamericanas, que asentara la autorreflexión a partir del rescate del conocimiento europeo, y con ello la construcción de un *corpus* teórico propio, tratando de superar el desfase entre racionalidad científica y el rezago de las ciencias sociales y humanas para explicar fenómenos sociales inéditos, como la Segunda Guerra Mundial.²⁸² A su vez, *Jornadas* cumplía con el “itinerario” profesional desarrollado por Medina Echavarría en México, quien buscaba acercar a las ciencias sociales a nuevos públicos y lectores para que esto sirviera como un aliciente para el desarrollo de las disciplinas en Latinoamérica.²⁸³

El punto sin retorno: el agotamiento del antifascismo como punto de cohesión (1945-1949)

²⁸¹ González Navarro, “José Medina Echavarría y México”, pp. 52-53; Moya López, “Los universos textuales de José Medina Echavarría”, pp. 191-192.

²⁸² Moya López, “Los universos textuales de José Medina Echavarría”, pp. 175-192.

²⁸³ Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 152-155. Morales Martín también coincide con Moya López al considerar que la publicación, junto a los Seminarios Colectivos de El Colegio de México, fueron espacios creados con el propósito de fomentar un pensamiento propio de lo hispanoamericano desde una tradición democrática y liberal, donde ante la conjunción del exilio español con intelectuales mexicanos y latinoamericanos, se dimensionara el papel de la región ante la guerra, el totalitarismo y la incapacidad de la democracia para frenarlos. Ello fomentaría un pensamiento realizado desde “la periferia” frente a la “realidad” occidental decadente. Morales Martín, “Guerra y totalitarismo”, p. 105. A su vez, para Morales Martín *Jornadas* sirvió como un corredor de ideas dentro del exilio español en América a través del cual se interconectaron diversas redes que propiciaron el diálogo entre diversas realidades y que permitió a los exiliados conocer e integrarse al entorno académico e intelectual latinoamericano. Véase Morales Martín, “Un corredor de ideas entre México y Argentina”, pp.42-43.

Con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1945 la situación mundial cambió. La reconfiguración del mapa geopolítico mundial a partir de los reacomodos de fuerzas internacionales y la reconstrucción que debían emprender los países afectados por el conflicto fueron algunos de los puntos centrales de los primeros años de la posguerra. La constitución de la Organización de las Naciones Unidas en octubre de ese año y las reuniones entre las potencias vencedoras fueron algunos de los espacios en los que se tomaron decisiones trascendentales al respecto, siendo un tema de importancia para esta plataforma editorial lo que sucedería con la España de Francisco Franco. Ante el evidente rechazo internacional y descrédito que vivió durante los primeros años después de la guerra, el régimen franquista articuló una estrategia para revertir dicha situación, a partir de estructuras como la iglesia católica o la diplomacia cultural.²⁸⁴ Por su parte, distintos sectores del exilio español expresaron la necesidad de poner fin al régimen de Franco a partir de distintos textos, tales como *Una doble experiencia política: España e Italia*, de Renato Treves y Francisco Ayala; *Cuestiones españolas*, de José Ferrater Mora; “Razón de México y España”, de Francisco Giner de los Ríos; o “Fin de la guerra”, de Juan Larrea. Por su parte, también comenzó a permear en algunos de los intelectuales, como Iturriaga, Cosío Villegas, Zea o Silva-Herzog, una visión crítica de la evolución que había tenido el régimen de Manuel Ávila Camacho hasta ese momento.

Para este punto, algunos de los colaboradores europeos comenzaron a retornar a sus lugares de origen pues una vez concluido el conflicto mundial, regresaban con la intención de contribuir a los procesos de reconstrucción política y social de sus países.²⁸⁵ También algunos de los proyectos editoriales finalizaron su ciclo de existencia o sufrieron grandes cambios. En primer lugar, con la ausencia de José Medina Echavarría al frente del Centro de Estudios Sociales debido a su traslado a una cátedra en la Universidad de Puerto Rico en 1946²⁸⁶ y las dificultades económicas que comenzó a atravesar El Colegio de México debido

²⁸⁴ Delgado Gómez-Escalonilla, “Orden, unidad y aguantar”, pp. 232-270.

²⁸⁵ Véase en el caso de la comunidad germanoparlante Reimann, *Transnational district*, pp. 409-437.

²⁸⁶ José Medina Echavarría comenzó a observar un estrechamiento de su capacidad de acción dentro de El Colegio de México. La concepción que el sociólogo tenía sobre las condiciones de posibilidad del Centro de Estudios Sociales, tal como señala Jesús Morales Martín, fueron mermadas por el agobio económico que sufrió el CES. Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 155-161

a los constantes recortes presupuestales acortaron el margen de acción institucional.²⁸⁷ El Diplomado en Ciencias Sociales no alcanzó los objetivos planteados, al titular solamente a dos de los alumnos inscritos, lo que limitó la posibilidad de lanzar una segunda generación y a la larga derivaría en la conclusión tanto del Diplomado como de otros proyectos del CES, entre ellos *Jornadas*.²⁸⁸ Para 1946 la publicación desapareció casi en su totalidad, pues en comparación con los 30 números que aparecieron en 1945, ese último año apareció solo uno, *La polémica entre Croce y Gentile (Un diálogo filosófico)* de Patrick Romanell. Se buscaron alternativas con las cuales proseguir con el proyecto, apareciendo un número más, el 57, *Vitoria y los intereses de la conquista de América*, del historiador español José Miranda. Pero más allá de este esfuerzo, el proyecto terminó en 1947 debido a las limitaciones económicas.

En el Fondo de Cultura, el esfuerzo de las colecciones editoriales y *El Trimestre Económico* continuaron con plena vigorosidad al término de la Segunda Guerra Mundial y la transición política entre Ávila Camacho y Miguel Alemán. Pero también esta coyuntura significó un cambio en el rumbo temático que siguieron los proyectos. En *El Trimestre* el término de la guerra asentó el viraje iniciado a principios de la década, en donde el estudio económico de los países latinoamericanos era la prioridad.²⁸⁹ Ello explica la presencia de temas como moneda y banca, economías nacionales, la tenencia de la tierra y la agricultura, el comercio internacional, las finanzas públicas, la cuestión laboral, o el desarrollo económico de la región, los cuales fueron tópicos constantes en la revista a partir de este momento.²⁹⁰

Un cambio similar se vivió en “Política y Derecho” del Fondo, ya que el traslado de Vicente Herrero a Europa significó el término de su labor al frente de la colección.²⁹¹ A su

²⁸⁷ Tal como señala Clara Lida y José Matesanz, si bien en un inicio se buscaron alternativas de financiamiento, tanto público como privado, las reducciones fueron constantes y privativas tanto en la capacidad de acción de la institución como en la posibilidad de retener e incrementar su planta laboral, la grado de tener que prescindir de muchos de los exiliados fundadores de La Casa de España. Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 65-72.

²⁸⁸ Véase Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 225-228; Juan Jesús Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 155-161.

²⁸⁹ Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 133-158. Este giro significó uno de los orígenes de lo que posteriormente sería la corriente desarrollista dentro del pensamiento político y económico latinoamericano, y que tendría su principal eje impulsor con la formación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en 1948. Para profundizar en el papel de Raúl Prebisch véase Caravaca y Espeche, “América Latina como problema y como solución...”, pp. 411-435.

²⁹⁰ Bernal Martínez, “El Trimestre económico, 1934-1958”, pp. 74-86.

²⁹¹ Lira, “Vicente Herrero”, pp. 133-134.

vez, los cambios globales, sobre todo el inicio de las tensiones que darían origen a la Guerra Fría hizo que la línea editorial se transformara. Por ello, el tópico del fascismo perdió vigencia desde 1945, pues la última obra que abordó el tema fue *La tragedia del movimiento obrero* de Adolf Sturmthal, publicada ese año. Obras de años posteriores, como *Teoría y realidad de la organización constitucional democrática*, de Carl Joachim Friedrich, o *La suprema corte de Estados Unidos*, de Charles Evans Hughes, dejarían de lado el tópico del fascismo como problema de análisis, centrando su atención más bien en las reconfiguraciones globales de la posguerra. Esta tendencia no hizo sino afianzarse con el aumento de las tensiones de la naciente confrontación bipolar. A ello se sumaría en 1948 la salida de Daniel Cosío Villegas de su puesto como director del FCE, llegando en su lugar el argentino Arnaldo Orfila, quien antes fungió como gerente de la filial de la editorial en Buenos Aires, Argentina.²⁹²

Este cambio se prolongó un poco más en el caso de *Cuadernos Americanos*, ya que la apelación antifascista siguió vigente un par de años más, perdiendo fuerza paulatinamente. Pero el cierre simbólico del ciclo antifascista que cohesionó a esta plataforma editorial sería 1949, pues con el golpe de Estado que vivió Venezuela en 1948 y la reacción de la revista en su primer número de 1949, ya no es perceptible la fuerza que el antifascismo y el americanismo tuvo en años anteriores. A ello se sumó la renuncia de Juan Larrea a la secretaría de la revista a finales de 1949, marcando el fin de un ciclo editorial.

1.3 Trascendiendo fronteras: los colaboradores y la circulación de la plataforma

Condiciones y características de los colaboradores

La consideración de que estos proyectos editoriales conformaron una plataforma editorial no se limita al hecho de compartir un devenir experiencial e institucional común, ya que también en el área de los colaboradores y la circulación, los impresos encontraron un cauce conjunto. Tal como señalamos con anterioridad, la creación de *El Trimestre Económico*, el Fondo de Cultura Económica, La Casa de España en México/El Colegio de México y *Cuadernos Americanos* fueron productos de distintos momentos, pero impulsados por un mismo conjunto de intelectuales, académicos y funcionarios públicos mexicanos o miembros del exilio español en México. Dichos actores hicieron uso de redes comunes que permitieron

²⁹² Para profundizar en el cambio de dirección véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 78-81.

extender los alcances de gestión más allá de las fronteras nacionales y acceder a comunidades intelectuales de otros países de la región para que colaboraran con ellos, además de hacer llegar ejemplares de los libros y las revistas editados.

En este sentido, es posible concebir que la base social que sustentó a estos proyectos se constituyó de doble forma: un núcleo definido y compacto que fungía como coordinador y gestor de las revistas y la editorial, y toda una constelación de colaboradores, formada por distintos actores sociales —extendiéndose en algunos casos, como *El Trimestre Económico* o *Cuadernos Americanos*, en cientos— con una gran cantidad de procedencias, perfiles profesionales, posturas políticas, etc. Dentro de todo este entramado, abordaremos primero aquellos que fungieron como impulsores de esta plataforma.

Este grupo se conformó por aquellos funcionarios públicos e intelectuales mexicanos que dieron origen y coordinaron el funcionamiento de esos proyectos editoriales, además de cumplir esporádicamente como autores o traductores. Caracterizados por ocupar una posición de poder dentro la estructura institucional del gobierno mexicano o en las instancias que dieron origen a estas iniciativas editoriales —como el FCE o El Colegio de México—, aprovecharon esa capacidad de gestión para obtener recursos y sostener su funcionamiento. A ello habría que sumar a algunos de los exiliados españoles que llegaron a fines de la década de 1930 e inicios de la de 1940, quienes también se sumaron a las tareas de gestión editorial e institucional.

Entre ambos sectores realizaron parte de las labores editoriales fundamentales, como la estructuración de un programa de edición, la gestión por obtener los derechos de traducción y edición de libros o la obtención de colaboraciones para las revistas, además de traducir algunos libros o publicar esporádicamente ensayos o reseñas. Tal como es posible apreciar en el Anexo 3, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Vicente Herrero, Alfonso Reyes, Manuel Pedroso, José Medina Echavarría, Juan Larrea y Jesús Silva-Herzog fueron quienes ocuparon dichos roles. No solo fueron los principales impulsores de la plataforma, sino que también fueron quienes estimularon con mayor fuerza la expresión de las sensibilidades antifascista y americanista en los impresos.

Es necesario señalar que existieron otras personas que también ocuparon puestos directivos en estos proyectos, quienes fungieron como enlaces de gestión, mediadores y facilitadores tanto con el entorno gubernamental como con el ambiente intelectual nacional

e internacional. Éstos generalmente ocuparon lugares de importancia en la función pública mexicana o en instancias educativas y culturales. Entre ellos se encontraban Manuel Mesa Andraca para *El Trimestre Económico*; Alfonso Prieto, Enrique Sarro, Eduardo Suárez, Gonzalo Robles o Ramón Beteta para el Fondo de Cultura Económica; Enrique Arreguín o Gustavo Baz para El Colegio de México; o Alfonso Caso, Mario de la Cueva, Manuel Márquez y Agustín Millares Carlo para *Cuadernos Americanos*. Si bien ellos desarrollaron un papel esencial para comprender a esta plataforma —aunque muchas veces velado por las fuentes documentales disponibles— e incluso algunos de ellos compartieron la sensibilidad antifascista,²⁹³ no serán abordados en profundidad en esta investigación, debido a que no publicaron en la plataforma bajo la apelación de estas sensibilidades que estudiamos.

En segundo lugar, a partir de las redes que poseían los gestores o de las interacciones que se fueron dando con el pasar de los años, fue que se dio forma a la estructura de colaboradores que publicaron en la plataforma.²⁹⁴ Para lograr lo anterior, se formularon diversos mecanismos de gestión con el propósito de invitar a publicar. Ejemplo de ello sería el que Cosío Villegas y Silva-Herzog idearon en 1942 para *Cuadernos Americanos*. A partir de una serie de cartas-invitación, las cuales fueron enviadas a destacados intelectuales de la región, entre los que se encontraban Germán Arciniegas, Gabriela Mistral, Mariano Picón Salas, Joaquín García Monje, Amado Alonso, Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, María Luisa Bombal, Victoria Ocampo, entre otros,²⁹⁵ se buscaba que estas figuras enviaran diversos textos para que aparecieran en las páginas de la revista. Pero esta estrategia no dio

²⁹³ Esto es posible visualizarlo en el caso de Eduardo Suárez, Gustavo Baz o Ramón Beteta, quienes, si bien no se concibieron del todo como antifascistas, si colaboraron en la realización de eventualidades de este tipo, como Suárez y Baz, quienes firmaron como adherentes al 1º Congreso Antifascista que organizó Acción Democrática Internacional entre el 30 de enero y el 1 de febrero de 1942 en el Palacio de Bellas Artes. Véase Acción Democrática Internacional, *Primer congreso antifascista*, pp. 149-150. A su vez, dentro de sus bibliotecas personales, albergaban títulos cuyas dedicatorias apelaban a dicho sentido, como es el caso de la obra de Francisco Frola, *Recuerdos de un antifascista, 1925-1938*, publicado en 1939 y perteneciente a la biblioteca personal de Ramón Beteta, que actualmente alberga la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México. En dicha obra, Frola escribió una dedicatoria dirigida a Beteta que versa lo siguiente: “all illustre amico Lic. Ramón Beteta, con l’spesione del mio affetto e dela mia considerazione”, por solo mencionar un ejemplo.

²⁹⁴ Para un análisis profundo de la estructura de colaboradores de *El Trimestre*, véase Bernal Martínez, “El Trimestre económico, 1934-1958”, pp. 72-74. Para el caso de Política y Derecho véase Garcíadiego, *El Fondo, la Casa y la introducción*, pp. 29-72. También véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 40-44. Para *Cuadernos Americanos* véase Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 242-243; Weinberg, “El encuentro de un escritor”; Weinberg, “Revistas culturales”.

²⁹⁵ Véase por ejemplo Carta de Daniel Cosío Villegas a Bernardo Canal Feijoo del 20 de enero de 1942, AHFCE, FA, Primera Sección, Exp. 371 Cuadernos Americanos, p.16; Carta de Daniel Cosío Villegas a Gabriela Mistral del 20 de enero de 1942, AHFCE, FA, Primera Sección, Exp. 371 Cuadernos Americanos, p. 17.

los frutos esperados. De todos los intelectuales “incitados”, varios tardaron bastante en enviar algún artículo o ensayo,²⁹⁶ mientras que otros ni siquiera respondieron al llamado.

Si bien no ahondaremos en la totalidad de la estructura de colaboración de estos proyectos, sí arrojaremos algunos datos estadísticos muy generales que nos permitan comprender dicha pléyade en aspectos tales como el número de colaboradores, procedencia, frecuencia o género. En *El Trimestre Económico* durante el periodo estudiado (1934-1946), existió un relativo balance entre la presencia de autores traducidos —sobre todo de Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Alemania— y aquellos autores en lengua española. En este sentido, dominó la aparición de mexicanos entre los hispanoparlantes, dejando más atrás a autores provenientes de España, Argentina, Perú o Colombia. Entre ellos, los colaboradores más frecuentes fueron Javier Márquez (con 7), Moisés T. de la Peña (con 7), Eduardo Hornedo (con 6), Daniel Cosío Villegas (con 5), Eduardo Villaseñor, Emilio Alanís Patiño, John Maynard Keynes, José Silva, Ramón Fernández y Fernández y Víctor L. Urquidí (con 4 cada uno). Pero frente a todos ellos, el número de mujeres colaboradoras fue escaso, destacando Beatrice Webb o Barbara Wootton.

En *Jornadas* la estructura de colaboración constó, tal como es posible ver en el Anexo 2, de 57 títulos y autores. De ellos, fue considerable la participación de mexicanos y españoles por igual, ya que fueron los responsables de más de la mitad de las colaboraciones. La presencia latinoamericana también resultó de importancia, a partir de personajes como Jorge A. Vivó, Jorge Zalamea, Raúl Prebisch, Renato de Mendoça, José Antonio Portuondo, Julio Le Riverand, entre otros. También resalta que solamente se publicó a una sola mujer, siendo Lesley Byrd Simpson.

Cuadernos Americanos fue el entorno más diverso, ya para el periodo estudiado (1942-1949), en la revista colaboraron un total de 413 personas, de las cuales 96 fueron mexicanos y el resto extranjeros, siendo los países con mayor presencia España (con 92), Argentina (con 43), Perú (con 14), Cuba (con 13), Chile (con 11), Uruguay (con 12), Venezuela y Estados Unidos (ambos con 10). De todos ellos, entre los más constantes se encontraban José Gaos (con 23), Jesús Silva-Herzog (con 19), Eugenio Imaz (con 18),

²⁹⁶ Son los casos de Luis Aznar, quien publicó su primera colaboración hasta el no. 41, aparecido en 1948; o el de Enrique Anderson Imbert, aparecido hasta el no. 23, en 1945. Es posible suponer que esta falta de respuesta se dio por motivos varios, yendo desde la falta de tiempo por una agenda llena, compromisos anteriormente contraídos, incompatibilidad política e ideológica, desinterés, entre otros.

Alfonso Reyes (con 17), Leopoldo Zea (con 13), Juan Larrea (con 13), Silvio Zavala (con 10) o Samuel Ramos (con 9). Por su parte, de las 413 personas que colaboraron durante esos años, solo 28 eran mujeres, entre las que se encontraban Anna Seghers, Alicia Rühle Gerstel, Gabriela Mistral, Carmen R. L. de Gándara, Nydia Lamarque, Olga Orozco, María Granatá, Margarita Nelken, Sara de Ibáñez, María Rosa Oliver, Leonilda Barrancos, entre otras más.

De este panorama es posible resaltar una serie de cosas. En primer lugar, es notable que existió una gran variedad de actores de distintas nacionalidades, quienes ya fuese porque se encontraban exiliados en el territorio mexicano o porque poseían vínculos con el entorno intelectual mexicano, lo que daba un carácter cosmopolita a estas iniciativas.²⁹⁷ También es necesario señalar que no todos hicieron parte de la expresión de las sensibilidades que estudiamos. Si bien el agobio de la época pesó de distintas formas en la producción intelectual de muchos de los colaboradores, no todos lo hicieron patente de forma tan estructurada o centraron parte de su reflexión en temáticas como la guerra, el fascismo, la crisis económica, política o cultural, o el papel que debía tener América frente a todo este panorama. Por ello, a partir de aquí nos centraremos en aquellos que discurrieron intelectualmente frente al escenario crítico que se cernía. A su vez, otros colaboradores también manifestaron una postura antifascista, aunque la desarrollaron fuera de esta plataforma. Lo dicho pudo deberse a distintos factores, tales como una mayor compatibilidad política, ideológica o social con otros espacios.²⁹⁸

²⁹⁷ Es necesario recalcar que entre las décadas de 1920 y 1940 México fue un país receptor de diversos exilios, tanto del entorno europeo como americano, los cuales conjuntaron a una serie de actores provenientes de distintos espectros políticos, los cuales se insertaron en el contexto nacional, sin dejar de lado su acción política a partir de organizaciones, publicaciones, mítines, etc. Como un panorama general de la situación véase Yankelevich (Coord.), *México, país refugio*. En el caso del exilio germanoparlante en la ciudad de México durante la década de 1930 y 1940 véase Reimann, *Transnational District*. Para el exilio centroamericano durante esta época véase de la Mora Valencia, “Intelectuales guatemaltecos en México”. En el caso de las restricciones a la migración que impuso el gobierno mexicano durante la época véase Yankelevich, *Los otros*. Para el caso de los judíos y las dificultades que enfrentaron para entrar a México durante las décadas de 1930 y 1940 véase Gleizer, *El exilio incómodo*.

²⁹⁸ Tal vez el caso más representativo sea el de Vicente Lombardo Toledano, que colaboró de forma intermitente con *El Trimestre Económico* y una ponencia en el Seminario sobre América Latina que se terminó cancelando, sin establecer acciones tan estrechas. Las acciones antifascistas de Lombardo, en sintonía con su postura ideológica, de perfil sindicalista y más cercana al comunismo, aunque sin militar en el Partido Comunista de México, encontró mayor margen de acción dentro de organismos que él mismo creó, tales como la revista *Futuro*, la Universidad Obrera, el diario *El Popular* o también en sintonía con toda la estructura sindical que llegó a liderar. Al respecto véase Andrea Acle-Kreysing, “Cómo crear una clase obrera”, pp. 109-149. También Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 573-609.

Por otro lado, también es notable el peso que el exilio español tuvo por momentos, equiparable al de los intelectuales mexicanos. Como se señaló anteriormente, la presencia de españoles o mexicanos en la plataforma fue equitativa durante los años estudiados. Lo anterior es muestra de la similitud de fuerzas que por momentos existió en las apelaciones temáticas que tuvieron lugar en estas iniciativas editoriales. Pero en lo que respecta al tópico del antifascismo, este tuvo particular relevancia para el caso de muchos españoles, pues más allá de su oposición al franquismo y la denominación de este régimen como fascista, muchas de sus esperanzas de derrotar a Franco y volver a la Península Ibérica residían en la necesidad de librar la lucha desde el exilio, movilizando los recursos a su disposición en el contexto receptor no solo para concientizar a la esfera pública o a los grupos políticos mexicanos o de otros países acerca de la relevancia de su esfuerzo, sino también para buscar que a la postre pudiera significar el rompimiento de relaciones con Franco y su posterior derrota junto a la de todos los regímenes fascistas. Frente a esta necesidad, los mexicanos que gestaron esta plataforma, se solidarizaron con la situación, aunque sin dejar de lado sus propios intereses.

También en lo concerniente al debate de las ciencias sociales y las identidades intelectuales frente a la crisis se desarrolló en esta plataforma, el exilio gozó de un protagonismo equivalente al de la intelectualidad mexicana y latinoamericana. Lo anterior puede ser explicado por diversos factores, pero en este caso queremos dar peso al hecho de la vivencia de la inestabilidad y el empuje que ello tuvo en la reflexión intelectual, además del factor de la distancia como privilegio intelectual. En primer lugar, la vivencia de la Guerra Civil y el posterior exilio que marcó la experiencia vital de muchos de estos personajes, obligándolos en ocasiones a tratar de formular respuestas frente a esta situación y cómo ello afectaba en su actividad intelectual y profesional. Aquello propició una profunda reflexión que quedó plasmada tanto en dichos proyectos editoriales como en otros lugares. Como un ejemplo de ello se encuentra lo expresado por José Medina Echavarría en su introducción al libro *Responsabilidad de la inteligencia*, donde reflexionó sobre cómo lo sucedido en la Guerra Civil Español había marcado su preocupación como sociólogo, sobre todo los procesos de migración forzada y su incorporación al contexto americano:

Sabidas como otras muchas, pero no vividas, la experiencia de una emigración confirma dos ideas viejas sobre lo que es la vida intelectual: la íntima conexión de la misma como una comunidad y los peligros y sufrimientos de lo que es en sí una existencia vicaria. La unión del pensamiento a los problemas, tradiciones y necesidades de la propia comunidad, sólo se percibe bien en el momento en que allá fuera se rompe

ese estrecho e incosciente contacto. Pero los desterrados reales y posibles de las distintas nacionalidades de lengua española tienen sobre otros humanos en el mismo trance la valiosísima ventaja de poderse sentir, al poco tiempo, miembros de una comunidad de mayor dimensión y muy superior, si cabe, en cuanto a la fuerza del estímulo para el pensamiento y la pasión más noble. La aminoración del dolor que esto supone podría medirse casi con toda exactitud, pues nunca se han dado respecto de este problema condiciones tan próximas a las de un laboratorio como las que hoy se ofrecen. [...].²⁹⁹

Por su parte, la intelectualidad mexicana y latinoamericana, atravesadas por sus propias condiciones coyunturales, gozaron en cierta medida del privilegio de la distancia frente a lo que sucedía en Europa y el alzamiento del fascismo, así como la destrucción que trajo consigo la guerra de España o la Segunda Guerra Mundial. Lo anterior provocó que el conocimiento de estos sucesos no fuera necesariamente de primera mano, integrándose a su bagaje a través de experiencias de terceros, noticias, correspondencias o estancias no tan prolongadas en los entornos del conflicto. Es posible asumir que ello limitó el impacto de dichas eventualidades en su reflexión intelectual en comparación con lo vivido por los exiliados españoles.

Un último elemento que cabe mencionar y en el cual se profundizará a continuación es la exclusión de la mujer en la participación en estos proyectos, pues, aunque contó con presencia en cada uno de ellos, resultó muy marginal frente a lo hegemónico que fue la presencia masculina.

¿Y las mujeres dónde están? Razones de una ausencia

Derivado de lo anterior, es necesario considerar el papel que la mujer tuvo en esta plataforma y los problemas para analizar su expresión política. Tal como se señaló anteriormente, la participación de mujeres en los proyectos, al menos como colaboradoras, fue marginal, ya que fueron pocos los textos –siendo *Cuadernos Americanos* el que más albergó— que aparecieron en sus páginas. Pero esto no deja de lado que la presencia femenina en las instituciones que acogieron a estas iniciativas resultó una constante, ya que existió un amplio número que formaron parte activa de ellas, desarrollando actividades como docentes, editoras, alumnas, trabajadoras, traductoras, etc. Entre ellas destacaron Concepción Muedra,

²⁹⁹ Medina Echavarría, *Responsabilidad de la inteligencia*, p. 9.

María Zambrano, Emma Salinas, María Luisa Díez-Canedo, Ernestina de Champourcín, Catalina Sierra Casasús, Margarita Nelken, entre otras.³⁰⁰

Esta aparente contradicción entre la presencia institucional y la débil presencia “editorial” puede atribuirse a distintos factores, como la invisibilización del trabajo intelectual de la mujer. La sujeción de la mujer a la esfera de lo privado, el desplazamiento de su producción literaria, artística e intelectual al olvido debido a los procesos de silenciamiento o por haber sido apropiada por hombres, su exclusión de los cánones literarios e intelectuales, así como los olvidos historiográficos o la carencia de fuentes documentales de carácter histórico para su análisis, son factores atribuibles a la masculinización del mundo intelectual de la época y de años posteriores. Recientemente han surgido distintos esfuerzos historiográficos por visibilizar la presencia de aquellas escritoras, académicas e intelectuales que fueron partícipes en distintos procesos de México y América Latina a lo largo del siglo XX.³⁰¹

En el caso de los estudios históricos sobre el antifascismo, investigaciones recientes han puesto en tensión la imagen del antifascismo como un espacio exclusivo del hombre, pues reflexiones realizadas desde un enfoque de género han mostrado que el papel de la mujer y de las organizaciones de mujeres en el antifascismo fue de suma importancia, pero debido a diversas cuestiones, su estudio ha presentado una serie de retos metodológicos y documentales. Entre ellos se encuentran las lagunas documentales existentes acerca de la militancia política de la mujer, los “silencios” presentes en la documentación disponible debido a la marginación de la mujer como actor político, o lo que Isabelle Richet llama la “modestia autobiográfica”, que es la auto infravaloración de la actividad de aquellas militantes que sí lograron dejar un testimonio acerca de dicha acción política.³⁰²

³⁰⁰ Es necesario señalar que, durante estos años en América Latina, la presencia de la mujer dentro de espacios de cátedra universitaria dedicados a las ciencias sociales y a las humanidades fue limitado, aunque con presencia destacada en distintas especialidades. Al respecto véase Arias “Coleccionistas y estudiosas”. Para un panorama general véase Rueda Enciso, “Las mujeres y las ciencias sociales”.

³⁰¹ Como ejemplos véase Cormick, *Mujeres intelectuales*, también Díaz, *Lola Vidrio*.

³⁰² Véase Richet, “Women and antifascism”, pp. 152-166. En los últimos años han proliferado estudios que han retomado las herramientas propuestas por la historia de género para abordar el problema del antifascismo. Para una revisión detenida de dicha producción para el caso de Argentina, véase Valobra y Nállim, “Nuevas perspectivas historiográficas”, pp. 143-169. También véase Olivares Olivares, “Antifascismo y género en América Latina”. Sobre esta historiografía reciente en México, véase Guzmán Rodríguez, “Antifascismo, comunismo y feminidad”. Para el caso argentino véase Mcgee Deutsch, *Gendering anti-fascism*.

En este caso, es necesario señalar que las mujeres están ahí, en la plataforma. Tal como señalamos con anterioridad, la presencia de la mujer en ella resulta marginal en comparación con la presencia hegemónica del hombre. Lo anterior es posible atribuirlo en lo general a la evidente masculinización del entorno intelectual mexicano de la época, y de dichos proyectos editoriales en particular. Resulta viable señalar que el perfil social dominante era el de hombres de mediana o madura edad, los cuales generalmente ocupaban puestos de importancia en la estructura gubernamental de su país, o se encontraba en posiciones importantes en la oposición política o del entorno cultural, académico y literario.

Lo anterior les permitía contar con un capital cultural y simbólico extenso que los dotaba de prestigio y cierta presencia y reconocimiento público. En el caso de las mujeres invitadas a colaborar, estas ocupaban una posición preponderante al frente de alguna publicación, como Victoria Ocampo, o gozaban de prestigio por sus labores diplomáticas y literarias, como el caso de Gabriela Mistral. También se encontraban en situación de exilio, como Anna Seghers o Alicia Rühle Gerstel, o formaban parte de alguna tertulia literaria o de alguna red familiar conectada con el mundo de la cultura.

Pero aquellas mujeres que tuvieron presencia lo hicieron de forma diversa. Colaboradoras como Gabriela Mistral, Isabel Pope, Fryda Schultz de Mantovani, Carmen R. L. de Gándara, Leonilda Barrancos, Verna Carleton de Millán, entre otras, publicaron trabajos —sobre todo en *Cuadernos Americanos*— sobre tópicos literarios, de crítica literaria, artística y cultural o de carácter pedagógico. Otras autoras como Marietta Blau, Barbara Wootton, Alice Rühle Gerstel, Angélica Mendoza o Fabiola Aguirre de Jaramillo, de forma más esporádica, publicaron también textos de análisis político o científico, o ensayos de ciencias sociales o filosofía. Esta disparidad temática se acentúa cuando se relaciona con las sensibilidades antifascistas o americanistas, debido a que son pocos los textos que entran en dichas apelaciones, siendo en su mayoría trabajos de corte literario, tales como “Refugiados” de Carmen R. L. de Gándara o “La excursión de las muchachas muertas” de Anna Seghers. Pero tal como señalamos con anterioridad, en esta investigación nos limitaremos al análisis de textos de ciencias sociales, dejando de lado a aquellos de carácter narrativo. En este

sentido, sólo los trabajos de Rühle Gerstel “El destino trágico de Praga”³⁰³ y “Problemas de la democracia” entran en la acepción.³⁰⁴

Por otro lado, también es posible señalar que estas mujeres trascendieron a la plataforma para expresar su postura antifascista, como el caso de María Zambrano, debido a la amplitud de su obra y sus reflexiones al respecto, es posible tener una perspectiva amplia de su posición y dar mayor margen a la forma en que esta fue expresada. O también las manifestaciones en el campo del antifascismo de escritoras como Ernestina de Champourcín y Margarita Nelken, quienes, a pesar de contar con una amplia producción y una reconocida postura antifascista, fue en otras instancias donde manifestaron dicha posición.³⁰⁵

A su vez, es posible inferir que existió una manifestación crítica del autoritarismo en algunas de las mujeres partícipes de estas instituciones, pero cuyas posturas no trascendieron a la amplitud de la esfera pública. Dicha situación es visible para el caso de las alumnas del Diplomado en Ciencias Sociales del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, Catalina Sierra, Dolores González Díaz Lombardo y las hermanas Stella y Lucila Leal Carrillo.³⁰⁶ Dentro de sus expedientes que se conservan en el Archivo Histórico de El Colegio de México, existen distintos trabajos que elaboraron para los seminarios del Diplomado, siendo algunos dedicados al tema de los países latinoamericanos y las dictaduras militares que habían enfrentado a lo largo de su historia.³⁰⁷ Si bien no es posible asociarlos con una expresión antifascista, si se puede considerar que se volvieron parte de una preocupación común de la época,³⁰⁸ de la cual las mujeres también fueron partícipes.

Por otro lado, es posible considerar que los colaboradores de esta plataforma pueden ser agrupados a partir de sus lugares de procedencia, compartiendo ciertas características y apelaciones en común, razón por la cual procederemos a hablar de ello.

³⁰³ Rühle Gerstel, “El destino trágico”.

³⁰⁴ Rühle Gerstel, “Problemas de la democracia”.

³⁰⁵ En el caso de Margarita Nelken, véase Taillot, “De la heroína antifascista”, pp. 201-205.

³⁰⁶ Para profundizar al respecto, véase Guzmán Anguiano, “Una preparación para la investigación y el servicio burocrático”.

³⁰⁷ Es el caso del trabajo de Dolores González Díaz Lombardo, “La formación de las dictaduras a través de “Facundo” y del “Gallo Pitagórico”, AHCOLMEX, FLCE, Caja 10, Exp. 12, ff. 13-36. También el ensayo de Stella Leal Carrillo “Trayectoria del pensamiento iberoamericano”, AHCOLMEX, FLCE, Caja 13, Exp. 2, ff. 10-22.

³⁰⁸ Como parte de esos otros temas destaca también el tema del racismo, abordado en un ensayo de Lucila Leal Carrillo titulado “El problema racial del negro visto a través de algunas obras seleccionadas de la literatura ibero americana”, AHCOLMEX, FLCE, Caja 14, Exp. 1, ff. 12-28.

Entre intelectuales y burócratas: los actores mexicanos

En primer término, encontramos al sector que concentró la formación y gestión de la plataforma editorial, además de también ser importantes productores de contenidos. Este fue el conjunto de funcionarios públicos, académicos e intelectuales mexicanos que desarrollaron estos proyectos editoriales, integrado por Daniel Cosío Villegas,³⁰⁹ Eduardo Villaseñor,³¹⁰ Jesús Silva-Herzog, Antonio Carrillo Flores, Víctor L. Urquidi, Antonio Castro Leal, Gilberto Loyo, Manuel F. Chavarría, Leopoldo Zea, José E. Iturriaga, Manuel Martínez Báez y Emigdio Martínez Adame.³¹¹

Recordemos que la mayoría de esta colectividad pertenecía a una red estructurada alrededor de las instituciones económicas y diplomáticas del Estado posrevolucionario, ya que desde jóvenes se integraron al trabajo en organismos como el Banco de México o la Secretaría de Hacienda, convirtiéndose en lugares de sociabilidad que les permitieron consolidarse como miembros de esta élite burocrática.³¹² Al tener la mayoría una formación como abogados, pero con un interés común por los temas económicos, se posicionaron en organismos como el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, la Secretaría de Hacienda, el Banco Nacional de Crédito Agrícola y Nacional Financiera. También algunos de ellos intercalaban su desempeño profesional con ocupaciones diplomáticas, lo que propició su desplazamiento geográfico ocasional, como Daniel Cosío y su labor como encargado de negocios en la Legación de México en Portugal, o Alfonso Reyes, quien había fungido como embajador de México en Brasil y Argentina.³¹³

Tal como señala Liliana Bernal, estos actores conformaron una pequeña pero repetitiva élite, pues al ser poco los espacios, hicieron presencia en estas instituciones de distinta forma, ya fuese como directivos o como colaboradores. Lo anterior los dotaba de una gran capacidad de gestión, al disponer de los recursos y la influencia institucional para emplearlos de acuerdo con sus preocupaciones. El estar en dichos espacios, también les permitió tener cierta capacidad de decisión y definición del rumbo que tomarían distintos

³⁰⁹ Para profundizar en Cosío Villegas, véase sus *Memorias*,

³¹⁰ Sobre Villaseñor, véase sus *Memorias-Testimonio*.

³¹¹ Para una visión prosopográfica de este sector, véase Bernal, “Los operadores de la economía”.

³¹² Liliana Bernal los denomina como los “operadores de la economía”, concibiéndolos como los dirigentes de toda la estructura económica estatal de las décadas de 1930 y 1940. Al respecto véase Bernal, “Los operadores de la economía”, pp.24-30.

³¹³ Véase Garcíadiego, *Sólo puede serenos ajeno*, pp. 197-309.

proyectos bajo su mando, sobre todo entre 1934 y 1946, años de auge para este sector. A su vez, coincidimos con Bernal respecto a que, en esta élite burocrática, existieron subgrupos encabezados por distintas figuras con mayor capacidad de gestión, siendo en este caso que personajes como Cosío Villegas o Villaseñor se encontraban en la intersección de diversos grupos.³¹⁴

Por su parte, el perfil ideológico e intelectual que poseía gran parte de este núcleo social abrevaba de distintas raíces. Tal como señala Rafael Rojas, muchos partían de una lectura de autores pertenecientes al fabianismo y al pensamiento social inglés, tales como Harold Laski, G. D. H. Cole, John Maynard Keynes o Maurice Dobb, lo que propició que desde su posición entendieran como necesaria la intervención del Estado en la economía, su papel en la redistribución de la riqueza, además de una visión pluralista del espectro político de izquierda. Rojas también señala que el *New Deal* del gobierno de Franklin D. Roosevelt representó una influencia importante en el pensamiento de personajes durante esos años.³¹⁵

También es necesario señalar que, algunos de estos actores, como Cosío Villegas, Iturriaga, Silva-Herzog, Castro Leal, o el mismo Reyes, tenían cierta postura antiimperialista y reivindicaciones identitarias macrorregionales, puntos de convergencia de las convicciones americanistas.³¹⁶ Como ejemplo resalta Cosío Villegas, quien en sus años de estudiante universitario combinó su actividad académica con su participación en círculos de política estudiantil, creando lazos con otras experiencias latinoamericanas derivadas de los procesos de la Reforma Universitaria de las décadas de 1910 y 1920.³¹⁷ De ahí que, la década de 1940, el economista derivó en la concepción de un republicanismo en donde la discusión pública resultaba elemental para extender los parámetros de la democracia hacia una vida social

³¹⁴ Bernal, “Los operadores de la economía”, pp. 40-47.

³¹⁵ Rojas señala que este influjo intelectual sirvió como un punto de partida para que parte de los cuadros cardenistas y poscardenistas hicieran una reinterpretación de estos argumentos, relacionándolos con el Estado posrevolucionario mexicano y el desarrollo de diversas políticas públicas, así como la exaltación de un nacionalismo de carácter revolucionario. Rojas, “El cardenismo fabiano”.

³¹⁶ Tal como señalan Alexandra Pita y Carlos Marichal, las décadas de 1910 y 1920 se convirtieron en años que diversificaron los entendimientos y expresiones del antiimperialismo en América Latina, en donde la asociación de lo hispano, lo ibero o lo latino como algo propio frente a aquello considerado como la “otredad” (extranjero, yanqui, gringo, etc.), se insertaron con fuerza en los debates intelectuales de la época, al asociar lo externo con una influencia negativa para la región y que comenzó a tomar fuerza con la figura de José Martí a finales del siglo XIX. Véase Pita González y Marichal Salinas, “Introducción pensar el antiimperialismo”, pp. 10-11.

³¹⁷ Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 74-137.

activa y participativa, donde conocimiento, bien común y ética se relacionaran para un ejercicio responsable de la política.³¹⁸

En lo que respecta a la inserción de estos actores en una sensibilidad antifascista y americanista, es posible atribuirlo a distintas razones. En primer lugar, su presencia en la estructura institucional del gobierno mexicano los apeló a respaldar a distintas decisiones de corte diplomático y político que realizaron los gobiernos de Manuel Ávila Camacho, y sobre todo el de Lázaro Cárdenas, siendo este quien impulsó en mayor medida los proyectos impulsadas por este grupo de funcionarios, tales como la creación del Fondo de Cultura Económica, la apertura de México a recibir a grupos del exilio español, la formación de La Casa de España y posteriormente su conversión a El Colegio de México. Este apoyo es visible de ciertas formas en la plataforma, tanto en la construcción de una legitimación para que el Estado se convirtiera en el actor preponderante en el campo económico como en la reafirmación de la política diplomática mexicana o en la reafirmación de lo que hemos denominado como “Estado Antifascista”, el cual fue una formulación propagandística construida por los grupos insertos en la estructura institucional del gobierno mexicano y sus esferas de influencia directas e indirectas. Ello también se proyectó hacia otras naciones de América Latina, en donde se buscaba resaltar el compromiso que los gobiernos posrevolucionarios tenían con el campo de la cultura, las artes y las ciencias sociales, aunque también ya con márgenes críticos para mediados de la década de 1940.³¹⁹

Por otro lado, este conjunto de funcionarios e intelectuales se posicionaron en lo que hemos denominado como “antifascismo de Estado”, el cual significó un espacio de pugna y confrontación entre los grupos que conformaban la estructura institucional del gobierno mexicano, donde el antifascismo significó un recurso para posicionarse y disputar posiciones de poder. Lo anterior abre la puerta para comprender en cierta medida por qué esta plataforma

³¹⁸ Crespo, “Democracia y dictadura”, pp. 169-170.

³¹⁹ Un ejemplo de esta tensión es notable en una conferencia que Leopoldo Zea impartió en 1946 y que se publicó en *Cuadernos Americanos* bajo el título de “México en Iberoamérica”. Enlazada con la postura crítica que comenzó a permear dentro de estas plataformas con la noción de la crisis del Estado posrevolucionario, Zea señalaba que en los logros de México en la producción cultural y su impacto en la región “[...] poco o casi nada se ha hecho para lograrlo. Casi se podría decir que lo logrado hasta ahora es casi a pesar nuestro. Lo que de México se conoce en el terreno de la cultura, se debe más bien a esfuerzos realizados por empresas particulares. Nuestro Estado poco ha hecho en ese sentido [...] Poco, o nada, saben en nuestras Embajadas de lo que aquí se realiza en el terreno cultural [...] Sin embargo, México en el terreno de lo cultural es uno de los países que más está influyendo en Iberoamérica; muy especialmente a través de nuestras publicaciones. Los libros que más se conocen son los publicados por el Fondo de Cultura Económica, los cuales se encuentran en todos los Centros de Cultura y en casi toda biblioteca particular [...]”. Zea, “México en Iberoamérica”, pp. 49-52.

abrió sus páginas para que sectores del exilio español y europeo en general, así como grupos de la intelectualidad latinoamericana encontraran ahí un espacio de expresión de sus inquietudes y preocupaciones. El hecho de realizar algo similar a lo que desarrolló Vicente Lombardo Toledano con distintas comunidades de exiliados, como la germanoparlante, incorporándose a su esfera de influencia,³²⁰ plantea la posibilidad de que este sector buscara ganar prestigio y presencia a partir de la incorporación simbólica y formal de estos actores a sus proyectos editoriales, dando apertura a que se manifestaran en torno al fenómeno del fascismo y el rumbo del continente americano.

Pero también es necesario señalar que estas proyecciones en favor del gobierno mexicano en turno tuvieron un límite, pues para finales del sexenio de Manuel Ávila Camacho, varios de estos intelectuales, como Cosío Villegas, Silva-Herzog, Iturriaga, entre otros, comenzaron a expresar públicamente divergencias frente a los regímenes posrevolucionarios. A partir de artículos como “La Revolución Mexicana en crisis” y “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico” de Jesús Silva-Herzog,³²¹ “México y su crisis histórica” de José E. Iturriaga,³²² o “La crisis de México” de Daniel Cosío Villegas,³²³ se desarrolló toda una visión crítica de las carencias y errores del gobierno mexicano, particularmente del de Manuel Ávila Camacho, para enfrentar distintos retos y problemas. Dichos actores concebían que el proceso revolucionario de 1910 se encontraba en crisis por haber dejado de lado los principios y reivindicaciones sociales que habían dado origen a dicho proceso. Lo anterior representó un quiebre simbólico de la alianza informal existente entre algunos de los intelectuales que impulsaron esta plataforma y el poder posrevolucionarios, dando lugar a un desmarque crítico que si bien no implicó una ruptura en las relaciones, si acotó la capacidad de negociación frente a distintas instancias gubernamentales.

De la derrota a la acción externa: el exilio republicano español

³²⁰ Véase Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro” pp. 573-609.

³²¹ Silva-Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis”, pp. 32-55; Silva-Herzog, “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico”, pp. 7-16.

³²² Iturriaga, “México y su crisis histórica”, pp. 21-37.

³²³ Cosío Villegas, “La crisis de México”, pp. 7-28.

El segundo sector en importancia por el peso de su presencia y por los roles que detentaron en la plataforma fue el grupo de exiliados españoles que llegó a México y América Latina entre los años de 1936 a 1941. Después de la derrota de la República frente al bando alzado con Francisco Franco a la cabeza, este sector de “transterrados” llegaría al “Nuevo Continente” en busca de alternativas de acción y vida frente a la incertidumbre que representaba el futuro. A partir de su labor intelectual o de su convivencia con el entorno receptor, estos intelectuales buscaron proseguir sus esfuerzos antifranquistas y antifascistas a través de los medios a su disposición, empleando para ello esta y otras plataformas editoriales. En este sentido, algunos españoles compartieron junto a mexicanos las labores de gestores, tales como José Medina Echavarría,³²⁴ Juan Larrea,³²⁵ Vicente Herrero³²⁶ o Manuel Pedroso. A su vez, también existieron muchos colaboradores habituales y esporádicos de dichos proyectos como José Gaos,³²⁷ Javier Márquez,³²⁸ Francisco Giner de los Ríos,³²⁹ María Zambrano,³³⁰ Pedro Bosch Gimpera,³³¹ Mariano Ruíz-Funes,³³² Francisco Ayala,³³³ Luis Recaséns Siches,³³⁴ Teodoro Ortiz, Florentino Torner, Joaquín Xirau,³³⁵ Fernando Carmona Nenclares y José Ferrater Mora.

La llegada de varios de esos españoles a México se dio a partir del tendido de redes y gestiones que realizaron personas como Daniel Cosío Villegas o Alfonso Reyes, aprovechando sus vínculos con la estructura del gobierno de Lázaro Cárdenas o Manuel Ávila Camacho —como Francisco J. Múgica, Luis Montes de Oca, Genaro Estrada o Isidro Fabela— y también en el gobierno republicano —con Claudio Sánchez Albornoz o Julio Álvarez del Vayo— para que Zambrano, Gaos o Medina Echavarría fueran invitados a venir a La Casa

³²⁴ Para profundizar en la etapa de Medina Echavarría en México, véase Morales Martín, *José Medina Echavarría*.

³²⁵ Para profundizar en Larrea, véase Díaz de Guereñu, “Del llanto a la quimera”, pp. 115-134.

³²⁶ Para ahondar en la figura de Herrero, véase Lira, “Vicente Herrero”.

³²⁷ Para profundizar en la figura de Gaos, véase Valero Pie, *José Gaos*.

³²⁸ Sobre la figura de Márquez, véase Urquidí, “Cuatro economistas”.

³²⁹ Sobre la figura de Giner de los Ríos y su producción poética véase López García, “Los poemas mexicanos”.

³³⁰ Sobre la etapa de Zambrano en México, véase Lizaola, “María Zambrano”.

³³¹ Para profundizar en Bosch Gimpera, véase Fernández-Posse de Arnaiz, “Pedro Bosch”.

³³² Un vistazo a la vida de Ruíz-Funes es posible encontrarlo en Ruíz-Funes, “Mariano Ruíz-Funes”.

³³³ Sobre Ayala y su desempeño en el exilio en Argentina, véase Escobar, *Francisco Ayala*.

³³⁴ Sobre la figura de Recaséns Siches, véase Rivaya, “Biografía política”, pp. 193-225.

³³⁵ Para ahondar en Xirau, véase Xirau, “Memoria de Joaquín”.

de España.³³⁶ Esas mismas redes, junto a las de los españoles, sirvieron para que entre 1939 y 1941 también llegaran al país Márquez (1939), Pedroso (1939), Giner de los Ríos (1939) o Herrero (1941), quienes se integraron por igual a La Casa de España/El Colegio de México y al Fondo de Cultura Económica. Esta sería la base social para el auge militante que tendría esta plataforma entre 1942 y 1945. A su vez, esta presencia del exilio daría origen a una serie de iniciativas editoriales propias,³³⁷ además de colaborar con múltiples proyectos y publicaciones mexicanas de la época, como *Futuro*, *América*, *El Hijo Pródigo*, *Barandal*, *Letras de México*, por solo mencionar unos cuantos ejemplos.

En este conjunto de actores, además de ser preponderante su labor profesional como académicos universitarios especializados en el conocimiento social, también fue común su participación en distintas iniciativas de corte político durante el periodo de la Segunda República Española, sobre todo en pro de la defensa de la república y de la lucha antifascista. Ejemplo de ello puede observarse en el papel que María Zambrano tuvo en la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, que se conformó en Madrid en 1936,³³⁸ y cuyos esfuerzos derivaron en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en 1937. Declarándose seguidora del planteamiento filosófico de José Ortega y Gasset, de quien fue discípula,³³⁹ la Guerra Civil Española llevó a que Zambrano definiera la necesidad de un vínculo entre el intelectual y su entorno político en época de crisis, idea que plasmaría en su obra *Los intelectuales en el drama de España* de 1937.³⁴⁰

Jesús Medina Echavarría por su parte, manifestó una postura cercana al socialismo liberal alemán, concibiendo la necesidad de la intervención y planificación por parte del Estado en el terreno económico, aunque con ciertas limitaciones, además de una reivindicación de la planificación democrática y del parlamentarismo.³⁴¹ El estallido de la Guerra Civil Española, según Jesús Morales Martín, lo motivó a posicionarse a favor de la democracia y en contra de cualquier manifestación totalitaria, a pesar de que nunca militó en

³³⁶ Lida, *La Casa de España en México*, pp. 23-46. Además, Reyes había convivido con algunos de ellos durante su exilio en Madrid. Al respecto véase Garcíadiego, “Alfonso Reyes y España”, pp. 205-228. Para una revisión general del proceso de gestión para la llegada de distintos exiliados a La Casa de España véase Soler, “El llamado”, pp. 17-109.

³³⁷ Véase el libro coordinado por González de la Vara y Matute, *El exilio español*.

³³⁸ Esta alianza agrupó a intelectuales españoles de distintas tendencias políticas. Para profundizar al respecto, véase Gago Martín, “La Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura”.

³³⁹ Al respecto véase Stanton, “Alfonso Reyes y María Zambrano”, p. 96.

³⁴⁰ Véase Soto García, “María Zambrano y Pablo Neruda”, pp. 47-51.

³⁴¹ Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 41-43.

una organización política y de que siempre se mostró como moderado políticamente hablando. Ello hizo que fuera cercano a movimientos antifascistas españoles y formara parte de la legación de la República española en Varsovia.³⁴² Es preciso señalar que en ocasiones estas identificaciones políticas propiciaron un choque con las expectativas que distintos sectores de la sociedad mexicana crearon acerca del exilio español, pues la imagen social de estos como socialistas y marxistas dio lugar a tensiones con su identificación política y su labor profesional, dando lugar a malentendidos y conflictos.³⁴³

Resulta obvio señalar que la Guerra Civil se convirtió en una experiencia que marcó a este colectivo en muchos sentidos, promoviendo entre ellos el situarse en el antifascismo. El considerarse como víctimas —incluso las primeras bajo algunas narrativas— del fascismo europeo a partir de la intervención del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano en la guerra, además de la significación del bando alzado como una encarnación española de dichos regímenes, planteaba el reto de movilizar y emplear los recursos a su disposición en pro de combatir al franquismo desde el exilio. Por ello es posible afirmar que existió una especie de acuerdo tácito entre sectores del exilio de emplear al antifascismo como una herramienta para lograr la derrota de Franco y su régimen, pues al insertarlo en un marco de referencia más amplio y amenazante como el del fascismo, se le incluía como parte de los gobiernos que amenazaban la estabilidad mundial.

Aunque esta apelación antifascista no fue uniforme entre los actores del exilio, donde existió mayor divergencia fue en las proyecciones sobre el futuro de España una vez derrotado el franquismo. Para algunos, como Ferrater Mora, era necesaria la búsqueda de un horizonte de reconciliación entre las posturas que se enfrentaron en la Guerra Civil, buscando con ello sanar las fracturas y construir un horizonte común, donde el mundo hispánico fuese un lugar de colaboración con otras naciones con lazos históricos comunes, pero sin ninguna

³⁴² Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 80-91.

³⁴³ Ejemplo de ello es la experiencia que María Zambrano tuvo en 1939 en Morelia dentro de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. En carta a Daniel Cosío Villegas del 4 de abril, ella señalaba que el rector de la universidad michoacana —Natalio Vázquez Pallares— le comentó que sería bien recibida dentro de la institución, debido a la “militancia comunista” de Zambrano, a lo que ella aclaró que era un malentendido, pues no era ni comunista ni marxista. Vázquez Pallares reviró que la educación en México era de carácter socialista, no existiendo la libertad de cátedra, por lo que esperaba que cumpliera con los programas educativos ya formulados. Frente a ello Zambrano se declaró incapaz de seguir con dichos lineamientos, pues no era su perspectiva, por lo que seguiría impartiendo sus cursos conforme tenía contemplando, siguiendo sus propias perspectivas y equiparando su situación con la de José Gaos y Luis Recaséns Siches, a quienes consideraba fuera de la órbita marxista. Véase carta de María Zambrano a Daniel Cosío Villegas del 4 de abril de 1939, en Stanton, “Alfonso Reyes y María Zambrano”, pp. 108-110.

carga de aspiración imperial o restauracionista.³⁴⁴ Por otro lado, algunos de ellos planteaban la necesidad de erradicar cualquier posibilidad de colaboración y conciliación con el franquismo y su vena fascista. Conviene destacar el caso de Mariano Ruíz Funez, quien en su ensayo “Elegía de la Paz”, publicado a la par del término de la Guerra Mundial en 1945, veía en la España de Franco la necesidad de erradicar cualquier posibilidad de supervivencia del fascismo en Europa, al considerarlo el “albacea” de Hitler y Mussolini. Ello cerraba la puerta al diálogo, exaltando más bien la necesidad de que las potencias triunfantes no dieran lugar a la supervivencia del régimen español.³⁴⁵

La colaboración de esos actores con la plataforma se extendió de alrededor de 1937 hasta finales de 1949. Su participación fue fundamental para estos proyectos, siendo parte de quienes impulsaron el viraje temático del Fondo de Cultura Económica, o que incluso tuvieron un papel central en su gestación, como el caso de *Cuadernos Americanos*. Pero con el paso de los años, este sector fue perdiendo peso en la promoción antifascista. También pesó la salida entre 1946 a 1949 de varios de quienes participaron como gestores. Ya fuese Medina Echavarría, quien en 1946 dejó su puesto en El Colegio de México para trasladarse a una cátedra en la Universidad de Puerto Rico,³⁴⁶ o Vicente Herrero, quien ese mismo año se trasladó a Europa para residir unos años ahí y en 1947 comenzó a laborar como traductor para la ONU.³⁴⁷

Los perseguidos del fascismo: los otros exiliados europeos

Una tercera colectividad que se hizo presente en la plataforma fueron aquellos exiliados europeos provenientes de países en los que el fascismo había causado estragos, ya fuese porque detentaban el poder —como era el caso de Alemania o Italia— o de aquellos que habían quedado subyugados por estos regímenes a partir de las conquistas militares —como el caso de Austria, Polonia, Francia, Holanda, por mencionar algunos—. En este sentido, fueron ocho los que colaboraron con *Cuadernos Americanos*, *Jornadas* o *El Trimestre Económico*,

³⁴⁴ Ferrater Mora, *Cuestiones españolas*.

³⁴⁵ Ruíz Funes, “Elegía de la paz”, pp. 17-33.

³⁴⁶ José Medina Echavarría comenzó a observar un estrechamiento de su capacidad de acción dentro de El Colegio de México. La concepción que el sociólogo tenía sobre las condiciones de posibilidad del Centro de Estudios Sociales, tal como señala Jesús Morales Martín, fueron mermadas por el agobio económico que sufrió el CES. Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 155-161

³⁴⁷ Lira, “Vicente Herrero”, pp. 133-139.

como los italianos Mario Montagnana, Renato Treves, Francisco Frola o Leo Weiczen-Giuliani, y los germanoparlantes Rodolfo Selke, Alice Rühle Gerstel, Alfred Stern o Bruno Frei.³⁴⁸

Su condición de exiliados hizo que llegaran en distintos momentos a México —o Argentina en el caso de Treves—, aunque la mayoría de ellos, como Selke, Frei o Montagnana, llegaron a México en 1941, con la restauración del tráfico marítimo entre la Francia de Vichy y Martinica, lo que dio oportunidad de salir de Europa a una gran cantidad de exiliados germanoparlantes de filiación comunista o socialista, los cuales fueron recibidos en México.³⁴⁹ Por su parte, Rühle Gerstel llegaría a México en 1936 para reunirse con su esposo, Otto Rühle, en calidad de inmigrante condicional, al contar con una invitación de trabajo.³⁵⁰ En el caso de los italianos, Francisco Frola llegaría a México en enero de 1938 procedente de Brasil.³⁵¹ Por su parte, Renato Treves llegó a Argentina en 1939, después de haber llegado en 1938 a Montevideo. Se terminaría asentando en Tucumán.³⁵²

Ya en el entorno receptor, se involucraron con distintas organizaciones, a través de las cuales canalizaron sus esfuerzos antifascistas. Por una parte, la experiencia de los italianos en México resultó común, ya que tanto Frola, de militancia socialista, Leo Weiczen, un antiguo comunista desilusionado durante la Guerra Civil Española, y Montagnana, cercano al comunismo, convergieron en la Alianza Internacional “Giuseppe Garibaldi” por la Libertad de Italia, organismo italiano de carácter antifascista.³⁵³ Bruno Frei, también militante comunista, perteneció a la Acción Republicana de México, organismo que agrupó

³⁴⁸ Para profundizar en Montagnana véase Fanesi, “El exilio antifascista en América Latina”. Para profundizar en el exilio de Treves en Argentina, véase Quiroz Vitale, “Renato Treves”. Para profundizar en la figura de Frola, véase su autobiografía *Recuerdos de un antifascista*. Para profundizar en la figura de Leo Weiczen véase D’Alessio, “Leo Weiczen Valiani”. Para profundizar en Frei, véase Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 93-107.

³⁴⁹ Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 50-53.

³⁵⁰ Véase Jacinto, “Desde la otra orilla”. P. 179.

³⁵¹ Frola, *Recuerdos de un antifascista*, p. 195.

³⁵² Quiroz Vitale, “Renato Treves”, pp. 46-48.

³⁵³ La Alianza Internacional “Giuseppe Garibaldi” por la Libertad de Italia fue un organismo antifascista que agrupó alrededor de 100 militantes entre comunistas y socialistas principalmente. La convivencia entre estos dos grupos dentro del organismo se llamó a partir de llamado manifiesto de Tolosa, producto de una reunión entre comunistas, socialistas y miembros de Giustizia e Libertà en septiembre de 1941, con el propósito de formar un frente común antifascista desde la clandestinidad. La organización terminaría fragmentada por las disputas políticas entre comunistas y socialistas, principalmente en las figuras de Montagnana y Frola, trasladando las tensiones políticas del entorno italiano a las decisiones del organismo. Para profundizar en la organización, véase Fanesi, “El exilio antifascista en América Latina”.

al exilio austriaco antifascista en el país.³⁵⁴ Rodolfo Selke se vinculó a revistas como *Mundo Libre* o trabajó como traductor con el FCE.³⁵⁵ Alice Rühle, junto a su esposo Otto, formó parte de los círculos críticos del estalinismo en México, lo que los aisló política y socialmente, siendo uno de los factores del suicidio de Alice en 1943.³⁵⁶ Estas interacciones abrieron la puerta para que muchos de ellos, además de las actividades realizadas en los grupos que los acogieron, también publicaran en distintas revistas y diarios del entorno mexicano, como el caso de Montagnana y su colaboración con *Futuro* o *La voce degli italiani*; o Bruno Frei y sus publicaciones en *Austria Libre*, *Futuro* o el diario *El Popular*.

Un aspecto en común que estructuró la manifestación antifascista de estas 8 personas fue que su condición como exiliados de países o territorios dominados por el fascismo hizo que vertieran su militancia en pro de responsabilizar al régimen nacionalsocialista alemán o al fascista italiano por el estallido de la Segunda Guerra Mundial y las atrocidades que había traído consigo, así como de sus acciones respecto a la conquista y dominio de distintos países europeos y de otras latitudes. Esta premisa se debió en gran medida a que ellos fueron objeto de persecución por parte de estos regímenes, provocando en muchos casos múltiples exilios en el espacio europeo durante la década de 1930 y posteriormente cruzar el Atlántico cuando la situación se hizo insostenible en el viejo continente. Por ello uno de los principales objetivos, además del derrocamiento de los regímenes fascistas, también era el anhelo por retornar a sus países de origen, o al menos al continente europeo, pero ¿en qué condiciones? Es ahí donde divergieron las posturas de dichos actores.

Estas narrativas encontraron su punto de diferenciación en la posibilidad de plantear un horizonte de transformación social a raíz de la derrota del fascismo y en qué lugar de la sociedad subyacía dicha transformación. Por una parte, para Leo Weitzen, esta subyacía en la juventud italiana que había opuesto resistencia al régimen de Mussolini, cuya militancia antifascista se departía entre un horizonte revolucionario en el marco religioso —el que denomina como liberal-socialista—, una renovación ética-política a partir de los planteamientos de Benedetto Croce —también de corte liberal-socialista— que reivindicada una reforma económica de corte socialista con el propósito de moralizar a la práctica económica, y un sector militante de corte marxista que planteaba un socialismo democrático-

³⁵⁴ Véase Cañadas García, “La huella de la cultura en lengua alemana”, pp. 50-53.

³⁵⁵ Para profundizar en la figura de Selke véase Abel y Kelletat, “Rudolf Selke”.

³⁵⁶ Jacinto, “Desde la otra orilla”, pp. 227-232.

revolucionario encabezado por los obreros.³⁵⁷ Para otros, esa reivindicación se planteaba a partir del horizonte revolucionario encabezado por los partisanos escondidos en las montañas de los Alpes y los Cárpatos que luchaban en contra del nazismo, donde realzaba la figura del Mariscal Tito.³⁵⁸ Estas posturas sirven para ilustrar las diferencias en las concepciones de democracia, justicia o revolución frente al horizonte de la posguerra que tenían estos exiliados.

Este tipo de reflexiones estuvieron presentes en las colaboraciones que publicaron dentro de la plataforma editorial, concentradas entre 1938 y 1945, lapso de su estancia en el país. De todos ellos, Frei fue el más prolífico, publicando un total de 4 artículos en *Cuadernos Americanos* cuyos temas giraron en torno a la situación de la Guerra en Europa, los orígenes del nacionalsocialismo o lo que se podría esperar al término del conflicto. Es necesario señalar que, si bien es difícil determinar con precisión la razón de la apertura de esta plataforma a estos exiliados, es posible atribuirla a factores como las vinculaciones que tejieron con el entorno intelectual mexicano durante esos años, al compartir tanto una sensibilidad antifascista común y espacios de convivencia interrelacionados, así como la coincidencia en distintas iniciativas comunes, como el 1º Congreso Antifascista celebrado en México en 1941. Con el término de la guerra, en muchos casos estos exiliados optaron por retornar a Europa, como fue el caso de Leo Weitzen.³⁵⁹

Los de casa: americanos partícipes en la plataforma

La última colectividad que hizo presencia en esta plataforma fue el conjunto de intelectuales provenientes de diversas latitudes del continente americano que colaboraron con estas iniciativas, ya fuese porque formaban parte de las redes de comunicación de diversos productores culturales mexicanos, o porque se encontraban exiliados en territorio mexicano. En este sentido, fueron 13 quienes convergieron en la sensibilidad antifascista y americanista, entre los que se encontraban los argentinos Sergio Bagú,³⁶⁰ Risieri Frondizi³⁶¹ y Alfredo

³⁵⁷ Weitzen, *La filosofía moral...*, pp. 49-53.

³⁵⁸ Frei, “Montañas y guerrillas”, pp. 54-58.

³⁵⁹ D’Alessio, “Leo Weitzen Valiani”, p. 17.

³⁶⁰ Para profundizar en Bagú, véase Bagú, “El ser y la razón”.

³⁶¹ Sobre la figura de Frondizi, véase Lida, “Redes universitarias de la Institución Cultural Española”.

Palacios,³⁶² los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre³⁶³ y Luis Alberto Sánchez,³⁶⁴ los colombianos Germán Arciniegas³⁶⁵ y Jorge Zalamea,³⁶⁶ los cubanos José Antonio Portuondo y Jorge A. Vivó,³⁶⁷ el estadounidense Waldo Frank,³⁶⁸ el hondureño Rafael Heliodoro-Valle,³⁶⁹ el venezolano Mariano Picón Salas,³⁷⁰ y el costarricense Vicente Sáenz.³⁷¹

La conexión de dichos personajes con México en general, y con los funcionarios e intelectuales mexicanos en particular, se debió a diversos canales y convergencias anteriores. Buena parte de ellos tenían en México y su proceso revolucionario un referente político, social y cultural al cual aspirar, emular o refrendar. Actores como Haya de la Torre, Sánchez, Frank, Palacios, entre otros más, habían tenido en este proceso histórico un paradigma al cual emular o al que habría que refrendar de forma regional e internacional, sustentando con ello un sentido de solidaridad y colaboración de distinta significación, aunque desembocando en una función propagandística en distintas naciones del continente.³⁷² En una sintonía similar, aunque atravesados más bien por los circuitos comunicativos que construyeron distintos intelectuales mexicanos como Reyes, Cosío Villegas, Silva-Herzog, Fabela, Estrada, José Vasconcelos, o Carlos Pellicer, personajes como Arciniegas, Portuondo, Picón Salas o Heliodoro-Valle quedaron prendados del entorno cultural y artístico mexicano, construyendo profundos lazos con instituciones e iniciativas, como en este caso estos proyectos editoriales,³⁷³ al grado de que algunos como Portuondo o Heliodoro-Valle, optaron por instalarse momentáneamente o definitivamente en el territorio nacional.

³⁶² Sobre Palacios, véase Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo”.

³⁶³ Sobre Haya de la Torre, véase Chang-Rodríguez, *Víctor Raúl Haya de la Torre*.

³⁶⁴ Sobre Sánchez véase Sorilha Pinheiro, “Luis Alberto Sánchez”.

³⁶⁵ Al respecto véase Suárez, “Luis Alberto Sánchez y Germán Arciniegas”, pp. 103-132.

³⁶⁶ Véase Zuluaga Quintero, “Jorge Zalamea Borda”.

³⁶⁷ Para un acercamiento al perfil biográfico de Vivó, véase Jeifets y Jeifets, “La odisea roja”, pp. 167-200.

³⁶⁸ Sobre Waldo Frank, véase Barrera Enderle, “El interlocutor incómodo”.

³⁶⁹ Sobre Heliodoro-Valle véase Chapa Bezanilla, *Rafael Heliodoro Valle*.

³⁷⁰ Sobre Picón Salas véase Zalamea, “Mariano Picón Salas”.

³⁷¹ Para profundizar en Sáenz, véase Medina “Vicente Sáenz”.

³⁷² Sobre el papel de Palacios como propagandista de la revolución mexicana véase Yankelevich, “Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana”, pp. 127-149. El vínculo entre Daniel Cosío Villegas y Víctor Haya de la Torre se remonta a los años de estancia en México durante la década de 1920 del intelectual peruano a causa de su exilio, época en la que estrechó vínculos con el entorno intelectual mexicano. Al respecto véase Chang-Rodríguez, *Víctor Raúl Haya de la Torre*, pp. 40-43. Para ver el significado que tuvo México y su revolución para la formación del APRA véase Melgar Bao, “Redes y espacio público”.

³⁷³ Sobre la estancia de Alfonso Reyes en Argentina y las relaciones formadas en el entorno intelectual, véase Garciadiego, “Alfonso Reyes en la Argentina”, pp. 229-254. Sobre la relación de Reyes con Arciniegas véase Robb, “Alfonso Reyes y Germán Arciniegas”, pp. 376-385.

En una sintonía similar a la de Heliodoro-Valle, en algunos casos también pesó la inserción de algunos extranjeros en las instancias culturales mexicanas para que sirvieran como enlace con la esfera intelectual de su país. Este fue el caso del papel que tuvo Arnaldo Orfila para que en la plataforma publicaran autores como Bagú, Frondizi o incluso el mismo Palacios. Orfila, al instalarse como gerente de la sucursal del Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires a partir de enero de 1945, sirvió como puente entre los dos países, permitiendo una mejor gestión de las actividades del FCE, entre las que se encontraban la obtención de colaboraciones para *Cuadernos Americanos* o *El Trimestre Económico*.³⁷⁴ Por otro lado, hubo otros que convergieron presencialmente en México debido a factores como el pertenecer al servicio diplomático, siendo el caso de Jorge Zalamea, quien fue embajador de Colombia en México entre 1943 y 1945, o Jorge A. Vivó, antiguo dirigente del Partido Comunista Cubano que durante esos años en México rompió con su militancia política y se dedicó en la UNAM al análisis de la teoría geopolítica.³⁷⁵ Y otros más vivieron procesos de autoexilio en el territorio nacional, como Vicente Sáenz.³⁷⁶

Por otro lado, muchos de estos personajes compartieron experiencias políticas comunes durante las décadas de 1920 y 1930, pues a través del movimiento de la Reforma Universitaria que surgió en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1918, y que se extendió a lo largo del continente durante la década de 1920, se constituyeron redes y proyectos que interconectaron a las esferas intelectuales de la región.³⁷⁷ Actores como Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, Daniel Cosío Villegas, o el mismo Arnaldo Orfila, fueron partícipes del proceso reformista.³⁷⁸ A partir de estas experiencias se constituyeron proyectos políticos y culturales de amplio alcance, como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) o en cierto sentido el mismo Fondo de Cultura Económica, los cuales quedaron prendados de esta influencia vital, a partir de la cual se reivindicaban aspectos como la transformación de las instituciones de educación superior, la defensa de un latinoamericanismo o americanismo de corte antiimperialista, la desconfianza frente a los Estados Unidos y su intervencionismo en favor de regímenes títere

³⁷⁴ Véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 74-81.

³⁷⁵ Para un acercamiento al perfil biográfico de Vivó, véase Jeifets y Jeifets, “La odisea roja”, pp. 167-200.

³⁷⁶ Medina “Vicente Sáenz”, pp. 64-65.

³⁷⁷ Como ejemplo véase Pita González, *La Unión Latino Americana*

³⁷⁸ Para profundizar al respecto, véase los distintos trabajos que conforman Bergel, *Los viajes latinoamericanos*.

de carácter dictatorial, así como una reivindicación de atender y solucionar los problemas sociales que enfrentaba la región.³⁷⁹ Si bien con el tiempo, algunos de dichos personajes cambiarían sus planteamientos, matizando su postura antiimperialista y acercándose en la reflexión al papel de Estados Unidos en el continente, las estructuras intelectuales que los conjuntaron permanecieron.³⁸⁰

Otra experiencia política de importancia que definió la expresión del americanismo antifascista presente en esta plataforma —sobre todo en las figuras de Vicente Sáenz y Rafael Heliodo Valle— fue la que se desarrolló dentro del unionismo centroamericano. La Unión Democrática Centroamericana se estructuró como un movimiento crítico de las dictaduras que vivían distintos países de la región durante las décadas de 1930 y 1940, a las cuales concebían como manifestaciones del fascismo en el continente americano. A su vez, la organización buscaba la unión política de Costa Rica, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Guatemala bajo una misma nación de carácter democrático, apuntalando con ello mejores condiciones políticas para garantizar un desarrollo económico y social justo para su población.³⁸¹ Esta organización conjuntó a un amplio espectro de intelectuales al integrar una postura antifascista con un proyecto de democratización y unión política regional con atisbos de carácter socialista o socialdemócrata, además de rescatar el imaginario histórico del liberalismo decimonónico centroamericano.³⁸²

En este caso la figura de Vicente Sáenz, autoexiliado en México desde 1941, destacó como uno de los enlaces de la organización en México, jugando el papel de líder simbólico al tejer amplias redes políticas e intelectuales que lo conectaron con Vicente Lombardo Toledano y su esfera de influencia, siendo colaborador de *El Popular*, además del exilio

³⁷⁹ Bergel, *Los viajes latinoamericanos*, pp.7-14. También tal como señalan Alexandra Pita y Carlos Marichal “Las denuncias y propuestas de los antiimperialistas partían de la idea de que, tras una esperada, pero aún incierta, desaparición del intervencionismo de Estados Unidos y de las dictaduras que auspició en la región, especialmente en el Caribe y Centroamérica, las sociedades latinoamericanas podrían comenzar a realizar un progreso propio más sostenido [...]. Al mismo tiempo cobraron fuerzas otras corrientes más militantes que eran expresión de movimientos sociales y sindicales, anarquistas, socialistas y luego comunistas (desde 1920), que también difundieron un discurso de denuncia antiimperialista. Por todo ello, de 1914 a 1930, la reivindicación de la identidad latinoamericana tomó un nuevo rumbo y ganó aún más fuerza en el pensamiento de numerosos intelectuales, a pesar de que seguían cuestionando los distintos caminos hacia la modernidad en América Latina”. Pita González y Marichal Salinas, “Introducción pensar el antiimperialismo”, pp. 11-12.

³⁸⁰ Ejemplo de ello es la figura de Mariano Picón Salas, véase Zalamea, “Mariano Picón Salas”, pp. 343-350. También la figura de Luis Alberto Sánchez destaca en estos virajes. Véase Sorilha Pinheiro, “Luis Alberto Sánchez”, pp. 242-244

³⁸¹ Unión Democrática Centroamericana, *Por qué lucha*.

³⁸² Véase Mendoza Pérez, “Unionismo y antifascismo”.

germanoparlante, pues colaboró en *Alemania Libre*.³⁸³ Estas mismas conexiones pueden ayudar a explicar la presencia de Sáenz y Heliodoro-Valle en la plataforma. Más allá de las redes intelectuales que formaron estos dos personajes con actores como Reyes, Cosío Villegas o Silva-Herzog, también ayudó a forjar alianzas formales e informales el compartir preocupaciones comunes. La estructuración de una postura de crítica frente a las dictaduras militares de la región y su caracterización como fascistas fue de mutua utilidad para los centroamericanos y mexicanos. Por una parte, Sáenz y Heliodoro-Valle conseguían otra tribuna a través de la cual transmitir sus postulados políticos y su visión a futuro de la región, mientras que para los gestores de la plataforma representaba sumar voces a la apelación americanista y los riesgos que esta enfrentaba a partir de las experiencias centroamericanas, dando con ello mayor solidez al planteamiento de la necesidad de reivindicar y defender a América frente a la situación contextual.

La concurrencia de los actores en estas experiencias políticas hizo posible compaginar al antifascismo con el americanismo como parte de objetivos comunes. Frente al problema que enfrentaba la región por la existencia de dictaduras militares en distintos países de la región, el antifascismo sirvió como una herramienta denominativa para que estos intelectuales pusieran sobre la mesa el carácter autoritario de regímenes como el de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, Jorge Ubico en Guatemala o Rafael Trujillo en República Dominicana, y más tarde el de Juan Domingo Perón en Argentina,³⁸⁴ equiparándolos como similares a gobiernos como el nacionalsocialista alemán o el fascista italiano, los cuales empleaban la represión, la violencia política y el exterminio como mecanismos para acabar con la oposición política. Lo dicho sirvió para interconectar una agenda de carácter internacional, como lo era la lucha antifascista, con otra de carácter regional, como lo era la búsqueda de democratización del continente americano.

Por ello, estos actores planteaban la necesidad de oponer resistencia y combatir a estas dictaduras por significar un peligro para el desarrollo futuro del continente. Consideraban necesario restablecer la democracia en los países dominados por los militares, para que ello diera lugar a la búsqueda de transformaciones en distintas esferas de la vida social para

³⁸³ Medina “Vicente Sáenz”, pp. 64-65; Mendoza Pérez, “Unionismo y antifascismo”, pp. 10-13.

³⁸⁴ Jorge Nállim considera que, junto a la revista *América*, *Cuadernos Americanos* fue la tribuna donde el antiperonismo encontró expresión dentro de México durante la década de 1940. Véase Nállim, “El “totalitarismo peronista”, pp. 55- 80.

procurar mejores condiciones de vida para los pueblos del continente. Un ejemplo de esta afirmación es posible encontrarlo en una carta escrita por el comité costarricense del Frente Unionista Democrático Centroamericano, encabezado por Joaquín García Monge, dirigida al vicepresidente estadounidense Henry Wallace en marzo de 1943 a raíz de su visita al país centroamericano:

Queremos aprovechar su permanencia en Costa Rica para darle a conocer nuestras aspiraciones cívicas y varias irregularidades que ocurren en nuestros gobiernos, con vistas al magno esfuerzo que los Estados Unidos y en particular su Presidente, el señor Roosevelt, están realizando en bien de la humanidad: la afirmación de la doctrina democrática, la exaltación de la justicia humana y la libertad de todos los hombres sobre la tierra [...]

Nuestros pueblos se han revelado varias veces con objeto de hacer efectivos esos ideales; pero tales luchas han sido infructuosas por el reconocimiento que los Estados Unidos han hechos de gobiernos perfectamente dictatoriales en nuestro Istmo centroamericano, y por otras causas basadas en situaciones igualmente anormales de gobiernos circunvecinos. Es contradictorio, señor Wallace, que mientras nuestros pueblos “disfrutan” de Constituciones democráticas ejemplares vivan, sin embargo, bajo manifiestos y crueles despotismos.³⁸⁵

Si bien la expresión antifascista de este conjunto no fue del todo equiparable, si existieron muchos puntos de conexión. Pero donde existieron mayores divergencias fue en la proyección del papel que Estados Unidos debía desempeñar en la región. Por lo antecedentes antiimperialistas descritos anteriormente, mexicanos como Cosío Villegas, Silva-Herzog, Zea, Iturriaga, o latinoamericanos como Vivó, Portuondo o Bagú, mantenían un recelo frente al país norteamericano y los vínculos que los países latinoamericanos debían mantener, desconfiando de la Política del Buen Vecino, aunque abriendo la posibilidad de colaboración y diálogo bajo ciertos términos. Por otro lado, intelectuales como Arciniegas, Picón Salas, Haya de la Torre, Sánchez, Frank, entre otros, influidos por la Buena Vecindad y el *New Deal*, plantearon dentro de la plataforma la necesidad de buscar puntos de afinidad y encuentro con la potencia del norte, con el propósito de construir relaciones benéficas para ambos sectores, llegando a plantear la idea de la complementariedad mutua a partir de la noción de los “dos medios mundos” propuesta por Frank. Estas divergencias generaron tensiones y discusiones en los proyectos, sobre todo a la luz de las cambiantes coyunturas de la Segunda Guerra Mundial y su conclusión.

³⁸⁵ Unión Democrática Centroamericana, *Por qué lucha*, pp. 43-44.

A causa de lo anterior, estos actores convergieron en la plataforma entre 1938 hasta 1949, cobrando mayor protagonismo a partir de 1942. Es necesario señalar que muchos de ellos siguieron colaborando con los proyectos editoriales una vez que la plataforma de carácter antifascista perdió vigencia y la apelación americanista se transformó, siendo que personajes como Sáenz, Sánchez, Frank, Heliodoro-Valle, entre otros, fueron constantes con sus publicaciones en *Cuadernos Americanos*, mientras que otros más como Bagú, Picón Salas, Arciniegas o Frondizi incluso llegarían a publicar en el FCE.

La circulación de la plataforma

Otro elemento que también permite comprender a estas iniciativas como una plataforma editorial común es el funcionamiento de su circulación entre el público lector. Existió un núcleo organizacional común, estructurado a partir de acuerdos de comercialización y el aprovechamiento de los canales institucionales y sociales tejidos alrededor de estas instancias. En ello, la base comercial desarrollada por el Fondo de Cultura Económica desde su formación hasta finales de la década de 1940 resultó el principal soporte de distribución y venta de estos impresos.

Desde su formación en 1934, la editorial mexicana buscó construir una estructura comercial propia que le ayudara no sólo en la distribución y venta de sus obras. Experimentando inicialmente con un modelo de consignación a librerías y agentes comerciales, a finales de la década de 1930 se optó por el modelo de “Representación Exclusiva”³⁸⁶ y a partir de 1945, a constituir sucursales propias.³⁸⁷ Lo anterior permitió tener la capacidad de hacer llegar sus libros a distintos rincones del continente americano. A pesar de los altibajos y la inversión económica que significó este esfuerzo, cabe resaltar aquí el papel que desempeñó el aparato diplomático mexicano para apuntalar dicha expansión, pues si bien no se puede señalar que para ese momento la editorial fuera parte del aparato estatal

³⁸⁶ Para 1941, la editorial prácticamente contaba con una representación exclusiva en cada país sudamericano, siendo los principales mercados Chile, Perú y Argentina, y otros con resultados mixtos, como Colombia, Brasil o Venezuela. Para profundizar más en el modelo de la “representación exclusiva”, véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 58-60.

³⁸⁷ En enero de 1945 se fundó la primera sucursal extranjera del Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires, Argentina. Para profundizar al respecto, véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 73-84.

mexicano, sí desarrollaron una especie de simbiosis en la cual el Fondo resultó beneficiado y priorizado en la resolución de conflictos políticos, económicos y diplomáticos.³⁸⁸

El desarrollo de esta estructura comercial derivó en que distintas instituciones y revistas mexicanas de la época la aprovecharan para poner en circulación sus producciones fuera de México. Organismos como la Universidad Nacional Autónoma de México, la editorial Porrúa, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, o publicaciones como la *Revista de Filosofía y Letras*, *El Hijo Pródigo*, *Tiempo*, *Revista de América*, entre otras, celebraran convenios de comercialización con la editorial mexicana para que fuesen distribuidas y vendidas en otros países de la región.³⁸⁹ Tanto El Colegio de México como *Cuadernos Americanos* también firmaron acuerdos con el Fondo, facilitando su circulación a lo largo del continente.

Esa misma estructura comercial trató de atender a los públicos que idealmente los gestores de la plataforma proyectaron como su nicho de mercado. Para ello se enfocaron en los grupos profesionistas o en proceso de formación de ciencias sociales y humanidades, donde predominaban los estudiantes, trabajadores especializados del servicio público y privado, escritores, intelectuales, humanistas, académicos, entre otros sectores más.³⁹⁰ Si bien esta idealización sí contó con cierta correspondencia en la práctica, pues en ciertos espacios las ventas sí empataron con estas expectativas,³⁹¹ no es posible conocer a profundidad quienes fueron los consumidores de estos impresos. A pesar de ello, cada plataforma encauzó esfuerzos propios por abrirse brecha entre los consumidores mexicanos y de América. Mientras que las colecciones del Fondo de Cultura Económica se beneficiaron directamente de la evolución de su propia estructura comercial, las otras desarrollaron distintas estrategias con resultados varios.

³⁸⁸ Esto se debe al papel que tuvo la diplomacia mexicana para realizar consultas sobre los potenciales mercados que podría tener el Fondo de Cultura Económica entre las naciones latinoamericanas. Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, p. 59. También las embajadas mexicanas sirvieron como espacio para la resolución de conflictos comerciales y legales, tal como sucedió en el caso de la sucursal argentina del FCE, en donde la embajada mexicana en Buenos Aires jugó como puente para la celebración de un acuerdo comercial entre las editoriales mexicanas y el gobierno argentino durante las décadas de 1940 y 1950, priorizando al Fondo en el proceso. Véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”, pp. 84-97.

³⁸⁹ Al respecto véase Guzmán Anguiano, “El Fondo de Cultura Económica”, pp. 301-326.

³⁹⁰ Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 43-45.

³⁹¹ Sobre el público lector del Fondo de Cultura Económica en Argentina durante el periodo de 1945 a 1955 véase Guzmán Anguiano, “Conocerlos por sus palabras”, pp. 1-28.

Por una parte, el *Trimestre Económico* durante sus primeros años tenía un tiraje de 500 ejemplares, los cuales no lograba distribuir en su totalidad. Tal como señalaban Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor en un memorándum en 1936, reconocían que solamente alcanzaban a circular entre 100 y 150,³⁹² donde alrededor de 66 eran suscripciones formales.³⁹³ Con el propósito de agilizar esa rotación del material impreso, los directivos de la revista y posteriormente del Fondo de Cultura Económica se preocuparon por enfocar su circulación en circuitos donde tuviera particular importancia, sobre todo por sus objetivos disciplinares y sus propósitos educativos. Por ello resulta evidente que se priorizara la búsqueda de suscripciones y ventas en instancias universitarias, ya fuesen nacionales,³⁹⁴ o internacionales.³⁹⁵ Pero a pesar de dichos esfuerzos, es posible señalar que durante sus primeros años, la revista no gozó de una distribución amplia.³⁹⁶ Con los años, ya para la década de 1940, *El Trimestre* comenzaría a tener mayor amplitud a partir de la madurez de la estructura comercial del FCE, siendo por ejemplo una de las publicaciones más solicitadas por los lectores argentinos en el período que va de 1945 a 1955.³⁹⁷

En el caso de *Jornadas*, aunque su distribución desde un inició quedó sujeta al convenio comercial que celebraron El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica,³⁹⁸ el Colegio disponía de una cantidad del tiraje suficiente como para distribuirla fuera del espectro comercial y afianzar relaciones académicas, tanto individuales como institucionales. Eran constantes las solicitudes de los autores para que se hicieran llegar

³⁹² Véase Memorándum, 31 de enero de 1936, AHCOLMEX, FED, Caja 17, Exp. 21, S.F.

³⁹³ AHFCE, FJG, Libro de Actas 1935-1945, Acta de la Junta de Gobierno del 28 de enero de 1938, ff. 61-63.

³⁹⁴ Esto es visible en la donación de suscripciones que realizó la revista a la Escuela Nacional de Economía de la UNAM a solicitud de Enrique González Aparicio. Carta de Enrique González Aparicio a Eduardo Villaseñor, 10 de octubre de 1936, AHCOLMEX, FED, Caja 17, Exp. 21, S. F; carta de Eduardo Villaseñor a Alberto Misrachi, 3 de noviembre de 1936, AHCOLMEX, FED, Caja 17, Exp. 21, S. F.

³⁹⁵ Los directivos del Fondo utilizaron la táctica de ofrecer a universidades extranjeras, sobre todo del entorno estadounidense, la posibilidad de suscribirse a *El Trimestre*, al promocionarla como “the only economic review published in México”. Véase carta de José Méndez Velázquez a Library Harvard University, 13 de diciembre de 1937, AHFCE, Fondo Agencias Editoriales (a partir de aquí FAE), Caja 4, Exp. 11, S. F. Carta de la Harvard College Library al Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, marzo 2 de 1938, AHFCE, FAE, Caja 4, Exp. 11, S. F.

³⁹⁶ Historiográficamente hay que cuestionar los alcances reales que tuvo la editorial mexicana, tanto en sus proyectos editoriales como con *El Trimestre*, respecto a la circulación de sus obras y posibilidades de distribución y venta, ya que se asume casi naturalmente que el FCE tuvo alcances continentales casi de forma inmediata. Véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 58-61.

³⁹⁷ Guzmán Anguiano, “Conocerlos por sus palabras”, p. 17.

³⁹⁸ Guzmán Anguiano, “La Sucursal Argentina”, pp. 155-158.

ejemplares a diversos colegas, llegando incluso a circular listas para cumplir dicho fin.³⁹⁹ A su vez, también se distribuían gran cantidad de ejemplares a aquellas instituciones nacionales y extranjeras con las cuales se buscaba estrechar relaciones⁴⁰⁰

De *Cuadernos Americanos* es posible conocer con mayor profundidad su distribución. En este caso existieron dos mecanismos de circulación: por canje y comercialización. El primero de ellos, establecido como una herramienta de intercambio entre publicaciones del mismo carácter a nivel nacional e internacional, funcionó como forma de establecer un diálogo sobre distintas temáticas, además de formar vínculos de colaboración entre proyectos. En este sentido, desde sus inicios *Cuadernos Americanos* estableció relación de canje con más de 37 revistas, entre las que se encontraban *Filosofía y Letras*, *Revista Mexicana de Sociología*, *Ábside* o *Tierra Nueva* para el caso mexicano, o *Sur*, *Repertorio Americano*, *Ultra*, *Hispania*, entre otras de la región.⁴⁰¹

Por su parte, la comercialización de la revista también se dio a través del Fondo de Cultura Económica, logrando llegar a distintos países del continente. En el archivo de la editorial se encuentran tres registros de distribución de 1945, tanto en la Ciudad de México, como a nivel nacional y continental. A partir de estos resulta posible estimar los alcances reales que tuvo la revista en sus años iniciales. En este sentido, como resulta comprensible, la ciudad de México representó el epicentro de distribución, pues por cada número publicado, librerías como la Robledo o la Porrúa, o distribuidoras como la Central de Publicaciones, Bajel o la Unión Distribuidora de Ediciones, movían alrededor de 710 ejemplares.⁴⁰²

Por su parte, la circulación en México alcanzó niveles mucho menores, pues fueron pocos los estados que tuvieron una distribución constante y significativa, reuniendo solo un

³⁹⁹ Véase Lista de Distribución de José Portuondo, 6 de septiembre de 1945, AHCOLMEX, FLCE, Caja 19, Exp. 19, ff. 12-13.

⁴⁰⁰ Véase carta de Alfonso Reyes a Rex. D. Hopper, 7 de octubre de 1943, AHCOLMEX, FAR, Caja 10, Exp. 14, f. 2. También véase la solicitud realizada por Lucio Mendieta y Núñez de una colección completa de Jornadas para el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Carta de Lucio Mendieta y Núñez a Alfonso Reyes, 8 de octubre de 1943, AHCOLMEX; FAR, Caja 17, Exp. 14, f. 1.

⁴⁰¹ “Canje”, circa abril de 1942, AHFCE, FA, Primera Sección, Exp. 371 Cuadernos Americanos, p. 78. Es notable que la publicación tuvo canje con distintas revistas alrededor del continente, entre las que destacan *Sur*, *Revista de Indias*, *The Hispanic American Historical Review*, *Nosotros*, *Ultra*, *Repertorio Americano*, entre otras más. También como un método de impulso y promoción en conjunto, fue común el uso de anuncios promocionales de distintas publicaciones y novedades editoriales en las páginas de *Cuadernos Americanos* o *El Trimestre Económico*. O también un método recurrente de dar cuenta de las primicias editoriales, en las secciones de reseñas o publicaciones recibidas se explicaban aquellos libros y revistas recién aparecidos.

⁴⁰² “Relación de ejemplares distribuidos por las agencias y sucursales de Cuadernos Americanos en la Ciudad de México”, Circa de 1945, AHFCE, FA 1º, Expediente No. 372 Cuadernos Americanos, pp. 118-119.

total de 158 ejemplares.⁴⁰³ Para el extranjero, la revista contaba con un alcance considerable, pues lograba distribuir cerca de 1,100 volúmenes de cada número, teniendo como epicentros de consumo a Cuba, Argentina, Ecuador, Perú, Costa Rica y Venezuela.⁴⁰⁴ Si bien los alcances fueron dispares, a partir de estos datos es posible señalar que estas plataformas, además de articularse bajo una estructura común, encontraron los cauces, tanto en la búsqueda de colaboradores como de su circulación, para tener un alcance continental.

En este sentido, el alcance de la plataforma para posicionar una agenda de discusión pública entre diversos públicos a nivel continental fue uno de los factores que le permitieron atraer colaboradores de tan diversas características e intereses. Tal como veremos en el próximo capítulo, esto también derivó en una gran variedad de apelaciones y entendimientos que convergieron en el antifascismo y el americanismo.

⁴⁰³ Había estados a los cuales ni siquiera llegaba la revista de forma constante, como lo eran Baja California, Tlaxcala, Nayarit, Sonora, Puebla, entre otros. “Relación de ejemplares distribuidos por las agencias y sucursales de Cuadernos Americanos en México”, Circa de 1945, AHFCE, FA 1º, Expediente No. 372 Cuadernos Americanos, pp. 116-117.

⁴⁰⁴ “Relación de ejemplares distribuidos por las agencias y sucursales de Cuadernos Americanos en el extranjero”, Circa de 1945, AHFCE, FA 1º, Expediente No. 372 Cuadernos Americanos, pp. 114-115.

2. Entre el declive y la salvación. Sensibilidades y percepciones colectivas frente a una época de crisis.

La plataforma editorial que conformaron tanto *El Trimestre Económico*, *Jornadas*, *Cuadernos Americanos* y “Política y Derecho” del FCE no se dio sólo por compartir una estructura institucional o que los mismos actores estuvieran involucrados en su creación. Tal vez el factor de mayor importancia en su constitución como plataforma fue el hecho de tener una serie de sensibilidades comunes que definieran parte de las discusiones y posturas planteadas en sus páginas. Estas eran el antifascismo y el americanismo.

El asentamiento del antifascismo como una sensibilidad crítica del fascismo dio lugar a que en artículos, ensayos, libros y reseñas que se difundieron en esta plataforma, convergieran una serie de visiones que afianzaron y dotaron de profundidad a los postulados y acciones propuestas por estos intelectuales. Reflexionando desde su lugar social y los campos del saber que cultivaban, estos actores definieron una serie de aspectos contextuales e identitarios que dieron sentido tanto al entorno en el que se situaban como al papel que creían desempeñar socialmente.

Estas definiciones se guiaron bajo una dialéctica del fascismo como problema y el lugar de las ciencias sociales y las humanidades frente a este escenario. Lo anterior dio lugar a reflexiones sobre aspectos como el escenario crítico que enfrentaba la humanidad durante esta época, el fascismo como producto y agravante de esa crisis, la respuesta que debía tener el continente americano de cara a la situación, así como el papel que debían desempeñar los intelectuales para afrontar esta condición contextual.

Por ello, el presente capítulo tiene como propósito explorar las formas en que los colaboradores de esta plataforma problematizaron y propusieron interpretaciones a distintas preocupaciones que surgieron en torno al antifascismo y americanismo. También aborda cómo las condiciones contextuales de las décadas de 1930 y 1940, años marcados por los conflictos sociales y políticos a nivel global y regional, marcaron estas discusiones. En este sentido, el texto indaga en tópicos como las formas de interpretar la crisis que se creía enfrentaba la humanidad, el papel del fascismo en dicha situación, las maneras en qué se debía de combatir esta clase de regímenes políticos, el papel del continente americano frente

a la crisis y el fascismo, la proyección de América como horizonte utópico a futuro, entre otros.

La producción historiográfica sobre el antifascismo en América Latina que ha considerado a esta apelación como una sensibilidad, pues autores como Ricardo Pasolini⁴⁰⁵ o Andrés Bisso⁴⁰⁶ han visto en esta categorización una herramienta para abordar las múltiples significaciones que ésta tuvo en sus contextos de desarrollo, así como su maleabilidad para adaptarse a las particularidades del contexto. A su vez, las formas en que el antifascismo impactó en la conformación de identidades políticas y sociales ha sido objeto de indagación de personas como Andrea Devés⁴⁰⁷ o Ricardo Pasolini,⁴⁰⁸ quienes han explorado diversos casos en los que esta sensibilidad ayudó a definir ciertas identificaciones y formas de actuar de distintas colectividades. En diálogo con esta historiografía se inserta este capítulo.

Concebimos que la forma en que se definió una percepción de crisis durante esos años y las interpretaciones derivadas de ésta representaron un proceso dialéctico y de tensión entre lo que sucedía en Europeo y el espacio social que ocupaban estos intelectuales en el entorno americano. A pesar de la distancia geográfica existente entre ambas espacialidades, los intelectuales del “nuevo continente” hicieron propia la preocupación de lo que sucedía al otro lado del Atlántico. Ello se dio a partir de la circulación de producciones, ideas y personas entre ambas orillas del océano, lo que permitió acortar simbólicamente esa lejanía, mediando entre distintas formas de entender el antifascismo y la comprensión de la relación de América con la civilización occidental.

Pero esto no deja de lado el hecho de que la distancia también condicionó las formulaciones realizadas desde América, resignificando el antifascismo de acuerdo con lo que se vivía en el continente y las expectativas que se tenían a futuro sobre la región. En ello influyó el hecho que en el contexto regional se desarrollaron distintas discusiones que plantearon problemas sobre la identidad continental y su autonomización frente a Europa. Por ello, el fascismo representaba tanto una amenaza a una visión político-identitaria

⁴⁰⁵ Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo”.

⁴⁰⁶ Bisso, “Antifascismo explícito, antifascismo implícito”.

⁴⁰⁷ Devés, “El papel de los artistas”, pp. 126-150.

⁴⁰⁸ Pasolini, “Scribere in eos qui possunt poscrinere”, pp. 87-108. Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”, pp. 403-433.

macrorregional como una aparente realidad problemática que se hacía presente en distintos escenarios americanos.

Por ello, para estos agentes la aparente crisis coyuntural que vivían era un fenómeno de alcance universal, cuyos orígenes se remontaban a décadas atrás y de la cual el fascismo era producto y agravante. La situación crítica que enfrentaba tanto el liberalismo como ideología política, la democracia como sistema de gobierno y el capitalismo como sistema económico, propició, a los ojos de estos personajes, la emergencia y fortalecimiento de tendencias autoritarias en la sociedad, representadas por el fascismo. Por esta razón, América emergía como alternativa de supervivencia y renovación, donde convergían aquellos estratos occidentales de los cuales se había alimentado el “Nuevo Mundo” durante varios siglos, además de sus propias características identitarias. Frente a ello, en los intelectuales “recaía” la responsabilidad de orientar a la sociedad sobre los caminos adecuados para eliminar al fascismo y ayudar a que América alcanzara su proyección utópica.

Para abordar lo anterior, el presente capítulo está estructurado en cinco apartados. El primero atiende la forma en que estos proyectos editoriales construyeron la noción de crisis. El segundo aborda la definición de una sensibilidad antifascista en los impresos. El tercero analiza el desarrollo de una sensibilidad americanista, la cual proyectaba al continente como una respuesta a la crisis de época. El cuarto profundiza en las nociones identitarias de lo que debía ser un intelectual frente a la coyuntura crítica. El último estudia las concepciones expresadas acerca del papel que tenía el conocimiento social frente a la situación internacional.

2.1 ¿Una crisis humana? Perspectivas sobre una concepción de “crisis”

Condiciones para la formulación de una idea de crisis durante la época

Antes de ahondar en la concepción de crisis que imperó dentro de esta plataforma editorial es necesario lanzar la pregunta ¿Qué se puede entender por crisis? Si tratamos de tomar una definición concreta, esta podría fijarse como “un estado de agonía de determinadas cosmovisiones estructurantes tanto de nuestras prácticas teóricas, como de nuestras experiencias históricas”, tal como señala María Lucila Svampa.⁴⁰⁹ Pero, desde una reflexión de corte histórico a partir de las herramientas metodológicas de la historia conceptual, esta

⁴⁰⁹ Svampa, “El concepto de crisis”, p. 132.

misma autora pone en tela de juicio la posibilidad de una acepción definitiva o ahistórica del término, pues considera que éste está explícitamente relacionado con el contexto histórico al cual se ancla, además de guardar una relación-tensión con las disputas políticas de la época, teniendo una carga polisémica.⁴¹⁰ En este sentido, es posible aseverar que existieron diversas significaciones sobre la crisis implícitamente relacionadas con el lugar de su enunciación, las experiencias a las que apelaba y las expectativas generadas desde su concepción.

Bajo este parámetro es posible señalar que durante la primera mitad del siglo XX, específicamente en el periodo que va del final de la Primera Guerra Mundial a la conclusión de la década de 1940, existió una concepción muy difundida de crisis entre los círculos intelectuales de distintas geografías del globo, aunque con mayor profundidad en lugares como Europa. Esta idea concebía una situación crítica que enfrentaba la humanidad. Si bien las razones de esta situación eran diversas, las cuáles rebasan por mucho los esfuerzos de este trabajo, es posible afirmar que creían que esta coyuntura rebasaba por mucho a otras experiencias históricas por las que había atravesado el mundo, marcando un tópico recurrente en la formulación de escenarios críticos, tales como “crisis de época” o “crisis civilizatoria”.

En este sentido, tal como señala Lucian Hölscher en su obra *El descubrimiento del futuro*, la Primera Guerra Mundial significó un punto de quiebre para la visión de futuro cimentada en la idea del progreso humano derivada del ideario liberal. En ella los avances tecnológicos y el auge económico de la época dieron lugar a una amplia gama de concepciones utópicas sobre el porvenir, encarnadas en obras de arte, literatura y proyectos políticos y sociales.⁴¹¹

Las formulaciones de crisis que emergieron, al menos en el espacio europeo, mostraron una gran cantidad de caracteres y naturalezas. Entre estas estaba la postura conservadora y antimodernista, la cual veía el declive y decadencia de la cultura europea a partir de aspectos como la desorientación moral e ideológica propia de la modernidad, el declive de las expectativas sobre el rumbo de Europa o la emergencia de la sociedad de masas. Autores como Paul Valéry, Oswald Spengler, Henri Massis o Nicolay Berdyayev fueron algunos de sus difusores. También coexistió una perspectiva de crisis planteada por autores como Ernst Robert Curtius, Georges Duhamel, Julien Benda o José Ortega y Gasset.

⁴¹⁰ Svampa, “El concepto de crisis”, pp. 133-147.

⁴¹¹ Hölscher, *El descubrimiento del futuro*, pp. 123-125.

Esta se asentó en la deformación exacerbada de distintas experiencias surgidas como parte de la modernidad, como el Estado-nación, la globalización y los intentos de homogeneización nacional. Lo anterior derivaría en una mutación dañina de valores asociados a las naciones liberales del siglo XIX e inicios del XX, como la democracia, la libertad, el parlamentarismo, entre otros más.⁴¹²

También en el espacio europeo surgieron apelaciones críticas que no se limitaron al espacio continental, pues creían que la crisis abarcaba la totalidad del globo. Esto debido a los lazos comunes que se construyeron durante los procesos de globalización y de “occidentalización” del mundo. Aunque con una carga notablemente eurocentrista, autores como H. G. Wells, Harold Laski o Arnold Toynbee plantearon una visión cosmopolita de la crisis, en donde los efectos, pero también las posibilidades de recuperación, se extendían hacia todas las latitudes.⁴¹³

En el entorno americano, la perspectiva sobre la crisis se interpretó de forma polisémica. Por una parte, el término de la Primera Guerra hizo que entre algunos círculos de la opinión pública americana hiciera eco la concepción de que este suceso podría marcar el fin de la civilización occidental, debido a la destrucción y violencia que trajo consigo.⁴¹⁴ Esto posibilitaría imaginar distintos escenarios en los cuáles el continente americano tomaría el relevo civilizatorio. Comenzarían a circular planteamientos de que esta coyuntura representaba la “hora de América”, en la cual ésta tomaría el lugar de vanguardia civilizatoria, exacerbando su potencial del desarrollo humano a partir de un contexto pacífico y con horizonte a futuro.⁴¹⁵

Esta cruce entre una situación de crisis generalizada a nivel global y la idea de América como horizonte de salvaguarda y renovación civilizatoria se extendió de distintas formas durante las décadas posteriores. Dichos planteamientos defendían la idea de que América había llegado a un grado de desarrollo cultural y espiritual equiparable al de Europa, lo que daba lugar a manifestaciones artísticas, intelectuales y científicas propias a partir de las características y particularidades de la región. Por ello, frente a este contexto, para algunos intelectuales la relación con Occidente debía ser repensada, a partir de aspectos como el

⁴¹² Ifversen, “The crisis of European civilization”, pp. 151-167.

⁴¹³ Ifversen, “The crisis of European civilization”, pp. 167-170.

⁴¹⁴ Rinke, *América Latina y la Primera Guerra*, pp. 241-249.

⁴¹⁵ Rinke, *América Latina y la Primera Guerra*, pp. 249-256.

significado histórico de la relación de América con Europa —ya fuese de subordinación, igualdad o superioridad—, la capacidad de las naciones de la región por definir una identidad propia, o el papel que debía tener el continente frente a la crisis europea. Como parte de estas discusiones, surgió el planteamiento de la necesidad de defender al “Nuevo Mundo” de cualquier amenaza e intervención —interna o externa— que pusiera en peligro esa proyección a futuro. Esto debido a que la región era un espacio ajeno a las desgracias que ocurrían en otras latitudes, lo que no la hacía inmune a que sucediera algo, recayendo en su población la responsabilidad de defenderla frente a cualquier riesgo.

Un ejemplo de este tipo de debates puede ser visto en el caso de la polémica intelectual que surgió en 1927 entre intelectuales de Argentina —agrupados en torno a la revista *Martín Fierro*— y España —reunidos en la publicación *La Gaceta Literaria de Madrid*—. Esta giró respecto a la definición de una identidad cultural hispanoamericana y la relación de fuerzas con la que los territorios americanos imprimían su propio sello en aspectos como el uso del lenguaje, el consumo de producciones culturales o la hegemonía simbólica de España sobre sus antiguas colonias. En esta polémica —denominada historiográficamente como “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”— la postura defendida por intelectuales argentinos como Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz, Lisardo Zía, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Ricardo Rojas, entre otros, fue la de reivindicar el ejercicio de autonomía cultural y el imperativo creativo propio de las naciones del continente. Lo anterior permitió defender la independencia intelectual de América frente a la antigua metrópolis, sin desconocer la conexión cultural que existía entre ambos territorios.⁴¹⁶ Asimismo, ello puede ser visto como muestra tangente de esa búsqueda por reafirmar que América había logrado un grado de desarrollo cultural equiparable al de los países europeos, buscando con ello autonomía e independencia en la determinación de un rumbo propio.

Tal situación también se reafirmó en distintos círculos intelectuales de la época, quienes vieron en el proceso revolucionario mexicano y su consolidación institucional una reafirmación del horizonte de posibilidad que podrían tener diversos países de la región a partir de una revolución social. Actores como los argentinos Manuel Ugarte y Alfredo Palacios, el colombiano José María Vargas Vila, los peruanos José Santos Chocano y Víctor

⁴¹⁶ Para una revisión del desarrollo de la polémica véase Rosetti, “La polémica del Meridiano Intelectual”; Falcón, “El idioma de los libros”; y Londero, “Vanguardia y nacionalismo”.

Raúl Haya de la Torre, entre otros, se convirtieron en propagandistas del proceso mexicano en distintos lugares del continente.⁴¹⁷ A la par, la convergencia con otros procesos culturales de la región, como el movimiento de la Reforma Universitaria de finales de la década de 1910 y la de 1920, ayudó a que los estudiantes también se convirtieran en actores de importancia en la reafirmación de este horizonte americano. Muchas de las personas que colaboraron con esta plataforma editorial, tales como Cosío Villegas, Silva-Herzog, Villaseñor, Haya de la Torre, Arnaldo Orfila, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, entre otros, asistieron al I Congreso Internacional de Estudiantes, convocado por el gobierno de Álvaro Obregón como una forma de ganar simpatías internacionales entre los estudiantes de la región.⁴¹⁸ Este tipo de eventualidades ayudaron a vincular la causa mexicana con el potencial a futuro de la región.

Es en este diálogo entre la noción de crisis europea y el continente americano como territorio emancipado que se inserta esta plataforma editorial. La interacción entre coyuntura crítica y América dio lugar a que en *El Trimestre Económico*, *Jornadas*, *Cuadernos Americanos* y la colección “Política y Derecho” del FCE se hicieran presentes distintas formulaciones sobre lo que definía al panorama problemático que vivía la humanidad durante estos años, incluyendo a aquellas esferas de la vida social que se creían estaban en dificultades y los alcances de estas.

En esta relación dialéctica, la distancia jugó un papel fundamental para comprender la forma en que se transformó el horizonte de crisis presente en estos proyectos editoriales. Por una parte, las experiencias que habían vivido aquellos intelectuales europeos, quienes obligados al exilio en la mayoría de los casos, se convirtieron en una especie de apóstoles de la conciencia, los cuales a través de la circulación de noticias, producciones culturales y testimonios, buscaban concientizar acerca de los problemas de la época y la amenaza que eso representaba para aquellos territorios que no los vivían directamente, como América. En ello, la traducción tuvo un papel relevante, permitiendo una mejor circulación y recepción de estas visiones. Por otro lado, los autores americanos departieron entre el pensamiento sobre la crisis y la definición del papel de América frente a la coyuntura. Esto los llevó a mostrar

⁴¹⁷ Véase Yankelevich, *La revolución mexicana en América Latina*, pp. 23-158. También véase Yankelevich, *Miradas australes*. Es necesario señalar que en ello los ecos de la Revolución Rusa de 1917 también hicieron efecto.

⁴¹⁸ Véase Robinet, *La Revolución Mexicana*, pp. 89-112.

solidaridad con lo sucedido en Europa y otras latitudes del globo, pero también haciendo gala del privilegio de la distancia que permitía una reflexión concienzuda sin la amenaza del desastre para el continente.

La focalización de la plataforma en el campo de las ciencias sociales y el hecho de que muchos de sus promotores y colaboradores eran especialistas en estas disciplinas dio lugar a que muchas de las formulaciones que hicieron sobre la crisis y el papel de América frente a ella se realizaran a partir de los conocimientos teóricos y herramientas interpretativas propios de estos campos del conocimiento. Tal como veremos a continuación, fueron preponderantes las conceptualizaciones de disciplinas como la economía, la ciencia política y las humanidades en la construcción de sus visiones sobre las dificultades de la época.

Múltiples miradas a la crisis: conceptualizaciones desde la economía, la política y la cultura

Las formas en que se conceptualizó la crisis dentro de esta plataforma editorial no sólo guardaron estrecha relación con los campos del conocimiento en que se enfocaron estos proyectos intelectuales, ya que también se alimentaron de las coyunturas transcurridas en los campos de la economía, la política y la cultura durante la época entreguerras, particularmente durante las décadas de 1930 y 1940. Sucesos como la crisis económica de 1929, las tensiones políticas entre las potencias europeas, el rol de Estados Unidos en América o la Guerra Civil Española dieron forma a las preocupaciones y visiones sobre el trance que enfrentaba la humanidad. Dentro de ellas, la dialéctica entre Europa y América tuvo presencia, aunque en ocasiones ésta quedó relegada frente a fenómenos de alcance global.

La segmentación en la construcción conceptual obedeció al espíritu disciplinario que imperó en estos proyectos, en donde la comprensión de las particularidades de cada campo del conocimiento garantizaba un mejor entendimiento del fenómeno, y con ello, mejores certezas de los saberes que generaban y ofrecían socialmente. Ejemplo de ello es posible encontrarlo en el ensayo publicado por José Medina Echavarría en julio de 1939 con el título “Configuración de la crisis”. En él, el español formuló una reflexión sobre la teoría social que abordaba el problema de la crisis, delineando en ello una comprensión múltiple de su naturaleza y los factores que la desencadenaban. Consideraba que la concepción de crisis, si bien manifestada en múltiples esferas de la sociedad, no se vivía de la misma, pues debido a las condiciones socioespaciales, ésta tenía significados distintos. Por ello, creía que la

expresión de la crisis de época se debía entender de forma multifactorial, con el propósito de comprender su multicausalidad.⁴¹⁹

Dentro de la plataforma, la conceptualización de la crisis tuvo mayor desarrollo en los campos de la economía, la ciencia política y la reflexión sobre la cultura. En primer lugar, desde la economía esta visión estuvo estrechamente relacionada con la depresión económica de 1929 y las graves secuelas que se postergaron a lo largo de la década de 1930, las cuales dieron lugar a un decaimiento estructural del capitalismo como sistema económico dominante,⁴²⁰ provocando mutaciones indeseables en la estructura económica global y la necesidad de tomar medidas radicales para solucionar la situación.

Esta concepción aseveraba que el capitalismo atravesaba una crisis estructural, lo que limitaba la capacidad de gestión social de las democracias liberales y daba lugar al aumento de la carestía y la insatisfacción social. Ello derivó también en la crisis del liberalismo, lo que daría paso a la reafirmación de tendencias autoritarias en el capitalismo como una forma de contrarrestar su desprestigio y garantizar a las élites económicas el control de la situación política y social. En este sentido, las dictaduras y regímenes fascistas que surgieron durante la época fueron vistos como productos de esta situación. Ante esto, se planteó como posible solución la necesidad de que emergiera un actor preponderante que regulara e interviniera dentro del campo económico, contando con la capacidad de reactivar aquellos sectores afectados por las secuelas del crac de 1929, además de fungir como conciliador entre los intereses de los obreros y los capitalistas. Este actor sería el Estado, el que a través de la planificación y la creación de instancias capacitadas para normar y actuar en el campo económico, tendría un lugar privilegiado en éste.

Para la construcción de esta visión resultó esencial el peso que dentro de esta plataforma tuvo el pensamiento socialista inglés, pues a partir de la traducción de una serie de obras y artículos de autores como G. H. D. Cole, John M. Keynes, Harold Laski o Maurice Dobb, puso a disposición del público hispanoamericano una perspectiva sobre esta coyuntura

⁴¹⁹ Medina Echavarría, “Configuración de la crisis”, pp. 157-164.

⁴²⁰ Tal como señala Héctor Guillén Romo, la crisis en el campo económico suele entenderse como un punto del ciclo económico caracterizado por la “inflexión que marca el paso de la prosperidad a la depresión. Más específicamente, se trata de un trastorno profundo de la vida económica que ocasiona una serie de reacciones en cadena, caída de la producción, de los precios, de los beneficios y de los salarios [...]”. Partiendo de esta definición, es posible considerar que la visión delineada en estos proyectos iba más allá de un ciclo económico y en su lugar postulaba una situación más estructural. Guillén Romo, *Las crisis*, p. 76.

crítica. Estos y otros intelectuales sirvieron como base para plantear tanto la crisis del capitalismo como la necesidad de legitimar al Estado como actor de peso en el campo económico. Ejemplo de ello es el libro Harold Laski *El liberalismo europeo. Un ensayo en interpretación*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1939.⁴²¹

En este libro el inglés planteó un recorrido histórico de lo que había significado la emergencia de la burguesía como clase social y de la estructura ideológica —el liberalismo— que la había impulsado a ser la fuerza social dominante para el siglo XIX, a la par de la consolidación del capitalismo. Ya para el siglo XX, Laski consideraba que después de la Primera Guerra Mundial, este grupo había agotado su capacidad de generar y obtener ganancias con las cuales proseguir “la distribución de *amenidades* a las masas” y con ello refrendar cierto control de las demandas obreras en el capitalismo. El resquebrajamiento del sistema económico, dependiente de una estructura imperial y el agotamiento de su capacidad de autorregulación con la Gran Depresión, generó una situación insostenible para el liberalismo, lo que provocó una deriva autoritaria en muchos países con el propósito de mantener la condición de privilegio de sus élites económicas, reprimiendo al sindicalismo. Del mismo modo, a los ojos de Laski, ello representaba tanto el derrumbe del liberalismo clásico como del capitalismo como sistema económico dominante, dando lugar a la emergencia de regímenes como el fascista.⁴²²

En una sintonía similar, desde la ciencia política también se definió una visión de crisis que interrelacionó a la burguesía como grupo social dominante y el desprestigio que vivían las democracias liberales como sistemas de gobierno. La construcción de esta perspectiva apeló a un diálogo entre el contexto europeo a partir de la traducción de obras y una reflexión realizada desde América. Por ello, autores como Max Lerner, Harold Laski, Rajani Palme Dutt, Karl Mannheim, Jesús Silva-Herzog, Daniel Cosío Villegas o Francisco Ayala fueron partícipes de él.

En esta postura resultó fundamental el planteamiento de que el liberalismo y sus instituciones políticas, tales como el parlamentarismo o el multilateralismo, habían caído en crisis a partir de aspectos como la exacerbación de las tendencias autoritarias o totalitarias en entornos donde antes predominaba la democracia, el auge de la sociedad de masas o la

⁴²¹ Laski, *El liberalismo europeo*.

⁴²² Laski, *El liberalismo europeo*, pp. 339-378.

incapacidad de las instituciones democráticas por responder a las nuevas dinámicas y demandas sociales, lo que daba muestra del agotamiento de los modelos democráticos tradicionales. Este escenario se debía a los cambios y reajustes políticos sucedidos a nivel europeo y global durante la época de entreguerras, como la política de contención del comunismo a partir de la Revolución Rusa de 1917, la exacerbación del movimiento contrarrevolucionario en los mismos años, el derrumbamiento operativo de instancias multilaterales como la Sociedad de las Naciones, o la ya mencionada crisis del capitalismo.⁴²³

Una tercera definición de crisis se dio desde la reflexión sobre la cultura. En ella se concentraron una serie de concepciones que manifestaron un descontento con la situación que vivía el mundo de la cultura en el entorno occidental. Ésta se apuntaló en la idea de que el hombre enfrentaba un proceso de deshumanización al perder valores fundamentales relacionados con esta tradición cultural. El abandono de principios “universales” que habían predominado históricamente, tal como lo planteó Jorge Zalamea en una ponencia de 1943,⁴²⁴ remarcaba la pérdida de sensibilidad por parte de la humanidad, lo que le impedía expresar sorpresa y dolor ante las atrocidades que habían sucedido a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Ello se debía a la frialdad que había traído consigo el imperio de lo mecánico, de la ciencia, la técnica y lo racional. Esta perspectiva, defendida sobre todo por humanistas, marcó un punto de tensión con otros sectores que colaboraron en esta plataforma, quienes veían en la ciencia y la tecnología, si bien un punto a criticar, también un aspecto a resaltar y valorar de forma positiva.

Esta base asentó una profunda crítica a todos aquellos elementos que habían derivado del proceso de racionalización de la experiencia de la modernidad, relacionada sobre todo con el avance de la ciencia y la tecnología y la concepción de la deshumanización. Por ello, el empleo irresponsable del conocimiento científico, los procesos de mecanización que enfrentaba el hombre, la planificación de la vida social o la producción cultural realizada de forma masiva fueron puestos en tela de juicio, pues se consideraba que carecían de la sensibilidad y la apelación social que debía caracterizar a estos campos, subyugando a la humanidad a la pérdida de su propia esencia y dando lugar al trance de época que se vivía.

⁴²³ Palme Dutt, “Dos décadas”, pp. 231-282.

⁴²⁴ Zalamea, “El hombre, náufrago del siglo XX”, pp. 29-39.

Estas perspectivas estuvieron presentes en los planteamientos de diversos autores, tanto en aquellos que fueron traducidos como en los que directamente colaboraron y publicaron en la plataforma. Un ejemplo es Karl Mannheim, sociólogo alemán cuyas obras fueron traducidas y publicadas en las colecciones del FCE, destacando *Diagnóstico de nuestro tiempo*. En ésta desarrolló una idea de crisis a partir de una valoración crítica del ejercicio de la ciencia en la modernidad, particularmente durante el siglo XX. El sociólogo alemán concebía que la sociedad moderna atravesaba una “enfermedad” donde la racionalidad científica y la técnica, a partir del auge de la planificación social, representaban síntomas que podrían derivar en el autoritarismo y la pérdida de sensibilidad humana. Tendencias como la mecanización de los procesos sociales a partir de una lógica industrial y de la búsqueda de eficacia habían derivado en la constitución de sociedades totalitarias, cuyo funcionamiento despojaba al ser humano de cualquier individualidad y manifestación de sensibilidad.⁴²⁵

En diálogo con esta postura, aunque desde una visión confrontada, se estructuró una visión de crisis cultural cuya raíz subyacía en el peso del irracionalismo como reacción al pensamiento moderno, al negar cualquier postura de carácter racional. Para ilustrar lo anterior resaltan los postulados de Francisco Ayala, exiliado español asentado en Argentina y recurrente colaborador de la plataforma. El sociólogo planteó en su obra *Razón del mundo*⁴²⁶ una concepción de crisis civilizatoria donde relacionaba el carácter de este trance con la responsabilidad del intelectual en ella. Ayala consideraba que el origen de la crisis residía en el cuestionamiento de esta “minoría selecta” por una sociedad de masas, donde el predominio de un modelo de pensamiento derivado del liberalismo, en el cual se ensalzaba la racionalidad del individuo instruido —en el cual encajaba la práctica del intelectual— era cuestionado por el pensamiento dogmático derivado de la Edad Media y del romanticismo del siglo XIX, cuya naturaleza era la exaltación mágica y tradicionalista. Ello derivó en la construcción de una postura anti intelectual e irracional, la cual había servido para empujar el ascenso del fascismo.⁴²⁷

⁴²⁵ Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, pp. 13-17. Esta postura congenió, como veremos más adelante, con los planteamientos de otros intelectuales asentados en el espacio mexicano, tal como fue el caso de José Gaos, o de Vicente Herrero.

⁴²⁶ Ayala, *Razón del mundo*, pp. 14-54

⁴²⁷ Ayala, *Razón del mundo*, pp. 35-54.

El horizonte de crisis entre la Segunda Guerra Mundial y la posguerra

El inicio de la Segunda Guerra Mundial significó el punto álgido de la concepción crítica que se cernía sobre la humanidad. El desencadenamiento del conflicto, con la muerte y destrucción que trajo consigo, significó para muchos el “naufregio” de la sensibilidad humana.⁴²⁸ Pero para otros, el final de la guerra planteó la necesidad de pensar en acciones para dar fin a la crisis de época, representando un horizonte de esperanza y transformación. El término del conflicto era concebido como el inicio de una época para construir la paz y la estabilidad que permitirían transformar el rumbo de la humanidad. Si bien esta ilusión no se esbozó de forma ingenua, ya que eran constantes los llamados a la mesura, sí representó una expectativa por un cambio sustancial que permitiera asentar el terreno para una transformación trascendental del mundo.

Dentro de la plataforma esta ilusión se hizo presente de distintas formas, siendo un buen ejemplo el ensayo de Jesús Silva-Herzog titulado “Crisis humana y posguerra”, el cual apareció en *Cuadernos Americanos* en 1944.⁴²⁹ En este, el economista mexicano planteó la necesidad de evitar la experiencia caótica que significó el periodo entreguerras, donde los grandes capitales se enfrentaron de forma violenta por el control y acceso a nuevos mercados y materias primas. Por ello consideraba que la posguerra sería un escenario de desorientación ideológica, corrupción moral y de incertidumbre de futuro, por lo que sería necesario la toma de decisiones adecuadas que ayudaran a labrar una salida a la crisis humana. En ello tendrían gran responsabilidad Franklin D. Roosevelt como presidente de los Estados Unidos, Winston Churchill como primer ministro británico, Stalin como líder de la URSS, o Chiang Kai-Shek como líder chino. Pero también las sociedades tendrían responsabilidad, pues a partir de la vigilancia y la manifestación de inconformidad por medio de la opinión pública serían mecanismos de importancia para ejercer presión en la construcción de la paz.

Pero con el término de la guerra, el panorama global se llenó de incertidumbre respecto a la forma en que debía de procederse con la construcción de un nuevo orden mundial, dando lugar a una gran cantidad de matices y posturas. Para algunos el escenario de esperanza se acortó debido a las tensiones que surgieron entre las potencias triunfantes, lo

⁴²⁸ Zalamea, “El hombre, náufregio del siglo XX”, pp. 35-39.

⁴²⁹ Silva-Herzog, “Crisis humana y Post-Guerra”, pp. 14-31

que ponía en peligro la construcción de la paz y con ello la posible resolución del trance que enfrentaba la humanidad desde décadas atrás. De nueva cuenta un ensayo de Silva-Herzog permite acercarnos a esta preocupación.

En su texto “¿Y después de la guerra qué?”, publicado en *Cuadernos Americanos* en noviembre de 1945,⁴³⁰ el economista consideraba que el escenario crítico que emergió con la Primera Guerra Mundial y se postergó durante la época entreguerras y la Segunda Guerra, pervivía en la posguerra. Si bien planteaba la necesidad de preservar la ilusión y la esperanza de lograr su resolución, la situación no resultaba halagadora. Esta coyuntura no se limitaba al espacio de lo global, sino que Silva-Herzog también la aterrizó al contexto mexicano, en donde estimaba que los últimos gobiernos revolucionarios habían dejado de actuar en beneficio de la sociedad, lo que había provocado corrupción, demagogia e inmoralidad administrativa. Por ello señalaba, que al igual que el entorno internacional y en amplia confluencia con él, México se encontraba frente a una crisis, en este caso de orden moral e ideológica. Frente a esta incertidumbre, Silva-Herzog encontraba un horizonte de esperanza en la idea de América, territorio del que emergería una nueva humanidad, lo que daría término a la crisis civilizatoria. Pero esto no se lograría sin la búsqueda de construir nuevos valores y un nuevo humanismo, en el que las naciones del continente, particularmente México, debían asumir el papel de guías en el desarrollo de ese destino, asumiendo la responsabilidad de obrar con rectitud moral, estableciendo con ello la necesidad de que el país superara su crisis para ocupar el papel que estaba llamado a desarrollar.

La perspectiva de Silva-Herzog da cuenta del problema que surgió durante la posguerra para los intelectuales que colaboraron con esta plataforma, en donde las naciones americanas también eran susceptibles de vivir sus propias crisis debido a cuestiones como la corrupción y la inmoralidad en el ejercicio del poder, además de las dictaduras vividas por distintos países de la región o la imposibilidad de una soberanía práctica frente a las injerencias externas. Esto ponía en peligro el destino que el continente estaba llamado a realizar, lo que hacía necesario que los pueblos americanos asumieran la responsabilidad de moralizar el ejercicio público a partir de la presión ejercida por medio de la opinión pública, lo que funcionaría como un contrapeso en la práctica del poder.

⁴³⁰ Silva-Herzog, “¿Y después de la guerra qué?”, pp. 7-34.

2.2 El fascismo como malestar: expresiones de una sensibilidad antifascista

La sensibilidad antifascista: entre la reflexión presente y la acción futura

La construcción del fascismo como producto y agudización de los problemas que enfrentaba la humanidad durante el periodo entreguerras fue uno de los elementos que unificaron a estos proyectos editoriales en una plataforma. La constitución de un sentido común sobre este tipo de regímenes políticos, los cuales eran vistos como un peligro y amenaza para la estabilidad mundial y el futuro de la humanidad, ayudó a constituir una visión que englobó a distintos gobiernos bajo una sola etiqueta.

Las razones de esta concepción, al menos para los actores que estudiamos, se relacionaron ampliamente con los orígenes de la crisis que afectaba a la humanidad, tales como la crisis del capitalismo, del liberalismo y de la burguesía como clase social. Esto permitió la constitución de una sensibilidad común de oposición contra el fascismo. Ésta se asentó alrededor de una serie de sucesos que marcarían a esta colectividad, tales como la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, los exilios europeos al continente americano, entre otros. Éstos ayudarían a crear una concepción del mundo cimentada en temores, ansiedades, expectativas, inquietudes e intereses comunes, en los cuales el fascismo era la principal causa de inestabilidad global, razón por la cual debía de combatírsele.

Lo anterior generó un “criterio” de acción a tomar en cuenta para lograr la derrota del fascismo. El delineamiento de estas acciones entre los colaboradores de la plataforma tuvo como referencia el futuro, pues concebían a la posguerra como el marco ideal para la realización de sus propuestas de acción. Esto se debía a que, desde su concepción como guías y orientadores de la sociedad, precisaban de un margen de tiempo para planear a partir de la información disponible y una reflexión concienzuda de la realidad que se les aproximaba.

Por ello, es posible señalar que esta sensibilidad antifascista surgió y se desarrolló a la par de *El Trimestre Económico* y el Fondo de Cultura Económica. Durante los primeros años aún era vaga e indefinida, pero con el paso de los años fue madurando, adquiriendo fuerza y complejidad. Lo anteriormente expuesto es notable desde 1937, donde la Guerra Civil Española y el comienzo del éxodo de exiliados europeos hacía América propiciaron puentes de diálogo entre actores provenientes de diferentes realidades. Esta dialéctica hizo que el entendimiento del fascismo fuera plural, entrando distintos regímenes bajo una misma

etiqueta conceptual, entre los que estaban el nacionalsocialismo alemán, el fascismo italiano, el militarismo japonés, el franquismo español y distintas dictaduras militares latinoamericanas.

La entrada de México en la Guerra en 1942 significó el auge de esta sensibilidad, desarrollando gran actividad hasta la conclusión del conflicto. Derivado de esto, esos años serían el punto de desarrollo de una reflexión acerca de las acciones a tener en consideración para lograr la erradicación del fascismo a nivel mundial, en caso de que los aliados triunfaran en la guerra. Esta se centró en generar alternativas de corte político, educativo y cultural que permitieran la construcción de una paz estable y duradera en los años inmediatos al término del conflicto, además de lograr la reestructuración de las sociedades que habían quedado bajo el yugo fascista. Pero una vez llegada la posguerra, este “criterio” de acción sufrió una serie de transformaciones, debido a los reajustes políticos al término del conflicto mundial —que en años posteriores darían inicio a la Guerra Fría—, originando cierta frustración por el incumplimiento de las expectativas formuladas por dichos actores, además del abandono paulatino de la retórica antifascista.

Ahora bien, es necesario señalar que además de lo ya expuesto, esta sensibilidad se caracterizó por distintos elementos. En primer lugar, estaba la apelación al peligro —real o imaginario— que representaba el fascismo para los principios culturales asociados a la “civilización occidental”. En este sentido, la conceptualización del fascismo como modelo político que se separaba de la tradición de Occidente, debido a la irracionalidad, la barbarie y el pensamiento mágico que le definía, jugó un peso de importancia en esta sensibilidad. Se consideraba que esos regímenes se alimentaron de los rasgos civilizatorios occidentales para deformarlos o corromperlos.

Un elemento más fue la apelación dialógica entre distintas realidades en la construcción de una idea del fascismo, donde se buscaba que su conceptualización estableciera una especie de “tipo ideal” que compaginara a distintos regímenes a partir de una serie de rasgos compartidos calificados como “universales”, tales como el capitalismo o el peso de los lazos con occidente, a pesar de también atender a sus particularidades nacionales. Esta forma de proceder permitió construir expresiones de solidaridad comunes y propuestas de acción entre los distintos actores convergentes. En este sentido, tanto la traducción y circulación de autores provenientes del contexto anglosajón y los

planteamientos propuestos de los actores que colaboraron con esta plataforma formaron parte de esa relación dialéctica entre distintas experiencias antifascistas. En ello, el americanismo también tuvo importancia en la construcción de estas expectativas y definiciones.

Estratos de una sensibilidad antifascista

Ahora bien, la forma en que se estructuró en estas publicaciones la interpretación sobre el fascismo giró en torno a tres esferas que se concebían en crisis: el capitalismo como sistema económico, el liberalismo como régimen político y la civilización occidental como ente cultural y espiritual. Estas tuvieron una lógica propia dentro de la plataforma, ya que cobraron vigencia de acuerdo con las condiciones globales que promovieron su discusión. En este sentido, es posible señalar que dentro de las páginas de estos proyectos, la expresión de la sensibilidad antifascista se construyó alrededor de una doble construcción interpretativa del fascismo, en la cual convergieron perspectivas provenientes del pensamiento socialista con otras originarias del liberalismo.

Lo dicho hizo que se definiera al fascismo como el producto de la crisis del capitalismo, lo que dio origen a dictaduras militares, las cuales radicalizaron las expresiones represivas y autoritarias de este sistema económico, favoreciendo a las élites industriales, políticas y militares.⁴³¹ Por otro lado, desde una matriz liberal, también se concibió al fascismo como producto de la crisis de la democracia, lo que derivó en regímenes dictatoriales de características totalitarias, en donde el individuo y toda esfera y organización social quedó subsumida a la injerencia estatal.⁴³²

⁴³¹ Esta interpretación, relacionada tal como señala Ian Kershaw en la concepción del nazismo como una expresión más del fascismo, tiene su origen en la interpretación de la internacional comunista durante la década de 1920, en donde primaba la relación entre el capital y el fascismo para interpretar el caso italiano. Ya durante la década de 1930, con la propuesta de los Frentes Populares y la interpretación propuesta por Giorgi Dimitrov. Es necesario señalar que esta interpretación caló más allá de los círculos comunistas, al ser retomada con diversos matices y diferencias por otros grupos cercanos al pensamiento socialista. Véase Kershaw, *La dictadura nazi*, pp. 48-50. En este sentido, uno de los grupos que retomó tal interpretación fueron aquellos cercanos al pensamiento fabiano y al partido laborista inglés. Es bajo este vértice que esta plataforma retomó dicha interpretación del fascismo como radicalización de una dictadura capitalista.

⁴³² Tal como señala Ian Kershaw, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, ya existían diversas interpretaciones que relacionaban al nazismo como una expresión totalitaria, aunque aún con definiciones vagas respecto a lo que significaba este término. Estos iban desde la concepción de un Estado total que intervenía en todas las esferas de la sociedad, a la de una voluntad totalitaria que reclamaba la disposición a la entrega de los movimientos fascistas. También para estos años ya existía una relación dentro de la conceptualización de totalitarismo para relacionar al nacionalsocialismo alemán y el estalinismo soviético, pero aun con alcances limitados en sentidos teóricos. Véase Kershaw, *La dictadura nazi*, pp. 42-47. Tal como señala Enzo Traverso,

De acuerdo con lo anterior, fue inseparable la concepción de que la crisis del capitalismo y la derivación del fascismo como una dictadura capitalista provocó el desprestigio y decaimiento del liberalismo y de la democracia como sistema político. La formación de *El Trimestre Económico* y el Fondo de Cultura Económica en 1934 estuvieron en sintonía con sucesos como las consecuencias globales de la crisis de 1929 o la llegada del partido Nazi al poder en Alemania en 1933. Esto permitiría que desde sus orígenes estuvieran presentes las inquietudes y dudas que al respecto tenían los promotores de los proyectos. Aprovechando su cercanía con el pensamiento socialista inglés, la traducción de autores como G. D. H. Cole, Rajani Palme Dutt, Harold Laski, Maurice Dobb, entre otros, sirvió como primera expresión de las ansiedades que provocó el fascismo en estos intelectuales mexicanos.⁴³³

La matriz de la que partían las interpretaciones de estos intelectuales ingleses —aunque con sus respectivas diferencias— era que, ante la crisis que enfrentaba el capitalismo por mantener su lógica productiva y acumulativa, la burguesía había agotado su capacidad de responder a las demandas de la clase obrera.⁴³⁴ Ello derivó en la radicalización del sistema económico en una expresión autoritaria, una vez que el afianzamiento de la gran oligarquía en el poder, en contubernio con el ejército, dotó a los capitalistas de un control político a partir de una estructura dictatorial, donde se buscó el sometimiento del movimiento obrero bajo métodos militaristas, así como su neutralización al incorporar a los sindicatos a la lógica estatal.⁴³⁵ Dicha situación provocaría que el liberalismo como doctrina característica de la

la concepción de totalitarismo encontró un refuerzo en la producción literaria generada por los exilios europeos en Inglaterra y Estados Unidos durante las décadas de 1930 y 1940, lo que generaría un impacto dentro de los círculos liberales o de izquierda anticomunistas y críticos del estalinismo. Véase Traverso, *El totalitarismo*, pp. 45-82.

⁴³³ Tal como señala Rafael Rojas, el pensamiento fabiano y del socialismo inglés sirvieron para que intelectuales cercanos al cardenismo, como Cosío Villegas o Villaseñor, realizaran un acercamiento con el pensamiento marxista, filtrado por estos personajes. Véase Rojas, “El Cardenismo fabiano”, pp. 248-252. Estos autores británicos relacionaron ampliamente la aparición del fascismo como una manifestación de la crisis que atravesaba el capitalismo, y que se vio acentuada con la Crisis Económica de 1929.

⁴³⁴ Esto ante la concepción de que el liberalismo económico, había jugado como una especie de “benefactor” del movimiento obrero y campesino como método de control y armonización social, limitándose solo buscar satisfacer algunas necesidades esenciales de estos sectores sociales, descuidando demandas más profundas. Pero ante la crisis económica y política de la época entreguerras, las condiciones de producción que permitieron satisfacer esas necesidades elementales de la clase obrera se agotaron, lo que obligó al liberalismo a despojarse de la máscara “benefactora” y adoptara una posición intransigente y radical hacia estos grupos.

⁴³⁵ Entre las interpretaciones que entran dentro de esta lógica se encuentra la de Rajani Palme Dutt, quien consideraba que derivado del término de la Primera Guerra Mundial, la articulación de un esfuerzo contrarrevolucionario apuntado por el capitalismo y la social democracia en contraposición al avance de la

burguesía y los sistemas democráticos cayera en un desprestigio a nivel internacional, derivado de su incapacidad por adaptarse a las necesidades de su población o de representar un contrapeso efectivo en los organismos multilaterales surgidos de la primera posguerra.

Quien dibujó con mayor intensidad estos planteamientos y que fue traducido de forma constante en estas publicaciones fue el politólogo inglés G. D. H. Cole, a partir de ensayos como “La confusión actual”, aparecido en *El Trimestre Económico* en 1934,⁴³⁶ o de su libro *Doctrinas y formas de la organización política*, aparecido en “Política y Derecho” en 1937.⁴³⁷ En el primero de ellos, realizado apenas un año y medio después de la llegada de Hitler al poder y a la par de su nombramiento como Führer, es notable que Cole aun dudaba si el régimen alemán era una forma de capitalismo o algo diferente. Asociándolo al clima político que permeaba en Europa, para Cole el nacionalsocialismo adquiriría características radicalizadas del capitalismo, como una forma de preservar su estructura y revitalizarla bajo un sistema dictatorial, nacionalista y militarista, en favor de los monopolios y en detrimento de la clase trabajadora.

Pero en una reflexión posterior, publicada tres años después, Cole refinó su mirada sobre el fascismo y sus características, tanto a nivel económico como político. En primer lugar, creía que este, cuyo origen situaba en Italia, no representaba una teoría política definida, sino que se adecuaba a partir de las necesidades del “interés nacional”, donde ésta se convertía en el ente supremo de subordinación social, imperando una lógica de equiparación de los intereses de las élites dirigentes con los de la nación, bajo una estructura militar y expansionista. Dentro de este régimen político, subyacía como núcleo dirigente el ejército, las élites políticas y capitalistas, cuya consolidación se dio en detrimento del sector obrero y campesino a partir del control de los sindicatos por parte del Estado corporativista.⁴³⁸ Bajo esta situación, Cole señalaba que existían distintas similitudes entre fascismo y

revolución comunista engendró, al fascismo como manifestación de un capitalismo “planificado”, cuya exaltación nacional apuntalaba el dominio de los monopolios sobre la clase obrera. Palme Dutt, “Dos décadas”, pp. 231-282. También tal como señalaba Francisco Frola, el fascismo significaba el dominio de la clase obrera a través de un supuesto corporativismo sindical. Frola, “Los problemas del trabajo”, pp. 545-570. O también como consideraba Maurice Dobb, quien veía al fascismo como una manifestación militarista y dictatorial de los grandes capitalistas de Alemania e Italia, los cuales reivindicaban una justificación expansionista e imperialista. Dobb, “Imperialismo”, pp. 445-490. Siguiendo una línea similar, aunque retomando percepciones más afines a los principios del socialismo inglés y francés de mediados del siglo XX,

⁴³⁶ Cole, “La confusión actual”, pp. 304-328.

⁴³⁷ Cole, *Doctrinas y formas*.

⁴³⁸ Cole, *Doctrinas y formas*, pp. 133-146.

comunismo soviético —sobre todo en aspectos como el control estatal de la economía, el corporativismo, o la política de masas— pero no los situaba como iguales debido a la promoción marxista de la lucha de clases, mientras que en el fascismo imperaba el interés de la nación.⁴³⁹

Es notable que la perspectiva de Cole se transformó en consonancia a la evolución del régimen nacionalsocialista entre 1934 y 1937, pues a pesar de reconocer que partía de la experiencia italiana para definir el carácter de esta clase de regímenes, la evolución de su postura muestra no sólo el carácter del caso italiano, sino también del alemán. Por una parte, la indefinición que veía en 1934 por la novedad del nazismo es una muestra de las dificultades que los intelectuales tenían en este momento para interpretar al gobierno de Hitler, limitándose a asociarlo con una dictadura capitalista. Mientras que para 1937, con la evolución de ambos regímenes, sobre todo en sus reclamos expansionistas, como la Invasión a Abisinia por parte de Italia en 1935, la incorporación de El Sarre por Alemania en 1935, o la intervención en la guerra de España, fortaleció su concepción acerca del carácter militarista e imperialista que significaba el fascismo.

El inicio de la Segunda Guerra también permitió una transformación de las interpretaciones sobre el fascismo. Ello se dio a partir de las interacciones que el exilio germano tuvo con el contexto inglés, sobre todo con personajes vinculados a la teoría crítica. De estos vínculos es posible destacar una obra como *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, de Franz Neumann.⁴⁴⁰ Esta tuvo gran peso dentro del contexto intelectual de los promotores de esta plataforma. La visión de Neumann, en diálogo con el fabianismo inglés —pues Neumann había escrito parte de *Behemoth* durante su estancia laboral en la London School of Economics—, planteaba una radiografía del nacionalsocialismo en términos económicos y políticos.

Dentro de su obra, el autor partía del contexto de crisis económica y política que enfrentó la República de Weimar para explicar el ascenso al poder del nacionalsocialismo, así como su caracterización. Neumann concebía que la inestabilidad económica y política había permitido el fortalecimiento de sectores que tradicionalmente habían concentrado el poder desde la constitución de Alemania como nación: el ejército, la burocracia, la industria

⁴³⁹ Cole, *Doctrinas y formas*, pp. 161-169.

⁴⁴⁰ Neumann, *Behemoth*.

y los grandes terratenientes. En sintonía, el régimen de democracia parlamentaria alentada por Weimar derivó en la agudización de las tensiones sociales imperantes en la sociedad alemana, agravando la crisis de las instituciones democráticas de corte liberal.⁴⁴¹

Por ello, el nacionalsocialismo una vez en el poder aprovechó esa situación para derogar cualquier resabio de las instituciones liberales y modelar un régimen de acuerdo a una serie de principios que Neumann concebía como un No-Estado, en el cual las cuatro estructuras tradicionales de poder contaron con una posición de mando y funcionamiento propio e independiente, sin articular un Estado funcional, y cuyos puntos de unión, además del ejercicio y la disputa por el poder, eran su oposición al movimiento obrero. Desde este punto de vista, aspectos como la constitución totalitaria, la implementación de medidas raciales, el carácter carismático del régimen, el reclamo imperialista del “espacio vital”, la conformación de una jerarquía partidista, la preponderancia de los intereses industriales y la constitución de monopolios productivos, yacían bajo el parámetro de una carencia de teoría política propia, contando en su lugar con una conjunción de distintos preceptos políticos, cuya característica principal era el sentido irracional con el que se aplicaban, funcionando más bien como técnicas de dominación sobre la masa a partir de la propaganda.⁴⁴²

Pero también en la conceptualización sobre el fascismo desarrollada en la plataforma, la asociación con la crisis civilizatoria tuvo presencia a la hora de considerar el carácter de estos regímenes. Ésta relacionó planeamientos como el debilitamiento de los principios culturales y espirituales asociados a Occidente con caracterizaciones ontológicas nacionales que propiciaban la barbarie y el irracionalismo, tal como sucedió en el caso de Alemania o Italia. Esta interpretación comenzó a tomar fuerza a partir de 1938 y 1939, pues con el inicio del exilio español en México se asentó una reflexión acerca de las tendencias bárbaras e irracionales del fascismo. Pero sería hasta 1942 que el tópico alcanzaría su auge. Lo anterior estuvo marcado por factores como el inicio del clímax de la militancia antifascista en estas publicaciones, además de la llegada de otros exiliados europeos al contexto mexicano.

La forma en que se construyó la relación entre fascismo y crisis civilizatoria fue a partir de un diálogo marcado por las interpretaciones provenientes del contexto anglosajón con una visión propia del contexto mexicano a partir de la pluralidad de actores que

⁴⁴¹ Neumann, *Behemoth*, pp. 51-53.

⁴⁴² Neumann, *Behemoth*, pp. 507-525.

convergió en él. Sobre todo, en *Cuadernos Americanos* y “Política y Derecho”, la publicación de reflexiones de autores como Florentino Torner, Luis Recaséns Siches, Pedro Bosch Gimpera, Rohan D’O. Butler o Alfred Stern, entre otros, dan muestra del cruce entre distintas experiencias antifascistas.

Para estos intelectuales, el fascismo era un régimen que rompía con la tradición occidental debido a dos aspectos. Por un lado, se veía en esta ruptura un “retroceso” de la civilización a estadios de vida más atrasados. Ello debido a que los promotores del fascismo buscaban construir una sociedad asentada en lo prelógico, lo irracional, el mito, la exaltación de la barbarie y el misticismo.⁴⁴³ Por el otro, también existieron interpretaciones que veían en el carácter ontológico de naciones como Italia y Alemania tendencias de carácter autoritario y de desprecio a los principios de la cultura occidental, las cuales prepararon el camino para el surgimiento y predominio del fascismo. Lo anterior se debía, según diversos autores, a raíces históricas profundas que expresaban una disposición nacional a esta clase de procesos. En este sentido, el fascismo solo había sido el beneficiario de características que subyacía en los estratos más profundos de los pueblos de estos países, los cuales mostraban una interrelación tensa con los principios de la cultura occidental.⁴⁴⁴ Por ello, autores como Rohan Butler consideraban que el fascismo era una conjunción de aspectos nuevos y modernos, como su alabanza por la técnica y el movimiento, pero también viejo y conservador, por su espíritu y su falta de ideales.⁴⁴⁵

⁴⁴³ Esto fue lo que percibía Alfred Stern a la hora de definir la filosofía que derivaba del nacionalsocialismo. Concebía que esta se separaba de la tradición occidental por su concepción colectiva en lugar de reafirmar el papel de individuo en el proceso de reflexión científica y racional, por anteponer lo nacional en aras del entendimiento universal y la búsqueda de la verdad, el anti-intelectualismo, y su renuncia a la científicidad. Stern, “La filosofía en el Tercer Reich”, pp. 14-43.

⁴⁴⁴ Ejemplo de ello es la formulación que realizó Luis Recaséns Siches sobre que el espíritu romanticista-místico que caracterizaba al “alma” de los alemanes, exacerbado a partir del impulso sentimental en concepción anti intelectualista que caracterizaba a la concepción de crisis civilizatoria, había sido uno de los factores por los cuales se constituyó el nacionalsocialismo. Véase Recaséns Siches, “El derrumbamiento de la cultura alemana”, pp. 20-22.

⁴⁴⁵ Si bien dentro de la argumentación de algunos de los autores, su concepción no resultaba totalizante, ya que creían que no toda la sociedad alemana o italiana encajaba en la tendencia barbarizante, si consideraban que ese elemento resultaba una fuerza ontológica de consideración y que sí podía definir a una mayoría. Esto es posible percibirlo en la interpretación que realizó Rohan D’Ollier Butler, quien concebía que en autores de gran trascendencia para el pensamiento alemán a lo largo de su historia, como Goethe, Herder, Kant, Humboldt, Clausewitz, List, Wagner, Gobineau, Nietzsche, Mann, Spengler, entre otros más, se encontraban presentes ya rasgos que caracterizarían al nacionalsocialismo, tales como el planteamiento del espacio vital, la exaltación de una sociedad rígida, disciplinada, que rechazaba lo individual en pro de lo colectivo, de gran verticalidad y autoritarismo. A ello, Butler sumaba el aspecto que estos principios se tendían a conjuntar con la actitud prusiana, lo que daba como resultado un extremo irracionalismo. Además, consideraba que en la tradición

Dentro de estas narrativas está el trabajo de Pedro Bosch Gimpera titulado “Democracia y totalitarismo en la historia”.⁴⁴⁶ En él, el historiador español realizó un ejercicio de reconstrucción histórica sobre las orientaciones democráticas y autoritarias existentes en la tradición occidental, a las cuales veía como procesos de larga data cuyas raíces penetraban en los más antiguos vestigios de la humanidad. El catalán creía que el devenir histórico de Europa fue un constante ir y venir entre las tendencias totalitarias, ajenas a sus raíces por venir de oriente pero que habían adquirido gran arraigo en dicho espacio, y el espíritu democrático, que respondía a la esencia de la civilización occidental. Por ello el impulso de nacionalismos expansionistas y la incapacidad de las democracias por garantizar una representatividad de las fuerzas sociales conllevó a una reafirmación del totalitarismo en las naciones europeas, llegando a un estado de perfeccionamiento en el nazismo alemán y el fascismo italiano. La consolidación del Estado en sí mismo, la absorción del individuo por este, la concepción de un líder carismático, la construcción de un ideario mágico-religioso a partir de lo nacional y que adquiría tintes raciales eran los elementos históricos que se conjugaron y hermanaban en la construcción del fascismo, uniendo a los regímenes de Hitler y Mussolini de raíz.

¿Uno o muchos fascismos? Las múltiples apelaciones en la sensibilidad

La concepción antifascista no se limitó a calificar como fascismo al régimen italiano y al nacionalsocialismo alemán, pues dentro de la plataforma imperó una acepción amplia del concepto, el cual incluyó al franquismo español, a distintas dictaduras militares latinoamericanas y al militarismo japonés.⁴⁴⁷ Esta extensión denominativa a o experiencias fuera del espacio europeo —tal como América y Japón— se relacionó con la mirada dialéctica entre América y Europa, cohesionados a partir de los vínculos tejidos desde la idea de

alemana era posible encontrar una vertiente en la cual oriente —sobre todo Rusia— se encontraba con occidente, tanto por la posición geográfica alemana como por sus contactos históricos, lo que hacía que existieran similitudes y vasos comunicantes entre la Alemania nazi y el comunismo soviético. Véase Butler, *Raíces ideológicas del Nacional-socialismo*, pp. 339-367. Es necesario señalar que la interpretación de Butler se inserta dentro de una perspectiva interpretativa surgida en el contexto anglo-norteamericano con una amplia carga antigermánica, la cual concebía que el nazismo era el producto de una desviación y subdesarrollo alemán a los principios de la cultura occidental. Véase Kershaw, *La dictadura nazi*, p. 24.

⁴⁴⁶ Bosch Gimpera, “Democracia y totalitarismo en la Historia”, pp. 97-119.

⁴⁴⁷ Si bien existen amplias discusiones historiográficas sobre sí es posible considerar a estos gobiernos como una expresión del fascismo de esos años, dentro de esta investigación nos limitaremos a atender la consideraciones expresadas dentro de estas plataformas y las razones del por qué los consideraban parte del fascismo.

“civilización occidental”, ya que estos eran esenciales para comprender la derivación de una crisis que posibilitaba la emergencia de este tipo de regímenes en distintas espacialidades del globo. Lo anterior es posible afirmarlo aún para el caso japonés, debido a la matriz interpretativa de la cual partían estos intelectuales. De momento nos limitaremos a abordar el caso del militarismo japonés, pues sobre el franquismo español y las dictaduras latinoamericanas profundizaremos con mayor detalle en el capítulo 4.

La manifestación nipona del fascismo quedó expresada con profundidad en el ensayo de Daniel Cosío Villegas “El fascismo japonés”, publicado en *El Trimestre Económico*⁴⁴⁸ y posteriormente aparecido en “Política y Derecho”.⁴⁴⁹ Este trabajo fue originalmente una ponencia presentada como parte de un ciclo de conferencias realizadas en 1938 por la organización antifascista Liga Pro-Cultura Alemana con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública.⁴⁵⁰ El eje de este ciclo se centró en desentrañar las características del fascismo en sus distintas manifestaciones, con el propósito de ofrecer al público mexicano distintas definiciones de este tipo de regímenes, además de los atropellos y abusos que habían cometido, buscando con ello atraer simpatías a las causa del exilio germanoparlante antifascista que defendía la Liga.⁴⁵¹

⁴⁴⁸ Cosío Villegas, “El fascismo japonés”, pp. 270-298.

⁴⁴⁹ Cosío Villegas, *El fascismo japonés*. Es necesario señalar que unos años antes de que Daniel Cosío Villegas produjera este ensayo, la relación entre la Alemania nazi y el Japón de Hirohito se estrechó. Esto se debió a que en noviembre de 1936 se firmó el llamado Pacto Antikomintern entre ambas naciones, el cual asentó una lucha común en contra de la expansión mundial del comunismo, además de fortalecer los vínculos políticos entre ambos regímenes.

⁴⁵⁰ La Liga Pro-Cultura Alemana se estima se formó en 1937 a iniciativa del alemán radicado en México Heinrich Guttman. Creada como una forma de emular la constitución de un Frente Popular plural, el organismo terminaría siendo una asociación cultural encargada de promover “la verdadera cultura alemana” frente a la expresión nazi. Esto hizo que en ella convergieron personas de distintos espectros ideológicos. En ella participaron germanoparlantes como Erwin Friedeberg, Alfred Miller, Mauricio Luft, Paul Elle, José Fischer, Karl Markmann, entre otros. Por su parte, la Liga se vinculó con figuras de importancia en la política y el ámbito cultural mexicano, como Ermilo Abreu Gómez, Gilberto Bosques, Enrique González Aparicio, José Mancisidor, Leopoldo Méndez, Silvestre Revueltas, Matilde Rodríguez Cabo, entre otros más. La Liga sería el organismo más importante del exilio germanoparlante hasta su fragmentación ideológica en 1942 a causa de la salida de sectores germanoparlantes simpatizantes del comunismo quienes formarían el movimiento “Alemania Libre”, por lo que la Liga pasaría a llamarse en 1943 como Liga Antinazi de Habla Alemana en México. Para profundizar véase Cañadas García, “La huella de la cultura”, pp. 66-73.

⁴⁵¹ También En estas conferencias, que abordaron a regímenes como el italiano, el alemán, el español, el japonés, entre otros más, participaron personajes como Jesús Silva-Herzog, Víctor Manuel Villaseñor, Mario Sousa, Enrique Beltrán, Vicente Lombardo Toledano, Francisco Frola, Ricardo José Zevada, o Daniel Cosío Villegas. Estas conferencias tuvieron lugar dentro del Palacio de Bellas Artes, debido al apoyo que brindó la SEP, a la vez que fueron transmitidas por radio, a través de la XEFO y la XEUZ. Véase Cañadas García, “La huella de la cultura”, pp. 68-70. Es posible estimar que este ciclo de charlas surgió como parte de un esfuerzo pedagógico que se dio en la esfera pública mexicana de la época que tenía como propósito fortalecer los temas

En su reflexión Cosío Villegas retomó instrumentos interpretativos asentados en los rasgos “universales” del fascismo. En este sentido, el economista mexicano recuperó lo planteado por Harold Laski en obras como *El liberalismo europeo. Un ensayo de interpretación*.⁴⁵² Recordemos que el inglés proponía que el fascismo podía entenderse como una tendencia de clase, en donde los sectores industriales destruyeron las instituciones e ideas liberales en pro de reafirmar su poder sobre la clase trabajadora, en contubernio con el ejército y los grandes capitalistas. A ello sumó la discusión con autores como Freda Utley y su obra *Japan's Feet of Clay*,⁴⁵³ los trabajos de Victor A. Yakhontoff,⁴⁵⁴ o el trabajo conjunto de O. Tanin y E. Yohan con su obra *Militarism and fascism in Japan*.⁴⁵⁵ La inspiración de Cosío

de lo que sucedía más allá de las fronteras nacionales y que la sociedad mexicana cobrara sentido de su importancia ante lo que podría desencadenarse a futuro, no solo para apuntalar la agenda diplomática cardenista o la concientización sobre frágil situación por la que atravesaban tanto la República española o los exiliados europeos que comenzaban a llegar al espacio mexicano, sino también para poder combatir al enemigo interno o externo –real o imaginario— asociado al fascismo.

⁴⁵² Laski, *El liberalismo europeo*.

⁴⁵³ En esta obra la autora retomaba la categoría de feudalismo para explicar el proceso histórico de conformación del fascismo en Japón. Consideraba que en el caso del país asiático, el calificativo de fascismo empataba en ciertos aspectos en comparación con los regímenes europeos, aunque también con diferencias. Derivado del tardío “feudalismo” en Japón, cuya transición al capitalismo fue hasta finales del siglo XIX, derivó en la permanencia de regímenes autoritarios, sin un gobierno de carácter democrático. Esto hizo que no fuera necesario que un movimiento de masas a partir de un partido fascista destruyera las instituciones democráticas en el caso japonés. Pero consideraba que el gobierno militar japonés empata con el fascismo en aspectos como la concentración económica monopólica y en trusts, la centralización del capital, la preponderante posición y poder de los grandes empresarios frente a los burócratas y terratenientes o el declive de la clase media. Es por ello que consideraba que el fascismo japonés en un régimen en tránsito entre la edad media y la modernidad, debido a que aspectos como la estratificación social, los mitos, la supersticiones, el peso de los terratenientes en la política, dotaba al país de un nacionalismo chauvinista, que propiciaba un militarismo agresivo hacia otras naciones vecinas. Véase Utley, *Japan's feet of clay*, pp. 288-339.

⁴⁵⁴ Yakhontoff, partiendo de la consideración del fascismo como una dictadura del capital financiero con el apoyo de un partido de masas, señalaba que el fascismo en Japón debía ser entendido de acuerdo con las condiciones históricas propias de la nación, donde sí existía una dictadura del capitalismo financiero, pero sin la existencia de un partido de masas. Consideraba que el tardío tránsito del feudalismo al capitalismo había provocado en Japón que sobrevivieron muchas expresiones del paternalismo feudalista acopladas a las dinámicas del capitalismo, tales como la obediencia, autoritarismo y humillación, así como el predominio del militarismo. Esto propiciaba una sociedad vertical y estratificada, donde la subordinación a la clase superior, pero sin llegar a un predominio de la clase militar el régimen japonés, pero sí una reacción en contra de lo extranjero. Explicaba la existencia de un imperialismo a partir de un rápido desarrollo industrial y la carencia de materias primas en su territorio, lo que empujaba al capitalismo financiero a promover un militarismo expansionista. Véase Yakhontoff, “The fascist movement in Japan”, pp. 28-41.

⁴⁵⁵ Tal como afirma Federico Marcon, no es posible señalar que la sociedad ni la política japonesa de la década de 1930 y 1940 pueda ser considerada como fascista, el calificativo de “fascismo japonés” representó una etiqueta heurística de gran peso y que es necesario desentrañar a partir de tres aspectos: una reconstrucción histórica de las circunstancias que la constituyeron, un estudio historiográfico de las perspectivas que la sostuvieron, y un análisis meta histórico para comprender la legitimidad con la que se alzó historiográficamente. A su vez, Marcon sitúa a O. Tanin y E. Yohan, seudónimos de O. S. Tarkhanov y Y. S. Iolk, los ubica dentro de la perspectiva interpretativa marxista. En ello, estos dos autores consideraban que el fascismo japonés no podía asociarse con los parámetros del fascismo europeo debido a dos peculiaridades del “del feudal y militar

Villegas en Laski significó trasladar una concepción surgida para explicar el caso europeo al espacio asiático, con el propósito de comprobar si el fenómeno japonés podría ser comprendido como una expresión fascista u otra cosa.

Esa situación le llevó a formular que el régimen nipón era una manifestación autoritaria cuyos fundamentos se encontraban en el retraso de Japón frente a las tendencias de la modernidad occidental. Esto situaba a esta nación en una posición de estancamiento entre el feudalismo y el capitalismo industrial, dando como resultado un régimen dictatorial de características capitalistas. Consideraba que el caso japonés se diferenciaba de otros debido a lo diverso de las actividades que ejercían sectores del gran capital en comparación con Italia o Alemania, ya que las élites niponas tenían intereses en banca, comercio, almacenes, fábricas, fundiciones, producción de materias primas, hospitales, etc., lo que sumado al gran control que cuatro familias ejercían en cada uno de estos sectores, daban origen a monopolios o duopolios dependiendo del caso.⁴⁵⁶ Dichos elementos diferenciaban a la dictadura capitalista nipona.

También esta conjunción de capitalismo con feudalismo, Cosío Villegas también la empleó para describir la situación política de Japón, pues consideraba que el liberalismo nunca tuvo lugar en el país asiático. En cambio, las características autoritarias siempre estuvieron implícitas en el entorno japonés. Como conclusión consideraba que resultaba difícil que el liberalismo se arraigara en la sociedad nipona, lo que explicaba un régimen estancado entre el feudalismo y la modernidad. Por esto resultaba imposible que el liberalismo fuera el origen del fascismo en el país asiático, razón que no permitía equipararlo frente al caso alemán o italiano, adquiriendo rasgos diferenciados. Por ello consideraba adecuado lo propuesto por autores como Utley, Yakhontoff, Tanin y Yohan, quienes designaban al régimen japonés como fascismo militar, fascismo feudal o un gobierno en vías de convertirse en fascista, respectivamente.

Ajustes del antifascismo en el horizonte de la posguerra

imperialismo japonés”, tal como que el fascismo en Japón representaba una herramienta tanto del capitalismo financiero como de la monarquía japonesa, constituida tanto por los capitalistas financieros como por los terratenientes semif feudales, además de que el fascismo japonés no era un movimiento de masas, lo que limitaba el ejercicio de la demagogia, y se concentraba en las élites reaccionarias y en la clase media chauvinista. Véase Marcon, “The quest for Japanese fascism” pp. 53-85.

⁴⁵⁶ Cosío Villegas, “El fascismo japonés”, pp. 275-277.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial, particularmente con la entrada de México al conflicto en 1942, comenzaron a surgir inquietudes sobre el mundo de la posguerra. Ello dio lugar a distintas proyecciones sobre lo que podría realizarse para concretar una serie de expectativas que encauzaron la construcción de un mundo mejor. Bajo este principio, se creía que el término del fascismo representaría una oportunidad para enmendar la crisis que enfrentaba la humanidad y comenzar el proceso de reconstrucción, tanto a nivel europeo como global. Por ello, el fin de la guerra y del fascismo se presentaban como un horizonte común, que unía por igual a América, a Europa y a otras latitudes del mundo.

Dicho aspecto es posible palparlo en la apelación que Alfonso Reyes escribió con motivo de la liberación de París por parte de las fuerzas aliadas en agosto de 1944. El escritor regiomontano veía en esa acción bélica una reivindicación del espíritu humano y del ideal de libertad presente en el pensamiento francés. Para Reyes esto daría origen a un proceso de sanación de los principios civilizatorios, debilitados por la “catástrofe” que el hombre había enfrentado con la guerra y el fascismo, teniendo en el horizonte futuro la oportunidad de lograr esa recuperación a partir de la victoria aliada.⁴⁵⁷ Es posible señalar que en la concepción de Reyes se abría un horizonte de posibilidad para la regeneración social, política, cultural y espiritual de aquellos países afectados por la destrucción y violencia que trajo consigo la guerra y el dominio fascista resultaban una especie de trauma que servía de aliciente para tratar de salir de la situación crítica.

Pero también el término de la guerra fijaría un horizonte donde el antifascismo encontraría los límites de su presencia. Dicha situación se debió a una divergencia entre distintos actores, pues mientras algunos exiliados europeos consideraban que la causa antifascista había triunfado con la derrotar del nacionalsocialismo en la guerra, para otros, el fascismo seguía vigente en el franquismo español o en distintas dictaduras del espacio americano.

Dentro de la plataforma ambas posturas tuvieron lugar, aunque predominando la segunda, debido al peso que tuvieron los actores hispanos y americanos en las colaboraciones de la posguerra. Pero es necesario precisar que si existió una reafirmación de la primera. Ejemplo de ello es la traducción y edición del libro de George H. Sabine *Historia de la teoría*

⁴⁵⁷ Reyes, “La liberación de París”, pp. 9-13.

política, publicado en 1945 y traducido por Vicente Herrero.⁴⁵⁸ Es posible señalar que la perspectiva definitoria del fascismo propuesta por Sabine respondió a una preocupación surgida en sectores del liberalismo o de la izquierda crítica del comunismo soviético en años previos a la Segunda Guerra Mundial, pero que tomó fuerza con el estallido del conflicto, que era equiparar al fascismo con el comunismo soviético bajo la categoría de totalitarismo.⁴⁵⁹ En este sentido, si bien algunos de los intelectuales que colaboraron en estos proyectos tenían una noción similar —como José Gaos—, la concepción de Sabine muestra un rasgo distintivo, en donde es posible encontrar el tránsito del antifascismo a otra sensibilidad como el anticomunismo, mostrando la fractura de la frágil alianza ideológica que por momentos fraguó la lucha antifascista, pasando a una confrontación propia de la Guerra Fría, donde la expresión anticomunista se esforzó por construir esa equiparación del fascismo con el comunismo bajo la etiqueta de los sistemas totalitarios.⁴⁶⁰

Por otro lado, la concepción de que el fascismo seguía siendo una amenaza durante la posguerra tuvo particular peso dentro del contexto americano —y en este caso mexicano—, pues debido a la presencia de las comunidades de exiliados españoles, centroamericanos y de otros lugares del continente, ayudaron a postergar la apelación antifascista durante algunos años más después de concluido el conflicto mundial, al menos dentro de esta plataforma.

2.3 Profesión de fe. Una sensibilidad americanista y la proyección a futuro

Rumbos y características de una sensibilidad americanista

A la par del antifascismo, otra sensibilidad que también permitió la cohesión de los proyectos editoriales bajo una plataforma común fue el americanismo. Esta fungió como comparsa a las lecturas y postulados en contra del fascismo, ya que postulaba la necesidad de que el continente se mantuviera exento de la amenaza que estos sistemas políticos representaban para los principios de vida asociados con la región. Pero en sí ¿qué es el americanismo? La respuesta a esta pregunta resulta compleja, ya que han existido múltiples manifestaciones de esta sensibilidad, variando de acuerdo a la época y al grupo que la postula, guardando una

⁴⁵⁸ Sabine, *Historia de la teoría política*.

⁴⁵⁹ Traverso, *El totalitarismo*, pp. 75-82. Tal como señala Martín Vicente, el trabajo de Sabine tiene su origen en 1937, pero su traducción al español coincidiría con el inicio de la tendencia de identificar al comunismo con el fascismo dentro de la categoría de totalitarismo. Véase Vicente, “El espejo que tiembla”, pp. 111-113.

⁴⁶⁰ Traverso, *El totalitarismo*, pp. 83-110.

estrecha relación con el contexto sociohistórico al que apela.⁴⁶¹ Pero es posible postular de forma general que esta plantea la búsqueda por definir una conceptualización e identidad propia del continente americano y los pueblos que lo conforman, en aras de construir un rumbo específico que lo diferencie de otras regiones del globo. Dichos esfuerzos derivaron en proyectos culturales, políticos, sociales, económicos e intelectuales de diversa índole.

En el caso de esta sensibilidad, a la cual es posible denominar como “americanismo antifascista” o “americanismo de la Segunda Guerra Mundial”, representó una apelación de carácter autonomista y autodeterminista frente a las intervenciones –de distinto orden– que diferentes naciones “externas” a la región habían realizado a lo largo de su historia.⁴⁶² Dicha situación resaltaba la necesidad de que el continente y las sociedades que lo conformaban encontraran su propio rumbo hacia el futuro, exentos de cualquier dominación ajena a sus voluntades. Bajo esta premisa, se reconocía que el continente poseía un gran acervo cultural y espiritual proveniente de la tradición occidental, del cual se habían alimentado históricamente las naciones de la región, siendo un fundamento de gran importancia en su constitución y continuidad.⁴⁶³ Pero esto hacía necesario reconvertirlo en algo propio, con el

⁴⁶¹ Para una revisión de las conceptualizaciones que han existido sobre el continente americano y cómo estas han derivado en diferentes visiones políticas e intelectuales véase Altamirano, *La invención de nuestra América*.

⁴⁶² Historiográficamente, el americanismo de mediados del siglo XX ha sido definido de distintas formas, poniendo en relieve acepciones como una línea temática dentro de una serie de proyectos culturales que tenían como preocupación central el promover un reconocimiento mutuo entre los países de la región y encauzar la reflexión sobre el continente a partir de sus propias condiciones, sobre todo en un contexto de efervescencia política y cultural como la década de 1940, situando a América frente a sucesos como la Segunda Guerra Mundial o la Política del Buen Vecino y el Panamericanismo promovido por los Estados Unidos. Esta perspectiva la comparten en cierta medida Rodríguez Contreras, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica”; Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”, pp. 236-258; y Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 73-100. Por otro lado, también se ha entendido como parte de una identificación artística o literaria, que, al partir de una búsqueda por la identificación de la esencia americana para sumarla como contribución continental al mundo, se da una conjunción entre el pensamiento y la acción en el cual el intelectual americano se ve como el principal aludido. Véase Parra Triana, “Americanismo crítico”, pp. 37-56.

⁴⁶³ Para personajes como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Francisco Romero, América contaba con un “espacio de experiencia” al que era necesario recurrir en la construcción de esa manifestación original que debía ser la cultura americana. Esto se plasmaba en la herencia hispana como elemento constituyente de la “tradición” americana. Tal como señala Clara Parra Triana, estos autores concebían la tradición americana como un estrato de conexión con el pasado que dotaba de fortaleza y vigorosidad la expresión cultural de su época. En ello, la expresión hispana representaría la continuidad histórica que hermanaba a las naciones del continente, en donde sería el canal de conexión universalista y occidental. Por ello, a los ojos de esta autora, la perspectiva de estos escritores era considerar a América como la síntesis de occidente. Parra Triana, “Americanismo crítico”, pp. 45-49.

propósito de definir a la cultura americana a partir de sus propios términos, además de evitar que se trasladaran los “vicios” existentes en Europa.⁴⁶⁴

Bajo estos términos, América se constituía como algo plural, donde la variedad de palabras que existían para denominar a la región respondían a la diversidad de identidades y manifestaciones culturales presentes en el continente —tales como Latinoamérica, Indoamérica, Angloamérica, Hispanoamérica o Iberoamérica—. Éstas, si bien planteaban caracterizaciones regionales distintas, encontraban un punto de unión en el deseo de que la zona mantuviera una identidad y aspiración propia, lo que fomentaría su autonomía frente a cualquier injerencia externa.⁴⁶⁵ Pero ¿independencia frente a quién?

Esta independencia no solo se marcaba frente a naciones extranjeras al continente, como Inglaterra, Francia o Alemania, pues en ocasiones también incluyó un deseo de distanciamiento frente a la potencia hegemónica de la región: Estados Unidos. Lo anterior significó un foco de tensiones y discusiones, pues las posturas de los intelectuales divergían en una gran variedad de matices, yendo desde la imposibilidad de establecer lazos con esta nación, pasando por la interacción ocasional y limitada, hasta la compaginación de esfuerzos para lograr concretar las aspiraciones autonómicas, al considerar que este país no era una amenaza sino una parte complementaria de la región, bajo la idea de los “medios mundos americanos”.⁴⁶⁶

⁴⁶⁴ Este era el caso de las dictaduras latinoamericanas de la época que tal como veremos en el capítulo 4, fue imbuida dentro de una “tradición” autoritaria de la zona, cuyas raíces históricas se remontaban a los mismos procesos de independencia de la región a inicios del siglo XIX.

⁴⁶⁵ Existe una amplia bibliografía que ha abordado el estudio de esta gran variedad de términos, sus orígenes, sus connotaciones temporales y sus proyecciones en manifestaciones políticas y culturales concretas. Para el caso de esta investigación no ahondaremos en ellas, sino que revisaremos algunas referencias específicas. Para una perspectiva general véase Altamirano, *La invención de nuestra América*. Para el caso de América Latina o Latinoamérica véase Tenorio-Trillo, “Latinoamérica”. En el caso de Indoamérica, véase la parte que dedica Altamirano a dicha concepción. Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 79-81. También Haya de la Torre, “Intervención e imperialismo”, pp. 7-12. Sobre el término Hispanoamérica véase Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 74-79; y Faber, “Exilio e hispanismo”, pp. 69-77.

⁴⁶⁶ Esta visión, de gran impacto para el entorno intelectual de la época, la planteó el estadounidense Waldo Frank en su artículo “Los dos medios mundos americanos”. Este concebía que Estados Unidos e Hispanoamérica representaban las dos caras del continente americano, desconociéndose entre sí y caracterizándose como medios mundos o mundos incompletos. Estados Unidos, al representar la fuerza de la técnica, carecía de la fuerza espiritual/cultural, que encauzara los valores humanos. Hispanoamérica por su parte, representaba la fuerza de lo humano, pero careciendo del impulso de la técnica que los dotara de mejores condiciones de vida. Por ello estos medios mundos se necesitaban mutuamente para convertirse en expresiones completas, las cuales permitieran un mejor entendimiento y horizonte para el continente americano. Frank, “Los dos medios mundos americanos”, pp. 29-42.

En este caudal de posturas emergió constantemente una desconfianza y necesidad de distanciamiento entre lo anglo y latino debido a la construcción de una “incompatibilidad” de caracteres asociados a cada cultura, en donde el atributo espiritual del latino se reafirmaba frente al individualismo liberal y la frialdad material de los sectores anglo.⁴⁶⁷ Por otro lado, también ocasionalmente aparecieron muestras de reconocimiento y admiración por distintos aspectos de la vida estadounidense, como la actividad académica en las universidades, el *New Deal* o la Política de la Buena Vecindad, promovida durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt.

Pero en la visión de estos intelectuales, la reafirmación de autonomía y emancipación continental eran solo aspiraciones a futuro, pues para lograrlas, era necesario que las naciones del continente conocieran tanto sus propias características como las de sus países vecinos, en aras de construir una identidad propia y definida. Para ello era necesario un sistema de saberes e instituciones perteneciente a la región, promovido por mecanismos e instancias institucionales que ayudaron a consolidar dichas aspiraciones en el orden político, económico, cultural, social e intelectual. Lo anterior no derivó en la definición de un programa político claro y único, sino que se conjugaron una serie de reclamos o aspiraciones emancipatorias como horizontes a lograr, entre los que estaban: organismos multilaterales propios que ayudaran a estrechar las relaciones políticas y velar por los intereses mutuos, la resolución de los problemas de desigualdad económica y fomentar el desarrollo industrial de los países, el término de las dictaduras militares en la zona y la búsqueda por democratizar al continente, estrechar los lazos culturales,⁴⁶⁸ entre otros.

Tal expectativa se situó en una época de dificultades e incertidumbres sobre lo que sucedía a nivel mundial, pero sobre todo en el continente europeo, espacio de referencia más

⁴⁶⁷ Esto significó una actualización de la caracterización de lo latino y lo anglo surgida durante la emergencia del neologismo de América Latina a mediados del siglo XIX. Al respecto véase Tenorio-Trillo, “Latinoamérica”, pp. 119-150. Bajo estos parámetros y retomando su concepción elitista de la “minoría selecta”, se creía que lo latino seguía representando la espiritualidad y apreciación de la alta cultura y la humanidad, mientras que los sectores anglo, además de su relación con lo material y lo individual, se le sumó una crítica a lo banal e insensible de su estilo de vida, pues a partir de la incorporación de las masas a la vida política y del consumo en Estados Unidos durante la llamada era progresista, la emergencia de las producciones culturales de masas tales como el cine, los cómics, la radio o la televisión, fueron vistas como frívolas y carentes de alma, estableciendo una crítica temprana a lo que más adelante sería el *American way of life* de la posguerra. Un ejemplo de esta visión es la crítica realizada por O’Gorman, “Carta sobre los norteamericanos”, pp. 151-160.

⁴⁶⁸ Véase por ejemplo Rodríguez Contreras, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica”; Weinberg, “Cuadernos Americanos”, pp. 236-258; y Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 73-100.

próximo a los ojos de estos intelectuales. Por ello, frente a la realidad conflictiva que trajo consigo los reordenamientos geopolíticos derivados del expansionismo fascista y que se vio agravado con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, se planteó al continente americano como nuevo horizonte civilizatorio de la humanidad, siendo este espacio el lugar que permitiría una renovación de las distintas esferas sociales aquejadas por el trance que se vivía mundialmente. Planteado como un continente pácifico y en diálogo con los principios civilizatorios de occidente, se consideraba que estas condiciones eran las idóneas para que América tomara el relevo de Europa como el nuevo horizonte a futuro.

Por ello, para sectores de la intelectualidad latinoamericana o para aquellos que se encontraban en situación de exilio en el contexto americano, era necesario defender al continente de cualquier amenaza externa o interna. En este sentido, ante el escenario crítico que atravesaba Europa, se valoró que América se encontrara aun exenta o relativamente al margen del conflicto armado que azotaba al mundo, pues aunque diversas naciones del continente ya se habían integrado al esfuerzo de guerra en el bando aliado, el conflicto todavía no hacía presencia directa sobre la región. Pero esta situación no la hacía inmune a los efectos en el corto, mediano y largo plazo, debido a la posibilidad de que el conflicto escalara y encontrara en el territorio americano un nuevo campo de batalla.

Lo anterior no exentaba de retos y dificultades al continente, pues para estos intelectuales, América enfrentaba la disyuntiva de si resguardaría y continuaría con aquellos principios occidentales que habían servido de base para su propia formación cultural y espiritual,⁴⁶⁹ o en una actitud iconoclasta, se dejarían de lado para buscar un horizonte civilizatorio propio y diferenciado.⁴⁷⁰ Ello se vio atravesado por la consideración de si América se encontraba preparada y lo suficientemente “madura” para enfrentar dicho reto o

⁴⁶⁹ Para intelectuales como Alfonso Reyes o José Luis Martínez, Europa nunca dejaría de jugar un papel fundamental, debido a que su fuerza creativa e impulso cultural, a pesar de la incertidumbre del escenario de la guerra, pervivirían, convirtiéndose en un elemento guía en las aspiraciones universalistas. Pero frente a ello, América no debía renunciar a la búsqueda de su propia identidad en un ejercicio de síntesis, planteando un constante diálogo entre ambas realidades, logrando con ello una base en lo universal. Véase para el caso de Reyes, “La liberación de París”, pp. 9-13. También véase la reflexión de José Luis Martínez en torno a la figura de Stefan Zweig. “América y el testamento”, pp. 107-110.

⁴⁷⁰ Esto es visible en posturas de personas como Juan Larrea o Leopoldo Zea, quienes concebían que la civilización occidental se encontraba en un proceso de decadencia imposible de frenar. Por ello, el Nuevo Continente debía renunciar a “heredar” sus principios y procurar construir una identidad propia y nueva, reconociendo sus orígenes en lo occidental, pero retomando dichos elementos para transformarlos en algo nuevo, cuyo sustento se encontrará en la aspiración a lo universal. Para el caso de Larrea véase, “Fin de la guerra”, pp. 13-17. En el caso de Zea, véase “En torno a una filosofía americana”, pp. 63-78.

si era necesario que postergara su vínculo con Europa en el entorno cultural e intelectual, al encontrarse todavía en proceso de formación identitaria.⁴⁷¹ Dichos puntos dieron lugar a amplias discusiones en las cuales se asentaron y tensionaron los lazos entre la universalidad occidental y la particularidad americana.⁴⁷²

Pero más allá de estas características ¿Cuál fue el origen y evolución de este americanismo antifascista? Bajo esta premisa, es posible considerar que este tuvo sus raíces a finales de la década de 1910 y la de 1920, durante las cuales la generación que fue partícipe del proceso de la Reforma Universitaria —la cual inició en la Universidad de Córdoba, Argentina en 1918 para posteriormente extenderse a otras latitudes de la región—⁴⁷³ construyó un circuito de comunicación e intercambio cultural de alcance continental. A través de ella circularon perspectivas acerca de lo que significaba el continente, los problemas que lo aquejaban, sus potencialidades a futuro, así como la búsqueda de una identidad propia a partir de sus características. Hay que recordar que personajes como Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva-Herzog, Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas o Arnaldo Orfila fueron partícipes de distintas iniciativas relacionadas con el movimiento reformista. A su vez, esto fue acompañado por un arielismo que impactó en la formación y pensamiento de distintos intelectuales, como Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña,⁴⁷⁴ lo que dejó una fuerte impronta en el americanismo de esta plataforma. Lo planteado por José Enrique Rodó en su libro de 1900 *Ariel*, donde se exaltaba a lo hispano —tanto europeo como americano— frente a lo anglosajón, marcaría una fuerte influencia en el pensamiento latinoamericano de la época.⁴⁷⁵

⁴⁷¹ Para algunos intelectuales como Alfonso Reyes América no concretaba aún su proceso de formación identitaria, pero la coyuntura que se vivía a nivel mundial obligaba y representaba una oportunidad para que el continente superara su indefinición y buscara un camino propio, haciendo “de tripas corazón”, y enfrentando la situación con las deficiencias y virtudes que se poseían hasta ese momento. Reyes, “América y *Cuadernos Americanos*”, pp. 7-10.

⁴⁷² Esto Altamirano lo describe como el esfuerzo intelectual americano por buscar diferenciarse de Europa, reivindicando los lazos culturales que mantenían con el viejo continente y exaltando la universalidad de sus valores, pero resaltando las particularidades del Nuevo Continente, a pesar de estas no eran del todo claras dentro de estos planteamientos. Ejemplo de ello lo sitúa en la realización del VII Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, donde ante las increpaciones de los intelectuales europeos, Alfonso Reyes, Francisco Romero y Pedro Henríquez Ureña no lograron esclarecer del todo esa particularidad americana. Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 143-166.

⁴⁷³ Para profundizar en las redes de la Reforma, véase Bergel, *Los viajes latinoamericanos*. Para analizar el impacto en México, véase Robinet, *La Revolución Mexicana*, pp. 89-112.

⁴⁷⁴ Al respecto véase Aparicio Durán, “Alfonso Reyes en dos tiempos”, pp. 3-5.

⁴⁷⁵ Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 70-73.

A ello se sumó una impronta antiimperialista durante las décadas de 1920 y 1930, la cual marcó la trayectoria de intelectuales como Sánchez, Haya de la Torre, Alfredo Palacios, Mariano Picón Salas, entre otros.⁴⁷⁶ Dichos elementos serían los núcleos constituyentes del americanismo antifascista.

Es posible señalar que simbólicamente este americanismo surgió a mediados de la década de 1930, particularmente en el desarrollo de la VII Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, realizada en Buenos Aires, Argentina, entre el 11 y el 16 de septiembre de 1936. En ella, Alfonso Reyes como participante del diálogo, leyó su célebre ensayo titulado “Notas sobre la Inteligencia Americana”, el cual podría ser considerado como el documento “fundacional” de esta perspectiva.⁴⁷⁷ Este momento estuvo marcado tanto por la consideración de que América se encontraba en su etapa de “emancipación” cultural y espiritual frente a los designios de occidente como por la creencia de que Europa atravesaba por serias dificultades que ponían en peligro los fundamentos de su propia existencia.

Dicha apelación no se mantuvo ecuaníme en la plataforma durante los años estudiados, sino que se fue transformando de acuerdo a los temores, expectativas, preocupaciones y experiencias que cruzaron a los actores que colaboraron con los proyectos editoriales. En ello, interactuaron tanto cuestiones del espacio americano como del escenario europeo e internacional. Un primer momento estuvo marcado por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando este apelativo encontró mayor fuerza dentro del entorno intelectual de la región, sobre todo con su difusión y aliento a partir de la aparente debacle europea por el fascismo y su posible extensión hacia América. La entrada de Estados Unidos al conflicto a finales de 1941 y de México en mayo de 1942 imprimió al americanismo una particular

⁴⁷⁶ Tal como señalan Alexandra Pita y Carlos Marichal “El enorme impacto de la Gran Guerra (1914-1918) y la conciencia de una inminente decadencia europea cambiaron muchas de las percepciones acerca de la supuesta inferioridad de América Latina, característica en el pensamiento de un gran número de positivistas latinoamericanos de fines del siglo XIX. De allí que cobrara fuerza la que hemos denominado la generación de 1920, en especial los nuevos antiimperialistas [...]. Los escritos de este grupo de intelectuales se caracterizaban, en general, por una afirmación más optimista de la identidad latinoamericana, con una fuerte crítica social y de un pronunciado antiimperialismo. Se trataba de un claro cambio de paradigmas, al menos entre los intelectuales críticos interesados en discutir el futuro de Latinoamérica, a partir del impacto de una serie de grandes acontecimientos que cambiaron su visión del presente y futuro de la región”. Pita González y Marichal Salinas, “Introducción pensar el antiimperialismo”, pp. 23.

⁴⁷⁷ Véase Reyes, *Notas sobre la inteligencia*. Para una revisión pormenorizada del texto de Reyes, véase Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 147-155.

fuerza que comenzó a ser tema recurrente en las reflexiones publicadas en los distintos proyectos editoriales.

Con el avance de la guerra y ante el fortalecimiento de la creencia de la inminente derrota del fascismo, en el panorama mundial comenzaron a realizarse reuniones y acuerdos con el propósito de delinear las reconfiguraciones del mundo al término del conflicto. A partir de los principios plasmados en la Carta del Atlántico, formulada por Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt en 1941, o la Declaración de las Naciones Unidas de enero de 1942, se realizaron reuniones como la Conferencia de Casablanca o la Conferencia de Teherán en 1943.⁴⁷⁸ En la esfera americana, reuniones como la Consulta de Cancilleres de Río de Janeiro de 1942 sirvieron para fincar los mecanismos de la región frente al conflicto y comenzar a definir una agenda hacia el término de la guerra.⁴⁷⁹

Lo anterior también hizo eco en el americanismo de la plataforma. Por ello se hizo dominante la preocupación por el futuro a partir de 1943, en donde la conjugación de un horizonte temporal —la posguerra— se combinó con un deseo —la autonomía continental—. En esta búsqueda por definir expectativas sobre el futuro de la región frente al horizonte de incertidumbre, se esbozó como necesaria la toma de decisiones y acciones en marcos como el económico, el político y el cultural, en aras de atajar el camino hacia la consolidación de la independencia continental.⁴⁸⁰ Si bien este panorama a futuro se construyó como una temporalidad indefinida, el marco de acción más inmediato para esto se encontraba en la posguerra, siendo este el espacio temporal ideal para dar los primeros pasos hacia ese horizonte proyectado.

Por su parte, el término de la guerra en 1945 y los años subsiguientes marcarían la transformación de lo que planteaba el americanismo antifascista o de la Segunda Guerra Mundial. Si bien abordaremos este tópico a profundidad un poco más adelante, de momento basta resaltar que fue un periodo de reajuste y desencanto. Ello se debió a las lógicas geopolíticas de la posguerra y el inicio de la Guerra Fría.

⁴⁷⁸ Como un ejemplo de estas discusiones y reuniones véase el libro de Hilderbrand, *Dumbarton Oaks*.

⁴⁷⁹ Véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 384-385.

⁴⁸⁰ En el caso de esta investigación nos limitaremos a abordar algunos aspectos relacionados con el campo político y cultural, dejando de lado la reflexión económica emanada desde estos proyectos editoriales. Para profundizar en las expectativas de la posguerra en el campo de lo económico, véase Babb, *Proyecto: México*.

América y la disputa por un humanismo americanista

A partir de dichos aspectos, la impronta americanista se convirtió en un elemento fundamental para el desarrollo de esta plataforma editorial, resaltando sobre todo en los contenidos de *Jornadas y Cuadernos Americanos*.⁴⁸¹ Pero este influjo no se limitó a los proyectos abordados en esta investigación, ya que también fue extensivo a otras publicaciones o colecciones editoriales cercanas a esta matriz institucional, tales como las colecciones “Biblioteca Americana” o “Tierra Firme” que surgieron a inicios de la década de 1940,⁴⁸² o también a otras publicaciones de la época como *Sur* o *Repertorio Americano*.⁴⁸³

Tal impronta americanista concentró el interés que estos actores tenían por las ciencias sociales y las humanidades, lo que dio origen a una reflexión centrada en la búsqueda de un “humanismo americanista”. Este humanismo, el cual procederemos a definir y explicar en los siguientes párrafos, tuvo distintas variaciones, entre las que se encontraba una manifestación hispánica y otra asociada a los actores nativos del continente. Estas posturas no resultaron totalmente encontradas, ya que retomaron elementos en común.

Por una parte, el humanismo americanista de corte hispánico fue una formulación constante entre los planteamientos de distintos intelectuales del exilio español. Éste consideraba que la cultura hispánica guardaba un potencial moral y espiritual particular para lograr hacer frente a la coyuntura crítica que afectaba a la humanidad, gozando de una posición de privilegio para lograr tal fin. Esto se debió, tal como señala Sebastiaan Faber, a que consideraban que la unidad hispana —cimentada en el lenguaje, en una aparente uniformidad cultural y en una promesa de grandeza— estructuraba un discurso pan-

⁴⁸¹ En este sentido, tal como se señaló en el primer capítulo, el enfoque de “Política y Derecho” era el poner a disposición del público mexicano e hispanoamericano, a partir de la traducción, una serie de interpretaciones y conocimientos provenientes del espacio anglosajón, debido a que estaban disponibles solo en inglés u otra lengua. Sobre esto profundizaremos en el capítulo 4. Por su parte, *El Trimestre Económico* tenía como objetivo presentar una perspectiva general de la economía, tanto a nivel teórico como de reflexiones. Es por ello, que América Latina fue una presencia constante, aunque no sería hasta inicios de la década de 1940 cuando tomaría fuerza dentro de la publicación, encontrando a partir de 1945 una centralidad en las colaboraciones publicadas, sobre todo a partir del tópico del desarrollo. Véase Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 141-165.

⁴⁸² Para una perspectiva de estas dos colecciones y su influencia americanista, véase Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 73-100. También véase Cervantes Becerril, “Fondo de Cultura Económica”, pp. 559-572. Para una visión centrada en la gestión editorial de la colección “Tierra Firme”, véase Rodríguez Contreras, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica”. Para una perspectiva sobre “Biblioteca Americana”, véase Weinberg, *Biblioteca Americana*.

⁴⁸³ Es el caso de *Sur*, publicación argentina que, si bien guardaba un perfil europeizante, también contó con una perspectiva de corte americanista. Al respecto véase Sarlo, “La perspectiva americana”, pp. 10-12.

nacionalista que se asentaba en lo occidental, pero desplazado a un lugar periférico frente a la hegemonía que establecieron naciones como Francia, Alemania o Inglaterra. Esta marginación frente a lo hegemónico hizo que, de cara a la concebida crisis que vivían los valores asociados a Occidente, lo hispano no se viera afectado por la coyuntura, lo que lo dotaba de un potencial regenerativo. Este potencial se cimentaba en aspectos como la espiritualidad, el humanismo, la extensión territorial de su influencia y su apelación universalista, lo que posicionaba a lo hispánico como punta de lanza para plantear la posibilidad de un retorno a lo ecuménico, en lugar de la fragmentación nacionalista.⁴⁸⁴

Rescatando mucho de la fórmula identitaria-racial hispanista que entró en pugna con la visión pan-latinista a finales del siglo XIX,⁴⁸⁵ esta concepción del potencial espiritual también se reflejó en la postulación de un humanismo continental cimentado en los valores propios de la cultura hispánica. Por ello esta visión hacía hincapié en la tradición y legado de lo español sobre el continente, sobre todo en el terreno de la cultura y lo espiritual, donde las expectativas de un nuevo comienzo se asentaron en la idea de excepcionalidad que tenía España, sacrificada por la Guerra Civil, pero cuyo influjo renacería en los países del “Nuevo Mundo”, representando la conformación de una nueva Hispanoamérica.⁴⁸⁶

La impronta hispana se reflejó en el rescate de una serie de figuras representativas del siglo de oro español, las cuales sirvieron como alegorías del modo de ser humanista, entre las que estaban Luis Vives, Vasco de Quiroga, Francisco de Vitoria o Bartolomé de las Casas. En este sentido se concebía que la impronta de la tradición humanista española era visible en la trayectoria histórica de las sociedades y naciones americanas. Un ejemplo de esto es el ensayo de Joaquín Xirau “Humanismo español (ensayo de interpretación histórica)”, publicado en 1942 en *Cuadernos Americanos*. Para el filósofo español, era posible observar

⁴⁸⁴ Faber, “Exilio e hispanismo”, pp. 69-77. Faber señala que esta visión del hispanismo planteaba la omisión de las diferencias culturales existentes dentro de lo “hispano o al menos su disminución, además de que chocaba con otras acepciones de pensamiento que rechazaban las identidades culturales colectivas o las narrativas providenciales, además de otras expresiones de pannacionalismos latinoamericanos o ibéricos. Esa reafirmación hispana se hizo presente, en *Cuadernos Americanos*, según Alejandra Barriales, entre 1942 y 1945, años de colaboración plena del exilio republicano en la publicación. Véase Barriales, “*Patria de destino* versus”, pp. 55-65. Si bien representa una etapa de auge, consideramos que es posible extender la huella del exilio todavía unos años más, debido a que su influjo también resulta fundamental para la comprensión del desencanto de la posguerra. Como un ejemplo de esta perspectiva presente dentro de la plataforma, véase el texto de Francisco Ayala, “La coyuntura hispánica”, pp. 69-98.

⁴⁸⁵ Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 74-79.

⁴⁸⁶ Véase Díaz de Guereñu, “Del llanto a la quimera”, pp. 130-133; González Neira, “*Cuadernos Americanos* y el exilio español”, pp. 19-21.

la influencia del humanismo hispánico en héroes americanos y españoles como Miguel Hidalgo, Simón Bolívar, José Martí, Rafael de Riego, Mariano José de Larra y Francisco Pi y Margall.⁴⁸⁷ Esta ascendencia se debía a que estas naciones, desde su independencia, nunca dejaron de ser hispanas, visualizando a los procesos de independencia como guerras civiles en las cuales los criollos y peninsulares enfrentaron juntos a los españoles que ocultaban una intervención extranjera —la francesa—.⁴⁸⁸ Es por ello que los hispanos no eran ajenos a lo americano, y con cierta legitimidad podían —y debían— participar en la búsqueda de ese nuevo horizonte humanístico del continente.⁴⁸⁹

Por otro lado, la definición de un humanismo americanista de corte continental resultó una formulación frecuente entre los intelectuales mexicanos y latinoamericanos que participaron en la plataforma. Este apelaba a delinear el carácter de la cultura continental, planteando la búsqueda de lo original, aunque alimentándose de los estratos históricos y culturales que convergían en la región y formaban parte de su tradición. Esta perspectiva concebía que el continente era fluctuante e indefinido en su identidad, debido a que se encontraba en constante transformación, pero que recaía en la intelectualidad de la región la labor de concretar ese impulso creador e imaginativo en un horizonte propio.⁴⁹⁰ Dicha apelación dotaba a los productores culturales de una oportunidad única en la búsqueda de esa identidad colectiva, frente a la cual América se convertía en la depositaria del acervo cultural occidental, pero con la obligación de transformarlo en algo nuevo.⁴⁹¹

Lo anterior impulsó que en la plataforma se proyectara un discurso humanista en el cual se resaltaba el carácter de síntesis que poseía la cultura americana. Este reconocía las raíces plurales del continente americano y promovía el acercamiento —a pesar de las reservas o dudas— entre las distintas realidades culturales de la región. Pero este humanismo no se

⁴⁸⁷ Sobre todo, a la luz de la invasión francesa a España. Xirau, “Humanismo español”, pp. 132-154.

⁴⁸⁸ Xirau, “Humanismo español”, pp. 133-136. Una perspectiva similar a la presente en el ensayo se encuentra en el realizado por Ayala, “La coyuntura hispánica”, pp. 69-98.

⁴⁸⁹ Tal como señala Larrea en el discurso de tercer aniversario de la revista, donde menciona “Y algunos españoles, por amor de esta tarea y por amor de América, permaneceremos aquí. Porque dejaría de ser español quien no creyese o no se atreviese a afirmar públicamente por temor al qué dirán ciertas vagas consignas, su creencia en un más allá de España”. Carner, González Martínez y Larrea, “El pan y la palabra”, pp. 48-49.

⁴⁹⁰ Parra Triana, “Americanismo crítico y”, pp. 37-56.

⁴⁹¹ Véase Días Martins, “Identidade Ibero-americana”, pp. 82-102.

limitó a reconocer la relación de Occidente con América, sino que promovía la búsqueda de una cultura madura con rasgos e identidad propias a partir de sus condiciones contextuales.⁴⁹²

Pero en sí, ¿qué elementos en común compartían estas dos apelaciones humanísticas? De forma sintética, estas partían de la visión de crisis debido a la emergencia del fascismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.⁴⁹³ Frente a este escenario, al reivindicar la necesidad de una nueva visión humanista como una forma de contrarrestar dicha crisis, resaltaban como necesarias la presencia de diversos valores que refrendaban la dignidad humana y el bienestar social: la libertad, la democracia, la justicia social, siendo estos una extensión de los valores preexistentes en la cultura occidental, al menos desde la concepción socio liberal que predominó entre los colaboradores de la plataforma.⁴⁹⁴

También establecían como fundamento común el papel que debía tener el humanista como un intermediario esencial para el desarrollo de la renovación cultural. Al partir del principio de “minoría selecta”, el humanismo se alzaba como una reafirmación de esa concepción elitista. Bajo la tónica de una sociedad segmentada en estratos directivos y sectores dirigidos, los humanistas, bajo sus figuraciones profesionales de académicos, artistas, escritores e intelectuales, ocupaban el papel de la pequeña élite encargada de la preservación, desarrollo y entendimiento de las expresiones espirituales de la alta cultura y las disciplinas humanísticas,⁴⁹⁵ frente a manifestaciones culturales de masas, calificadas —la mayoría de las veces despectivamente— como expresiones desvirtuadas y carentes de espíritu.⁴⁹⁶

⁴⁹² Weinberg, “*Cuadernos Americanos*”; Aceves Zamora, “Empresa cultural: Cuadernos Americanos”, pp. 79-84.

⁴⁹³ Para Alfonso Reyes, el fascismo representa un empeño bestial por regresar a tiempos primitivos, en su gusto y necesidad de sangre, provocando que otros países queden “heridos en su ser mismo”, impidiéndoles la reflexión y el ejercicio de la cultura. Véase “América y *Cuadernos Americanos*”, pp. 7-10. Por su parte, para Juan Larrea el fascismo se convertía en una tendencia destructiva de los valores fundamentales de la civilización occidental. Véase “Fin de la guerra”, pp. 7-31.

⁴⁹⁴ La exaltación de estos valores como principios humanistas quedó asentado en el discurso pronunciado por Juan Larrea con motivo del segundo aniversario de la publicación. Véase Carner, González Martínez y Larrea, “El pan y la palabra”, pp. 40-50.

⁴⁹⁵ Este entendimiento de una élite culta, capaz de valorar y dar sentido a las expresiones más sublimes del espíritu humano, es visible en la reflexión de O’Gorman, “Carta sobre los norteamericanos”, pp. 151-160.

⁴⁹⁶ Una parte de esta visión crítica se asentó en diversos ensayos de la época, entre los que destacan para el caso hispano *La Rebelión de las Masas*, de José Ortega y Gasset. Aunque no fue bien recibido dentro de algunos círculos americanos, es innegable la influencia que tuvo sobre esta reflexión durante la época. Véase por ejemplo la relación entre el filósofo español y Alfonso Reyes que detalla Granados Valdéz, “Alfonso Reyes”, pp. 77-98. Para una visión crítica a las producciones culturales de masa, véase Silva-Herzog, “La cultura y la paz”, pp. 14-15.

Por otro lado, un apelativo más que compartían estas dos afirmaciones fue la búsqueda de un horizonte de autonomía para la región, aunque con direcciones y propósitos distintos. Por una parte, para los exiliados españoles la reafirmación americana servía como un horizonte de renovación para el apelativo identitario del humanismo español que proclamaban representar, contraponiéndolo contra el principio de hispanidad que promovía el franquismo como agenda cultural en la región. La autonomía americana serviría como una autonomía española, una nueva tierra desde la cual emprender la lucha por recuperar su origen cultural y territorial, arrancados por el fascismo en sus distintas manifestaciones. Por otro lado, para los americanos este apelativo sirvió como parámetro para tender un puente comunicativo con las tradiciones de las cuales había abrevado a lo largo de su historia, pero frente a las cuales afirmaba su independencia y derecho de autodeterminación en el orden cultural y político.

El americanismo y la posguerra: entre el reajuste y el desencanto

El término de la guerra representó el inicio del espacio de acción que estos intelectuales pautaron para que América comenzara a construir su horizonte autonómico, por lo que era necesario definir y aplicar las estrategias y propuestas formuladas en los años previos, así como evaluar las condiciones que se iban dibujando con los reacomodos globales para pautar la pertinencia de los actos y sus posibles reformulaciones. En este sentido, se dieron algunos replanteamientos y acotaciones realizadas por distintos intelectuales a sus ideas, mostrando cómo el tránsito entre el conflicto y la posguerra significó un espacio de reajuste y confrontación de las expectativas con la realidad, sobre todo por las grandes transformaciones globales derivadas de las reconfiguraciones geopolíticas y la naciente Guerra Fría.

Por una parte, en muchos casos esto derivó en un desencanto frente a las proyecciones de autonomía imaginadas. Factores como el peso mundial que adquirió Estados Unidos como superpotencia vencedora en la guerra, la incapacidad de los países de la región para articular una política internacional conjunta independiente de EU, la pervivencia de regímenes dictatoriales en la región o la exclusión que sufrieron las naciones latinoamericanas en la definición de los programas hacia futuro, acaparados en cierta medida por las potencias aliadas,⁴⁹⁷ hizo que la reivindicación de independencia y autodeterminación cultural y

⁴⁹⁷ Véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 385-386.

política se viera acotada por las condiciones que primaban en el entorno internacional. Dicha situación causó la frustración de algunos intelectuales, quienes veían un panorama difícil para los intereses y aspiraciones de las naciones de la región.

Ejemplo de ello es el ensayo “América Latina en el momento económico” de Gustavo Polit, publicado en *Cuadernos Americanos* en 1946.⁴⁹⁸ Al plantear un balance del papel de Estados Unidos en la economía del continente durante la guerra y los primeros años de la posguerra, el economista consideraba imposible construir una independencia frente a la nación del norte, pues su hegemonía sobre la región sería un freno para cualquier intento de maniobrar fuera de sus intereses, representando un obstáculo difícil de sortear para el desarrollo económico de América Latina.

Esa hegemonía, a los ojos de otros intelectuales, también acotaba la posibilidad de reclamar una autoafirmación identitaria, derivando en una dependencia frente a otras tradiciones culturales. Tal como observaba Víctor Masssuh, “América ha enmudecido. ¿Podemos decir que en sus proyecciones colectivas sociales y culturales, responde a los perfiles del canto? América abandonó las riberas de su canto. Huir del canto es como abandonar su propio corazón, el justo centro de su esencialidad. Es dejar de ser América para ser algo extraño a sí misma”.⁴⁹⁹ Masssuh hacía referencia a la actitud que distintos países comenzaron a tener frente a la influencia cultural estadounidense en la región, pues concebía que el continente dejó de lado su potencial espiritual, asentado en su carácter latino, para dar paso a la sumisión ante lo económico, preponderante del carácter anglosajón, pues en lugar de exportar calidad cultural para el proceso de reconstrucción europeo, exportó la deshumanización del “dólar” con el desarrollo del Plan Marshall.

Pero también en el americanismo antifascista comenzaron a permear diversas mutaciones que a la larga darían lugar a su propio agotamiento, dando paso a nuevas manifestaciones en la búsqueda por denominar al continente. En este sentido, el inicio de la Guerra Fría marcó la pauta de dichas alteraciones, resignificándose de acuerdo con el tópico en el que se insertaba la sensibilidad y la postura política desde la cual se reivindicaba. Estas cuestiones se materializaron en dos tendencias principalmente. La primera fue la de aquellos que encontraron en el reforzamiento de la hegemonía estadounidense una oportunidad para

⁴⁹⁸ Polit, “América Latina”, pp. 7-31.

⁴⁹⁹ Masssuh, “La esperanza europea”, pp. 30-41.

reivindicar el estrechamiento de relaciones con esta nación y la necesidad de oponerla frente a cualquier injerencia externa al continente, sobre todo de aquello vinculado al comunismo.

Ejemplo de lo anterior es el artículo de Germán Arciniegas “Las cuatro Américas”, publicado en *Cuadernos Americanos* en 1949. En este, el colombiano planteaba la necesidad de un acercamiento entre las cuatro partes americanas —Canadá, Brasil, Estados Unidos y la América indoespañola—, que con anterioridad consideraba unidas bajo una sola “América”, pero que a partir del recelo y temor que predominó entre distintos países del continente durante parte del siglo XIX y XX, debido al papel intervencionista que realizó Estados Unidos en la región, esta cohesión se fragmentó. Desde esa premisa, Arciniegas hacía un llamado a reconstruir ese horizonte común, promoviendo la necesidad de una síntesis, pues a pesar de las divergencias culturales y lingüísticas, existían horizontes comunes en aspectos políticos, económicos y culturales.⁵⁰⁰ Este llamado es posible situarlo como parte del discurso panamericanista que promovió el colombiano durante los años de la posguerra, pues tal como señala Carlos Suárez, durante este lapso hay un emparejamiento entre la agenda liberal en clave panamericana con los lenguajes de la Guerra Fría en la figura de Arciniegas.⁵⁰¹

Otra de las mutaciones que sufrió el americanismo antifascista fue el de su transición a lo que Rafael Rojas denomina como el latinoamericanismo de la Guerra Fría.⁵⁰² Con el advenimiento del conflicto bipolar, el quiebre de la política de la Buena Vecindad modificó las expectativas que tenían distintos intelectuales sobre el rol de los Estados Unidos en la región. Por tanto se reforzó el recelo frente a este país y se fortaleció el reclamo autonomista de las naciones de la región frente a la hegemonía de esta nación en materia política, económica y cultural. Pero este reclamo no se limitó a una sola superpotencia, sino que se extendió también a la influencia de la Unión Soviética en el continente. En este sentido, se construyó una postura tercerista que reafirmaba la necesidad de que las naciones del continente gozaran de margen de acción y autodeterminación en el planteamiento de sus propios intereses y caminos a recorrer. Resignificando el nominativo “latino” en un sentido de niveles de desarrollo en la lógica de la constitución de la CEPAL en 1948,⁵⁰³ se prosiguió

⁵⁰⁰ Arciniegas, “Las cuatro Américas”, pp. 7-17.

⁵⁰¹ Suárez Morales, “Germán Arciniegas”, pp. 147-169

⁵⁰² Rojas, *Cuadernos Americanos y el latinoamericanismo*.

⁵⁰³ Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 88-91. A su vez, también es necesario considerar lo que señala Fernando Deggiovanni respecto al impulso brindado por las universidades e instituciones

con el apelativo del reconocimiento cultural entre las naciones de la región —uno de los factores para el mantenimiento de iniciativas como “Tierra Firme” o “Biblioteca Americana”—, lo que ayudó a construir un apelativo panamericano de carácter latinoamericano, lo que dio paso a agendas terceristas en materia económica, política, social, cultural e intelectual.

2.4 Una forma de militancia. La discusión del rol del intelectual frente a la coyuntura

Las condiciones para una definición del intelectual

Uno de los efectos que provocó la concepción de crisis civilizatoria que permeó durante las décadas de 1930 y 1940 fue el de la transformación de distintas identidades colectivas. Los cambios abruptos que se vivieron en el campo de la política y la cultura provocaron que, desde múltiples espacialidades, distintas colectividades reflexionaran sobre qué es lo que se debería de realizar para afrontar la situación y tratar de obrar en favor de buscar una solución a la coyuntura. Esto obligó en muchas ocasiones a que se cuestionaron los principios mismos que regían su autoidentificación como parte de un grupo social específico, lo que motivó reformulaciones y adaptaciones identitarias.

Uno de los sectores que vivió con mayor intensidad estas transformaciones fue el de los intelectuales. Dichos actores, autoidentificados en muchas ocasiones como parte de las élites sociales que guiaban y movilizaban a la sociedad, encontraron en el antifascismo un contrapunto que propició el replanteamiento de distintos fundamentos que definían su desenvolvimiento social. Y en el caso de aquellos dedicados a las ciencias sociales y las humanidades, también trastocó las prácticas de las disciplinas a las que se dedicaban.

La plataforma no fue la excepción en la reformulación de ciertos principios identitarios que guiaban la práctica de muchos de sus impulsores o colaboradores, lo que dio lugar a discusiones y debates en búsqueda de replantear el rol que desempeñaban en la sociedad y la forma en que debían actuar frente a una coyuntura global como la que enfrentaban. Esta reflexión giró alrededor de tres tópicos, los cuales agruparon los planteamientos realizados por los actores partícipes de los proyectos editoriales. Estos eran la crisis del intelectual, la responsabilidad social que este tenía y la relación que debían

estadounidenses en la estandarización de los estudios latinoamericanos dentro del campo de las ciencias sociales y las humanidades, al impulsar desde inicios del siglo XX dicha perspectiva, aunque encontrando una carta de naturalización plena a mediados del siglo XX. Deggiovanni, *Vernacular Latin Americanisms*, pp. 1-12.

guardar frente al poder político. Pero antes de profundizar en estas discusiones, es necesario señalar algunas condiciones generales que influyeron en los diálogos.

En primer lugar, en distintas experiencias antifascistas que surgieron durante la década de 1930, los sectores sociales partícipes emplearon los recursos y conocimientos a su disposición para utilizarlos como recursos de lucha y concientización en contra del fascismo. Constantemente estos eran grupos de artistas e intelectuales que formaban parte de alguna organización política, en cuyas lógicas era común y legítimo el uso de las producciones culturales como herramientas para la difusión de los principios ideológicos que defendían. Pero en otros sectores, tradicionalmente autoidentificados con una concepción de neutralidad y labor al margen de la militancia política, replantearon sus prácticas sociales en pro de refrendar la simpatía y compromiso que contrajeron con la causa antifascista, llegando en ocasiones a funcionalizar su propia creación artística e intelectual para lograr dicho fin.

Tal como han mostrado las investigaciones de Ricardo Pasolini o Andrea Devés en torno a distintas manifestaciones antifascistas que tuvieron lugar en América Latina, el empleo del arte y la producción intelectual como artilugios propagandísticos en la lucha contra el fascismo ayudó a que sus productores replantearan la relación que guardaban con distintas causas políticas o sociales, dando lugar a una noción de militancia adaptada a las particularidades de su propia identidad social.⁵⁰⁴ Dichos aspectos permiten dimensionar como el hecho de enfocar parte o la totalidad de las tareas productivas relacionadas con la actividad profesional de estos actores en pro de apoyar una causa política, como en este caso fue el antifascismo, representó un aspecto fundamental en las transformaciones identitarias que tuvieron lugar durante esos años.

Por otro lado, también es necesario ponderar cómo en esas redefiniciones tuvo un gran peso el hecho de que la polarización social vivida durante la época impulsara la toma de postura frente al fascismo. En muchas de las experiencias antifascistas que surgieron durante estas décadas en el espacio europeo, tal como señala Enzo Traverso, la concepción de neutralidad fungió como una postura reprobable entre muchos grupos sociales. La construcción de un binomio fascismo-antifascismo como eje estructurador de muchas dinámicas de la época estimulaba la necesidad de fijar una postura de simpatía y solidaridad

⁵⁰⁴ Devés, “El papel de los artistas”, pp. 126-150; Pasolini, “Scribere in eos qui possunt poscrinere”, pp. 87-108. Por otro

en torno a uno de los bandos en disputa.⁵⁰⁵ Incluso es posible estimar que en algunos sectores, el peso social que significaba la abstención a participar de esa confrontación podría provocar el desprestigio o marginación de aquel que fuera pasivo en la toma de posición. Por ello, resulta necesario tomar en consideración dichos elementos como condicionantes a la hora de comprender las transformaciones identitarias provocadas por los sucesos de la época.

Ahora bien, es necesario apuntar que durante las décadas de 1930 y 1940 existieron distintas formas de posicionarse como intelectual que predominaron en el mundo iberoamericano de la época. En este caso, rescataremos algunos de los planteamientos que buscaron emparejar el rol social del intelectual frente sucesos de la esfera internacional, como los fascismos, la guerra en España y la Segunda Guerra Mundial. Por una parte, lo sucedido en España fue uno de los sucesos que tensionó con mayor fuerza la relación militante del intelectual con su contexto, ya que para algunos resultaba imposible ignorar, sobre todo en el contexto español, la violencia y polarización que permeó durante los años de la confrontación. Lo anterior derivó en que distintos filósofos e intelectuales españoles replantearan la forma en que concebían su actividad como pensadores y productores culturales. Ello dio lugar a la movilización de dichas fuerzas en pro de alguno de los bandos en disputa. Ejemplo de ello es María Zambrano, quien propuso un modelo en respuesta a este tipo de situaciones.

En sus reflexiones de la época,⁵⁰⁶ Zambrano construyó un modelo de militancia intelectual que se ajustaba a la coyuntura de confrontación social que se vivía, con el objetivo de que estos sectores no permanecieran al margen y se unieran a otras de las fuerzas de la sociedad en la defensa de la República y en la confrontación del fascismo. La filósofa partía de considerar al intelectual como una élite social que podía dejar de serlo momentáneamente en la lógica de lograr una reivindicación de lucha común con el pueblo. Es decir, este sector social debía experimentar la realidad y el vacío que traía consigo la guerra, con el propósito de comprender la situación y actuar con fundamento y desapego a su anterior posición social.

⁵⁰⁵ Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 249-250.

⁵⁰⁶ Estas serían posteriormente recogidas en la obra *Los intelectuales en el drama de España*, aparecido en 1937 y que se desprendió de una serie de textos publicados para la revista *Hora de España*, en la cual convergió con otros intelectuales españoles que transitaban al exilio como José Gaos, Dámaso Alonso, León Felipe, Rafael Alberti, José Moreno Villa, José Bergamín, entre otros más. Para profundizar en el papel de *Hora de España* y el impacto que tuvo sobre la postulación de un modelo de intelectual, a partir de la relación de los conceptos “cultura” y “pueblo”, véase de la Ossa Martínez, “Compromiso, adaptación y contexto”, pp. 72-101.

Ello le permitiría empatizar con las necesidades del momento sin pretender abstraerse a partir del empleo de la neutralidad o de una concepción de superioridad moral para retornar a sus actividades profesionales. Esta experiencia permitiría a los intelectuales fijar un horizonte de compromiso con la coyuntura, lo que a futuro, cuando el conflicto fuese superado, posibilitaría a éstos el retorno a sus actividades cotidianas con una nueva visión del mundo, donde se compaginaría su labor como productores culturales con el Estado y el pueblo en aras de construir un bienestar social, aunque sin perder la integridad y libertad de la producción intelectual y artística.⁵⁰⁷

La perspectiva de Zambrano, quien vivió sus primeros años de exilio en México y colaboró con algunas de las instituciones y proyectos editoriales que aquí estudiamos, representó una conciliación de la idea del intelectual como élite social y su capacidad para enfrentar las dificultades que traía consigo el posicionarse frente a la polarización social y el avance del fascismo. Esto abriría distintas posibilidades, al menos en los ámbitos de corte más liberal entre los que se movía Zambrano, de reajustar la mirada sobre lo que representaba el intelectual como fuerza social y su responsabilidades.

Pero América Latina también respondió a este horizonte de tensiones a partir de distintos modelos apelativos. Estos variaban entre una mirada más militante, en donde era imposible separar la producción intelectual de su postura frente a alguna causa social, propio de sectores como el comunismo o el socialismo, y una visión donde los tiempos obligaban a cambiar el enfoque del intelectual, al dejar de lado la neutralidad para enfocar sus reflexiones en generar escenarios de certidumbre frente a lo que sucedía en el panorama internacional y nacional, en aras de defender aquellos valores concebidos como universales, aunque sin dejar de lado su concepción como élite social, en una apelación cosmopolita propia de algunos sectores cercanos al liberalismo.

En el primero, una figura que se ajustó a dicha vocación de carácter más política y militante fue Aníbal Ponce, reputado intelectual comunista argentino. Si bien Ponce fue inicialmente una figura marginal dentro del Partido Comunista Argentino, fue partícipe de distintas iniciativas que combinaron la militancia con la producción intelectual, como lo fue la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) o el Colegio Libre de Estudios Profesionales en el contexto argentino, o la Liga de Escritores y Artistas

⁵⁰⁷ Zambrano, *Senderos*, pp. 46-49.

Revolucionarios de México (LEAR) durante su exilio en el territorio mexicano. Estas instancias acoplaron la idea de que el productor cultural, como fuerza viva de la sociedad, debía ser un factor de lucha y cambio social, al dedicar su creatividad en el cumplimiento de dicha premisa. La figura de Ponce se convirtió en un modelo de esta postura, pues su intención de construir un frente intelectual en contra del fascismo cobró relevancia como inspiración del compromiso del intelectual con su entorno de desarrollo. Con su temprana muerte en 1938, Ponce se transformó en una figura fundamental para este tipo de modelo militante.⁵⁰⁸

Por otro lado, la concepción del intelectual como defensor de los principios civilizatorios fue un modelo común entre aquellos sectores que simpatizaban con el liberalismo. Ejemplo de ello fue la revista argentina *Sur*, en la cual participaron algunos de los colaboradores de esta plataforma editorial, como Reyes, Frank, Arciniegas o Picón Salas. La revista, tal como señala María Teresa Gramuglio, representó un esfuerzo intelectual con el cual se buscó realizar un proceso de modernización cosmopolita desde una “región periférica”, en el cual se renovarían los principios estéticos-intelectuales que regían el entorno americano, pero también demostrar que el continente era un interlocutor a la altura de cualquier capital cultural de occidente.⁵⁰⁹ En este sentido, la concepción de la función social del intelectual planteada durante esos años por la publicación se ajustó al ritmo de los tiempos al postular que esta figura empleara sus propias herramientas de pensamiento para defender y preservar los valores universales de la verdad y la moral occidental representados por la alta cultura.⁵¹⁰

Dichos modelos se convirtieron en elementos dialógicos con los cuales interactuaron las posturas y visiones que quedaron plasmadas dentro de *El Trimestre*, *Jornadas*, *Cuadernos Americanos* y “Política y Derecho” del FCE, y tal como veremos a continuación, ayudaron a

⁵⁰⁸ Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo”, pp. 93-95. Para profundizar en su etapa mexicana véase Rivera Mir, *Ningún revolucionario es extranjero*, pp. 197-220.

⁵⁰⁹ Gramuglio, “*Sur*”, pp. 203-206.

⁵¹⁰ Esto es visible en la editorial que la revista publicó a causa del estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, donde presentaba al intelectual como un actor que no se podía mantener ajeno a la situación crítica, condenando la pasividad y neutralidad frente al momento. Por ello era necesaria su acción desde el campo de las ideas para el resguardo de la democracia y la libertad frente a la amenaza de “barbarie” y autoritarismo que representaban los fascismos. Véase “Nuestra Actitud”, *Sur*, No. 60, Año IX (septiembre de 1939), pp. 7-9.

definir el modelo de la relación que el intelectual debía guardar con su tiempo coyuntural para el espacio mexicano y para el caso de esta plataforma.

¿Intelectuales frente a su propia crisis?

Ante la concepción de una época crítica que se cernía sobre la humanidad, tal como señalamos con anterioridad, las causas de esta situación fueron concebidas como múltiples, al considerar como responsables a distintas colectividades o naciones de la esfera internacional. Pero en los planteamientos que surgieron en algunos grupos de productores culturales durante esos años, el intelectual aparecía como uno de los culpables de la coyuntura en la que se encontraba el mundo, debido a su irresponsabilidad y aislamiento social. Ello derivó en la concepción de que esta figura transitaba por un estado de crisis, la cual había minado su legitimidad social y amenazaba con borrar los fundamentos morales y culturales en que se cimentaba su actividad.

Dicha apelación de crisis en el espacio mexicano e iberoamericano —y particularmente en estos proyectos editoriales— se construyó alrededor de la relación dialógica que se concebía entre América y Europa.⁵¹¹ Ello debido a que lo sucedido en Europa se concebía como una encrucijada para el continente americano, en donde la distancia física que separaba al “viejo” del “Nuevo Mundo” representaba tanto un peligro como una ventaja para la región americana. Por una parte, el peligro residía en el hecho de que al compartir estratos culturales comunes entre ambos continentes debido a la compaginación de la tradición occidental, la crisis que vivían los intelectuales europeos también corría el riesgo de trasladarse a la intelectualidad americana. En contraparte, el peso de la reflexión americanista permitió proyectar a la intelectualidad americana si bien no inmune, si con el potencial de resguardar a su propio grupo exento de una posible dificultad identitaria como la que sucedía en Europa.

En primer lugar, la reflexión sobre la condición problemática por la que atravesaba el intelectual se relacionó con distintas causalidades, partiendo de factores sistemáticos que derivaron en un desgaste de su posición social. Por una parte, concepciones como la de María Zambrana concebían que corrientes filosóficas y visiones del mundo habían aislado a estos actores de lo que sucedía en su entorno cotidiano, impidiendo trascender dicha barrera para

⁵¹¹ Véase Altamirano, *La invención de nuestra América*, pp. 35-123.

acercarse a una reflexión más cercana a la realidad en la cual estaban insertos, dejándolos en una posición endeble y de desprestigio frente a otras esferas de la sociedad, al ser objeto de críticas y descalificaciones por su soberbia y ego.⁵¹² Por otro lado, posturas como la de Francisco Ayala definían que esta situación se debía al papel que el intelectual tenía en el orden liberal que regía al mundo occidental, en donde los problemas que enfrentaba dicha estructura afectaba por igual a este grupo.⁵¹³

Pero frente a dichos escenarios planteados por Zambrano o Ayala, a los que también se unieron con reflexiones propias académicos como Jesús Silva-Herzog, Mariano Picón Salas o José Medina Echavarría, el intelectual no fue visto solo como víctima de las circunstancias, pues su propia constitución y dinámica como grupo social también habían contribuido a su desprestigio social. La concepción de que los tiempos habían derivado en la incertidumbre y desorientación de estos actores, tal como observaba Silva-Herzog, dio origen a vicios de la praxis intelectual tales como la sumisión frente al orden político o la traición a su propia libertad de pensamiento.⁵¹⁴ La postura de Picón Salas, similar a la de Zambrano, señalaba que el racionalismo había debilitado la base humanística de las disciplinas sociales, lo que dio lugar al desprecio del intelectual por lo que sucedía entre la gente del común;⁵¹⁵ o tal como postulaba Medina Echavarría, quien creía que la propia conducta egocéntrica y soberbia del productor de ideas había dado lugar a su incapacidad para generar certezas sociales, lo que provocó su propio desgaste y la pérdida de su reputación.⁵¹⁶

⁵¹² Zambrano estructuró a una fuerte crítica al idealismo, al definir a esta corriente filosófica como la raíz de muchas de las dificultades de época debido a que imposibilitó la madurez del “hombre”, al refugiarse en un entorno abstraído de la realidad, que lo incapacitaba de observar la miseria humana y las problemáticas que lo rodeaban. Esto propició la soberbia y ego del intelectual, pues frente a su aislamiento social construyó una actitud dogmática de rechazo a todo aquello que consideraban como mundano. Pero esta coraza idealista entró en crisis, dando lugar a una explosión violenta de la rabia autocontenida por muchos años y que despojaba de sentido a todo aquello que lucía agotado, lo que propició una crisis cultural europea. Zambrano, *Senderos*, pp. 29-39.

⁵¹³ Ayala enfocó su análisis del rol del intelectual dentro de los regímenes liberales, donde concebía que, ante el agotamiento que presentaba este horizonte ideológico, el intelectual vivía una crisis de su propia función social, cayendo en un desprestigio frente a la sociedad, agotando su autoridad como guías morales y acumulando el resentimiento de distintos estratos de la sociedad debido a la soberbia que les caracterizaba. Esta situación, cuyo origen se debía a que su posición histórica emergió y se situó dentro del auge de la sociedad burguesa, fungiendo como guía y modelo de la “mentalidad burguesa”, habían entrado en cuestión por parte del público, juez y mercado del intelectual, en donde su pretensión de independencia de pensamiento respecto a la estructura social y el poder lucían agotados, dando como resultado una crisis en su función y concepción social. Véase Ayala, *El problema del liberalismo*, pp. 11-28; 102-107.

⁵¹⁴ Silva-Herzog *et al*, “Lealtad del intelectual”, pp. 32-33.

⁵¹⁵ Silva-Herzog *et al*, “Lealtad del intelectual”, pp. 34-36.

⁵¹⁶ Silva-Herzog *et al*, “Lealtad del intelectual”, pp. 40-44.

Pero la crisis también era concebida como una oportunidad de renovación para el intelectual, en donde América de nueva cuenta se alzaba como el horizonte desde el cual se llevaría a cabo dicha regeneración. Tal situación hizo que en distintas comunidades de pensadores americanos se viera la necesidad de reposicionar a éste como un actor de relevancia y peso en la toma de decisiones sociales, sobre todo en respuesta a lo que sucedía en Europa. Para ello se planteaba que la intelectualidad americana serviría como vanguardia para cumplir dicho objetivo renovador, pues a partir de los bríos creativos del continente y sus condiciones, los productores culturales de esta región, en conjunción con aquellos exiliados europeos situados en el continente, expiarían los “pecados” cometidos por los intelectuales de Europa a partir de un ejercicio responsable de sus actividades, en estrecho contacto con su realidad contextual en aras de atender los problemas sociales y mejorar las condiciones de vida de la mayoría.⁵¹⁷

Esta postura, tal como es visible, remarcaba la necesidad de replantear la actitud y responsabilidad social del intelectual, en donde una reconexión con su entorno de desarrollo propiciaría que se dejara, aunque sea de momento, su concepción como élite social para transitar, como señalaba María Zambrano, a una comunión con el “pueblo”. Pero esto, como veremos a continuación, no estuvo exento de polémicas y tensiones en las posturas planteadas dentro de estas publicaciones.

La responsabilidad social del intelectual ¿Postura de élite o ajuste a los tiempos?

¿Cuál era la responsabilidad social del intelectual frente a una coyuntura que se concebía crítica? Recordemos que una definición identitaria que permeó con fuerza en los intelectuales que impulsaron o colaboraron con esta plataforma editorial se asentó en lo que Rodrigo Díaz Maldonado denomina como “minoría selecta”.⁵¹⁸ Este imaginario, cimentado en la obligación de fungir como conciencia y guía social, marcó una impronta en la consideración de cuáles eran los alcances y límites que tenía el llamado al “deber ser” de estos actores.

⁵¹⁷ “Notas bibliográficas”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 7, No. 1 (enero-abril 1945), pp. 152-153. El autor concebía que los intelectuales habían actuado de forma irresponsable frente a los problemas de su tiempo, al rehuir de aquellos tópicos que requerían su atención al considerarlos ajenos, propios del “hombre de la calle”. Esto lo había relegado de su posición como guía racional de la sociedad, dejando su lugar “al demagogo que agita las pasiones” de la masa, trayendo consigo su pérdida de reputación, pero también el escenario crítico que enfrentaba la sociedad.

⁵¹⁸ Díaz Maldonado, “Auge y decadencia de la “minoría selecta”, pp. 442-460.

La forma en que se configuró la identidad colectiva de este grupo en la plataforma editorial fue la búsqueda de responder, a partir de su autoconciencia como élite social, a los problemas que enfrentaban diversas esferas de la sociedad sumidas en una situación crítica por causas multifactoriales. Por ello, al concebirse como orientadores sociales por el rol que ocupan en la estructura social, los “obligaba” a responder de forma activa en la proposición de acciones con el fin de procurar soluciones a las dificultades de la época. También consideraban que su actividad como especialistas en ciencias sociales y humanidades los facultaba para integrarse al debate en la generación de posibles certezas tanto en su presente como en sus potenciales futuros.

Este modelo se convirtió en una constante desde los años de la Guerra Civil Española, pues con el traslado de diversos exiliados españoles al contexto mexicano para continuar sus trabajos en instituciones como La Casa de España en México o la Universidad Nacional, se abrió una veta reflexiva en estos proyectos editoriales que permitió ahondar en la meditación sobre el intelectual. También para finales de la década de 1930 comenzó a definirse en la esfera pública mexicana la figura del intelectual académico, la cual, tal como señalan Guillermo Zermeño y Guillermo Palacios, pluralizó los tipos de productores culturales insertos dentro del contexto mexicano, a la par del intelectual comprometido o del productor de ideas abstraído de su realidad.⁵¹⁹ La presencia del académico en el espacio público se fortaleció durante la década de 1940, pues el estallido y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial representó una coyuntura de mimesis conceptual, en donde los límites entre el compromiso y la “neutralidad” científica se desdibujaron en aras de plantear una crítica a la posición de neutralidad y ensimismamiento asociadas a la “crisis” que vivía los intelectuales.

Ejemplo de lo anterior es la reflexión que desarrolló José Medina Echavarría durante esos años. A partir de textos como “Reconstrucción de la ciencia social”,⁵²⁰ “En busca de la ciencia del hombre”,⁵²¹ o “Responsabilidad de la inteligencia”,⁵²² el sociólogo postulaba la necesidad de que, a la par de su actividad como científico social, el intelectual debía cumplir con su responsabilidad social para responder a los problemas que se hacían patentes en la

⁵¹⁹ Zermeño, “La invención del intelectual”, pp. 334-341; Palacios, “The social sciences, revolutionary nationalism”, pp. 66-67.

⁵²⁰ Medina Echavarría, “Reconstrucción de la ciencia social”, pp. 37-71. Medina Echavarría fecha este ensayo en julio de 1941.

⁵²¹ Medina Echavarría, “En busca de la ciencia del hombre”, pp. 27-36.

⁵²² Medina Echavarría, “Responsabilidad de la inteligencia”, pp. 1-2. 10.

realidad de la época. Su labor debía ser como “orientador para la vida”, donde los conocimientos adquiridos y generados sirvieran para la comprensión de las problemáticas existentes, en aras de dar término a la confusión y angustia de la humanidad, ofreciendo cierto horizonte de certezas. Por estas razones, era necesario fijar postura frente a las eventualidades contextuales de relevancia, al ser incompatible la idea de neutralidad que tanto había normado a la práctica científica con anterioridad, pues la inmovilidad y la negativa a mezclar el conocimiento científico con lo político resultaron en elementos que propiciaron la “crisis” del intelectual.⁵²³

Este se convirtió en un horizonte de certeza común para buena parte de los intelectuales españoles y latinoamericanos que colaboraron con esta plataforma, al menos hasta el final del conflicto mundial. El cambio de expectativas sobre lo que sería el mundo al término de la guerra y los reajustes geopolíticos que se vivieron durante los años posteriores a 1945 representaron una coyuntura para repensar la labor del intelectual a la luz de las nuevas condiciones. Lo dicho abrió la puerta para el replanteamiento de ciertos aspectos relacionados al papel que debía de desarrollar esta figura, pero también la permanencia de otros más. Entre las innovaciones se encontraban la búsqueda de una mayor independencia frente al poder a la hora del ejercicio intelectual, en donde su labor fuese la denuncia en favor de la justicia social frente a las injusticias cometidas por los distintos sectores que ejercían el poder en el país —élites políticas, económicas, etc.—. Por su parte, en las continuidades es posible observar la permanencia de una concepción de crisis en ciertas esferas de la sociedad, además de la apelación cosmopolita defendida por la plataforma.

Un ejemplo de lo anterior es el ensayo de Jesús Silva-Herzog titulado “Deberes del intelectual mexicano contemporáneo”, publicado en noviembre de 1947. El economista consideraba que el término de la guerra no representó un punto final para la crisis que vivía la humanidad desde la época de entreguerras, ya que persistía un horizonte de incertidumbre política y económica que no permitían al hombre fijar un rumbo claro de vida. Por ello, más que nunca resultaba necesario que el intelectual jugara el papel de “guía y arquitecto de pueblos”, al plantear soluciones y crear nuevas formas de convivencia al interior de las sociedades. Pero esta labor debía de realizarse de forma independiente al poder, donde el intelectual sirviera como fuerza moral de la sociedad al ejercer la función de denuncia y

⁵²³ Véase Medina Echavarría, “Reconstrucción de la ciencia social”, pp. 53-55.

crítica en pro de cumplir a los intereses del pueblo, aunque sin caer necesariamente en una lógica de confrontación directa con la estructura gubernamental.⁵²⁴

Es patente señalar que en los modelos del “deber ser” del intelectual que estuvieron presentes en las páginas de esta plataforma existió un punto de conflicto que tensionó los límites y alcances de esta identificación colectiva: su posición como élite frente a las particularidades de la época. Para algunos de los actores, la situación ameritaba que el productor de ideas, en un ejercicio de humildad, bajara de su “pedestal” para entrar en contacto con las condiciones de su contexto, con el objetivo de conocer de primera mano las características que condicionaban el desarrollo de los problemas sociales.⁵²⁵ En sentido inverso, para otros era necesario que el intelectual reafirmara su autoridad social, con el objetivo de recuperar el prestigio que había perdido a causa de sus propias contradicciones. Esto lo haría desde su propia posición de experto, teniendo grandes precauciones de no promover una postura militante o de guardar la debida distancia frente al objeto al que apelaba.⁵²⁶

Si bien estas posturas no necesariamente significaron una confrontación, pues existieron formas de conciliarlas, si dieron origen a planteamientos sobre cuidados que el intelectual debía prestar respecto al lugar social desde el cual reflexionaba, pues ello podía ofrecer una mejor comprensión de las condiciones de posibilidad que tenían a la hora de procurar soluciones a los problemas de la época. Frente a esto, América aparecía de nueva cuenta como objeto de reflexión y una posible respuesta, debido al hecho de que algunos de estos actores vieron en las características del continente un marco de posibilidad de acción y generación de conocimientos. Lo anterior, creían, posibilitaría una mayor certeza del conocimiento generado y una agudeza empírica a la hora de formular programas de acción.

⁵²⁴ Silva-Herzog, “Deberes del intelectual mexicano”, pp. 62-69.

⁵²⁵ Esta fue la concepción que planteó Mariano Picón Salas en su intervención en el diálogo que sostuvo con intelectuales como Juan Larrea, José Gaos, José Medina Echavarría, Jesús Silva Herzog, entre otros, dentro de la Mesa Roda titulada “Lealtad del intelectual”, la cual apareció en *Cuadernos Americanos* en mayo de 1944. Para el venezolano resultaba necesario que el intelectual realizara un ejercicio de humildad a partir del cual conectara con lo humano, lo general, lo común, el contacto con la sociedad en pos de retomar a una postura humanista como rectora del saber, en lugar de caer en una lógica excluyente de la disciplina por la disciplina. Silva-Herzog *et al*, “Lealtad del intelectual”, pp. 34-36.

⁵²⁶ En la misma Mesa Rodante de “Lealtad del intelectual”, José Gaos postuló que el intelectual era incapaz de participar como un ciudadano más en cualquier manifestación política, pues su rol social condicionaba en gran medida su capacidad de acción y el compromiso que debía tener hacia la sociedad. Silva-Herzog *et al*, “Lealtad del intelectual”, pp. 36-40.

El horizonte cultural que compartían las naciones hispanoamericanas, así como los vínculos que guardaban la mayoría de los países del continente con la tradición occidental, eran factores que, consideraba parte de la intelectualidad americana, los empujaban a profundizar en sus propias condiciones de existencia, las cuales expresaban una gran variedad de manifestaciones de cauce político, social, económico y cultural. En este sentido y tal como planteó Francisco Ayala en su libro *Razón del Mundo*, editado en Argentina en 1944, el mutuo conocimiento reafirmaría una comunión espiritual entre los intelectuales de la región, la cual daría lugar a la generación de un pensamiento propio, en conexión, pero independiente del producido en el contexto europeo. Dicha cuestión ofrecería a los productores de ideas de la región la posibilidad de ofrecer mejores planteamientos a los retos que enfrentaba y enfrentaría el “Nuevo Mundo”, sin la necesidad de importar ideas externas, al tratar de abrir canales de diálogo al encontrar en lo propio el vínculo con lo universal.⁵²⁷

Este tipo de visiones permitieron la proposición de un modelo de intelectual propio del contexto americano, el cual frente al conflicto armado global y el escenario de incertidumbre que se proyectaba hacia la posguerra, aprovecharía la supuesta comunión social existente entre los pueblos de la región para impulsar el advenimiento del “Nuevo Mundo”.⁵²⁸ Este sería el “humanista americano”, el cual a partir de sus labor profesional como académico, artista, filósofo, escritor, entre otros perfiles, aprovecharía su vocación para el desarrollo de las expresiones espirituales y las disciplinas humanísticas propias de América, en aras de fortalecer el espíritu creador del continente, consolidando su propia identidad, en correlación con los valores universales de la cultura occidental.⁵²⁹ Pero esta posición también obligaba al humanista a que tuviera un impacto en el campo social, acercándose a su contexto inmediato con el propósito de dialogar y participar en los procesos de dignificación social y en la búsqueda del bienestar generalizado de la población.⁵³⁰

⁵²⁷ Ayala, *Razón del mundo*, pp. 7-11.

⁵²⁸ Bajo esta apelación, América surgía como un horizonte de oportunidad para proyectar esa nueva comunión social, donde sus condiciones propiciaban el predominio de la paz, y en donde los intelectuales de la región tendrían que preparar el advenimiento del nuevo mundo, a partir de una educación humanista y la investigación como proveedor de certezas. Al respecto, intelectuales como Alfonso Reyes o Juan Larrea propusieron una visión cercana a estos parámetros en sus intervenciones en la Mesa Redonda titulada “¿Independencia? ¿Comunión Social?”, la cual apareció en *Cuadernos Americanos* en septiembre de 1944. Al respecto véase Gaos *et al*, “¿Independencia? ¿comunión social?”, pp. 98-112.

⁵²⁹ Este llamado se hacía sobre todo a las humanidades. Para el caso de la filosofía véase Zea, “En torno a una filosofía americana”, pp. 63-78.

⁵³⁰ Silva-Herzog, “Lo humano, problema esencial”, pp. 14-16.

Simbólicamente, este modelo lo encarnó la figura del dominicano Pedro Henríquez Ureña, pues su muerte acaecida en mayo de 1946 impactó en el campo intelectual de la región, dando lugar a que, a partir de esquelas o ensayos publicados en su memoria, se le relacionara como la encarnación de los atributos relacionados con la figura del “humanista americano”. Se resaltó la universalidad de su conocimiento, su vocación de guía y docente, su generosidad intelectual, o su amor por lo americano.⁵³¹ Dichos ejercicios, en una especie de dinámica hagiográfica,⁵³² representaron una reafirmación identitaria por parte de una colectividad de intelectuales americanos y españoles, que frente a las reconfiguraciones globales propias de los años de la posguerra, consideraban que América tenía mucho por ofrecer en la reconstrucción del mundo, sobre todo en las labores de corte político y cultural. Con ello, refrendaban un modo de ser intelectual, en el cual su perfil profesional y el reconocimiento de las condiciones contextuales del entorno que los rodeaba, posibilitaban cumplir con su responsabilidad social. Pero esa responsabilidad social frente a quién era, ¿frente a los grupos en el poder o frente al común de la sociedad?

El intelectual frente al poder ¿Colaboración o independencia?

Frente a la interrogante de cómo plantear su relación con el poder, este grupo de intelectuales tuvo la particularidad de que su relación con la estructura gubernamental mexicana era muy estrecha, formando parte de su esfera de influencia directa. Recordemos que muchos de ellos eran funcionarios de alto rango en la estructura estatal de la época, o fueron colaboradores cercanos en distintas iniciativas. Esto hizo que entre ellos resultara común la compaginación de la producción de ideas con el ejercicio de algún puesto público, ya fuese en el ramo de la economía, la cultura, la diplomacia, la educación u otros campos.

Por lo anterior es posible intuir que la forma en que reflexionaron y discutieron algunos de éstos en torno a la relación entre el intelectual y el poder resulte más un indicativo del estado que guardaba el vínculo de estos actores con las esferas gubernamentales mexicanas que realmente una apelación de carácter normativo de cómo debían proceder en su “deber ser” cotidiano. Por ello, los siguientes párrafos tiene como objetivo ofrecer un

⁵³¹ Véase Castro Leal, “Pedro Henríquez Ureña”, pp. 268-297; Ramos “Pedro Henríquez Ureña”, pp. 264-267.

⁵³² En una dinámica similar para la época, aunque dentro del contexto de la militancia intelectual comunista en Argentina y América, se encuentra la figura de Aníbal Ponce. Véase Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo”, pp. 83-97.

acercamiento a la correlación entre intentar generar un marco identitario que ayudara a “regular” la idealización de la intelectualidad frente a la esfera pública y la forma en que esto proyectó el estado de la conexión de dichos actores con los ámbitos de poder en México.

Pero antes de proceder con esto, es necesario aclarar un punto ¿qué es lo que entendían los intelectuales por poder? Si bien existieron matices y diferencias de interpretaciones sobre lo que significaba este término, es posible determinar que existió una visión hasta cierto grado común, que relacionaba al poder con la esfera estatal. En ello, la praxis del poder condicionaba mucho al actor que estaba inserto en él, al sujetarse a las normas y conflictividades propias del ejercicio de la política, lo que derivó a que cualquier acción tomara una connotación de militancia relacionada con alguna organización o figura política. A la vez, era necesario que el poder diera lugar al desarrollo de programas de gobierno y la toma de decisiones en el acto de gobernar, lo que abría un amplio panorama de condiciones morales e intelectuales al hecho de realizar estos actos. Por último, también en las reflexiones se concibió la existencia del poder económico, relacionado con los grupos preponderantes en el campo de la economía, además de referencias veladas a la concepción de poderes fácticos, los cuales actuaban a través de mecanismos de negociación política y social fuera de las esferas gubernamentales.

Estas percepciones sobre la relación intelectual-poder se hicieron presentes en tres momentos cruciales que vivieron los proyectos editoriales y que reflejan la conjunción de tres sectores partícipes en la plataforma, contando cada uno de ellos con sus propias características y condiciones. El primero de ellos fue justo en la coyuntura de los años 1941 y 1942, momentos en los que el horizonte de la Segunda Guerra Mundial se cernía sobre la realidad americana con la entrada al conflicto de países como Estados Unidos, Brasil o el mismo México. Esta situación empujó en cierta forma a que algunos de los colaboradores de la plataforma hicieran una declaración de principios de cómo debía ser la convivencia entre el productor de ideas y el poder, sobre todo frente a un horizonte que obligaba a posicionarse en relación con la entrada de México al conflicto mundial.

Recordemos que la relación entre algunos de estos intelectuales-burócratas y el poder en el espacio mexicano había atravesado por una estrecha cercanía en los años anteriores, pues la estructura gubernamental del cardenismo, además de apoyar el desarrollo de estas iniciativas editoriales, albergó a muchos de ellos en puestos de importancia en carteras de

corte económico o de relaciones exteriores, construyendo una especie de simbiosis benéfica tanto para los intereses educativos y culturales de dichos actores como para el desarrollo y legitimación simbólica de las labores diplomáticas y administrativas de los grupos en el poder.⁵³³

Uno de los sectores que fijó postura fue el de los exiliados españoles, en voz de José Medina Echavarría y José Gaos. Dentro de la polémica que sostuvieron ambos por la publicación de *Sociología: teoría y técnica*, obra aparecida en 1941, y cuyo análisis ya ha sido realizado por Andrés Lira,⁵³⁴ la relación intelectual-poder fue uno de los puntos de tensión. Por una parte, para el sociólogo el hombre de ideas debía entablar diálogo con el poder a partir de su participación en la discusión pública, además de brindar orientación en la toma de decisiones, pero sin recaer en la sumisión política o en la promoción de una “ciencia militante”, manteniendo siempre los límites claros entre conocimiento y política.⁵³⁵ Por otro lado, para Gaos el intelectual debía abstenerse de cualquier participación en política, pues esta figura estaba obligada a fungir como un contrapeso en la defensa de la libertad humana y en el planteamiento de críticas al poder, siendo la única posibilidad de colaboración la orientación para el bienestar generalizado.⁵³⁶

Las perspectivas tanto de Medina como de Gaos es posible interpretarlas de dos formas debido a las condiciones en las que se produjeron. La primera de ellas se puede relacionar con su condición de exiliados en México, pues ante la apertura que las autoridades mexicanas tuvieron para recibirlos, estos debían responder de cierta forma a lo que las instancias mexicanas esperaban de ellos, pues el abuso de la condición de privilegio que en cierta medida tuvieron frente a otros sectores del exilio español podía significar una afectación a su posición. Por ello, este llamado a la abstención de una postura de militancia política, pero de reserva moral y de saber a disposición de los grupos en el poder a partir de

⁵³³ Véase como ejemplo lo planteado por Rojas, “El cardenismo fabiano”.

⁵³⁴ Si bien Andrés Lira señala que esta polémica tiene como antecedente la publicación de la obra de Karl Mannheim *Ideología y utopía*, aparecida en la colección de sociología en 1941, y la realización del ensayo de Medina Echavarría “Responsabilidad de la inteligencia”, al cual respondió Gaos con un texto “Un libro de nuestros días”. Véase Andrés Lira, “José Gaos y José Medina Echavarría” p. 135. No sería hasta la publicación de *Sociología: teoría y técnica* que comenzaría un diálogo directo, tal como estableció el mismo Medina en la introducción de su ensayo “En busca de la ciencia del hombre”. Medina Echavarría, “En busca de la ciencia del hombre”, pp. 27-36.

⁵³⁵ Medina Echavarría, “Nuestras obras de sociología”, p. 5.

⁵³⁶ Gaos, “Filosofía y Sociología”, pp. 4-6.

la orientación científica, para procurar un beneficio general, resultaba una forma de sortear la coyuntura de forma comprometida, pero sin generar una afrenta.

En segundo lugar, la postura de Medina Echavarría, más abierta a la colaboración con el poder, también representó una forma de tensionar la visión de “minoría selecta” al concebir el compromiso del intelectual con su coyuntura y la disposición de ajustar su comportamiento para participar en política, en aras de realizar un beneficio social mayor. La perspectiva del sociólogo, quien creía que el ejercicio de la ciencia debía ser una actividad colectiva, donde los procesos debían ser comunicativos y colaborativos pero racionales, con el afán de incluir a las masas en este ejercicio de consenso, representó una forma de concebir su actividad como un contrapeso frente a las élites en el poder, al empoderar a la opinión pública y “dotarla de capacidad” para determinar lo que mejor les convenía, aunque con sus limitaciones. Ejemplo de ello es la crítica explícita que realizó a Gaos con la frase “Y para eso sólo son posibles dos caminos: o el del *conventículo* que tú [Gaos] propugnas [en referencia a la necesidad de aislarse del intelectual], o el de la revolución abierta del *foro científico*”.⁵³⁷

Un segundo momento se dio en 1944, justo cuando la guerra comenzaba a tener un horizonte de finalización debido al avance aliado. Tal situación dio lugar a que los planteamientos se centraran en el horizonte de la posguerra, al proyectar la idealización de cuáles serían los principios que regirían su actividad en dicha coyuntura. A ello se sumó el hecho de que distintos intelectuales que guardaban estrecha relación con el Estado mexicano concibieran en crisis el espíritu de reforma social que caracterizó al cardenismo. Ello provocó que algunos de éstos comenzaran a promulgar “el estancamiento de la revolución mexicana”.⁵³⁸ Sin embargo, de momento ello no significó una ruptura, ya que predominó el espíritu de cooperación con las instancias estatales, pues varios de los colaboradores o promotores como Eduardo Suárez, Eduardo Villaseñor, Ramón Beteta, Gonzalo Robles, el mismo Reyes, entre otros, siguieron detentando puestos de responsabilidad en el aparato diplomático, económico y cultural durante este sexenio.⁵³⁹

⁵³⁷ Medina Echavarría, “En busca de la ciencia del hombre”, p. 34.

⁵³⁸ Esto es visible en el caso de Cosío Villegas, quien consideraba que la transición del cardenismo a Ávila Camacho significó un cambio en el espíritu revolucionario de los gobiernos mexicanos. Al respecto véase Crespo, “Democracia y dictadura”, pp. 187-188.

⁵³⁹ Sobre esto véase para el caso de la estructura económica 102-el trabajo de Bernal, “Los operadores de la economía”, pp. 102-112. En el caso del aparato diplomático véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 379-380.

Por ello, en *Cuadernos Americanos* se contó con una particular tribuna para ofrecer reflexiones al respecto, pues bajo el escenario de las denominadas “Mesas Rodantes” y desde una apelación americanista, productores de ideas como Picón Salas o Reyes fijaron una visión de la forma en que se debía dar la vinculación intelectual-poder. Por una parte, el venezolano creía que el intelectual debía ser independiente frente al poder, pero bajo ciertas condiciones, estaba capacitado para llegar a ejercerlo de una forma legítima y participar en política, sobre todo cuando el poder había recaído en posturas “bárbaras”.⁵⁴⁰ Haciendo clara referencia a la realidad dictatorial que muchos países de la región vivían, la postura de Picón Salas legitimaba al intelectual como un contrapeso frente a cualquier “desviación” ilegítima del ejercicio gubernamental, al situarlo como un elemento que debía confrontar a dicho poder fáctico, participando en la lucha política a partir de los mecanismos disponibles, fuesen institucionales o no. En consecuencia, el intelectual debía movilizarse en favor de las luchas en contra de estas clases de regímenes.

En una sintonía similar se encontraba la concepción de Alfonso Reyes, quien reflexionó sobre América desde el filtro de la experiencia mexicana. El regiomontano, con una amplia experiencia en puestos diplomáticos del aparato exterior mexicano durante las décadas de 1920 y 1930, concebía que, en América Latina, el intelectual siempre había sido un hombre relacionado con el ejercicio del poder. Por ello, no resultaba extraño que se cumpliera la aspiración del “filósofo rey” y que un productor de ideas o letras ocupara un lugar de mando en un gobierno de la región. Pero ello no debía realizarse de forma abusiva, sino que debía responder a las necesidades del momento, en donde el intelectual, a partir de su apelación como consejero u orientador, tuviera la libertad para determinar su posición, ya fuese en pleno aislamiento del entorno que le rodeaba o en total contacto con su contexto.⁵⁴¹ Desde la perspectiva de Reyes, las condiciones americanas habían permitido siempre una estrecha relación entre el intelectual y el poder, por lo que resultaba siempre necesario que esta figura, desde su apelación universalista, iluminara los procesos políticos que habían tenido, tenían y tendrían lugar en los países de la región. Lo anterior lo trasladó al México posrevolucionario, al considerar que había llegado el momento de que la intelectualidad ocupara el rol de “orientar” e iluminar la toma de decisiones políticas y sociales.⁵⁴²

⁵⁴⁰ Gaos *et al*, “¿Independencia? ¿comunidad social?”, pp. 101-103.

⁵⁴¹ Gaos *et al*, “¿Independencia? ¿comunidad social?”, pp. 103-112.

⁵⁴² Véase Rojas, “Alfonso Reyes: la epopeya del duelo”.

En estas dos visiones se planteaba una idealización del rol del intelectual a partir de las condiciones regionales promovidas por el americanismo. Al situarse al continente como un horizonte abierto a futuro, con un enorme potencial creador que podría derivar en la construcción de una nueva cultura continental y en la revitalización de los principios civilizatorios occidentales, el intelectual no debía distanciarse del poder, sino que debía colaborar y en ocasiones, ocupar responsabilidades de mando, en aras de concretar el “destino” americano. Particularmente la postura de Reyes nos ilustra que este llamado en el contexto mexicano puede ser entendido tanto una legitimación en la búsqueda de la intelectualidad por ocupar una mayor relevancia, como en reafirmar la voluntad de colaboración con las instancias del poder posrevolucionario.

Un tercer momento de la reflexión se dio durante los años de la posguerra, particularmente en el año de 1947. El término del conflicto mundial en 1945 y las condiciones de incertidumbre que se vivieron en los años posteriores con la reconfiguración geopolítica del mundo dieron lugar a una transformación en las expectativas de colaboración del productor de ideas con el poder. A ello se sumó en el contexto mexicano el giro crítico que plantearon intelectuales como Daniel Cosío Villegas, José E. Iturriaga o el mismo Silva-Herzog por el rumbo que habían tomado las decisiones gubernamentales en torno a las reformas sociales y económicas propias del programa de gobierno de Lázaro Cárdenas. Conviene destacar que dicho malestar dio origen a la concepción de “crisis de la revolución”, a partir del cual también se replanteó la relación que debía guardar el hombre de cultura frente a las instancias gubernamentales mexicanas.⁵⁴³ Si bien esto no representó una ruptura total, sí acotó públicamente los límites bajo los cuales se daría la relación entre estos intelectuales y el poder.

Ejemplo de ello es la postura que Silva-Herzog planteó en su ensayo “Deberes del intelectual mexicano” publicado en 1947 y al cual ya nos habíamos referido anteriormente. A partir de una interrelación de México con el contexto internacional, el economista mexicano definió que el compromiso del intelectual no era con los grupos de poder, sino con el pueblo. Ello motivaba a que detentara siempre una postura crítica frente a los abusos del poder, adoptando una lectura contestataria frente a las estructuras dominantes a partir del

⁵⁴³ Sobre el contraste de los imaginarios sociales asociados con esta idea de crisis desde la élite intelectual agrupada alrededor de *Cuadernos Americanos*, véase Girola, “Elites intelectuales e imaginario sociales contrapuestos”, pp. 194-197.

ejercicio de la verdad, la buena fe y la crítica constructiva. Por ello para Silva-Herzog “el deber del intelectual mexicano contemporáneo consiste en señalar tales problemas y proponer su atinada solución: porque mientras estas condiciones no se modifiquen, mientras no se cure esta llaga social no habrá en muchas zonas del territorio mexicano, agricultura próspera ni campesinos siquiera con un mediano pasar”.⁵⁴⁴

Es posible encontrar en la visión de Silva-Herzog una frustración con el contexto mexicano, en donde las expectativas sobre los esfuerzos de colaboración de los hombres de letras con los gobiernos posrevolucionarios por encontrar mejores condiciones de vida para el pueblo resultaron insuficientes o frustradas. Lo anterior debido a las ambiciones políticas y económicas de los grupos en el poder, las cuales derivaron en flagrantes casos de enriquecimiento ilícito, prácticas inmorales y corrupción. Pero esto también fue producto del desgaste de la relación que distintos intelectuales guardaban con los círculos gubernamentales de la época. Pero esta toma de postura también hacía patente el ambiente de desencanto que permeó durante esos años en la plataforma, pues a través de un ejercicio de universalización de lo particular y la particularización de lo universal, Silva-Herzog, transpuso el modelo mexicano a toda América Latina o al mundo en general:

Y el deber del intelectual mexicano contemporáneo, del intelectual latinoamericano, del intelectual estadounidense, del intelectual europeo, de todos los intelectuales, estriba en adueñarse del timón para conducir el barco a puerto seguro, donde los hombres vivan con decencia, disfrutando de libertad —que es el mayor de los bienes— y bajo el imperio de la justicia en un horizonte ilimitado.⁵⁴⁵

Este distanciamiento frente al poder, en donde se traslapaba la figura del consejero ya no al modelo de complemento al poder, sino de confrontación y contrapeso para frenar los abusos de los grupos preponderantes, apeló a una práctica más contestataria para algunos de los intelectuales que colaboraron durante esos años con *Cuadernos Americanos*, representando una época de transición frente a un horizonte también en transformación de cara a las convulsiones políticas que darían origen a la Guerra Fría.

2.5 Perspectivas del conocimiento social en un escenario de complicaciones

De conocimientos en crisis: una mirada al estatus de las ciencias sociales

⁵⁴⁴ Silva-Herzog, “Deberes del intelectual mexicano”, p. 64.

⁵⁴⁵ Silva-Herzog, “Deberes del intelectual mexicano”, p. 69.

A la par de los planteamientos generados sobre la responsabilidad del intelectual y la importancia de sus labores en la esfera pública, esta plataforma también se ocupó de problematizar el papel de las ciencias sociales frente a las dificultades que predominaron a nivel mundial durante las décadas de 1930 y 1940 y la incapacidad de estas disciplinas para desarrollar un papel relevante en su solución, situación que las ponía, a los ojos de algunos, frente a un escenario crítico. Esta lectura variaba entre disciplinas, ya que cada una tenía razones propias para concebir una crisis, tanto metodológica como de conocimientos.

En primer lugar, se concebía que la economía como disciplina atravesaba una crisis debido a su incapacidad por ofrecer respuestas al crac de 1929 y la depresión que se desarrolló a nivel mundial. Teniendo como espacio de referencia a *El Trimestre Económico* para esta concepción, tanto Daniel Cosío Villegas como Eduardo Villaseñor —como directores de la revista— emplearon la traducción de autores como John Maynard Keynes, G. D. H. Cole, Henry Trucy, John Strachy, entre otros, con el propósito de problematizar la noción de crisis en el campo disciplinario de la economía.

Temporalmente, la concepción crítica de esta disciplina comenzó a tener desarrollo desde los inicios de la revista, motivada sobre todo por las secuelas que trajo consigo el crac de 1929. Esta situación mostró las deficiencias de la teoría clásica para enfrentar una complicación de tal magnitud, ya que las estrategias propuestas tradicionalmente para solucionar este tipo de coyunturas, como la reducción del gasto público o de las importaciones, resultaron insuficientes. Esto derivó en una crítica a los saberes teóricos vistos como superados o que carecían de fundamento para las condiciones de la época, al hacer referencia a los planteamientos interpretativos provenientes del liberalismo económico, considerados como limitados o ineficientes.

Bajo dichos términos, de nueva cuenta resulta ilustrativo el artículo de Cole “La confusión actual”, publicado en 1934 en *El Trimestre*. En este texto Cole explicaba los factores por los cuales la teoría económica clásica había quedado rebasada, provocando una “bruma” sobre lo que sucedía a nivel global, siendo “extraordinariamente difícil dar una respuesta segura a estas preguntas en una situación tan confusa como la de hoy [...] Lo que puede verse es que la presente situación mundial padece completamente de la simplicidad atribuida por el análisis tradicional y es, en consecuencia, desconcertante”.⁵⁴⁶ Por ello el

⁵⁴⁶ Cole, “La confusión actual”, p. 305.

inglés señalaba la necesidad de renovar el conocimiento teórico de la economía a partir del bagaje interpretativo proveniente del socialismo, lo que permitiría dar nuevas bases a una disciplina en problemas.

Por su parte, la concepción de crisis en la ciencia política tuvo como lugar de desarrollo la colección “Política y Derecho” del FCE. En esta se asentó la concepción de que los espacios académicos y especializados habían dejado de lado la reflexión política en aras de priorizar otros saberes que se consideraban de mayor relevancia, como la economía, lo que propició el descenso del interés por el pensamiento político, al menos desde finales de la Primera Guerra Mundial. Distintos actores consideraban que esta situación, además de provocar el anquilosamiento de la disciplina, también fue uno de los factores que permitieron el surgimiento y fortalecimiento del fascismo. Esta visión es perceptible en la presentación de la colección “Política y Derecho” que se hizo en *El Noticiero Bibliográfico*, probablemente redactada por Daniel Cosío Villegas en 1940. En ella se planteó lo siguiente

Aun cuando la ciencia de la economía es relativamente nueva, su influencia como visión del mundo ha sido mucho mayor de lo que los economistas creen. A ella hay que agregar la propia del materialismo histórico para explicarse la desafortunada consecuencia de que los hombres hayan dejado de estudiar en los últimos veinticinco años la ciencia política, limitando sus lecturas, preferentemente a las de economía. Como el “factor” económico era el único, o el predominante, o el que condicionaba todo, los problemas del hombre en sociedad, sus relaciones con el gobierno, la forma de éste, etc., han pasado a segundo plano, y, como tema de conocimiento popular y de reflexión diaria, hay que admitirlo con franqueza, se han olvidado por completo.⁵⁴⁷

En estas palabras es posible encontrar la concepción de que la marginación de la ciencia política del espacio público en aras de priorizar a otras disciplinas sociales había derivado en el agravamiento de ciertas problemáticas sociales, el debilitamiento de distintas instituciones o regímenes políticos, además de explicar sucesos como la aparición del fascismo o el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Por ello, Cosío Villegas veía en la creación de una colección como “Política y Derecho” la posibilidad de renovar y poner de nuevo en la palestra de la opinión pública los tópicos relacionados con el pensamiento político. Esto es visible en su idea de la relación de este conocimiento con el espacio latinoamericano, donde ante la inexistencia de cátedras, instituciones o publicaciones especializadas en la materia, una colección como ésta permitiría recuperar la reflexión

⁵⁴⁷ Cosío Villegas (atribuido), “La ciencia política”, pp. 1-3.

política en torno a temas como la democracia, la justicia social, la organización política, además de fortalecer un pensamiento político propio de la región ⁵⁴⁸

Respecto a la sociología, el principal impulsor de esta concepción crítica fue Medina Echavarría, quien junto a otros exiliados españoles como Ayala o Recaséns Siches, los llamados “sociólogos sin sociedad”,⁵⁴⁹ durante esos años plantearon que la disciplina atravesaba por una situación difícil. Como parte de su proceso de exilio, Medina Echavarría enfrentó una crisis ideológica e intelectual, pues estimaba que las ciencias sociales y los principios liberales habían fracasado en su intento por evitar el avance del fascismo y el estallido de conflictos armados, primero en su país natal y después en Europa en general. Esto impulsó a que parte de las reflexiones que realizó durante sus años en México se enfocaran en replantear la relación entre ciencia y realidad, con el propósito de encontrar nuevas vías teóricas y metodológicas que permitieran mejores respuestas a los fenómenos inéditos que habían surgido en esas décadas.

Un ejemplo de esta visión es el ensayo titulado “Sobre la investigación social en nuestros días”, publicado en 1940 en la *Revista Mexicana de Sociología*.⁵⁵⁰ En él, Medina Echavarría señalaba

Pues, en efecto, la situación presente de la investigación social no puede ser más precaria, difícil y de horizontes más turbios. El momento penoso que atraviesan las ciencias sociales urgidas de reconstrucción —si el proceso real del mundo lo permite— requiere por sí solo largo comentario que no cabe aquí [...]. Pero es imprescindible situarlo, aunque sólo sea en sus líneas generales.

Las causas de esa situación son objetivas y de estructura social, visibles sin dificultad unas y más difícilmente captables otras, pero en conjunto oponen al investigador social dificultades mucho más fuertes que las subjetivas con que tropieza

⁵⁴⁸ Es necesario señalar que el origen de esta nota tenía como propósito presentar y legitimar intelectualmente el proyecto de la colección editorial, razón por la cual se proyectaba un horizonte un tanto desolador para la disciplina a nivel general y de forma regional, proyectando en la colección una punta de lanza para cambiar dicha situación.

⁵⁴⁹ Sobre esto es posible tomar como ejemplo el trabajo de Luis Alberto Escobar, quien en su trabajo sobre los vínculos entre Francisco Ayala y José Medina Echavarría analiza las preocupaciones e intereses comunes que impulsaron diversos proyectos para tratar de renovar las ciencias sociales en general y la sociología en particular durante la década de 1940. Véase Escobar, “Francisco Ayala y José Medina Echavarría,” pp. 329-357. También está el trabajo de Jesús Morales Martín, quien considera que, ante estas preocupaciones e intereses comunes, fue posible estructurar un corredor de ideas y redes de exiliados españoles entre México y Argentina, que permitieron la creación de proyectos con objetivos comunes, dando un impulso a la tradición sociológica alemana dentro de las ciencias sociales de América Latina. Véase Morales Martín, “Un corredor de ideas entre México y Argentina”, pp. 29-48.

⁵⁵⁰ Medina Echavarría, “Sobre la investigación social”, pp. 17-22.

cuando se dispone con la mejor voluntad a forjar y depurar su actitud científica y su “equipo mental”.⁵⁵¹

Como parte de las causas que consideraba Medina Echavarría habían dado origen a esa crisis se encontraban el rezago de la ciencia ante los cambios vertiginosos que vivía la sociedad y la carencia de herramientas teóricas y metodológicas para interpretarlos, el anquilosamiento del conocimiento social asentando en la noción de tradición, la falta de contacto del hombre de ciencia con su contexto social, la necesidad de situar al objeto de estudio en sus condiciones contextuales así como impulsar una mirada integradora de la sociedad en lugar de separarla en disciplinas específicas.

Como una continuación de este planteamiento, Medina Echavarría realizó en agosto de 1941 el ensayo titulado “Responsabilidad de la inteligencia”. Redactado con motivo de la publicación del libro de Karl Mannheim *Ideología y utopía* en su edición en español. En él, Medina postuló dos críticas fundamentales a los problemas que enfrentaban las disciplinas sociales. La primera era la incapacidad de los especialistas por fijar procesos comunicativos claros y eficientes con el público en general, lo que recaía en la incompreensión del público no especializado debido a la abstracción del conocimiento científico. Derivado de ello se encontraba el segundo punto de la crítica de Medina, que consistía en la incapacidad de los científicos sociales por plantear soluciones concretas a los problemas de la época, pues su ensimismamiento los hacía temer cualquier toma de postura frente a la comodidad de la idea de neutralidad.⁵⁵² Estas críticas guiaron el esfuerzo intelectual que Medina Echavarría realizó en estos años, al buscar definir un método propio de las ciencias sociales que se ajustara a dichos planteamientos.⁵⁵³

A saberes corruptos: el conocimiento social frente al fascismo

La visión de crisis que esta plataforma planteó sobre las ciencias sociales no se atribuyó solamente a su incapacidad de responder a los retos que habían surgido durante el periodo de entreguerras, ya que también se concibió que algunas disciplinas sirvieron para justificar las

⁵⁵¹ Medina Echavarría, “Sobre la investigación social”, p. 17.

⁵⁵² Medina Echavarría, “Responsabilidad de la inteligencia”, pp. 1-2. 10.

⁵⁵³ Véase Moya López, “Historia, filosofía y reflexión teórica”, pp. 279-330. En este caso resulta ilustrativa también la reseña que Leopoldo Zea realizó sobre el libro de Medina Echavarría *Sociología, teoría y técnica*, en la cual apuntaba que el esfuerzo de Medina se enfocaba sobre todo en deslindar el carácter de ciencia en los planteamientos del conocimiento social, más allá de cualquier concepción separada entre ciencia social y ciencia natural. Véase Zea, “La sociología como ciencia”, p. 4.

aspiraciones y objetivos políticos de los fascismos. Especialistas de disciplinas como la filosofía, la geografía, la ciencia política o la sociología, colaboraron estrechamente con los gobiernos de Adolf Hitler y Benito Mussolini con el propósito de emplear sus conocimientos para legitimar distintas acciones políticas de estos regímenes. Tal razón hizo que, desde los proyectos editoriales se señalara a dicha cuestión como una expresión de la “corrupción” del conocimiento y una especie de “traición intelectual”. A su vez, también se condenó a aquellas disciplinas consideradas como “pseudocientíficas”, debido a que sus saberes y marcos metodológicos, definidos como “científicos” por sus promotores, a los ojos de los colaboradores de esta tribuna, solamente buscaban legitimar los intereses de países como Alemania, Italia, Japón e incluso Estados Unidos.

La forma en que se construyeron argumentalmente dichos tópicos se basó en dos preceptos asociados a la caracterización “ideal” que se hizo del fascismo, y que tuvieron estrecha relación con las discusiones promovidas por el antifascismo de la época. El primero de ellos fue la concepción del fascismo como una ideología vacía, sin ninguna propuesta intelectual o estructura teórica que la sustentara. El desarrollo de este principio, que tuvo una amplia circulación durante estos años, se relacionó estrechamente con la definición que el mismo Benito Mussolini ofreció sobre los principios que estructuraban la doctrina fascista. En un texto publicado en 1932 con el título de *La doctrina del fascismo*, Mussolini definió a éste como una doctrina política que aspiraba más a una praxis que a un planteamiento intelectual, al construir una especie de dogma “religioso” que tenía como principio la vitalidad, el movimiento, la disciplina, la guerra y el militarismo en un Estado totalitario, el cual se oponía al liberalismo, al socialismo y a los regímenes democráticos.⁵⁵⁴

Tal formulación causó gran impacto por igual en los círculos fascistas como antifascistas, ya que vieron en ello una especie de definición “oficial”, sirviendo de base para generar una serie de interpretaciones críticas por parte de los grupos situados en el antifascismo. En el caso de esta plataforma, distintos autores traducidos como G. D. H. Cole, George Sabine o R. H. S. Crossman emplearon esta “definición” para construir sus interpretaciones sobre el fascismo.⁵⁵⁵ A su vez, distintos colaboradores como Alfred Stern,

⁵⁵⁴ Véase Mussolini, *The doctrine of fascism*.

⁵⁵⁵ La obra de Sabine, *Historia de la teoría política*, publicado en 1945, pero aparecido originalmente en inglés en 1937, es representativa debido a que retomó la definición propuesta por Mussolini para problematizar y

Leo Weitzen-Giuliani,⁵⁵⁶ José Medina Echavarría, Jesús Silva-Herzog, Gilberto Loyo, Daniel Cosío Villegas, Vicente Herrero, José Roura Parella, José E. Iturriaga, entre otros, fueron quienes retomaron este planteamiento para generar críticas tanto a aquellos especialistas en ciencias sociales que colaboraban con los regímenes fascistas como para condenar a aquellas disciplinas que consideraban pseudocientíficas.

La segunda noción que ayudó a estructurar la crítica a la relación ciencias sociales-fascismo fue la idea de que estos regímenes significaban una ruptura con los principios civilizatorios de occidente, convirtiéndose en manifestaciones de lo irracional y la barbarie.⁵⁵⁷ Lo anterior dio lugar a la concepción de que cualquier manifestación científica cultivada en estos países, representaba un dogma ideológico que se reproducía a través de medios propagandísticos, donde se perdía cualquier rigurosidad y cientificidad en aras de cumplir los requerimientos del régimen.⁵⁵⁸

Por otro lado, esta concepción de crisis de las disciplinas estuvo fuertemente influenciada por una construcción normativa de lo que debía ser la actividad científica y la forma en que debían de proceder aquellos que la cultivaban. Esta partía del principio ideal de que la generación de saberes científicos debía procurar posibles soluciones a los problemas

construir una interpretación propia acerca de lo que significaba el fascismo como doctrina política y los elementos que la caracterizaban. Véase Sabine, *Historia de la teoría política*, pp. 707-733. El libro de G. D. H. Cole *Doctrinas y formas de la organización política*, aparecido en 1937. Por una parte, la idea de Cole sobre el fascismo como propuesta política radicaba en definirla más como un llamado a la acción que como un programa o una teoría. Cole, *Doctrinas y formas*, pp. 133-141. Respecto a la obra de Crossman, véase del autor *Biografía del Estado moderno*, pp. 237-281.

⁵⁵⁶ Stern, “La filosofía en el Tercer Reich, instrumento de guerra”, pp. 14-43. Weitzen-Giuliani, “La filosofía moral...”, pp. 35-53. Weitzen-Giuliani también retomó la definición “oficial” del fascismo realizada por Mussolini con el propósito de problematizar al régimen y su programa intelectual, derivando en una crítica profunda a lo vacío de su planteamiento ideológico.

⁵⁵⁷ Esta concepción, difundida entre diversas experiencias antifascistas del continente americano, estuvo atravesada por la construcción de un eje civilización-barbarie que se estructuró alrededor de las interpretaciones antifascistas, donde el fascismo se convertía en una nueva época de oscuridad medieval, donde el gobierno de la razón daba lugar al reinado de lo mágico y lo dogmático, donde las pasiones y la exaltación se imponían sobre cualquier vestigio de conocimiento emanado del método científico. Sobre este aspecto, véase Pasolini, *Los marxistas liberales*, pp. 99-102. También véase Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 245-254.

⁵⁵⁸ Estas concepciones están presentes en distintas colaboraciones aparecidas en la plataforma, pero en donde quedan más definidas es en el texto de Luis Recaséns Siches, “El derrumbamiento de la cultura alemana”, pp. 7-28. En él, el español concebía que el régimen nacionalsocialista alemán representaba un proceso de barbarización de la vida alemana, significando una renuncia a la pertenencia y el diálogo que la cultura alemana había sostenido con los principios civilizatorios de occidente, realizando grandes aportes a partir de personas como Humboldt, Goethe, Kant, Marx, por solo mencionar a algunos. Cabe resaltar que dentro de la apelación de Recaséns Siches, hay constantes apelaciones emotivas a los recuerdos que el español tenía de sus años de estudio en Alemania entre 1925 y 1927, lo que acentúa una emocionalidad al desarrollo de este tipo de posturas dentro de la comunidad.

que enfrentaban las sociedades de la época.⁵⁵⁹ Por ello, cualquier acción que buscara el beneficio de un grupo dominante o el afianzamiento de tendencias autoritarias, representaba una acción que corrompía dicho principio rector. Dicha cuestión hizo que cualquier práctica realizada por especialistas en las ciencias sociales que empleara el conocimiento de estas disciplinas en aras de favorecer la consolidación de regímenes como el fascismo, representaba un acto de “corrupción” de los saberes y una traición a los principios morales que regían su proceder.

Ejemplo de lo anterior es la reseña de Francisco Giner de los Ríos sobre el libro *La propaganda política* de F. C. Bartlett, editado por el Fondo de Cultura Económica en 1941. En ella, el español consideró que los fundamentos de la propaganda política, emanados del conocimiento científico que hasta ese momento habían construido disciplinas como la sociología, la psicología, la ciencia política, etc., cumplía una función fundamental para las sociedades modernas. Ello se debía a que su empleo como herramienta política y social podía ser benéfico para reafirmar las tendencias democráticas de las sociedades occidentales. Pero, la situación podía cambiar si los conocimientos que fundamentaban al ejercicio propagandístico fueran empleados para contrarrestar dichas tendencias democráticas, como había sucedido en la República de Weimar con el advenimiento del régimen nazi. Concebía que esto era la médula de la corrupción del conocimiento científico, empleado con el propósito de subyugar al sujeto social a los designios de un régimen dictatorial, cuyo perjuicio, consideraba, aún estaba por verse.⁵⁶⁰ Esta perspectiva reafirma el modelo normativo preexistente en la plataforma, en donde el conocimiento no era bueno ni malo *per se*, sino que a partir de aquel que lo cultivaba y empleaba se podría determinar la carga moral de su uso.

Dentro de toda esta estructuración, tal vez la disciplina que concentró gran parte de las descalificaciones y condenas dentro de la plataforma, a la par de otras publicaciones del espacio mexicano, fue la geopolítica. Tal como señala Rubén Cuellar, durante las décadas de 1930 y 1940, la reflexión geopolítica desarrollada por Karl Haushofer y la Universidad de Múnich estuvo estrechamente asociada con los objetivos de expansión territorial que reivindicaba el régimen nacionalsocialista alemán. A partir de conceptos como el *Lebensraum*

⁵⁵⁹ Para profundizar en este aspecto, véase Guzmán Anguiano, “La revista especializada en ciencias sociales”, pp. 39-51.

⁵⁶⁰ Giner de los Ríos, “La propaganda política”, pp. 134-138.

o “espacio vital” o *Raumsgefhül* o “sentido de espacio”, el gobierno de Adolf Hitler retomó planteamientos completos desarrollados por la *Geopolitik* alemana de Haushofer para legitimar sus planteamientos expansionistas.⁵⁶¹ Esta situación adquirió gran relevancia pública, al menos en el bando de los aliados, a partir de la publicación en 1941 de un artículo titulado “Los mil científicos que hay detrás de Hitler” en la revista estadounidense *The Reader’s Digest*. En éste se vinculaba a Haushofer como uno de los principales intelectuales del régimen nazi, lo que ayudó a situar con mayor fuerza el vínculo entre geopolítica y nazismo, así como un mayor interés en la academia estadounidense por esta disciplina.⁵⁶²

Esto entró en diálogo con la concepción de disciplinas pseudocientíficas que se formuló al interior de esta plataforma, aunque de forma matizada a los ojos de algunos de sus participantes. El desarrollo de esta idea se asentó sobre tópicos como el planteamiento de saberes considerados como pseudocientíficos y poco confiables, una crítica a la visión nacionalista de la disciplina en contraposición a una perspectiva universalista, un conocimiento a modo de los intereses políticos del nazismo, así como una derivación crítica hacia la forma en que se practicaba la geopolítica en Estados Unidos.

La discusión en torno al tema cobró vigencia en 1943, con la publicación de la obra de Hans W. Weigert titulada *Geopolítica. Generales y geógrafos*, aparecida en la colección “Política y Derecho” del Fondo de Cultura Económica traducida por Ramón Iglesia. Esta obra, dedicada a realizar un balance del papel de Haushofer y la llamada Escuela de Múnich en el desarrollo de los principios de la geopolítica alemana y su vinculación con el régimen de Hitler, concebía que si bien Haushofer no era el autor de las partes de *Mein Kampf* dedicadas a la reivindicaciones territoriales que realizaba el nazismo tampoco era totalmente responsable de esta disciplina, tal como resaltaba el artículo de *The Reader’s Digest*, Weigert señalaba que si existía una estrecha vinculación entre las ideas de Haushofer con el régimen alemán.⁵⁶³

Por su parte Weigert señalaba el carácter pseudocientífico de la geopolítica alemana al considerar que se constituyó más bien como una disciplina que quería aparentar

⁵⁶¹ Si bien Haushofer no estuvo directamente vinculado con Adolf Hitler, su misma condición de militar si lo llevó a estar estrechamente relacionado con la cúpula de mando del ejército alemán. A su vez, mantuvo una muy cercana amistad con Rudolph Hess. Cuéllar Laureano, “Geopolítica”, pp. 62-67.

⁵⁶² Cuéllar Laureano, “Geopolítica”, pp. 67-70.

⁵⁶³ Weigert, *Geopolítica. Generales y geógrafos*, pp. 60-86.

cientificidad con el propósito de legitimar pretensiones políticas. Esta vinculación con la política alemana la sesgaba de la aspiración universalista, además de perder de vista al ser humano en sus planteamientos, y preponderar el dominio a través de la acción armada, convirtiéndose en un arma de guerra del nazismo. A su vez, las enseñanzas de Haushofer se habían constituido más en un credo ideológico asentado en el nacionalismo e impulsada por las élites militares que en una disciplina de carácter científico, lo que presentaba un problema no solo para los alemanes, sino para todo país que contara con un poderío militar considerable.⁵⁶⁴ Con esto Weigert se refería al contexto estadounidense, pues consideraba que el interés que la disciplina había provocado en los círculos universitarios de dicho país representaba un peligro, pues autores como Nicholas J. Spykman, George T. Renner, James Burnham, entre otros, estaban siguiendo los mismos planteamientos de Haushofer, lo que podría convertirse en un peligro hacia el futuro, en miras de asentar una pretensión imperialista por parte de los Estados Unidos.⁵⁶⁵

El cubano Jorge A. Vivó, quien fue parte activa de la plataforma, se convirtió durante la época en el principal impulsor de la reflexión geopolítica en el contexto mexicano. Esto lo llevó a reseñar la obra de Weigert, texto que publicó en la *Revista Geográfica*, bajo su dirección. En dicha reseña, Vivó consideraba que la obra de Weigert representaba un aporte fundamental para el conocimiento geográfico, felicitando a la selección realizada por Manuel Pedroso al frente de la colección. Como parte de la evaluación de la obra, el cubano trató de realizar un balance de los argumentos de Weigert, coincidiendo en que la influencia de Haushofer en el régimen alemán era notable, aunque según Vivó ésta descendió a partir de 1941, cuando las ideas raciales propuestas por Alfred Rosenberg cobraron mayor relevancia en la estructura ideológica del nazismo. A su vez consideraba que lo planteado por Haushofer no era del todo negativo, sino que había elementos que podían rescatarse para comprender las lógicas políticas a nivel internacional.⁵⁶⁶ La postura de Vivó refleja una perspectiva crítica de las concepciones geopolíticas de Haushofer y su escuela, aunque sin caer en una descalificación total de su obra, ya que tenía la consideración de aceptar que parte de sus propuestas tenían un fundamento analítico serio y que podían dotar a la disciplina de la estructura científica necesaria para considerar a sus planteamientos como confiables.

⁵⁶⁴ Weigert, *Geopolítica. Generales y geógrafos*, pp. 253-259.

⁵⁶⁵ Weigert, *Geopolítica. Generales y geógrafos*, pp. 260-267.

⁵⁶⁶ Vivó, "Geopolítica: generales y geógrafos", pp. 163-167.

Respondiendo a esta perspectiva, José E. Iturriaga también reseñó el libro de Weigert desde una visión más combativa, al considerar que la geopolítica no tenía ningún fundamento científico, pues si bien retomaba principios propuestos por geógrafos como Halford Mackinder o Friedrich Ratzel, estos eran deformados con el afán de crear una nueva visión del mundo bajo la lógica expansionista del nacionalsocialismo. Tal razón limitaba la aspiración universalista que debía tener cualquier disciplina científica, frente a la lógica de legitimar intereses nacionales. Iturriaga lo expuso de la siguiente forma:

[...] esta ciencia no reúne los caracteres de universalidad indispensables de toda ciencia, sino que hay tantas ciencias geopolíticas como grandes Estados hay en la tierra, por lo que, en consecuencia, no hay una ciencia geopolítica.

Una auténtica ciencia geopolítica sería aquella que fuese capaz de concebir unitariamente a la tierra en toda su extensión, aquella que fuese capaz de poseer una conciencia de la unidad orgánica de nuestro planeta, y no aquella que ve en algunas porciones del mapa espacios a dónde extender el área de dominio de un Estado [...]⁵⁶⁷

Luego de la publicación de Weigert y como parte de las inquietudes de Vivó por discutir en torno a la disciplina, este último formó parte de los expositores que participaron en el Seminario Colectivo sobre la Guerra realizado en 1943, donde presentó la ponencia titulada “La geopolítica, sobre la necesidad de dar una nueva organización a la geografía política del Caribe”. Estructurada en dos partes, la primera de ellas versó en una revisión de las distintas escuelas de la geopolítica que se habían desarrollado hasta ese momento y cómo la guerra había condicionado la evolución de la disciplina. En la segunda parte hizo un ejercicio analítico al plantear un escenario hipotético de una unión de países del Caribe y como esto provocaría un reparto del poder en el continente americano.⁵⁶⁸

En su exposición, Vivó concibió que la geopolítica era una ciencia aplicada que se relacionaba estrechamente con el desarrollo de la guerra, en donde ésta orientaba la toma de decisiones respecto a cómo proceder en el frente de batalla. Por ello la relación entre hombres de ciencia y esfuerzos políticos no debía ser tan cuestionada. Pero a pesar de esta visión, Vivó mantenía una postura ambigua respecto a la geopolítica de raíz alemana, particularmente la perspectiva de Haushofer y la Escuela de Múnich, pues consideraba necesario separarla de la estructura nazi, concibiendo que estos dos no eran equivalente, a la vez que si bien Haushofer y sus ideas habían fundamentado parte de la propuesta nacionalsocialista, se lo

⁵⁶⁷ Iturriaga, “Geopolítica (Generales y geógrafos)”, p. 7.

⁵⁶⁸ Vivó, *La Geopolítica*.

debía considerar más un producto de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial que un hijo del nazismo.⁵⁶⁹

Estas concepciones fueron ampliamente discutidas durante la sesión, en la que José Medina Echavarría, Alfonso Reyes, Jesús Silva-Herzog, Javier Márquez, Gilberto Loyo, Daniel Cosío Villegas, Vicente Herrero, José Roura Parella y José E. Iturriaga fueron partícipes.⁵⁷⁰ En ella destacaron los argumentos de que la geopolítica de Haushofer poseía indefiniciones y contradicciones, lo que restaba fiabilidad científica a sus postulados, pues tal como señalaba Medina Echavarría

¿Qué significación puede tener la práctica el hecho de la multidimensionalidad de la geografía política alemana, norteamericana, hispanoamericana, japonesa...? Entramos en esta continua falsificación de la ciencia en muchos aspectos. Se hacen aparecer como afirmaciones científicas cosas que no lo son. No es una ciencia porque a la larga lo que les interesa subrayar son todos los datos que están montados sobre lo geográfico, especialmente etnológico, de población, económico, y se reconoce que con la interpretación que dan a esos datos psicológicos, los meros datos geográficos no sirven para nada. Acaban disolviendo lo que parece ser su elemento primario a todo lo geográfico, como nos hace sospechar el que con estos datos geográficos se compusieran tantos datos geopolíticos.⁵⁷¹

A su vez, también fue cuestionado el uso que de ella había realizado el nacionalsocialismo alemán, como una forma de legitimar bajo cauces de aparente científicidad sus aspiraciones de dominio y expansión territorial sobre naciones del continente europeo, propiciando el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el agravamiento de la crisis civilizatoria. Ejemplo de ello es lo afirmado por Roura Parella durante la discusión, quien señaló

A mi juicio, la geopolítica no existe como ciencia hoy en Alemania. Los dirigentes del nacional-socialismo con la geopolítica han contribuido una vez más a destruir una tradición auténtica de la ciencia alemana, cuál era la objetividad. Al nacional-socialismo no le interesa la geopolítica más que en función de sus fines de dominio, de poder.⁵⁷²

Una vez que se publicó el texto de la sesión en *Jornadas*, esta misma discusión se trasladó a otros espacios como las revistas, a través de las reseñas que se hicieron de esta obra. Una muestra es el texto que escribió J. F. Noyola que apareció en *El Trimestre*

⁵⁶⁹ Vivó, *La Geopolítica*, pp. 11-15.

⁵⁷⁰ Minuta de la discusión de la sesión de Jorge A. Vivó, 31 de agosto de 1943, AHCOLMEX, FAR, Exp. 19, ff. 1-46.

⁵⁷¹ Minuta de la discusión de la sesión de Jorge A. Vivó, 31 de agosto de 1943, AHCOLMEX, FAR, Exp. 19, ff. 15-16.

⁵⁷² Minuta de la discusión de la sesión de Jorge A. Vivó, 31 de agosto de 1943, AHCOLMEX, FAR, Exp. 19, ff. 18.

Económico en 1944. Noyola consideraba que la visión de Vivó era una representación de la concepción hispanoamericana producto de la Primera Guerra Mundial, en donde lo irracional se mezclaba con aspectos científicos, bajo una aspiración internacionalista y un objetivo político específico, dando como resultado un elemento “muy útil para el estudio de una época en crisis”.⁵⁷³ La interpretación de Noyola resaltaba el hecho de que la postura de Vivó se aferraba mucho a un conocimiento de carácter cuestionable, en donde la interrelación entre saberes científicos y pseudocientíficos daban como resultado una base falible para la interpretación y la comprensión. Retomando a su vez la carga política de la geopolítica, es posible concebir que Noyola consideraba a esta disciplina una muestra de las dificultades de época que se vivían, además de una expresión de la crisis de las ciencias sociales.

A la par de la obra de Vivó y de Weigert, también proveniente del contexto estadounidense se discutió el libro *Geopolitics: the struggle for space and power*, de Robert Strausz Hupé. En una reseña de aquel realizada por Manuel Alvarado Orozco publicada en *El Trimestre Económico* en 1944, este concebía que

En el continente americano, durante los años manchados por la sangre que inunda al mundo en guerra, la literatura sobre las pretensiones pseudocientíficas de la geopolítica había desaparecido. Parecía que la frágil y artificiosa estructuración de pequeñas verdades, dilatadas en grado sumo, extraídas de la geografía, de la política, de la economía y de las disciplinas militares, quedaba arrinconada en el Instituto Geopolítico de Múnich. Sin embargo, en Norteamérica, muchos profesores, en el año de 1942, se han impuesto la tarea de traducir al lenguaje del Yanqui medio el brebaje tan ampliamente distribuido al pueblo alemán por Haushofer y sus discípulos.⁵⁷⁴

Es notable aquí que, cualquier pretensión de emplear dichos conocimientos para generar un marco de análisis global, era descalificada o cuestionada por los colaboradores de la plataforma, por considerar los conocimientos de la disciplina como poco fiables. A su vez, en consonancia con lo planteado con Weigert, esta concepción crítica se estructuró también alrededor del peligro que podría significar su utilización para la legitimación de reclamos territoriales realizados por los Estados Unidos en el continente americano, lo que representaba, a los ojos de Alvarado Orozco, una posibilidad debido a los antecedentes históricos en torno de la reivindicación imperialista que EU había sostenido sobre el continente americano en la primera mitad del siglo XX.

⁵⁷³ Noyola, “La geopolítica”, pp. 794-795.

⁵⁷⁴ Alvarado Orozco, “Geopolitics,” pp. 153-154.

La renovación de las ciencias sociales como horizonte de esperanza

Pero para estos intelectuales no todo estaba perdido para las ciencias sociales, pues la situación por la que atravesaban también planteaba la necesidad de buscar renovarlas y establecer nuevos parámetros metodológicos y normativos con los cuales restituir sus bases y hacerlas útiles para la vida pública, empleando sus aportes para ofrecer soluciones a las problemáticas de la época. Por ello esta condición de crisis, a consideración de distintos colaboradores, obligaba a las disciplinas sociales a realizar una revisión crítica de sus propios fundamentos e interpretaciones. Como parte de esa reflexión, José Medina Echavarría sugirió una serie de planteamientos que consideraba esenciales para encauzar las ciencias sociales en pro de superar su crisis.

Este señalaba la necesidad de buscar la renovación de las disciplinas a través de la generación de conocimientos fiables por medio de la reflexión académica y el planteamiento racional. Esto permitiría su empleo para encauzar la toma de decisiones y la búsqueda de soluciones a los retos que enfrentaba la humanidad, aunque sin coludirse con la actividad política. Esta transformación debía ir acompañada de una mirada más transversal de lo social, en donde se construyeran canales de diálogo entre las distintas disciplinas,⁵⁷⁵ además de situar históricamente a todo fenómeno social para su particular comprensión, atendiendo su relación con el entorno como medio para poder estructurar un conocimiento teórico más fiable y preciso.⁵⁷⁶

Dichos planteamientos también entraron en diálogo con la necesidad de concebir que todas las disciplinas del conocimiento social tuvieran por objetivo la renovación y utilidad social de los saberes, buscando con ello la superación de la crisis que enfrentaba la humanidad y la difusión del conocimiento entre un público más amplio. Lo anterior provocó que los proyectos impulsados por Medina Echavarría y otros gestores de la plataforma, como el Centro de Estudios Sociales, el Diplomado de Ciencias Sociales o *Jornadas* en El Colegio de México,⁵⁷⁷ o las colecciones de “Sociología” o “Política y Derecho” del Fondo de Cultura

⁵⁷⁵ Medina Echavarría, “Sobre la investigación social”, pp. 17-22.

⁵⁷⁶ Al respecto véase Lira, “Autobiografía, humanismo y ciencia”.

⁵⁷⁷ *Jornadas* representó la consumación de distintos propósitos planteados por Medina Echavarría, pero también por algunos de sus colegas, como Cosío Villegas. Tal como señala Laura Moya, se formó una “biblioteca” de conocimientos dedicada al estudio de las cuestiones latinoamericanas, con el propósito de generar una autorreflexión a partir del rescate del conocimiento europeo en ese momento en crisis. Moya López, “Los universos textuales de José Medina Echavarría”, pp. 175-192. Pero también como plantea Jesús Morales Martín,

Económica, tuvieran como puntos centrales estos aspectos.⁵⁷⁸ Tal como es posible observar en la presentación de la colección, Medina Echavarría consideraba que el conocimiento recopilado dentro del catálogo del FCE permitiría

[...] una orientación para la vida. Lo que el hombre requiere son instrumentos que le ayuden a comprender el significado de aquellos acontecimientos de nuestra época que sabe decisivos para su propia existencia. Nuestro tiempo es social por excelencia, en el sentido de una conciencia clara en unos o de una percepción más o menos turbia en otros, de la importancia de lo social para la vida humana [...].⁵⁷⁹

Esta orientación para la vida debía ser impulsada por las ciencias sociales y sus estudiosos, cuyo objetivo era mantener la orientación racional a partir del ejercicio de la objetividad y la imparcialidad, en aras de construir respuestas y propuestas resolutorias a los problemas de actualidad.

Pero dicha búsqueda de renovación no recaía del todo en la reconstrucción de marcos teóricos y metodológicos propios de las disciplinas, sino que para algunos más, la atención debía centrarse en la moralización de la práctica científica a partir de un ejercicio humanista de la ciencia. Esto fue propuesto por figuras como José Gaos, quien en su carta titulada “Filosofía y Sociología. Una carta abierta”, contemplaba la necesidad de que las ciencias se “humanizaran”, en donde la constitución de la idea de “ciencia del hombre” concibiera una moralización de la práctica y función del pensamiento social, donde

[...] Lo que hay que hacer no es obstinarse en alcanzar el extremo del dominio inhumano sobre lo humano, sino potenciar el dominio humano sobre lo humano. Promover movimientos de solidaridad humana y de beneficencia, de respecto y fomento de la persona humana, de la personalidad. Unas nuevas misiones [...]

[...] Las ciencias humanas no serán menos eficaces, sino tanto más. Sin duda no harán posible predeterminar a plazo fijo, la acción humana, pero esta imposibilidad es la garantía que se vio de la libertad contra el afán de dominación. Su esfuerzo y su eficacia serán, pues, *sui generis*.⁵⁸⁰

Dentro de esta búsqueda de renovación científica, para algunos de los colaboradores, América Latina estaba llamada a ocupar un lugar particular en el establecimiento de nuevos parámetros para la práctica de las ciencias sociales. Inspirados por el impulso del americanismo, intelectuales como Silva-Herzog, Medina Echavarría, Cosío Villegas, entre

llevar a las ciencias sociales a nuevos públicos, y con ello propiciar que se convirtiera en un nodo de renovación de las disciplinas latinoamericanas para la generación de un pensamiento social propio. Juan Jesús Morales Martín, *José Medina Echavarría*, pp. 152-155.

⁵⁷⁸ Sobre la concepción de la colección de Sociología desde la mirada de Medina Echavarría, véase Moya López, “José Medina Echeverría y la Colección de Sociología”, pp. 765-803.

⁵⁷⁹ Medina Echavarría, “Nuestras obras de sociología”, pp. 1-5.

⁵⁸⁰ Gaos, “Filosofía y Sociología”, pp. 4-6.

otros, postularon distintos escenarios en los cuales el continente jugaba un papel relevante en la renovación del conocimiento a nivel mundial, postulando planteamientos originales a partir de sus condiciones particulares. Esto es posible observarlo en la introducción que realizó Medina Echavarría para la colección de sociología del FCE publicada en *El Noticiero Bibliográfico*. En esta tónica, el horizonte americano para Medina Echavarría se volvía una afirmación necesaria, pues al tener condiciones particulares frente a otras experiencias contemporáneas, resultaba esencial conocerlas a profundidad para procurar alternativas ajustadas a la realidad continental, y de esa forma “blindarse” ante “las ideologías ajenas” – el fascismo particularmente— que habían traído consigo la “bancarrota europea”.⁵⁸¹

La reafirmación de América como un horizonte de esperanza que permitiría la renovación de la humanidad a partir de la participación de sus fuerzas sociales no fue solo una de las premisas del americanismo que acompañaron al antifascismo planteado desde esta plataforma. Ya que también resultó una reafirmación de la dialéctica cosmopolita propuesta por muchos de los colaboradores de dichos proyectos, los cuales estimaban que para construir la mejor versión del continente no solo resultaba necesario reafirmar lo propio, sino que también era necesario construir puentes de diálogo con otras realidades. Esto se dio a partir de distintas herramientas, siendo una de ellas, la traducción.

⁵⁸¹ Medina Echavarría, “Nuestras obras de sociología”, p. 5.

3. “Traduciendo al fascismo”: la traducción y gestión editorial como manifestación antifascista

Entre 1934 y 1945, el ejercicio de la traducción representó un aspecto fundamental de la práctica antifascista desarrollada por esta plataforma. Esto significó el traslado lingüístico de una serie de artículos y libros provenientes del contexto académico y periodístico anglosajón —Inglaterra y Estados Unidos específicamente— cuyo enfoque central era la interpretación del fenómeno fascista. Entre los autores se encontraban G. D. H. Cole, Franz Neumann, R. Palme Dutt, Maurice Dobb, Carl T. Schmidt, Henry Truchy, Gaetano Salvemini, Herbert L. Matthews, George H. Sabine, entre otros, quienes formaron parte del corpus interpretativo que esta plataforma impulsó para asentar una interpretación sobre el fascismo, en la que dichos autores sirvieron como interlocutores para enriquecer la información y los debates acerca del fenómeno en la esfera pública mexicana —e hispanoamericana—.

En este sentido, para lograr la contratación, traducción y edición de estas obras y trabajos, intervinieron una serie de actores propios del circuito del libro tales como agentes editoriales, editores, traductores o autores. Cabe señalar que las condiciones globales de la edición se encontraban en una coyuntura de cambio, pues debido a los conflictos armados, como la Guerra Civil Española o la Segunda Guerra Mundial, industrias editoriales preponderantes en el panorama global, tales como Francia, Italia, Alemania o España, habían sido afectadas por los conflictos o se encontraban bajo la esfera de influencia de los regímenes fascistas. Por ello, otros actores de gran relevancia, como Estados Unidos o Inglaterra, se convirtieron en receptáculos de la edición de obras de carácter antifascista.

A su vez, esta práctica compaginó el ejercicio profesional con un perfil político. Los proyectos en los que se editaron estos textos antifascistas tenían como propósito la formación de corpus de saberes que sirvieran para la enseñanza de distintas disciplinas de las ciencias sociales. Ello hizo que la especialización en el conocimiento social y el dominio de idiomas que tenían figuras como Vicente Herrero, Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Jesús Silva-Herzog, Teodoro Ortiz, Rodolfo Selke, entre otros, les permitió conjuntar su labor intelectual con sus simpatías políticas, encontrando en ello la oportunidad para extender el impacto de la sensibilidad antifascista que buscaban difundir.

El presente capítulo tiene como propósito abordar la práctica de la traducción como un elemento más de la acción antifascista que emprendió en esta plataforma editorial. También se busca comprender cómo la traducción sirvió como mecanismo para crear un puente dialógico con otras experiencias antifascistas internacionales y con ello legitimar la postura de estos intelectuales en el entorno mexicano, al emplear el prestigio y posición de las figuras traducidas en favor de los traductores, reafirmando así la legitimidad de su antifascismo. Por último, el capítulo también busca ofrecer una perspectiva de los actores inmiscuidos en los procesos de traducción y edición, y con ello entender cómo la práctica profesional también permitió el despliegue de una acción política en el campo antifascista.

Para desarrollar lo anterior entendemos la traducción como un proceso en el cual los agentes activos en el proceso de edición y circulación de una obra e inmersos en un contexto sociohistórico específico la dotan de una especificidad y significación independiente de su equivalente en lengua original, buscando lograr una serie de objetivos políticos y culturales que se proyectan hacia el entorno de recepción de la obra traducida, sobre el cual pretenden impactar.⁵⁸² Se parte de la hipótesis de que el ejercicio de la traducción en estas plataformas representó una compaginación entre la práctica profesional con una postura antifascista. La estructuración de un corpus de conocimientos que sirviera como base para la enseñanza de distintas disciplinas del conocimiento social también fue aprovechada para la construcción de un canon interpretativo del fascismo desde una perspectiva antifascista, pasando a formar parte de la sensibilidad antifascista que este grupo generó y promovió, buscando con ello ponerlos a disposición de la opinión pública a partir de su circulación en revistas especializadas y en colecciones editoriales.

En este sentido, la historiografía acerca del antifascismo en América Latina ha abordado a los procesos de traducción de forma marginal o supeditados a fenómenos más amplios, como la recepción de los debates provenientes del contexto italiano⁵⁸³ o francés,⁵⁸⁴ o los relacionados con la construcción del concepto de “totalitarismo” por parte de algunos

⁵⁸² Esta perspectiva se enmarca dentro de lo que Patricia Wilson denomina como estudios sociológicos de la traducción, cuya prioridad es atender los actores e instituciones que intervienen en la traducción y circulación de los textos. Además entra en diálogo con el llamado giro cultural de los estudios de la traducción, donde precisamente se concibe que la equivalente se pierde o no es relevante entre original y traducción, priorizando en su lugar las significaciones que adopta la relación entre texto y contexto. Wilson, “La traducción y sus discursos”, pp. 82-95.

⁵⁸³ Al respecto, véase el texto de Pasolini, “Antifascismo global y debates”, pp. 27-53.

⁵⁸⁴ Sobre este aspecto destaca el trabajo de Lida, “Debates del exilio francés de Nueva York”, pp. 32-56.

grupos de la región.⁵⁸⁵ A su vez, también han sido abordados coyunturalmente, aunque sin profundizar, los estudios sobre la influencia de las publicaciones periódicas en las experiencias antifascistas latinoamericanas,⁵⁸⁶ o de las comunidades de exiliados que adaptaron y circularon diversos textos provenientes de sus contextos de origen.⁵⁸⁷ Es por ello que el presente capítulo busca atender una laguna historiográfica sobre el fenómeno antifascista en la región.

Para abordar lo anterior, el presente capítulo está estructurado en cuatro apartados, tratando de dar cuenta de los diversos actores y elementos que intervinieron en el ejercicio de la traducción como práctica antifascista. En primer lugar, se abordan las características de la traducción como prácticas antifascistas en la plataforma. En el segundo se trata lo correspondiente a las condiciones de origen de las producciones intelectuales que fueron traducidas en estos proyectos. En el tercero se toca lo correspondiente a los intermediarios —agentes editoriales, editores y traductores— que intervinieron para poner a disposición del público hispanoamericano las obras anglosajonas. En el último se indaga la recepción crítica que tuvieron diversas obras en el entorno mexicano.

3.1 La traducción como práctica antifascista: entre la acción pedagógica y la politización de los saberes

Significaciones de la traducción y su apelación antifascista

El tema de la traducción en los estudios históricos sobre el antifascismo ha sido relegado a una cuestión secundaria o contextual, acompañando sobre todo al fenómeno de la circulación de interpretaciones y los debates desarrollados acerca de distintas percepciones antifascistas o su confrontación con sectores filo fascistas. A pesar de ello, existen distintos estudios que han aportado algunos elementos para comprender la traducción como una práctica que acompañó de cerca al actuar antifascista.

⁵⁸⁵ Al respecto véase la primera parte del libro de Vicente y López Cantera, *La Argentina y el siglo del totalitarismo*.

⁵⁸⁶ Al respecto, está el trabajo de Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*”, pp. 87-108. También se encuentra la tesis de Meirelles de Oliveira, “Palavras como balas”.

⁵⁸⁷ Véase por ejemplo el trabajo de Acle-Kreysing, “Cómo crear una clase obrera”, pp. 109-149. También el texto de Ramírez Santos, “Escribiendo sobre Weimar”, pp. 37-45. A su vez, consúltese el trabajo de Aribert Reimann, *Transnational District*.

Dentro de distintas experiencias antifascistas, la traducción jugó un papel fundamental en la construcción de lazos y puentes comunicativos entre distintas realidades, propiciando la circulación y resignificación de interpretaciones sobre el fascismo de acuerdo a los intereses y pretensiones de cada uno de los grupos situados en esta apelación.⁵⁸⁸ En este sentido, la traducción adquirió diversos significados, funcionando como una forma de conjuntar la práctica profesional con la práctica política o la concepción de la traducción como una herramienta de cambio social y de acción propagandística para dar a conocer los elementos de una experiencia política más allá de las fronteras lingüísticas, así como también una forma de preservación de la memoria de lucha.⁵⁸⁹

Pero más allá de lo dicha hasta el momento por la historiografía sobre el tema, es posible pensar que la traducción adquirió significaciones más amplias en las experiencias antifascistas que se desarrollaron a lo largo del continente americano, y que para el caso que venimos estudiando, se manifestaron esencialmente en tres características básicas: la búsqueda por constituir una opinión pública de tendencia antifascista; la legitimación de su postura como antifascistas a partir del uso de “autoridad” de los autores traducidos; y la compaginación de una militancia con la práctica profesional a partir del campo de la traducción y la edición.

La proyección que tuvo la traducción en las prácticas antifascistas en primer lugar atendía a la búsqueda por extender saberes existentes en otros idiomas a un público lector al que pretendían atender y que idealmente se encontraba ávido de conocimientos acerca de las significaciones que tenía el fascismo en otros contextos y con ello propiciar la reflexión y discusión pública sobre las significaciones y problemas de esta clase de regímenes. Recordemos lo dicho por Lawrence Venuti, quien considera que las traducciones siempre van enfocadas a un grupo y contexto específico, lo que dota de “inteligibilidad” al proceso de selección.⁵⁹⁰ En este sentido, la selección de obras a traducir y difundir en el público mexicano y, en extensión hispanoamericano, tenía como fundamental propósito el compaginar una acción pedagógica con un planteamiento político, buscando a partir de la disponibilidad de un corpus de saberes provenientes de otras realidades, impulsar en el contexto nacional la conformación de una opinión pública de tendencia antifascista, que

⁵⁸⁸ En este caso, resulta ilustrativo el trabajo de Ramírez Santos, “Escribiendo sobre Weimar”, pp. 37-45.

⁵⁸⁹ Véase Scaramella, “Translating the Spanish Civil War”, pp. 177-188.

⁵⁹⁰ Venuti a través de Willson, *La Constelación del Sur*, p. 67.

tuviera a disposición los recursos intelectuales necesarios para fundamentar esta postura en la discusión.

En este sentido, cabe recordar lo propuesto por Chantal Gagnon, quien considera que las llamadas “instituciones traductoras” —que en este caso correspondería al espacio institucional ocupado por el Fondo de Cultura Económica— tuvieron un peso sustancial a la hora de impulsar una agenda de creencias y valores, precisamente impactando en el discurso público a partir de la promoción de una política traductora asentada en una ideología o postura específica.⁵⁹¹ Es por ello que a partir del programa de traducción desarrollado a partir de revistas como *El Trimestre Económico* o la colección de “Política y Derecho” del Fondo de Cultura Económica, es posible comprender que sus impulsores buscaban aprovechar esa posición para impactar en la esfera pública con la difusión de saberes que se podrían caracterizar como antifascistas.

Por otro lado, la traducción como práctica del antifascismo también cumplió la función de legitimar la postura política defendida desde una experiencia específica debido a la valoración de una serie de figuras intelectuales consideradas como “autoridades” de un campo de conocimiento o con una trayectoria política de gran prestigio, y a cuyos conocimientos recurrían para ponerlos a disposición de un público lector más amplio. Con ello, los promotores de la traducción se “apoderan” de ese capital simbólico que rodeaba a esas “autoridades” intelectuales para emplearlo a su favor, con el propósito de legitimarse en el entorno antifascista, realizando la “incorporación simbólica” de estas figuras a sus propias filas, “equiparándolos” bajo una postura común.

Para definir esto es posible apoyarnos en lo concebido desde la perspectiva no esencialista de los estudios sobre traducción, que tal como explica Stefan Baumgarten, conciben la necesidad de ver al traslado como una producción intelectual diferenciada e independiente de su versión “original”. Los agentes promotores resignifican sus contenidos de acuerdo a sus objetivos y al contexto en el cual se insertan, estableciendo una “recreación comunicativa” entre original y traducción.⁵⁹² A su vez, tal como señala Chantal Gagnon, las “instituciones traductoras” emplean mecanismos de legitimación para permitirles que una particular audiencia entienda o simpatice con los objetivos o posiciones defendidas por la

⁵⁹¹ Gagnon, “Political translation” pp. 253-254.

⁵⁹² Baumgarten, “Ideology and translation”, pp. 62-63.

institución.⁵⁹³ Por esto es posible formular que la recuperación y apropiación de una serie de saberes antifascistas disponibles en otros idiomas por parte de los agentes que intermediaban la importación también responde a una necesidad de legitimarse en su espacio contextual, donde la comunicación y diálogo con figuras de “autoridad” que permita hermanar a dos o más experiencias antifascistas distintas en una posición común los sitúa como intérpretes “legítimos” de estos saberes.

También otro aspecto que resalta en la traducción como práctica antifascista fue la posibilidad de compaginar el ejercicio profesional y la actividad política, dotando al trabajo cotidiano de una dimensión simbólica para encauzarlo a formar parte de una acción trascendental, contribuyendo a una causa superior. Desde esta perspectiva, las labores de editores y traductores adquirieron una significación política de relevancia, en la que la existencia de una “sensibilidad antifascista” común reafirmaba la necesidad de encauzar estos actos hacia un propósito político concreto, que era dar a conocer visiones antifascistas no disponibles para el público hispanoparlante, por lo que la selección y traducción de estas obras estuvo fuertemente influida por esta conjunción. En el caso de esta plataforma, esta posibilidad político-intelectual se debió al control que tenían sobre las “instituciones traductoras” en las cuales desarrollaban su actividad profesional. Las concebían como una trinchera propia, la cual podía funcionar para encauzar su labor intelectual cotidiana de acuerdo con una posición política específica, la cual era compartida en gran medida por los integrantes y colaboradores de la misma institución.

Definiendo una experiencia de traducción y edición en ciencias sociales

Ahora bien, la experiencia de la traducción antifascista se caracterizó por una serie de condiciones con las cuales convivió, que tuvieron un profundo impacto en su desarrollo. Recordemos que las iniciativas que conformaron a esta plataforma tenían como propósito asentar corpus de conocimientos pertenecientes a las ciencias sociales y las humanidades que sirvieran para impulsar distintas empresas educativas que permitieran la formación de investigadores, servidores públicos y profesionistas especializados. Esto también derivó en la construcción y difusión de un corpus de saberes interpretativos acerca del fascismo con una connotada carga antifascista, que quedó a disposición del público lector. Los dos

⁵⁹³ Gagnon, “Political translation”, pp. 253.

proyectos que conjuntaron el esfuerzo traductor antifascista fueron *El Trimestre Económico* y la colección “Política y Derecho” del Fondo. Cada una contó con características propias, de acuerdo con el influjo de las obras que tradujeron.

En primer lugar recordemos que *El Trimestre Económico*, al nacer a la par de la consolidación disciplinar que vivió la economía en México durante las décadas de 1920 y 1930, en la que la disciplina se configuró de acuerdo con las necesidades que imperaban dentro de las estructuras gubernamentales, sobre todo preocupadas por el diseño y la ejecución de una mejor política económica nacional,⁵⁹⁴ priorizó un enfoque pedagógico a través de la cual estudiantes y público interesado pudieran estar actualizados en las tendencias de los estudios económicos, tanto a nivel nacional como internacional. A partir de este enfoque, el ejercicio de la traducción en *El Trimestre Económico* representó un ejercicio cotidiano y de gran peso en sus primeros años, ya que buena parte de sus contenidos procedían de autores con poca disponibilidad en lengua española. La búsqueda de poner al alcance del público interesado una serie de conocimientos considerados como fundamentales de dicho campo del saber, permitió que en la revista aparecieran constantemente artículos de autores extranjeros que traducían. Este esfuerzo por encauzar el ejercicio de la traducción con una finalidad pedagógica hace concebir que el tema del fascismo se manejó como uno más a los cuáles habría de prestar atención en el análisis y discusión, sobre todo por la preponderancia que adquirió durante la década de 1930 y la primera mitad de 1940, con la agresiva política expansionista de estos regímenes, además del conflicto de la Segunda Guerra Mundial.

Por su parte el Fondo de Cultura Económica comparte su origen con *El Trimestre Económico* en la visión pedagógica que impulsó la creación de ambos. Al igual que la revista, la editorial tenía como propósito poner a disposición de los estudiantes de economía y el público interesado textos fundamentales de la disciplina, para contribuir a su formación.⁵⁹⁵ Pero en este caso la editorial se diferenció de la revista en dos aspectos fundamentales. El

⁵⁹⁴ Al respecto véase Bernal Martínez, “El Trimestre económico, 1934-1958”. De la misma autora también véase “Los operadores de la economía”. También véase de Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”.

⁵⁹⁵ El proceso de concepción y creación del Fondo de Cultura Económica ha sido abordado de forma amplia por una historiografía centrada en la casa editorial o, desde una perspectiva más general, desde la historia del libro en México. Para este capítulo optamos por dejar de lado el construir una narrativa acerca de dicho proceso, redirigiendo a los interesados hacia la siguiente bibliografía: Sorá, *Editar desde la izquierda*; Díaz Arciniega, *Historia de la casa*.

primero de ellos era que su tarea central –y casi exclusiva durante sus primeros años de existencia— fue la traducción al español de autores inaccesibles en dicha lengua. El segundo elemento fue que el Fondo paulatinamente expandió su campo de acción hacia otras disciplinas del conocimiento social. Esto posibilitó que los temas abordados en las colecciones fueran más amplios que los tocados en *El Trimestre*, además de un mayor alcance entre el público lector.

Por ello la traducción dentro del FCE se convirtió en su tarea fundamental, invirtiendo gran parte de sus recursos materiales y humanos en la selección, gestión y materialización de esos traslados lingüísticos. En este sentido, el fascismo se constituyó en uno de los tópicos de época que requería atención y trabajo para satisfacer el interés que podrían tener los posibles lectores acerca de dicho tema, sobre todo a partir de 1939, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esto se expresó por parte de los editores de la siguiente forma:

[...] Y, en efecto ¿qué cuestión más del día que un libro que asedia de esta o de la otra manera el fenómeno “nacionalsocialismo”? nada más tremendamente de nuestros días, y desde luego nada que sea más centro de toda la preocupación y acción que los atraviesa. No creemos que se puede encontrar hoy en el mundo ni una sola persona –excluidos los felices y envidiables hombres de la selva que aún queden— que piense que el tal fenómeno no la atañe en forma más o menos directa.

El Fondo de Cultura Económica se ha mostrado desde un principio muy atento en sus preocupaciones editoriales hacia la Alemania actual [...].⁵⁹⁶

Por ello, este interés quedó plasmado de distinta forma en las colecciones de la editorial, cobrando mayor o menor preponderancia de acuerdo con los materiales que aparecieron en ellas. En este sentido, es posible pensar que si bien hubo obras que abordaron directa o indirectamente el tema del fascismo en distintas colecciones de la editorial,⁵⁹⁷ “Política y Derecho” concentró la mayor cantidad de traducciones acerca de este tópico. Además, la selección de autores realizada por Daniel Cosío Villegas, Vicente Herrero y Manuel Pedroso, tales como G. D. H. Cole, R. H. S. Crossman, Robert MacIver, Franz Neumann, Rohan D. O’Butler, Gaetano Salvemini, Herbert L. Matthews, George H. Sabine,

⁵⁹⁶ F. G. R, “Raíces ideológicas del nacionalsocialismo”, pp. 1-3.

⁵⁹⁷ Dentro del catálogo de la editorial, destacan en la colección de economía libros como el de Henry Laufenburger, *La intervención del Estado en la vida económica*, aparecido en 1945; de Maxine Y. Swezzy, *La economía nacionalsocialista*, aparecido en 1944; o de Gustav Stolper, *Historia económica de Alemania*, aparecido en 1942. En sociología aparecieron obras como la de F. C. Bartlett, *La propaganda política*, aparecido en 1941, Karl Mannheim *Diagnóstico de nuestro tiempo*, de 1944, o la de Ruth Benedict *Raza: ciencia y política*, de 1941.

entre otros más, lograron compaginar simbólicamente un posicionamiento antifascista de autores y traductores.

Etapas de traducción desde el antifascismo editorial

Del conjunto de estas “instituciones traductoras”, en el siguiente cuadro se observa la totalidad de textos con contenidos antifascistas que se tradujeron durante el periodo.

Cuadro 1. Textos con orientación antifascista traducidos en la plataforma

Título	Autor	Tipo de colaboración	Proyecto en el que apareció	Traductor	Año de edición	Editorial de procedencia	Año de aparición
La confusión actual	G. D. H. Cole	Artículo	El Trimestre Económico		1934		
La propiedad y la empresa agrícola bajo el fascismo italiano	Carl T. Schmidt	Artículo	El Trimestre Económico		1937		
Doctrinas y formas de organización política	G. D. H. Cole	Libro	Política y Derecho	Alfonso Reyes	1937	Víctor Gollancz	1932
Imperialismo	Maurice Dobb	Artículo	El Trimestre Económico		1938		
Dos décadas de política mundial	R. Palme Dutt	Artículo	El Trimestre Económico		1938		
Los problemas del trabajo y el corporativismo fascista	Francisco Frola	Artículo	El Trimestre Económico		1939		
Cambios internacionales y autarcía	Henry Truchy	Artículo	El Trimestre Económico		1940		
Biografía del Estado moderno	R. H. S. Crossman	Libro	Política y Derecho	J. A. Fernández de Castro	1941	Chatto & Windus	1939
Trayectoria del pensamiento político	J. P. Mayer, R. H. S. Crossman, P. Keckskemeti, E. Kohn-Bramstedt y C. J. S. Sprigge	Libro	Política y Derecho	Vicente Herrero	1941	J. M Dent & Sons	1939

El monstruo del Estado	R. MacIver	Libro	Política y Derecho	R. L.	1942	Louisiana University Press	1942
Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo	Franz Neumann	Libro	Política y Derecho	Vicente Herrero y Javier Márquez	1943	Oxford University Press	1942
Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante	Max Lerner	Libro	Política y Derecho	Teodoro Ortiz	1943	The Viking Press	1938
¿Qué hacer con Italia?	Gaetano Salvemini y George La Piana	Libro	Política y Derecho	Teodoro Ortiz	1943	Duell, Sloan & Pearce	1943
Geopolítica. Generales y geógrafos	Hans Werner Weigert	Libro	Política y Derecho	Ramón Iglesias	1943		1942
Raíces ideológicas del nacional-socialismo	Rohan D. O'Butler	Libro	Política y Derecho	Rodolfo Selke	1943	E. P. Dutton & Co.	1942
La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina	Samuel F. Bemis	Libro	Política y Derecho	Teodoro Ortiz	1944	Harcourt, Brace & Co.	1943
Las superpotencias. Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética. Su responsabilidad ante la paz	William T. R. Fox	Libro	Política y Derecho	A. P. H.	1944	Harcourt, Brace & Co.	1944
Los frutos del fascismo	Herbert L. Matthews	Libro	Política y Derecho	Teodoro Ortiz	1944	Harcourt, Brace & Co.	1943
La nueva Europa	Bernard Newman	Libro	Política y Derecho	Teodoro Ortiz	1944	The Macmillan Co.	1943
Estados Unidos frente al mundo	Nicholas John Spykman	Libro	Política y Derecho	Fernando Valera	1944	Harcourt, Brace & Co.	1942
¿Será distinto el mundo del mañana?	C. L. Becker	Libro	Política y Derecho	Samuel Cosío Villegas	1945	A. A. Knopf	1944
Historia de la teoría política	George H. Sabine	Libro	Política y Derecho	Vicente Herrero	1945	Holt, Rinehart & Pearce	1943
La tragedia del movimiento obrero	Adolf Sturmthal	Libro	Política y Derecho	Rodolfo Selke	1945	Columbia University Press	1943

Elaboración propia a partir del trabajo con fuentes primarias

A partir de este corpus de información, es posible visualizar distintas etapas en los procesos de traducción y el peso preponderante de alguno de los proyectos en ellas. En primer término, se encuentra el lapso que va de 1934 a 1936, en el que la única obra traducida fue el ensayo de G. D. H. Cole titulado “La confusión actual”. La carencia de mayores contenidos durante este lapso es posible atribuirlo a factores como el hecho de que *El Trimestre* aún se encontraba en etapa de maduración, mientras que el FCE enfocó sus esfuerzos en la colección de economía, además de que el contexto nacional e internacional aún no parecía tan apremiante para el abordaje del fascismo como tema de análisis. Para el período que va de 1937 a 1941 es notable un aumento en la atención al fenómeno fascista, con la traducción de un total de 8 obras. Estas se concentraron sobre todo en *El Trimestre*, debido a la incorporación de la publicación al FCE y a la estabilidad que esto proporcionó, lo que permitió un fortalecimiento en su actividad. A su vez, las condiciones internacionales propiciadas por la Guerra Civil Española, la agresiva política internacional de los países fascistas y el inicio de la Segunda Guerra propiciaron que aumentara el interés y la necesidad de comprensión del fenómeno.

Una última etapa, que concentró los años de la Segunda Guerra y los primeros de la posguerra, se caracterizó por una explosión en la traducción de obras con contenidos antifascistas, con un total de 14 textos, concentrados mayoritariamente en la colección “Política y Derecho”. Esto es posible atribuirlo a aspectos tales como la consolidación que había logrado el FCE a partir de 1939 con la llegada de los exiliados españoles a sus filas y la expansión temática que se logró con la conformación de nuevas colecciones, lo que permitió el aumento en la producción de obras y el rápido crecimiento de la editorial.⁵⁹⁸ A ello es posible sumar el hecho de que la Segunda Guerra Mundial atrajo la atención editorial al fenómeno, además del interés público por obtener más información.

Perfiles y características únicas de la gestión editorial

La selección de autores obedeció en gran medida al peso que tuvo el pensamiento social inglés y estadounidense en los promotores y colaboradores de la plataforma. Recordemos el peso que esta corriente, junto al New Deal estadounidense, tuvieron en intelectuales y burócratas mexicanos como Cosío Villegas, Villaseñor, Robles, Ramón Beteta, Silva

⁵⁹⁸ Al respecto véase el primer capítulo de Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina”.

Herzog, Suárez, entre otros, a los que se sumaron españoles como Herrero o Márquez. Esta raíz intelectual, reflejada en el catálogo editorial del Fondo o *El Trimestre* durante estos años, serviría como puntal para legitimar políticamente al cardenismo,⁵⁹⁹ además de facilitar la difusión de diversas interpretaciones sobre el fascismo en el entorno mexicano e hispanoparlante.

Como parte de las gestiones realizadas por estas “instituciones traductoras”, no todas las obras consideradas lograron llegar a formar parte del corpus traducido, ya que, debido a factores como la imposibilidad de obtener los derechos de traducción, la preexistencia de una edición en español, o desacuerdos con los autores o editores en el idioma original propiciaron que fueran declinadas. A pesar de ello, el hecho de que fueran tomadas en cuenta para integrar este cuerpo editorial muestra la amplitud de ambiciones que estos agentes tuvieron a la hora de abordar el tema del fascismo. Obras como *Advertencia a Europa* o *La Próxima Victoria de la Democracia* de Thomas Mann,⁶⁰⁰ *Japan's feet of clay* de Freda Utley, *Fascism and Social Revolution* de Rajani Palme Dutt,⁶⁰¹ fueron considerados por la Junta de Gobierno para su edición, pero no aparecieron publicadas bajo el sello del Fondo. A ellas se integrarían otras como *Japanese Militarism* de John M. Maki,⁶⁰² o *Reflections On The Revolution Of Our Time* de Harold Laski,⁶⁰³ que fueron consideradas por la editorial y gestionadas ante distintas agencias, pero con las cuales no fue posible llegar a un acuerdo.

Por otro lado, las traducciones realizadas por estos agentes contaron con una serie de condiciones que las caracterizaron y diferenciaron de sus “originales”, lo que nos permite comprenderlas como producciones separadas insertas en otras lógicas, y que a su vez se relacionan estrechamente con una lectura antifascista. Estas estrategias editoriales, junto a las estrategias de traducción que señala Patricia Willson, intervienen como herramientas que ayudan a modelar la obra importada de acuerdo con los intereses y objetivos de los intermediarios editoriales.⁶⁰⁴

⁵⁹⁹ Véase Rojas, “El cardenismo fabiano”.

⁶⁰⁰ Véase AHFCE, FJG, Libro de actas 1937-1945, Acta del 17 de febrero de 1939, pp. 87-88.

⁶⁰¹ Véase AHFCE, FJG, Libro de actas 1937-1945, Acta del 22 de abril de agosto de 1938, pp. 57-60.

⁶⁰² Carta de Dorothy L. Shareff a Daniel Cosío Villegas del 22 de mayo de 1945, AHFCE, FAE, Caja 2, Exp. 73, s.f.

⁶⁰³ Carta de George Allen a Daniel Cosío Villegas del 30 de noviembre de 1943, AHFCE, FAE, Caja 13, Exp. 1, s.f.

⁶⁰⁴ Willson, *La Constelación del Sur*, pp. 28-29.

En este caso es posible identificar dos. En primer término, se encuentra el desfase temporal que existió entre la aparición de la obra en su idioma original y su traducción. Si bien en ocasiones el desajuste era de solo unos meses, en otras se prolongó por varios años. Tal situación, en muchas ocasiones, llevó a dar cuenta de que la información contenida en la obra estaba un tanto desactualizada cuando apareció en español,⁶⁰⁵ pero a la cual consideraban aun valiosa para comprender al fascismo. A su vez, los paratextos son elementos constantes en las traducciones que ayudaron a definir una versión independiente del original. Estos —prólogos propios de la edición en español, estudios introductorios, notas del editor o del traductor, etc.— plantearon una lectura diferenciada, en la cual ajustaron las obras a las visiones y propósitos de los editores, donde como veremos en los siguientes apartados, la búsqueda era la conformación de saberes antifascistas para constituir una opinión pública asociada con dicha posición, además de incorporar el capital simbólico de los autores para legitimar su postura intelectual.

3.2 Desde lo anglosajón: origen y producción de las obras traducidas

Características de las obras traducidas y su apelación antifascista

Tal como vimos en el cuadro 1, la selección de traducciones con contenidos antifascistas agrupó un total de 23 productos, que incluyeron ensayos, artículos y libros de autores como G. D. H. Cole, Herbert L. Matthews, Franz Neumann, entre otros. La aparición de muchos de estos textos estuvo marcada por sucesos como la consolidación de regímenes fascistas en Europa, la persecución que desencadenaron en contra de diversos grupos sociales, las tensiones diplomáticas que se registraron en la segunda mitad de la década de 1930 o el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El impacto que dichos sucesos generaron hizo que en estas obras se expresara un rechazo latente al fascismo y sus significaciones, así como la

⁶⁰⁵ Esto se expuso de distintas formas, ya fuese a partir de prólogos o comentarios introductorios, como también por reseñas críticas aparecidas en distintas publicaciones. Sobre el primero, véase como ejemplo el prólogo a la edición española que Herbert L. Matthews escribió para su libro, donde señalaba que a pesar de que distaba solo un año entre la aparición de la primera edición en inglés y su traducción al español, las condiciones habían cambiado enormemente, sobre todo a partir del derrocamiento de Benito Mussolini en 1943 y la instauración de la República Social Italiana o República de Saló. Véase. Matthews, *Los frutos del fascismo*, p. 11. En caso de lo segundo se encuentra la reseña elaborada por Raúl Salinas Lozano acerca de la obra de Maxine V. Sweezy *La economía Nacionalsocialista*, donde señala que a pesar de que la obra originalmente se había publicado en 1941, su traducción al español, aparecida en 1944, cuenta todavía con gran valía, a pesar de que, para ese momento, el nazismo ya se veía como derrotado. Véase Salinas Lozano, “La economía nacionalsocialista”, pp. 563-565.

necesidad por parte de los autores de ver en sus creaciones un medio para luchar en contra de estos regímenes.

Por lo anterior es posible calificar a estas producciones como antifascistas, pues están imbuidas en un contexto que compaginaba la actividad intelectual con el compromiso político, dotando de un capital simbólico particular tanto a los autores como a su producción. Sumado a la posición que estos actores guardaban en el entorno académico e intelectual de ciencias sociales, en parte es este capital simbólico lo que atrae a los agentes de esta plataforma editorial para tratar de encauzar, por medio de la traducción su propia sensibilidad antifascista y las expectativas que proyectaban.

Pero antes de proceder a explicar cuáles fueron las condiciones en las que se produjeron estas obras, es necesario hacer un paréntesis en su diferenciación. Tal como se mencionó con anterioridad, hay libros que tratan de forma central el tema del fascismo, explicando tanto los orígenes como las consecuencias que se podrían esperar de estos regímenes. Entre estas se encuentran *¿Qué hacer con Italia?* de Salvemini y LaPiana; “La propiedad y la empresa agrícola bajo el fascismo italiano” de Schmidt; *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo* de Neumann; “Los problemas del trabajo y el corporativismo fascista” de Frola; *Raíces ideológicas del nacional-socialismo* de O’Butler; o *Los frutos del fascismo* de Matthews. En estas se realizaron una serie de ejercicios interpretativos cuyo propósito era definir y caracterizar al fascismo en diferentes aspectos, tales como su composición económica y política, su dinámica corporativista y autoritaria, sus raíces, entre otras.

A su vez, existen obras cuyos temas son mucho más generales, pero que dedican un capítulo completo al análisis del fascismo. Entre estas se encuentran *La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina* de Samuel F. Bemis; *Biografía del Estado moderno* de R. H. S. Crossman; *Doctrinas y formas de organización política* de G. D. H. Cole; *Historia de la teoría política* de George H. Sabine; *Geopolítica. Generales y geógrafos*, de Hans Werner Weigert, entre otras. Estas cubrieron el objetivo de operar como manuales de enseñanza en ciencia política o derecho, al plantear una revisión general de las distintas formas de organización política surgidas a lo largo de la historia. Pero la peculiaridad de estos

trabajos es que aquellos capítulos dedicados al fascismo cobraban particular relevancia por proponer una visión crítica de esta clase de regímenes.⁶⁰⁶

Por otro lado, también hay una serie de obras cuyo abordaje del fascismo se hizo de forma tangencial, cruzándose con otros tópicos de mayor preponderancia temática. Dentro de estas se encuentran *¿Será distinto el mundo del mañana?* de C. L. Becker; *Estados Unidos frente al mundo* de Nicholas John Spykman; *Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante* de Max Lerner, por señalar algunas. Es necesario mencionar que en las siguientes páginas se abordará con mayor profundidad aquellas obras cuyo tema central es el fascismo o dedican un capítulo completo a este, dejando un poco de lado aquellas que lo trabajan de forma coyuntural.

Condiciones de producción intelectual e institucional de las obras

Es necesario comprender las condiciones que enfrentaron estos autores durante las décadas de 1930 y 1940, años en los que elaboraron sus obras, pues imperaron diversos escenarios que condicionaron los contenidos de estas obras. Tal como es posible observar en el cuadro 1, la mayor parte de las obras aparecieron a la par de la Segunda Guerra. En este sentido, una parte de ellos se encontraban en condiciones de desplazamiento forzado y exilio. Figuras como Gaetano Salvemini,⁶⁰⁷ George LaPiana,⁶⁰⁸ Adolf Sturmthal,⁶⁰⁹ J. P. Mayer,⁶¹⁰

⁶⁰⁶ Este es el caso de *Historia de la teoría política* de George H. Sabine, quien es el capítulo que dedica al fascismo, concibe que esta clase de regímenes comparte características con la Rusia de Stalin, sobre todo en aspectos como las dictaduras que los estructuraban, la condena hacia el liberalismo y el parlamentarismo, un único partido político y su fusión con el Estado, el adoctrinamiento político y la estructura represiva en contra de la oposición y disidencia política. Es por ello que comparten el calificativo de “Totalitarios”. Véase Sabine, *Historia de la teoría política*, pp. 723-733.

⁶⁰⁷ Historiador y político italiano, militante del Partido Socialista Italiano. Con la llegada de Mussolini al poder en 1922, Salvemini transitó continuamente entre la cárcel y el exilio, entre Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En 1934 se integra a la Universidad de Harvard, desde donde producirá gran parte de su reflexión antifascista. Fue cercano al grupo antifascista Giustizia e Libertà. Para profundizar véase Killinger, “Gaetano Salvemini”, pp. 657-677.

⁶⁰⁸ Clérigo e historiador italiano. Desde el ascenso de Mussolini al poder en 1922, se posicionó dentro del antifascismo, lo que lo llevó a exiliarse a Estados Unidos en 1926, donde se integró a la Universidad de Harvard. Para profundizar véase Clark, “From Italy to Harvard”, pp. 145-153.

⁶⁰⁹ Sociólogo y politólogo austriaco. Vinculado a los organismos de ayuda de los refugiados socialistas alemanes y austriacos, posteriormente se vio en la necesidad de huir de Austria refugiándose en países como Bélgica o Inglaterra, para después llegar a Estados Unidos. Para profundizar véase Katz, “The accumulation of thought”, pp. 740-752.

⁶¹⁰ Mayer fue un sociólogo alemán cercano al Partido Socialdemócrata de ese país. Con la llegada del nazismo al poder, Mayer se trasladó a Inglaterra, donde se vinculó activamente al antifascismo. Para profundizar, véase Madill, “Journeys to England”.

Francisco Frola,⁶¹¹ Franz Neumann,⁶¹² entre otros, se vieron en la necesidad de huir de sus países de origen a causa del ascenso del fascismo y de las campañas persecutorias emprendidas en contra del comunismo, el socialismo, el liberalismo, el judaísmo, etc. Esto los llevó a buscar refugio en distintos países.

El traslado de una parte de los autores a Inglaterra y Estados Unidos se dio por iniciativas y canales institucionales que les permitieron acceder a espacios laborales en universidades de aquellos países y desde ahí poder publicar y difundir sus visiones. Este tipo de empresas, entre las cuales estaban el Emergency Committee in Aid of Displaced German Scholar en los Estados Unidos o el Academic Assistance Council en Gran Bretaña,⁶¹³ generalmente fueron respaldadas por la iniciativa privada a partir de organismos como la Fundación Rockefeller, la Fundación Carnegie o el Oberlaender Trust, que aportaban asistencia legal y económica para la contratación e inserción de investigadores en universidades de estos países,⁶¹⁴ entre las que se destacaron la New School of Social Research,⁶¹⁵ el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton, o el Instituto de Investigación Social de Frankfurt en el exilio en la Universidad de Columbia.⁶¹⁶

Otros de estos autores eran reconocidos académicos de prestigiosas universidades de Estados Unidos e Inglaterra, tal como Carl Lotus Becker⁶¹⁷ y George H. Sabine en la Universidad de Cornell; G. D. H. Cole o Rohan D. O'Butler en Oxford; o Samuel F. Bemis, William T. R. Fox o Nicholas John Spykman en la Universidad de Yale.⁶¹⁸ Esta posición les permitió situarse como referentes de las ciencias sociales, por lo que su traducción resonaba

⁶¹¹ Militante socialista italiano, diputado por Turín en el Parlamento Italiano al término de la Primera Guerra Mundial, pero con el ascenso de Benito Mussolini al poder en 1922 y la posterior persecución del fascismo en contra de fuerzas de oposición, Frola se vio en la necesidad de exiliarse a Francia, para posteriormente transitar por Brasil, Argentina y llegar a México en 1938. Aquí se integró a la planta académica de la naciente Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional, además de publicar distintas obras de carácter antifascista. Véase Frola, *Recuerdos de un antifascista*. También véase Frola, *Mussolini*.

⁶¹² Teórico político cercano a la Escuela de Frankfurt. Cercano al Partido Socialdemócrata alemán, una vez que el Partido Nazi tomó el poder 1933, Neumann huyó a Inglaterra, donde estuvo bajo la tutela de Harold Laski en la London School of Economics. Por recomendación de Laski, se integró al Instituto de Investigación Social de Frankfurt en el exilio, situado en la Universidad de Columbia, por lo que se trasladó a Estados Unidos. Para profundizar véase Söllner, "Franz L. Neumann's", pp. 121-136.

⁶¹³ Pietsch, "Alternative ties".

⁶¹⁴ Pries y Yankelevich, "Comparing contexts", pp. 287-290.

⁶¹⁵ Krohn, "Refugee Scholar and the New School".

⁶¹⁶ Palmier, *Weimar in exile*, pp. 552-558.

⁶¹⁷ Klein, "Progressive history's curmudgeon", pp. 293-299.

⁶¹⁸ Hanson, "William T. R. Fox", pp. 1-20; Gilderhus, "Founding Father", pp. 1-3; Furniss, "The contribution of Nicholas John Spykman", pp. 382-401.

como algo pertinente y esencial en la constitución de una colección o revista especializada. También a este espectro universitario se sumó la actividad de otros autores en espacios más amplios como el periodismo —donde se situaron Herbert L. Matthews, C. J. S. Sprigge, Bernard Newman o Max Lerner—, la militancia política —como Francisco Frola, R. H. S. Crossman o R. Palme Dutt—, o el servicio público en el cual destacaba E. Kohn-Bramstedt.

Estas posiciones influyeron en el tipo de redes con las que entraron en contacto los autores a la hora de producir sus obras, propiciando tanto los actores que sirvieron de interlocutores en la reflexión intelectual como los mecanismos de apoyo empleados para la materialización de los textos.⁶¹⁹ La primera de ellas es la que brindó la estructura universitaria estadounidense y su vinculación con instituciones gubernamentales o con centros de investigación de financiamiento privado. Libros como el de Samuel Bemis, William T. R. Fox o John Spykman tuvieron como punto de partida la Universidad de Yale, particularmente el Yale Institute of International Studies,⁶²⁰ del cual John Spykman fue fundador, y el cual contaba con el apoyo de organizaciones como la Carnegie Endowment for International Peace, la Unión Panamericana, entre otras.⁶²¹ Dichos espacios funcionaron como instancias para promover investigaciones que permitiera comprender el potencial de Estados Unidos dentro del panorama geopolítico de la época,⁶²² y con ello movilizar a la opinión pública estadounidense en favor de participar en la Segunda Guerra Mundial.⁶²³

⁶¹⁹ Este tipo de cuestiones es posible conocerlas a partir de paratextos como los agradecimientos o prólogos presentes en algunos de los libros. Estas redes y estructuras funcionaron a partir de espacios institucionales tales como universidades, órganos gubernamentales, instancias de investigación a partir del financiamiento privado, redacciones de diarios u organismos editoriales. En el caso de estas obras, es posible comprender la estructuración de redes en común, que, si bien no unen a todas, si logran vincular a algunas de ellas alrededor de circuitos estructurados dentro de instituciones o entornos más amplios. En este sentido los apartados de agradecimientos dentro de los libros permiten realizar una cartografía social parcial, debido a que no reflejan necesariamente todas las conexiones que estuvieron en juego durante dicho proceso, pues los silencios y reconocimientos del autor son los que están presentes. Pero resultan valiosos, ya que permiten poner en un contexto más amplio el universo de la obra. También es necesario señalar que no todos los libros ofrecen este tipo de información, siendo en realidad pocos los que tienen una descripción amplia de la cartografía social de la obra. Por ello el ejercicio que se desarrolla aquí no puede ser considerado como representativo de las obras traducidas por este grupo intelectual, aunque sí muestra algunos de los filones sociales de importancia de los cuales abrevaron los trabajos traducidos. Los autores que realizan dicho ejercicio son Franz Neumann, William T. R. Fox, J. P. Mayer, Rohan D. O'Butler, Adolf Sturmthal, Nicholas John Spykman y Samuel F. Bemis.

⁶²⁰ Es el caso de Spykman, quien agradeció a Samuel Bemis, así como otros miembros de la institución de Yale, tales como Arnold Wolfers o Frederick Dunn. Véase Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*, p. 9. También para la obra de Fox resulta fundamental dicho espacio de reflexión, pues agradece también a Dunn, Wolfers, Percy E. Corbett, o Jacob Viner. Véase Fox, *Las superpotencias*. pp. 9-10.

⁶²¹ Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos*, pp. 9-12. Véase Parmar, "Engineering Consent", pp. 35-48.

⁶²² Hanson, "William T. R. Fox", pp. 1-2.

⁶²³ Parmar, "Engineering Consent", pp. 35-48.

En el entorno británico destacó el circuito conformado por la London School of Economics and Political Science, la Universidad de Oxford y otras universidades que fueron núcleos para el establecimiento de pensadores fabianos y del laborismo inglés. Estos vínculos son visibles en gran medida en obras como el libro colectivo compilado por J. P. Mayer *Trayectoria del pensamiento político*; y en menor medida en la obra de Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. Tal como reconocía Mayer, además de participar en la escritura del libro autores como R. H. S. Crossman, P. Keckskemeti, o E. Kohn-Bramstedt, también participaron en su concepción, lectura y discusión personas como Harold Laski, G. D. H. Cole, R. N. Carew-Hunt, o R. H. Tawney.⁶²⁴

Por su parte Neumann señalaba que la concepción de su obra se dio en la London School of Economics mientras laboraba ahí, a partir del diálogo con Harold Laski y Morris Ginsberg.⁶²⁵ Dentro de estos círculos, la discusión acerca del fascismo adquirió gran relevancia durante las décadas de 1930 y 1940, teniendo como epicentro a figuras como Laski, Lindsay, Cole, entre otros, quienes hicieron una fuerte crítica a esta clase de regímenes, sobre todo a partir de aspectos como la consideración de un movimiento vacío, sin planteamiento filosófico propio, contenido solamente en acción propagandística y una posición nihilista ante la vida.⁶²⁶

El núcleo del exilio alemán asentado en los Estados Unidos y agrupados en el Instituto de Investigación Social de Frankfurt en el exilio también fue un punto importante para la gestación de algunas obras, como la de Franz Neumann, quien reconocía una profunda deuda con personas como Max Horkheimer, Friedrich Pollock, Herbert Marcuse, Otto Kirchheimer, entre otros más. A su vez, la presencia del exilio judío en Nueva York también estuvo presente en el caso de Neumann, a partir de instancias como el Research Institute on Peace and Post-War Problems, del American Jewish Committee.⁶²⁷ Es necesario señalar que el Instituto de Investigación Social de Frankfurt fue uno de los principales espacios de discusión sobre el fascismo durante las décadas de 1930 y 1940, derivando en propuestas interpretativas generadas alrededor de categorías como “Capitalismo de Estado” o “Capitalismo

⁶²⁴ Mayer *et al*, *Trayectoria del pensamiento político*, pp. 23-24.

⁶²⁵ Neumann, *Behemoth*, pp. 14-15.

⁶²⁶ Véase Olechnowicz “Labour theorises fascism”.

⁶²⁷ Neumann, *Behemoth*, pp. 14-15.

Monopólico”, las cuales fueron estructurados por Friedrich Pollock y Max Horkheimer o Franz Neumann respectivamente.⁶²⁸

Expectativas y propósitos antifascistas en la producción de las obras

Las experiencias personales y los espacios en los cuales crearon estas obras llevaron a muchos de los autores traducidos a proyectar en su producción intelectual las motivaciones por las cuales problematizaban el fascismo. El hecho de que varios hubieran vivido en carne propia la persecución y el exilio resultaron elementos que estructuraron una sensibilidad antifascista entre muchos de los autores, compartiendo una preocupación común por el avance del fascismo. Afortunadamente, es posible rastrear parte de esas motivaciones a partir de los paratextos presentes en los libros. Allí estos especialistas delinearon algunas de las motivaciones que los movilizaron hacia el antifascismo.

Una de las aspiraciones comunes era tratar de funcionalizar el conocimiento presente en las obras para ofrecer interpretaciones al fenómeno del fascismo y ayudar a definir acciones contundentes en contra de dichos gobiernos. Con ello, ante el apabullante contexto global, la reflexión intelectual de los especialistas buscó desentrañar las raíces históricas en las que se asentaban estos regímenes, sus características esenciales y con ello plantear mecanismos políticos y sociales más efectivos para evitar nuevos brotes fascistas a futuro. Estas proyecciones hacia un horizonte venidero se dieron sobre todo en las obras que se publicaron entre 1943 y 1944, cuando conflicto mundial vivía un vuelco a partir de acciones como el triunfo soviético en la Batalla de Stalingrado, el ingreso de Estados Unidos a la guerra, la Batalla de Midway, o el inicio de la contraofensiva aliada en Europa a partir de la invasión a la península itálica.

Por ello los autores volcaron su preocupación pedagógica en el plano de plantear conocimientos sobre el pasado para explicar el presente y teniendo como campo de impacto el futuro. Lo anterior es posible observarlo en obras como *Geopolítica. Generales y geógrafos*, de Weigert, *¿Qué hacer con Italia?* de Salvemini y LaPiana; *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo* de Neumann; *Raíces ideológicas del nacional-socialismo* de O’Butler; o *Los frutos del fascismo* de Matthews, las cuales apelaban a razones experienciales y de compromiso con los valores democráticos de occidente como

⁶²⁸ Véase Pérez, “El debate sobre el fascismo”, pp. 1-7.

parte fundamental del impulso para profundizar en el análisis y comprensión del fenómeno.⁶²⁹

El tránsito del encanto al desencanto con el fascismo a partir de las vivencias que experimentó durante sus años como corresponsal en Italia y España fue lo que llevó a Matthews a escribir *Los frutos del fascismo*. Tal como señalaba en su prólogo, esta transformación de posturas se debió a lo sucedido durante la Guerra Civil Española, la cual cubrió para *The New York Times*, pues fue testigo de la brutalidad de los ejércitos fascistas, a los cuales calificaba de bárbaros. Por ello concebía que en su libro existía una sola premisa “el fascismo es un modo de vida irrazonable y malo; el argumento es veintitrés años de historia fascista; la conclusión es que el fascismo ha fracasado”.⁶³⁰

En esta sintonía también se encontraba la obra de Salvemini y LaPiana, quienes creían que su libro ofrecería las explicaciones necesarias a lo sucedido en la Italia fascista y las posibles soluciones para acabar con su influencia en las estructuras de poder italianas una vez acabada la guerra. Pero esta búsqueda por ofrecer respuestas se asentaba en un doble elemento experiencial. En primer lugar, se encontraba el haber vivido en carne propia el avance del fascismo y verse obligados a exiliarse debido a su postura antifascista. En segundo estaba el hecho de exiliarse en los Estados Unidos, país al cual admiraban por sus instituciones, valores como la libertad y la igualdad, o por su espíritu social, al grado de haber adoptado su ciudadanía. Por ello, se sentían obligados a participar como “escritores y pedagogos” en la búsqueda de respuestas para solucionar el problema político y social que representaba el fascismo.⁶³¹

La producción de estas obras, tal como vimos, estuvo empujada por las condiciones que enfrentaron estos autores durante la década de 1930 y 1940, y se vieron enriquecidas por los entornos en las cuales fueron elaboradas, imbuidas en redes y centros de discusión intelectual de importancia respecto a temas como el fascismo o la Segunda Guerra Mundial.

⁶²⁹ Aunque también algunos autores reconocen que su estudio no es de carácter profundo, sino que se trata de una reflexión crítica a partir de investigaciones más amplias o con aspiración a consolidar con mayor rigor en un futuro. Este es el caso de Rohan O’Butler, quien concebía que el desarrollo de su trabajo se dio a la par de la guerra. Ideado antes del estallido del conflicto, este le imprimió presión por la premura de los tiempos y la necesidad de mantenerse constantemente actualizado sobre el fenómeno, lo que resultó complejo. A su vez, las limitaciones materiales por el racionamiento de materias primas durante la coyuntura lo obligaron a prescindir del aparato crítico del libro, por lo cual también ofrecía disculpas. Véase Butler, *Raíces ideológicas del Nacional-socialismo*, pp. 9-10.

⁶³⁰ Matthews, *Los frutos del fascismo*, pp. 13-14.

⁶³¹ Salvemini y LaPiana, *¿Qué hacer con Italia?*, pp. 9-21.

Frente a ello, sus autores buscaron encauzar a través de su actividad intelectual una expresión de rechazo al fascismo, donde conjuntaron tanto preocupaciones vigentes con experiencias de vida, tratando con ello de funcionalizar su conocimiento para la instrucción de la opinión pública acerca de dichos problemas, así como la toma de decisiones y acciones antifascistas proyectadas a futuro, para tratar de evitar un rebrote. Esta toma de postura atrajo la atención de los intelectuales que venimos estudiando, quienes realizaron diversas gestiones para lograr la traducción de estas obras al español, proyectando con ello una serie de propósitos. En esta gestión intervinieron una serie de agentes mediadores, tales como editores, traductores y agentes editoriales, los cuales abordaremos a continuación.

3.3 Para consumo hispanoamericano: mediación y gestión editorial de las obras

Estrategias y características del proceso de gestión de la traducción antifascista

La construcción del conjunto de obras traducidas por esta plataforma involucró a una serie de agentes sociales que trascendió al grupo de impulsores y colaboradores de estos proyectos y cuyas labores como intermediarios serían fundamentales para catalizar la estructuración del corpus de saberes antifascistas que se pondrían a disposición del público lector mexicano e hispanoamericano. Esta clase de actores, propios del mundo editorial como directivos, editores, agentes editoriales y traductores, determinaron las formas en que se adaptaron y presentaron los textos en el entorno receptor, realizando un “marcaje” propio que diferenciaría a la traducción de su “original”, propiciando con ello la búsqueda de una nueva carga significativa.

En este sentido, las formas en que se dio este marcaje y sus razones fueron diversas, pues cada actor planteaba objetivos propios por los cuáles llevarlos a cabo. En este sentido, editores y traductores, que formaban parte del grupo de colaboradores de la plataforma, empleaban marcas como paratextos propios y de los autores, además de la negociación de modificaciones, mientras que los agentes editoriales anglosajones utilizaban mecanismos de presión como la correspondencia o las mismas correcciones como medios para lograr el beneficio económico o la defensa de los intereses de las instancias que representaban.

Las razones de los directivos, editores y traductores para desarrollar estas actividades, tal como hemos venido señalando, fue aprovechar el control que tenían sobre estos proyectos como una forma de extender su acción pedagógica hacia propósitos antifascistas, en donde

se lograra dotar al público lector de obras actuales críticas del fascismo y con ello fortalecer dicha postura en la opinión pública. Por su parte, los agentes editoriales, además de buscar el beneficio para las empresas en las que laboraban, procuraron defender el interés de sus autores y las instituciones a las que pertenecían, sobre todo en materia económica, de prestigio y de acción institucional.

Pero antes de proceder a explicar las acciones de los agentes mediadores de las traducciones, así como sus marcajes, es necesario tener en claro las redes a partir de las cuales se gestionaron estas obras. Estas fueron diversas, ya que se aprovecharon vínculos tales como vínculos profesionales y personales, el contacto con editores extranjeros o el trato directo con los autores. En primer sentido, las redes profesionales y personales de Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Javier Márquez o Vicente Herrero jugaron un papel fundamental para gestionar la traducción de algunas obras, pues contactaron directamente a los autores para proponer la traducción,⁶³² además de sugerencias realizadas por intelectuales como Harold Laski⁶³³ o John Dewey.⁶³⁴ A ello se sumaron las pláticas con las editoriales anglosajonas, mecanismo de negociación más utilizado para este conjunto de libros.

Para aquellos textos que aparecieron en *El Trimestre*, se empleó la estrategia de la “selección editorial”,⁶³⁵ que consistía en la revisión de revistas especializadas extranjeras y la selección de ensayos para traducirlos y ponerlos en circulación en *El Trimestre*. Para ello, tal como señalaba Eduardo Villaseñor, utilizaron distintas publicaciones especializadas en economía con la intención de mantener a los “lectores de habla española al corriente del pensamiento económico”.⁶³⁶ Revistas como *The Economic Journal*, *The American Economic*

⁶³² Esto es notable en el caso de Herbert Matthews, quien fue contactado a través de su esposa, quien asistió a una reunión en casa de Alfonso Reyes, y para la cual el escritor notificó con anterioridad a Daniel Cosío Villegas señalando “Mrs. Matthews, esposa del periodista del *Times* autor del libro sobre el fascismo cuya traducción a usted le interesa, vendrá una de estas tardes a casa y le he ofrecido que allí estará usted, anunciándole de qué se trata y cuáles han sido las dificultades con los editores norteamericanos”. Véase Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas de enero de 1942, en Enríquez Perea (Comp.), *Testimonios de una amistad*. p. 112.

⁶³³ AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, carta de Daniel Cosío Villegas a Vicente Herrero del 29 de marzo de 1940, pp. 4-5.

⁶³⁴ AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 85 John Dewey, carta de Daniel Cosío Villegas a John Dewey del 19 de julio de 1940, p. 1.

⁶³⁵ Este término analítico, extraído del trabajo Antonia Viu, consiste en generación de contenidos para revistas a partir de la selección y extracción de textos de otras publicaciones, lo que permite comprender las agendas y recorridos realizados por la publicación y sus impulsores, además de entender la circulación de conocimientos presentes alrededor de los proyectos revisteriles. A su vez, utiliza la concepción de *exordio*, extraído de Aristóteles, como forma de explicar las razones de una política de la selección para dar construcción una interpretación del mundo. Véase Viu, “Revista Mensual de los Intelectuales”, pp. 158-159.

⁶³⁶ Villaseñor, “El XXV Aniversario”, pp. 531-532.

Review, o *la Revue d'Économie Politique* fueron algunas de las empleadas para dicho fin. Esta estrategia de selección y extracción resultó un aspecto elemental para la actividad antifascista, pues con ello se realizaba una transferencia simbólica entre los contenidos originales y su resignificación en el nuevo entorno de circulación, pues a partir de los retazos conceptuales e interpretativos extraídos, se fue enriqueciendo un debate público sobre el fenómeno en el espacio mexicano y latinoamericano.

También es necesario señalar que las condiciones en las que dichos agentes realizaron sus labores fueron diversas, teniendo una estrecha correlación entre el desarrollo de la plataforma, la situación en España con la guerra civil, el panorama editorial anglosajón y la evolución global de las tensiones del período entreguerras, que terminarían en el estallido de la Guerra Mundial. Esto se debió a los efectos que este último fenómeno provocó dentro del mundo de los libros, estrechando las actividades editoriales con las posturas en pugna durante la guerra. En el caso de las obras traducidas, las labores de los editores y los traductores, que provenían del contexto mexicano o español mayoritariamente, estuvieron atravesadas por la experiencia de la Guerra Civil española y la emergencia del franquismo, mientras que la de los agentes editoriales anglosajones, principalmente por el desarrollo de la Segunda Guerra.

El editor como cabeza de la traducción antifascista

En primer lugar, la figura del editor quedó diferenciada entre quienes a pesar de ocupar otras posiciones, también cumplían la función de editar, tal como sucedió con Daniel Cosío Villegas en *El Trimestre* o el FCE, y aquellos que cumplieron formalmente con el puesto de editores, tales como Vicente Herrero o Manuel Pedroso.⁶³⁷ El perfil que debían cumplir aquellos que laboraron como editores era el de especialistas en una disciplina del saber social, con estudios profesionales en dicho campo y con una producción intelectual en la materia, además del dominio especializado de idiomas.

La función editorial entre 1934 y 1940 recayó exclusivamente en manos de Cosío Villegas, mientras que entre 1940 y 1946 las labores se ampliaron, permitiendo la intervención de españoles como Herrero y Pedroso, aunque todavía con la figura

⁶³⁷ Es necesario señalar que, durante estos años, la figura del editor en América Latina enfrentaba un proceso de reconfiguración y autonomización frente a la del impresor u otras subdivisiones de la producción editorial. Para una visión de dicho proceso ejemplificado en la figura de Daniel Cosío Villegas véase Sorá, *Editar desde la izquierda*, pp. 81-86.

preponderante de Cosío Villegas. Esto no fue sorprendente, ya que, en la editorial, las distintas colecciones que se crearon a partir de 1939 recayeron principalmente en manos de exiliados españoles, como José Medina Echeverría, quien dirigió la colección de “Sociología”; José Gaos en “Filosofía”; Javier Márquez en “Economía”; o Ramón Iglesia y Agustín Millares Carlo en “Historia”.⁶³⁸

Para el caso de españoles como Herrero y Pedroso, el desplazamiento obligado y las difíciles condiciones que atravesaron en el exilio hizo que estas labores representaran tanto una oportunidad para generar ingresos económicos como una coyuntura para encauzar su actividad intelectual en el entorno que los acogía. Por ello, es posible considerar que para ellos significó una posibilidad de conjuntar tanto sus conocimientos especializados como sus experiencias de vida en la formación de un corpus de saberes provenientes del contexto anglosajón que abordasen de forma crítica aquellos regímenes que los habían obligado a desplazarse como exiliados, mostrando una conjunción entre labor profesional y acción política, apelando a su sensibilidad antifascista.

La figura de Vicente Herrero como editor puede servir para ejemplificar algunas de las tendencias que hemos expuesto con anterioridad, como la preponderancia del fabianismo y el pensamiento social británico en la construcción del canon de saberes antifascistas. En este sentido, el hecho de haber estudiado en la London School of Economics and Political Science bajo la tutela de varios intelectuales cercanos al pensamiento fabiano, como Laski y Cole, y el hecho de haber traducido con anterioridad libros de Laski, como *La Democracia en Crisis* o *El Estado en la teoría y en la práctica* —ambos aparecidos en la editorial Revista de Derecho Privado—, lo hacían el candidato ideal para el desarrollo del plan editorial que había comenzado a delinear el mismo Laski a petición de Cosío Villegas. A su vez, el haber conocido a Javier Márquez en Londres durante su estancia universitaria, y el hecho de que el economista español trabajara estrechamente en las actividades de la editorial también facilitaron la inserción de Herrero en el FCE.⁶³⁹

⁶³⁸ La reconfiguración editorial que vivió el FCE a partir de 1938 con la creación de nuevas colecciones editoriales se debió a una estrategia comercial creada con el propósito de fortalecer su posición comercial en América Latina. Al respecto véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina del Fondo”, pp. 50-53. Para profundizar en las actividades de Medina Echeverría al frente de esta colección, véase Moya López, “José Medina Echeverría y la Colección de Sociología”; Morales Martín, *José Medina Echeverría*, pp. 118-125. También véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, pp. 87-89.

⁶³⁹ Andrés Lira menciona que fue el mismo Márquez quien gestionó la contratación de Herrero frente a Daniel Cosío Villegas. Véase Lira, “Vicente Herrero”, pp. 117-120.

La labor de Herrero comenzó como traductor, encargándose de traducir distintas obras para “Política y Derecho”, entre las que se encontraban algunas de autores como J. P. Mayer y Edmund Burke, además de colaborar con *El Trimestre Económico*.⁶⁴⁰ Pero ante la recesión de su contrato en la Universidad de Santo Domingo a finales de 1940, se vio en la necesidad de buscar nuevos horizontes profesionales. A inicios de 1941 recibió una invitación por parte de Cosío Villegas para trasladarse a México, con el propósito de dirigir una revista similar a *El Trimestre Económico*, pero enfocada en política y sociología.⁶⁴¹ Ya en México, Herrero compaginó su labor como traductor con la coordinación de la colección “Política y Derecho”, además de realizar labores de enseñanza e investigación en El Colegio de México.

Sus gestiones al frente de la colección fueron objeto de diálogo constante con Cosío Villegas, sobre todo en la toma de decisión sobre qué obras contratar. Fueron constantes las sugerencias editoriales mutuas en la correspondencia que estos dos personajes mantuvieron cuando todavía Herrero se encontraba aún en República Dominicana. Cosío Villegas señaló en carta del 29 de marzo de 1940 que todo el plan editorial que se había delineado con anterioridad solo cubría aspectos como obras clásicas o manuales, pero faltaban libros que tocaran temas de actualidad. Por ello le confesaba a Herrero que había consultado a Laski, quien sugirió la edición de obras como *Government and the governed* de R. H. S. Crossman, *Adquisitive Society*, de Tawney, *War. Its cause and cure* de Dickinson, *Social theory* de G. D. H. Cole, o *Decline of capitalistic society* de Webb. Si bien consideraba adecuadas las sugerencias de Laski, le pedía a Herrero que planteara un plan completo de edición para la colección.⁶⁴² Entre las obras que Herrero sugirió se encontraban *Society. A textbook of sociology* de Robert MacIver; *On liberty* de John Stuart Mill o *Where do we go from here?* de Harold Laski. De ellos, ninguna fue editado por el Fondo. Otras obras en las que trabajó ya en México fueron *Libertad política: historia de su concepto en la edad media y los tiempos modernos* de Alexander Carlyle, y *Teoría del derecho* de Edgar Bodenheimer.⁶⁴³

⁶⁴⁰ Andrés, “Vicente Herrero”, pp. 120-128.

⁶⁴¹ AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, carta de Daniel Cosío Villegas a Vicente Herrero del 11 de febrero de 1941, pp. 24.

⁶⁴² AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, carta de Daniel Cosío Villegas a Vicente Herrero del 29 de marzo de 1940, pp. 4-5.

⁶⁴³ Lira, “Vicente Herrero”, pp. 373.

Traductores y su gestión

Para el caso de las labores de traducción, tal como es posible observar en el cuadro 1, durante las primeras dos etapas de los procesos editoriales hubo un predominio de mexicanos, mientras que en la tercera es notable la preponderancia del exilio español y la presencia eventual de mexicanos u otros exiliados europeos. El perfil que se buscaba para el ejercicio de esta actividad era generalmente el de especialistas en un idioma y una disciplina específica, lo que propiciaba un mejor uso del lenguaje técnico propio del campo, aunque existieron casos en los cuales los traductores se especializaban en diversos temas o eran contratados para traducir temas ajenos a su campo de especialización.⁶⁴⁴

Si bien no fue posible encontrar información sobre quiénes ejercieron la traducción de artículos en *El Trimestre Económico*, es viable suponer que los mismos traductores que laboraron durante los primeros años del Fondo también realizaron dicha función para la revista, debido a la vinculación que existía entre las dos instancias, además de haber sido impulsadas por el mismo grupo intelectual. En este sentido, mexicanos como Salvador Novo, Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas o Eduardo Villaseñor fungieron como traductores sin poseer una formación profesional en la traducción o una especialización —salvo Cosío Villegas y Villaseñor— en el campo de la economía.⁶⁴⁵

Ya para la tercera etapa es notable el predominio de los españoles en el ejercicio de la traducción, resaltando Vicente Herrero, Javier Márquez, Teodoro Ortiz o Tomás Muñoz Molina, al que se sumaron nombres como el mexicano Samuel Cosío Villegas y el alemán Rodolfo Selke. En este sentido, la contratación como traductores para la comunidad en el exilio representó una oportunidad de generar un ingreso económico en el entorno adoptivo, aun cuando no fuese del todo fijo, pues éste dependía del número de páginas y obras

⁶⁴⁴ Es el caso de Salvador Novo y Alfonso Reyes, a quienes se les contrató para traducir obras de economía y política, siendo ellos literatos. Aunque esta situación ocurrió con mayor frecuencia durante los primeros años de la editorial, cuando no contaba con un cuerpo de traductor amplio, lo que explica dichas derivaciones. Véase Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina*, pp. 62-64. También es necesario aclarar que el perfil de la traducción durante la época todavía no era una actividad profesionalizada, pero comenzaba a surgir un perfil especializado en dicha labor, aunque aún como una actividad complementaria en el campo de lo profesional. Estos procesos definirían tanto la profesionalización de las ciencias sociales en México como la definición de una práctica profesional propia de estas disciplinas. Al respecto véase Castro y Hernández, “Los traductores y los libros del México”, pp. 282-287, 294-303.

⁶⁴⁵ Véase Garcíadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción*, pp. 29-31.

traducidas.⁶⁴⁶ Cabe señalar que para muchos la traducción fue solo una labor momentánea o secundaria, pues su objetivo era establecerse en una actividad más acorde a su profesión o que les dejase un ingreso estable.⁶⁴⁷

Es notable que gran parte de las traducciones sobre el fascismo se concentraron en las figuras de Vicente Herrero, Teodoro Ortiz, y Rodolfo Selke.⁶⁴⁸ Herrero tradujo obras como *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo* de Franz Neumann —junto a Javier Márquez—, *Historia de la Teoría Política* de George Sabine, o *Trayectoria del pensamiento político*, trabajo colectivo en el cual aparecen textos de J. P. Mayer, H. S. Crosman, C. J. Sprigge, entre otros más. Por su parte Teodoro Ortiz tradujo obras como *Los frutos del fascismo* de Herbert L. Matthews, *¿Qué hacer con Italia?* de Gaetano Salvemini y George La Piana, o *Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante* de Max Lerner. Rodolfo Selke tradujo a su vez obras como *Raíces ideológicas del nacional-socialismo* de Rohan D. O’Butler, o *La tragedia del movimiento obrero* de Adolf Sturmthal.

Estas tres personas se convirtieron en traductores prolíficos del FCE durante esos años, realizando constantes trabajos para la editorial, y en el caso de Herrero, también fungiendo como director de colección, traductor de *Jornadas* y profesor del Centro de Estudios Sociales en El Colegio de México. Además los tres compartieron la experiencia del exilio en México, ya fuese de raíz hispana como Ortiz o Herrero,⁶⁴⁹ o del exilio judeo-alemán, como era el caso de Selke.⁶⁵⁰ Es posible suponer que además de generar un ingreso económico en una situación desfavorable como el exilio, el ejercicio de la traducción también

⁶⁴⁶ Es el caso de José María Ots Capdequí, quien en carta a Cosío Villegas señalaba las dificultades que diversos compañeros suyos enfrentaban la falta de oportunidades para lograr un ingreso fijo, sobreviviendo de trabajos eventuales. AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 159 Vicente Herrero, carta de Daniel Cosío Villegas a Octavio Vejar del 3 de mayo de 1940, pp. 27.

⁶⁴⁷ Para profundizar en las condiciones de los traductores del Fondo, véase Díaz Arciniega, “Oficio y beneficio”, pp. 75-121. Las condiciones económicas que enfrentaban los traductores durante la época eran difíciles. El pago por obra traducida era limitado, siendo necesario contar con un volumen de trabajo considerable para lograr una paga redituable sin la necesidad de complementar con otra actividad profesional, siendo poco común esta situación. Era común que los traslados lingüísticos fueran solo una actividad económica complementaria o secundaria, sobre todo en el exilio español. Es el caso de Rubén Landa, quien le comunicó a Cosío Villegas su inquietud de dedicarse a la docencia, por lo que pedía su ayuda para encontrar trabajo en algo relacionado. AHFCE, FA, 1º sección, Exp. 174 Rubén Landa, carta de Rubén Landa a Daniel Cosío Villegas del 22 de julio de 1940, pp. 1-2.

⁶⁴⁸ De estas tres figuras, solo Vicente Herrero cuenta con un expediente en el AHFCE, el cual tampoco ofrece mucha información al respecto. Este vacío documental impide conocer a profundidad las labores de traducción.

⁶⁴⁹ Lizbeth Zavala vincula también a Teodoro Ortiz como traductor de la editorial Nuevo Mundo, la cual produjo una gran cantidad de libros de temáticas antifascistas durante estos años. Véase Zavala Mondragón, “Traducción y exilio”.

⁶⁵⁰ Torres, “¿Qué culpa tiene el alemán”, pp. 171-176?

tuvo un propósito de carácter experiencial, pues el hecho de haber huido de un régimen considerado como fascista, ya fuese el alemán o el español, dio lugar a que hayan visto su actividad profesional como una forma en la cual compaginar su conocimiento con un propósito de concientización social y acción política a partir de la difusión de saberes sobre el tema del fascismo. Si bien no implicaba necesariamente un compromiso de carácter ideológico, sí conllevó una apelación a una sensibilidad antifascista compartida donde el ejercicio del traslado lingüístico tenía un compromiso moral con la lucha en contra de aquellos regímenes, en la lógica de contribuir desde su “propia trinchera”.

Las agencias editoriales y su papel en las traducciones

Por su parte, las agencias editoriales con las que se entró en contacto para la gestión de estas traducciones provenían del espacio anglosajón.⁶⁵¹ Editoriales estadounidenses como Columbia University Press, Viking Press, Macmillan, E. P. Dutton, Alfred A. Knopf, Harcourt, Brace & Co, o británicas como Oxford University Press, Chatto & Windus, J. M. Dent o Víctor Gollancz,⁶⁵² fueron algunas con las que se entró en contacto con el propósito de negociar la adquisición de derechos de edición y traducción. Es necesario resaltar que estos sellos estaban estrechamente vinculados con el entorno universitario o con la producción de libros sobre política y temas contemporáneos.⁶⁵³

⁶⁵¹ La gestión realizada consistía en contactar a la agencia que poseía los derechos editoriales de determinada obra y comenzar las negociaciones para lograr adquirirlos. Una vez logrado un acuerdo, se firmaba un contrato de traducción y edición en español, donde se plasmaban las condiciones a las cuales se llegó y los plazos en los cuales se debía traducir e imprimir la obra, así como la realización de los pagos. A partir de la firma del contrato, la editorial contaba con dos años para materializar el libro, además de fijar condiciones el pago del 7.5% de regalías de las primeras 800 copias vendidas y 10% de las restantes, así como que el proceso de traducción no altere en demasía el significado y contenido de la obra. Esto puede ser visible en el caso de la obra de George H. Sabine *Historia de la Teoría Política*. Véase AHFCE, Fondo Expedientes de Obras (a partir de aquí FEO), Sección 500, Serie 20, George Sabine *Historia de la Teoría Política*, Archivero ARTR 12, Cajón CJC01, “Memorandum of agreement”, 8 de septiembre de 1943, S.F.

⁶⁵² El caso de Víctor Gollancz se vuelve paradigmático dentro del entorno editorial de la época de la preguerra. Este editor inglés se ocupó de gestionar y editar las obras provenientes de diversos sectores de la izquierda británica de los años de entreguerras y de la posguerra, entre los que se encontraban diversos personajes vinculados al fabianismo. A su vez, su actividad dentro del campo editorial también tenía un profundo trasfondo político e ideológico, sobre todo en el plano de la Segunda Guerra Mundial. Para profundizar al respecto véase Cardoso da Silva, “Victor Gollancz”, pp. 87-108.

⁶⁵³ A su vez, muchos de los directores o jefes editores de dichas casas compartían espacios de socialización y negociación en común, los cuales servían para el intercambio y disputa por la edición de ciertas obras o títulos, así como el desarrollo de nuevas colecciones o líneas editoriales. A su vez, también funcionaban como centros de interconexión con otros espacios editoriales, como el británico o el francés. Uno de ellos, asentado en Nueva York, era el Publishers Lunch Club, que servía como espacio de reunión informal de los directivos de los sellos

La Segunda Guerra marcó el desarrollo de las negociaciones entre el Fondo y estas editoriales, pues el panorama editorial global vio alterado su funcionamiento debido al conflicto. Muchas editoriales europeas cayeron en inactividad debido a la incapacidad de sortear las condiciones políticas, económicas o materiales de fenómenos como la censura, la represión o la carestía de materias primas. Lo anterior provocó que muchos sellos desaparecieran o se vieran obligados a trasladar sus labores a contextos fuera de su lugar de origen. A su vez, en el mercado estadounidense, las grandes casas editoriales se involucraron directamente en el esfuerzo de guerra, pues pasarían a formar parte de la estructura propagandística impulsada por el gobierno estadounidense, lo que llevó a que varias apoyaran la entrada de los Estados Unidos en la guerra y dedicaran parte de su producción editorial a promover el esfuerzo bélico ante la opinión pública estadounidense.⁶⁵⁴

Dichos esfuerzos se estructuraron en la edición de libros de carácter antifascista o cuyas temáticas se centraran en la promoción del esfuerzo aliado en la guerra y la defensa de valores como la libertad y la democracia, así como la traducción de estas obras para su distribución entre los lectores de países que no habían sido ocupados por los países fascistas, y posteriormente, para aquellas naciones liberadas por los aliados.⁶⁵⁵ Por tanto, tal como veremos un poco más adelante, en la negociación de traducciones por parte de algunas de estas agencias se enfatizó la necesidad de reconocimiento institucional, procurando con ello destacar el origen editorial de la obra en su idioma original.

De marcajes traductores y tensiones editoriales

Las negociaciones realizadas entre estos tres sectores para la materialización de las traducciones derivaron en la adquisición de los derechos por parte del FCE y su posterior impresión en español. Pero más allá del trasfondo económico de la transacción, también es

editoriales más importantes de Estados Unidos. Para profundizar al respecto véase Hench, “The publishers who lunch”, pp. 273-301.

⁶⁵⁴ Tal como señala John B. Hench, esto también se planteó para concientizar a los países neutrales, sobre todo de América Latina, de unirse al esfuerzo aliado. Esto se planteó a través de la traducción y la edición de obras de carácter antifascistas. También dicho esfuerzo se empalmó con el llamado que hizo Nelson Rockefeller desde la Inter-American Affairs Department para extender dicho esfuerzo a los países latinoamericanos. Hench, “The publishers who lunch”, pp. 287-291.

⁶⁵⁵ Dentro de esos esfuerzos se publicaron libros como *The Human Comedy* de William Saroyan, *G.I. Joe* de Ernie Pyle, *Benjamin Franklin* de Carl Van Doren, *TVA: Democracy on the March* de David Lilienthal’s, o *Men of Science in America* de Bernard Jaffe. Para profundizar en los problemas, retos y logros que tuvo esta iniciativa de guerra véase Hench, “America war books”, pp. 151-167.

necesario considerar que existieron intereses políticos que condicionaron el desarrollo de dichos convenios. Estos derivarían en el empleo de “marcajes” editoriales, cuya lógica de utilización era “amoldar” la obra de acuerdo con los objetivos intelectuales-ideológicos que se planteaban con su circulación en el contexto receptor. Estas alteraciones también se realizaban con el propósito de resaltar algunas de las cualidades de las obras o para establecer una visión crítica de sus contenidos. En ello tanto editores como traductores, al pertenecer a la misma institución, compaginaron intereses y prácticas para el desarrollo de los “marcajes”, mientras que autores y agentes editoriales pudieron presionar, negociar, colaborar u oponerse al desarrollo de esas modificaciones.

Dentro de las interacciones entre los editores y traductores con los autores para pactar un “marcaje”, fue común la intermediación de las agencias editoriales para tratar de adaptar las obras a los contextos receptores. Estas se dieron generalmente de forma cordial y colaborativa, sobre todo en la resolución de dudas interpretativas en los procesos de traducción. Lo anterior resalta en la obra de Max Lerner *Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante*, cuyo título en inglés era *It is later than you think*. Para los editores del FCE existía la duda acerca de la procedencia de las palabras que conformaban el título, debido a que consideraban que una “incorrecta” interpretación podría propiciar la modificación del significado del título. Por ello solicitaron al autor aclarara el sentido en español,⁶⁵⁶ pero ante el desconocimiento de Lerner y la sugerencia de éste para que el Fondo propusiera algunas posibilidades,⁶⁵⁷ los agentes de la editorial mexicana consideraron que un equivalente exacto sería “para luego es tarde”, pero que este no sería adecuado como título de un libro de ese carácter, por lo que optaron por “Ahora o nunca” con el propósito de enfatizar la necesidad de acción política inmediata en la coyuntura de la guerra.⁶⁵⁸ Esta adaptación muestra el énfasis que quisieron darle los traductores y editores del Fondo para adaptar la obra aunque también tratando de respetar los preceptos del origen.

Dicha tónica de colaboración también imperó en la proposición de prefacios especiales para las ediciones en español. Este resultó un mecanismo esencial para resignificar

⁶⁵⁶ Carta de Javier Márquez a The Viking Press del 12 de julio de 1943, AHFCE, FAE, Caja 2, Exp. 30-73-117, s.f.

⁶⁵⁷ Carta de The Viking Press al Fondo de Cultura Económica del 23 de agosto de 1943, AHFCE, Caja 2, Exp. 30-73-117, s.f.

⁶⁵⁸ Carta de Javier Márquez a The Viking Press del 27 de octubre de 1943, AHFCE, FAE, Caja 2, Exp. 30-73-117, s.f.

la obra, pues se buscaba que los autores plantearan una serie de expectativas sobre el consumo de sus ideas en un entorno diferente al que originalmente habían planteado circulara su libro, ya que las aspiraciones planteadas por los autores para el entorno angloparlante no correspondían a lo que los agentes traductores esperaban de las obras para el público hispanoparlante. En este sentido, el hecho de que los textos se tradujeron y aparecieron editados en español también tuvo trascendencia para algunos de los autores, concibiendo como un suceso de relevancia tanto personal como social que un libro de esas características lograra traspasar las barreras del idioma y fuera puesto a disposición de lectores distintos a los originalmente considerados.

Un ejemplo de ello es el *Behemoth* de Neumann. En el caso de la obra de Neumann, fue a través de la agencia editorial que se consiguió negociar con el autor la realización del prefacio en español.⁶⁵⁹ Este hizo hincapié en la necesidad de conocer con precisión al “enemigo contra el que luchamos” frente a las imprecisiones y alteraciones que se presentaban en la prensa, por lo que su libro estaba enfocado en el “análisis de los métodos por medio de los cuales mantienen su poder los grupos gobernantes y de la composición de estos y las finalidades que persiguen”. En este sentido, Neumann señalaba que en los Estados Unidos se acostumbraba “aplicar patrones morales a los acontecimientos políticos”, por lo que era necesario aplicar reglas jurídico-morales a la Alemania nazi y la Italia fascista para deslindar responsabilidades y poder “establecer [...] el reino de la paz y la libertad”. Por ello, consideraba una alegría la traducción y publicación en México de su obra, pues era necesario valorar el peso que tendría la “América de habla castellana” no solo en la lucha “por la victoria total, sino por una paz total”.⁶⁶⁰

La inserción de este paratexto propio del autor muestra el esfuerzo por parte de los editores de realzar el papel que los países hispanoamericanos estaban llamados a jugar en el diseño del mundo de la posguerra y el término del fascismo a nivel internacional, por lo que resultaba necesario, para estos agentes, que contaran con la preparación necesaria sobre la materia para enfrentar el reto que se proyectaba en el horizonte. Lo anterior también representó una oportunidad para que, en sentido simbólico, se facilitara el uso del autor por parte de esta plataforma editorial en su impulso antifascista. Concibieron que tanto su postura

⁶⁵⁹ Carta de Philip Vaundrin a Daniel Cosío Villegas del 5 de noviembre de 1942, AHFCE, FAE, Caja 3, Exp. 12 y 13, s.f.

⁶⁶⁰ Neumann, *Behemoth*, pp. 9-10.

como la de los autores podría ser compaginada, a partir de una expresión común de lucha antifascista que quedaba plasmada en un paratexto en la obra, lo que facilitaba la adaptación al contexto receptor, creando simbólicamente un nexo común de lucha. Por su parte, para el autor significó una oportunidad de dar a conocer su producción intelectual en un nuevo mercado de consumo, empleando dicho paratexto tanto para aprovechar el momento político de la época y con ello facilitar su adaptación al entorno receptor, como también manifestar su propia convicción ideológica.

Pero no sólo los editores y traductores buscaron adaptar la traducción al contexto receptor de forma negociada, ya que también existieron desacuerdos y tensiones respecto a los contenidos de las obras o a la negativa de los agentes y autores por autorizar cambios. Un ejemplo es el caso de *La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina*, de Samuel Flagg Bemis.⁶⁶¹ Recordemos que el libro de Bemis se enmarcaba en el conjunto de obras que surgieron del Yale Institute of International Studies, espacio especializado en el análisis de las relaciones internacionales cercano al gobierno de Estados Unidos.⁶⁶² Especialista en historia diplomática, Bemis fue el pionero en el estudio de las relaciones de Estados Unidos con los países de América Latina. Particularmente su trabajo sobre Latinoamérica representó una reafirmación de las visiones de los *scholars* estadounidenses de la época, plasmando una visión favorable al papel del vecino del norte en el continente a través de iniciativas como el Destino Manifiesto o la Política de Buena Vecindad, argumentando que las motivaciones de estas se acercaban más a la solidaridad que el interés económico. Esto se apuntalaba en argumentos tales como la independencia del “Nuevo Mundo” frente a potencias externas, principalmente europeas; el autogobierno republicano de estas naciones; o la solidaridad frente a las iniciativas imperialistas.⁶⁶³

Tanto Vicente Herrero como Manuel Pedroso y Daniel Cosío Villegas se mostraron contrarios a los argumentos defendidos por el historiador estadounidense, plasmando dicho descontento en la “Advertencia editorial” que apareció en las primeras páginas de la traducción. En ella, los editores explicaban su desacuerdo, pero justificaban su publicación al considerar que no existía una obra similar en español, además de que apelaban a que el lector sacara sus propias conclusiones al respecto. Este marcaje insertado por los editores de

⁶⁶¹ Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos*.

⁶⁶² Véase Parmar, “Engineering Consent”, pp. 35-48.

⁶⁶³ Gilderhus, “Founding Father”, pp. 1-3.

antemano ya establecía una diferencia crítica con la postura del autor, dejando en el lector la responsabilidad de refrendarla o rechazarla. Pero se esperaba que con esta advertencia la reflexión estuviera mediada por esta concepción. Este desencuentro se dio sobre todo por la postura crítica que fijó sobre todo Cosío Villegas sobre la relación de Estados Unidos con México y América en general, mostrando desconfianza a pesar de la política de cercanía que estructuró EU a través del panamericanismo o la Buena Vecindad.

Resulta interesante detenernos un poco en analizar la forma en que se expresaron los editores en su advertencia, ya que además de plasmar su desacuerdo con la obra de Bemis, es posible encontrar indicios de las formas en que estos personajes concebían la actividad del editor y su relación con el contexto mundial.

El Fondo de Cultura Económica se siente obligado a explicar por qué publica este libro. Sabido es que no existe necesariamente la relación de coincidencia entre las opiniones y los gustos de un editor y las ideas y preferencias de los autores cuyos libros publica. Pero hay casos en los que le conviene y le agrada decir expresamente que los suyos no son los del autor.

La primera razón por la cual se publica este libro es la de que no existe en ningún otro idioma otro sobre el mismo tema –tema de gran interés y cuyo conocimiento y estudio es ya inaplazable para los países latino-ibéricos de América: Estados Unidos ha tenido ya una influencia importante en el destino de algunos de ellos y durante los próximos años la tendrá mayor en todos.

La segunda razón es la del interés extraordinario que seguramente ofrecerán para nuestros lectores las opiniones de este libro y el tono con que ellas se presentan. Para apreciarlas en su justo valor, ha de recordarse siempre que el autor no es un político y menos al servicio del Departamento de Estado, sino un profesor universitario, es decir, un hombre al que hay que suponer no sólo bien informado, sino con un espíritu objetivo y aun generoso.

En fin, es obvio que la opinión sobre las relaciones de dos sujetos debería ser el resultado de un diálogo y no de un monólogo. Por eso, el Fondo de Cultura Económica espera que el libro del profesor Bemis incite el interés y provoque la respuesta de los estudiosos de la América Latina.⁶⁶⁴

Tal como es posible ver, los editores trataban de posicionarse como actores-mediadores de carácter neutral, cuyos principios ideológicos pasaban a segundo plano con la intención de poner en circulación obras cuyo valor, a pesar de ser polémicas, resultaban necesarias por el marco contextual en el cual se insertaban. En este caso, el trabajo de Bemis, a pesar de presentar una visión favorable del papel de Estados Unidos en la región, resultaba esencial por el carácter académico con el cual fue elaborada, además de la carencia de libros sobre el tema. Esta justificación del valor “científico” de la obra, generada a partir del

⁶⁶⁴ Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos*, p. 7.

conocimiento especializado, y el desmarque “objetivo” de la figura del editor posicionaba a este como un intermediario cuyas labores van más allá de las “filiaciones” personales y que en realidad debían volcar su tarea a las necesidades de la época, tratando de cumplir una obligación moral con sus lectores en busca de un beneficio mayor para la sociedad.

Pero este “desmarque objetivo” también buscaba legitimar una lectura del mundo realizada por estos agentes, en la que la disposición y circulación de saberes con los cuales pensar y actuar frente a problemas actuales como el fascismo se convertía en una necesidad social de gran relevancia, y que justificaba la traducción de obras como las que habían venido realizando desde años atrás. Esta visión del editor como una figura “neutral” y “científica” buscaba también legitimar políticamente el proceso de selección realizado por los editores, en el que la conjunción de la actividad profesional con la posición política antifascista se “objetivaban” bajo el velo de la neutralidad científica. Por lo tanto, la postura crítica en torno a la perspectiva de Bemis puede verse como un ejercicio de “objetivación” política, en donde el americanismo promovido por Cosío Villegas emergía como contrapeso interpretativo del panamericanismo que permeaba durante la época y del cual Bemis era un ejemplo emergente de la academia estadounidense.

Este desencuentro despertó la impaciencia por parte del autor para que el Fondo informara constantemente sobre el estado de la traducción, además de sugerir correcciones a las labores del traductor.⁶⁶⁵ Ello terminaría en el disgusto del autor con el producto final, pues expresó que un pasaje tenía un error garrafal que cambiaba el sentido de una frase, la cual señalaba que Estados Unidos, más allá de la cuestión de la seguridad continental, tenía un trasfondo ideológico y misional que lo impulsaba a intervenir en el continente, mientras que Bemis en la obra original señalaba justo lo contrario.⁶⁶⁶ Si bien el FCE se comprometió a resarcir el error en futuras ediciones,⁶⁶⁷ lo realizado en la “Advertencia Editorial” abre la duda en torno si esta modificación fue solamente un error de interpretación o en realidad operó como parte de una decisión editorial para transformar el sentido de la obra para el público hispanoparlante.

⁶⁶⁵ Véase como ejemplo las cartas de Harcourt, Brace and Company al Fondo de Cultura Económica del 6 de agosto de 1943 y del 22 de marzo de 1944, AHFCE, FAE, Caja 5, Exp. 6, s.f.

⁶⁶⁶ Carta de Harcourt, Brace and Company al Fondo de Cultura Económica del 6 de septiembre de 1944, AHFCE, FAE, Caja 5, Exp. 6, s.f.

⁶⁶⁷ Carta de Javier Márquez a Harcourt, Brace and Company del 13 de septiembre de 1944, AHFCE, FAE, Caja 5, Exp. 6, s.f.

Estos desencuentros con Harcourt, Brace and Company y los libros emanados del Yale Institute of International Studies continuaron ya que para la edición de *Las superpotencias. Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética. Su responsabilidad ante la paz* de William T. R. Fox y *Estados Unidos frente al mundo* de Nicholas John Spykman, la editorial estadounidense, a petición de la Universidad de Yale, solicitó que en la portada de la edición en español apareciera la referencia a que las obras habían sido producidas en este espacio universitario, además de mencionar que estos constituían una serie propia en la colección de “Política y Derecho” del Fondo.⁶⁶⁸ Esta solicitud, en la cual se remarcaba que el Instituto se encontraba “muy ansioso” por lograr dicha petición, no fue atendida por el Fondo, ya que no realizó las modificaciones a las obras salvo la mención. Tal situación se pudo deber a la negativa de modificar la línea editorial de la colección, pues esa petición por parte de Yale representaría la creación de una subserie propia, lo que implicaría una toma de postura para la editorial mexicana. A su vez es necesario señalar que la obra de Fox formó parte de la campaña propagandística promovida por la industria editorial estadounidense como parte del esfuerzo de guerra.⁶⁶⁹ Por ello la negativa a que apareciera el logo del Yale Institute of International Studies se puede interpretar como un rechazo a la visión geopolítica que promovía esta institución como parte del *soft power* estadounidense de la época, además de refrendar la lectura crítica en contra de la geopolítica como disciplina científica que tuvo lugar en esta plataforma editorial.

3.4 Lecturas ajenas: la recepción de las obras antifascistas

La puesta en circulación de estas y otras traducciones entre el público lector mexicano e hispanoamericano cumplió simbólicamente el propósito proyectado por estos agentes editoriales de construir corpus de conocimientos básicos para la formación educativa especializada en ciencias sociales y humanidades. A su vez, esta acción también cumplió el objetivo de complementar un canon de saberes antifascistas. Pero el hecho de hacer accesibles estas producciones no significaba la formación de una opinión pública de carácter

⁶⁶⁸ Cartas de Harcourt, Brace and Company al Fondo de Cultura Económica del 24 de junio de 1944 y del 7 de septiembre de 1944, AHFCE, FAE, Caja 5, Exp. 6, s.f.

⁶⁶⁹ Tal como señala John B. Hench, este representó un esfuerzo por la impresión de libros favorables al esfuerzo de guerra entre el público estadounidense, así como el facilitar la traducción de obras en la misma sintonía para aquellos países que había sido liberados del dominio nazi. Véase Hench, *Book as weapons*.

antifascista de manera automática. Si bien la comunidad de lectores idealizada por los editores se centraba en el sector estudiantil universitario, académico y de especialistas e interesados en ciencias sociales, posicionados en las profesiones liberales, la estructura gubernamental o la producción intelectual, resulta difícil conocer con precisión si fueron estos quienes consumieron mayormente las obras y en qué sentido lo hicieron.

Aquí valdría la pena plantear la siguiente pregunta ¿Cuál fue el verdadero alcance que tuvieron estas traducciones en la formación de una esfera pública antifascistas? Responder a esta cuestión resulta pues al igual que gran parte de los estudios sobre recepción, una dificultad fundamental a resolver es la disponibilidad de fuentes, la cual resulta dispersa y escasa. A ello se suma el reto metodológico, que enfrenta problemas como el hecho de dar unidad a una gran cantidad de prácticas de lectura que pluralizan el esquema.

Para este caso, nos centraremos en abordar la recepción que estas traducciones tuvieron en el entorno de las revistas especializadas y culturales mexicanas, pues a través de reseñas publicadas en espacios como *Letras de México*, *Cuadernos Americanos* o la *Revista Mexicana de Sociología* es posible conocer algunas de las impresiones que generaron estas obras para así observar las resignificaciones que tuvieron en su contexto receptor. Además, esto nos permitirá comprender la valoración que se tuvo acerca de esta base de saberes antifascistas entre los lectores, así como las posibles utilidades que les encontraron. Si bien esto representa una muestra microscópica provenientes de círculos próximos al grupo intelectual que venimos estudiando, esto permite ahondar aún más en el carácter autorreferencial con que proyectaban la labor que realizaban.

En este sentido, en *Cuadernos Americanos*, *Revista Mexicana de Sociología* y *Letras de México* se publicaron alrededor de 10 reseñas sobre las obras aparecidas en “Política y Derecho”. En ellas colaboraron José E. Iturriaga, Luis Córdova, Vicente Herrero, Julio Le Riverend, Jorge A. Vivó, José E. Iturriaga y Pedro Gringoire. En este sentido, tanto los lectores como los espacios de difusión guardaban relación con la plataforma que venimos

estudiando.⁶⁷⁰ Pues más allá de *Cuadernos Americanos*, *Letras de México*⁶⁷¹ y la *Revista Mexicana de Sociología*⁶⁷² resultaron proyectos aledaños en los cuales impulsores y colaboradores publicaron de manera habitual. Por su parte, Vicente Herrero se encontró entre los principales agentes que intervinieron en los procesos de traducción, mientras que Jorge A. Vivó y José E. Iturriaga fueron estrechos colaboradores de *Jornadas y Cuadernos Americanos*, Julio Le Riverend fue alumno en El Colegio de México durante la época, y Luis Córdova colaboró en proyectos como *El Trimestre Económico* o *Cuadernos Americanos*.

Estas reseñas involucraron a distintas traducciones, tales como *Estados Unidos frente al mundo* de Nicholas John Spykman,⁶⁷³ *Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante* de Max Lerner,⁶⁷⁴ *El monstruo del Estado* de Robert MacIver,⁶⁷⁵ *La nueva Europa* de Bernard Newman,⁶⁷⁶ *Las superpotencias: Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética* de William T. R. Fox.,⁶⁷⁷ *¿Qué hacer con Italia?* de Gaetano Salvemini y George LaPiana,⁶⁷⁸ y *Los frutos del fascismo* de Herbert Lionel Matthews.⁶⁷⁹ Todas estas corresponden a las obras que fueron publicadas en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Las reseñas también compartieron esa lógica de producción, realizadas entre 1943 y 1945, justo en los años en que la guerra dio un vuelco en favor de los aliados, lo que supondría también un cambio en las perspectivas acerca del fascismo. Dentro de estas se planteó que esta clase de regímenes —para el espacio europeo— se enfrentaba a una derrota inminente por parte de los aliados, por ello lo urgente no era pensar en mecanismos de lucha antifascista, sino reflexionar en acciones a posteriori, teniendo como propósito diseñar el mundo de la

⁶⁷⁰ Cabe señalar que tanto *Letras de México* y la *Revista Mexicana de Sociología* tuvieron particular relación con el Fondo de Cultura Económica durante estos años, ya que fueron distribuidas tanto en México como América Latina por la estructura comercial que la editorial comenzó a crear a lo largo del continente durante la época. Al respecto véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina del Fondo”, pp. 155-161.

⁶⁷¹ *Letras de México* surgió en 1937 a iniciativa de Octavio G. Barrera. Publicación centrada en la literatura, aunque con un alcance cultural amplio, estuvo respaldada por una gran cantidad de colaboradores, lo que la convirtió en uno de los espacios literarios más importantes de mediados del siglo XX mexicano. Duraría hasta 1947. Para profundizar véase Foster, “Prefacio”, pp. 1-13.

⁶⁷² La *Revista Mexicana de Sociología*, creada en 1939 como organismo dependiente del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, estuvo bajo la dirección de Lucio Mendieta y Núñez durante sus primeros años de existencia. Para profundizar al respecto, véase Olvera Serrano, “La institucionalización de la economía”, pp. 165-188.

⁶⁷³ Córdova, “Los Estados Unidos frente al mundo”, p.5.

⁶⁷⁴ Iturriaga, “Necesidad de una democracia militante”, p.5.

⁶⁷⁵ Herrero, “El nuevo Leviatán”, pp. 5-6.

⁶⁷⁶ Le Riverend, “El rapto de Europa”, p. 58; Vivó, “Reconstrucción de Occidente”, pp. 166-167.

⁶⁷⁷ Q. W., “La reconstrucción internacional”, p. 124.

⁶⁷⁸ Gringoire, “El caso italiano y la política de los aliados”, pp. 49-56; Iturriaga, “¿Qué hacer con Italia?”, p.7.

⁶⁷⁹ Córdova, “Tragicomedia sangrienta”, p.5.

posguerra, a fin de eliminar los residuos del fascismo y no permitir el surgimiento de manifestaciones similares.

Dentro de esas mismas lógicas de producción que tuvieron en común estos escritos, es posible encontrar un esfuerzo constante por resaltar el valor de la traducción, tratando de legitimarla en el entorno intelectual a partir de aspectos como la importancia de los autores traducidos y las significaciones de ponerlos en circulación, pues debido al prestigio del que gozaban algunos en los círculos de especialistas tanto nacionales como regionales, su “importación” lingüística representaba un mérito digno de reconocimiento. Estas acciones generalmente se construyeron de forma autorreferencial, ya fuese por los mismos traductores o a partir de actores vinculados con ellos. Ejemplo de ello es la reseña que Vicente Herrero realizó sobre la obra de Robert MacIver, en la cual el español resaltaba la reputación del autor al referirlo como “uno de los autores que mejor representaban la síntesis entre el pensamiento europeo y el norteamericano en el campo de las ciencias sociales”.⁶⁸⁰ Otro aspecto que también sirvió para legitimar a las traducciones fue el propósito de poner a disposición de un público amplio obras de este tipo. Esto puede ser observado claramente en la reseña que José Iturriaga realizó sobre la obra de Max Lerner, donde señalaba “agregase a la meritoria labor de divulgación que ha emprendido el Fondo de Cultura Económica la versión castellana del importante libro de Max Lerner”.⁶⁸¹

También como parte de esa exaltación legitimante, también se ponderaba el valor de los contenidos explicitados en ellas, considerando la funcionalidad y calidad en la sistematización de la información, así como los modelos interpretativos propuestos, logrando con ello, a los ojos de los lectores, disponer de mejores recursos para que la opinión pública tuviera una visión crítica de los fenómenos contemporáneos, como lo era el fascismo. Esto resalta en la reseña que realizó Luis Córdova acerca de la obra de Herbert Matthews, quien consideraba que el valor de la obra radicaba en

(...) iniciar una sistematización necesaria de los datos sobre el nazifascismo, como necesidad de la época y más cuando los casos del Japón, Portugal, la España Falangista y los síntomas amenazadores en otros países [...] prueban que esos regímenes han cundido y cundirán precisamente por su valor universal, pues a necesidades y supuestos semejantes corresponderán, asimismo, semejantes soluciones.⁶⁸²

⁶⁸⁰ Herrero, “El nuevo Leviatán”, p. 5.

⁶⁸¹ Iturriaga, “Necesidad de una democracia militante”, p.5.

⁶⁸² Córdova, “Tragicomedia sangrienta”, p.5.

A partir de lo expresado por Córdova es posible considerar que existió la valoración de que las traducciones permitirían enriquecer la disposición de saberes antifascistas entre los lectores mexicanos e hispanoamericanos, con el propósito de que fueran empleados en la construcción de acciones encauzadas en terminar con la amenaza fascista y evitar su resurgimiento en otros contextos, como el americano. A su vez, también es posible observar la consideración propia del especialista presente en Córdova, donde la valoración de la sistematización de datos realizado por Matthews abría la puerta a construir un modelo interpretativo propio de lo que era el fascismo, en donde un “tipo” de valor universal serviría para interpretar la multiplicidad de regímenes asociados con el fascismo.

También en ocasiones es posible constatar en las reseñas el efecto de las estrategias de resignificación que emplearon los agentes traductores para adaptarlas al contexto receptor, donde a partir de paratextos se quería otorgar una visión diferenciada de la obra. Recordemos que estas herramientas representaron un elemento fundamental empleado por los editores para posicionarse, pues como en el caso de la obra de Bemis, este tipo de inserciones sirvieron como una forma de mostrar el desacuerdo respecto a lo planteado por el autor. Pero también ayudaron a condicionar la interpretación de ciertos lectores, como el caso Luis Córdova, pues en su reseña crítica de la obra de Nicholas Spykman, su valoración fue muy similar a lo planteado por Herrero y Pedroso en su “Nota del Editor”. Córdova consideraba adecuado “(...) que el Fondo de Cultura Económica nos haya dado ocasión de cerciorarnos qué clima político había en ciertos círculos de los Estados Unidos de Norteamérica, al filo del año de 1942 –tiempo no muy actual que digamos—, en relación con las mira de nuestro poderoso vecino del norte hacia el exterior, y en ocasión de la presente guerra”.⁶⁸³ Esto sobre todo, porque los editores expresaron que su intención era poner a disposición del lector aquello que se producía en los centros de investigación norteamericanos, con el fin de encauzar la reflexión y el diálogo crítico de “los estudiosos de la América Latina”.

En otros, la paratextualidad también incidió en encauzar la lectura, a pesar de no estar presente. Es el caso de la obra *¿Qué hacer con Italia?* de Salvemini y LaPiana, quienes enviaron un prefacio propio para la edición en español que no pudo ser incluido debido a que llegó tarde.⁶⁸⁴ Pero a pesar de ello, en la reseña que Pedro Gringoire realizó sobre la obra, se

⁶⁸³ Córdova, “Los Estados Unidos frente al mundo”, p.5.

⁶⁸⁴ Carta de Javier Márquez a Gaetano Salvemini del 15 de enero de 1944, AHFCE, FAE, Caja 5, Exp. 2-73-106, s.f.

hizo referencia igualmente. Esta referencia a un paratexto que no estuvo presente en la versión final de la obra da a entender la estrechez del vínculo existente entre los agentes traductores y algunos de los lectores que produjeron las reseñas, lo que asienta aún más la consideración de poder considerarlas como autorreferenciales.⁶⁸⁵

Por último, es posible considerar que la proyección hecha por los agentes editoriales sobre la traducción de estas obras con el propósito de ayudar a pensar y plantear acciones a futuro fue palpable a la hora de profundizar en las reseñas, pues la idea del riesgo de resurgimiento del fascismo en la posguerra fue un planteamiento constante. A partir de expresiones como “El fascismo no ha sido derrotado aún, ni podemos esperar que desaparezca de la tierra en nuestros días... la lucha contra el fascismo debe seguir adelante en todo el Hemisferio Occidental, como en las demás partes del mundo”⁶⁸⁶, se hacía patente la necesidad de proseguir con el análisis, la planeación y la acción antifascista para lograr una derrota absoluta de esta clase de regímenes.

Esto cobraba mayor preponderancia cuando se consideraba que distintas dictaduras americanas pudieran servir como germen para nuevas manifestaciones fascistas, tal como indicaba el mismo Córdova en la reseña de Matthews, al apuntar que el autor confirmaba su opinión de que “las dictaduras y tiranías de la América Latina, son más que buena levadura para propiciar movimientos fascistas: mesa puesta para los futuros regímenes totalitarios en nuestro continente, de no desaparecer, cuanto antes, esos engendros del oscurantismo y la manigua [sic] que, ostentosa y espectacularmente, se dicen nuestros aliados contra el Eje”.⁶⁸⁷ A través de esta concepción se tejía, a partir de la obra de Matthews, una unión simbólica de dos experiencias antifascistas a través de las traducciones, buscando con ello poner en relevancia que el fascismo, desde esta mirada, seguía siendo una amenaza para la posguerra, particularmente para Latinoamérica.

Las formas en que las traducciones ayudaron a interconectar distintas experiencias, formas de pensar y expresar preocupación por el avance del fascismo permitieron el enriquecimiento de la sensibilidad antifascista presente en esta plataforma editorial. La

⁶⁸⁵ El periodista mexicano consideraba que los autores acertaban, a la luz de los nuevos acontecimientos sucedidos durante la guerra con la rendición de Italia y la invasión de Alemania a la península itálica, la férrea oposición planteada por los nazis a la campaña aliada en dicha península, además del esfuerzo por mantener a la monarquía y al régimen fascista en el poder. Gringoire, “El caso italiano”, p. 56

⁶⁸⁶ Córdova, “Tragicomedia sangrienta”, p.5.

⁶⁸⁷ Córdova, “Tragicomedia sangrienta”, p.5.

constitución de estos puentes dialógicos entre la realidad latinoamericana, europea y anglosajona no solo legitimaron la posición antifascista de estos intelectuales, sino que, como veremos a continuación, también los ayudaron a construir argumentos y posiciones respecto a distintos tópicos.

4. De definiciones y condenas a propuestas. Posicionamientos y planteamientos de una plataforma antifascista

Una de las razones de ser de esta plataforma editorial fue el posicionar al antifascismo dentro de la discusión pública de la época, con el objetivo de que esto ayudara a formar una opinión pública favorable a dicha sensibilidad. Como parte de ello, la plataforma sirvió como espacio de expresión de una práctica de militancia intelectual de corte socio-liberal, la cual permeó en muchos de los promotores y colaboradores. Este planteamiento se diferencia de otras formas de militancia política asociadas al campo de la cultura, entre las que destaca la del intelectual comprometido.⁶⁸⁸ En este caso, la concepción que planteamos de militancia intelectual se asoció más al propio entendimiento que tenían estos actores sobre su labor profesional y su papel social.

Legitimados a partir de los saberes que poseían y las actividades que realizaban en la generación y difusión del conocimiento social y las humanidades, dio lugar a que se concibieran como orientadores y guías de la sociedad. Tal situación los motivó a emplear los recursos mediáticos a su disposición —los proyectos editoriales que conformaron a esta plataforma— para lograr influenciar a la opinión pública hispanohablante de la época en la promoción de una serie de interpretaciones, posiciones, reivindicaciones y condenas alrededor de fenómenos específicos. Ello significaba no dejar su posición social de lado y ni comprometerse totalmente con una causa específica, además de alentar la toma de conciencia pública para que esta sirviera como un contrapeso frente a los posibles abusos de poder. Dicho proceder lo consideraban un acto de intervención social, pues al impulsar una agenda de discusión buscaban propiciar la toma de decisiones de acuerdo con los parámetros planteados por el debate. En estas formulaciones estuvieron presentes una serie de experiencias, inquietudes, temores, ansiedades y expectativas, las cuales ayudaron a definir el carácter de los tópicos sobre los que hablaban estos productores culturales. Pero no solo se trataba de ofrecer una postura al respecto, ya que también se buscaba dar alguna alternativa

⁶⁸⁸ En ésta, el productor cultural pone a disposición de una causa social específica su obra artística, literaria o intelectual como una herramienta de lucha, al formular una identificación del intelectual o artista como parte de una vanguardia en aras de promover una revolución y transformación de relevancia. Para profundizar en esto, véase Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, pp. 42-47.

a partir de una serie de propuestas de acción, teniendo la peculiaridad de que éstas se proyectaron hacia el futuro al término de la Segunda Guerra Mundial.

Esta militancia tuvo su campo de expresión en tópicos como la agenda diplomática que sostuvieron los gobiernos mexicanos de la época, el deslinde de responsabilidades por el estallido de la Segunda Guerra, el franquismo, la relación de Estados Unidos con los países latinoamericanos o las dictaduras militares de la región. Fueron varias las razones para plantear una posición en torno a estos temas, ya que cada una de las colectividades presentes en la plataforma tenían sus propios intereses, yendo desde refrendar una posición de privilegio en la estructura gubernamental mexicana hasta lograr manifestaciones de apoyo en contra de los regímenes fascistas. Pero a pesar de la diversidad de objetivos, existieron puntos de convergencia. Estos fueron el impulsar en la opinión pública mexicana e hispanoamericana una postura antifascista, además de promover una proyección a futuro del continente americano, en la cual este gozaría de autonomía en el orden cultural y político, siendo necesario defenderlo de cualquier amenaza que pusiera en peligro dicho horizonte.

La convergencia dentro de esta práctica de intelectuales provenientes de distintos contextos dio lugar a un diálogo fluido, en el cual si bien existieron diferencias e incompatibilidades, también las sensibilidades ayudaron a estructurar expresiones de solidaridad mutua en la búsqueda por impulsar intereses ajenos, sobre todo durante la coyuntura de la Segunda Guerra. Pero una vez que ésta terminó, con el advenimiento del mundo de la posguerra la situación cambió. Los sucesos internacionales y continentales dieron lugar a nuevas preocupaciones e intereses que pesaron en el diálogo, reconfigurando las posturas y planteamientos que se desprendieron de estas sensibilidades. En este sentido, las tensiones y reconfiguraciones geopolíticas que dieron origen a la Guerra Fría propiciaron que el antifascismo gradualmente fuera perdiendo su capacidad de movilización, mientras que el americanismo transformó sus aspiraciones sobre el rumbo del continente.

Historiográficamente existe una amplia producción que ha tratado de comprender la relación entre antifascismo y otros procesos políticos latinoamericanos de la época. En ello se han ponderado aspectos como la función de la retórica antifascista en las prácticas de militancia,⁶⁸⁹ o el papel de distintos intelectuales en la convergencia entre antifascismo y

⁶⁸⁹ Por señalar a algunos se encuentra Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”; Bisso, “La “Unión Democrática”; Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”; Friedmann, *Alemanes antinazis en la*

distintas agendas políticas.⁶⁹⁰ Por ello, en este capítulo dialoga con esta historiografía, aunque buscando ahondar en cómo dentro del espectro socio-liberal se planteó una forma de militancia un tanto diferenciada de estos aspectos.

Para abordar lo anterior, el capítulo consta de seis apartados. El primero de ellos explora el tratamiento de la agenda diplomática mexicana desde mediados de la década de 1930 hasta finales de la década de 1940. El segundo aborda la discusión sobre la responsabilidad del fascismo en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El tercero profundiza en la concepción del franquismo español como una manifestación fascista. El cuarto atiende la forma en que se entendió la relación entre EU y los países de la región. El quinto examina las formas en que se hizo una correlación entre la “tradición” autoritaria del continente y la construcción de un fascismo “americano”. El sexto analiza las propuestas de acción que se proyectaron para el lapso de la posguerra.

4.1 De la acción propagandística al punto de inflexión. La proyección de la agenda diplomática mexicana frente al fascismo

El final de la década de 1910 trajo consigo la conclusión del conflicto armado en México. A partir de la promulgación de la Constitución de 1917 los gobiernos posrevolucionarios comenzaron un proceso de reconstrucción de la estructura gubernamental mexicana, con el propósito de hacer factible el ejercicio del poder y la tarea de gobernar. Esto se realizó de forma gradual, con grandes momentos de inestabilidad y fragilidad organizativa. Como parte de este proceso se diseñaron tanto instituciones, marcos normativos, prácticas, cuerpos burocráticos y tradiciones que conformaron parte del andamiaje institucional que sostuvo a la administración pública posrevolucionaria mexicana.

En el caso de las relaciones internacionales, desde el proceso revolucionario diversas facciones partícipes del conflicto vieron la importancia de crear y sostener mecanismos que les dieran ventaja a la hora de gestionar distintos asuntos en la interacción con otras naciones, sobre todo del continente americano, y en particular con los Estados Unidos. Este fue el caso

Argentina; Meirelles, “*New Masses* e a América Latina”, pp. 337-364; Moraes Medina, “En busca del enemigo oculto”, pp. 1-21; Urtubia Odekerken, “El ensamblaje de un lente bifocal”; Camarero, “El primer antifascismo del Partido Comunista”.

⁶⁹⁰ Al respecto véase Devés, “El papel de los artistas”; Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt poscrinere*”; Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo”; Lear, *Imaginar el proletariado*.

del bando constitucionalista, el cual fijó una serie de posturas y directrices que funcionarían como bases para el desarrollo posterior de la estructura diplomática mexicana posrevolucionaria. Una de estas fue la denominada Doctrina Carranza, la cual postulaba la necesidad de refrendar la igualdad de todos los países en derecho, la igualdad de nacionales y extranjeros frente a la soberanía del Estado en el que se encontraban, y la no intervención en los asuntos internos.⁶⁹¹

También como parte de ese proceso de estructuración, a lo largo de la década de 1920 se desarrolló un cuerpo burocrático que serviría de base para el cultivo de las relaciones internacionales del gobierno mexicano. Con la llegada de Genaro Estrada a la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1927 cobró importancia una camada de diplomáticos, embajadores, cónsules y funcionarios. Nombres como Alfonso Reyes, Fernando González Roa, Manuel C. Téllez, José Manuel Puig Casauranc, Manuel J. Sierra, Genaro Fernández MacGregor, Isidro Fabela, Francisco Castillo Nájera, Juan Manuel Álvarez del Castillo, Daniel Cosío Villegas, Ignacio García Téllez, Ramón Beteta, Eduardo Villaseñor, Eduardo Suárez, Concha Menéndez, entre otros, formaron parte de esta generación de funcionarios que ocuparían puestos a lo largo de las décadas de 1930 y 1940.⁶⁹²

También a finales de la década de 1920 el aparato diplomático mexicano asentó otro de los principios fundamentales a partir de los cuales operaría en las décadas posteriores. Este sería la denominada Doctrina Estrada. Planteada por el mismo Genaro Estrada en 1930 a raíz de la inestabilidad política que enfrentó América Latina por la crisis económica de 1929, ésta tuvo como propósito fomentar una base jurídica que normara las relaciones internacionales entre los países de la región, a la vez de obtener mecanismos de presión en contra de la influencia estadounidense en la región. Esta consistía en la abstención de anunciar públicamente el reconocimiento a gobiernos de otras naciones, debido a la consideración de que este acto de enunciación podría significar una lesión a los asuntos internos de dichos países, significando una política intervencionista.⁶⁹³

⁶⁹¹ Tal como señala Veremundo Carrillo, el origen de la doctrina se asienta en la incertidumbre que trajo consigo el panorama de las reconfiguraciones globales al término de la Primera Guerra Mundial y el planteamiento de los 14 Puntos propuestos por Woodrow Wilson, así como la reincorporación de México a la Unión de Repúblicas Americanas en 1918. Véase Carrillo Reveles, "México en la Unión", pp. 83-87.

⁶⁹² Carrillo Reveles, "México en la Unión", pp. 196-202.

⁶⁹³ Carrillo Reveles, "México en la Unión", pp. 181-185.

Estas bases servirían para que, durante la década de 1930, el gobierno mexicano buscara fortalecer su postura en el escenario internacional y con ello construir contrapesos en su relación con Estados Unidos a partir de participar en instancias como la Sociedad de las Naciones (SDN) o la Unión de Repúblicas Americanas. Lo anterior funcionaría, tal como afirma Veremundo Carrillo, a partir de la pluralización de relaciones que México sostendría con otras naciones del orbe, lo que serviría para acotar el campo de acción estadounidense a partir de la lógica de los organismos multilaterales y del derecho internacional que los normaba.⁶⁹⁴ El ingreso de México a la SDN en septiembre de 1931, secundados por la República española,⁶⁹⁵ la estrategia de fomentar acuerdos legales que rigieran las relaciones continentales o la iniciativa mexicana de uniformar la legislación interna a dichos acuerdos,⁶⁹⁶ dio carta abierta para que el país buscara construir equilibrios multilaterales que empleó en su relación bilateral con el país del norte. Esto ayudó al gobierno mexicano tanto a apuntalar su control sobre la política interna como mejorar su prestigio en la escena internacional, posicionándose como uno de los principales referentes diplomáticos de América durante esos años.

A mediados de la década de 1930, ya con una representación estable en la SDN y también siendo partícipe de las reuniones convocadas por la Unión de Repúblicas Americanas, el gobierno de Lázaro Cárdenas comenzó a postular un posicionamiento frente a lo que sucedía en el entorno internacional ante las acciones arbitrarias de los regímenes fascistas. Eventualidades como la invasión de Abisinia por parte de Italia en 1935 o el *Anschluss* por parte de la Alemania nazi a Austria en 1938 provocaron que México expresara en la tribuna de la SDN su inconformidad por tales actos, al protestar y buscar la aplicación de sanciones en contra de dichas naciones.⁶⁹⁷ Pero la eventualidad que marcó la agenda diplomática mexicana de finales de la década fue la Guerra Civil Española. Estas posturas

⁶⁹⁴ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 169-172; 196-202.

⁶⁹⁵ Herrera León, *México en la Sociedad de Naciones*, pp. 116-123.

⁶⁹⁶ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 181-189. Estos mecanismos y estrategias serían fundamentales a la hora de que el gobierno cardenista emprendiera acciones de gran calado en sus iniciativas reformistas, tales como la Expropiación Petrolera de 1938 o la Reforma Agraria. Esto permitiría disponer de margen de negociación a la hora de lesionar los intereses estadounidenses en la región en pro de la ejecución de estas decisiones, pues debido al interés estadounidense de mantener buenas relaciones con sus vecinos sureños debido a la evolución de la situación geopolítica en Europa y América, el priorizar dicho objetivo acotó la capacidad de acción de los estadounidenses en pro de mejorar las condiciones de los mexicanos. Al respecto véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 330-340.

⁶⁹⁷ Herrera León, *México en la Sociedad de Naciones*, pp. 235-279; 347-385.

dotaron al gobierno cardenista de una reputación internacional como un régimen progresista y antifascista.

Ante el alzamiento militar que amenazó a la República española en 1936 y la posterior intervención armada de Alemania e Italia en el conflicto a favor del bando alzado, México fue una de las pocas naciones que se posicionó de lado del bando republicano. Ante la política de no intervención que modularon tanto Inglaterra y Francia, el gobierno mexicano buscó establecer un respaldo diplomático al gobierno español, que se estructuró en distintas estrategias de acuerdo con la espacialidad y el actor. Por una parte, en la SDN la representación mexicana optó por denunciar el intervencionismo fascista como un elemento que violaba la autodeterminación y la no intervención que debía regular el derecho internacional, además de buscar romper el cerco que aislaba al gobierno republicano para poder comprar armas y pertrechos para la guerra.⁶⁹⁸

Por otro lado, en la Conferencia Panamericana de Buenos Aires de 1936 y la de Lima de 1938, el gobierno mexicano optó por una estrategia de “silencio”, cuyo propósito era no integrar el tópico del conflicto en la agenda de discusión de dichas eventualidades, con el objetivo de no propiciar un posicionamiento en favor del bando encabezado por Franco por parte de muchas naciones de la región, ya que gran parte de los gobiernos latinoamericanos simpatizaban con dicho sector.⁶⁹⁹ A su vez, también el gobierno mexicano sirvió como intermediario y distribuidor de armas para el bando republicano, llegando en ocasiones a emplear estrategias que rayaban en la ilegalidad.⁷⁰⁰

Tal postura diplomática encontró eco en las esferas de influencia del Estado mexicano, donde esta plataforma editorial resultó una caja de resonancia que ayudó a difundir y respaldar públicamente esta preocupación y la agenda subsecuente. Particularmente los intelectuales y funcionarios públicos involucrados en el desarrollo de estas iniciativas

⁶⁹⁸ Herrera León, *México en la Sociedad de Naciones*, pp. 281-344. Para legitimar esta postura, el gobierno cardenista empleó el orden jurídico interamericano a su favor, siendo un instrumento adecuado para justificar el envío de armas a la República y disuadir a las potencias europeas neutrales de su apelación. Al respecto véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 313-318.

⁶⁹⁹ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 319-329. Es notable que la relación entre México y Estados Unidos, la cual atravesó diversas dificultades durante estos años por las reformas cardenistas como la expropiación petrolera o la reforma agraria, encontró en el tópico de la Guerra Civil Española, si bien un punto tenso en el cual la postura mexicana ayudó en cierta medida a movilizar al gobierno de Roosevelt, también de autorreconocimiento y estrechamiento de vínculos. Al respecto véase Espasa, *Estados Unidos en la Guerra*, pp. 174-201.

⁷⁰⁰ Al respecto véase Campos, *Armas para la República*, pp. 217-233.

culturales asumieron el compromiso de usar los medios de comunicación a su disposición para convertirlos en tribunas propagandísticas que difundieran y alentaran la postura antifascista del gobierno cardenista. Esta identificación puede entenderse a partir de dos factores esenciales. El primero de ellos fue el hecho de la pertenencia de diversos promotores y participantes de la plataforma a los grupos de poder que se encontraba insertos en la estructura gubernamental mexicana y sus esferas de influencia. Como se ha venido recalando a lo largo del texto, la participación de distintos actores en instancias de la Secretaría de Hacienda o la Secretaría de Relaciones Exteriores ayudó a respaldar mediáticamente estas iniciativas de las cuales en parte fueron partícipes. La segunda fue la identificación con la sensibilidad antifascista que también, como se ha resaltado, formó parte fundamental de la constitución y funcionamiento de esta plataforma.

Dentro de esa identificación, una parte de los promotores y colaboradores mexicanos consideraron necesario plantear la defensa pública de los planteamientos de la agenda diplomática mexicana, tanto a nivel latinoamericano como en la SDN. Esto se debía sobre todo a los ataques y descalificaciones postuladas tanto por sectores críticos del cardenismo como en la misma estructura gubernamental. Tal como señala Veremundo Carrillo, un ejemplo de esta confrontación se dio dentro del pleno del Senado, en el que Cándido Aguilar planteó la necesidad de que México abandonase a la SDN, debido a que lo consideraba poco funcional, siendo solo un “lujo decorativo para la América”.⁷⁰¹

Parte de esa defensa atravesaba la necesidad de instruir a la opinión pública mexicana sobre la necesidad de refrendar la postura diplomática planteada por el gobierno cardenista. Lo dicho asentaba la imagen de que estas descalificaciones se debían a la ignorancia que distintas esferas de la sociedad en México tenían respecto a los temas de política internacional, careciendo de recursos y herramientas interpretativas necesarios para tener una perspectiva adecuada sobre los fenómenos fuera del espacio nacional. Esto era considerado una deficiencia que podría derivar en decisiones desatinadas en la definición de la agenda externa del país, además de fortalecer las corrientes conservadoras y reaccionarias en México. Por ello en diversos momentos se buscó que la plataforma contribuyera a la

⁷⁰¹ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 278-280. Esto iba en tendencia con la postura de muchos países de la región, quienes ya habían abandonado el espacio multilateral global.

formación pública en dicha materia. Ejemplo de ello es la reseña que realizó R. A. G. en 1938, quien afirmaba lo siguiente

No puede sorprendernos, pues, que en ocasiones se susciten campañas para que México se separe de la Sociedad, tal como ha ocurrido en fechas recientes, que, por fortuna, no han logrado su propósito. Decimos por fortuna porque, dado el desconocimiento de los trabajos que realiza, fácil pudiera ser que esas opiniones se impusieran a la conciencia pública y que nuestro país se viera en la necesidad de inclinarse ante ellas. México se ha mantenido firme en su posición de Estado miembro y esto es de celebrarse por la importancia de la labor internacional que viene desarrollando y que nadie que conozca los informes anuales de la institución puede negar.⁷⁰²

Con la salida de Lázaro Cárdenas y la llegada de Manuel Ávila Camacho al poder en diciembre de 1940, se abrió la puerta para que se diera un cambio en el ejercicio de gobierno, el planteamiento diplomático mexicano y la postura antifascista. Por una parte, bajo el apelativo de la “Unidad Nacional”, el gobierno de Ávila Camacho buscó hacer un equilibrio de fuerzas sociales que ayudaran a limar las asperezas surgidas de los procesos reformistas del cardenismo.⁷⁰³ Bajo esta lógica, tal como señala Soledad Loaeza, muchos de los asuntos internos se supeditaron a la política externa,⁷⁰⁴ lo que dio lugar a una transformación de la estrategia diplomática mexicana, al priorizar el vínculo con Estados Unidos como un hecho esencial no solo en la agenda diplomática, sino también para apuntalar el incipiente proceso de industrialización nacional. Aprovechando las coyunturas internacionales, se buscó fortalecer el vínculo económico y político con la nación vecina en aras de resolver los conflictos aún existentes en la agenda bilateral.⁷⁰⁵ Y en lo que respecta a la agenda diplomática, esta se volcó a promover el panamericanismo como principio, lo que también transformó en parte el apelativo antifascista presente en la acción propagandística de muchos de los organismos e instancias que la sustentaban.⁷⁰⁶

El ataque japonés a la base naval estadounidense de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 y la subsecuente entrada de Estados Unidos a la guerra dentro del bando aliado marcó

⁷⁰² R. A. G., “Rapport sur l’Oeuvre de la Société. 1937/38”, pp. 647-652.

⁷⁰³ Un ejemplo de estas iniciativas fue la Reforma Política de 1943. Para profundizar al respecto véase Loaeza, “La Reforma Política”, pp. 231-358.

⁷⁰⁴ Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 81-90.

⁷⁰⁵ Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 81-97. Pero a pesar de esos acercamientos, siguieron existiendo resistencias al interior de la estructura gubernamental que trataban de frenar la influencia estadounidense, como fue el caso de Cárdenas como secretario de guerra durante la coyuntura de la Segunda Guerra. Al respecto véase Carrillo Revelles, “México en la Unión”, pp. 375-376.

⁷⁰⁶ Como ejemplo véase lo que plantea Andrea Acle-Kreysing para el caso de Vicente Lombardo Toledano. Véase Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 589-604.

un punto de inflexión no solo para romper con el “relativo” aislamiento que vivía el continente americano de cara a las acciones armadas del conflicto mundial, sino también para México en su dinámica frente al vecino del norte y su relación con la guerra. La activación de ciertos mecanismos diplomáticos ideados por las naciones americanas a raíz del estallido de la guerra en 1939 representó el alineamiento de muchos con la postura estadounidense, derivando en que países como Panamá, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Cuba, Honduras, entre otros, declararon la guerra a las fuerzas del Eje.⁷⁰⁷ Si bien México se abstuvo de entrar al conflicto en ese momento, se alineó con la iniciativa de romper relaciones e imponer sanciones económicas. Pero con el hundimiento de diversos barcos mercantes mexicanos — como el Potrero del Llano o el Faja de Oro— por parte de la marina alemana, el gobierno mexicano decidió declarar la guerra a Alemania el 28 de mayo de 1942.

Dentro de la plataforma se reivindicó la entrada de México en la guerra a partir de distintas manifestaciones. Éstas resultaron no solo oportunidades para reafirmar el compromiso con la agenda antifascista que había empujado el gobierno desde años atrás, al considerarlo de cierta forma como un paso lógico frente a tiempos en los que la neutralidad frente al conflicto representaba una imposibilidad intelectual, al menos para dichos actores. Dicho respaldo también era una autorreafirmación de la sensibilidad antifascista que venían promoviendo con anterioridad. Por otro lado, esto también representó una oportunidad para presentar una crítica sutil o ejercer presión respecto al viraje que dio el gobierno de Ávila Camacho respecto al espíritu reformistas del cardenismo.

En primer lugar, el respaldo público a la entrada de México en el conflicto se dio en *Cuadernos Americanos* con la publicación de la declaración de guerra que realizó Manuel Ávila Camacho frente al Congreso mexicano en mayo de 1942. Este acto simbólicamente representó un espaldarazo por parte de esta plataforma a la decisión gubernamental de emprender acciones directas en contra de los países del Eje. Esto es posible reafirmarlo por el paratexto que acompañó al discurso, en el cual los editores de la revista consideraban a este un hecho de trascendencia histórica

Una vez más [México] ha abrazado, con todos sus peligros, la causa de la libertad del hombre y de los pueblos. [...] Ninguna voz [la mexicana], al hablar de democracia y libertad, resuena, por tanto, con un timbre de soberanía comparable al suyo.

⁷⁰⁷ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 380-381.

Tan justa, tan serena, aparece su actitud en defensa de los principios básicos de toda vida civilizada, que en vano se buscaría un documento, incluso de fuente particular, más diáfano y expresivo que el discurso pronunciado por el presidente Manuel Ávila Camacho el día 28 de mayo ante el Congreso de la Unión. Nada tiene México que encubrir, nada de qué arrepentirse. Más aún, es el único Estado americano capaz de rendir justicia a la República española honrando al ser humano en sus virtudes. [...] ⁷⁰⁸

Esta enunciación no sólo refrendaba el compromiso de esta plataforma con la agenda diplomática mexicana, pues también representó una oportunidad para enunciar la necesidad de proseguir con las líneas impulsadas durante el cardenismo, sobre todo del respaldo diplomático y logístico a la causa de la República española en el exilio, en momentos en que el gobierno de Ávila Camacho vacilaba sobre qué postura tomar al respecto. ⁷⁰⁹

Otro ejemplo es posible encontrarlo en la figura de Eduardo Villaseñor, quien en su ensayo “La Economía de Guerra en México”, publicado en *El Trimestre Económico* en 1942, afirmaba

México ha sido partidario de las democracias desde siempre; como México ha sido anti-fascista y anti-nazi, no desde diciembre de 1941 o desde junio de 1942, sino desde muchos años antes; como México ha dado pruebas con gestos y actos internacionales de valor positivo; como México vio el peligro y tomaba las posiciones definidas ante un enemigo que hoy se reconoce; como México, anticipándose en realidad a las grandes democracias, dio ayuda efectiva a la República española, primera víctima del fascismo internacional, México no es neutral. Podría decirse que en realidad no es México quien se ha unido a las democracias en la guerra contra el fascismo, sino que son ellas las que se han convencido de la razón de México en ser anti-fascista muchos años antes que ellas. ⁷¹⁰

Lo afirmado por Villaseñor puede ser percibido como una legitimación a la entrada de México en la guerra, en donde su lucha se asentaba en una convicción antifascista más profunda que la que sustentaban muchos de los países aliados. ⁷¹¹ Pero también esta apelación puede ser vista como una reafirmación y respaldo a la figura de Cárdenas, pues encontraba en ella el origen de la posición moral y de prestigio que gozaba el país en el escenario internacional. Esto se planteaba con el propósito de alentar a que el gobierno de Ávila Camacho siguiera en la senda de la reforma social marcada durante el sexenio anterior.

⁷⁰⁸ Ávila Camacho, “México en guerra”, p. 7.

⁷⁰⁹ Véase Sola Ayape, “De la esperanza al desencanto”, pp. 59-62.

⁷¹⁰ Villaseñor, “La economía de guerra en México”, 76-77.

⁷¹¹ Es notable que este argumento contrasta con algunas de las legitimaciones empleadas por otras esferas gubernamentales para justificar su ingreso a la guerra, pues tal como señala Veremundo Castillo, se referían a que México no se alineó con Estados Unidos en la entrada al conflicto, sino con el propósito de defender al continente. Esto con el objetivo de no fortalecer la tendencia anti-estadounidense que existía dentro de la opinión pública nacional. Véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 382-383.

Pero ante el afianzamiento de la postura de Ávila Camacho de no proseguir con las reformas sociales emprendidas por el cardenismo y de estrechar aún más el acercamiento bilateral con los Estados Unidos a partir de acuerdos como la redistribución de aguas del Río Colorado, las reclamaciones agrarias y las compensaciones por la expropiación petrolera, entre otros,⁷¹² fueron factores, junto a otros más,⁷¹³ que dieron lugar al desencantamiento de diversos intelectuales con este gobierno. Personajes como Daniel Cosío Villegas o Jesús Silva-Herzog comenzaron a mostrar un talante crítico frente a las decisiones tomadas por la estructura avilacamachista, mientras que otros que ocupaban cargos en la Secretaría de Hacienda, como Eduardo Suárez o Ramón Beteta se mostraban descontentos con algunas de las acciones realizadas por otros funcionarios.

Esto es perceptible en el ensayo que Silva-Herzog publicó en septiembre de 1943 con el título de “La revolución mexicana en crisis”.⁷¹⁴ En él, el economista mexicano realizó un balance crítico de lo que había significado hasta ese momento el proceso revolucionario mexicano, ponderando tanto sus aportes como las problemáticas que arrastraba, las cuales la habían llevado, en la mirada de Silva-Herzog, a una coyuntura de dificultades. En ello, la imagen del sexenio de Ávila Camacho aún se presentaba de forma favorable, señalando que aún no era “tiempo todavía de intentar [...] un balance”. Pero a pesar de ello, Silva-Herzog planteaba una advertencia del rumbo que estaba tomando la postura diplomática mexicana, al señalar que, si bien hasta ese momento el papel de México en la esfera internacional había sido casi impoluto, a futuro podrían aparecer dificultades si se continuaban con los acercamientos con el país vecino del norte. Esto lo expresó de la siguiente forma:

La guerra se ha inclinado a favor de los aliados por la potencia industrial y guerrera de nuestros vecinos. Su poder es inmenso y nosotros no tenemos poder frente a su poder. La guerra terminará dentro de un año, dentro de dos o quizás de tres; volverán a su país triunfantes millares de hombres entrenados en la lucha y orgullosos de la victoria. Roosevelt, el presidente de ideas generosas, no será siempre presidente. La política del buen vecino, puede ser el principio de una era en las relaciones interamericanas; pero tengámoslo bien presente, puede ser substituida por una nueva política con tendencias opuestas. No nos hagamos ilusiones... No todos los habitantes de aquella nación se hallan de acuerdo con la política de su gran mandatario [...] ¿Qué va a ser de nosotros si no nos preparamos? [...].⁷¹⁵

⁷¹² Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 85-86.

⁷¹³ Como ejemplo de dichos factores véase lo que apunta Cosío Villegas, “La crisis de México”.

⁷¹⁴ Silva-Herzog, “La revolución mexicana”, pp. 32-55.

⁷¹⁵ Silva-Herzog, “La revolución mexicana”, pp. 51-52.

Este horizonte de precaución se transformó en uno crítico a partir de la forma en que la diplomacia mexicana comenzó a construir acuerdos con los Estados Unidos, sobre todo a partir de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y la Paz, también conocida como Conferencia de Chapultepec, celebrada entre febrero y marzo de 1945 en la Ciudad de México. En dicha eventualidad, tal como señala Soledad Loaeza, se apuntalaron los acuerdos de colaboración celebrados con anterioridad entre el gobierno mexicano y el estadounidense. En este sentido, el gobierno mexicano a través de su canciller, Ezequiel Padilla Peñalosa, convocó a la conferencia con el propósito de discutir distintos asuntos relacionados con el fin del conflicto internacional y la formalización de acuerdos sobre el reordenamiento continental después de la guerra. Pero el espacio también sería aprovechado como una tribuna a través de la cual los Estados Unidos buscaban aislar internacionalmente a Argentina con su exclusión de la reunión, además de tratar de imponer una serie de sanciones.⁷¹⁶ Esto debido a la resistencia que presentó el país sudamericano a lo largo de la guerra para alinearse a los acuerdos de la denominada seguridad continental, pero que también representaban un alineamiento con el país del norte.⁷¹⁷

En este sentido México sirvió como aliado de los Estados Unidos en la búsqueda de someter o excluir a Argentina en la construcción de un consenso continental a raíz de los acuerdos tomados en la reunión. Pero también la eventualidad sirvió para hacer patente las divisiones al interior del núcleo diplomático mexicano, pues tal como señala Veremundo Castillo, la postura mexicana en la reunión fue contradictoria. Por un lado, en las discusiones de carácter político, en las cuales participó el canciller Ezequiel Padilla, era notable la tendencia a secundar a los Estados Unidos en sus distintas propuestas, estando entre ellas la exclusión de Argentina a partir de la discusión del denominado “Problema Argentino”.

Por otro lado, en materia económica, donde los representantes mexicanos estaban encabezados por Eduardo Suárez y Ramón Beteta, la delegación mexicana se opuso a la mayoría de las iniciativas estadounidenses, en concordancia con otras naciones de la región.

⁷¹⁶ Esta nación había buscado oponer una postura diplomática a la estadounidense en la región, mientras que los Estados Unidos demandaban al régimen argentino a realizar elecciones democráticas y romper relaciones con los países del Eje. Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 94-95.

⁷¹⁷ Loaeza señala que esta relectura realizada por el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa estadounidense se estructuró a partir de la concepción de una identidad política común entre los países de la región, en donde los principios democráticos y la “supervisión” estadounidense se garantizaba una protección en favor del continente, no solo de intervenciones externas, sino también de ideologías extranjeras o cualquier interés opuesto a estos principios. Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 95-96.

Lo anterior representó el choque de dos visiones sobre la política exterior mexicana, teniendo a Estados Unidos al centro de la tensión.⁷¹⁸ Esto derivó a que la delegación mexicana adoptara una postura de plena intervención política, legitimada en el vuelco retórico y diplomático que había adoptado Ávila Camacho en pro de la defensa de la democracia continental y la lucha en contra del nazi-fascismo, etiqueta que pesó sobre el gobierno argentino.⁷¹⁹

Las reacciones a las acciones de Padilla no se hicieron esperar por parte de distintos personajes vinculados a esta plataforma, ya que esta eventualidad sirvió como un punto de fractura para que algunos se distanciaran del gobierno de Ávila Camacho. Por una parte, Ramón Beteta presentó su renuncia, argumentando que las acciones realizadas por el canciller ponían “en grave peligro la autonomía política” de México.⁷²⁰ Por otro lado, Cosío Villegas en su artículo “La Conferencia de Chapultepec” publicado en *Cuadernos Americanos*, presentó un balance bastante crítico con el papel de los Estados Unidos.⁷²¹ Pero fue aún más severo con la representación mexicana, pues concebía que la forma en que actuó significó la violación de la tradición diplomática mexicana, como lo era la Doctrina Estrada y los principios de autodeterminación y de no intervención.

Si bien para Cosío Villegas la guerra representaba un momento límite para esta doctrina, pues ideaba la posibilidad de que bajo ciertas coyunturas fuera posible plantear excepciones —como lo era la hipotética exclusión diplomática de toda aquella nación de filiación nazi—, el caso argentino representaba un problema, pues la determinación de si era o no nazi representaba un reto de difícil solución. Esto por considerar que sería imposible establecer un consenso sobre dicha situación, lo que impedía plantear una excepción a la

⁷¹⁸ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 386-387.

⁷¹⁹ Loaeza, *A la sombra de la superpotencia*, pp. 94-113.

⁷²⁰ Mediáticamente, Padilla había sido objeto de constantes críticas debido a su cercanía con los Estados Unidos. Tal como señala Veremundo Carrillo, los estadounidenses creían que Eduardo Suárez se encontraba al frente de dichos ataques. Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 390-391.

⁷²¹ Esto se debió a que consideraba que en la Conferencia no se abordó el problema de la desventaja de América Latina frente al escenario de la posguerra, y en su lugar existió el predominio de las condiciones estadounidenses en el reflejo de sus intereses en la agenda de discusión. Cosío Villegas se expresa de ello de la siguiente forma “Faltó también, no ya el análisis preocupado y agotador de las nuevas situaciones de la vida exterior de América, pero ni siquiera la expresión del temor del que no comprende las últimas consecuencias de un problema grave y apremiante: en vano pueden recorrerse las páginas del *Diario* para encontrar quién ha expresado la angustia de una América Latina, masa informe atada a la cauda de unos Estados Unidos resueltos ya a intervenir en todo el juego peligrosísimo de una política de poder universal. En la Conferencia misma han sido los norteamericanos los encargados de advertirlo con ese regocijo de última hora que les ha entrado al asegurar que, al fin, son ahora *global minded*”. Véase Cosío Villegas, “La Conferencia de Chapultepec”, p. 20.

doctrina. Por ello, la actitud de la delegación mexicana significaba para Cosío Villegas la ignorancia en la que vivían distintos funcionarios mexicanos, pues sus acciones mostraban el desconocimiento de la “esencia revolucionaria” que debía caracterizar al gobierno.⁷²²

Este caso permite observar los límites tanto de la postura antifascista como del respaldo mediático que brindó esta plataforma editorial al gobierno mexicano. Por una parte, la forma de actuar del canciller representaba para algunos de estos personajes una muestra más del proceso de descomposición por el que atravesaban los regímenes posrevolucionarios, pues la inmoralidad en la labor pública se había convertido en el estándar de los políticos, quienes a su mirar, habían traicionado los principios que guiaban la Revolución Mexicana. Por otra parte, es posible concebir que vieran en la estrategia del gobierno mexicano una contradicción a la propia agenda diplomática antifascista. Recordemos que la condena al intervencionismo expansionista fue uno de los elementos en los que se asentó la postura diplomática que esgrimió el gobierno cardenista frente a sucesos de la época entreguerras, como la Guerra Civil Española o el *Anschluss*. Esto dio lugar a que vieran en la táctica de Padilla de utilizar el antifascismo para ocultar las pretensiones de alineamiento político con los Estados Unidos, una franca violación a los propios principios que daban coherencia y lógica a la postura mexicana. Por otro lado, el alineamiento de la agenda diplomática mexicana a los intereses de los Estados Unidos representó un choque para aquellos que, como Cosío Villegas, Villaseñor, Beteta o Silva-Herzog, tenían cierto recelo de los Estados Unidos. Tal situación borraba toda posibilidad de que respaldaran públicamente el nuevo lineamiento internacional mexicano.

Una vez concluido el sexenio de Ávila Camacho y la llegada de Miguel Alemán a la presidencia de 1946, la visión crítica sería fortalecida a partir de la publicación en *Cuadernos Americanos* de distintos artículos elaborados por el mismo Cosío Villegas, además de Silva-Herzog, Iturriaga o Miguel Othón de Mendizábal, quienes formularon la noción de “crisis de la revolución mexicana”. En dichas colaboraciones, el tema de la política internacional mexicana y el alineamiento con los Estados Unidos también fue abordado de forma crítica, tal como es posible observar en el caso del ensayo de Jesús Silva-Herzog titulado “Meditaciones sobre México”, publicado en *Cuadernos Americanos* en septiembre de

⁷²² En este sentido, es posible determinar que Cosío Villegas consideraba al régimen argentino como una manifestación fascista. Véase Cosío Villegas, “La Conferencia de Chapultepec”, pp. 39-45.

1947.⁷²³ Siguiendo la línea sobre la situación que vivían los gobiernos posrevolucionarios, Silva-Herzog realizó un recorrido histórico de lo que había sido históricamente México hasta su contemporaneidad.

En él planteó distintos puntos críticos respecto a las decisiones que había realizado el gobierno de Ávila Camacho, siendo uno de estos el acercamiento diplomático y económico que se dio con los Estados Unidos a partir de una serie de acuerdos bilaterales. Bajo este escenario, si bien el economista mexicano planteaba que la política exterior mexicana había cumplido un papel digno y correcto, definía que el estrechamiento de los vínculos podría dar origen y agravar distintas problemáticas:

México tiene un solo problema internacional, permanente, serio y a veces grave. Este problema se deriva de la geografía. Somos vecinos de los Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra en los tiempos que corren; y ese país es imperialista, fenómeno económico resultante de su formidable desarrollo industrial y financiero. El imperialismo no es hijo de la voluntad de un hombre o de algunos hombres, como la teoría de la buena vecindad; es cual un aljibe surtido constantemente por veneros de agua turbia, que al fin se derrama y encharca los lugares próximos y en ocasiones hasta los distantes. La teoría de la buena vecindad y el imperialismo no pueden unirse en estrecho maridaje; son incompatibles, son antinómicos; nada más que el imperialismo es una realidad y lo otro, en el mejor de los casos, un buen deseo. [...]

El concepto de independencia está siendo sustituido por el de interdependencia, debido entre otras causas al progreso de la industria del transporte y del comercio internacional. No es posible pensar en la presente hora en economías nacionales completamente autónomas; y si esto no es posible, tampoco lo es en el orden político. Consecuencia inevitable es lo uno de lo otro. De aquí se derivan graves problemas cuyas soluciones no es fácil imaginar. Claro está que no hay que confundir la interdependencia con la dependencia. Esta significa subordinación y es intolerable; aquélla puede cimentarse en principios de equidad, de justicia y ser una fórmula nueva de convivencia entre los pueblos.⁷²⁴

Es notable que Silva-Herzog concebía que el acercamiento con Estados Unidos durante y después de la Segunda Guerra Mundial era un proceso inevitable, pues las condiciones internacionales propiciaron ese vínculo, generando con ello un proceso de interdependencia política y económica. Pero el hecho de que esto diera lugar al rompimiento de ciertos principios guía que los gobiernos mexicanos habían tenido en su relación con la potencia del norte era un aspecto de preocupación para el economista mexicano, pues esto daría lugar a una sujeción de México frente a la hegemonía norteamericana. En ello, la negativa a proseguir con un apoyo explícito a la agenda diplomática mexicana estuvo

⁷²³ Silva-Herzog, "Meditaciones sobre México", pp. 7-35.

⁷²⁴ Silva-Herzog, "Meditaciones sobre México", pp. 34-35.

condicionada por los virajes y reconfiguraciones internacionales vividas durante la Guerra y los años posteriores a su finalización. La transformación de Estados Unidos en una superpotencia aumentó las reservas que diversos sectores tenían ante el vecino del norte, desconfiando aún más de sus pretensiones e intereses detrás del fortalecimiento del lazo entre ambas naciones. Por ello, aunque él veía dicho acercamiento como inevitable, eso no daba lugar a que se diera sin las precauciones debidas, lo que cerró la puerta a la manifestación pública de soporte a la diplomacia nacional para trasladarlo a un ocasional apoyo tácito.

A su vez, es posible relacionar este posicionamiento con una separación entre algunos de los intelectuales y el Estado mexicano, en donde el vínculo de colaboración se diluyó, debilitando la alianza que había existido entre estas dos partes. Si bien esto no significó una ruptura total, pues siguieron existiendo vínculos entre los actores y las instancias gubernamentales, sí marcó un quiebre simbólico de los lazos que habían unido a algunos de ellos con la estructura estatal mexicana a la luz del inicio de la Guerra Fría.

4.2 Deslindando culpas. El fascismo y su responsabilidad en la guerra

El fascismo y los factores que derivaron en la guerra

A la par del respaldo a la agenda diplomática promovida por el gobierno mexicano, esta plataforma también dio lugar a la expresión de otros tópicos relacionados con el antifascismo. Uno de ellos fue el debate sobre el deslinde de responsabilidades por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Su inicio el 1º de septiembre de 1939 con la invasión de Alemania a Polonia supuso un punto de quiebre a nivel mundial, ya que además de la profunda huella política, social, económica y cultural que dejó tras de sí, también representó una agobiante preocupación y polarización para aquellas sociedades que no fueron aquejadas directamente en un primer momento por las acciones armadas, como fue el caso de las naciones americanas. Esto provocó incertidumbre sobre qué podría deparar el corto, mediano y largo plazo, pues el rápido avance de la conflagración no generaba certezas sino una mescolanza de especulaciones, temores y ansiedades.

De este panorama surgió una necesidad por parte de los grupos situados dentro del antifascismo por determinar la vinculación que existió entre el afianzamiento del fascismo y el estallido de la guerra. Esta inquietud por tratar de deslindar responsabilidades sobre el causante del conflicto, así como tratar de rebatir las distintas argumentaciones y excusas que

se formularon para justificar la guerra, cumplió diversas funciones sociales dependiendo del caso que se aborde. Dentro de esta plataforma editorial, como veremos a continuación, este esfuerzo se asoció con la entrada de México al conflicto a mediados de 1942. Pero antes de profundizar en esto, es necesario explicar brevemente algunas de las relaciones argumentales que existieron en la asociación entre fascismo y la conflagración.

Con el inicio del conflicto mundial, la consideración de que el fascismo había propiciado su estallido fue casi unánime, desplazando la discusión a determinar qué factor tuvo mayor peso como detonante del conflicto. La relación de esta clase de regímenes con estructuras militares ultranacionalistas y con intereses imperialistas dio pie a que se barajearan distintas variables sobre cuáles habían sido los causales de la conflagración, entre los que se encontraban la consideración de una casta militar que definía la acción política o la existencia de un capitalismo monopólico expansionista que requería constantes aprovisionamientos de materias primas.

En primer lugar, el peso de la estructura militar en los sistemas fascistas fue considerado por algunos como el elemento fundamental a la hora de explicar el estallido de la guerra. La concepción de que el ejército y la industria militar formaban parte integral de la estructura de poder y de toma de decisiones políticas de estos Estados derivó en que autores como Bruno Frei,⁷²⁵ R. H. S. Crossman⁷²⁶ o Mariano Ruíz-Funes⁷²⁷ plantearan que el uso de la guerra como herramienta disuasoria para lograr las reivindicaciones expansionistas fue la causa que provocó el conflicto. Lo anterior se debió a que su uso sin ninguna regulación trajo consigo su desgaste como estrategia de intimidación.

Por otra parte, la consideración de que la guerra había estallado por los intereses del capitalismo monopólico que legitimaban los reclamos expansionistas también resultó recurrente en los balances sobre el origen del conflicto mundial. La crítica a las demandas de

⁷²⁵ El escritor alemán consideraba que la constitución de una sociedad militarizada y fanatizada, cuyo propósito era satisfacer los intereses de las clases dirigentes del régimen nazi, había derivado en la promoción de la “Guerra Total” como elemento de presión y acción para lograr dicho objetivo. Al respecto véase Frei, “Sobre el carácter de esta guerra”, pp. 7-29.

⁷²⁶ Crossman consideraba al fascismo como un movimiento de carácter contrarrevolucionario que constituyó una dictadura militar, la cual defendía los intereses capitalistas de forma corporativista, cuya satisfacción había derivado en el estallido del conflicto mundial. Véase Crossman, *Biografía del Estado*, pp. 266-281.

⁷²⁷ El español consideraba que la estructura interna de las naciones fascistas seguía una lógica de guerra permanente. Tanto la economía como la impartición de justicia, la administración o la moral seguían los parámetros de la guerra, además de constituirse en una dictadura. Véase Ruíz Funes, “Dos Guerras y un armisticio”, pp. 17-32.

nuevas concesiones territoriales bajo el argumento del *Lebensraum* planteado por la Alemania nazi fueron vistas por autores como Henry Truchy⁷²⁸ o José Medina Echavarría⁷²⁹ como excusas para disimular la defensa de intereses provenientes de los grandes capitales. Ya fuese por la necesidad de acceso a materias primas, por tener un mayor número de trabajadores a su disposición o el empleo de la industria situada en dichos territorios, para los autores esto representaba una nueva manifestación del imperialismo económico derivado del sistema capitalista.

Descalificando justificaciones para legitimar la guerra

En el deslinde de responsabilidades por el estallido de la guerra, una parte fundamental de este esfuerzo se concentró en cuestionar la validez de los argumentos presentados por los regímenes fascistas para justificar el conflicto. Esta postura crítica se caracterizó por el uso que se hizo del conocimiento social para despejar cualquier duda e invalidar las excusas de guerra fascistas. Entre éstas se encontraban la imposibilidad de acceso a materias primas en el mercado internacional o la supuesta presión demográfica que vivían los países fascistas, las cuales abordaremos a continuación.

Pero antes de proceder a abordar la crítica a estas formulaciones, es necesario situar en qué condiciones se realizó este ejercicio intelectual. La elaboración de esta clase de planteamientos se dio entre 1943 y 1944, casi un año después de que México entró a la guerra. Durante ese periodo, parte de la opinión pública mexicana asumió el hecho de que el país era

⁷²⁸ En la perspectiva del economista inglés, la autarcía que pregonaba el nazismo alemán solo se privilegiaba en el entorno político y social. Esto se debía a que la esfera de la economía se regía bajo una lógica de guerra, que obligaba a instalar y desarrollar en su propio suelo los procesos de producción necesarios para sostener su esfuerzo bélico, tratando de hacerse autosustentable. Pero era imposible que el nazismo sustentara esta idea de núcleo cerrado, por lo que resultaba esencial el acceso a materias primas dentro del mercado internacional. Pero ante la imposibilidad de tener acceso continuo, buscó crear su propia industria generadora de materias primas de sustitución. Por ello concebía que la autarcía era solo una forma de preparar el camino a la guerra. Truchy, “Cambios internacionales y autarcía”, pp. 319-349.

⁷²⁹ En este caso resalta la visión formulada por Medina Echavarría, quien en su ensayo “De tipología bélica” planteó la necesidad de relacionar el inicio de la guerra con una confrontación de intereses imperialistas. Al reflexionar sobre la posibilidad de plantear una sociología de la guerra, el sociólogo español concibió que la confrontación armada era una pugna por la hegemonía global, en la cual el interés imperialista de Alemania se había manifestado como *casus belli* para naciones como Inglaterra o Francia. Esta manifestación expansionista, desde la perspectiva de Medina Echavarría, tenía la particularidad de no insertarse en las lógicas previas de los reclamos territoriales realizados por otras naciones europeas, las cuales buscaban concesiones en lugares como Asia o África. Esto se debió a que lo que pretendía Alemania era tratar de crear “colonias europeas”, las cuales fueran explotadas en beneficio de los intereses tanto de las élites burocráticas e industriales como de las clases medias alemanas. Medina Echavarría, “De tipología bélica”, pp. 198-216.

partícipe de dicho conflicto, aunque eso no significaba el apoyo popular a la guerra. A pesar del respaldo que brindaron —aunque con sus reservas— a la postura gubernamental sectores como la Iglesia Católica o el empresariado mexicano, existía recelos frente a las medidas adoptadas para implementar el estado de guerra, tales como la limitación de las garantías individuales, las afectaciones a la vida cotidiana por los esfuerzos de guerra o la vigilancia a la que se sometió a diversos grupos sociales.⁷³⁰ Pero sería particularmente la aplicación del servicio militar obligatorio lo que causaría mayor escozor social, originando gran descontento en la esfera pública de la época.⁷³¹

Frente a este escenario, existió la necesidad de encontrar respaldo mediático a la decisión tomada por el gobierno de Ávila Camacho. Es en esta coyuntura que surge el Seminario Colectivo sobre la Guerra y *Jornadas*. Recordemos que estas iniciativas formaron parte del esfuerzo intelectual desarrollado por esta plataforma para tratar de asentar la posición de México frente al conflicto internacional, además de tratar de construir certezas sobre el futuro de México, América y el mundo al término de la guerra. En ello, la descalificación de las justificaciones fascistas por el estallido del conflicto resultaron un elemento sustancial que permitieron fijar con mayor fuerza ante el público la postura mexicana. La construcción de todo un sistema argumentativo del por qué estas excusas carecían de validez debido a lo falible de sus premisas dieron lugar a que uno de los puntos esgrimidos de manera constante por el aparato diplomático mexicano —la autodeterminación de los pueblos— en su defensa internacional de causas como la de la República española, fuera uno de los puntos que cimentaron dicho sistema de postulados. En este caso la particularidad del Seminario y *Jornadas*, con un enfoque en el diálogo multidisciplinario, dio pie para que se planteara una apertura al debate y al cuestionamiento de las distintas justificaciones presentadas por los gobiernos de Italia y Alemania.

En primer lugar, la justificación de la guerra a partir de la imposibilidad de acceso al mercado mundial de materias primas fue abordada por Manuel F. Chavarría en la reflexión que aportó al Seminario. En su presentación, Chavarría planteó el problema de si esto era realmente una excusa válida para justificar una guerra a partir del reclamo de nuevos territorios. Al centrarse en el análisis de la Alemania nazi, el economista mexicano señaló

⁷³⁰ Cruz García, “Gobierno y movimientos sociales”, pp. 468-476.

⁷³¹ Cruz García, “Gobierno y movimientos sociales”, pp. 476-484. También véase Ortiz Garza, *Ideas en tormenta*, pp. 231-233.

que esta nación había argumentado en distintas ocasiones que se le había negado el acceso al mercado mundial de materias primas, ya que ante la poca disposición de recursos naturales que tenía frente a los grandes requerimientos de su industria, este país precisaba del mercado internacional para cubrir sus necesidades.

En lo que correspondía al acceso al mercado mundial de materias primas, Chavarría consideraba que la crisis de 1929 había causado un desajuste en el comercio internacional, ya que muchas naciones impusieron restricciones como una forma de autoprotección ante la volatilidad del mercado. Esto limitó la capacidad de acceso a materias primas de muchas industrias. Si bien ello planteaba un escenario de dificultades globales, Chavarría estimaba que ningún país había limitado intencionalmente la venta de recursos o la variabilidad de precios, siendo inexistente una limitación arbitraria en contra de algún país en específico.⁷³² Por otro lado, el economista mexicano indicaba que la disposición de territorios coloniales por parte de países como Estados Unidos o Inglaterra solo cubría cerca del 3% de las necesidades materiales de su industria, razón por la cual estos recurrían al comercio con otras naciones libres y soberanas para abastecer el porcentaje restante. Con ello, Chavarría consideraba como inválidos ambos argumentos, al considerar que lo argumentado por el nazismo en realidad era una excusa para violentar el principio de autodeterminación nacional y justificar sus pretensiones expansionistas.⁷³³

Otra de las justificaciones presentadas por Alemania y Japón fue la necesidad de contar con una extensión territorial que satisficiera sus crecientes necesidades demográficas, lo que fue abordado por Gilberto Loyo en su ponencia titulada “La presión demográfica”. En ella, el mexicano consideraba que las condiciones poblacionales europeas después de la Primera Guerra Mundial habían registrado una tendencia a la baja, registrando un menor número de nacimientos. Partiendo de este principio, estimaba que las discusiones previas al estallido de la Segunda Guerra sobre cuestiones como sobrepoblación, inmigración, colonialismo o el acceso a materias primas habían servido para que aquellas naciones “insatisfechas” con el *status quo* de la región expusieran sus intereses y justificaciones para aspirar a expandirse territorialmente a costa de la soberanía de otros países.⁷³⁴ De ello, Loyo estimaba que la agresión se dio por parte de naciones que se sentían sobrepobladas, como

⁷³² Chavarría, *La disponibilidad de materias primas*, pp. 17-25.

⁷³³ Chavarría, *La disponibilidad de materias primas*, pp. 9-17.

⁷³⁴ Loyo, *La presión demográfica*, pp. 32-42.

Alemania, Japón e Italia, en contra de países en franco declive poblacional, como Inglaterra, Polonia, Checoslovaquia o Francia, o que no contaban con una gran densidad de habitantes, como Rusia. Creía que esa pretendida sobrepoblación en realidad solo era un factor psicológico de segundo orden a la hora de explicar el estallido del conflicto, frente a otros factores de mayor peso, tales como los intereses expansionistas estructurados en políticas económicas. Por ello consideraba que

La presión demográfica actúa, sumándose en forma combinada a otros factores, sobre las causas productoras de la guerra, pero no actúa en forma de asfixia real y necesidad de dar salida a los excedentes demográficos, sino que su acción cristaliza en psicosis colectivas de orgullo nacional, de voluntad de poder, de dominación y expansión. Más aún, la propaganda que realizan los Estados que preparan sus agresiones guerreras, directas o indirectas, aprovechando algunas situaciones reales de sobrepoblación relativa en ciertas regiones del occidente europeo y del extremo oriente, hacen que la presión demográfica un fantasma que, por sus formas simplistas, llega hasta las últimas capas del pueblo y produce vagos sentimientos de angustia y despierta ambiciones expansivas, llenas de orgullo y rencor.⁷³⁵

Dentro de estos argumentos es posible señalar el hecho de que existió un vínculo entre estas perspectivas y los principios de las doctrinas Carranza y Estrada que guiaron el accionar diplomático mexicano. Los fundamentos de respeto a la soberanía y autodeterminación de las naciones que dotaron de sentido a la postura internacional mexicana durante esos años también estuvieron presentes de cierta manera en las formulaciones interpretativas que postularon tanto Loyo como Chavarría. La consideración de que el imperativo expansionista bajo el cual se rigieron las justificaciones presentadas por los regímenes fascistas violaba los principios del derecho internacional pueden interpretarse como un punto más que apuntalaron públicamente la decisión gubernamental de entrar al conflicto mundial.

La culpa no fue sólo de Hitler. Otras responsabilidades en el estallido del conflicto

Pero en esta plataforma el deslinde de culpas por el estallido de la guerra no recayó exclusivamente sobre el fascismo, ya que también se consideró que las democracias liberales fueron omisas en lo correspondiente a su responsabilidad en la preservación de la paz y los equilibrios geopolíticos regionales y mundiales. Si bien esta perspectiva no fue tan común, si fue refrendada por diversos autores, quienes veían en el abandono que vivió la SDN o en

⁷³⁵ Loyo, *La presión demográfica*, pp. 61-62.

las lógicas de la inmovilidad propias de la política del *appeasement* propuesta y ejecutada por la Gran Bretaña de Neville Chamberlain⁷³⁶ las raíces de su actitud negligente.

Estas concepciones provinieron de colaboradores que formaban parte de la comunidad de exiliados españoles en México. Personajes como José Medina Echavarría o Mariano Ruíz-Funes plantearon una serie de consideraciones y recriminaciones a la postura adoptada por las democracias liberales europeas de ceder a los reclamos territoriales y acciones intervencionistas que realizaron los regímenes fascistas europeos durante la década de 1930 con el afán de preservar la paz en el continente. Teniendo en la Guerra de España su principal referente, consideraban que el Pacto de No Intervención promovido por Francia e Inglaterra y refrendado por otras naciones europeas, resultó una traición a la lucha en contra del fascismo con altos costos políticos y sociales para la humanidad. Por ello estimaban que los gobiernos de estas naciones eran pocos confiables dentro del esfuerzo de guerra aliado.

Por una parte, Medina Echavarría en un texto publicado en 1942 en *El Trimestre Económico* dedicado al análisis del papel de los principios de soberanía y neutralidad frente al escenario de guerra, aprovechó la ocasión para lanzar una fuerte crítica al fundamento de imparcialidad bajo el cual se escudaron las democracias liberales para no apoyar a la República ante la intervención de la Alemania nazi y de la Italia fascista en el conflicto hispano. El sociólogo estimaba que este argumento no había funcionado en el pasado y tampoco podría hacerlo en momentos como los que enfrentaba la humanidad, pues habían dejado en el desamparo a países enteros que, como el caso de la República española, se veían atormentados por amenazas que ponían en riesgo su libertad y existencia misma.⁷³⁷

En una sintonía similar a la de Medina Echavarría, Ruíz-Funes puntualizó la responsabilidad que tuvieron los aliados en la formación de la alianza entre Italia y Alemania, y con ello, el principio de las arbitrariedades internacionales que cometieron estos regímenes para satisfacer sus intereses. A partir de un análisis del escenario bélico que se alzaba sobre Europa a mediados de 1943 que publicó en *Cuadernos Americanos*, con el inicio de la campaña aliada en la península itálica y la esperanza de que se produjera un vuelco en el desarrollo del conflicto, el jurista español señalaba a los aliados como culpables del estallido

⁷³⁶ Para profundizar en la situación diplomática de la República española, el conflicto civil y el papel de las potencias europeas, véase la obra de David Jorge, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016.

⁷³⁷ Medina Echavarría, “Soberanía y neutralidad”, pp. 326-330.

y desarrollo de la guerra, pues debido a su negligencia política, habían propiciado el fortalecimiento del fascismo. Esto queda resumido en el siguiente fragmento

Mussolini no es la obra de Mussolini. Mussolini, ahora caído desde el poder en el amor de una rubia [refiriéndose a Alemania], que resulta juvenil si se le compara con su senectud de paralítico general progresivo, fue la obra de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos. Cuando a raíz de la farsa de las sanciones se lanzó en brazos de Alemania, Hitler lo reconcilió como una carga hipotecaria, que hasta última hora ha constituido para él una amistad parásita.⁷³⁸

Esta recriminación, junto a la de Medina Echavarría, dan muestra de que la delimitación de culpas no se enfocó sólo en el fascismo, sino que buscó establecer todas las causalidades que contribuyeron en su desarrollo, sobre todo con el propósito de repartir “moral” y políticamente hablando por igual los costos del conflicto una vez que se realizaran los recuentos de los daños que trajo consigo la conflagración mundial.

4.3 El franquismo ¿fascista? El régimen español visto desde América

El exilio español. Entre la zozobra y la reivindicación antifranquista

El desarrollo de la Guerra Civil Española desde 1936 en general, y la derrota de la República española en abril de 1939 en particular obligó a muchos de los españoles que simpatizaban con la República a exiliarse, ya fuese en países europeos como Francia o en menor medida en Inglaterra y Rusia, como en naciones del continente americano, principalmente Argentina, Chile, Cuba, República Dominicana y México. Esta situación representó un angustioso horizonte de incertidumbre para la mayoría de los republicanos, pues además de la imposibilidad de tener certezas sobre los rumbos que tomarían sus vidas en el mediano y largo plazo —incluso en el corto para muchos de ellos—, el agobió de la derrota y del triunfo del franquismo también generó un gran pesar para su estado de ánimo. Pero también esta situación trajo consigo un nuevo inicio para buena parte de los sectores en el exilio, pues tal como señala José Ramón López, esto representó una oportunidad para repensar su situación en un contexto más amplio, ubicando a la guerra española como un primer capítulo de la Segunda Guerra Mundial y la lucha directa en contra el fascismo. A ello se sumó el hecho de pensarse como los verdaderos representantes de la cultura hispana frente a la expresión

⁷³⁸ Ruíz Funes, “La marcha sobre Europa”, p. 8.

“insulsa” y “espuria” encarnada por el franquismo. Dichos aspectos constituyeron expresiones políticas de peso en el antifranquismo y antifascismo de la época.⁷³⁹

Estas apelaciones también hicieron acto de presencia en esta plataforma editorial, en donde el impulso al antifranquismo convergió con la sensibilidad antifascista, pues la denominación del régimen de Franco como una manifestación más del fascismo, ya fuese por los rasgos en común con el nazismo alemán o el fascismo italiano, o por el hecho de que estos regímenes intervinieron en el conflicto español en favor del bando alzado, permitió que además del exilio español, la causa republicana encontrara resonancia en otros actores del contexto mexicano y latinoamericano en el horizonte de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto global marcó la pauta para que muchos de los españoles en el “trastierro” se reorganizaran, pues con la trascendencia de sucesos como la entrada de Estados Unidos y la Unión Soviética a la Guerra, la esperanza se regeneró entre las filas del exilio. Lo anterior dio lugar a la rearticulación de la lucha a partir de labores propagandísticas, en las cuales se reafirmaron tres principios fundamentales: el reconocimiento internacional de la República en el exilio como el gobierno legítimo de España, la necesidad de renovación del horizonte republicano ya fuese en una democracia monárquica o parlamentaria, o una vía alterna que mantuviera la legitimidad de las cortes republicanas.⁷⁴⁰ Pero a pesar de este resurgimiento, las disputas políticas que se vivieron en el seno del exilio también provocaron distintas confrontaciones y rupturas.

Por ello es posible considerar que la presencia de dichos tópicos en los proyectos editoriales puede atribuirse a distintos factores. El primero de ellos era el perseguido por sectores del exilio hispano de corte liberal, quienes a pesar de las limitaciones políticas que vivían, buscaban que el seguimiento mediático de estos temas significara el respaldo público a su causa y el hecho de meter presión al gobierno mexicano y a otros actores políticos para que apoyaran la causa republicana en el contexto de la guerra. Lo anterior significaba construir respaldos para lograr el aislamiento internacional del franquismo, con la aspiración de que ello permitiera su posterior caída. Por otro lado, es posible señalar que los mexicanos detrás de la plataforma vieron en esta manifestación tanto un respaldo a la postura diplomática promovida durante el gobierno de Lázaro Cárdenas como también una muestra

⁷³⁹ Ramón López, “1939”, pp. 234-245.

⁷⁴⁰ Hoyos Puente, “1942”, pp. 246-249.

de solidaridad a la comunidad española frente a las dificultades que estaba viviendo. Los lazos institucionales e intelectuales creados en común dieron lugar a que la sensibilidad del antifascismo permitiera ver en la experiencia española un ejemplo de aquello que se debía de evitar en la lucha en contra del fascismo. Situación similar es posible observarla en los actores latinoamericanos, quienes manifestaron su solidaridad con la causa republicana.

La apelación del franquismo como fascismo y la coyuntura de la guerra mundial

Un primer punto que se hizo presente en la plataforma como parte de la apelación antifranquista fue la equiparación de este régimen con otras manifestaciones del fascismo en Europa. En ello, la relación que el gobierno encabezado por Francisco Franco guardó con aquellos países europeos gobernados por dictadores de filiación fascista, como el caso de la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini hizo que, desde estos proyectos editoriales, el “caudillo” español fuera uno más de los gobernantes fascistas que dominaban parte del territorio europeo de la época. Elementos como la convergencia en un sistema militarista, la aspiración imperialista que escondía la promoción de la hispanidad, la creación de un sistema totalitario bajo lógicas corporativistas, entre otros, fueron los que asentaron esta relación.

Tal como se resaltó con anterioridad, el papel de los exiliados españoles en la concepción y desarrollo de estas iniciativas editoriales fue fundamental, ya que además de ser integrantes de las estructuras directivas (comités editoriales o juntas de gobierno) y de quienes colaboraron en ella, sus preocupaciones y visiones del mundo resultaron parte elemental de los tópicos presentes en sus páginas. Por ello, la posibilidad de contar con una plataforma que les permitiera difundir en la esfera pública mexicana e hispanoamericana su postura respecto al franquismo tuvo una función política fundamental en su lucha contra este régimen. Esto debido a las limitaciones que imponía la legislación mexicana para que los extranjeros fueran partícipes activos de la vida política nacional, impidiendo su involucramiento en los asuntos nacionales —salvo que adquirieran la nacionalidad mexicana— y dejando ciertos filtros para que ellos promovieran sus propias causas políticas.⁷⁴¹

⁷⁴¹ Tal como señala Pablo Yankelevich, al ser el artículo 33 constitucional, el cual establecía la facultad presidencial para expulsar a extranjeros considerados como “indeseados” del país, este fue usado de forma discrecional de acuerdo con intereses y coyunturas específicas. En este caso, durante el gobierno de Lázaro

Pero a pesar de contar con esa posibilidad de presencia mediática, el tópico del franquismo como expresión del fascismo tardó tiempo en tomar fuerza, pues sería hasta 1942 que este se convirtió en un tema recurrente en esta plataforma. Es posible observar aquí una conjunción de factores de interés para esta investigación. Por una parte, el hecho de que 1942 haya sido el año en que comenzó a proliferar en estos proyectos la visión de un franquismo fascista da lugar a suponer que existió una convergencia de los intereses de los intelectuales y funcionarios públicos mexicanos con los del exilio español. Por una parte, la postura mexicana aprovechó el peso de lo español para apuntalar la entrada de México al conflicto mundial, pues el apoyo a la causa republicana fue un factor fundamental de la postura diplomática nacional en tribunas como la SDN. Por otro lado, los españoles pudieron aprovechar esta convergencia para presionar al gobierno de Ávila Camacho, con el apoyo de estos funcionarios e intelectuales mexicanos, para que dejara de lado la ambigüedad y respaldara al gobierno republicano en el exilio.⁷⁴²

Un primer elemento concebido como rasgo compartido entre fascismo y franquismo era el carácter militarista de estos regímenes. Esta correlación se asentaba en la consideración de que la estructura militar resultó un elemento que permitió en estas experiencias hacerse con el poder y afianzarlo. Dicha cuestión derivaría en la posibilidad de formular todo un programa político en donde la exaltación nacionalista y la conformación de un Estado corporativista resultarían fundamentales. Esta idea remitía directamente a los orígenes de la guerra en España por el modo en cómo el bando alzado tuvo por germen la estructura militar, sobre todo a aquellos sectores relacionados con el falangismo. A la vez, la intervención militar de Alemania e Italia en el conflicto español no hizo sino asentar esta concepción.⁷⁴³

Derivado de lo anterior se concibió que el giro dictatorial que tomó el régimen de Franco era otro factor para su emparejamiento con el fascismo. El hecho de que el “Caudillo” fijara el cuerpo de su gobierno en una estructura personalista, contando con un sistema legal

Cárdenas este fue utilizado de forma excepcional, y dentro de la comunidad española del exilio, existió una tolerancia a las acciones culturales y políticas de esta comunidad, frente a una intolerancia contra aquellos miembros de la vieja comunidad española asentada en México, muchos de los cuales simpatizaban con el franquismo, sobre la cual se concentró en gran medida la vigilancia política durante finales de los 30's e inicios de los 40's. Véase Yankelevich, *¿Deseables o inconvenientes?*, pp. 150-159.

⁷⁴² Sánchez Andrés y Herrera León, “La administración de Manuel Ávila Camacho”, pp. 171-180.

⁷⁴³ Esto es visible en la constitución que hace Mariano Ruíz-Funes del sistema legal franquista, el cual se asienta en la estructura militar para la impartición de justicia, donde la falange se vuelve el núcleo de ese sistema, en el cual las intersecciones con el régimen de Hitler resultan sumamente profundas. Véase Ruíz-Funez, “Las responsabilidades”, pp. 31-56.

encaminado en concentrar el poder en su figura, se equiparaba con lo que sucedido en Alemania o Italia. Esto quedó asentado en los artículos de Mariano Ruíz-Funes, quien utilizó su conocimiento jurídico para denunciar la creación de un nuevo código penal en España promovido por el franquismo, pues este establecía las características de un sistema totalitario.

Ruíz-Funes afirmaba que el gobierno español vivía

(...) en estado de guerra, aun en épocas en que la guerra no existe. (...) Necesitan asegurar, mediante el empleo de la fuerza, su preponderancia política. (...) El régimen se defiende cada vez con mayor encono, porque percibe la inestabilidad de su equilibrio. Es una doble defensa contra los ataques del agresor y contra el pánico de la caída. (...) La ley franquista de responsabilidades políticas de 1939 contiene en sus preceptos elocuentes declaraciones de orden político, totalmente exóticas en la economía de un texto legal. (...) Su antecedente hay que buscarlo en las ordenanzas de Hitler. Así, esta ley de responsabilidades sanciona las culpas contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones a forjar la subversión roja, a mantenerla viva durante más de dos años y a entorpecer el triunfo providencial e históricamente ineludible del movimiento nacional.⁷⁴⁴

Tal como es visible, la concepción del franquismo como totalitarismo estaba fundada en la comparación con la Alemania de Adolf Hitler. La construcción de un sistema legal inspirado en la estructura nazi, cuyo objetivo era la conservación del poder a toda costa, sobre todo ejerciendo persecución en contra de toda manifestación disidente del régimen, resultaba un punto que hermanaba a los dos regímenes europeos.

A su vez, existía la consideración de que la aspiración imperialista relacionaba al franquismo con el fascismo. Este rasgo expansionista estaba asociado con la política de hispanidad que promovió el régimen español como parte de su sistema de diplomacia cultural durante la década de 1940.⁷⁴⁵ Este principio, que exaltaba la relación histórica existente entre España e Hispanoamérica a partir de rasgos políticos y culturales, era vista por algunos de estos actores como una pretensión imperialista en aras de reconstruir la vieja hegemonía imperial hispánica. Ejemplo de ello es el artículo de Francisco Carmona Nenclares “Hispanismo e hispanidad”, quien formuló que la hispanidad buscaba un reclamo de dominio sobre el territorio americano, un retorno a la sujeción política y cultural, con el propósito de legitimar su antigua posición como metrópolis de un imperio.⁷⁴⁶

⁷⁴⁴ Ruíz-Funes, “Las responsabilidades”, pp. 33.

⁷⁴⁵ Para profundizar al respecto véase Zanatta, “De fato de la hispanidad a centinela de Occidente”, pp. 47-73.

⁷⁴⁶ Carmona Nenclares, “Hispanismo e hispanidad”, pp. 51-52.

Particularmente esta apelación “imperialista” que asociaron diversos exiliados españoles con la hispanidad resultó en un elemento que guio sus reflexiones para establecer un contraste entre lo que significaba la República española frente al carácter “fascista” del régimen de Franco. En ello se movilaron una serie de tópicos asociados con la retórica antifascista, los cuales, a partir de una lógica binaria, permitieron construir una diferenciación entre las “virtudes” del bando republicano frente a los “defectos” de un sistema autoritario como lo era el franquismo.

Un primer aspecto que resalta en este constructo fue el empleo del binomio civilización-barbarie, el cual fue constantemente utilizado en las apelaciones antifascistas. La asociación del régimen de Franco como una manifestación del fascismo permitió asociar al principio de la hispanidad con una representación “bárbara”, dogmática, sanguinaria y espuria de los fundamentos culturales y espirituales que se manifestaban en la identidad española, mostrando la degeneración de la tradición occidental que el fascismo traía consigo. Frente a ello, reivindicaban al exilio español como los herederos de aquellos principios civilizatorios, universalistas y humanistas que habían encumbrado distintos humanistas durante el siglo de oro de la cultura hispánica. Por ello en la construcción del hispanismo-hispanidad que autores como Carmona Nenclares formularon en realidad se planteó una separación ontológica entre la España “corrupta” y la “otra” España o la “verdadera” España.⁷⁴⁷

Una segunda operación retórica que funcionó en esta equiparación fue el uso del binomio renovación-colapso. Este fue empleado en las apelaciones antifascistas con el propósito de establecer una diferenciación entre el horizonte renovador que podría concretar la lucha en contra del fascismo y la inevitabilidad del colapso del orden político y cultural

⁷⁴⁷ Esto derivó en el planteamiento del problema de las “dos Españas”. Esto ha sido interpretado como un esfuerzo de los republicanos españoles por desmarcarse de la visión franquista de lo español y buscar una reafirmación de que ellos representaban a la España legítima, aquella que construyó la unidad de lo hispano donde se situaba Hispanoamérica. Para un análisis más profundo de la discusión de las Dos Españas en *Cuadernos Americanos*, véase Días Martins, “Identidade Ibero-americana”, pp. 102-114; Tierno Tejera, “Los intelectuales exiliados”, pp. 52-57. Esta concepción de una separación ontológica entre un régimen de carácter fascista y parte de su comunidad nacional en el exilio debido a su oposición política al gobierno representó una manifestación común de los esfuerzos de diversas comunidades de exiliados europeos en América por detentar una representación legítima de su país, reivindicando los valores humanistas que la caracterizaban, frente lo espurio que podría representar el fascismo en el poder. Esto es posible observarlo en el caso de la comunidad de exiliados germanoparlantes establecidos en México, quienes se reivindicaban como representantes de la Alemania humanista, representada por figuras como Humboldt o Goethe. Para profundizar al respecto, véase Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”.

que representaba el fascismo como sistema emanado de la crisis del liberalismo o de la deformación del capitalismo, según la lectura que se priorice. Bajo esta lógica y haciendo uso del sentido de crisis civilizatoria que permeaba en la época, el antifranquismo planteó la visión de que los valores encarnados por el exilio español tenían el potencial moral y espiritual para renovar los principios civilizatorios que se habían visto afectados por la situación crítica que afectaba a la humanidad. Recordemos que este principio fue el que estructuró en esta misma plataforma la manifestación del humanismo americanista de corte hispánico. Pero en contraposición, el franquismo representaba aquello que debía colapsar en aras de concretar el principio de renovación encarnado en el exilio español, y con ello, la humanidad en general.

Pero este correlato entre franquismo y fascismo que predominó en la plataforma también fue apuntalado a partir de otros elementos contextuales que ayudaron a acentuar aún más la relación entre ambos. En este sentido, la Segunda Guerra Mundial dio pie a que se construyera la interpretación de que el conflicto español había sido el primer capítulo de la conflagración.⁷⁴⁸ Esto hacía que la pugna vivida en la Península Ibérica se viera de tres formas conectadas: que esta fue la vanguardia de la lucha antifascista internacional; que sin el apoyo de las potencias fascista, el bando alzado no habría podido vencer; y que este mismo apoyo significaba una muestra más del hermanamiento entre el nazifascismo y el régimen de Franco. Lo anterior partió de la necesidad de los exiliados de situar su experiencia en un marco de referencia más amplio que legitimara su reclamo a la luz del esfuerzo aliado en contra de los países del Eje, donde el enfrentamiento de la amenaza fascista se convertía en la coyuntura que unía ambos conflictos y que permitía seguir defendiendo el reclamo de la caída de Franco. A ello se sumó el concebir su condición en el extranjero no como expatriados a causa de una fractura civil en el seno de una nación, sino como víctimas de un régimen fascista.

⁷⁴⁸ Tal como señala Enrique Moradiellos, la convergencia de tensiones y conflictos de carácter interno latentes desde décadas atrás en la España republicana con las tensiones político-sociales que se vivían en el continente europeo durante la década de 1930 hizo que la contienda española tomara carácter y relevancia en el panorama internacional. Sumado a ello, la intervención de potencias extranjeras en el conflicto y la postura que tomaron las democracias europeas frente a la República. Esto llevaría a un connotado interés internacional por el conflicto español y que diversos personajes de la época, tal como el historiador Arnold J. Toynbee, se preguntaran sobre el verdadero carácter de este enfrentamiento. Véase Moradiellos, “La Guerra Civil”, pp.15-36.

A su vez, esta construcción retórica propició que desde sectores del exilio y otros actores del entorno mexicano y latinoamericano formularan una crítica a las democracias por su negativa a defender y respaldar a la República española, lo que consideraban como una traición.⁷⁴⁹ Siguiendo la tónica del deslinde de responsabilidades que abordamos en el apartado anterior y reafirmando la negativa de considerar a la guerra de España como un conflicto civil, intelectuales como Jesús Silva-Herzog plantearon este argumento. Una muestra es lo que expuso en su ensayo “España y las democracias”, donde afirmó lo siguiente

Bien sabido es que la presente guerra comenzó en España. (...) La guerra en España no fue nunca una guerra civil. ¿Por qué tendrá uno que repetir con frecuencia las cosas más obvias y elementales? Franco jamás hubiera triunfado sobre el pueblo español sin la ayuda de Alemania e Italia. (...) Hay que agregar la acción equivocada de las grandes democracias del mundo. (...)

No es ocioso repetirlo una vez más: la guerra en contra del progreso social, de los principios democráticos, comenzó en España. Franco fue el caudillo y ahora es el jefe del Gobierno español, el jefe de un gobierno cruel, dictatorial y sangriento; de un gobierno que sueña en el sueño imposible de restablecer el imperio español en América; de un gobierno reaccionario y fascista. En consecuencia, el gobierno de Franco es negación de democracia, de libertad humana y de todo anhelo de superación.⁷⁵⁰

Tal como es visible, el economista mexicano en unas pocas líneas reafirmó gran parte de los planteamientos anteriormente señalados de la relación entre el franquismo y el fascismo. Pero a su vez, para Silva Herzog era claro el papel que tuvieron las democracias occidentales en el desenlace del conflicto español y la desgracia que vivía el mundo, azotado por la guerra. Silva-Herzog consideraba que la posición de Inglaterra y los Estados Unidos respecto a no intervenir en favor de la República provocó su eventual derrota. Esto lo extendió a la relación que dichos países, sumando a Francia, habían desarrollado frente a los países fascistas, discerniendo que esta postura pasiva fortaleció sus aspiraciones expansionistas, provocando que no se les pusiera un freno con anterioridad y se desencadenara la conflagración mundial.⁷⁵¹ Esta postura del mexicano, además de atribuirle a sus convicciones ideológicas, también es posible relacionarla con la negativa que imperó en la estructura diplomática mexicana de negarse a reconocer la beligerancia del bando

⁷⁴⁹ Esto es perceptible en la concepción que expone tanto Renato Treves como Francisco Ayala en los ensayos que conforman el número 25 de *Jornadas*. En ella, a pesar de las divergencias respecto a lo que interpretan de la experiencia española e italiana frente al fascismo, conciben que la guerra en España fue una guerra antifascista por la intervención de las potencias fascistas a favor del bando alzado. Véase Treves y Ayala, *Una doble experiencia política*.

⁷⁵⁰ Silva-Herzog, “España y las democracias”, p. 7.

⁷⁵¹ Silva-Herzog, “España y las democracias”, pp. 8-11.

alzado en el conflicto español.⁷⁵² En este caso, la consideración del economista mexicano subyacía en situar al franquismo español como parte del conjunto de fuerzas fascistas que intervinieron en la guerra de España, resultando en una reafirmación de la interpretación de la confrontación internacional.

El horizonte de la posguerra, o cómo los temores se convirtieron en realidad

El inicio de la posguerra representó la condición de posibilidad que buscaron sectores del exilio en el escenario internacional, pues con la finalización de la guerra y la derrota del fascismo, significó el fortalecimiento de la reivindicación política del aislamiento y desconocimiento internacional del franquismo para lograr su posterior caída. Pero la evolución de los reajustes geopolíticos dio lugar a la frustración de muchas de las expectativas generadas por estos actores al no encontrar la respuesta internacional esperada derivando en ciertos éxitos, pero también en muchos fracasos.⁷⁵³

En dichos sentidos, la plataforma continuó con su prédica de relacionar al franquismo con el fascismo, además de seguir impulsando los reclamos para que la esfera internacional aislara al régimen de Franco, bajo el apelativo de que el fascismo seguía vigente, pues este no había sido erradicado en su expresión española. De cara a los reajustes geopolíticos, fueron varios los trabajos que abordaron dicho escenario. En ellos predominó el pesimismo o al menos un desencanto sobre la posibilidad de que el franquismo desapareciera de España, aunque a la vista de algunos, aún quedaban esperanzas de lograr su caída. Un ejemplo de ello es el artículo de Francisco Giner de los Ríos “Razón de México y España”, publicado en 1945, justo al finalizar la guerra.

En él, el español creía que había signos en el horizonte que hacían posible esperar un buen desenlace para la causa de la República española, pues cuestiones como el triunfo del laborismo en Inglaterra en las elecciones parlamentarias de 1945 —lo que llevaría a Clement Attlee al puesto de Primer Ministro— o la marginación de la España franquista de los esfuerzos organizativos de las Naciones Unidas —y que a la larga desembocarían en la “Resolución 39(1) de la Asamblea General de la ONU sobre la cuestión española”, que marginaría a la España franquista de participar en la máxima asamblea mundial de forma

⁷⁵² Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 313-318.

⁷⁵³ Hoyos Puente, “1946”, pp. 252-257.

activa hasta 1955— daban buenos augurios de lograr la derrota total del fascismo en el mundo, incluyendo al franquismo.⁷⁵⁴

Pero uno de los elementos que definió las apelaciones hechas en la plataforma durante estos años fue el hecho de considerar que el orden internacional resultante de los reacomodos de la posguerra determinaría la posibilidad de que una nación ejerciera su soberanía y autodeterminación. Esta percepción de pérdida de autonomía en la posibilidad de definir su futuro como exiliados y como nación, y en su lugar quedar sujetos a la esfera política internacional la reflejó muy bien Francisco Ayala en su ensayo “La misión de los pueblos latinos”. En este concebía un cambio en la dinámica del ejercicio del poder a nivel global, ya que serían las grandes potencias como los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Gran Bretaña, quienes tendrían un papel inapelable a la hora de reconocer las transformaciones que se dieran en la esfera internacional, como el reconocimiento diplomático a naciones recién independizadas o a gobiernos que surgieran de golpes de Estado o procesos revolucionarios.⁷⁵⁵

Pero a pesar de algunos triunfos diplomáticos y acciones conjuntas que distintos países aliados promovieron para rechazar y aislar al franquismo,⁷⁵⁶ no se logró revertir del todo el pesimismo imperante en distintos sectores del exilio y fuera de él. incluso se extendió más allá al considerar que las Naciones Unidas habían cedido al interés de mantener a Franco en el poder, tal como plasmó Jesús Silva-Herzog en “Las Naciones Unidas y Franco”, cuya publicación antecedió a la promulgación de la “Resolución 39(1) de la Asamblea General de la ONU sobre la cuestión española”, la cual supuso uno de los últimos triunfos diplomáticos de la España republicana. En él, el director de *Cuadernos Americanos* sostenía que después de la guerra, la figura del “caudillo” había quedado impoluta a los ojos de buena parte de los países que conformaron a las Naciones Unidas, haciendo oídos sordos de la estrecha relación que existió entre fascismo y franquismo. Esto llevó al planteamiento de la pregunta “¿Entonces cuál fue el móvil de la contienda mundial?” Si el propósito había sido eliminar el fascismo y aun existía un régimen como el franquista, entonces la lucha había derivado en un fracaso. Señalaba que en el pleno de la organización multilateral, frente al subcomité para la Cuestión Española que se creó en el Consejo de Seguridad, se mostraron pruebas y se

⁷⁵⁴ Giner de los Ríos, “Razón de México y España”, pp. 34-51.

⁷⁵⁵ Treves y Ayala, *Una doble experiencia política*, pp. 61-68.

⁷⁵⁶ Véase Morales Ruiz, “El contubernio”, pp. 47-80.

defendió la idea de que el gobierno de Franco era de filiación fascista, siendo un peligro para la paz y la seguridad internacional. Pero a pesar de ello, estimaba que estas ideas habían caído en el olvido, pues pasaba el tiempo y aún no se veía una acción concreta en contra de la España franquista, ya que parecía que no se lograría nada al respecto.⁷⁵⁷

Con la proclamación de la “Resolución 39(1)”, la perspectiva en torno de la situación española no varió mucho, ya que a pesar de ser un triunfo significativo para las instancias republicanas y sus gestiones frente a las Naciones Unidas, no marcó una diferencia para que las potencias estuvieran dispuestas a ir más allá.⁷⁵⁸ Esto se sumó a las disputas políticas que se vivían al interior del gobierno republicano en el exilio —encabezado por José Giral—, los socialistas y comunistas —encabezados por Juan Negrín—, los socialistas anticomunistas —encabezados por Indalecio Prieto—, entre otros sectores, lo que hizo que la representación se fragmentara.⁷⁵⁹ También para finales de la década de 1940 la presencia mediática del exilio español en México comenzó a operar diversos virajes en relación a sus posturas políticas y culturales. El inicio de las tensiones globales a raíz de los conflictos entre las superpotencias, sumadas a las fracturas dentro del núcleo republicano, avivaron la llama de la confrontación ideológica, lo que se hizo patente en publicaciones como la revista *América*.⁷⁶⁰ Esta situación también es posible observarla en *Cuadernos Americanos*, donde la apelación antifascista del antifranquismo paulatinamente fue perdiendo vigencia. Tal como señala María Días Martins, las páginas de la revista irían transformándose para abordar el problema español desde otros términos, ya que las esperanzas se fueron agotando conforme el gobierno franquista fue sumando triunfos diplomáticos a finales de la década de 1940.⁷⁶¹

4.4 Combatir a la amenaza fascista interna: la construcción de un “fascismo americano” y el rechazo a las dictaduras militares

Tal como hemos resaltado, el americanismo representó una sensibilidad que apelaba por la autonomía y autodeterminación de las naciones que conformaban al continente frente a cualquier amenaza o intervención externa. Ello hizo que se imaginara a América como una

⁷⁵⁷ Silva-Herzog, “Las Naciones Unidas y Franco”, pp. 59-65.

⁷⁵⁸ Morales Ruiz, “El contubernio”, pp. 52-54.

⁷⁵⁹ Hoyos Puente, “1946”, pp. 252-257.

⁷⁶⁰ Nállim, “Antifascismo, revolución y Guerra Fría”, pp. 103-115.

⁷⁶¹ Días Martins, “Identidade Ibero-americana em revista”, pp. 204-205.

respuesta a la coyuntura crítica que atravesaba Europa durante las décadas de 1930 y 1940. Pero este “principio esperanza” también encontró en diversos aspectos coyunturales y asociaciones históricas elementos que tensionaron dicha proyección a futuro.

En principio existió una estrecha relación entre este reclamo de autodeterminación y el planteamiento del fascismo como amenaza para el continente. Este peligro —real o imaginario— se asentaba en el temor de una posible invasión de los fascismos europeos al territorio americano, de iniciativas quintacolumnistas que operaran dentro de los países de la región, o de las intervenciones golpistas de aquellos grupos políticos nacionales identificados como filo fascistas o como manifestaciones del llamado “fascismo criollo”.⁷⁶² Esta conjugación de amenazas externas e internas se definió a partir de la consideración del fascismo como un elemento externo a la región latinoamericana, el cual representaba una intervención más de las potencias europeas sobre la realidad americana.⁷⁶³

A lo anterior se sumó la existencia de dictaduras militares en distintos países de la región y su caracterización como manifestaciones fascistas. La definición de una tendencia autoritaria de carácter histórico que afectaba a las sociedades americanas desde sus independencias de los imperios hispánico y portugués, y que se reafirmaban cada cierto tiempo a partir de la figura del “caudillo” o el dictador al frente de un régimen militar, resultó un elemento fundamental para asociar a estos gobiernos como manifestaciones fascista propias del continente durante los años estudiados. En este sentido, dentro de la plataforma los colaboradores mexicanos y latinoamericanos difundieron una construcción interpretativa sobre la existencia de un fascismo nativo del continente, la cual compartía características con las expresiones europeas o asiáticas, pero también difería en éstas.

Esto se realizó con el propósito de aprovechar el impulso que significó el antifascismo durante esos años para denunciar a aquellos gobiernos militares de la región, y que en

⁷⁶² Estos dos últimos entraban en la lógica de la “internacionalización” de la política local, al definir como expresiones locales del fascismo a aquellos sectores identificados con la derecha, con la iglesia católica o con comunidades migratorias principalmente provenientes de Italia y Alemania. Véase Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política”, pp. 403-433.

⁷⁶³ En el caso mexicano, por ejemplo, es notable como sectores del antifascismo identificaron a distintas asociaciones o grupos sociales como manifestaciones del fascismo local. Es palpable por ejemplo el caso de la Unión Nacional Sinarquista. Al respecto véase Calsapeu Losfeld, “No todo lo que brilla es oro”, pp. 130-162. También parte de la comunidad germanoparlante fue identificada dentro de las expresiones del fascismo local. Al respecto véase Inclán Fuentes, *Perote y los nazis*. También algunos intelectuales simpatizaron con el franquismo o con el nacionalsocialismo. Al respecto véase Pilatowsky, “El acercamiento de José Vasconcelos”, pp. 159-175. Sobre Alfonso Junco véase Sola Ayape, “El escritor Alfonso Junco”, pp. 171-193.

diversos casos, habían obligado a distintos colaboradores a exiliarse o a sufrir la persecución política. Para ello se empleó la bandera de la defensa de la democracia y el término de toda manifestación autoritaria en el continente, como una forma de empatar con los principios de la lucha aliada durante la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, personajes como Sergio Bagú, Risieri Frondizi, Vicente Sáenz, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jesús Silva-Herzog, José Iturriaga, entre otros, fueron parte de estas apelaciones.

Las raíces genealógicas del autoritarismo latinoamericano y la coyuntura dictatorial de las décadas de 1930 y 1940

La asociación entre el fascismo y el autoritarismo se insertó, a los ojos de estos intelectuales, como parte de una “genealogía” propia de la región, la cual comprendía las dictaduras militares como un problema histórico que había aquejado a las naciones americanas desde sus orígenes y que se había convertido en uno de los factores que había impedido su desarrollo a lo largo el siglo XIX y la primera mitad del XX. Al ser un tópico recurrente en la reflexión literaria e intelectual de la segunda mitad del siglo XX,⁷⁶⁴ esta formulación partía de la búsqueda por comprender las razones por las cuáles las dictaduras habían tenido continuidad histórica en los países latinoamericanos y cómo este fenómeno interactuaba con la emergencia de regímenes fascistas en Europa y Asia. Por ello era necesario comprender las raíces de estos movimientos, para dilucidar sus características y comprender sus particularidades.

Desde esta lógica, las visiones planteadas por Vicente Sáenz y José Iturriaga, la primera centrada en la experiencia de Centroamérica como región,⁷⁶⁵ y la segunda desde una concepción general del continente,⁷⁶⁶ proponían que las experiencias coloniales de los siglos XVI, XVII y XVIII habían dejado como saldo un pueblo analfabeta e ignorante, lo que enquistó a una élite en el poder, sometiendo a la mayoría bajo su dominio. A ello se sumó la condición semicolonial durante su vida independiente, siendo objeto de interés de potencias extranjeras que se veían favorecidas por las concesiones de los grupos en el poder, afirmando

⁷⁶⁴ Al respecto véase el ensayo realizado por Rafael Rojas acerca de los intentos de construcción de una narrativa sobre dictadores latinoamericanos por parte de los autores asociados al boom de la literatura latinoamericana de las décadas de 1960 y 1970. Véase Rojas, “Dictadores novelados” pp. 151-173.

⁷⁶⁵ Sáenz, “Pasado, presente y futuro”, pp. 33-61.

⁷⁶⁶ Iturriaga, *El tirano en la América Latina*.

aún más su control político y social. En ello, Estados Unidos era visto como una sombra indeleble en el fomento de las tendencias autoritarias, cuyos efectos habían marcado el rumbo de muchas naciones del continente.

En este horizonte histórico, las décadas de 1930 y 1940 se caracterizaron por la convergencia de dictaduras en distintos países de la región. Gobiernos como el de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, el de Tiburcio Carías Andino en Honduras, el de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, el de Jorge Ubico en Guatemala, o el de Anastasio Somoza en Nicaragua se asentaron sobre la base de una estructura militar y la supresión o mimetización de la democracia para sustentar el poder. A ello también se sumó que algunos gobiernos de la región sufrieron golpes de Estado que depusieron a las democracias y establecieron regímenes militares, como el caso de Argentina en 1943.

Frente a estas condiciones, el estallido de la Segunda Guerra Mundial en el contexto latinoamericano significó una posibilidad para que estos regímenes se acomodaran a las condiciones de la lucha aliada y las aprovecharan a su favor. Les benefició la promoción de la política del Buen Vecino, impulsada por Estados Unidos con el fin de cimentar los vínculos continentales en caso de que la guerra traspasase el Atlántico, ya fuese a partir de vínculos comerciales o de lazos diplomáticos y militares. La entrada de la potencia del norte en la guerra a finales de 1941 no hizo sino reforzar estas políticas, fortaleciendo la promoción de la lucha aliada en los países de la región, la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales con los países del eje, así como el cese de toda amenaza “quintacolumnista”.⁷⁶⁷ Esto fue aprovechado por distintos gobiernos dictatoriales con el propósito de ganar el apoyo y congraciarse con el país norteamericano. Para ello se convirtieron en promotores del discurso de la Buena Vecindad, aun cuando su entendimiento no fuese unívoco y tampoco la postura de Estados Unidos frente a ellos fuese uniforme.⁷⁶⁸

⁷⁶⁷ Gellman, *Good Neighbor Diplomacy*, pp.93-141. Max Paul Friedman concibe que el origen de la percepción de amenaza alemana “quinta columnista” en los países latinoamericanos surgida en Estados Unidos, se debió sobre todo a que la estructura propagandística nazi en las naciones de la región promovieron respecto a que las comunidades alemanas asentadas en dichas patrias eran una avanzada del Tercer Reich, lo que fue interpretado por el gobierno norteamericano como una amenaza de disputa comercial y política a un entorno que simbólicamente era de ellos, lo que propició el envío de servicios de inteligencia deficientes a lo largo del continente, quienes distorsionaron el tamaño de la amenaza nazi en la región. Véase Friedman, *Nazis y buenos vecinos*, pp. 405-407.

⁷⁶⁸ Tal como señala Irwin Gellman, el posicionamiento de Estados Unidos frente a las dictaduras de la región no siempre implicó un respaldo ni tampoco el favorecer su autoridad en el ejercicio del poder. Incluso por momentos, como el caso de la dictadura somocista en Nicaragua durante la década de 1930, la intención era

Las críticas a las dictaduras militares y su interpretación como expresión fascista

La alianza que se forjó entre distintos gobiernos militares del continente con los Estados Unidos en aras de reforzar la seguridad continental frente al desarrollo de la guerra mundial causó escozor entre los colaboradores de la plataforma. Esto se debió al hecho de que vieron en este acto una estrategia para congraciarse con el gobierno estadounidense, pero sin abandonar sus estructuras autoritarias y la concentración del poder en la figura del dictador. A ello se sumó la condena moral por el “rebajamiento” de la causa antifascista implícito en esta coalición, pues la lucha por la democracia implícita en la lucha antifascista se veía traicionada por el involucramiento de regímenes despóticos.⁷⁶⁹ Lo anterior provocó que revistas como *Cuadernos Americanos* o *Jornadas* expresaran dicho rechazo a partir de la concepción de estos gobiernos autoritarios como manifestaciones de un fascismo de carácter americano.⁷⁷⁰

Pero la construcción del fascismo como amenaza y expresión propia del continente comenzó a labrarse justo en 1941, previó al ataque de Pearl Harbor y la entrada de Estados Unidos en la guerra. Tanto en *Cuadernos Americanos* como en *Jornadas* existió una visión dual sobre la presencia del fascismo en América. Por un lado se consideraba una amenaza externa para la región, proveniente e impulsada por los regímenes europeos a través de

evitar su fortalecimiento y consolidación en el poder. Incluso la política de la Buena Vecindad y la no intervención no siempre se respetó, ya que fueron constantes las interferencias políticas y económicas estadounidenses en los países caribeños y centroamericanos durante las décadas de 1930 y 1940. Véase Gellman, *Good Neighbor Diplomacy*, pp. 29-39. Pero también contrasta la posición de las dictaduras de la región, que estaban dispuestas a colaborar con los Estados Unidos en las necesidades geopolíticas regionales, frente a los países democráticos, quienes fueron vacilantes y renuentes a la adopción de las políticas planteadas por Estados Unidos, argumentando su soberanía y el respecto a sus condiciones internas. Desde esta postura, Paul Friedman argumenta que en realidad la Buena Vecindad terminó durante la Segunda Guerra Mundial, y que fue sostenida durante estos años sobre todo por los regímenes autoritarios, quienes en busca de legitimidad, no pusieron reparo a las medidas estadounidenses. Friedman, *Nazis y buenos vecinos*, p. 407.

⁷⁶⁹ Una muestra de esta condena es visible en la colaboración que publicó Víctor Raúl Haya de la Torre en *Cuadernos Americanos* bajo el título de “Hay que ganar la guerra en alianza con los enemigos de la democracia?”, aparecido en enero de 1943. El ideólogo del aprismo expresó que esa política de posicionarse en favor de la causa aliada en realidad solo era un mecanismo que ocultaba el verdadero carácter de diversos gobiernos autoritarios de los países americanos, tales como los de El Salvador, Brasil o Guatemala, a los que equiparaba con los gobiernos fascistas europeos en el empleo de la tiranía y el terror, sobre todo con aquellos regímenes considerados “Quisling”. Véase Haya de la Torre, *¿Hay que ganar la guerra...?*, pp. 21-25.

⁷⁷⁰ Esto es visible en el trabajo de José Iturriaga, quien estimaba que regímenes como el salvadoreño de Maximiliano Hernández Martínez, el del hondureño Tiburcio Carías, el del guatemalteco Jorge Ubico o el del nicaragüense Anastasio Somoza habían empleado el discurso antifascista como una forma de congraciarse con el gobierno estadounidense, pero sin disminuir el empleo de la violencia y el terror represivo como mecanismos de control social. Véase Iturriaga, *El tirano en la América Latina*, pp. 33-34.

mecanismos como la propaganda ideológica, el quintacolumnismo o los complots de espías. Por el otro lado, éste representaba un peligro continental a partir de actores y fenómenos nativos. Paulatinamente, conforme avanzó el conflicto y las mismas publicaciones, la segunda postura tomaría mayor fuerza, llegando a postular que incluso ya existían regímenes fascistas en el continente, encarnados en gobiernos autoritarios de corte militar o dictatorial.

Una de las primeras formulaciones comenzó a tomar auge en 1941, al poco tiempo de iniciada la campaña alemana en la Unión Soviética. Los temores de los países americanos de que la amenaza fascista se extendiera a sus territorios hicieron que cobrara auge el planteamiento del “quintacolumnismo” como un peligro dentro de sus propias fronteras, ante el cual distintos gobiernos realizaron distintas acciones.⁷⁷¹ Esta situación tuvo eco en la plataforma, particularmente en sectores del exilio español. Esto pudo deberse al hecho de que esta colectividad tenía una asociación particular con el pánico que se vivió en distintos momentos del conflicto español por la quinta columna, situación que trasladaron a la realidad americana. Ejemplo de ello fue lo planteado por José Medina Echavarría en su ensayo “De tipología bélica”.⁷⁷² En este texto el sociólogo español puntualizó de forma breve que los fascismos europeos pretendían controlar al continente americano, razón por la cual empleaban mecanismos como el “quintacolumnismo” o el acercamiento con colaboracionistas denominados como “Quisling”⁷⁷³ para penetrar en las naciones de la región y propiciar su invasión.

A la par de estos planteamientos comenzó a permear la concepción de una manifestación nativa del fascismo en América. En ello distintos intelectuales identificaron a regímenes como el de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, Jorge Ubico en

⁷⁷¹ Si bien desde inicios de la década ya se habían tomado acciones en contra de los aparatos propagandísticos de los países del eje, tal como sucedió en México con la expulsión de Arthur Dietrich —agregado de prensa de la legación alemana en México— en julio de 1940 o la incautación de barcos con bandera del eje en los puertos mexicanos durante 1941, no sería hasta entrar Estados Unidos en la guerra cuando se dio un cambio en las formas de operar en contra de las aparentes amenazas internas provenientes del extranjero. Además de la ruptura de relaciones diplomáticas, comenzó a operar una estrategia de control poblacional a partir de acciones como la imposibilidad de poseer ciertos materiales o transportes, el registro y vigilancia de sus actividades, o una vez declarada la guerra, su concentración en distintas ciudades o espacios especialmente preparados para su reclusión, como los campos de internamiento situados en Cofre de Perote, en el estado de Veracruz. Véase Inclán Fuentes, *Perote y los nazis*, pp. 58-137.

⁷⁷² Medina Echavarría, “De tipología bélica”, pp. 194-196.

⁷⁷³ Tal conceptualización fue muy utilizada durante la época entre los simpatizantes de los países aliados para definir a aquellos traidores de la causa aliada y colaboracionistas del fascismo en Europa, jugando como lacayos o como gobernantes títeres, haciendo alusión directa al político noruego Vidkun Quisling, quien tomó el poder en Noruega en 1940 a partir de un golpe de Estado apoyado por el régimen nazi.

Guatemala o Rafael Trujillo en República Dominicana como manifestaciones de un fascismo originario del continente,⁷⁷⁴ el cual se diferenciaba del europeo o asiático por características asociadas con las estrategias de represión y persecución que se empleaban en contra de cualquier disidencia política, las cuales se definían por el devenir histórico del autoritarismo hispanoamericano.

Un ejemplo de esta visión fue la que formuló Vicente Saénz en distintos artículos, en los cuales planteó una correlación entre las experiencias históricas de los países centroamericanos y la aparente emergencia de un fascismo nativo de América. En esta relación, el costarricense concibió que en la región y en América Latina entera era imposible la existencia de un fascismo como el europeo, debido a que no existía una aspiración imperialista entre los países del continente ni tampoco un régimen cuyo objetivo fuera el engrandecimiento del Estado como una estructura dominante y corporativista. En su lugar se encontraban gobiernos encabezados por élites cuyo objetivo era el entreguismo frente a las fuerzas económicas extranjeras. Por ello, el fascismo americano se definía esencialmente a través del ejercicio de la tiranía dictatorial, donde la violencia y la brutalidad eran las principales herramientas que reafirmaban el poder del dictador. De esta forma, consideraba que “la tiranía, los encarcelamientos, las ejecuciones, las torturas, la crueldad, y todo lo que implica la ambición y el predominio de bárbaros y de salvajes, más o menos semejantes a Hitler y a Mussolini; esa forma de fascismo es la única que tenemos y que supervive en algunos feudos, perfectamente bien localizados del continente americano”.⁷⁷⁵ La postura de Saénz dio carta de naturalización a la concepción de un fascismo de carácter americano en las páginas de *Cuadernos*, en donde si bien no se identificó a cualquier dictadura del continente como fascista, sí permitió que en algunas se utilizara dicha definición.⁷⁷⁶

Entre 1943 y 1944, con la realización de los Seminarios Colectivos sobre la Guerra y América Latina, comenzó a permear la preocupación por definir el mundo al término de la

⁷⁷⁴ El unionismo centroamericano fue uno de los movimientos que estructuró con mayor fuerza una unión del antifascismo con sus propios intereses políticos. Al respecto véase Mendoza Pérez, “Sueño acariciado de Centroamérica”. También como veremos más adelante, el antiperonismo también asentó una identificación entre fascismo y el régimen encabezado por Juan Domingo Perón.

⁷⁷⁵ Saénz, “Pasado, presente y futuro de Centroamérica”, pp. 33-61. Tal como señala Josué Mendoza Pérez, esto se debió a la interrelación que hizo el periodista costarricense entre la tradición antiimperialista y unionista y el aprovechamiento de la coyuntura de la guerra para sumar la postura del antifascismo a su retórica. Mendoza Pérez, “Sueño acariciado de Centroamérica”, pp. 91-138.

⁷⁷⁶ Este planteamiento es similar al que desarrolló José E. Iturriaga en su ensayo sobre los tiranos en América Latina. Véase Iturriaga, *El tirano en la América Latina*, pp. 33-35.

guerra, especulando sobre sus posibles características y problemáticas, situando a América en el centro de dicha reflexión. En ello, la presencia del fascismo y de regímenes autoritarios en la región fue uno de los tópicos que despertó mayor preocupación. Por ello autores como José Antonio Portuondo⁷⁷⁷ o Luis Alberto Sánchez⁷⁷⁸ hicieron parte de las meditaciones, planteando distintos escenarios de riesgo que se podrían cernir sobre la región en la posguerra. Entre estos estaban posibles derivas autoritarias en países democráticos o del traslado de los resabios del fascismo europeo al continente americano. Por ello, estos intelectuales enfatizaron en la necesidad de precaución ante el cambio de coyuntura en el continente.

Estas proyecciones consideraban que la guerra no significaría ni el término del peligro fascista para el continente ni la conclusión de las dictaduras que se vivían en distintos países de la región, situación que dejaba en entredicho el principio de democratización, concebido como una de las piedras angulares del esfuerzo de los aliados. Como veremos a continuación, la transición a la posguerra significó una reafirmación aparente de estos temores, en donde la supervivencia de gobiernos militares representó un revés en la lucha por democratizar al continente. Dicho escenario haría que en la plataforma se prolongara por algunos años más el uso del fascismo como denominador común de estos regímenes y del antifascismo como sensibilidad que acompañó al americanismo de la Segunda Guerra Mundial.

La posguerra y la postergación de la amenaza interna

La conclusión de la guerra representó un escenario de reconfiguración geopolítica para las dictaduras que aún sobrevivían en el continente. Por una parte, los años finales del conflicto y los inmediatos a su término, gobiernos como los de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador (1944) o Jorge Ubico Castañeda en Guatemala (1944), dejaron el poder para dar lugar a manifestaciones democráticas. Por otro lado, regímenes como los de Anastasio

⁷⁷⁷ En la concepción del crítico literario cubano, un factor entre otros tantos que podrían poner al continente y su porvenir en riesgo era el traslado de los resabios del nazi-fascismo europeo al continente americano en búsqueda de refugio después de la derrota. Véase Chavarría *et al*, *Integración política de Iberoamérica*, p. 39.

⁷⁷⁸ El peruano concebía que, sumado a un problema económico de la región, por encontrarse estancado en una economía de carácter semifeudal, también se sumaba una problemática de carácter político para lograr su unión, el cual era el del imperialismo. Si bien no señala explícitamente una amenaza fascista como factor de peligro continental, sí señalaba que el antiimperialismo enlazado con la expresión antifascista y antinazista —puntualizando una diferenciación entre las dos expresiones— tendrían que asentar el principio político de la libertad continental frente a cualquier amenaza imperialista, viniese de donde viniese. Véase Chavarría *et al*, *Integración política de Iberoamérica*, pp. 41-44.

Somoza en Nicaragua, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana o Tiburcio Carías Andino en Honduras continuaron en el poder por medio del fraude o la represión política. En una tónica diferente está el caso de Juan Domingo Perón en Argentina, quien, a pesar de llegar al poder por medio de elecciones democráticas en 1946, fue identificado en esta plataforma como una manifestación más de las dictaduras militares de la región.

Este panorama provocó que el continente americano se volviera, junto al entorno español, los focos de los planteamientos antifascistas que concentró esta plataforma en la posguerra. Para varios de sus colaboradores, la derrota del eje solo representó un descalabro para el fascismo, más no su completo exterminio, razón por la cual era necesario concentrar esfuerzos en contra de los gobiernos dictatoriales que aún existían en la región y frenar el posible éxodo de colaboradores del fascismo europeo a los países americanos. Esto es perceptible en el ensayo escrito por Germán Arciniegas bajo el título “América, obra del pueblo”, que apareció a la par del fin de la guerra, en agosto de 1945. El colombiano resaltaba el papel de los pueblos americanos en la formación de sus sistemas democráticos, al señalar que al concluir la guerra

los partidos de la reacción nazifascista se han visto derrotados en el viejo mundo, concibiendo la esperanza de reiniciar sus labores en el nuevo. Aprovechan en sus propagandas la historia antigua del imperialismo yanqui, y la moderna de los capitanes de industria del norte, para establecer un divorcio inicial entre estas dos mitades de nuestro hemisferio. Suministran una copiosa literatura para que se publiquen todos los días los peligros de la libertad, las torpezas de la democracia, las excelencias de un “nuevo orden”. Y encuentran en los partidos reaccionarios el instrumento adecuado para adelantar en sus propósitos.⁷⁷⁹

En la visión de Arciniegas es posible encontrar la apelación de América como un horizonte abierto, que en la posguerra enfrentaba una coyuntura decisiva para reafirmar su propia autonomía frente a cualquier poder externo, pero también se encontraba amenazado por la sombra de las rémoras del fascismo europeo, situación que equiparaba con las condiciones que enfrentaron los países de la región a lo largo del siglo XIX frente a la intervención política de potencias extranjeras. Por ello, si bien el fascismo europeo por sí mismo ya no resultaba una amenaza tangible para la zona, su alianza con fuerzas “reaccionarias” propias de la región podría significar un peligro para la estabilidad política y social continental.

⁷⁷⁹ Arciniegas, “América, obra del pueblo”, p. 120.

Pero donde se concentró la iniciativa antifascista articulada desde el americanismo en la posguerra fue en el gobierno argentino de Juan Domingo Perón, el cual llegó al poder con su triunfo en las elecciones presidenciales de 1946. La articulación de redes intelectuales que personajes como Reyes, Cosío Villegas o Silva-Herzog mantenían con el entorno intelectual argentino,⁷⁸⁰ al que se sumó el hecho de que Arnaldo Orfila fuera nombrado gerente de la sucursal argentina del Fondo de Cultura Económica en 1945,⁷⁸¹ abrieron la puerta para que *Cuadernos Americanos* fuera una de las publicaciones que difundieron con mayor fuerza una postura antiperonista, tanto por la presencia de intelectuales argentinos que llegaron a colaborar con ella —como Risieri Frondizi, Alfredo Palacios o Sergio Bagú—,⁷⁸² como por la propia postura que detentaron los directivos y círculos cercanos a la publicación.

A la par de la celebración de las elecciones presidenciales celebradas en 1946, en las cuales Perón y el Partido Laborista triunfaron frente a la Unión Democrática,⁷⁸³ en las páginas de *Cuadernos Americanos* apareció el artículo de Sergio Bagú “Argentina, una realidad revolucionaria”.⁷⁸⁴ En él, el historiador argentino de tendencia socialista, cercano a la revista *Claridad* de Arturo Zamora, hizo un recuento de las condiciones políticas y económicas que atravesó Argentina durante las décadas de 1930 y 1940. Consideraba que en esta época se consolidó un proceso de industrialización ligera y la reorganización del Estado bajo una

⁷⁸⁰ La bibliografía al respecto es amplia. En este caso nos limitaremos a remitir a Neubauer, *Redes intelectuales latinoamericanas*, pp. 13-15. También véase Lida, *Amado Alonso*, pp. 139-151.

⁷⁸¹ Véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina del Fondo”, pp. 74-81. Pero también es necesario puntualizar que existieron limitaciones a la expresión antiperonista dentro de *Cuadernos* a partir de la formación de la sucursal argentina. Esto a partir del establecimiento de limitaciones para hacer declaraciones públicas que pudieran afectar al organismo editorial en Argentina. Esto quedó claro en marzo de 1947, pues con una invitación que recibió Arnaldo Orfila por parte de Juan Larrea para colaborar en un número de *Cuadernos Americanos* cuya temática giraría en torno a la situación que imperaba en Argentina, por indicación de Cosío Villegas, Orfila tuvo que abstenerse de participar para evitar posibles represalias y daños colaterales que supondrían perjuicio para el funcionamiento de la sucursal. Carta del 25 de marzo de 1947, AHFCE, Fondo Filial Argentina (a partir de aquí FFA), caja 1, exp. 2 1947, ff. 100-102. Sobre esa misma situación Orfila consideró que era necesario “reducir mis juicios, de ahora en adelante, a lo estrictamente necesario y sobre todo a asuntos que no salgan de nuestra esfera de trabajo, que en definitiva es lo único que nos interesa”. Carta del 8 de abril de 1947, AHFCE, FFA, caja 1, exp. 2 1947, ff. 115-116.

⁷⁸² Nállim, “El “totalitarismo peronista”, pp. 55- 80. En este trabajo nos limitaremos a abordar el texto de Bagú. En el caso de los otros artículos véase Frondizi “Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón”, pp. 40-60.

⁷⁸³ La Unión Democrática, cuyo candidato fue José Tamborini, resultó una coalición electoral integrada por diversas tendencias del espectro político argentino, entre las cuales se encontraban los radicales, los liberales, los socialistas, los comunistas y la centro izquierda. Para profundizar en esta alianza y cómo el antifascismo transitó al antiperonismo véase, Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo”, pp. 77-105.

⁷⁸⁴ Es necesario señalar que Bagú durante sus años de juventud, entre las décadas de 1930 y 1940 formó parte de la militancia antifascista de cuño comunista, perteneciendo a organismos como la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Véase Giletta, *Sergio Bagú*, pp. 1-18.

lógica capitalista, lo que fortaleció la posición económica y política de la oligarquía argentina. En este proceso se conformó una élite militar que se dedicó a administrar el poder político, lo que posibilitó que en algunos sectores de esta élite surgiera una simpatía por el fascismo —sobre todo dentro del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), a la que perteneció Perón—, sin llegar a representar una mayoría en la estructura gobernante.⁷⁸⁵

Lo anterior hizo que, a los ojos de Bagú, el orden militar que se estructuró en Argentina y que quedaría bajo el mando de Perón en 1946 no pudiera llamarse del todo fascista, aunque sí tenía rasgos similares, los que a la larga podrían hacerlo desembocar en un régimen de ese carácter. Entre estos se contaban una política de masas con base en un sindicalismo oficial de carácter nacionalista, la represión en contra de toda disidencia política, el manejo de un discurso oficial a partir de medios impresos y de radiodifusión controlados por el Estado, por solo señalar algunos. Por ello para Bagú aún existía un riesgo de deriva fascista en América

Cerrada, aunque a medias, la etapa europea del fascismo, disponemos de antecedentes abundantes y recientes para prever su evolución en el continente americano.

El nuevo gobierno argentino finalizará la tarea iniciada de transformación del Estado e intentará controlar el proceso económico y la actividad política en forma similar a lo ocurrido en Alemania. El armamentismo seguirá su línea ascendente. La política exterior no tendrá, en relación con la ya conocida del nazismo, otras diferencias que las que impongan las circunstancias.

El fascismo tiene la suficiente plasticidad para adaptarse a las nuevas necesidades y ofrecerá en América todos los perfiles que sea menester. Preparémonos a no sorprendernos de sus apariciones. Lo que no perderá jamás será su esencia, su destino reaccionario y trágico.⁷⁸⁶

Es notable que en la concepción de Bagú el fascismo se volvía un elemento plástico que se adaptaba de acuerdo con las condiciones del entorno en el que se desarrollaba, marcando una continuidad respecto al planteamiento de un fascismo de carácter americano desarrollado años antes por intelectuales como Iturriaga y Sáenz. También esta equiparación entre peronismo y fascismo, al situarse dentro de la oposición política argentina al peronismo, alentó a muchos antifascistas a transitar a un planteamiento antiperonista.⁷⁸⁷ Como elemento

⁷⁸⁵ Bagú, “Argentina, una realidad revolucionaria”, pp. 7-41. Es necesario señalar que dentro del Grupo de Oficiales Unidos también existieron distintas posturas respecto a lo que significaba el fascismo, lo que dio origen a tensiones y alianzas al interior del organismo. Al respecto véase Pérez, “Perlinger o Perón”, pp. 4-48.

⁷⁸⁶ Bagú, “Argentina, una realidad revolucionaria”, pp. 36-37.

⁷⁸⁷ Esta posición común en cuanto a la conceptualización del peronismo como fascismo representó uno de los puntos de unión dentro de la oposición política que agrupaba a sectores del socialismo, del radicalismo, del comunismo y de otras vertientes políticas e ideológicas. Véase Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo”, pp. 77-105.

final de esta cuestión, puede concebirse que a pesar de que la filiación de *Cuadernos Americanos* con el antiperonismo se mantuvo vigente en los años posteriores, el binomio peronismo-fascismo fue perdiendo fuerza con el paso del tiempo.⁷⁸⁸

Por otro lado, el escenario geopolítico de la posguerra resultó contrastante para más de alguno de los colaboradores de la plataforma. Esto se debió a los cambios políticos que imperaron en el continente y la permanencia de ciertas dictaduras en el poder. En este sentido, coincidimos con Vanni Pettinà en que es posible explicarlo por la revitalización de las élites productoras de materias primas de la región, favorecidas económicamente por la Segunda Guerra Mundial debido a las exportaciones requeridas por EU para el esfuerzo de guerra. Pero estas se vieron tensionadas por las aspiraciones industrializadoras y democratizadoras que promovían distintos grupos en los países de la región. Por ello, distintos sectores de la oligarquía tradicional adoptaron la postura de promover regímenes de democracia limitada o de pleno ejercicio autoritario como forma de defender sus intereses políticos y económicos, en detrimento de aquellos grupos sociales y políticos que impulsaban la democratización, la industrialización y la reforma económica y social.⁷⁸⁹

A ello se sumó el giro geopolítico provocado por el inicio de las tensiones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Esto dio lugar a que muchos de los países de la región se ajustaran a dicho escenario, adoptando la promoción del anticomunismo, la defensa del libremercado frente a los proyectos latinoamericanos de industrialización proteccionista, además de una mayor hostilidad en contra de las diversas fuerzas reformistas en la región, lo que representó un alineamiento con la agenda política que Estados Unidos impulsaba en la región, con el afán de refrendar los acuerdos de seguridad continental surgidos en los años previos a la Segunda Guerra, pero ahora enfocados en frenar el avance —real o imaginario— de la amenaza comunista.⁷⁹⁰ Un cambio en el enemigo continental.

Es posible señalar que la conjunción de dichos elementos limitó la construcción del horizonte democrático que buscaba el americanismo antifascista planteado por esta plataforma, lo que derivó en un sentimiento de impotencia y desencanto entre varios de los colaboradores. La pervivencia del autoritarismo en la región, encarnado en distintas manifestaciones dictatoriales, si bien no había derivado en el asentamiento del fascismo en

⁷⁸⁸ Rojas, *Cuadernos Americanos y el latinoamericanismo de la guerra fría*.

⁷⁸⁹ Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, pp. 46-56.

⁷⁹⁰ Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, pp. 42-46.

el continente, si limitó el deseo de estos intelectuales de ver un continente en el cual predominara la autodeterminación democrática frente a cualquier intervención internacional o deriva autoritaria interna.

Como se señaló anteriormente, el punto de inflexión que marcó la transformación del americanismo antifascista se dio a finales de 1948, con el golpe de Estado que depuso al gobierno democrático de Rómulo Gallegos y de la Acción Democrática a causa del accionar del ejército venezolano, ascendiendo al poder el militar Carlos Delgado Chalbaud. Frente a ello, *Cuadernos Americanos* publicó una serie de cartas, manifestaciones y artículos que rechazaban lo sucedido en Venezuela, manifestando su solidaridad con el gobierno depuesto.⁷⁹¹ De entre todos los textos que se publicaron, destaca el breve artículo que Jesús Silva-Herzog escribió a propósito del golpe de Estado.⁷⁹²

Fechado en diciembre de 1948, este trabajo es muestra de la ruptura de expectativas que planteó el americanismo antifascista, resonando en su lugar la aspiración de un latinoamericanismo tercerista, que se posicionaba como contrapeso y aspiración frente a cualquier acción intervencionista al inicio de la Guerra Fría. Silva Herzog, a través de un breve recorrido histórico por la primera mitad del siglo XX, recalcó cómo la aspiración de democracia y justicia social para el continente fue aplastada constantemente por los intereses de las potencias globales, aun cuando éstas se denominaban defensoras de estos valores, cayendo en una contradicción insalvable. Para el mexicano los reajustes de la posguerra fueron insuficientes, pues señalaba que el escenario crítico que enfrentaba la humanidad desde el final de la Primera Guerra Mundial aún prevalecía, ya que los intereses políticos y económicos de las superpotencias se anteponían al bienestar de las naciones. Por ello, lo sucedido en Venezuela y América Latina eran solo una manifestación más de estas tensiones

No es posible olvidar en este esquema a los países latinoamericanos. Los últimos acontecimientos no son nada alentadores y nos llenan de tristeza. Lo ocurrido recientemente en Venezuela es algo vergonzoso. Gallegos fue depuesto por un grupo de sargentos irresponsables, al servicio de obscuras y ruines ambiciones de las compañías petroleras, de esas poderosas empresas saturadas de maldad que tanto daño han hecho en todas las regiones del mundo a donde las ha llevado su codicia. Los amargos resultados son que, en los países de nuestra América, en los tres últimos años, lejos de consolidarse los gobiernos democráticos, son los gobiernos dictatoriales, fascizantes,

⁷⁹¹ Es ampliamente conocida la carta que toda la Junta de Gobierno de la publicación elaboró como manifestación de respaldo a Rómulo Gallegos, condenando lo sucedido y exaltando que lo hecho en contra de él y su gobierno significaba una afrenta en contra de la democracia y los valores del americanismo. VV. AA., “Mensajes democráticos”, pp. 7-8.

⁷⁹² Silva-Herzog, “Recordación del drama contemporáneo”.

los que se han afirmado en el poder. El militarismo triunfa sobre la democracia y la libertad; la bota del soldado sobre la legalidad; la fuerza sobre el derecho y la razón. No hay castigo para los criminales. Las protestas aisladas de los mejores hombres se pierden como grito sin eco en la soledad de un inmenso desierto.⁷⁹³

Frente a este escenario de desencanto, es notable que en la apelación de Silva-Herzog, a pesar de prevalecer una concepción del fascismo como realidad presente en el continente, esta quedaba subsumida a otras significaciones que relacionaban al golpe de Estado y a la dictadura resultante con los intereses económicos de los grandes conglomerados capitalistas, en este caso de las petroleras —y en donde resonaba su experiencia en el proceso de expropiación petrolera implementada durante el gobierno de Lázaro Cárdenas en 1938—. En ello, el atributo “fascista” del régimen autoritario se volvía solamente un carácter más que lo definía, más no el principal elemento a combatir. Es frente a este panorama, que de nueva cuenta el imperialismo y las intervenciones externas en favor de los intereses económicos de los Estados Unidos se convertirían en elementos definitorios de los años posteriores.

4.5 Dos medios mundos americanos: el americanismo frente a los Estados Unidos

Condiciones en la construcción de una imagen de Estados Unidos

El deseo de autonomía y autodeterminación que impulsó al americanismo de estos años, siempre se vio tensionado por la presencia de Estados Unidos como factor ineludible en los debates de la época. Ya fuese porque se concebía que la colaboración con la nación norteamericana representaba un elemento fundamental para asentar el desarrollo y la emancipación continental, o porque este país resultaba una presencia incómoda para cualquier esfuerzo soberano emprendido por las restantes naciones del continente, la potencia continental siempre resultaba un punto insorteable en la conversación política e intelectual de esos años.

Tal como hemos señalado anteriormente, la Segunda Guerra Mundial vino a ser un tema de importancia en la agenda de los países americanos, sobre todo a partir de la entrada de Estados Unidos al conflicto, con el interés de establecer el principio de seguridad continental y evitar que las acciones armadas tuvieran lugar sobre suelo continental, además de alinear a las naciones de la región dentro de los esfuerzos aliados. Pero para algunos de los colaboradores de esta plataforma, experiencias políticas anteriores de las que formaron

⁷⁹³ Silva-Herzog, “Recordación del drama contemporáneo”.

parte, como reformismo universitario o las manifestaciones antiimperialistas de las décadas de 1920 y 1930, dieron lugar a cierto escozor e incapacidad de ver en el país norteamericano a un aliado en el cual confiar. Pero esto no fue generalizado, ya que otros vieron en el gobierno de Franklin D. Roosevelt un cambio política de gran trascendencia para el vecino del norte. El *New Deal* y la Política de la Buena Vecindad asentaron un cambio en la imagen que proyectaba esta nación hacia el continente, lo que ayudó a que distintos intelectuales simpatizaran con el gobierno del demócrata. Dichos aspectos hicieron que durante las décadas de 1930 y 1940 variaran y se transformaran las expectativas que existieron en esta plataforma sobre la potencia continental.

Bajo esta situación, resulta innegable que los Estados Unidos y su interacción con las distintas naciones del continente fueron factores determinantes en la definición del americanismo antifascista de mediados del siglo XX. La suma de las experiencias previas, así como de las expectativas hacia futuro que surgieron a partir del contexto internacional de las décadas de 1930 y 1940 hicieron que en esta plataforma y su planteamiento americanista predominara una postura de recelo y precaución frente al vecino norteamericano. Ésta concebía que si bien los pueblos de la región no debían negarse a cooperar con EU, debido a que resultaba esencial el estrechamiento de relaciones en aras de fortalecer al continente frente a la amenaza externa del fascismo y la guerra, si era necesario mantener cierta precaución y una sana distancia que garantizara la autonomía y soberanía de los países del continente frente al poder hegemónico que representaban los Estados Unidos.

Es posible equiparar la postura de algunos de los colaboradores de la plataforma con el posicionamiento que tuvieron algunas naciones americanas de la época, las cuales buscaban construir contrapesos que limitaran y frenaran la influencia y el poder que los Estados Unidos ejercían en el continente, sobre todo en el organismo multilateral de la región, la Unión de República Americanas, en donde la posición estadounidense tenía gran fuerza en los debates y acuerdos que se sometían al pleno de la organización.⁷⁹⁴ El hecho de que Estados Unidos priorizara esta instancia como marco para plantear sus agenda multilateral de carácter panamericanista, frente a su ausencia en la Sociedad de Naciones, son una muestra de la importancia geopolítica que las relaciones continentales significaban para el aparato diplomático estadounidense, lo que ayudaba a garantizar su postura aislacionista y

⁷⁹⁴ Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 169-172; 196-202.

de preferir reafirmar la denominada seguridad continental frente a lo sucedido en el espacio europeo.⁷⁹⁵

En este sentido, el americanismo se plantó frente a este panamericanismo como un reclamo de respeto a la soberanía y capacidad de decisión que tenía cada nación de la región. En ello se planteaba la posibilidad de colaboración con los Estados Unidos, en aras de lograr un destino mejor para el continente, pero sin que ello significara la subordinación frente al país norteamericano y la integración de América bajo su mando político y cultural. Esta postura permitió, por momentos, conciliar la promoción de la Buena Vecindad, la apelación a la unidad continental y el buen entendimiento, pero también dio lugar a tensiones y debates entre estos intelectuales sobre la interrogante de cuál debería ser la relación que los países latinoamericanos debían guardar con la nación norteamericana.

Los Estados Unidos del New Deal. Entre la reserva y la expectativa

Tal como señalamos con anterioridad, la relación diplomática entre México y Estados Unidos durante los años del cardenismo fue tanto de simpatías como de reservas y precauciones. Por un lado se buscaba construir contrapesos internacionales que ayudaran a frenar la influencia estadounidense en México y América Latina,⁷⁹⁶ además de que se registraron choques diplomáticos por las políticas de nacionalización realizadas por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Por otra parte existieron muestras de admiración y respeto mutuo entre ambos sectores, debido a que reconocían el espíritu progresista que predominaba en los programas de reformas sociales y económicas emprendidos tanto por el michoacano como por el gobierno de Roosevelt.⁷⁹⁷

Esta multiplicidad de significaciones de las relaciones bilaterales dio lugar a que se presentaran fenómenos como el estrechamiento de los vínculos entre sectores de la intelectualidad estadounidense y mexicana, creando canales de diálogo que permitieron

⁷⁹⁵ Sánchez Román, “El multilateralismo como intervencionismo”, pp. 47-65.

⁷⁹⁶ Recordemos que el gobierno de Lázaro Cárdenas optó por mecanismos diplomáticos y el multilateralismo como estrategias para contener la influencia y peso de Estados Unidos en la región, sobre todo por las reservas que generaba este país entre distintos círculos del gobierno mexicano. Véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 169-172; 196-202.

⁷⁹⁷ Véase Paolo Riguzzi, “Disrupción económica”, pp.280-293.

equiparar estas dos experiencias políticas asociadas con la izquierda.⁷⁹⁸ Dentro de estas iniciativas, tanto *El Trimestre Económico* como la colección de “Economía” del Fondo de Cultura Económica fueron algunos de los puentes creados por la intelectualidad mexicana para comprender, desde el aspecto económico, las políticas emprendidas por el *New Deal* de Roosevelt para hacer frente a las secuelas de la crisis económica de 1929. En este diálogo también participaron como interlocutores actores del pensamiento socialista inglés de la época, quienes también se mostraron fascinados por lo que sucedía en los Estados Unidos de la década de 1930. Para ello la traducción sirvió como una herramienta que permitió poner en circulación las perspectivas de autores como Edward C. Kirkland, John Strachey, Harold Lasky, Ben Ossa, entre otros más. A ello se sumó la constante aparición de ensayos producidos por mexicanos y latinoamericanos cuyo propósito era definir lo que sucedía con las políticas del *New Deal*, entre los que se encontraban “Perspectivas lejanas del experimento” de Francisco Zamora, “La Suprema Corte en la vida política y económica de Estados Unidos” de Antonio Carrillo Flores, “De Monroe a Roosevelt: un siglo de política comercial”, de Manuel J. Sierra, o “La plata y Estados Unidos” de Daniel Cosío Villegas”.

Dentro de estos planteamientos imperaron tanto una visión de reserva y crítica hacia las medidas impulsadas por el gobierno de Roosevelt como una genuina admiración por las políticas reformistas. La primera postura es posible observarla en el ensayo del nicaragüense Zamora, quien, desde una concepción marxista, emparentaba el intervencionismo económico estadounidense con lo sucedido en la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista. Zamora tejió esta relación a partir de la concepción de que estos tres casos eran muestras de la decadencia capitalista por tratar de frenar su propia debacle, lo que daba origen a un sistema económico centralizado de corte nacionalista, el cual conducía a la confrontación de intereses económicos internos y a la incapacidad para encontrar un equilibrio. Por ello el gobierno estadounidense empleaba mecanismos de control político y social sobre las naciones de la región, con el propósito de reafirmar sus beneficios económicos y emplear los recursos a su disposición para alimentar las necesidades de su industria y su sistema financiero, lo que

⁷⁹⁸ En el caso del acercamiento mexicano sobre el pensamiento y los planteamientos del *New Deal* y el fabianismo inglés, véase Rojas, “Cardenismo fabiano”, pp. 246-253. Por parte de la intelectualidad estadounidense y su acercamiento con la Revolución Mexicana durante el periodo de Cárdenas, véase Tenorio, “Viejos gringos”, pp. 95-116.

posicionaba a este país como la fuerza imperialista de América y significaba una crítica al *New Deal* de Roosevelt.⁷⁹⁹

Por otro lado, la visión de admiración que también existió en la plataforma es posible observarla en la postura del mexicano Manuel J. Sierra. En su artículo “De Monroe a Roosevelt: un siglo de política comercial”, el funcionario estimaba que el *New Deal* era una continuidad de la Doctrina Monroe, debido al propósito autonomista que animaba a ambas posturas. El objetivo de generar una “América para los americanos”, libre de cualquier interés externo al de las propias naciones de la región, en la concepción de Sierra, era la continuidad que existía entre la doctrina estadounidense del siglo XIX y el programa reformista de Roosevelt.⁸⁰⁰

Estas dos perspectivas son muestras de las líneas interpretativas que predominaron durante los años de la Segunda Guerra Mundial y los años de la posguerra sobre la forma en que se veía a los Estados Unidos en esta plataforma. Tanto el rechazo como la admiración al vecino del norte resultaron formulaciones constantes en las colaboraciones, siendo comunes los cambios de posicionamiento y las modulaciones que plantearon estos actores en la relación de las naciones latinoamericanas frente al país norteamericano.

Por otro lado, estas dos colaboraciones también son ejemplos de la plasticidad que tuvieron las argumentaciones sobre Estados Unidos durante esos años. Esto se debe a que en ambas existen asociaciones que podrían considerarse como contradicciones tanto del antifascismo como del americanismo de la época, pero que permiten observar las tensiones interpretativas e ideológicas que coexistían en estas sensibilidades y al interior de la plataforma. Tanto la concepción de que los Estados Unidos de Roosevelt estaban “emparentados” con el fascismo europeo a partir de la noción de crisis del capitalismo, como la idea de que esta nación era la principal promotora de la autonomía del continente frente a las intervenciones externas, son visiones que planteaban discursividades que subyacían, junto a otras, en estas dos sensibilidades. Si bien dichos ejemplos no fueron dominantes, si

⁷⁹⁹ Zamora, “Perspectivas lejanas”, pp. 249-252.

⁸⁰⁰ Sierra, “De Monroe a Roosevelt”, pp. 330-337. Si bien públicamente Sierra manifestaba una exaltación de la Buena Vecindad, en las funciones diplomáticas compartía las reservas que círculos del gobierno cardenista expresaron hacia los Estados Unidos, sobre todo en el contexto de la Conferencia de Lima de 1938. Véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 362-364.

estuvieron presentes como apelaciones que disputaron durante esta época el sentido del antifascismo y el americanismo que postularon estos proyectos editoriales.

En busca de un punto medio. Estados Unidos como aliado en la guerra

La entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra en diciembre de 1941 llevaría a que se transformaran las concepciones sobre el país norteamericano. Las expectativas generadas sobre qué se podría esperar de esta nación durante los años que durara el conflicto mundial se centraron sobre todo en evaluar cómo la conflagración podría significar tanto una oportunidad para estrechar los vínculos entre los denominados “dos medios mundos” americanos —empleando el calificativo propuesto por Waldo Frank, el cual tuvo gran repercusión en el debate de la época—, como el momento para que esta nación afianzara su postura hegemónica en el continente. Recordemos que el ingreso de los estadounidenses al conflicto significó la reafirmación de la Buena Vecindad y el Panamericanismo, lo que dio lugar a que países como Guatemala, Honduras, Cuba, República Dominicana, Panamá o Nicaragua respaldaran al país norteamericano, declarando también la guerra en contra del eje.⁸⁰¹ Si bien la consideración de colaborar en el contexto de la guerra nunca estuvo en entredicho, debido a que la apremiante situación obligaba a sumar esfuerzos en aras de impulsar la lucha aliada en contra del fascismo, la significación de este vínculo en el largo plazo fue lo que realmente se puso en tela de juicio.⁸⁰²

Dentro de esa discusión, persistieron distintas continuidades de años anteriores, tales como la admiración que algunos intelectuales manifestaron por la política de la Buena Vecindad. Adaptadas a las lógicas del conflicto mundial, estos actores veían en ella una manifestación de buena voluntad por parte del país del norte para cambiar lo que históricamente había significado su presencia en la región. Por ello la coyuntura de la guerra, a su consideración, abría la puerta para que los vínculos entre los países del continente —a pesar de las diferencias culturales y económicas— se estrecharan bajo un nuevo marco de

⁸⁰¹ Gellman, *Good neighbor diplomacy*, pp. 93-141.

⁸⁰² Tal como señala Margarita Espinosa Blas y Fabricio Barolín, la imagen que Estados Unidos tuvo dentro de *Cuadernos Americanos* durante los años de la Segunda Guerra Mundial fue predominantemente buena, al ser reivindicados como parte de la alianza continental en contra del fascismo y en pro de un mejor rumbo para el continente. Véase Espinosa Blas y Barolín, “¿“Buenos vecinos” o “enemigos?” Si bien coincidimos en este aspecto, también es necesario señalar que la crítica a esta nación desde esta publicación y otras de la plataforma, se desarrolló de forma más sutil y puntual, manifestando aun concepciones divergentes respecto al papel del país norteamericano en la región y su rol a futuro.

cordialidad y entendimiento, con el propósito de forjar alianzas y acuerdos que fueran benéficos para todas las partes y preparara el camino para la consolidación internacional del continente.

La resignificación de la Buena Vecindad en el contexto de la guerra, de la que fueron partícipes actores de tendencia liberal —como Mariano Picón Salas⁸⁰³ o Manuel J. Sierra⁸⁰⁴— o que habían modulado sus posturas anteriormente críticas frente a los Estados Unidos — como fue el caso de muchos de los partícipes del APRA, siendo Luis Alberto Sánchez ejemplo de ello⁸⁰⁵—, representó un esfuerzo por proyectar a esta política como parte de una transformación histórica que se dio con la llegada de Franklin D. Roosevelt al poder en 1932. Según estos intelectuales, dicha situación marcó un viraje en la política interna y externa de los Estados Unidos, lo que dio lugar a un gobierno progresista que respondía a las necesidades políticas y económicas a partir de reformas profundas a la estructura económica estadounidense y la transformación de la agenda diplomática en el continente. Esto ayudó a que el gobierno de Roosevelt se diferenciara de las significaciones negativas que habían predominado del país norteamericano en el entorno latinoamericano con anterioridad.

Es posible señalar que en la perspectiva de dichos autores fue común el respaldo y la confianza depositada en la “buena voluntad” que movía al gobierno de Roosevelt, realzando la significación del momento histórico y de las posibilidades a futuro —sobre todo pensando en el marco de la posguerra— para el continente americano. Este escenario permitió que estos intelectuales imaginaran la construcción de vínculos políticos, económicos, sociales y culturales más fuertes entre las naciones americanas, lo que podría deparar en distintas situaciones. Estas iban desde una convergencia política y económica de carácter coyuntural durante la guerra hasta una complementariedad espiritual y material, la cual perduraría por largo tiempo.⁸⁰⁶ Ello también significó una reafirmación del horizonte de autonomía

⁸⁰³ Picón Salas, “Sentido de la Buena Vecindad”, pp. 12-20.

⁸⁰⁴ Sierra, “De Monroe a Roosevelt”, pp. 17-32.

⁸⁰⁵ Sánchez, “Anverso y reverso de los Estados Unidos”, pp. 19-28. Luis Alberto Sánchez, al formar parte del viraje que dio el aprismo durante la década de 1930 en su acercamiento con los Estados Unidos que dio como resultado una postura más benevolente frente al vecino del norte, además de matizar la postura antiimperialista que defendían desde los orígenes del APRA. Véase Sorilha Pinheiro, “Luis Alberto Sánchez”, pp. 242-244.

⁸⁰⁶ Esta concepción es visible en la idea propuesta por Waldo Frank de los “dos medios mundos” americanos, quien continuando con el empleo de esta reciprocidad mutua entre los dos “extremos” del continente, concebía la necesidad de complementar un destino común, pues esto los llevaría a alcanzar el máximo potencial de desarrollo tanto espiritual como material. Esta concepción de la unión continental a partir de una autocomplementación mutua, concebía que para algunos de los intelectuales del continente, la política de la

americana que buscaban asentar estos actores, en donde la convergencia de la totalidad del continente simbolizaba la exacerbación de un frente común de cara a cualquier amenaza externa.

Pero a pesar de esta coincidencia de posturas, estas también divergieron en distintas formas. Un elemento de peso que marcó diferencias entre ellas fue la forma en que se planteaba la posibilidad de convergencia entre las partes “anglosajonas y latinas” dentro del continente. Al retomar muchas de las divisiones culturales asociadas a lo anglo y lo latino — comunes en las construcciones denominativas del continente surgidas durante el siglo XIX e inicios del XX—, tanto Picón Salas como Sánchez manifestaron desavenencias en este aspecto. Mientras que en el planteamiento del venezolano, la dualidad clásica del anglosajón individualista-técnico-emprendedor y el latino comunal-espiritual-humanista siguió teniendo un peso relevante,⁸⁰⁷ para Sánchez estas categorizaciones resultaron más flexibles, ya que planteó la necesidad de revisitar la aparente homogeneidad de los Estados Unidos con el propósito de mostrar la variedad de perfiles existentes al interior de esta nación. Si bien señalaba la existencia sectores de la sociedad estadounidense que priorizaban el interés económico, lo que reafirmaba las tendencias imperialistas en estos grupos, también consideraba la existencia de colectividades con un perfil humanista y progresista en el contexto norteamericano. El peruano estimaba que con estas últimas era posible que las naciones indoamericanas reafirmaran vínculos de colaboración y entendimiento.⁸⁰⁸

Pero estas expresiones de admiración y respaldo a la política del Buen Vecino en el marco de la guerra no cerraron el espacio para la manifestación de críticas y reservas frente al papel que los Estados Unidos desempeñaban en el continente. Estas provinieron sobre todo de actores que detentaron un papel fundamental en el desarrollo de la plataforma y sus iniciativas editoriales, tales como Daniel Cosío Villegas, Vicente Herrero, Emigdio Martínez Adame, Alfonso Reyes, Víctor L. Urquidí, José Medina Echavarría, Manuel Pedroso, entre otros. El fundamento de estas estimaciones se asentó en aspectos tales como: la tolerancia

Buena Vecindad y el papel de América en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial no solo significaba una alianza política, sino que delineaba el potencial de dibujar un horizonte a futuro común, donde la unión cultural y racial fungiera como puentes para lograr dicha intercalación entre dos “medios mundos”. Pero el hecho de no lograr esto conllevaba un peligro, ya que cada uno representaba una mitad que por sí misma, sin interrelacionarse con la otra, corría el riesgo de desvirtuarse y adquirir una “malformación” de su carácter, como regímenes autoritarios. Frank, “Los dos medios mundos americanos”, pp. 29-42.

⁸⁰⁷ Picón Salas, “Sentido de la Buena Vecindad”, pp. 12-20.

⁸⁰⁸ Sánchez, “Anverso y reverso de los Estados Unidos”, pp. 19-28.

que los estadounidenses tuvieron ante las dictaduras militares durante los años del conflicto mundial, los antecedentes intervencionistas de este país en la región, las ambiciones e intereses económicos que distintos grupos de los Estados Unidos tenían en la zona, entre otros.

Tal situación hizo que para estos actores la promoción de la Buena Vecindad y el panamericanismo en la coyuntura de la guerra fuera solamente un gesto de buena voluntad por parte del vecino del norte, sin garantizar una transformación estructural que permitiera poner fin a las tendencias intervencionistas que imperaban en distintas esferas de la sociedad norteamericana. Por ello consideraban necesario el ejercicio de la cautela en la relación con este país, pero sin cerrar la posibilidad a que se diera una transformación real o a la colaboración estratégica entre norteamericanos y latinoamericanos. En este sentido, esta reserva significaba la búsqueda de mecanismos y estrategias por parte de los países latinos para oponer contrapesos y limitaciones a la hegemonía continental estadounidense, en aras de cimentar el ejercicio de su soberanía y autodeterminación.

El planteamiento de esta postura dio lugar a manifestaciones que abordamos con anterioridad en otros capítulos, como la concepción de la geopolítica como una pseudociencia debido a su empleo para legitimar ambiciones territoriales de países como Alemania o Estados Unidos, o la negativa del Fondo de Cultura Económica por ceder ante las peticiones del Yale Institute of International Studies para integrar nuevos prólogos o marcajes editoriales a los libros de autores como Nicholas Spykman, Samuel Bemis o Richard Fox. Lo anterior debido al desacuerdo por la forma en que éstos proyectaban a la nación norteamericana en sus obras, al legitimar su papel hegemónico en el continente debido al atraso y debilidad de los países de la región. A la par de ellos es posible situar a otra manifestación crítica expresada durante estos años en la plataforma, la cual derivó en un ejercicio de censura por parte del gobierno mexicano.

Entre finales de 1943 e inicios de 1944, con el inicio de las discusiones sobre lo que se podría esperar al finalizar la guerra, el tópico de los Estados Unidos y su relación con el continente fue uno de los más debatidos. Esto debido a la duda de si continuaría la Buena Vecindad al término del conflicto o se volvería a la lógica intervencionista e imperialista que había predominado en décadas previas. Como parte del número 10 de *Jornadas*, publicado en 1944 y centrado en el tema de la posguerra, apareció el guión de un programa radiofónico

titulado “La nueva constelación internacional”, cuya transmisión estaba pautada para el 19 de diciembre de 1943, como parte de las emisiones de la Radio Cadena Continental. En su proyección participaron Alfonso Reyes, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, José Medina Echavarría y Cosío Villegas, quienes discutieron las expectativas sobre lo que sería el mundo al término de la Segunda Guerra Mundial, priorizando el análisis de las relaciones internacionales. En este diálogo radiofónico, los Estados Unidos fueron una referencia constante. Esta nación era concebida como la nueva gran potencia emergente, aunque sin tener la madurez política y social para administrar el gran poder que tendría una vez terminado el conflicto mundial. Este planteamiento representaba una preocupación para este grupo de intelectuales, debido a que consideraban que los países latinoamericanos verían limitada aún más su capacidad de decisión y definición de una agenda diplomática propia, en virtud de la influencia hemisférica de la superpotencia.⁸⁰⁹

Algunas de estas ideas planteadas en el guión radiofónico, al ser revisadas por la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, causaron escozor entre algunos grupos insertos dentro de la estructura gubernamental mexicana, debido a la postura crítica que planteaban estos intelectuales frente a Estados Unidos, lo que contravenía la posición diplomática mexicana y su alianza política y económica con la nación norteamericana. Ello provocó que algunos de los párrafos fueran rechazados por este ente regulador, lo que provocó la negativa de este grupo de intelectuales por eliminarlos y con ello la cancelación del programa.⁸¹⁰ Este diferendo no quedó ahí, ya que al tener distintos medios impresos a su disposición, y en un ejercicio de capacidad de autonomía y confrontación frente a otros grupo de poder situados en la estructura gubernamental mexicana, decidieron publicar el texto en *Jornadas*, donde se resaltaron distintos párrafos con el propósito de explicitar aquellos contenidos que fueron incómodos y objeto de censura. Ejemplo de ello está lo expresado por Cosío Villegas

Lo de “totalmente nuevos” [en referencia al papel de superpotencias] es muy discutible; pero veamos la situación de Estados Unidos. Será, sin duda, la estrella más radiante de la nueva constelación internacional y aún puede calificársele de meteoro, porque ha llegado a serlo con una prisa y un fulgor singulares: en ciento cincuenta años ha pasado de la nada a primerísima potencia mundial. Sólo que llega a esta

⁸⁰⁹ Reyes, Cosío Villegas, Medina Echavarría, Martínez Adame y Urquidi, “La nueva constelación internacional”, pp. 109-121.

⁸¹⁰ Reyes, Cosío Villegas, Medina Echavarría, Martínez Adame y Urquidi, “La nueva constelación internacional”, p. 109

*situación privilegiada demasiado pronto, y demasiado tarde. Ciento cincuenta años, si se han gastado, como es indudable que ha ocurrido en el caso de Estados Unidos, en el crecimiento y en la consolidación internos, son pocos para alcanzar la madurez política internacional plena, pues, de hecho, ese proceso no concluyó hasta que se liquidó la gran crisis [en referencia a la crisis económica de 1929]. La idea de la inmadurez política de Estados Unidos no es, por supuesto, una invención más: la afirman muchos norteamericanos y la temen todavía muchos más.*⁸¹¹

Es posible señalar que la censura a párrafos como este se explica precisamente por el sentido de considerar como insuficiente la experiencia de los estadounidenses para ponerse al frente de la responsabilidad que se les vendrían encima con el término de la guerra, pues su inmadurez como nación los hacía incapaces de tomar sentido de la enormidad que tendría dicha responsabilidad. Por su parte, los diferendos se irían asentando conforme se fue acercando el fin de la guerra, y la postura diplomática mexicana se iba alineando con los intereses norteamericanos, lo que representaba para estos intelectuales una acotación voluntaria a la propia capacidad de México para refrendar una postura propia y de contrapesos, tal como había sucedido durante el cardenismo. Tal como vimos con anterioridad, lo sucedido en la Conferencia de Chapultepec en 1945 representó el punto de inflexión.

La posguerra, o cómo Estados Unidos siguió siendo el vecino incómodo

El término de la confrontación internacional no hizo sino agudizar en esta plataforma el sentido crítico de la relación de los Estados Unidos con los países latinoamericanos. Las expectativas de admiración y respecto generadas por el gobierno de Franklin D. Roosevelt a lo largo de la década de 1930 y la Segunda Guerra entre algunos intelectuales de repente se vieron cuestionadas por el viraje que representó la llegada de Harry S. Truman al poder en abril de 1945, debido a la muerte de Roosevelt. La lógica que fue tomando la postura estadounidense frente al continente americano, en sintonía con los reajustes geopolítico posteriores a la conflagración, así como las tensiones resultantes del resquebrajamiento de las alianzas de la guerra, que derivarían en la Guerra Fría,⁸¹² no fueron ajenas a esta postura, asentando la desconfianza y la crítica en contra de la posición preponderante de los norteamericanos en la región.

⁸¹¹ Reyes, Cosío Villegas, Medina Echavarría, Martínez Adame y Urquidí, “La nueva constelación internacional”, p. 113. Las cursivas son de origen.

⁸¹² Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, pp. 42-56.

En este sentido, de nueva cuenta el imperialismo estadounidense emergió como un elemento interpretativo de importancia en la visión de algunos de los colaboradores. Esta característica resultaba para estos actores una continuidad histórica ineludible en las interacciones de los países americanos con la potencia hegemónica continental, lo que reafirmaba la dificultad de estas naciones para definir un rumbo propio que atendiese sus propias problemáticas e intereses. Desde esta visión, la política de la Buena Vecindad fue percibida sólo como una etapa de reacomodos de las relaciones continentales a partir de la crisis económica de 1929 y la altura moral de Franklin D. Roosevelt, pero que no derivó en cambios estructurales que ajustaran la capacidad de coerción del sistema capitalista estadounidense. En su lugar la guerra sólo había afianzado el poder de los grupos políticos, industriales, financieros y militares de este país, dando lugar a una exacerbación de las tendencias injerencistas imperantes en su política exterior.

A este tipo de conclusiones llegaron personajes como Jesús Silva-Herzog, Mariano Picón Salas —quien agotó momentáneamente su apelación en pro de la Buena Vecindad y reivindicó de nueva cuenta la división cultural entre lo latino y lo anglosajón como obstáculo para dichas relaciones—, Joaquín García Monge, Fernando Ortiz o Daniel Cosío Villegas en una mesa rodante convocada en 1947 por *Cuadernos Americanos*, en la que también participaron Waldo Frank y Ezequiel Martínez Estrada.⁸¹³ Este cambio de expectativas presentaba nuevos retos para los intelectuales de la región, quienes consideraban que los países latinoamericanos necesitaban de ciertas estrategias para convivir y coexistir con la innegable presencia hegemónica de EU.

Dicha lógica de contrapesos y mecanismos de resistencia, similar a la empleada durante el cardenismo para acotar la hegemonía estadounidense en la región, representó tanto el fin del espíritu de unión y complementación de los dos “medios mundos” americanos de

⁸¹³ Silva-Herzog, Picón Salas, García Monge, Ortiz, Frank, Martínez Estrada y Cosío Villegas, “Imperialismo y Buena Vecindad”, pp. 65-88. Los únicos que presentaron una visión divergente fueron Ezequiel Martínez Estrada y Waldo Frank, y aun también ofrecieron matices críticos al respecto. El argentino equiparó la práctica imperialista con lo realizado por el fascismo en el espacio europeo antes y durante la Guerra. Véase Martínez Estrada, “Imperialismo y Buena Vecindad”, pp. 80-86. Frank por su parte tenía una perspectiva más matizada de la relación de Estados Unidos con el resto del continente americano, donde si bien concibió que la Buena Vecindad no desafió los fundamentos del *ethos* capitalista estadounidense, razón por la que tuvo alcances tan acotados y limitados, planteó que no todos los norteamericanos tenían el espíritu imperialista impregnado, por lo que tenía sus esperanzas en que dentro de las fuerzas liberales estadounidenses surgiera un cambio fundamental, un “renacimiento político”, una lucha para cambiar ese *ethos* imperialista. Véase Frank, Imperialismo y Buena Vecindad”, pp. 76-79.

la época de la Buena vecindad y la Segunda Guerra Mundial, como una transformación sustancial del americanismo antifascista de finales de la década de 1930 y de la primera mitad de la de 1940. Ejemplos de lo anterior son los ensayos realizados por Cosío Villegas entre 1947 y 1948 y publicados en *Cuadernos Americanos*: “México y Estados Unidos”⁸¹⁴ y “Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica”.⁸¹⁵ Producidos ya en los primeros compases de la Guerra Fría, en ellos el economista mexicano planteó una reconsideración en la postura que había imperado en la plataforma en años anteriores respecto a la capacidad de autonomía y ejercicio de su soberanía que las naciones americanas —en donde incluía a México— podrían tener frente a los Estados Unidos bajo entendimientos y alianzas comunes entre estos pueblos.

Cosío Villegas, al considerar a los Estados Unidos como una fuerza inamovible que impediría cualquier proyecto de desarrollo de carácter autónomo para los países de la región, estimaba necesario reajustar la estrategia y buscar lógicas de coexistencia mutua que permitieran, en la medida de lo posible, espacios de autodeterminación para las naciones americanas.⁸¹⁶ Si bien la unión y organización común entre las naciones latinoamericanas seguía siendo la aspiración a lograr, para Cosío Villegas las condiciones obligaban a asumir una postura pragmática, conforme a la cual los contrapesos internos resultaban los mecanismos más adecuados para frenar una posible intromisión estadounidense.

La construcción de una opinión pública fuerte en cada nación de la región, la cual debería tener un interés particular por la agenda diplomática nacional y por las condiciones de la esfera internacional, serviría como una herramienta de coerción y limitación del poder gubernamental. En sintonía con planteamientos de años anteriores, los encargados de promover dicha estrategia serían los intelectuales, pues al ser personas informadas, servirían como orientadores de la sociedad ávida de información, lo que permitiría ejercer presión en la toma de decisiones y con ello, coaccionar el ejercicio de gobierno de acuerdo con el

⁸¹⁴ Cosío Villegas, “México y Estados Unidos”, pp. 7-27. Ambos textos formaron parte de las conferencias que el mexicano dictó durante su estancia en Argentina como parte del viaje de trabajo que tuvo ese año para realizar negociaciones editoriales con la industria editorial argentina, además de asistir al Congreso Latinoamericano de Editores, en donde dictó su célebre conferencia “España contra América en la industria editorial”. Al respecto véase Guzmán Anguiano, “La sucursal argentina del Fondo”, pp. 78-80.

⁸¹⁵ Cosío Villegas, “Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica”, pp. 40-58.

⁸¹⁶ Cosío Villegas de nueva cuenta recurrió a los valores y modos de ser entre Estados Unidos y México e Hispanoamérica surgidos de la segmentación racial-cultural entre lo anglo y lo latino. Esto es visible cuando atribuye a los mexicanos una particular inclinación por la creación artística y lo espiritual, mientras que los estadounidenses por lo material y la técnica. Véase Cosío Villegas, “México y Estados Unidos”, pp. 12-20.

“termómetro” público. Esto posibilitaría que, frente al peso e influencia de los Estados Unidos, los gobiernos de la región hicieran caso a la expresión de sus gobernados, donde, si bien así no se construiría un camino ajeno al país del norte, al menos sí uno bajo los propios principios y aspiraciones de los pueblos de la región.⁸¹⁷

Con esta perspectiva, el deseo de autodeterminación que fue una de las principales características del americanismo antifascista de repente se vio acotado por las condiciones en las que se sumergía la región para finales de la década de 1940. La esperanza de alcanzar la capacidad de definir un camino propio transitó a una estrategia asentada en la *realpolitik* de contención y coexistencia, en donde se plantearon mecanismos de contrapesos y limitación de injerencias externas. Si bien esta concepción resultaba un tanto desoladora en las posibilidades de acción que ofrecía para las naciones latinoamericanas en relación con los Estados Unidos en los albores de la Guerra Fría, resultó a su vez una reafirmación de los principios con los cuales habían sido creados estas publicaciones, aunque bajo diferentes aspiraciones: formar una opinión pública que prestara atención a las condiciones internacionales y con ello buscar volcarla en favor de la esfera nacional.

4.6 De posicionamientos a propuestas: retos y estrategias para un mundo en paz

Los últimos años de la Segunda Guerra Mundial resultaron fructíferos para que esta plataforma funcionara como escaparate de proyecciones sobre lo que podría ser el mundo de la posguerra y las acciones a realizar para concretar dichos horizontes. El desarrollo del conflicto internacional a partir de eventualidades como el fin de la Batalla de Stalingrado con el triunfo de los soviéticos en 1943, el inicio de la Campaña de Italia a mediados de 1943, la realización de las Conferencias de Casablanca y Teherán el mismo año, la Batalla de Midway en el frente del Pacífico en 1943, o la apertura de un segundo frente en Europa en 1944 fueron sucesos que calaron hondo en la opinión pública nacional, animando la percepción de una posible derrota del eje y del fascismo a nivel global.⁸¹⁸

⁸¹⁷ Cosío Villegas, “México y Estados Unidos”, pp. 22-25; Cosío Villegas, “Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica”, pp. 40-45.

⁸¹⁸ Tal como señala José Luis Ortiz Garza, la percepción pública de los avances aliados en la guerra entre 1942 y 1944 plasmados en los diarios mexicanos, sobre todo de las campañas en el norte de África, la victoria rusa en la batalla de Stalingrado o el inicio de la campaña aliada en Italia, reflejaban en gran medida la concepción de que esto representaba el “inicio del fin de la guerra” o al menos el vuelco de la guerra en favor de la causa aliada. Véase Ortiz Garza, *Ideas en tormenta*, pp. 235-253.

Esa relativa certidumbre permitió que se comenzaran a delinear escenarios sobre potenciales futuros que podrían deparar al continente y al mundo. El horizonte de la posguerra resultó así un objeto de disputa entre distintos proyectos políticos. Esta pugna por el futuro se expresó a través de la confrontación de distintas narrativas y visiones, según las cuales el combate contra el fascismo y su posterior derrota daría lugar a potenciales transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales tanto a nivel nacional como internacional.⁸¹⁹

En la plataforma estos planteamientos se abocaron en ofrecer soluciones a las problemáticas que habían derivado con el advenimiento del fascismo y el estallido de la guerra, tales como la crisis del capitalismo, del liberalismo y la democracia como sistema político, además de ayudar a consolidar a América como espacio de relevancia en la esfera global. Dichos aspectos se delinearón desde una visión predominantemente socialdemócrata o socioliberal, cuyos fundamentos se consolidaron en torno a la visión de una potencial transformación global en el orden político y social que propiciaría la construcción de democracias sociales y regímenes de bienestar.

Por ello las propuestas de acción que aparecieron dentro de esta plataforma se concentraron en el campo de la política, la cultura y la educación. Estas proposiciones tenían como característica común el hecho de que no se concebían para un mundo en conflicto, sino que apelaban a un futuro en el que predominara la paz. La concepción de un horizonte liminal durante la época de la guerra, en el que las acciones de los intelectuales no tendrían un impacto relevante más allá de la concientización social, plantearon la necesidad de pensar a la posguerra como el espacio ideal de acción, orientación pública y tutelaje del poder.

Maquilando futuros: el mundo de la posguerra desde la guerra

1942, además de marcar el inicio del auge de la expresión antifascista y americanista en esta plataforma, también representó el comienzo de las reflexiones sobre los potenciales futuros que depararían a la humanidad una vez terminada la guerra y las acciones necesarias para

⁸¹⁹ Tal como señala Cristopher Vials, muchas de estas narrativas antifascistas no necesariamente se asentaron en una visión ascendente y progresiva de la historia, sino que descansaban en un principio de esperanza a futuro, siendo necesaria la destrucción de las estructuras de poder preexistentes para establecer otras formas de organización política y social, las cuales propiciaron una capacidad de movilización y articulación política, dando lugar a una capacidad de agencia social considerable. Véase Vials, “Antifascist narrative and the politics of optimism”, pp. 158-172.

concretarlos. Tal como refiere Blanca Torres, este fue un año de inquietud y efervescencia en la opinión pública mexicana, ya que en diversos foros y medios de comunicación comenzó a imperar un clima de incertidumbre y discusión acerca del rumbo que tomaría el país y el mundo hacia el futuro, pues con la fluctuación internacional que se vivía, no se percibía un horizonte claro y definido sobre lo que sería el porvenir.⁸²⁰ Esto marcaría el inicio de la reflexión sobre el futuro que prosiguió en los años subsecuentes hasta el término del conflicto internacional. La preocupación de los actores que colaboraron durante esos años se concentró en dos espacialidades predominantes: el mundial y el americano. En este subapartado nos enfocaremos en el análisis de la dimensión internacional.

La proyección de un mundo en paz al término de la conflagración global planteaba una serie de retos derivados tanto de las causalidades del conflicto como de las problemáticas que se habían agravado durante esos años. En la perspectiva de distintos colaboradores, la derrota del fascismo no traería consigo la restauración de los equilibrios internacionales o la solución a la destrucción y miseria que trajo consigo la guerra, pero atajaría el camino para la construcción de una paz basada en mecanismos de colaboración multilateral efectivos, además de posibilitar la estabilidad política y económica para procurar soluciones a los desafíos de la humanidad. Para lograr esto, había que realizar una serie de acciones que podrían encauzar el camino y ayudar a construir estrategias para comenzar el proceso de reconstrucción internacional.

Lo anterior no significaba que el mundo fuera igual al que existía antes del estallido de la guerra, sino que resultaba necesario realizar una serie de transformaciones que atajaran las raíces de las dificultades sociales y políticas, además de propiciar mejores condiciones de vida a la población y el asentamiento de democracias más funcionales. Dichos elementos es posible agruparlos en torno a cuatro tópicos que guiaron la reflexión y el debate de la época: la necesidad de propiciar transformaciones sociales profundas, quiénes debían asumir la responsabilidad de la paz, la estructura política que garantizara los equilibrios y la paz, y las medidas que debían impedir un resurgir del fascismo. También es necesario señalar que estos planteamientos fueron el fruto de un diálogo simbólico entre distintas realidades, en el cual se cruzaron las voces de aquellos colaboradores provenientes de Europa, América y México con aquellos autores traducidos para su aparición en la plataforma.

⁸²⁰ Torres, “Hacia la utopía industrial”, pp. 643-656.

En primer lugar, el debate sobre la necesidad de provocar una serie de transformaciones sociales profundas fue uno de los tópicos más discutidos durante esos años. La concepción de que el término del conflicto mundial traería consigo la posibilidad de una revolución social global, que permitiera solucionar o poner fin a distintos problemas estructurales que habían dado origen a la guerra, además de permitir la construcción de un orden mundial más justo y equitativo, representó un horizonte compartido por distintos sectores políticos durante estos años. Muchos de los grupos partícipes de la lucha antifascista, tanto a nivel mundial como americano, veían en ese horizonte de posguerra un potencial de transformación similar a lo sucedido con Rusia al finalizar la Primera Guerra Mundial.⁸²¹ Frente a esta discusión, en el contexto mexicano la concepción de una revolución social fue apoyada o criticada dependiendo del actor que hablase, pues la consideración de que el gobierno mexicano había sido el resultado del triunfo del proceso revolucionario iniciado en 1910 marcó en cierta medida el desarrollo del debate.

Por una parte, sectores del exilio europeo, como el germanoparlante, veían en el proceso mexicano un elemento dialéctico con el cual dialogar en la búsqueda de la promoción de una revolución social en Alemania al término del conflicto.⁸²² Por otro lado, tal como hemos recalcado anteriormente, en los años finales de la guerra surgieron en la plataforma voces críticas del rumbo que había tomado el gobierno de Manuel Ávila Camacho, lo que fue visto como un proceso de crisis de la Revolución Mexicana, debido a la pérdida de la “energía” reformista que se engendró durante el gobierno de Lázaro Cárdenas.

Este panorama situó el hecho de que diversos autores consideraran como poco viable la aparición de un proceso revolucionario de orden global, rebajando las expectativas sobre dicha cuestión. Un ejemplo es el caso de José E. Iturriaga, quien consideraba que el horizonte revolucionario se encaminaba más al campo de la ciencia y el conocimiento que en la esfera

⁸²¹ Alrededor de esta perspectiva se desarrollaron una serie de debates respecto a qué medidas emprender para alentar el proceso revolucionario, sobre todo frente a la disyuntiva de las luchas de liberación nacional en los países europeos dominados por el fascismo, elemento que puso en tensión a las distintas corrientes del trotskismo. Al respecto véase Luparello, “Revolución o liberación”, pp. 214-228. Tal como señala Rafael Rojas, se asentó en una serie de movimientos americanos diversos, los cuales emplearon el concepto de Revolución como un elemento para afianzar su carácter disruptivo frente al viejo orden establecido y con ello delinear distintos horizontes sobre lo que se podría aspirar a partir de su programa político, ya fuese dentro de los nacionalismos revolucionarios, los populismos clásicos, los populismos cívicos o del militarismo progresista hicieron uso del apelativo revolucionario como un medio para legitimarse en la esfera política. Rojas, *El árbol de las revoluciones*, pp. 103-165.

⁸²² Véase Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”, pp. 169-195. Ejemplo de esto es Frei, Frei, “Origen y superación del espíritu bélico alemán”, pp. 54-55.

social o política, pues el avance que tuvieron los saberes científicos durante los años de la guerra proyectaba una transformación radical y un futuro fecundo para estos campos del conocimiento. Lo anterior contrastaba con su visión de lo político, entorno al que consideraba estéril para un proceso revolucionario, debido a factores como la incapacidad de trascender la segmentación de clase debido a la oposición de la burguesía, el conservadurismo de los hombres de Estado, el aumento del poder político de la Iglesia —sobre todo en el caso italiano— y la prostitución del periodismo frente al poder en lugar de servir a la sociedad.⁸²³ Es posible considerar que en esta proyección política de la posguerra, Iturriaga retomó la experiencia mexicana para plantear parte de dicha concepción, pues en esta se destacan algunos de los elementos críticos que planteó Jesús Silva Herzog un año antes, tales como la ineficiencia del ejercicio periodístico mexicano, la banalidad y corrupción de las élites gobernantes o la ambición de la burguesía mexicana.⁸²⁴

En segundo lugar, la consideración de quiénes debían ser los responsables de construir y preservar la paz en el orbe internacional fue uno de los principales puntos de la reflexión sobre la posguerra. La consideración de que las potencias vencedoras deberían ser las principales responsables de dichas labores fue una postura planteada con fuerza por los autores traducidos para “Política y Derecho” del FCE, pero en cierta medida rebatida por los colaboradores cotidianos de la plataforma. Por una parte, autores como Bernard Newman o William Torton Fox consideraban que el poder de las potencias vencedoras del conflicto sería la única garantía para construir y salvaguardar la paz a largo plazo, razón por la cual las potencias debían ser conscientes de su papel y actuar de acuerdo con la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Esto con el afán de que las élites políticas evitaran repetir los errores que se dieron durante la posguerra de la Primera Guerra Mundial, sirviendo como un espacio de experiencia recurrente en las reflexiones intelectuales de la época.⁸²⁵

⁸²³ Iturriaga, “Posibilidades de una revolución”, pp. 96-107. Según Iturriaga, el único escenario en el cual se podría realizar una revolución social a la conclusión de la guerra era dentro de aquellos países que quedaran bajo la esfera de influencia de la URSS, donde las condiciones estaban dadas para realizar esa transformación radical proyectada en la posguerra. A su vez, consideraba que la denominación revolucionaria que reivindicaban los fascismos en Italia, Alemania o España, resultaban solo una aberración frente a sus expresiones regresivas o retrógradas que empleaban, considerándolas más bien como manifestaciones reaccionarias o contrarrevolucionarias.

⁸²⁴ Silva-Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis”, pp. 32-55.

⁸²⁵ Véase Fox, *Las superpotencias*. También véase Newman, *La nueva Europa*, pp. 7-8.

Por otro lado, para personas como Daniel Cosío Villegas, Emigdio Martínez Adame, José Medina Echavarría, entre otros, era innegable el rol que debían tener las superpotencias en la construcción y preservación de la paz, pero esto no las hacía infalibles de preferir sus intereses políticos y económicas en lugar de priorizar la preservación la paz. Esta era una razón para desconfiar del argumento de que las potencias por sí solas resultaban una garantía de balances y contrapesos políticos efectivos. En su lugar dichos intelectuales consideraban como más adecuado un sistema de equilibrios a partir de bloques de naciones estructurados de forma regional, que servirían como organismos políticos multilaterales que servirían de base para la toma de decisiones políticas. La raíz de esta consideración se debía a dos aspectos elementales: la repartición de equilibrios geopolíticos, y situar al continente americano y sus naciones como protagonistas del mundo de la posguerra.⁸²⁶ Es posible observar en esta postura la búsqueda de sumar la mayor cantidad de voces posibles en la construcción de un consenso de posguerra, el cual garantizara una paz efectiva y duradera. Si bien la equiparación de fuerzas entre las potencias y los países de la región era incontrastable, ello no demeritaba para estos actores la necesidad de consensuar pactos que resultaran justos para todos los actores del entorno geopolítico global.

Relacionado con lo anterior, un tercer aspecto que predominó en el debate de la época fue la consideración de constituir una estructura política que garantizara los equilibrios y la preservación de la paz. Se consideraba como algo elemental la existencia de una serie de organismos e instrumentos multilaterales que permitieran el diálogo entre las naciones del globo, con el propósito de facilitar los acuerdos y la resolución de potenciales problemáticas y coyunturas que pusieran en riesgo la estabilidad de la paz. A ello se sumaba la promoción estructural de sociedades democráticas que plantearan bienestar e igualdad de condiciones a su población, además de capacidad de decisión propia y autonomía frente a poderes fácticos internos o externos. Esto con el propósito de ofrecer contrapesos y limitaciones a la emergencia de gobiernos autoritarios que minaran la estabilidad política y favorecieran el asentamiento de reclamos expansionistas o injerencistas en distintas regiones del mundo.⁸²⁷

⁸²⁶ Reyes, Cosío Villegas, Medina Echavarría, Martínez Adame y Urquidí, “La nueva constelación internacional”, pp. 109-119.

⁸²⁷ Esta perspectiva está plasmada en el ensayo de Carrillo Flores, “La coexistencia de los regímenes democráticos y dictatoriales”, pp. 85-93.

En este sentido, fue común la propuesta de constituir múltiples organismos multilaterales como instancias que propiciaran el diálogo y contrapesos en la arena geopolítica de la posguerra. La emergencia de uniones políticas, que establecieran un horizonte común de multilateralismo entre distintos países con conexiones geográficas o culturales en común, las cuales dieran a lugar a la convergencia de intereses y preocupaciones similares, resultó un apelativo constante en *Jornadas*, “Política y Derecho” del Fondo o *Cuadernos Americanos* en estos años.⁸²⁸ Las propuestas fueron variadas, yendo desde la creación de una federación internacional bajo los términos en que se constituyó posteriormente la Organización de las Naciones Unidas, o también la constitución de organismos regionales que reunieran las voces de países con identidades y lazos sociales en común, lo que permitiría la construcción de agendas diplomáticas que conjuntaran distintas voces bajo un mismo reclamo.⁸²⁹

Un cuarto aspecto que concentró las discusiones sobre el término del conflicto y que resultó el más amplia de todos fue la definición de acciones que limitaran la aparición de nuevas manifestaciones fascistas a nivel mundial. La aparente derrota de los países del eje en la confrontación abría el escenario para que la acción antifascista se concentrara en plantear una serie de medidas que permitieran acabar de raíz con los resabios de estos regímenes y evitar que surgieran otros con características similares. A su vez, el deslindamiento de responsabilidades por el estallido del conflicto y todas las atrocidades cometidas en él formaron parte de esta proyección a futuro. Por ello, problemas como el adoctrinamiento ideológico, la desnazificación o la impartición de justicia a las víctimas del fascismo se convirtieron en temas en donde los exiliados europeos se convirtieron en los principales interlocutores, pues además de que los apelaba directamente, existía una preocupación legítima por qué sería de sus países al término del conflicto.

Exiliados como Bruno Frei y Mariano Ruíz-Funes o autores traducidos como Gaetano Salvemini y George LaPiana se posicionaron frente a estos tópicos, siendo una particular preocupación el castigo a los responsables tanto de los crímenes del fascismo como del

⁸²⁸ Estas visiones compartían la preocupación común sobre las formas en que debía ejercerse el término de soberanía en la constitución de las dinámicas internacionales de la posguerra. Este problema resultó uno de los más discutidos, aunque supera por mucho los alcances de esta investigación. Me limité a redirigir como ejemplo al texto que realizó Pedroso, *La prevención de la guerra*.

⁸²⁹ Sobre esto véase Pedroso, *La prevención de la guerra*, pp. 34-39. También al respecto véase Becker, *¿Será distinto el mundo del mañana?*, pp. 198-234; o Newman, *La nueva Europa*, pp. 492-524.

estallido del conflicto mundial. En esta sintonía, existió una especie de consenso general entre dichos autores por considerar a las élites económicas y políticas alemanas e italianas como responsables de esta coyuntura, razón por la cual debían recaer sobre ellas las posibles sanciones.⁸³⁰ Un ejemplo de ello es el planteamiento desarrollado por Frei para el caso alemán, quien en un ensayo publicado en 1943 en *Cuadernos Americanos* bajo el título “Origen y superación del espíritu bélico alemán” abordó esta situación.⁸³¹

A partir de una disertación acerca de los orígenes históricos del espíritu bélico alemán, Frei, desde una postura comunista, consideraba que los principales impulsores de los conflictos políticos y armados en los que había participado el país en la primera mitad del siglo XX eran las élites sociales alemanas conformadas por los Junkers, los grandes industriales, los magnates financieros, los políticos y la élite militar prusiana. Por ello al llegar a la disyuntiva del escenario de la posguerra, el escritor austriaco consideraba que estas élites que habían promovido y aprovechado el totalitarismo nazi y la Segunda Guerra Mundial para enriquecerse y empoderarse debían ser marginadas del poder tanto político como económico, con el propósito de eliminar a la plutocracia alemana.⁸³²

⁸³⁰ Esta concepción es perceptible en el libro de Salvemini y LaPiana, quienes a lo largo del texto deslindaron una serie de responsabilidades respecto a la emergencia del fascismo en Italia y las medidas necesarias que habían de realizarse para resarcir los daños al respecto. Entre los culpables se encontraban la Iglesia Católica, la Casa Saboya, las potencias extranjeras —sobre todo el imperio británico—, las élites italianas, entre otros más. Véase Salvemini y LaPiana, *¿Qué hacer con Italia?* A su vez es necesario señalar que también existió, tal como abordamos anteriormente, la concepción de que las democracias occidentales, a partir de sus omisiones durante la época de entreguerras, fueron también responsables por el fortalecimiento del fascismo y el estallido de la guerra.

⁸³¹ Frei, “Origen y superación del espíritu bélico alemán”, pp. 44. Frei, perteneciente a la agrupación Acción Republicana Austriaca en México y también al movimiento Free Deutschland, así como editor de la publicación de dicho organismo, también con el mismo nombre. Véase Zogbaum, “Vicente Lombardo Toledano”, pp. 1-28. Cercano al entorno de Vicente Lombardo Toledano durante su estancia en México, es posible explicar su presencia en *Cuadernos Americanos* como parte de una alianza simbólica que se tejió entre distintas instancias del campo antifascista mexicano, con el propósito de enfocar el esfuerzo propagandístico en favor del gobierno mexicano y su postura en la guerra. Producto de dicha alianza, además de este tipo de publicaciones, también es posible considerar a la obra *El libro negro del terror nazi en Europa* como producto de la alianza. Al respecto véase Andrea Acle-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro”, pp. 589-601.

⁸³² También en la visión de Frei se concilió una tensión que vivió la comunidad germanoparlante durante su exilio, que fue la necesidad de formular una separación ontológica identitaria entre la Alemania que ellos decían representar y la Alemania del régimen nazi. Esta situación, tal como señala Andrea Acle-Kreysing, a partir de la crítica y revalorización que hicieron en el espacio mexicano del proceso revolucionario vivido en la década de 1910, la comunidad germanoparlante visualizó el potencial de cambio revolucionario que existía en cada pueblo, transformando la realidad de barbarie y dominio burgués que vivía el pueblo alemán a partir del afianzamiento del nazismo por una realidad sin clases sociales. Por ello se planteaba la necesidad de una transformación revolucionaria de Alemania al término de la guerra. Acle-Kreysing, “El exilio antifascista de habla alemana”, pp. 178-192. Por ello es posible comprender bajo estos términos la formulación de Frei, en donde si bien el pueblo alemán tenía un grado de responsabilidad por el afianzamiento de Hitler en el poder,

También como parte de esa preocupación, el planteamiento de la desfanatización resultó un elemento de relevancia para estas reflexiones. La pregunta de qué sería necesario hacer para “rehabilitar” la población de países como Alemania o Italia, que al haber sido sometida a años de adoctrinamiento y propaganda, había quedado profundamente afectada por la ideología fascista, lo que constituía un campo de acción fundamental en el cual se debía de actuar. En este sentido, el grupo que fue juzgado prioritario desde el punto de vista de esta plataforma fue el de los excombatientes, pues para estos intelectuales fue el que vivió con mayor intensidad los procesos de ideologización, pues al estar en el frente de guerra requería de convicciones más fuertes para mantenerse en la lucha. Esta visión fue planteada en 1943 por Mariano Ruíz-Funes, en su ensayo titulado “La marcha sobre Europa”.

El vuelco de la guerra vivido ese año, a los ojos del español, planteaba la necesidad de comenzar a proyectar las formas en que se debía transitar de una sociedad militarizada a una pacificada al término del conflicto. Uno de los puntos que concentró su atención fue la transición de los combatientes a la vida civil, la cual debería de realizarse de una forma que no propiciara el resentimiento y la desilusión, tal como sucedió en Alemania al término de la Primera Guerra Mundial. Sobre todo para el caso de países como Alemania o Italia, para Ruíz-Funes este tránsito debía realizarse respondiendo a las necesidades de democracias plenas. Por ello debía ser necesaria la transformación de la mentalidad de los individuos que habían sido adoctrinados por el fascismo, para rehabilitarlos en el valor de la libertad y de la lucha democrática. Este fortalecimiento de la conciencia del individuo libre y democrático debía oponerse al estado de debilidad mental que implicaba una dictadura de carácter fascista, la cual favorecía un estado mental asociado a la pereza social, el conformismo y la

este tenía la capacidad de redimirse, pues ante la derrota del Führer surgía la oportunidad histórica de liberarse de los estratos dominantes. Frei, “Origen y superación del espíritu bélico alemán”, pp. 54-55. Este planteamiento refutaba la concepción ontológica defendida por algunos intelectuales, de que la sociedad alemana era la “bestia negra” de los pueblos, desvinculada de la tradición occidental a partir de la emergencia del nazismo. Esta última interpretación se relacionó estrechamente con la concepción de que el nazismo era un producto del *Deutsche Sonderweg*, que es la perspectiva que diferencia al nazismo de otras expresiones fascistas al contar con un devenir histórico único en el caso alemán, al ser un país que no enfrentó una revolución burguesa triunfante durante el siglo XIX, conservando estructuras sociales, políticas, económicas y culturales de antigua data. Al respecto véase Kocka, “History before Hitler”, pp. 3-16. Para profundizar en las discusiones también véase Kershaw, *La dictadura nazi*, pp. 64-72. En su lugar, la interpretación de Frei guardaba una estrecha relación con la concepción comunista sobre el fascismo. Militando dentro del comunismo, el mismo Frei retomó lo planteado por Georgi Dimitrov durante el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935, en el cual se estableció al fascismo como la manifestación de una dictadura del capital financiero que promovía los intereses de las élites capitalistas bajo métodos de dominación como el imperialismo, la propaganda y el chovinismo. Al respecto véase Dimitrov, *Contra el fascismo y la guerra*.

inacción.⁸³³ Esta “disputa por las conciencias” se proyectaba como uno de los pasos necesarios de la acción antifascista en la posguerra, pues si bien la derrota de Hitler solo significaba el término de la confrontación militar, esto dejaría lugar a la acción en el terreno de lo político y lo social.

Estas cuatro temáticas que acapararon en gran medida el debate sobre las acciones a realizar en el mundo de la posguerra fueron las que imperaron en la esfera de lo europeo. Las preocupaciones sobre el espacio americano, si bien similares, también tuvieron divergencias, las cuales abordaremos a continuación.

El futuro de América: entre la unión política y la acción educativa

La proyección de posibles futuros al término de la guerra representó un espacio de oportunidad único para la sensibilidad americanista que se plasmó al interior de esta plataforma. La concepción de un continente que no había sufrido directamente la destrucción y afectaciones causadas por la lucha armada, que poseía una vitalidad cultural y espiritual “jovial” frente al estado crítico que vivía Europa, representó en cierta medida un “lienzo en blanco” para que estos intelectuales plantearan una serie de posibilidades de acción que marcaran el camino para que el continente pasara a jugar un rol vital en la reorganización del mundo.

Para ello resultaba elemental atender una serie de prioridades que permitieran encaminar dicho destino, entre las cuales se encontraban el fortalecimiento del autoconocimiento y reconocimiento entre los países de la región y la consolidación de la autonomía del continente y sus naciones frente a injerencias externas. La búsqueda por encauzar estas aspiraciones dio lugar a que en el debate sobre la posguerra referente al espacio americano, estos intelectuales se enfocaran en el terreno de lo político-diplomático y lo cultural, a partir de consideraciones como la gestión de organismos y alianzas multilaterales que unificaran las aspiraciones de estas naciones o la promoción de iniciativas culturales y educativas que atendieran a la

⁸³³ Ruíz-Funes, “La marcha sobre Europa”, pp. 7-31. Dicha visión de la desfanatización de la sociedad también se complementaba con la necesidad de estructurar una sociedad de plena ocupación laboral en la posguerra, con el propósito de reintegrar a los excombatientes a la vida social de una forma estructurada y pacífica, lo que representaría la garantía de una transición pacífica y la pervivencia de un estilo de vida democrático, al que se denominaría democracia industrial. Esto fue abordado por diversos escritores, tales como Sánchez Sarto, “La ocupación plena y la democracia”, pp. 77-84. También en Salvemini y LaPiana, *¿Qué hacer con Italia?*, pp. 274-287.

totalidad de la población de la región. En estas discusiones intervinieron por igual los actores nativos del entorno americano como algunos exiliados españoles.

En primer lugar, el terreno de lo multilateral representó un elemento fundamental de la proyección de América en el mundo de la posguerra, pues este significaba uno de los campos de acción más delicados para estos intelectuales. Los reordenamientos geopolíticos que traería consigo el fin del conflicto, además de la influencia que los Estados Unidos ejercerían sobre el continente representaban, en el entendimiento de dichos actores, enormes retos que debían ser superados con astucia e inteligencia por las naciones americanas si querían gozar de capacidad de autodeterminación. Por ello resultaba necesario crear mecanismos y espacios de cooperación internacional, los cuales permitirían hacer frente al peso geopolítico que tendrían las nuevas superpotencias que emergerían con el fin de la guerra.⁸³⁴ Situar estas necesidades sobre la mesa de discusión, a las cuales se dedicaron diversas eventualidades y colaboraciones en la plataforma,⁸³⁵ trajo consigo la formulación de una serie de propuestas que permitirían construir cierta unidad política entre los países de la región. Esta se entendió de dos formas: como una organización multilateral exclusiva para las naciones latinas de la región, o como un orden confederado multinacional.

La propuesta de conformar un organismo multilateral propio de la región era una vieja aspiración de distintos países latinoamericanos. Al ya existir un organismo de este carácter — como la Unión de Repúblicas Americanas— esta se entendía como la oportunidad para que las naciones de la zona, a partir de la exclusión de los Estados Unidos, pudieran dar solución a sus conflictos y problemáticas sin la sombra del vecino norteamericano, lo que ayudaría a definir posturas y agendas en común acuerdo, en pleno ejercicio de su soberanía nacional.⁸³⁶

⁸³⁴ Un buen balance sobre estas perspectivas lo desarrolló Antonio Castro Leal. Véase Castro Leal, “Política Internacional de la América Latina”, pp. 65-70.

⁸³⁵ Ejemplo de ello fue la sesión de clausura del Seminario Colectivo sobre América Latina, celebrada en junio de 1944. En ella distintos intelectuales reflexionaron sobre las condiciones de si era posible la integración política de Iberoamérica. A partir de preguntas como ¿Hay elementos que hagan posible una integración política —total o parcial— de Iberoamérica? Y ¿Tendrá Iberoamérica una política internacional unificada?, cada uno de los intelectuales que participó respondió desde sus perspectivas la posibilidad de la unidad política de la región. Esta unión se concebía posible a partir de resaltar los lazos culturales, políticos, históricos y económicos en común entre los países de la región, pero encontrando un obstáculo de peso en el papel de Estados Unidos en el continente. Chavarría *et al*, *Integración política de Iberoamérica*.

⁸³⁶ Esta aspiración entraba en sintonía con algunas discusiones que se habían realizado durante la década de 1930 en los espacios diplomáticos americanos. La idea de crear una Liga de Naciones Americanas como organismo regional que fortaleciera legalmente lo que ya realizaba la Unión Panamericana representó un punto a tratar en la Conferencia de Buenos Aires de 1936. En ella se plantearon dos propuestas provenientes de

Estas nociones fueron sugeridas por personas como Antonio Castro Leal, quien consideraba que la creación de un Frente Internacional Iberoamericano permitiría dejar de lado el panamericanismo, al construir una plataforma política que uniera los reclamos de los pueblos de la región bajo una única voz, sin necesidad de contrarrestar sus intereses y perspectivas.⁸³⁷ Es posible observar que esta propuesta planteaba la necesidad de reafirmar una autonomía política e identitaria frente a los intereses de Estados Unidos, tratando con ello de articular un frente que los uniera y fortaleciera mutuamente, imponiendo límites al intervencionismo norteamericano.

Como otra alternativa para unificar a la región en lo político se concibió la posibilidad de trascender el orden imperante hasta ese momento para constituir Estados multinacionales que se construyeran en torno a regiones del continente, pero independientes de la influencia estadounidense. Apelando a los intentos de unión continental que habían surgido desde inicios del siglo XIX, en sintonía con las aspiraciones de personajes como Simón Bolívar, estas propuestas se asentaban en la perspectiva formulada por diversos intelectuales de trascender las lógicas nacionalistas del Estado-Nación para transitar a un modelo de organización estatal confederada.⁸³⁸ En este sentido se encuentra la propuesta de constituir una Confederación del Caribe, sugerida por Jorge A. Vivó en su ponencia del Seminario Colectivo sobre la Guerra de El Colegio de México.⁸³⁹

Vivó estimaba que la conformación de esta Confederación de Caribe ayudaría a solucionar una serie de necesidades históricas que tenían las naciones de la zona, entre las que estaban la reafirmación de su independencia económica y política frente a los Estados

Colombia y República Dominicana. La primera consideraba la posibilidad que esta Liga dependiera de la Sociedad de Naciones, como una forma de construir contrapesos continentales, lo que iba en contra de los intereses norteamericanos. Mientras que la propuesta dominicana consideraba transformar a la UP como una liga política, manteniendo su funcionamiento, además de formar un Comité Permanente Americano, idea del agrado estadounidense. Los proyectos no se discutieron. Al respecto véase Carrillo Reveles, “México en la Unión”, pp. 305-307.

⁸³⁷ Véase Castro Leal, “Política Internacional de la América Latina”, pp. 65-70.

⁸³⁸ En esto jugó como inspiración la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la cual había logrado conjuntar la pluralidad de nacionalidades bajo un solo cuerpo político. Esto es posible observarlo en el ensayo de Mendizábal, “El problema de las nacionalidades”, pp. 34-45.

⁸³⁹ Vivó, *La Geopolítica*, pp. 53-90. Vivó concebía que durante los años de la posguerra predominarían los Estados multinacionales debido a los principios de autodeterminación plasmados en la Carta del Atlántico. El proceso de descolonización que viviría el mundo consideraba daría origen a países multinacionales con el fin de articularse de mejor forma a los retos del orden internacional, sobre todo ante la incapacidad de los pequeños Estados para asumir papeles de importancia. Bajo estos términos, la constitución de estas uniones posibilitaría la “vertebración” de América a partir de lazos y necesidades comunes.

Unidos y otras potencias europeas, la diversificación de sus economías, una mejor distribución de la riqueza, la pluralización de las élites políticas y económicas, entre otras. Esto se haría a través del afianzamiento de las capacidades de producción y gestión de materias primas y su transformación, el fortalecimiento de su posición geopolítica en el continente y el mundo, la consolidación de un sistema democrático que frenara las expresiones autoritarias, la interconexión económica y comercial de la región, así como un ejercicio más eficiente de la soberanía frente al intervencionismo o el imperialismo externo. En términos generales, el cubano estimaba que la unión de los países caribeños permitiría ofrecer soluciones a las problemáticas sociales que imperaban en la región, lo que ayudaría a alcanzar un potencial horizonte de bienestar para su población.

Pero este tipo de propuestas fueron cuestionadas dentro de la plataforma por distintos intelectuales, debido a que éstos consideraban que este tipo de propuestas no ponderaban en su justa dimensión factores que podrían impedir la consolidación de los Estados multinacionales. Entre estos argumentos se encontraban la desconexión geográfica que existían entre los países de la región, las desigualdades económicas tan profundas que imperaban, la carencia de infraestructura que permitiera una comunicación eficiente, entre otros. Pero tal vez el tópico que fue esgrimido con mayor frecuencia en este tipo de críticas fue el de la influencia y peso político que los Estados Unidos tenía en la región. La visión de EU como actor hegemónico del continente, tal como vimos anteriormente, supuso un llamado a actuar de manera cauta y no tan ilusa desde la perspectiva de intelectuales como Daniel Cosío Villegas. El mexicano consideraba que las relaciones entre la superpotencia y los países de la región serían tensas a futuro, lo que podría derivar en el fracaso de proyectos como estas uniones multilaterales.⁸⁴⁰ Cosío Villegas planteaba la paradoja de que, a pesar de la aparente disposición de EU a trabajar en una política regional en igualdad de condiciones, los países de la región la rechazarían debido a las experiencias políticas de décadas anteriores.

En segundo lugar, las aspiraciones de consolidar a América como el horizonte cultural dominante de la posguerra derivaron en la formulación de distintas propuestas en el campo educativo y cultural. La promoción de la tarea educativa bajo la lógica de convertirla en un

⁸⁴⁰ Consideraba que, si bien las condiciones geopolíticas globales la obligarían a contar con el respaldo de estos, planteaba la posibilidad de que las naciones iberoamericanas fueran reticentes a colaborar, sobre todo por los antecedentes históricos existentes de intervención y tutelaje, buscando en su lugar volcar sus vínculos hacia Europa. Cosío Villegas, “Las relaciones de Estados Unidos e Iberoamérica”, pp. 9-17.

motor que impulsara el desarrollo social y cultural del continente representó un punto que movilizó a distintos intelectuales, debido a que veían en este campo la instancia adecuada para encaminar la proyección del continente como nuevo parangón civilizatorio.

Por una parte, esta búsqueda por consolidar al continente como nuevo horizonte planteaba la necesidad de estimular la alta cultura como un elemento que propiciara el descubrimiento y reconocimiento de las naciones de la región de un horizonte futuro común, el cual posibilitaría construir acuerdos y alianzas en distintas esferas de la vida social. Esta idea, fundada en la existencia de lazos históricos comunes, permitió concebir propuestas como la que realizó Joaquín Xirau en el marco de la última sesión del Seminario Colectivo sobre América Latina de El Colegio de México. Este planteamiento giraba en torno de una hipotética unión hispanoamericana, organismo que agruparía a las naciones hispanoparlantes bajo un mismo marco político y cultural, y entre las cuales también se incluía a España. La proyección del filósofo español, al retomar la propuesta de formar confederaciones de naciones como una alternativa de organización política de la posguerra, proyectó a lo hispano como un horizonte de unión y cohesión fuerte y diverso entre las distintas naciones unidas bajo un marco socio-histórico común. En este sentido, Xirau retomó la noción del potencial renovador de lo hispano que abordamos con anterioridad y lo insertó como parte de un horizonte común para Iberoamérica, en donde el papel de la “otra España” fuese como la República Española restaurada, o como el exilio español, encontraría un horizonte de renovación y materialización cultural.

En esta visión, además de considerar aspectos políticos como la promoción de gobiernos democráticos, una dinámica federal entre las naciones y la renuncia a cualquier pretensión imperialista en la región, también se planteaba la necesidad de promover proyectos comunes en materia de educación superior, el ejercicio académico y de las artes, tales como la creación de becas e intercambios para estudiantes, postgraduados y académicos; el desarrollo de cátedras sobre los temas relevantes para la región; la creación de organismos culturales que promovieran el intercambio artístico y cultural; la creación de revistas científicas y culturales de carácter hispanoamericano; la celebración de congresos hispanoamericanos que permitieran un diálogo intelectual más fluido; entre otras.⁸⁴¹ Esta proposición fundamentaba

⁸⁴¹ Chavarría *et al*, *Integración política de Iberoamérica*, pp. 62-63. En esta reflexión Xirau partía de la promoción del hispanismo como un elemento que apuntalaría la unión del continente americano y la renovación

su pertinencia en la consideración de que las interacciones entre las élites intelectuales, al fungir como conciencia de las sociedades de la región, permitirían un mayor conocimiento sobre las características de estas naciones, lo que ayudaría a fortalecer una visión común como continente, afianzando lazos y entendimientos en todos los campos de la experiencia humana.

En contraste con la propuesta anterior, también se insistió en la obligación de atender y promover la educación básica, popular y universal. Esta necesidad de acceso a la educación básica y media superior por parte de las masas era visto como una forma para instruir en amplitud a la población, propiciando con ello el aumento del nivel de alfabetización, además de la existencia de ciertos filtros o frenos sociales que limitaran el acceso al poder de tendencias políticas de carácter autoritario. A su vez, intelectuales como Rafael Heliodoro Valle consideraban que este tipo de iniciativas ayudarían a estrechar los lazos culturales de los pueblos de la región de forma más orgánica.⁸⁴²

Un ejemplo de este tipo de formulaciones es la que realizó Oscar Morineau en un artículo que publicó en 1944 en *Cuadernos Americanos*. En este, el español estimaba que los programas de educación básica de los países de la región, si bien con limitaciones, comenzaban a dar frutos. Por ello instaba a enfocar los esfuerzos gubernamentales durante la posguerra en fortalecer a la educación secundaria, pues consideraba que ésta había sido relegada durante bastante tiempo en América Latina, lo que había sido un error político garrafal. Esto se debía a que este era un periodo crucial para la vida humana, ya que para Morineau, en ella —la adolescencia— se construía la base moral y social de aquello que sería el individuo a lo largo de su vida. Por ello, el español estimaba necesario reencausar las prioridades educativas a este nivel, con el propósito de lograr en la ciudadanía una formación integral tanto en lo moral como en lo técnico y educativo, en aras de procurar mejores condiciones de vida para las sociedades de la zona. Por ello, para el español la educación secundaria sería un gran aporte de la región para el mundo, constituyendo un legado que posibilitaría la democratización del continente.⁸⁴³

cultural necesaria para contrarrestar el panorama de crisis civilizatoria. Tal como señalamos con anterioridad, la concepción de la España humanista como respuesta al escenario crítico que enfrentaba Occidente resultó una formulación común en los planteamientos de distintos intelectuales del exilio republicano durante estos años.

⁸⁴² Una visión sintética de esta perspectiva es posible encontrarla en Heliodoro Valle, “América Latina en el mundo de la posguerra”, pp. 11-13.

⁸⁴³ Véase Morineau, “Aportaciones de la América”, pp. 14-30.

Estas proyecciones tanto en lo diplomático como cultural y educativo afianzaron diversas expectativas sobre qué se debería de hacer en el continente durante los años de la posguerra. Como veremos a continuación, tanto estos escenarios como los planteados en la esfera de lo global, chocaron con la realidad que se configuró al término del conflicto.

El término de la guerra y el apremio por una acción en contra del fascismo derrotado

Con la capitulación de Berlín entre abril y mayo de 1945, y la rendición de Japón en septiembre, se tuvo la certeza de que se había derrotado al fascismo en el enfrentamiento armado. Pero este escenario hizo más apremiante la realización de muchas de las propuestas planteadas durante los años de la guerra, tanto para construir una paz sólida y duradera como para lograr erradicar al fascismo en el plano político y social. De esta forma se erigía ante estos actores el momento de consumir las acciones esbozadas con antelación, pues se consideraba a este lapso una oportunidad única que conjuntaba muchos factores en favor de una transformación sustancial tanto del mundo como de América.

Si bien el escenario aparentemente se encontraba puesto para la realización de estas acciones, la perspectiva sobre su viabilidad no fue de total ingenuidad, ya que estos intelectuales estimaron muchas dificultades que podrían frustrar estas proyecciones. Este ejercicio de conciencia sobre el panorama geopolítico al término del conflicto fue realizado por personas como Mariano Ruíz-Funes, quien identificó una serie de elementos que podrían obstaculizar la materialización de dichos planteamientos. Entre estos se encontraban el que las naciones no tuvieran claras las razones del por qué se combatió en la guerra – a sus ojos, eran el término de la opresión del fascismo sobre naciones enteras y la erradicación de las estructuras que permitieron su aparición y desarrollo—, que las potencias no estuvieran dispuestas a asumir los costos de la paz, derivados de tratar de solucionar las secuelas de la guerra, tales como la destrucción, el hambre, el desorden civil, las injusticias, el colapso económico, el fanatismo, etc., lo que implicaba el ejercicio de autoridad y liderazgo político que las potencias vencedoras debían ejercer, entre otras.⁸⁴⁴

En este sentido, es posible afirmar que existió una estrecha correlación entre las reflexiones que autores como Ruíz-Funes o José Medina Echavarría desarrollaron en la plataforma durante esos años, y las discusiones que tuvieron lugar en el contexto inglés sobre

⁸⁴⁴ Ruíz-Funes, “Elegía de la paz”, pp. 7-33.

estos temas. En específico, los debates que intelectuales ingleses como Harold Laski o Robert Vansittart sostuvieron al interior del Partido Laborista Inglés, lo que se dio a conocer como la “cuestión alemana”, resultaron de particular relevancia para las preocupaciones de los actores hispanos y americanos.

Este debate entre Laski y Vansittart tuvo lugar en los años finales de la guerra y los inicios de la posguerra, época en que surgió la preocupación de cuáles deberían de ser las acciones por realizar para acabar con la influencia del nazismo en Alemania una vez terminada la guerra. Dentro del Partido Laborista chocaron las posturas de ambos intelectuales, quienes polemizaron en torno a temáticas como los orígenes del nacionalsocialismo o su caracterización. Por una parte Vansittart consideraba que el origen del nazismo se encontraba en la naturaleza ontológica del pueblo alemán, asociando aspectos del régimen nazi, como su naturaleza irracional o autoritaria con características propias de esta sociedad. Por otro lado Laski estimaba que las raíces del nacionalsocialismo se relacionaban con los intereses de las élites económicas y políticas alemanas, las cuales impulsaron diversas estrategias de carácter contrarrevolucionario a raíz de la crisis económica de fines de 1929 e inicios de la década de 1930, las cuales dieron origen a una dictadura autoritaria de carácter militar.⁸⁴⁵

Estas visiones de los orígenes del nazismo permitieron a ambos intelectuales plantear una serie de propuestas de acción con el propósito de lograr erradicar su influencia en la sociedad alemana una vez terminada la guerra. La postura de Vansittart y aquellos que lo apoyaban —calificados por Ruíz-Funes como vansittartismo—, consideraban que era

⁸⁴⁵ Desde la postura de Lord Vansittart, el nazismo había tenido su raíz en los aspectos culturales de la tradición alemana y su vinculación con la disciplina y la obediencia ciega, lo que había propiciado un “arraigo” ontológico en el carácter nacional del alemán su simpatía y apoyo por gobiernos dictatoriales o de carácter militarista. Por otro lado, la postura de Harold Laski, cercano también a diversos núcleos del exilio germanoparlante en Inglaterra, particularmente con círculos del Partido Socialdemócrata Alemán, concebían la existencia de una Alemania fragmentada, marcada entre aquellos sectores de la sociedad que apoyaron y fortalecieron al Partido Nazi desde sus orígenes, y la llamada “otra Alemania”, la cual estaba representada por aquellos grupos sociales que simpatizaban o militaban dentro del antifascismo, los cuales buscaban el surgimiento de una Alemania democrática y con una economía de carácter socialista, la cual emergería de una hipotética revolución social que marcaría el fin de la guerra y la transformación de la sociedad. Toms, “The victory of socialist”, pp. 287-290. A su vez, veía al nacionalsocialismo como una manifestación contrarrevolucionaria, producto de las tensiones sociales de la etapa entreguerras creadas por la sociedad capitalista alemana y sus circunstancias. Por ello, este adquiriría un carácter afianzado en el conflicto de las clases sociales, donde las industriales y capitalistas alemanes habían apoyado la emergencia del nacionalsocialismo como una forma de afianzar su poder y contener los fantasmas de la “depresión, el socialismo y el sindicalismo”. Dorn, “The debate over American occupation”, p. 484.

necesaria la ocupación militar de Alemania, con el propósito de garantizar una nueva realidad democrática y de paz para el país. Esto permitiría que la sociedad alemana, a la cual consideraba como la principal responsable de la emergencia y el afianzamiento de Hitler en el poder, fuera reeducada a partir de la vigilancia estricta de los aliados. Por ello la impartición de castigo generalizada en contra de la población alemana se volvía un elemento central en la argumentación.⁸⁴⁶ Por otro lado, Laski promovía la consideración de que la influencia del nazismo sobre la sociedad alemana se derivaba del influjo que las élites económicas y políticas tenían sobre la población al postergar los patrones de desigualdad. Por ello, dicha situación solo podría ser rota si el acaparamiento de la riqueza y la explotación eran erradicados en la sociedad alemana, y en su lugar se construía una economía democrática que promoviera políticas de igualdad entre la población.⁸⁴⁷

Teniendo como trasfondo esta misma discusión se encuentra el planteamiento que José Medina Echavarría realizó sobre la responsabilidad y castigo que debía de imperar en el caso alemán. El sociólogo español se situaba en el debate pugnando por una solución que conjugase tanto la restitución del daño y el castigo a los culpables, como la necesidad de mantener a Alemania íntegra, a la vez que se preocupaba por propiciar su reconstrucción, reintegrándola de forma gradual y autónoma al concierto de las naciones. En este posicionamiento, el español centró su atención en el terreno de lo educativo, aprovechando su conocimiento de la estructura académica alemana —debido a que había realizado estudios en dicho país entre 1930 y 1931— para delinear algunos de los retos y dificultades que enfrentaría el entorno nacional para resolver problemas de la restructuración del sistema educativo, la desnazificación que enfrentarían tanto los maestros como la población en general, y la supervivencia de posibles resabios de influencia nazi.⁸⁴⁸

Desde su punto de vista, era necesario atender en dicho proceso tanto la culpabilidad de la estructura política en el proceso de adoctrinamiento de la población como una cierta predisposición ontológica nacional fundada en los antecedentes históricos de la cultura

⁸⁴⁶ El origen de este planteamiento se encuentra en el sentimiento de germanofobia que imperó entre distintos círculos políticos ingleses durante los años de la guerra. Esto hizo que la consideración de responsabilidad incluyera a la amplia mayoría de la sociedad alemana, excluyendo solamente a aquellos que se opusieron en la clandestinidad al régimen nazi, o aquellos que optaron por el exilio a otras naciones. Tombs, “The victory of socialist”, pp. 287-292.

⁸⁴⁷ Dorn, “The debate over American occupation”, p. 484.

⁸⁴⁸ Medina Echavarría, “Alemania en la cruz”, pp. 67-76.

alemana, que fortalecieron los principios del régimen nazi.⁸⁴⁹ Medina Echavarría adoptó una posición salomónica frente a la discusión, al optar por que a los alemanes se les dotara de gradual, aunque rápida autonomía, para que lo estricto de la vigilancia se concentrara en lo político. También es posible señalar que tanto en la postura de Medina Echavarría como de Ruíz-Funes se encontraba una preocupación tangible por abrir el espacio de decisión y acción a los actores internacionales más allá de las potencias triunfantes, donde la voz de vencedores y vencidos fuera tomada en consideración para evitar repetir las experiencias de la primera posguerra y los efectos que a largo plazo trajo consigo el Tratado de Versalles. Por ello, la concepción de que las acciones realizadas en el espacio de la posguerra debían ser dialogadas y consensuadas por la comunidad internacional, con el propósito de construir una paz duradera y estable.

La posguerra: la transformación de una expectativa

Conforme avanzaron los años y se fueron agravando las tensiones entre las superpotencias, fue permeando en la plataforma una visión desencantada de ciertas proyecciones que se formularon durante los años finales de la Segunda Guerra. Las pugnas entre la Unión Soviética, la Gran Bretaña y los Estados Unidos, asociadas con la disputa de espacios políticos, económicos, sociales y culturales en las reconfiguraciones de la posguerra, fueron vistas por algunos de estos actores como un ejercicio de irresponsabilidad de cara a los compromisos que tenían frente a la humanidad en la construcción de una paz estable y consensuada. Esta situación, en que se desdibujó parte del optimismo por el futuro que surgió cuando se formularon estas percepciones, trajo consigo la transformación del antifascismo y del americanismo antifascista surgidos durante la década de 1930, dando lugar a un paulatino viraje que respondió a las tensiones de la naciente Guerra Fría.

La recriminación que esta plataforma realizó a las potencias vencedoras se basó en distintos principios políticos que se habían expresado como fundamentos de la lucha aliada. Lo expresado en documentos como la Carta del Atlántico o la Carta de las Naciones Unidas

⁸⁴⁹ Medina Echavarría anteponía el problema de que, en el terreno de lo educativo, a pesar de la estrecha vigilancia que las potencias triunfantes pudieran tener en el rediseño de la estructura educativa, existía la posibilidad de que se prosiguiera la subsistencia subterránea de la actividad nazi o que la sociedad alemana se inconformara por la hiper inspección sobre su sistema educativo. Véase Medina Echavarría, “Alemania en la crujía”, pp. 67-76.

fue retomado con el propósito de evaluar y criticar algunas de las medidas tomadas y no tomadas por las potencias en torno a lo que sucedía en Alemania e Italia a finales de la década de 1940, sobre todo en lo correspondiente a la eliminación de cualquier reminiscencia del fascismo. Ejemplo de esto es lo que expresó en 1948 Mariano Ruíz-Funes en su ensayo “Alemania y la guerra”. El jurista, al considerar como posible el estallido de un nuevo conflicto mundial por las tensiones entre EU y URSS, sobre todo a partir de lo sucedido con el bloqueo de Berlín, posicionó a Alemania como uno de los focos del conflicto bipolar. A sus ojos, esta inestabilidad podría dar lugar a que el nazismo, que seguía siendo un agente agitador en el contexto alemán, podría emerger de nueva cuenta como actor político de peso. Si bien Ruíz-Funes reconocía las acciones realizadas por los aliados en pro de la reconstrucción material del pueblo germano y la limitación a su estructura militar, consideraba que en lo concerniente a las élites económicas, seguían imperando los mismos círculos industriales que habían dominado durante el nacionalsocialismo, los cuales fueron favorecidos por los esfuerzos impulsados en la recuperación industrial del país el contexto de la posguerra.⁸⁵⁰

El ensayo de Ruíz-Funes puede ser considerado como extraordinario, por recuperar una amenaza pasada dentro de un horizonte político en plena transformación, este en realidad formó parte de una serie de trabajos que estimaron los esfuerzos políticos y culturales emprendidos durante la posguerra como insuficientes o fracasados. Esta postura ponderaba que sí bien eran palpables los éxitos en procesos como la desnazificación alemana o la reconstrucción europea, esto significaba poco frente a las tensiones que surgieron a causa de los reajustes geopolíticos al término de la Segunda Guerra Mundial. Dicha situación tenía al mundo al borde de otra confrontación global, lo que significaba para estos intelectuales un horizonte de incertidumbre y la consideración de fracaso en la construcción de una paz duradera y fuerte.

Pero también en la postura del español es posible delinear cómo la apelación del antifascismo comenzó a transformarse a la luz de las tensiones de la naciente Guerra Fría. Esto se debió a que la estimación de amenaza que significaban los remanentes del nacionalsocialismo alemán —relacionados sobre todo con las élites económicas alemanas— se neutralizaban frente a una especie de alianza informal que se daba entre dichos sectores y

⁸⁵⁰ Ruíz-Funes, “Alemania y la guerra”, pp. 30-49.

países como Estados Unidos o la Gran Bretaña, con el propósito de hacer frente a la nueva amenaza internacional que emergía: el comunismo.

Por otro lado, el americanismo antifascista expresado en esta plataforma encontró a finales de la década de 1940 también un horizonte de transformación. Recordemos que factores como el acercamiento diplomático del gobierno de Ávila Camacho con los Estados Unidos, la llegada de Harry S. Truman a la presidencia en 1945, la transformación estadounidense en una superpotencia al término de la guerra o la persistencia de regímenes autoritarios en el contexto americano fueron percibidos como un acotamiento al margen de acción que tenían las naciones latinoamericanas para materializar el horizonte a futuro proyectado por estos intelectuales durante los años finales de la Segunda Guerra Mundial.

En este sentido, tal como señalamos anteriormente, el golpe de Estado en Venezuela en diciembre de 1948 puede ser visto como el punto de inflexión para esta sensibilidad. Por una parte, lo sucedido en este país sudamericano fue visto como un retorno a las tendencias autoritarias que se planteaban como inherentes a la región. Por otro lado, la esperanza de unión regional se vio acotada por los intereses estadounidenses, pues sí bien se había logrado constituir iniciativas multilaterales en la zona que respondieran a los intereses de los países de la región, tales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), otras más como la Organización de Estados Americanos (OEA), habían sido configuradas de acuerdo con los intereses geopolíticos de la superpotencia continental. Ello acotaba en gran medida la capacidad de autodeterminación de las naciones de la región, llevando, como vimos anteriormente, a que estos intelectuales vieran en la opinión pública de cada país una forma de limitar la injerencia estadounidense en el espacio nacional.

Este horizonte de transformación fue percibido por Daniel Cosío Villegas en su ensayo de 1949 “Los Problemas de América”.⁸⁵¹ Al partir simbólicamente de la misma vaguedad con la que se calificaba a la región, al transitar por los denominativos de América Latina, Iberoamérica o América Hispánica, el mexicano dibujó un horizonte de frustración debido a que estimaba que la región tenía un gran potencial para satisfacer las necesidades esenciales de su población sin ninguna privación, pero que distintas condiciones de la región impedían dicha posibilidad. Estos obstáculos, entre los que se encontraban el predominio de la desigualdad social y de las injusticias económicas estructurales, la imposibilidad de

⁸⁵¹ Cosío Villegas, “Los problemas de América”, pp. 7-23.

movilidad social, la convivencia de estructuras económicas primitivas con modernas, entre otros, fueron asociados por Cosío Villegas como factores que debían haber visto una mejoría con los esfuerzos de la posguerra, pero que poco habían cambiado durante esos años.

Pero el tópico al que Cosío Villegas dio mayor peso para expresar su frustración fue el considerar que América continuaba a la zaga de la civilización occidental. Ante la crisis que vivió Europa y la humanidad en general a la luz de los conflictos de la época de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial, para el mexicano América debió de ser capaz de aprovechar la coyuntura para aventajar su aparente retraso y situarse a la cabeza, o al menos a la par del concierto de las naciones.⁸⁵² Esta perspectiva ofrece elementos para visualizar un contraste con la ilusión americanista de años previos. Es visible que el sueño de emancipación y autodeterminación si bien seguía vivo, este había sido acotado por el desarrollo de las circunstancias internacionales y regionales. Por una parte, la transformación política y diplomática de los Estados Unidos en superpotencia, país que avocó la mayor parte de sus recursos económicos en la reconstrucción europea, lo que dejó de lado al continente americano en materia de inversiones y apoyos comerciales. A su vez, el viraje diplomático estadounidense en la región, el cual respondió a fortalecer su presencia en el continente bajo la lógica de la seguridad continental. A ello también se sumó la incapacidad momentánea de los países de la región por estructurar una agenda diplomática propia que buscara atender las problemáticas en común.

Este punto marca simbólicamente el fin del americanismo antifascista impulsado por esta plataforma, pues el horizonte de la Guerra Fría hizo que la apelación americanista se resignificara y transformara de acuerdo con las nuevas inquietudes y expectativas de los intelectuales de la región. Si bien pervivió la iniciativa de acercar a las naciones latinoamericanas a partir de la continuación de proyectos culturales surgidos durante la primera década de 1940, como las colecciones “Tierra Firme” o “Biblioteca Americana” del FCE, con la llegada de Arnaldo Orfila a la dirección de esta instancia editorial en 1948, comenzaron a surgir nuevas inquietudes y preocupaciones sobre el horizonte que se cernía a nivel global y regional. Éstas se materializaron en colecciones como “Breviarios” o en proyectos como *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*.

⁸⁵² Cosío Villegas, “Los problemas de América”, pp. 18-23.

A su vez, revistas como *El Trimestre Económico* o *Cuadernos Americanos* se ajustaron a los reacomodos internacionales, lo que ayudó a que encontraran para finales de la década nuevos horizontes de pugna y definición de una agenda política, la cual reafirmó muchos de los elementos esgrimidos durante los años de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial, pero resignificados. Principios como el establecer límites a la injerencia estadounidense en la región o el reafirmar el ejercicio de la soberanía y la autodeterminación de las naciones latinoamericanas fueron reconfigurados a la luz del conflicto bipolar. A su vez, nuevas agendas y posturas políticas comenzaron a tener mayor peso en el desarrollo de los debates, tales como el desarrollismo, el anticomunismo, el liberalismo, o tal como señala Rafael Rojas para el caso de *Cuadernos Americanos*, se comenzó a formular una postura tercerista materializada en una impronta de exaltación latinoamericanista.⁸⁵³

⁸⁵³ Rojas, *Cuadernos Americanos y el latinoamericanismo*.

Conclusiones

El objetivo central de esta investigación fue estudiar la práctica de militancia intelectual antifascista y americanista en distintas revistas y colecciones editoriales en México entre 1934 y 1949. Para lograr esto, se planteó un enfoque triple de análisis. En primer lugar, indagar el papel fundamental de los impresos en la producción, circulación y discusión de planteamientos antifascistas en el contexto mexicano. En segundo, averiguar el lugar del antifascismo y el americanismo en la definición de una agenda de discusión e intervención pública promovida por un grupo de intelectuales mexicanos y extranjeros durante estos años a partir de distintas medialidades impresas. En tercero, examinar la práctica de la militancia intelectual que caracterizó a este conjunto de actores, la cual se asentó en una autopercepción identitaria como guías y orientadores de la sociedad. Para ello se retomó el caso de distintas publicaciones periódicas y libros de ciencias sociales y humanidades, como *El Trimestre Económico*, *Cuadernos Americanos*, *Jornadas* y la colección “Política y Derecho” del Fondo de Cultura Económica, unidas todas en una plataforma editorial a partir de una sensibilidad antifascista común.

Acotado por lo anterior, se realizó un análisis del desarrollo de estos proyectos editoriales y los actores involucrados en ellos, de las sensibilidades y percepciones identitarias presentes en sus páginas, de la práctica de la traducción como manifestación antifascista, y de la agenda de intervención pública planteada. De lo primero se evidenció la amplia vinculación que existió entre estas iniciativas culturales y la estructura gubernamental mexicana dentro de un proceso de modernización cultural que atravesó el espacio mexicano durante estos años. A ello se sumaron la presencia de exilios y redes intelectuales internacionales, lo que imprimió un carácter cosmopolita a estas instancias y que permitió su circulación más allá de las fronteras mexicanas, sobre todo en los países de habla hispana del continente americano.

En lo que respecta a las sensibilidades y percepciones identitarias, se comprobó el peso que tuvo la noción de crisis y sus diversas significaciones en el desarrollo tanto de una sensibilidad antifascista como americanista. La primera tenía un entendimiento plural del fascismo, aunque con un predominio de conceptualizarse como la exacerbación de las tendencias autoritarias del capitalismo, mientras que la segunda puede ser entendida como la

proyección de un potencial futuro para el continente en el que se reafirmaba su autonomía política y cultural, además de proclamarse como nuevo horizonte civilizatorio frente a la crisis que atravesaba el contexto europeo y occidental. A ello también se suma la legitimación que estos intelectuales hicieron de sus propuestas y actos de intervención en la discusión pública a partir de su autoconciencia como una “minoría selecta” y la necesidad de orientar a la sociedad a partir del conocimiento social.

De lo tercero se demostró que la traducción significó un mecanismo para establecer diálogos con otras experiencias y conceptualizaciones antifascistas, en este caso las provenientes del pensamiento socialista inglés, el *New Deal* estadounidense y los exilios europeos socioliberales en el contexto norteamericano. A ello también se sumó el empleo de los autores traducidos y su reputación como académicos e intelectuales como mecanismos para legitimar la postura de los mediadores de la traducción. A su vez, se expuso el empleo de una serie de marcapáginas y estrategias editoriales que sirvieron para encausar la lectura pública de estas textualidades de acuerdo con la línea antifascista que estos intelectuales buscaban promover, además de la resistencia crítica a legitimar una lectura benevolente con el papel que los Estados Unidos habían desempeñado históricamente en el continente americano.

De lo cuarto se comprobó que la agenda de intervención pública se enfocó en asentar diversos sentidos sobre el fascismo y sus riesgos para el continente americano y la humanidad dentro de la discusión pública, con el propósito de formar una corriente de opinión de carácter antifascista que sirviera como legitimadora de la postura adoptada por el gobierno mexicano y la causa política de diversos actores extranjeros insertos en el contexto mexicano. También se argumentó que la Segunda Guerra Mundial sirvió como espacio de posibilidad para la producción de proyecciones sobre el futuro que enfrentaría tanto la humanidad como el continente americano al término del conflicto internacional. También se verificó que la presencia de actores procedentes de diversos contextos y con intereses propios propició la pluralización de la agenda antifascista y americanista de estos proyectos editoriales. A su vez, se corroboró que esta agenda sufrió una serie de transformaciones de la época de entreguerras a la posguerra, pasando por la Segunda Guerra Mundial, adaptándose a la circunstancias globales, regionales y nacionales.

La convergencia de distintos actores condicionó el desarrollo de estos proyectos editoriales y la manifestación antifascista que se plasmó en ellos, donde la marginación de la mujer dentro de la plataforma también se vuelve una reafirmación de los procesos interseccionales de exclusión insertos dentro de las lógicas del campo intelectual latinoamericano de esos años y que en cierta medida se postergan hasta el día de hoy. En primer lugar, la presencia de funcionarios públicos de alto nivel y de intelectuales mexicanos reputados durante la época permitió la disposición de recursos y relaciones con los cuales solventar las iniciativas. Su vinculación con el gobierno cardenista condicionó parte de sus objetivos, pues se plantearon defender la agenda diplomática antifascista que el gobierno desarrolló durante la segunda mitad de la década de 1930. Ante los cambios efectuados con la llegada de Manuel Ávila Camacho al poder en 1940 y la entrada de México a la Segunda Guerra en 1942, algunos de estos actores cambiaron hacia una postura crítica.

Por su parte, la presencia de actores vinculados al contexto europeo y americano comprueba el perfil cosmopolita de estas iniciativas. Es palpable el peso que tuvieron los exiliados españoles en el desarrollo de estos impresos, ya que además de su presencia numérica equiparable por momentos al de los mexicanos, también fueron los únicos extranjeros que ocuparon el rol de promotores en el desarrollo de la plataforma. Su reclamo en contra del franquismo, su aislamiento internacional y su reivindicación del hispanismo como motor para repensar a futuro a la España republicana y su vínculo con América fueron algunas de sus preocupaciones centrales. La intelectualidad americana, por su parte, jugó un papel fundamental en la asociación entre antifascismo y americanismo, relacionando causas como la lucha en contra de las dictaduras militares, la limitación a la presencia estadounidense en la región y la búsqueda por asentar la autonomía de América fueron los principales reclamos. Los exiliados europeos se centraron en proseguir su lucha en contra del fascismo en el contexto receptor, en aras de lograr su legitimidad entre la opinión pública mexicana y su diferenciación frente a las manifestaciones fascistas de sus países de origen. Estos extranjeros, incorporados a estos proyectos a partir de las redes intelectuales de personajes como Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva-Herzog o de las propias relaciones del exilio, permitieron apuntalar la circulación de revistas y libros en otros países de Hispanoamérica, otorgando mayor resonancia a los planteamientos antifascistas presentes en estos proyectos.

En la pesquisa también fue posible comprobar que estos proyectos editoriales se insertaron en un marco contextual doble. Por una parte, un proceso de modernización cultural que vivió el entorno intelectual mexicano, en el cual se gestaron y desarrollaron distintas instituciones y proyectos cuyos propósitos fueron la consolidación institucional y educativa de distintas manifestaciones artísticas, campos del conocimiento social, disciplinas humanísticas y la gestión del patrimonio histórico y artístico del país. Las alianzas y esfuerzos conjuntos entre la estructura gubernamental mexicana y las comunidades de intelectuales, académicos y artistas del país, derivaron en el fortalecimiento del papel del Estado como uno de los principales promotores culturales del contexto mexicano. Por otro lado, estas iniciativas también se insertaron en el desarrollo de una relación entre edición y antifascismo dentro del entorno mexicano de las décadas de 1930 y 1940, la cual dio origen a una amplia y variada producción de impresos. Estos tenían como objetivo intervenir en la discusión del fascismo como amenaza y problema, proponer potenciales soluciones a dicha cuestión, además de servir como propaganda en la promoción de los objetivos políticos de los actores que los gestaron.

Emparejados con los sucesos que se desarrollaban a nivel nacional, regional e internacional, fue posible argumentar la existencia de cuatro etapas en la conformación de esta plataforma editorial antifascista. La primera de ellas, de 1934 a 1937, se caracterizó por la gestación del marco institucional que dio lugar a estos proyectos editoriales, *El Trimestre Económico* el primero de ellos. También se gestaron las primeras manifestaciones de la sensibilidad antifascista derivada de las conceptualizaciones sobre la crisis de época que permearon durante estos años, sobre todo a partir de la traducción de autores provenientes del contexto anglosajón y estadounidense.

La segunda etapa, de 1938 a 1941, se caracterizó por representar un lapso de maduración tanto de la plataforma como de su apelación antifascista. Además de la creación de La Casa de España y su posterior transformación en El Colegio de México y de la formación de “Política y Derecho” del Fondo, también se integraron muchos exiliados europeos e intelectuales latinoamericanos, lo que pluralizó las cargas interpretativas presentes en la plataforma. El desarrollo y conclusión de la Guerra Civil Española y el estallido de la Segunda Guerra Mundial fortalecieron la presencia del tópico del fascismo en las páginas, además de que se comenzó a delinear con fuerza la agenda antifascista que se

estructuró alrededor de la plataforma. El americanismo también hizo acto de aparición, lo que potenció la percepción de América como alternativa a la situación crítica que vivía la humanidad.

La tercera etapa, de 1942 a 1945, representó el auge tanto de la plataforma como de la militancia intelectual desplegada en sus páginas. Por una parte se crearon tanto *Cuadernos Americanos* como *Jornadas*, extendiendo los alcances de esta plataforma. Por otro lado, la entrada de Estados Unidos y México a la guerra entre 1941 y 1942 propició una efervescencia política dentro de estos circuitos intelectuales, que consideraban que esta coyuntura podría representar un vuelco en el rumbo de la guerra. Esto aceleró y fortaleció los planteamientos antifascistas y americanistas de cada colectividad presente en estos proyectos editoriales, con el propósito de que su discusión diera lugar a una opinión pública favorable a sus posturas y reclamos, para cohesionar a los grupos de poder en México y favorecer la adopción de medidas adecuadas para lograr sus objetivos. También se demostró que la preocupación por el futuro al término de la guerra fue cobrando importancia en los debates y colaboraciones de la plataforma, donde la proyección de un potencial futuro para el continente americano y la necesidad de concretar una serie de acciones para encauzarlo representaron el máximo despliegue del americanismo antifascista de estos años. Sin embargo comenzaron a emerger visiones críticas respecto a la relación de las naciones americanas —particularmente las dictaduras y México— que sostenían con los Estados Unidos.

La cuarta etapa, de 1946 a 1949, significó un lapso de reajustes y transformaciones tanto de los proyectos editoriales como de las sensibilidades, lo que dio lugar al fin de la plataforma editorial en 1949. Tal como se mostró, además de la salida de distintos personajes cruciales para el desarrollo de la plataforma, como Daniel Cosío Villegas, José Medina Echavarría o Vicente Herrero, los reajustes globales de la posguerra también dieron lugar a transformaciones al interior de la plataforma. Estos cambios limitaron la consolidación de muchas de las expectativas generadas sobre lo que podría significar la posguerra, lo que dio lugar a un espíritu de desencantamiento. El cambio en la agenda global y continental dio lugar a que el americanismo sufriera una reinterpretación a la luz del inicio de la Guerra Fría, mientras que el antifascismo comenzó a ser relevado en la discusión pública por otros tópicos de mayor actualidad, como los autoritarismos americanos o el conflicto bipolar.

Ahora bien, a lo largo de la investigación se plantearon diversos tópicos relacionados con la formación de esta plataforma y los actores involucrados en ella. Uno de éstos fue el cosmopolitismo que caracterizó tanto a estas iniciativas como a distintos actores insertos en ellas. Tal como se demostró a lo largo de las páginas, la apelación cosmopolita por parte de muchos de los actores mexicanos se dio a partir de la conjugación del horizonte nacionalista de la época con una apertura por lo que sucedía, lo mismo en lo político que en lo cultural e intelectual, más allá de las fronteras nacionales. Esto permitió que el enfoque tanto de las producciones culturales como de las mismas apelaciones antifascistas abrieran el foco a lo que sucedía en el entorno internacional. Esto se vio fortalecido por el ejercicio de la traducción, cuyos canales de diálogo fueron explotados para circular perspectivas provenientes de otras realidades y aprovecharlas como mecanismos de legitimación en el contexto intelectual y antifascista mexicano. Si bien esto es posible palparlo, también es necesario señalar que estas manifestaciones cosmopolitas tuvieron sus limitaciones en estas figuras intelectuales, existiendo siempre una tensión entre lo nacional y lo internacional.

Por otro lado, la presencia de actores provenientes del contexto europeo y americano pluralizó la sensibilidad antifascista y permitió el desarrollo de la americanista. La presencia española a raíz de lo sucedido en la Guerra Civil remarcó uno de los mayores impulsos movilizadores a estos actores, convirtiéndolo en un “criterio” de acción para muchos de los personajes que colaboraron en la publicación, cuya lógica de enfrentar al franquismo representó un canalizador para vincular al antifascismo con su causa política. La otra parte de los exiliados europeos, sobre todo germanoparlantes e italianos fortaleció la apelación antifascista a partir de la experiencia de “viva voz” de lo que representaban estos regímenes. La impronta de la intelectualidad americana y su reclamo por un ejercicio de autonomía y autodeterminación frente a las intervenciones externas, además de la tensa vinculación entre el continente y lo occidental dieron lugar a una especie de pannacionalismo que buscaba construir un horizonte común para las naciones de América.

En el caso de la concepción de crisis que movilizó la constitución de las sensibilidades antifascista y americanista, fue posible comprobar que esta conceptualización estuvo arraigada a distintas de las disciplinas del conocimiento social que cultivaron dentro de estos proyectos editoriales, donde destacaron la economía, la ciencia política, la historia, la filosofía y la reflexión cultural. También fue posible comprobar que la traducción representó

un elemento fundamental para la constitución de esta visión de crisis de época, pues los puentes de diálogo que se crearon con el pensamiento socialista británico o con intelectuales del *New Deal* estadounidense sirvieron como estratos de los cuáles se alimentaron distintos intelectuales que colaboraron con la plataforma. La concepción de crisis del capitalismo y del liberalismo a partir de los sucesos coyunturales de finales de la década de 1920 y la de 1930 y cómo estos dieron origen al fascismo representaron, tal como se mostró en la investigación, los movilizadores para el desarrollo del antifascismo y el americanismo de estos proyectos.

La constitución de una sensibilidad antifascista que encontró espacio de expresión en esta plataforma, tal como se expuso, se asentó en distintos estratos. Además de la concepción de crisis, lo sucedido en la Guerra Civil Española, la postura diplomática del gobierno mexicano, las experiencias del exilio europeo o la exacerbación de América como respuesta a la situación crítica europea sirvieron como movilizadores en la conformación de esta expresión antifascista. Esta sensibilidad mostró una flexibilidad a la hora de permitir que distintos regímenes se situaran dentro de la etiqueta del fascismo. El nacionalsocialismo alemán, el fascismo italiano, el militarismo japonés, el franquismo español y distintas dictaduras militares latinoamericanas, a pesar de sus diferenciaciones, se insertaron dentro de la noción de fascismo. Éstas encontraron punto de unión al considerarse productos de la exacerbación autoritaria del capitalismo y las élites económicas y políticas que detentaban el poder dentro de estas naciones. Esto asentó la posibilidad de congeniar distintos intereses políticos dentro de la agenda antifascista que promovió la plataforma. Los reajustes geopolíticos a nivel mundial dados durante la posguerra y la tensiones que resultaron en el inicio de la Guerra Fría fueron desplazando de la agenda pública el tópico del antifascismo.

Por su parte el americanismo dentro de esta plataforma se amalgamó con el antifascismo, dando lugar a una comprensión conjunta que permite denominarlo “americanismo antifascista” o “americanismo de la Segunda Guerra Mundial”. Hubo compaginación del anhelo de una autonomía política y cultural efectiva frente a cualquier intervención o injerencia externa, en la cual también se incluía por momentos a la influencia de los Estados Unidos en la región, además de asentar el llamado a que el continente reafirmara una identidad cultural y espiritual propia. Esto permitió que esta sensibilidad acompañara reclamos de democratización del continente, de la construcción de organismos

multilaterales propios que expresaran las necesidades de los países de la región, y el término de las dictaduras en la región.

Por su parte, la constitución de una identidad como élite social a partir de la noción de “minoría selecta” permitió comprender que estos actores veían en su labor profesional una forma de contribuir a la sociedad pero también de legitimar y consolidar su posición pública. La idea de orientar y guiar a la población en una especie de sentido pedagógico fue una de las razones de origen de estos proyectos editoriales, cuya lógica fue proveer materiales a los estudiantes y público interesado en las ciencias sociales y las humanidades para favorecer su formación como especialistas en estas disciplinas. La extensión de esta acción educativa a la difusión de distintas sensibilidades a la luz de la coyuntura que vivió la humanidad durante las décadas de 1930 1940 no sólo representó la promoción de una agenda de discusión, sino que también dio lugar a la formación y fortalecimiento de alianzas simbólicas con otros actores, destacando en este caso el vínculo con la estructura gubernamental mexicana. Si bien resulta difícil determinar hasta qué grado sus acciones impactaron en la formación de una corriente de opinión en el debate público, o en qué forma la promoción de esta agenda retribuyó en los objetivos de cada grupo social inserto en la plataforma, hay margen para suponer que realmente estas manifestaciones no tuvieron gran relevancia fuera de los círculos intelectuales y especializados de la época, si fue posible estimar los reajustes que se dieron al interior de la concepción identitaria de algunos de estos actores, pues existió un tránsito de la colaboración con las esferas de poder a una exaltación de la necesidad de contar con mecanismos de contención —la opinión pública— para frenar los abusos de poder.

Lo anterior tiene mucha correlación con lo que se concibió sobre el Estado mexicano y los Estados Unidos. Tal como se señaló, la relación de muchos de los actores mexicanos con la estructura gubernamental mexicano fue muy estrecha, pues muchos llegaron a ocupar puestos de importancia dentro de la Secretaría de Hacienda y la Secretaría de Relaciones Exteriores. Esto hizo que el respaldo institucional que tuvieron estos proyectos editoriales se correspondiera con el apoyo a diversas políticas y decisiones que se tomaron durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, así como la agenda diplomática. Pero también fue posible observar que esta relación tuvo ciertos límites. Los estratos experienciales que diversos de estos intelectuales y funcionarios tuvieron, relacionados con los procesos de la Reforma Universitaria de la década de 1920 y la práctica diplomática

mexicana instaurada durante la década de 1930 dio lugar a que construyeran una serie de reservas frente a lo que significaba la Buena Vecindad estadounidense. Esto se potenció por la postura de otros intelectuales americanos, quienes empapados por las experiencias antiimperialistas, también manifestaron cierto recelo. El estrechamiento de relaciones entre México y Estados Unidos a la luz del gobierno de Ávila Camacho, y que tuvo un punto álgido en la Conferencia de Chapultepec de 1945, representó uno de los límites de la vinculación entre los intelectuales y el Estado mexicano.

También la presencia de los actores provenientes del contexto europeo —españoles, germanoparlantes e italianos— y americano dio lugar al impulso de sus propias causas dentro de la plataforma, constituyendo parte de esta agenda antifascista. Fue posible observar el intento por deslindar responsabilidad por el estallido de la Segunda Guerra Mundial representó la búsqueda por construir una legitimidad de los exiliados europeos ante la opinión pública hispanoamericana como representantes de la dignidad de sus países de origen. La causa del antifranquismo otorgó la oportunidad a muchos exiliados españoles de seguir la lucha en contra del fascismo desde su nuevo contexto forzado, además de presionar a que el gobierno mexicano y otros de la región adoptaran medidas para aislar diplomáticamente el gobierno de Francisco Franco. La equiparación de distintas dictaduras latinoamericanas como manifestaciones de un fascismo nativo de la región significó una estrategia para promover su combate y caída, al aprovechar la retórica antifascista y la apelación americanista, al considerar que éstas representaban una amenaza a la estabilidad del continente y a los deseos de autodeterminación con la que debía contar el continente. Pero para algunas de estas agendas, el rol estadounidense fue un objeto de tensión y conflicto, pues mientras para los españoles este país significó uno de los primeros que otorgaron reconocimiento diplomático al régimen de Franco, para los americanos simbolizó una presencia incómoda para el continente, debido a que respaldó a gobiernos dictatoriales en aras de consolidar su posición hegemónica a la luz de la Segunda Guerra Mundial.

La proyección de futuros también fue un elemento central dentro de esta experiencia antifascista. Esto representó otro factor de movilización dentro de la militancia intelectual que plantea esta investigación, dando lugar a que se visualizara el campo de acción central para estos personajes, en el cual podían incidir de mejor manera y concretar muchos de los propósitos que se planteaban con sus apelaciones. Tal como se vio, los últimos años de la

Segunda Guerra Mundial fueron el marco para que en la plataforma se generaran una serie de expectativas sobre lo que podría ser el mundo al término del conflicto, planteándose como un campo de posibilidad que podría dar lugar a una sociedad más justa y equitativa, en donde el continente americano emergía como un potencial guiador para la humanidad. Esto dio lugar a la apelación constante de la necesidad de realizar acciones para que se concretaran dichas esperanzas, sobre todo frente a aquellas amenazas internas y externas que podían poner en peligro el rumbo de América.

También se expuso que ese horizonte contrastó con los reajustes de la posguerra, tales como el choque entre las superpotencias vencedoras de la segunda guerra o la aparente exacerbación del poder estadounidense sobre el continente americano. Esto dio lugar al reajuste de las expectativas y la modificación de las sensibilidades, sobre todo en el caso del americanismo, lo que derivó en su transformación en un discurso de enfoque latinoamericanista para varios de estos intelectuales, cerrando la posibilidad de colaboración con la potencia norteamericana. A su vez, también marcó el quiebre que distintos intelectuales mexicanos realizaron con grupos de poder insertos dentro de la estructura gubernamental mexicana, lo que abrió la posibilidad de crítica en contra de los gobiernos mexicanos. Resulta paradójico que justo cuando se comienza a plantear el discurso de “crisis de la revolución mexicana”, perviva todavía, al menos en el campo de la cultura, el proceso de modernización e institucionalización. En este sentido, la apelación crítica se justificó en la carencia de principios morales y en las prácticas asociadas a la corrupción que se realizaban desde las instancias del poder.

Entre los problemas historiográficos con los que dialoga esta investigación, es posible señalar una serie de contribuciones que permiten ahondar en la discusión y matizar ciertos planteamientos que con anterioridad se había planteado. Por una parte, la discusión en torno a concebir el antifascismo como un elemento que propició la internacionalización de la esfera política en distintos países de la región, y que ha sido abordado por autores como Ricardo Pasolini o Andrés Bisso,⁸⁵⁴ resulta un elemento de relevancia para esta investigación. Complementando lo planteado por estos investigadores, este trabajo suma la necesidad de poner en tensión la creación de agendas antifascistas compartidas entre actores nativos y

⁸⁵⁴ Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política” pp. 403-433; Bisso, “La “Unión Democrática”, pp. 199-213; Bisso, *Acción Argentina*.

actores extranjeros. Al ser México un importante espacio receptor de exilios durante estos años, entre los que destacaron el español, el germanoparlante y el centroamericano, esta pesquisa ha mostrado que estas voces interactuaron con actores nativos del contexto mexicano para el desarrollo de una agenda antifascista de carácter cosmopolita, en donde se promovieron tanto los intereses de las comunidades en el exilio como de los sectores mexicanos.

También como parte de los problemas historiográficos que se discutieron en esta pesquisa, el papel del Estado mexicano como actor antifascista ha resultado uno de los tópicos en los que se han enfocado las investigaciones en los últimos años. El aporte de esta tesis a la discusión es la proposición de las concepciones de “Antifascismo de Estado” y “Estado antifascista”, las cuales pueden ayudar a pluralizar y diversificar los entendimientos sobre el rol que tuvo esta instancia en el antifascismo mexicano, al mostrar las múltiples presencias que existían dentro de la estructura gubernamental mexicana de la época, las cuales empleaban el antifascismo con el objetivo de disputar posición y capacidad de acción dentro de las instituciones estatales mexicanas y sus esferas de influencia, además de apuntalar la presencia pública de estas instancias a partir de un ejercicio propagandístico. Esto permitirá ponderar los alcances y limitaciones que tuvo la estructura estatal dentro del campo antifascista mexicano de las décadas de 1930 y 1940, además de situarlo como uno de los actores preponderantes, pero no el único.

También como parte de estos matices, es posible lanzar la hipótesis de que el antifascismo pudo ayudar a consolidar la pretensión de unidad en torno al Estado mexicano de la época, al agilizar los procesos de negociación que distintos organismos tuvieron con las instancias gubernamentales mexicanas y sus esferas de influencia, lo que en ocasiones derivó en su incorporación a centrales sindicales, campesinas o populares bajo el control estatal. A su vez, el antifascismo ayudó a excluir, no solo en la lógica interna, sino en la externa, a aquellos sectores que eran considerados incompatibles con el régimen o que representaban una oportunidad táctica para concretar intereses de mayor importancia. El caso del conflicto diplomático entre México y Argentina a la luz de la Conferencia de Chapultepec de 1945 es una muestra de que la retórica antifascista pudo servir como legitimadora de acciones consideradas controversiales en el afán de lograr objetivos más trascendentes, como en este caso el afianzamiento de las relaciones bilaterales con los Estados Unidos. Pero esto también

nos muestra los límites de las alianzas que se tejieron alrededor de la estructura estatal bajo la sensibilidad antifascista.

La relación entre edición y antifascismo también ha sido otro de los problemas historiográficos que han cobrado importancia en los últimos años. El entendimiento de las formas en que la producción y circulación de impresos fue empleada por distintas experiencias antifascistas como una herramienta propagandística y de instrucción pública con el objetivo de señalar públicamente la importancia de enfrentar la amenaza del fascismo o de denunciar a aquellos grupos identificados como parte de esa amenaza resultan elementales dentro de los estudios que se han realizado en torno a revistas, periódicos, folletos o libros de carácter antifascista. En esta lógica, esta investigación ha contribuido a la discusión en diversos sentidos, destacando situar a las colecciones editoriales y a las revistas especializadas en ciencias sociales dentro de dicho corpus de producciones antifascistas, ya que habían sido dejadas de lado por investigaciones previas. A ello también se suma la perspectiva de conjuntar múltiples impresos bajo una estructura organizativa y de agenda de discusión común a partir de la categoría “plataforma editorial”, la cual permite comprender algunas de las prácticas que existieron en la edición antifascista. Otro aporte por destacar es la importancia que tuvo la traducción en estos procesos, al funcionar como un mecanismo que permitió la construcción de puentes de diálogo entre distintas experiencias e interpretaciones antifascistas, además de ayudar a construir la legitimidad de aquellos actores inmersos en la producción editorial, ya fuesen editores, traductores o agentes editoriales.

En el terreno de las categorizaciones y metodologías, esta pesquisa ha permitido poner sobre la mesa de discusión una serie de concepciones que pueden ser de utilidad para los estudios sobre la historia intelectual, del libro, la edición y los impresos de América Latina del siglo XX. Por una parte, la noción de plataforma editorial, cuya formulación se da con el objetivo de acercar a diversas tipologías del impreso bajo un horizonte organizativo e ideológico común. En el caso de esta investigación ha permitido analizar y explicar de mejor forma la relación que estos proyectos editoriales tuvieron en común. La comprensión de éstos bajo una lógica interconectada ha dado lugar a apreciar que los vínculos que existieron entre estas iniciativas fueron más allá del enfoque en ciencias sociales y humanidades que tenía, pues también es posible definirlas como parte de un impulso común surgido desde el antifascismo, en donde la estructura organizativa empleó los recursos a disposición de forma

complementaria, con el afán de potenciar los alcances y resonancias de los contenidos antifascistas difundidos a través de estas revistas y colecciones editoriales. Por ello consideramos que esta podrá ser de utilidad para el campo de estudios de los impresos, pues en sintonía con otras de características similares, como “redes revisteriles” formulada por Horacio Tarcus,⁸⁵⁵ permiten ahondar tanto en las interdependencias que existieron entre los impresos contemporáneos como en las relaciones que estas producciones culturales tuvieron con su marco contextual.

Por otro lado, la concepción de sensibilidad antifascista si bien ya ha sido empleada por otros autores como Ricardo Pasolini, Enzo Traverso, o Bruno Groppo,⁸⁵⁶ lo propuesto en esta investigación puede ayudar a refinar su empleo para otros casos de estudio. Estos autores ponen en relevancia la forma en que sucesos como la Guerra Civil Española, el ascenso del nacionalsocialismo al poder en Alemania o el estallido de la Segunda Guerra Mundial marcaron la agenda y el desarrollo del antifascismo a nivel global. La contribución de este trabajo a la categoría es poner en relevancia la necesidad de prestar atención en cómo se intercalan procesos racionales de pensamiento con manifestaciones emocionales en la constitución del antifascismo. La construcción de un “criterio” de acción bajo la lógica del “pensar tal como es sentido y sentir tal como es pensado”, en el cual se conjugaron tanto planteamientos ideológicos y programas políticos con experiencias vitales, temores, inquietudes, ansiedades, entre otras cuestiones, da lugar a pensar que la sensibilidad fue una manifestación plástica y en constante transformación, la cual se resignificó de acuerdo con el grupo social involucrado en estas manifestaciones. Esto permitiría comprender de mejor forma tanto a las alianzas como a las tensiones y conflictos que surgieron dentro del antifascismo, llevando dichas manifestaciones más allá del enfoque político.

En lo que respecta a la sensibilidad americanista, el ponerla en diálogo con el antifascismo ha permitido comprender mejor su significación durante esta época. Si bien es necesario señalar que el americanismo no se limitó solamente a jugar como comparsa del antifascismo durante los años estudiados, ya que sus significaciones fueron más allá en el campo del arte, la literatura y de las humanidades, en esta investigación se demostró que no es posible entender el uno sin el otro para el espacio latinoamericano. La promoción de

⁸⁵⁵ Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, pp. 20-27.

⁸⁵⁶ Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo”, pp. 81-116; Traverso, *A sangre y fuego*, pp. 249-250; Groppo, “El antifascismo”, pp. 27-44.

América como un horizonte a futuro frente a lo que sucedía en Europa y a nivel mundial, puede ser entendido como un “criterio” de acción que cobró sentido a partir de la concepción de crisis de época que permeó entre estos círculos intelectuales, donde el fascismo era su manifestación y producto más evidente. La conjunción de ambas permite comprender que a pesar de la distancia geográfica y simbólica que separa a Europa y América, ésta ha servido como un espejo frente al cual se proyecta parte de la intelectualidad americana, con sus tensiones y disrupciones.

También a lo largo de la tesis el empleo de la categoría de militancia intelectual ha permitido poner sobre la mesa una comprensión alterna a las formas de militancia política de estos actores más allá de la noción del intelectual comprometido. Si bien esta categorización no representa una novedad absoluta en el campo de estudios de la historia intelectual, sí representa una oportunidad para acentuar la diversidad de concepciones sobre la participación en política que existieron en estas esferas de la sociedad a lo largo del siglo XX. En este caso, ésta pone particular atención en la concepción de “momento límite”, la cual puede derivar en la flexibilización de principios identitarios normativos que se consideraban como inviolables, pero que ante la excepcionalidad de la coyuntura, resultaba necesario tomar postura y sumar acciones en aras de encontrar una posible solución a la situación crítica que se enfrentaba. Esta práctica debe ser entendida de acuerdo con las propias características y concepciones identitarias de los actores y su disposición, bajo ciertas condiciones, a encauzar su práctica profesional, con el propósito de alcanzar idealmente un bien mayor.

Si bien la investigación ha permitido esclarecer distintas cuestiones, ésta también tiene una serie de limitaciones que requieren mayor atención a futuro. Entre ellas se encuentra la necesidad de conectar estos proyectos editoriales dentro de un contexto de diálogo y discusión antifascista más amplio, que no solo atienda al espacio mexicano, sino que los cruce con otras publicaciones y colecciones editoriales de la época, tales como *Sur*, *Repertorio Americano*, Losada, Ercilla, Sudamericana, Claridad, entre otras. También hace falta ahondar en otros acervos documentales que permitan conocer a profundidad los conflictos, disputas y negaciones que se pudieron dar con otros grupos de poder dentro de la estructura gubernamental de la época a partir del empleo de otras plataformas o proyectos editoriales. A su vez, de momento resulta imposible ofrecer respuestas convincentes a

preguntas como: ¿Por qué la militancia comunista fue una presencia intermitente dentro de la plataforma? ¿Cuál fue el impacto público de las apelaciones antifascistas y americanistas que se desplegaron en las páginas de estos proyectos editoriales? ¿Realmente formó una opinión pública de tendencia antifascista? o ¿Qué factores, más allá de la hegemonía masculina dentro del campo intelectual de la época, explican la escasa presencia de mujeres en las apelaciones antifascistas de esta plataforma?

También es necesario señalar que a partir de esta indagación se abren una serie de potenciales vetas de investigación que requieren de nuevas pesquisas que profundicen al respecto. Entre ellas hace falta ahondar en el vínculo entre antifascismo y edición, con el propósito de comprender la relevancia que tuvo esta relación en distintas experiencias antifascistas de la época. De esto derivan una serie de cuestiones que resultan esenciales para comprender dicha interacción, tales como las estrategias editoriales que se emplearon para la creación de este tipo de impresos y su peso como herramientas políticas; sobre cómo se concilió el doble carácter de este tipo de producciones culturales (económico y simbólico) a través de distintas estrategias de venta y circulación, sobre todo en aquellas editoriales con un perfil comercial; o la equiparación de la relación entre antifascismo y cultura impresa con otras “sensibilidades anti”, tales como el anticomunismo o el anticapitalismo.

Otra veta que resulta necesaria atender es la relación de la estructura gubernamental mexicana y el antifascismo. La forma en que las tensiones y confrontaciones políticas entre los grupos de poder presentes en esta estructura fueron dirimidas a través del antifascismo resulta un aspecto esencial para comprender cuáles fueron los alcances y límites de la participación estatal como actor antifascista. A ello habría que sumar la consideración de cómo la sensibilidad antifascista impactó en los procesos de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades durante las décadas de 1930 y 1940, tanto en México como en América Latina. También resulta elemental comprender al fascismo desde un enfoque de género. Más allá de las dificultades documentales que existen para ahondar en esta cuestión, la presencia de organizaciones de mujeres dentro de las convocatorias antifascistas o el papel destacado que tuvieron personajes como Eulalia Guzmán o María Asúnsolo en la organización de eventos y mítines antifascistas resultan solamente algunos indicios de un filón que requiere más atención en el caso mexicano.

Y por último, un tópico que queda aún pendiente de estudiar con mayor profundidad son los reacomodos y pervivencia de la retórica antifascista en el marco de la Guerra Fría, ya que su apelación continuó presente en los estratos de distintos grupos políticos de la época. Esta tuvo momentos de renovada presencia pública, tal como sucedió en el contexto latinoamericano a finales de la década de 1960 y toda la de 1970, pues a raíz de la emergencia de dictaduras militares en diversas naciones de la región, el antifascismo tuvo fuerte presencia en las concepciones de distintas colectividades.

Anexo 1. Sesiones de los Seminarios Públicos sobre la Guerra y América Latina

No. de sesión	Fecha de Sesión	Título de la ponencia	Ponente
Seminario Público sobre la Guerra			
1	3 de agosto de 1943	Presentación general de los problemas de la guerra	José Medina Echavarría
2	17 de agosto de 1943	Los principios de la guerra desde los puntos de vista táctico y estratégico en relación con los progresos de la ciencia	General Tomás Sánchez Hernández
3	31 de agosto de 1943	Causas políticas de la guerra: El equilibrio de poder/La geopolítica	Manuel J. Serra, Jorge A. Vivó
4	7 de septiembre de 1943	Causas económicas de la guerra: La presión demográfica/La disponibilidad de materias primas	Gilberto Loyo, Manuel Chavarría
5	21 de septiembre de 1943	Las causas humanas de la guerra	Antonio Caso/Jorge Zalamea
6	5 de octubre de 1943	Los efectos sociales de la guerra	Vicente Herrero
7	19 de octubre de 1943	Los efectos económicos de la guerra	Josué Sáenz
8 (cancelada)	2 de noviembre de 1943	La prevención de la guerra	Manuel Pedroso
9	16 de noviembre de 1943	La prevención de la guerra	Manuel Pedroso
10	13 de diciembre de 1943	Las relaciones de Estados Unidos y América Latina/El papel de Rusia en la vida internacional	Daniel Cosío Villegas/Emigdio Martínez Adame
11	14 de diciembre de 1943	La participación del Estado y de la iniciativa privada/Obstáculos a la industrialización de los países latino-americanos/La ocupación plena y la democracia	Víctor Urquidí, Gonzalo Robles, Manuel Sánchez Sarto
12	15 de diciembre de 1943	La coexistencia de regímenes democráticos y dictatoriales/ ¿La guerra actual dará origen a una revolución social importante?	Antonio Carrillo Flores, José E. Iturriaga
Seminario Público sobre América Latina			
1	30 de marzo de 1944	El patrón oro y la vulnerabilidad de nuestros países	Raúl Prebisch
2	13 de abril de 1944	La predisposición ecuménica	Alfonso Reyes
3	20 de abril de 1944	El pensamiento hispanoamericano	José Gaos
4	27 de abril de 1944	El Brasil en la América Latina	Renato de Mendoça
5	4 de mayo de 1944	El contenido social de la literatura iberoamericana	Agustín Yáñez
6	11 de mayo de 1944	Los problemas sociales del indígena americano	Alfonso Caso
7 (cancelada)	18 de mayo de 1944	El obrero latinoamericano	Vicente Lombardo Toledano
8	25 de mayo de 1944	Posibilidades de bloques económicos en América Latina	Javier Márquez

9	1 de junio de 1944	La industrialización de Iberoamérica	Gonzalo Robles
10	8 de junio de 1944	La organización constitucional	Vicente Herrero
11	15 de junio de 1944	El tirano en la América Latina	José E. Iturriaga
12	22 de junio de 1944	La articulación política iberoamericana	Varios ponentes

Elaboración propia a partir del trabajo con fuentes primarias.

Anexo 2. Primeros 57 números de la colección *Jornadas*

Número	Título	Autor	Nacionalidad	Año
1	<i>Prólogo al estudio de la guerra</i>	José Medina Echavarría	Española	1943
2	<i>Los principios de la guerra</i>	Tomás Sánchez Hernández	Mexicana	1943
3	<i>La geopolítica</i>	Jorge A Vivó	Cubano/mexicano	1943
4	<i>La presión demográfica</i>	Gilberto Loyo	Mexicano	1943
5	<i>Las causas humanas de la guerra/El hombre, naufrago del siglo XX</i>	Antonio Caso/Jorge Zalamea	Mexicana/colombiana	1943
6	<i>Los efectos sociales de la guerra</i>	Vicente Herrero	Española	1943
7	<i>Los efectos económicos de la guerra</i>	Josué Sáenz	Mexicana	1943
8	<i>La disponibilidad de materias primas</i>	Manuel F. Chavarría	Mexicana	1943
9	<i>La prevención de la guerra</i>	Manuel M. Pedroso	Española	1943
10	<i>La postguerra/La nueva constelación internacional</i>	DCV, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidí, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga, Alfonso Reyes, José Medina Echavarría	Diversa	1944
11	<i>El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países</i>	Raúl Prebisch	Argentina	1944
12	<i>El pensamiento hispanoamericano</i>	José Gaos	Española	1944
13	<i>El Brasil en la América Latina</i>	Renato de Mendoça	Brasileña	1944
14	<i>El contenido social de la literatura iberoamericana</i>	Agustín Yáñez	Mexicana	1944
15	<i>El tirano en la América Latina</i>	José E. Iturriaga	Mexicana	1944
16	<i>Posibilidad de bloques económicos en América Latina</i>	Javier Márquez	Mexicana	1944
17	<i>La industrialización en Iberoamérica</i>	Gonzalo Robles	Mexicana	1944
18	<i>La organización constitucional en Iberoamérica</i>	Vicente Herrero	Española	1944
19	<i>Integración política de América Latina/La política internacional de América Latina</i>	M. F. Chavarría, A- Pareja Díez-Canseco, M. Picón Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau, Antonio Castro Leal	Diversa	1944
20	<i>Ensayo sobre la libertad</i>	Francisco Ayala	Española	1944
21	<i>El contenido social de la literatura cubana</i>	José A. Portuondo	Cubana	1944
22	<i>Régimen cooperativo y economía latinoamericana</i>	Antonio García Nossa	Colombiana	1944
23	<i>El plan inglés para evitar el desempleo</i>	Jesús Prado Arrarte	Española	1944
24	<i>Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones</i>	Florián Znaniecki	Polaco	1944

25	<i>Una doble experiencia política: España e Italia</i>	Renato Treves y Francisco Ayala	Italiana y española	1944
26	<i>La política económica exterior de Estados Unidos</i>	John Condcliffe	Neozelandés	1945
27	<i>Pensamiento y acción</i>	A. Carneiro Leão	Brasileña	1945
28	<i>El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra</i>	Antonio Carrillo Flores	Mexicana	1945
29	<i>El movimiento de asociación profesional obrero en Chile</i>	Moisés Poblete Troncoso	Chilena	1945
30	<i>El siglo XVIII español en América</i>	José María Ots Capdequí	Española	1945
31	<i>La lección de Varona</i>	Medardo Vitier	Cubana	1945
32	<i>Tonybee y la sociología sistemática</i>	Howard Becker y Philip Fröhlich	Estadounidense	1945
33	<i>El problema rural brasileño desde el punto de vista antropológico</i>	Emilio Willems	Alemán	1945
34	<i>13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895</i>	Emilio Roig de Leuchsenring	Cubana	1945
35	<i>Asedio a Dilthey</i>	Eugenio Imaz	Española	1945
36	<i>Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala</i>	Silvio Zavala	Mexicana	1945
37	<i>Racismo</i>	Roberto MacLean y Estenós	Peruana	1945
38	<i>Tres puntos de exegética literaria</i>	Alfonso Reyes	Mexicana	1945
39	<i>Fichas mexicanas</i>	Agustín Yáñez	Mexicana	1945
40	<i>El método de la ciencia política</i>	José Miranda	Española	1945
41	<i>Ensayo sobre las sectas</i>	Roger Caillois	Francesa	1945
42	<i>En busca de la soberanía</i>	Otto Kirchheimer	Alemana	1945
43	<i>Francisco Suárez</i>	Manuel Calvillo	Española	1945
44	<i>El seguro social en Iberoamérica</i>	Juan Bernaldo de Quirós	Dominicano	1945
45	<i>Una jurisprudencia del bien común</i>	Alexander H. Pekelis	Rusa	1945
46	<i>Los orígenes de la economía cubana</i>	Julio Le Riverend	Cubana	1945
47	<i>Reflexiones sobre las instituciones políticas</i>	Kingsley David	Estadounidense	1945
48	<i>Cuestiones industriales de México</i>			1945
49	<i>Fisiología de los tabús</i>	Josué de Castro	Brasileña	1945
50	<i>Discurso de la novela española contemporánea</i>	Max Aub	Española	1945
51	<i>Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador</i>	Lesley Byrd Simpson	Estadounidense	1945
52	<i>En torno a una filosofía americana</i>	Leopoldo Zea	Mexicana	1945
53	<i>Cuestiones españolas</i>	José Ferrater Mora	Española	1945

54	<i>Mirada al Caribe (Fricción de culturas en Puerto Rico)</i>	Luis A. Santullano	Española	1945
55	<i>Cuestiones agrarias de México</i>	Marco Antonio Durán y Julián Rodríguez Adame	Mexicana	1945
56	<i>La polémica entre Croce y Gentile (Un diálogo filosófico)</i>	Patrick Romanell	Estadounidense	1946
57	<i>Vitoria y los intereses de la conquista de América</i>	José Miranda	Española	1947

Elaboración propia a partir del trabajo con fuentes primarias

Anexo 3. Personas que abordaron el problema del antifascismo o el americanismo en esta plataforma (1934-1949)

Miembro	Posición institucional	Perfil profesional	Nacionalidad	Situación	Actividad desarrollada	Actividad
Daniel Cosío Villegas	FCE/ COLMEX/ <i>Cuadernos Americanos</i>	Economista/ Sociólogo/ Historiador/ Politólogo	Mexicana	En tránsito/nacional	Editor, traductor, autor	Gestor
Eduardo Villaseñor	FCE/Servicio Público/ <i>Cuadernos Americanos</i>	Economista	Mexicana	Nacional/En tránsito	Editor, autor	Gestor
José Medina Echavarría	COLMEX/FCE/UNAM	Sociólogo	Española	Exiliado/En tránsito	Editor, traductor, autor	Gestor
Jesús Silva-Herzog	UNAM/ <i>Cuadernos Americanos</i> / FCE	Economista/ Abogado/ Historiador	Mexicana	Nacional	Editor, autor	Gestor
Juan Larrea	<i>Cuadernos Americanos</i>	Poeta	Española	Exiliado	Editor, gestor	Gestor
Vicente Herrero	COLMEX/FCE/UNAM	Abogado/ Politólogo	Española	Exiliado/en tránsito	Editor, traductor, autor	Gestor
Alfonso Reyes	Embajador/ COLMEX	Escritor, Diplomático	Mexicana	En tránsito/nacional	Traductor, autor	Gestor
Manuel Pedroso	FCE/COLMEX/UNAM	Jurista/ Politólogo	Española	Exiliado	Editor, autor	Gestor
Pedro Bosch Gimpera	COLMEX/ I NAH	Historiador	Española	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
Mariano Ruíz Funes	COLMEX/ UNAM	Abogado	Española	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
Francisco Ayala	Universidad Nacional del Litoral	Sociólogo/ Escritor	Española	Exiliado/En el extranjero	Autor	Colaborador frecuente
Francisco Giner de los Ríos	COLMEX/FCE	Poeta/ editor/ traductor	Española	Exiliado	Gestor, autor	Colaborador frecuente
Javier Márquez	FCE/COLMEX/UNAM	Economista	Española	Exiliado	Gestor, editor, traductor	Colaborador frecuente
Antonio Carrillo Flores	Servicio Público	Economista/ Abogado	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente
Luis Recaséns Siches	COLMEX/ UNAM	Abogado/ sociólogo/ filósofo	Española	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
José Gaos	COLMEX/FCE/UNAM	Filósofo	Española	Exiliado	Editor, traductor, autor	Colaborador frecuente
Víctor L. Urquidí	COLMEX	Economista	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente

Rodolfo Selke	FCE	Traductor	Alemana	Exiliado	Traductor	Colaborador frecuente
Teodoro Ortiz	FCE	Traductor	Española	Exiliado	Traductor	Colaborador frecuente
Florentino Torner	FCE	Traductor/Bibliotecario	Español	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
José Antonio Portuondo	Universidad de La Habana/CO LMEX	Crítico literario/historiador	Cubana	En tránsito	Autor	Colaborador frecuente
Antonio Castro Leal	UNAM/Servicio Público	Abogado/Escritor	Mexicana	Nacional	Traductor, autor	Colaborador frecuente
Vicente Sáenz		Periodista	Costarricense	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
Mariano Picón Salas	Servicio Público	Escritor y diplomático	Venezolano	En el extranjero/en tránsito	Autor	Colaborador frecuente
Jorge A. Vivó	UNAM	Geógrafo/Antropólogo	Cubana/mexicana	Residente legal	Autor	Colaborador frecuente
Gilberto Loyo	Servicio público/UNAM	Político/economista	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente
Manuel F. Chavarría	UNAM	Economista	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente
Leopoldo Zea	COLMEX/UNAM	Filósofo, Historiador	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente
José E. Iturriaga	COLMEX	Becario/Abogado/Historiador	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador frecuente
Bruno Frei	Alemania Libre	Periodista	Austriaca	Exiliado	Autor	Colaborador frecuente
Waldo Frank		Novelista	Estadounidense	En el extranjero	Autor	Colaborador frecuente
Germán Arciniegas	Servicio Público Colombia	Historiador, escritor, político	Colombiano	En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Alice Rühle Gerstel	Escritora, psicóloga		Alemana	Exiliada	Autor	Colaboradora esporádica
Francisco Frola	Alianza Italiana Garibaldi	Militante político, intelectual	Italiana	Exiliado/En tránsito	Autor	Colaborador esporádico
Luis Alberto Sánchez	Servicio público	Escritor, historiador periodista, político	Peruana	En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Leo Weiczen-Giuliani	Alianza Italiana Garibaldi	Político	Italiana	Exiliado	Autor	Colaborador esporádico
Mario Montagnana	Alianza Italiana Garibaldi	Político/Periodista	Italiana	Exiliado	Autor	Colaborador esporádico
Joaquín Xirau	UNAM	filósofo	Español	Exiliado	Autor	Colaborador esporádico

Alfred Stern		Filósofo	Austro-estadounidense	Exiliado/en tránsito	Autor	Colaborador esporádico
Jorge Zalamea	Servicio Público	Escritor/periodista/Embajador	Colombiana	En tránsito	Autor	Colaborador esporádico
Víctor Raúl Haya de la Torre	APRA	Político/filósofo	Peruana	En tránsito	Autor	Colaborador esporádico
María Zambrano	COLMEX/UMSNH	Filósofa	Española	Exiliada	Autora	Colaborador esporádico
F. Carmona Nenclares	UAS	Filósofo	Española	Exiliado	Autor	Colaborador esporádico
Renato Treves	Universidad de Tucumán	Sociólogo/Filósofo	Italiana	Exiliado/En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Sergio Bagú		Abogado/Historiador/Sociólogo	Argentina	En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Risieri Frondizi	Universidad Nacional de Tucumán	Filósofo	Argentina	En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Alfredo Palacios	Universidad Nacional de La Plata	Abogado/político	Argentina	En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Rafael Heliodoro-Valle	UNAM	Escritor/Historiador	Hondureña	Residente Legal	Autor	Colaborador esporádico
José Ferrater Mora		Filósofo	Español	Exiliado/En el extranjero	Autor	Colaborador esporádico
Manuel Martínez Báez	Servicio Público/ <i>Cuadernos Americanos</i>	Médico/Diplomático/Académico	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador esporádico
Emigdio Martínez Adame	FCE/Servicio Público	Abogado/economista	Mexicana	Nacional	Autor	Colaborador esporádico

Elaboración propia a partir del trabajo con fuentes primarias

Anexo 4. Libros de la colección Política y Derecho del Fondo de Cultura Económica editados entre 1937 y 1946

Año	Autor	Libro	Traductor
1937	George Douglas Howard Cole	<i>La organización política. Doctrina y formas</i>	Alfonso Reyes
1938	Rajani Palme Dutt	<i>Dos décadas de política mundial</i>	
1938	Aníbal Ponce	<i>Dos hombres: Marx y Fourier</i>	
1938	Daniel Cosío Villegas	<i>El fascismo japonés</i>	
1939	René Carré de Malberg	<i>Teoría general del Estado</i>	José Lión Depetre
1939	Mario Pugliese	<i>Instituciones de derecho financiero</i>	José Silva
1940	Thomas Hobbes	<i>Leviatán</i>	Manuel Sánchez Sarto
1941	Francisco Ayala	<i>El problema del liberalismo</i>	
1941	Henry Noel Brailsford	<i>Voltaire</i>	Ernestina de Champourcin
1941	J. M. Bury	<i>La libertad de pensamiento</i>	Ignacio G. del Castillo
1941	Roelof Kranenburg	<i>Teoría política</i>	Jan Bazant
1941	John Locke	<i>Ensayo sobre el gobierno civil</i>	José Carner
1941	Jacob Peter Mayer	<i>Trayectoria del pensamiento político</i>	Manuel León Sánchez
1941	Charles Edward Merriam	<i>Prólogo a la ciencia política</i>	Vicente Herrero
1941	John Milton	<i>Aeropagítica</i>	José Carner
1941	Frederick Metcalf Thomas	<i>Estrategia para la supervivencia</i>	Víctor Alva
1942	Henry Noel Brailsford	<i>Shelly Godwin y su círculo</i>	Margarita Villegas de Robles
1942	Edmund Burke	<i>Textos políticos</i>	Vicente Herrero
1942	Alexander James Carlyle	<i>La libertad política</i>	Vicente Herrero
1942	John Figgis	<i>El derecho divino de los reyes</i>	Edmundo O'Gorman
1942	Hermann Heller	<i>Teoría del Estado</i>	Luis Tobío Fernández
1942	Robert Morrison MacIver	<i>El monstruo del Estado</i>	Rubén Landa
1943	Carl Lotus Becker	<i>La ciudad de Dios del siglo XVIII</i>	José Carner
1943	Rohan d'Olier Butler	<i>Raíces ideológicas del nacional-socialismo</i>	Rodolfo Selke
1943	Alexander Hamilton	<i>El federalista o la nueva constitución</i>	Gustavo R. Velasco
1943	Wilhelm von Humboldt	<i>Escritos políticos</i>	Wenceslao Roces
1943	William Ivor Jennings	<i>El régimen constitucional inglés</i>	José Rovira
1943	Hans Kelsen	<i>Derecho y paz en las relaciones internacionales</i>	Florencio Acosta
1943	Max Lerner	<i>Ahora o nunca. De la necesidad de una democracia militante</i>	Teodoro Ortiz
1943	Franz Neumann	<i>Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo</i>	Vicente Herrero y Javier Márquez
1943	Gaetano Salvemini y George LaPiana	<i>¿Qué hacer con Italia?</i>	Teodoro Ortiz
1943	Hans Werner Weigert	<i>Geopolítica. Generales y geógrafos</i>	Ramón Iglesias
1944	Samuel Flag Bemis	<i>La diplomacia de los Estados Unidos</i>	Teodoro Ortiz
1944	Denis William Brogan	<i>Inglaterra: apariencia y realidad</i>	Víctor L. Urquidí y Manuel Jiménez Cosío
1944	William Thornton R. Fox	<i>Las superpotencias: Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética</i>	A. P. H.
1944	Herbert Lionel Matthews	<i>Los frutos del fascismo</i>	Teodoro Ortiz
1944	Bernard Newman	<i>La nueva Europa</i>	Teodoro Ortiz

1944	Thomas Paine	<i>Los derechos del hombre</i>	José Antonio Fernández de Castro y Tomás Muñoz
1944	Oscar Rabasa	<i>El derecho angloamericano</i>	
1944	Nicholas John Spykman	<i>Estados Unidos frente al mundo</i>	Fernando Valera
1945	Carl Lotus Becker	<i>¿Será distinto el mundo de mañana?</i>	Samuel Cosío Villegas
1945	Denis William Brogan	<i>Genio y figura del norteamericano</i>	Víctor L. Urquidí
1945	Bartholomew Landheer	<i>La nación holandesa</i>	Jan Vas As
1945	Alexander Dunlop Lindsay	<i>El Estado democrático moderno</i>	Vicente Herrero
1945	George H. Sabine	<i>Historia de la teoría política</i>	Vicente Herrero
1945	Adolf Fox Sturmthal	<i>La tragedia del movimiento obrero</i>	Rodolfo Selke
1945	Richard Henry Tawney	<i>La igualdad</i>	Francisco Giner de los Ríos
1946	Carl Joachim Friedrich	<i>Teoría y realidad de la organización constitucional democrática</i>	Vicente Herrero
1946	Charles Evans Hughes	<i>La suprema corte de Estados Unidos</i>	Roberto Molina Pasquel y Vicente Herrero

Elaboración propia a partir del trabajo con fuentes primarias

Fuentes documentales

Acervos consultados

- Archivo General de la Nación (AGN), Ciudad de México, México.
 - Fondos Presidenciales: Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho
 - Fondo Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (FDGIPS)
- Archivo Histórico de El Colegio de México (AHCOLMEX), Ciudad de México, México.
 - Fondo Alfonso Reyes (FAR)
 - Fondo Daniel Cosío Villegas (FDCV)
 - Fondo Eduardo Villaseñor (FED)
 - Fondo La Casa de España (FLCE)
- Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica (AHFCE), Ciudad de México, México.
 - Fondo Junta de Gobierno (FJG)
 - Fondo Autores (FA)
 - Fondo Agencias Editoriales (FAE)
 - Fondo Expedientes de Obra (FEO)
- Biblioteca Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México, Ciudad de México, México.
- Biblioteca Gonzalo Robles, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México.
- Biblioteca Isidro Fabela, Centro Cultural Casa del Risco, Ciudad de México, México.
- Biblioteca Miguel W. Mathes, El Colegio de Jalisco, Jalisco, México.

Publicaciones periódicas consultadas

Cuadernos Americanos (1942-1949)

El Noticiero Bibliográfico (1940-1946)

El Trimestre Económico (1934-1946)

Jornadas (1943-1947)

Letras de México (1942-1946)

Mundo Libre (1941-1945)

Revista Geográfica (1944)

Revista Mexicana de Sociología (1939-1947)

Ruta (1938-1939)

Sur (1939)

Artículos de revistas

Arciniegas, Germán, “América, obra del pueblo”, en *Cuadernos Americanos* Vol. IV, No. 4 (1945).

_____, “Las cuatro Américas”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 8, No. 45 (1949), pp. 7-17.

Ávila Camacho, Manuel, “México en Guerra”, *Cuadernos Americanos* Vol. 1, No. 4 (julio-agosto 1942), pp. 7-15.

- Ayala, Francisco “¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 7, No. 25 (abril-junio 1940), pp. 161-164.
- _____, “La coyuntura hispánica”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 4 (julio-agosto 1943), pp. 69-98.
- Bagú, Sergio, “Argentina, una realidad revolucionaria”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 4, No. 3 (1946), pp. 7-41.
- Bosch Gimpera, Pedro, “Democracia y totalitarismo en la Historia”, en *Cuadernos Americanos* Vol. I, No. 1 (1942), pp. 97-119.
- Carmona Nenclares, F., “Hispanismo e hispanidad”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. I, No. 3 (1942), pp. 51-52.
- Carner, José, González Martínez, Enrique y Larrea, Juan, “El pan y la palabra”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 14 (1944), pp. 40-50.
- Carrillo Flores, Antonio, “La Suprema Corte en la vida política y económica de Estados Unidos”, *El Trimestre Económico*, Vol. 5, No. 19 (1938), pp. 317-342.
- Castro Leal, Antonio, “América, nueva y última Tule”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. II, No. 8 (1943), pp. 57-62.
- _____, “Pedro Henríquez Ureña, humanista americano”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 5, No. 28 (1946), pp. 268-297.
- Cole, G. D. H., “La confusión actual”, *El Trimestre Económico*, Vol. 1, No. 3 (1934).
- _____, “Planificación del comercio internacional”, *El Trimestre Económico*, Vol. 3, No. 10 (1936), pp. 221-241.
- Córdova, Luis, “Tragicomedia sangrienta”, en *Letras de México* Vol. 4, No. 20 (1 de agosto de 1944), p.5.
- _____, “Los Estados Unidos frente al mundo”, en *Letras de México* Vol. 4, No. 23, (1 de noviembre de 1944), p. 5.
- Cosío Villegas, Daniel, “A primer of “New Deal” economics”, *El Trimestre Económico*, Vol. 1, No. 2 (1934), pp. 213-215.
- _____, “America’s Recovery Program”, *El Trimestre Económico*, Vol. 1, No. 4 (1934), pp. 472-475.
- _____, “La plata y Estados Unidos”, *El Trimestre Económico*, Vol. 2, No. 8 (1935), pp. 389-422.
- _____, “El fascismo japonés”, en *El Trimestre Económico* Vol. 6, No. 22 (julio-septiembre 1939), pp. 270-298.
- _____, “La Conferencia de Chapultepec”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 4, No. 3 (1945), pp. 18-45
- _____, “La crisis de México”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 2 (marzo-abril 1947), pp. 7-28.
- _____, “México y Estados Unidos”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 36 (1947), pp. 7-27.
- _____, “Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 7, No. 37 (1948), PP. 40-58.
- _____, “Los problemas de América”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 8, No. 2 (1949), pp. 7-24.

- Cosío Villegas, Daniel (atribuido), “La ciencia política”, *El Noticiero Bibliográfico* Vol. 2, No. 1 (diciembre 1940), pp. 1-3.
- Dobb, Maurice, “Imperialismo”, *El Trimestre Económico*, Vol. 5, No. 19 (1938), pp. 445-490.
- F. G. R., “Raíces ideológicas del nacional-socialismo”, en *El Noticiero Bibliográfico*, Vol. IV, No. 27 (diciembre 1943), pp. 1-3.
- Frei, Bruno, “Origen y superación del espíritu bélico alemán”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 1 (1943), pp. 44.
- _____, “Sobre el carácter de esta guerra”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 6 (1943), pp. 7-29.
- _____, “Montañas y guerrillas”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 5 (1944), pp. 49-58.
- Frank, Waldo, “Los dos medios mundos americanos”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. I, No. 3 (1942), pp. 29-42.
- Frola, Francisco, “Los problemas del trabajo y el corporativismo fascista”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 5, No. 20 (enero-marzo 1939), pp. 545-570.
- Frondizi, Risieri, “Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón”, en *Cuadernos Americanos* Vol. VII, No. 2 (1948), pp. 40-60.
- Gaos, José, “Filosofía y Sociología. Una carta abierta”, *El Noticiero Bibliográfico* Vol. 2, No. 31 (octubre 1941), pp. 1-7.
- Gaos, José *et al*, “¿Independencia? ¿comunidad social?”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 17 (septiembre-octubre 1944), pp. 97-120.
- García Cruz, Miguel, “Naturaleza de las crisis”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 6, No. 24 (1940), pp. 701-706.
- Giner de los Ríos, Francisco, “La propaganda política”, *El Trimestre Económico*, Vol. 9, No. 33 (1942), pp. 134-138.
- _____, “Razón de México y España”, en *Cuadernos Americanos* Vol. IV, No. 5 (1945), pp. 34-51.
- Gorkin, Julián, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, México, Editorial Quetzal, 1941.
- Gringoire, Pedro, “El caso italiano y la política de los aliados”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 3, No. 3 (1944), pp. 49-56.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, “¿Hay que ganar la guerra en alianza con los enemigos de la democracia?”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 1 (1943), pp. 21-25.
- _____, “Intervención e imperialismo”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 4 (1943), pp. 7-12.
- Herrero, Vicente, “El problema del liberalismo”, *El Trimestre Económico*, Vol. 9, No. 33 (abril-junio 1942), pp. 138-142.
- _____, “El nuevo Leviatán”, en *Letras de México* Vol. 1, No. 8 (15 de agosto de 1943), pp. 5-6.
- Iturriaga, José E., “Geopolítica (Generales y geógrafos)”, *Letras de México* Vol. 7, No. 10 (15 de octubre de 1943), p. 7.
- _____, “¿Qué hacer con Italia?”, en *Letras de México* Vol. 3, No. 13 (15 de enero de 1944), p. 7.
- _____, “Necesidad de una democracia militante”, en *Letras de México* Vol. 3, No. 14 (15 de febrero de 1944), p. 5.

- _____, “México y su crisis histórica”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 33, No. 3, (mayo-junio 1947), pp. 21-37.
- Iturriaga José E., y Larrea, Juan, “Hacia una definición de América. Dos cartas”, *Cuadernos Americanos* Vol. 1, No. 6 (noviembre-diciembre 1942), pp. 7-33.
- Larrea, Juan, “Fin de la guerra”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 4, No. 20 (1945), pp. 7-31.
- _____, “Gestación de Cuadernos Americanos”, en *Cuadernos Americanos*, Segunda época, Vol. 1, No. 31 (enero-febrero 1992), pp. 16-40.
- Laski, Harold, “El experimento de Roosevelt”, *El Trimestre Económico*, Vol 1 No. 2 (1934), pp. 190-210.
- _____, “The meaning of Fascism”, en *Reflections on the Revolution of our time*, Londres, George Allen & Unwin Ltd, 1943, pp. 86-128.
- Le Riverend, Julio, “El rapto de Europa”, en *Letras de México* Vol. 5, No. 110 (1 de abril de 1945), p. 58.
- Martínez, José Luis, “América y el testamento de Stefan Zweig”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 3 (1942), pp. 107-110.
- Martínez Báez, Manuel, Gaos, José y Caso, Alfonso, “Palabras encendidas...”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 5, No. 2 (1946), pp. 74-82.
- Masssuh, Víctor, “La esperanza europea”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 7, No. 41 (1948), pp. 30-41
- Medina Echevarria, José, “Knowledge for what? The place of Social Sciences in American culture”, *El Trimestre Económico* Vol. 6, No. 23 (1939), pp. 495-501.
- _____, “Sobre la investigación social en nuestros días”, en *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 2, No. 4 (1940), pp. 17-22.
- _____, “Nuestras obras de sociología”, *El Noticiero Bibliográfico* Vol. 2, No. 3 (diciembre 1940), pp. 1-5.
- _____, “Responsabilidad de la inteligencia”, *Letras de México*, Año 5, Vol. 3, No. 8 (agosto de 1941), pp. 1-2. 10.
- _____, “Soberanía y neutralidad”, *El Trimestre Económico*, Vol. 9, No. 35 (1942), pp. 325-345.
- _____, “Alemania en la cruz”, en *Cuadernos Americanos* No. 4, Vol. 4, 1945, pp. 67-76.
- De Mendizábal, Miguel O., “El problema de las nacionalidades oprimidas y su resolución en la URSS”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 6, (1942), pp. 34-45.
- Montagnana, Mario, “Italia en la encrucijada de la historia”, en *Cuadernos Americanos* Vol. II, No. 2 (1943) pp. 54-56.
- Noyola, Juan F., “Responsabilidad de la inteligencia”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 11, No. 41 (1944), pp. 150-152.
- _____, “La geopolítica”, *El Trimestre Económico* Vol. 10, No. 40 (enero-marzo 1944), pp. 794-795.
- O’Gorman, Edmundo, “Carta sobre los norteamericanos”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 31 (1947), pp. 151-160.
- Palacios, Alfredo, “Dos guerras perdidas para la redención del hombre”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 5, No. 4 (1946), pp. 7-35.
- Palme Dutt, Rajani, “Dos décadas de política mundial”, *El Trimestre Económico*, Vol. 5, No. 18 (1938), pp. 231-282.
- Polit, Gustavo, “América Latina en el momento económico”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 5, No. 26 (1946), pp. 7-31.

- Picón Salas, Mariano, "Sentido de la Buena Vecindad", *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 7 (1943), pp. 12-20.
- Q. W., "La reconstrucción internacional, en *Letras de México* Vol. 5, No. 114 (1 de agosto de 1945), p. 124.
- R. A. G., "Rappourt sur l'Oeuvre de la Societé. 1937/38", *El Trimestre Económico*, Vol. V, No. 20 (1939), pp. 647-652.
- Ramos, Samuel, "Pedro Henríquez Ureña", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 5, No. 28 (1946), pp. 264-267.
- Recaséns Siches, Luis, "El derrumbamiento de la cultura alemana", en *Cuadernos Americanos* Vol. I, No. 3 (1942), pp. 7-28.
- Reyes, Alfonso, "América y *Cuadernos Americanos*"; en *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 2 (1942), pp. 7-10.
- _____, "Posición de América", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 8 (1943), pp. 7-23
- _____, "La liberación de París", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 17 (1944), pp. 9-13.
- Rühle Gerstel, Alice, "El destino trágico de Praga, en *Cuadernos Americanos*, Vol 1, No. 5 (1942), pp.146-168.
- _____, "Problemas de la democracia", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 8 (1943), pp. 113-112.
- Ruíz Funes, Mariano, "Dos Guerras y un armisticio (De Sarajevo a Singapur)", en *Cuadernos Americanos* Vol. 1, No. 2 (1942), pp. 11-32.
- _____, "La marcha sobre Europa", en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 5 (1943), pp. 7-31.
- _____, "Las responsabilidades políticas en España", en *Cuadernos Americanos* Vol. 3, No. 1 (1944), pp. 31-56.
- _____, "Elegía de la paz", en *Cuadernos Americanos* Vol. IV, No. 4 (1945), pp. 7-33.
- _____, "Franco, hijo predilecto de la iglesia", en *Cuadernos Americanos* No. 4, Vol. 5 (1946), pp. 39-57.
- _____, "El auto-rey pierde los frenos", en *Cuadernos Americanos* Vol. 6, No. 3 (1947), pp. 69.
- _____, "Alemania y la guerra", en *Cuadernos Americanos* Vol. 7, No. 6 (1948), pp. 30-49.
- Saénz, Vicente, "Pasado, presente y futuro de Centroamérica", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 5 (1944), pp. 32-48.
- _____, "Pasado, presente y futuro de Centroamérica", en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 6 (1944), pp. 33-61.
- Salinas Lozano, Raúl, "La economía nacionalsocialista", en *El Trimestre Económico* Vol. 11, No. 43 (octubre-diciembre 1944), pp. 563-565.
- Sánchez, Luis Alberto, "Anverso y reverso de los Estados Unidos", *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 10 (1943), pp. 19-28.
- Stern, Alfred, "La filosofía en el Tercer Reich, instrumento de guerra", en *Cuadernos Americanos* Vol. I, No. 5 (1942), pp. 14-43.
- Sierra, Manuel J., "De Monroe a Roosevelt: un siglo de política comercial", *El Trimestre Económico* Vol. 4, No. 16 (1937), pp. 325-337.
- _____, "De Monroe a Roosevelt. La política del "Buen Vecino", *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 1 (1942), pp. 17-32.
- Silva-Herzog, Jesús, "Lo humano, problema esencial", en *Cuadernos Americanos*, Vol. I, No. 1 (1942), pp. 9-16.

- _____, “España y las democracias”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 1 (1943), pp. 7.
- _____, “La Revolución Mexicana en crisis”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 2, No. 5 (septiembre-octubre 1943), pp. 32-55.
- _____, “Franco y las universidades españolas”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 3, No. 1 (1944), pp. 57-59.
- _____, “Crisis humana y Post-Guerra”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 5 (1944), pp. 26-29.
- _____, “¿Y después de la guerra qué?”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 4, No. 6 (1945), pp. 7-34.
- _____, “Meditaciones sobre México”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 35 (1947), pp. 7-35.
- _____, “Deberes del intelectual mexicano contemporáneo”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 36 (1947), pp. 62-69.
- _____, “La cultura y la paz”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 7, No. 37 (1948), pp. 7-21.
- _____, “Recordación del drama contemporáneo”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 9, No. 1 (enero-febrero de 1949), pp. 16-21.
- _____, “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico”, en *Cuadernos Americanos* Vol. XLVII, No. 5 (septiembre-octubre 1949), pp. 7-16.
- Silva-Herzog, Jesús *et al*, “Lealtad del intelectual”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 3, No. 15 (mayo-junio 1944), pp. 32-48.
- Silva-Herzog, Jesús *et al*, “Imperialismo y Buena Vecindad”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, No. 35 (1947), pp. 65-88.
- Torner, Florentino, “La gran desdicha alemana”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 1, (enero-febrero 1943), pp. 34-51.
- Truchy, Henry, “Cambios internacionales y autarcía”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 7, No. 26 (1940), pp. 319-349.
- Valle, Rafael Heliodoro, “América Latina en el mundo de la postguerra”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 3, No. 3 (1944), pp. 7-17.
- Villaseñor, Eduardo, “La economía de guerra en México”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 7, No. 37 (1943).
- Vivó, Jorge A., “Geopolítica: generales y geógrafos”, en *Revista Geográfica* Vol. 4, No. 10/11/12 (1944), pp. 163-167.
- _____, “Reconstrucción de Occidente”; en *Letras de México* Vol. 5, No. 117 (1 de noviembre de 1945), pp. 166-167.
- VV. AA., “Mensajes democráticos”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 8, No. 1 (enero-febrero 1949), pp. 7-8.
- Weitzen-Giuliani, Leo, “La filosofía moral y política en Italia bajo el régimen fascistas”, en *Cuadernos Americanos* Vol. 2, No. 2 (1943), pp. 34-56.
- Xirau, Joaquín, “Humanismo español (ensayo de interpretación histórica)”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 1 (1942), pp. 132-154.
- Zamora, Francisco, “Perspectivas lejanas del experimento de Roosevelt”, *El Trimestre Económico*, Vol. 1, No. 3 (1934), pp. 241-252.
- Zea, Leopoldo, “La sociología como ciencia”, *Letras de México* Vol. 5, No. 12 (15 de diciembre 1941), pp. 4.

_____, “En torno a una filosofía americana”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 1, No. 3 (1942), pp. 63-78.

Jornadas

Carrillo Flores, Antonio, “La coexistencia de los regímenes democráticos y dictatoriales” en *La postguerra. Jornadas 10*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 85-93.

_____, *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra. Jornadas 28*, México, El Colegio de México, 1945.

Caso, Antonio, y Zalamea, Jorge, *Las causas humanas de la guerra. El hombre, náufrago del siglo XX. Jornadas 5*, México, El Colegio de México, 1943.

Castro Leal, Antonio, “Política Internacional de la América Latina”, en Manuel F. Chavarría et al, *Integración política de Iberoamérica. Jornadas 19*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 65-70

Chavarría, Manuel F., *La disponibilidad de materias primas. Jornadas 8*, México, El Colegio de México, 1943.

Chavarría, Manuel F., et al, *Integración política de Iberoamérica. Jornadas 19*, México, El Colegio de México, 1944.

Cosío Villegas, Daniel, “Las relaciones de Estados Unidos e Iberoamérica”, en *La postguerra. Jornadas 10*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 9-18.

Ferrater Mora, José, *Cuestiones españolas. Jornadas 53*, México, El Colegio de México, 1945.

Iturriaga, José E., “Posibilidades de una revolución en la postguerra”, en *La postguerra. Jornadas 10*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 96-107.

_____, *El tirano en la América Latina. Jornadas 15*, México, El Colegio de México, 1944.

Loyo, Gilberto, *La presión demográfica. Jornadas 4*, México, El Colegio de México, 1943

Pedroso, Manuel, *La prevención de la guerra. Jornadas 9*, México, El Colegio de México, 1943.

Reyes, Alfonso; Cosío Villegas, Daniel; Medina Echavarría José; Martínez Adame, Emigdio; y L. Urquidí, Víctor, “La nueva constelación internacional”, en *La postguerra. Jornadas 10*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 109-121.

Treves, Renato y Ayala, Francisco, *Una doble experiencia política: España e Italia. Jornadas 25*, México, El Colegio de México, 1945.

Vivó, Jorge A., *La geopolítica. Jornadas 3*, México, El Colegio de México, 1943.

Libros consultados

Acción Democrática Internacional, *Primer congreso antifascista. México, enero-Febrero 1942, Memoria-resumen*, México, Acción Democrática Internacional, 1942.

Ayala, Francisco, “La opinión pública”, en *El problema del liberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 59-87.

_____, “Los intelectuales en la crisis”, en *El problema del liberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 89-107.

_____, *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1944.

Becker, Carl L., *¿Será distinto el mundo del mañana?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

- Bemis, Samuel Flagg, *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.
- Calero, José, *Cruces y alambradas. La tragedia europea vivida por un mexicano*, México, Sin pie de imprenta, 1943.
- Calvo Ramírez, Roberto, *El Estado y la violencia en la Historia*, México, Edición del Centro de Estudios para Obreros, 1938.
- Cole, G. D. H., *Doctrinas y formas de la organización política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1937.
- Cosío Villegas, Daniel, *El fascismo japonés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.
- _____, *Memorias*, México, Joaquín Mortíz, 1978.
- Crossman, R. H. S., *Biografía del Estado moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- Díaz E., Alfredo Félix, *Lucha antifascista y en defensa de la democracia*, México, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1941.
- Dimitrov, Georgi, *Contra el fascismo y la guerra: informe ante el VIII Congreso de la Internacional Comunista, presentado el 2 de agosto de 1935*, Sofia, Sofia, 1979.
- El Machete, 1929-1934 Facsimilar*, Puebla, BUAP, 2008.
- Fox, William T. R., *Las superpotencias. Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética. Su responsabilidad ante la paz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Frola, Francisco, *Mussolini. Los "rases" fascistas un mariscal del imperio*, México, S. E., 1938.
- _____, *Recuerdos de un antifascista. 1925-1938*, México, Editorial México Nuevo, 1939.
- Garretto, G., *Sicilia. Tierra de dolor*. México, Nuevo Mundo, 1943.
- Giménez Igualada, Miguel, *Rutas de luz*, México, Comité Internacional de Ayuda a las Víctimas del Nazismo, s. f.
- Laski, Harold J., *El liberalismo europeo. Un ensayo de interpretación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.
- Lombardo Toledano, Vicente, *Defensa: una intriga nazi conta la defensa del continente americano*, México, Universidad Obrera de México, 1942.
- Lozada, Rodolfo, *La economía bélica nazi*, México, Escuela Nacional de Economía/UNM, 1943.
- Mannheim, Karl, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Matthews, Herbert L., *Los frutos del fascismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Mayer, J. P. et al, *Trayectoria del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- Medina Echavarría, José, "Reconstrucción de la ciencia social", en *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 37-71.
- _____, "En busca de la ciencia del hombre", *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 27-36.
- _____, "Configuración de la crisis", *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 157-181.
- _____, "De tipología bélica", *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 183-216.
- Mussolini, Benito, *The doctrine of fascism*, Londres, Hogarth Press, 1933.

- Neumann, Franz, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Newman, Bernard, *La nueva Europa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- O' Butler, Rohan D., *Raíces ideológicas del Nacional-socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Reyes, Alfonso, *Notas sobre la inteligencia americana*, México, UNAM, 1978.
- Romains, Jules, *¿Misión o dimisión de Francia?*, México, Ediciones Quetzal, 1942.
- _____, *Mission ou démission de la France?*, México, Ediciones Quetzal, 1942.
- Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Salvemini, Gaetano y LaPiana, George, *¿Qué hacer con Italia?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Sansón Flores, Jesús, *Bajo el Sol de España. Poemas antifascistas*, México, Ediciones de la Sociedad de Amigos de España, 1938.
- Spykman, Nicholas John, *Estados Unidos frente al mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Stern, Alfred, *La filosofía de la política y el sentido de la guerra actual*, México, Ediciones Minerva, 1943.
- Unión Democrática Centroamericana, *Por qué lucha Centroamérica*, México, Gráfica Panamericana, 1943.
- Vivero, León de, *Avance del imperialismo fascista en el Perú*, México, Ediciones Manuel Arévalo, 1938.
- VV.AA., *El libro negro del terror nazi en Europa*, México, El Libro Libre, 1943.
- Weigert, Hans W., *Geopolítica. Generales y geógrafos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Zambrano, María, *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos, 1986.

Bibliografía

- Abel, Werner, y Kellettatt, Andreas F., “¿Rudolf (Rodolfo) Selke, 1902-?”, en *UeLEX. Germersheimer Übersetzerlexikon*, en <https://uelex.de/uebersetzer/selke-rudolf-rudolfo/> (consultado el 16 de mayo de 2024).
- Acciai, Enrico, “Transatlantic routes and encounters. European anti-fascists in Mexico, 1939-1945”, en *Annals of the Fondazione Luigi Einaudi*, Vol. LIV (diciembre 2020), pp. 129-150.
- Aceves Zamora, Carmen Celina, *Empresa cultural: Cuadernos Americanos 1942-1944*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México-FES Acatlán, 2011.
- Acle-Kreysing, Andrea, “Antifascismo: un espacio de encuentro entre el exilio y la política nacional. El caso de Vicente Lombardo Toledano en México (1936-1945)”, en *Revista de Indias* Vol. 74, No. 267 (2016), pp. 573-609.
- _____, “Exiliados europeos y cultura antifascista en Ciudad de México y Buenos Aires (1936-1945): algunas hipótesis de trabajo”, en Ramón Villares Paz y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Os exilios ibéricos, unha ollada comparada: nos 70 anos da fundación do Consello de Galiza*, Galicia, Consello da Cultura Galega, 2017.
- _____, “El exilio antifascista de habla alemana en México durante la Segunda Guerra Mundial: una peculiar adopción del mito de la Revolución Mexicana”, en Elena Díaz Silva, Aribert Reimann y Randal Sheppard (eds.), *Horizontes del exilio: nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2018.
- _____, “Cómo crear una clase obrera marxista y antifascista: la participación del exilio alemán en la Universidad Obrera de México en las décadas de 1930 y 1940”, en *Dimensión Antropológica*, Vol. 74 (sep-dic 2018), pp. 109-149.
- Acosta Martínez, Francisco Javier, “Di welt i faier. El antifascismo en la prensa idish mexicana (1936-1945)”, Tesis de Maestría, CIDE, 2022.
- Altamirano, Carlos (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, T. II Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Montevideo, Katz Editores, 2010.
- _____, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.
- _____, *La invención de nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021.
- Aparicio Durán, Pablo, “Alfonso Reyes en dos tiempos. Entre el arielismo y la doble experiencia literaria: *La Venganza creadora* y *La Cena*”, en *Álabe*, No. 7 (2013), pp. 1-9.
- Arias, Ana Carolina, “Coleccionistas y estudiosas: las mujeres en la producción del conocimiento cultural y antropológico de la Argentina (1920-1940)”, Tesis de Doctorado, Argentina, Universidad Nacional de La Plata, 2018.
- Arias Mora, Dennis F., “Intelectuales de izquierda y nacionalsocialismo: alcances y límites de una recepción crítica (1933-1943)”, en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Vol. 9, No. 2 (2008), pp. 78-98.
- Babb, Sarah, *Proyecto: México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

- Bagú, Claudio, “El ser y la razón: Sergio Bagú, pasión y vida ejemplar en proyección histórica”, en *Problemas del Desarrollo. Revista latinoamericana de economía* Vol. 36, No. 143 (octubre-diciembre 2005), pp. 229-257.
- Balibrea, María Paz, “Exilio y militancia”, en Mari Paz Balibrea (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI de España, 2017, pp. 54-57.
- Barajas Guzmán, Getsemaní, “El fotomontaje de propaganda política en la revista *Futuro* (1933-1946)”, Tesis de Licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Barrera Enderle, Víctor, “El interlocutor incómodo. Waldo Frank y su relación con el ensayo latinoamericano”, en *Colindancias*, No. 7 (2016), pp. 227-237.
- Barriales, Alejandra, “*Patria de destino versus patria de origen*: la visión de América de los exiliados españoles en *Cuadernos Americanos*”, en *Historias* No. 48 (2001), pp. 55-65.
- Barrios de la Mora, Santiago, *La traición de los intelectuales mexicanos. La libertad y la crítica en Jorge Cuesta*, Xalapa, Editorial Universidad Veracruzana/ Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 2024.
- Baumgarten, Stefan, “Ideology and translation”, en Yves Gambier y Luc van Doorslaer (Ed.), *Handbook of translation studies, Vol. 3*, Amsterdam, John Benjamins Publishing Co., 2012.
- Bernal Martínez, Liliana, *El Trimestre Económico, 1934-1958*, Tesis de Maestría en Historia, Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2012.
- _____, “Los operadores de la economía, 1925-1946. La formación de una élite en el marco de la reconstrucción del Estado mexicano en la primera mitad del siglo XX”, Tesis de Doctorado en Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- Bisso, Andrés, “La “Unión Democrática” y los usos del antifascismo. Las utilidades políticas de un discurso sociocultural”, en *Cuadernos del CISH*, Vol. 4, No. 5 (1999), pp. 199-213.
- _____, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- _____, “Antifascismo explícito, antifascismo implícito. Una respuesta historiográfica posible frente a dos modulaciones sobre un mismo plano de intervención política”, en *Anuario IEHS*, Suplemento (2023), pp. 39-55.
- Boned Colera, Ana, “La propaganda antifascista del exilio español en México”, en *Historia Ana y comunicación Social*, No. 6 (2001), pp. 293-302.
- Bresciani, Marco, *Learning from the enemy. An intellectual history of antifascism in Interwar Europe*, Londres, Verso, 2024.
- Calsapeu Losfeld, Brice, “No todo lo que brilla es oro: apuntes sobre la naturaleza del sinarquismo mexicano”, en *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, No. 61 (enero-junio 2015), pp. 130-162.
- Camarero, Hernán, “El primer antifascismo del partido comunista argentino, 1922-1935”, en *Anuario IEHS*, Suplemento (2023), pp. 59-75.
- Campos, Miguel I., *Armas para la República. Contrabando y corrupción julio de 1936-mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2022.
- Cañadas García, Teresa, “La huella de la cultura en lengua alemana en México a partir del exilio de 1939-1945”, Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, 2012.

- Caravaca Jimena y Espeche, Ximena, “América Latina como problema y como solución. Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch *antes del Manifiesto Latinoamericano* (1944-1946)”, *Desarrollo económico*, vol. 55, No. 217 (enero-abril 2016) pp. 411-435.
- _____, “El Fondo de Cultura Económica y la búsqueda de un keynesianismo en América Latina, 1936-1947”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, No. 2 (2018), pp. 173-178.
- Cardoso da Silva, Matheus, “Victor Gollancz: um editor socialista nos anos do Popular Front britânico”, en *Mundos do trabalho*, Vol. VIII, No. 15 (2016), pp. 87-108.
- Caro Peralta, Andrés, “Cultura impresa y cultura política en Colombia, 1920-1946”, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de los Andes, Bogotá, 2022.
- Carrillo Reveles, Veremundo, “México en la unión de las repúblicas americanas. El panamericanismo y la política exterior mexicana, 1889-1942”, Tesis de Doctorado en Historia, El Colegio de México, 2018.
- Castro, Nayelli y Hernández, Tania, “Los traductores y los libros del México del siglo XX: una mirada retrospectiva y un balance pendiente”, en Kenya Bello y Marina Garone Gravier (Coords.), *El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX*, México, UAM-Cuajimalpa, 2020, pp. 270-312.
- Cervantes Becerril, Freja Innina, “Fondo de Cultura Económica: una estrategia de integración cultural”, en Liliana Weinberg (Coord.), *Historia comparada de las Américas: Perspectivas de la integración cultural*, México, UNAM-CIALC/IPGH, 2016, pp. 559-572.
- _____, “El pájaro transmutado en piedra: la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica”, Tesis de Doctorado, Posgrado en Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- Chang-Rodríguez, Eugenio, *Víctor Raúl Haya de la Torre: Bellas artes, historia e ideología*, Lima Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2018.
- Chapa Bezanilla, María de los Ángeles, *Rafael Heliodoro Valle, humanista de América*, México, UNAM, 2004.
- Clark, Elizabeth A., “From Italy to Harvard: George LaPiana and Catholic Modernism”, en *Church History* Vol. 83, No. 1 (marzo 2014), pp. 145-153.
- Crespo, María Victoria, “Democracia y dictadura en México según Daniel Cosío Villegas, 1940-1976”, en *Cuadernos del Centro de Estudios Latinoamericanos*, Vol. III, No. 5 (2018), pp. 164-197.
- Colombi, Beatriz, “Alfonso Reyes y las “Notas sobre la inteligencia americana”: Una lectura en red”, en *Cuadernos CILHA*, Vol. 12, No. 1 (enero-junio 2011), pp. 109-123.
- Cormick, Silvina (Ed.), *Mujeres intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Sb editorial, 2022.
- Cruz García, Mauricio, “Gobierno y movimientos sociales mexicanos ante la Segunda Guerra Mundial”, en *Foro Internacional*, Vol. 51, No. 3 (2011), pp. 458-504.
- Cuéllar Laureano, Rubén, “Geopolítica. Origen del concepto y su evolución”, *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM* No. 113 (mayo-agosto 2012), pp. 59-80.
- D’Alessio, Vanni, “Leo Weiczen Valiani and his multilayered identities: an introduction”, en *Časopis za povijest Zapadne Hrvatske*, No. 10 (2015), pp. 11-20.

- Darnton, Robert, “¿Qué es la historia del libro?”, en *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 117-145.
- De la Mora Valencia, Rogelio, “Intelectuales guatemaltecos en México: del movimiento *Claridad* al antifascismo, 1921-1939”, en *Signos Históricos*, Vol. 14, No. 27 (2012), pp. 104-137.
- De la Ossa Martínez, Marco Antonio, “Compromiso, adaptación y contexto. El concepto de cultura y pueblo en la revista *Hora de España*”, en *Artseduca*, No. 21 (2018), pp. 72-101.
- De la Torre, Rodolfo, “La misión de “El Trimestre Económico”, en *El Trimestre Económico* Vol. 63, No. 250 (abril-junio 1995), pp. 481-487.
- Deggiovanni, Fernando, *Vernacular Latin Americanisms. War, the market and the making of a discipline*, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 2018.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo, “Orden, unidad y aguantar”. El régimen de Franco ante la condena internacional de postguerra”, en Mari Carmen Serra Puche, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape (eds.), *1945, entre la euforia y la esperanza: el México posrevolucionario y el exilio republicano español*, México, UNAM/FCE, 2014, pp. 232-270.
- Devés, Magalí Andrea, “El papel de los artistas en la Asociación Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Representaciones, debates estéticos-políticos y prácticas de militancia en el antifascismo argentino”, en *A contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos*, Vol. 10, No. 2 (2013), pp. 126-150.
- _____, “La cultura mexicana y el antifascismo argentino en tiempos de la Segunda Guerra Mundial: el homenaje a México realizado por el AIAPE”, en *Questión*, Vol. 1, No. 41 (2014), pp. 16-30.
- Días Martins, María Antonia, “Identidade Ibero-americana em revista: Cuadernos Americanos e Cuadernos Hispanoamericanos”, *1942-1955*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidade de São Paulo, São Paulo, 2012.
- Díaz, Alejandra Carolina, *Lola Vidrio al encuentro de su propia voz. Una biografía a través del “prisma” (1907-1997)*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2022.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Querella por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- _____, “Oficio y beneficio: productores y editores en el FCE”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* Vol. 14, No. 56 (otoño 1993), pp. 75-121.
- _____, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1943-1996)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Díaz de Guereñu, Juan Manuel, “Del llanto a la quimera: Juan Larrea en la fundación de Cuadernos Americanos”, en José Luis Abellán García González (Coord.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana: actas de las primeras jornadas*, Madrid, Amigos de la Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 115-134.
- Díaz Maldonado, Rodrigo, “Auge y decadencia de la “minoría selecta” en el pensamiento mexicano en la primera mitad del siglo XX”, en Leonardo Lomelí Vanegas y Ricardo Gamboa Ramírez (Coord.), *Estado, economía y sociedad en el México posrevolucionario*, México, Grano de Sal/UNAM, 2023, pp. 431-470.
- Dorn, Walter L., “The debate over American occupation policy in Germany in 1944-1945”, en *Political Science Quarterly*, Vol. LXXII, No. 4, p. 484.

- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2006.
- Durán, Javier, “México, la Guerra Civil española y el cardenismo: la revista *Frente a Frente*”, en *La palabra y el hombre*, No. 109 (1999), pp. 107-118.
- Enríquez Perea, Alberto (Coord.), *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires 1936-1937*, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.
- Escobar, Luis A., “Francisco Ayala y José Medina Echavarría entre el exilio y la sociología latinoamericana”, en *Temas Sociológicos* No. 26 (2020), pp. 329-357.
- _____, *Francisco Ayala. Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana*, Rosario, Prohistoria ediciones, 2022.
- Espasa, Andreu, *Estados Unidos en la Guerra Civil española*, Madrid, Catarata/IIH-UNAM, 2017.
- _____, “Confluencia geopolítica entre Cárdenas y Roosevelt: afinidades ideológicas, Guerra Civil Española y expansión fascista en América Latina”; en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 35, No. 2 (2019), pp. 231-254.
- Faber, Sebastiaan, “Exilio e hispanismo”, en Mari Paz Balibrea (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI de España, 2017, pp. 69-77.
- Falcón, Alejandrina, “El idioma de los libros: antecedentes y proyecciones de la polémica “Madrid, meridiano “editorial” de Hispanoamérica”, en *Iberoamericana*, Vol. 10, No. 37 (2010), pp. 39-58.
- Fanesi, Pietro Rinaldo, “El exilio antifascista en América Latina. El caso mexicano: Mario Montagnana y la “Garibaldi” (1941-1945)”, *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* Vol. 3, No 2, (julio-diciembre 1992).
- Febvre, Lucien y Martin, Henri-Jean, *La aparición del libro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Fell, Claude, *José Vasconcelos: los años del águila, 1920-1925. Educación, cultura e iberoamericanos en el México posrevolucionario*, México, UNAM, 2020.
- Fernández-Posse de Arnaiz, María Dolores, “Pedro Bosch Gimpera”, en *trabajos de Prehistoria*, Vol. 72, No. 1 (2015), pp. 8-21.
- Férriz Roure, Teresa, *La edición Catalana en México*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1998.
- Feu, Montse, *Fighting fascist Spain. Worker protest from the printing press*, Chicago, University of Illinois Press, 2020.
- Foster, Merlín H., “Prefacio”, en *Letras de México (1937-1947) Índice anotado*, México, Universidad Iberoamericana, 1972.
- Friedman, Max Paul, *Nazis y buenos vecinos La campaña de los Estados Unidos contra los alemanes de América Latina durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Machado Libros, 2008.
- Friedmann, Germán Claus, *Alemanes antinazis en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2010.
- Fronczak Joseph, *Everything is possible. Antifascism and the Left in the age of fascism*, New Haven, Yale University Press, 2023.
- Furniss, Edgar S., “The contribution of Nicholas John Spykman to the Study of International Politics”, en *World Politics*, Vol. 4, No. 3 (abril 1952), pp. 382-401.
- Gagnon, Chantal, “Political translation” en Yves Gambier y Luc van Doorslaer (Ed.), *Handbook of translation studies, Vol. 1*, Amsterdam, John Benjamins Publishing Co, 2010, pp. 253-254.

- Gago Martín, Claudia, “La Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. Trayectorias para la definición del intelectual antifascista y aproximación al análisis ideológica del grupo a través del estudio de “El Mono Azul””, Tesis de Doctorado, Universidad Rey Juan Carlos, 2022.
- García, Hugo, “Presente y futuro de una ilusión: la historiografía sobre el antifascismo desde Furet, 1996-2015”, en *Ayer*, No. 100 (2015), pp. 233-247.
- _____, “Was there an antifascist culture in Spain during the 1930s?”, en Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco (Eds.), *Rethinking antifascism. History, memory, and politics, 1922 to the present*, Nueva York, Berghahn, 2016, pp. 92-113.
- _____, “Transnational history: a new paradigm for Anti-fascist studies?”, en *Contemporary European History*, Vol. 25, No. 4 (2016), pp. 563-572.
- García, Hugo, Yusta, Mercedes, Tabet, Xavier y Clímaco, Cristina, (Eds.), *Rethinking antifascism. History, memory, and politics, 1922 to the present*, Nueva York, Berghahn, 2016.
- García Jr., Afrânio, “Stefan Zweig: profeta de la nación brasileña”, en *Políticas de la memoria*, No. 10-12 (2009-2011), pp. 193-201.
- Garcidiego, Javier, “La oposición conservadora y de las clases medias al cardenismo”, en *Istor*. No. 25 (2006), pp. 30-49.
- _____, “Alfonso Reyes y La Casa de España en México”, en Aurelia Valero Pie (Coord.), *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 33-53.
- _____, “Alfonso Reyes en la Argentina: desencuentros diplomáticos y amistades literarias”, en *Autores, editoriales instituciones y libros. Estudios de historia intelectual*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 229-254.
- _____, “Alfonso Reyes y España: exilio diplomacia y literatura”, en *Autores, editoriales, instituciones y libros*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 205-228.
- _____, “Alfonso Reyes y La Casa de España”, en *Autores, editoriales, instituciones y libros*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 255-292.
- _____, *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- _____, *Sólo puede sernos ajeno lo que ignoramos. Ensayos biográficos sobre Alfonso Reyes*, México, El Colegio Nacional, 2022.
- Gellman, Irwin, *Good Neighbor Diplomacy. United States policies in Latin America, 1933-1945*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2019.
- Gilderhus, Mark T., “Founding Father: Samuel Flagg Bemis and the Study of U.S.-Latin American Relations”, en *Diplomatic History*, Vol. XXI, No. 1 (January 1997), pp. 1-3.
- Gilletta, Matías Fernando, *Sergio Bagú. Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.
- Girola, Lidia, “La crisis como oportunidad. Grupos intelectuales y la construcción del Estado post-revolucionario: su contexto político e intelectuales (1934-1950)”, en *Tempo social. Revista de sociología da USP*, Vol. 28, No. 3 (2016), pp. 3-27.
- _____, “Elites intelectuales e imaginario sociales contrapuestos en la era del “milagro mexicano” y su expresión en la revista Cuadernos Americanos”, en *Sociologías*, Vol. 20, No. 47 (enero-abril 2018), pp. 170-208.

- Gleizer, Daniel, *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos, 1933-1945*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2011.
- Gojman Goldberg, Alicia, “La Acción Democrática Internacional y su lucha contra la violencia nazifascista en México”, en Guillermo Castillo y Mauricio Pilatowsky (Coords.), *Los intelectuales y la configuración de los imaginarios mexicanos*, México, UNAM, 2015, pp. 151-177.
- Gómez Revuelta, Maritza, *El agotamiento de una utopía. Historia del concepto de revolución en México, 1876-1949*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2019.
- González de la Vara, Armida, y Matute, Álvaro, *El exilio español y el mundo de los libros*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2002.
- González Navarro, Moisés, “José Medina Echavarría y México”, en Moisés González Navarro, Adolfo Castañón, Álvaro Morcillo Laiz, *José Medina Echavarría y México. José Medina Echavarría: correspondencia*, México, El Colegio de México, 2010.
- González Neira, Ana, “Las mesas rodantes de Cuadernos Americanos: un novedoso encuentro entre intelectuales”, en XI Jornadas Interescuelas/Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007. Rescatado de <https://cdsa.aacademica.org/000-108/344>.
- _____, “Cuadernos Americanos y el exilio español: nacimiento de una revista universal (1942-1949)”, en *Cuadernos Americanos*, No. 127 (2009), pp. 11-30.
- Granados, Aimer, “La emergencia del intelectual en América Latina y el espacio público: el caso de Alfonso Reyes, 1927-1939”, en *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, Vol. 1, No. 41 (2015), pp. 173-199.
- Granados Valdéz, Juan, “Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset: una amistad reacia, un largo malentendido”, en *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 41, No. 123 (julio-diciembre 2020), pp. 77-98.
- Gramuglio, María Teresa, “Sur. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental”, en Carlos Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010.
- Groppi, Bruno, “Los exilios europeos en el siglo XX”, en Pablo Yankelevich (Coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, Conaculta-INAH/Plaza y Valdés Editores, 2002, pp. 19-41.
- _____, “El antifascismo en la cultura política comunista”, en *Anuario IEHS*, No. 19 (2004), pp. 27-44.
- Guillén Romo, Héctor, *Las crisis, De la Gran Depresión a la primera gran crisis mundial del siglo XXI*, México, Ediciones ERA, 2013.
- Guzmán Anguiano, Francisco Joel, “La sucursal argentina del Fondo de Cultura Económica en sus primeros años: circuito editorial y prácticas (1945-1956)”, Tesis de Maestría, Posgrado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- _____, “El Fondo de Cultura Económica y su sucursal en Argentina: convenios comerciales y circulación de producciones editoriales (1945-1955)”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 48, No. 2 (2021), pp. 301-326.
- _____, “Una preparación para la investigación y el servicio burocrático: las alumnas del Diplomado en Ciencias Sociales del Centro de Estudios Sociales”, inédito, 2023.
- _____, “La historiografía del antifascismo en América Latina: una revisión de su abordaje como fenómeno internacional”, en *Macrohistoria*, No. 4 (2023), pp. 65-85.

- _____, “Conocerlos por sus palabras: los lectores argentinos del Fondo de Cultura Económica a través de su correspondencia (1945-1955)”, en *Letras Históricas* No. 29 (2023), pp. 1-28.
- _____, “La revista especializada en ciencias sociales como espacio antifascista: una interpretación desde el caso de *El Trimestre Económico*”, en *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*, Vol. 7, No. 15 (2024), pp. 34-58.
- Guzmán Rodríguez, Rosa Elia, “Antifascismo, comunismo y feminidad en el exilio republicano. El boletín de la Unión de Mujeres Españolas en México (1951-1955)”, Tesis de Licenciatura, Universidad Autónoma de Querétaro, 2022.
- Hanson, Elizabeth C., “William T. R. Fox and the study of world politics”, en *Journal of international affairs*, Vol. 44, No. 1 (primavera-verano 1990), pp. 1-20.
- Hégron, Bastien, “El México cardenista, ¿un modelo político para la izquierda francesa?”, en *Secuencia*, No. 116 (2023), pp. 1-35.
- Hench, John B., “American war books, and the dilemmas of translation, 1944-1946”, en *The Princeton University Library Chronicle*, Vol. 71, No. 2 (invierno 2010), pp. 151-167.
- _____, *Books as weapons. Propaganda, publishing, and the battle for global markets in the era of World War II*, Ithaca, Cornell University Press, 2010.
- _____, “The publishers who lunch: The social networking of American book publishers”, en *Book History*, Vol. XVIII (2015), pp. 273-301.
- Hernández Chávez, Alicia, *La mecánica cardenista. Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940. Vol. 16*, México, El Colegio de México, 1979.
- Hernández Ponce, Manuel Alejandro, “México frente a la crisis económica y la amenaza de la Segunda Guerra Mundial: controversia racial y de ciudadanía”, *Revista de El Colegio de San Luis* Vol. 5, No. 10 (julio-diciembre 2015), pp. 10-36.
- Herrera León, Fabián, “México en la Sociedad de Naciones: modernización y consolidación de una política exterior, 1931-1940”, Tesis de Doctorado, El Colegio de México, 2010.
- _____, “México y su defensa de España en la Sociedad de Naciones”, en *México en la Sociedad de Naciones, 1931-1940*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2014, pp. 281-345.
- _____, *México en la Sociedad de Naciones, 1931-1940*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2014.
- _____, “Narciso Bassols y la defensa de España en la Sociedad de Naciones: fundamentos”, en Carlos Sola Ayape (Coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*, Madrid, FCE/Cátedra del Exilio, 2016, pp. 249-267.
- _____, “La oficina Internacional del Trabajo en México: la visita de Edward J. Phelan y Stephen Lawford Childs en mayo de 1933”, en *Anos 90*, Vol. 27, No. 0 (2020), formato virtual (disponible en <https://seer.ufrgs.br/index.php/anos90/article/view/103406>).
- _____, “México y la Sociedad de Naciones: sobre su exclusión e ingreso (1919-1931)”, en *Historia Mexicana*, Vol. 69, No. 4 (2020), pp. 1647-1680.
- Herrera González, Patricio Bernardo, “En favor de una patria de los trabajadores. La Confederación de Trabajadores de América Latina y su lucha por la emancipación del continente, 1938-1953”, Tesis de Doctorado en Historia, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013.

- Herrera Zamorano, Luis Mariano, “La producción de libros en México a través de cuatro editoriales (1933-1950)”, Tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- Hilderbrand, Robert C., *Dumbarton Oaks. The origins of the United Nations and the search for postwar security*, Chapel Hill/Londres, The University of North Carolina Press, 1990.
- Hodgson, Keith, “The British left and the rise of Nazism”, en *Fighting fascism: the British Left and the rise of fascism*, Manchester, Manchester University Press, 2010.
- Hölscher, Lucian, *El descubrimiento del futuro*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 2014.
- De Hoyos Puente, Jorge, *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, México, El Colegio de México, 2012.
- _____, “1942”, en Mari Paz Balibrea (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI de España, 2017, pp. 246-249.
- _____, “1946”, en Mari Paz Balibrea (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI de España, 2017, pp. 252-257.
- Iber, Patrick, *Neither peace nor freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.
- Ifversen, Jan, “The crisis of European civilization. An inter-war diagnosis”, en Mehdi Mozaffari (Ed.), *Globalization and civilizations*, Nueva York, Routledge, 2005, pp. 151-172.
- Inclán Fuentes, Carlos, *Perote y los nazis. Las políticas de control y vigilancia del Estado mexicano a los ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1946)*, México, UNAM/Gobierno de Veracruz, 2013.
- Jacinto, Lizette, “Desde la otra orilla: Alice Rühle Gerstel y Otto Rühle. La experiencia del exilio político de izquierda en México, 1935-1943”, en *Historia Mexicana*, Vol. 64, No. 1 (2014), pp. 159-242.
- Jeifets, Víctor y Jeifets, Lazar, “La odisea roja. Varias líneas al retrato político de Jorge Vivó d’Escoto”, CS No. 14 (julio-diciembre 2014), pp. 167-200.
- Jorge, David, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016.
- _____, *De la revolución al antifascismo. La Komintern y el desarrollo de una causa trasnacional*, Madrid, Catarata, 2023.
- Judt, Tony, *Past imperfect. French intellectuals, 1944-1956*, Nueva York, New York University Press, 2011.
- Katz, Barry, “The accumulation of thought: transformations of the refugee scholar in America”, en *The Journal of Modern History*, Vol LXIII, No. 4 (diciembre 1991), pp. 740-752.
- Kershaw, Ian, *La dictadura nazi. Principios controversiales en torno a la era de Hitler*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.
- Klein, Milton M., “Progressive history’s curmudgeon: the enigmatic Carl Becker”, en *Reviews in American History*, Vol. 2, No. 2 (junio 1974), pp. 293-299.
- Killinger, Charles, “Gaetano Salvemini: antifascism in thought and action”, en *Journal of Modern Italian Studies*, Vol. 5, No. 5 (2010), pp. 657-677.

- Kocka, Jürgen, "History before Hitler: The debate about German Sonderweg", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 23, No 1 (1988), pp. 3-16.
- Krohn, Claus-Dieter, "Refugee Scholar and the New School for Social Research in New York after 1933: Intellectual transfer and impact", en Ludger Pries y Pablo Yankelevich (Eds.), *European and Latin American social scientists as refugees, émigrés and return-migrants*, Cham, Palgrave Macmillan, 2019.
- Lavín Robles, María Fernanda, "El libro de terror nazi en Europa: propaganda antifascista y denuncia de la barbarie nazi", Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, 2016.
- Lear, John, *Imaginar el proletariado. Artistas y trabajadores en el México Revolucionario, 1908-1940*, México, Grano de Sal, 2019.
- Lida, Clara E., *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1992
- _____, "Lázaro Cárdenas ante la Guerra Civil Española", en *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 131-142.
- Lida, Clara E. y Matezans, José Antonio, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1993.
- Lida, Miranda, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2019.
- _____, "Redes universitarias de la Institución Cultural Española. Un capítulo argentino de la emigración", en Marcela Croce (Ed.), *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas*, Buenos Aires, Teseo Press, 2021, pp. 165-181.
- _____, "Debates del exilio francés de Nueva York durante la ocupación nazi. Su recepción en la *Revista de los intelectuales europeos en América* (Buenos Aires, 1942-1946), en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, No. 56 (enero-junio 2022), pp. 32-56.
- Lira, Andrés, "Vicente Herrero: tiempo y lugares de un traductor", en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (eds.), *El exilio español del 38 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014.
- _____, "Autobiografía, humanismo y ciencia en la obra de José Medina Echavarría", en *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015.
- _____, "José Gaos y José Medina Echavarría. La Vocación intelectual", en *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015.
- Lizaola, Julieta, "María Zambrano en México", en *Revista de Hispanismo Filosófico*, No. 13 (2008), pp. 107-112.
- Loaeza, Soledad, "La reforma política de Manuel Ávila Camacho", en *Historia Mexicana* Vol. 63, No. 249 (2013), pp. 251-358.
- _____, "La política intervencionista de Manuel Ávila Camacho: el caso de Argentina en 1945", en *Foro Internacional*, Vol. LVI, No. 4 (oct.-dic. 2016), pp. 851-902.
- _____, *A la sombra de la superpotencia. Tres presidentes mexicanos en la Guerra Fría, 1945-1958*, México, El Colegio de México, 2022.
- Londero, Eleanor, "Vanguardia y nacionalismo: la polémica del meridiano (Madrid-Buenos Aires, 1927)", en *Iberoamericana*, Vol. 36, No. 1 (1989), pp. 3-19.
- López, José Ramón, "1939", en Mari Paz Balibrea (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI de España, 2017, pp. 234-245.

- López García, José-Ramón, “Los poemas mexicanos de Francisco Giner de los Ríos”, en *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* No. 17 (2015), pp. 205-219.
- Luparello, Velia Sabrina, “Revolución o liberación: una aproximación a la cuestión nacional europea durante la Segunda Guerra Mundial (1941-1945)”, en *Diálogos*, Vol. 21, No. 2 (2017), pp. 214-228.
- Madill, Peter, “Journeys to England: the early life and works of J. P. Mayer”; en *History of European Ideas*, publicado el 21 de marzo del 2021, Online, DOI <https://doi.org/10.1080/01916599.2021.1902025>, (consultado el 4 de junio del 2022).
- Martínez Assad, Carlos, *Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el Estado cardenista*, México, FCE/UNAM, 1993.
- Matesanz, José Antonio, “Toma de Posición. El estallido de la guerra civil española en la prensa mexicana, julio-septiembre de 1936”, en *Las raíces del exilio: México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 35-104.
- Maíz, Claudio, “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: Redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, en *Cuadernos de CILH*, Vol. 12, No. 14 (2011), pp. 75-91
- McElligott, Jason y Patten, Eve, “The perils of print culture: an introduction”, en Jason McElligott y Eve Patten (Eds.), *The perils of print culture. Books, print and publishing history in theory and practice*, Londres, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 1-16.
- Mcgee Deutsch, Sandra, *Gendering anti-fascism: women activism in Argentina and the world, 1918-1947*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2023.
- Meirelles de Oliveira, Ângela, “Palavras como balas. Imprensa e intelectuais antifascistas no Cone Sul (1933-1939)”, Tesis de Doctorado en Historia, Universidade de São Paulo, 2013.
- _____, “New Masses e a América Latina: intelectuais e política na luta contra o fascismo (1933-1939)”, en *Antíteses*, Vol. 12, No. 23 (2019), pp. 337-364.
- Melgar Bao, Ricardo, “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, en Marta Elena Casaús Arzú y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2005, pp. 65-106.
- _____, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940*, México, CIALC-UNAM, 2018.
- Mendoza Pérez, Ernesto Josué, “Sueño acariciado de Centroamérica: el antifascismo unionista de Alfonso Guillén Zelaya y Vicente Sáenz en las páginas de El Popular (1938-1946)”, Tesis de Maestría, CIDE, 2020, pp. 91-138.
- _____, “Unionismo y antifascismo en el proyecto político-intelectual Unión Democrática Centroamericana (1943-1946)”, en *Secuencia* No. 114 (septiembre-diciembre 2022), doi: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i114.2093>.
- Meyer, Jean, *El Sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?*, México, Joaquín Mortiz, 1979.
- Misses-Liwerant, Judit, Gleizer, Daniela y Siman, Yael, “Claves conceptuales y metodológicas para comprender las conexiones entre México y el Holocausto ¿Historias independientes o interconectadas?”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 61, No. 228 (2016), pp. 267-310.
- Mondragón, Rafael, *El largo instante del incendio. Ensayo biográfico sobre José Vasconcelos*, México, El Colegio Nacional, 2023.

- Moradiellos, Enrique, “La Guerra Civil entre el mito y la historia”, en *Historia Mínima de la Guerra Civil Española*, México, El Colegio de México/Turner, 2016.
- Moraes Medina, Mariana, “En busca del enemigo oculto: intelectuales y revistas antinazis en el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial”, en *Revista Letral*, No. 23 (2020), pp. 1-21.
- Morales Martín, Juan Jesús, “Un corredor de ideas entre México y Argentina. El intercambio científico e intelectual entre los sociólogos del exilio español”, en *Iberoamericana*, Vol. XIV, No. 53 (2014), pp.42-43.
- _____, *José Medina Echavarría, Vida y sociología*, México, El Colegio de México, 2017.
- _____, “Guerra y totalitarismo en un seminario de El Colegio de México (1943). Aproximaciones al pensamiento de José Medina Echavarría”, en *Bajo Palabra. Revista de filosofía*, No. 13 (2017), p. 104.
- Morales Ruiz, Juan José, “El contubernio: Franco y las Naciones Unidas”, en *Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Calatayud*, No. 25 (2019), pp. 47-80.
- Morcillo Laiz, Álvaro, “El forastero que se queda: José Medina Echavarría y la sociología latinoamericana”, en Adolfo Castañón y Álvaro Morcillo Laiz (Comp.) *José Medina Echavarría: correspondencia*. México, El Colegio de México, 2010, pp. 343-372.
- _____, “La gran dama. La Fundación Rockefeller y las ciencias sociales mexicanas en los años de 1940”, en *Estudios Sociológicos*, Vol. XLI, No. 41 (2023), pp. 33-80.
- Moreno Sanz, Jesús, “Europa, un lugar de la esperanza”, en María Zambrano, *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta, 2000, pp. 9- 18.
- Moya López, Laura Angélica, “José Medina Echeverría y la Colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica, 1939-1959”, en *Estudios Sociológicos*, México, vol. XXV, no. 75, septiembre-diciembre 2007, p. 765-803.
- _____, *José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social concreta (1939-1980)*, México, El Colegio de México, 2013.
- _____, “Historia, filosofía y reflexión teórica. Hacia una definición del concepto de sociología”, en *José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social concreta (1939-1980)*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 279-330.
- _____, “Los universos textuales de José Medina Echavarría en México: la colección de Sociología del FCE y la colección Jornadas, en Aurelia Valero Pie (Ed. y Coord.), *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México. 1940-1950*, México, El Colegio de México, 2015.
- Myers, Jorge, “El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, en *Políticas de la Memoria*, No. 15 (2014-2015), pp. 53-69.
- Nállim, Jorge, “Del antifascismo al antiperonismo: *Argentina Libre, ...Antinazi* y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual”, en Marcela García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert Verlag, 2006, pp. 77-105.
- _____, *Transformations and crisis of liberalism in Argentina, 1930-1955*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2012.
- _____, “Antifascismo, revolución y Guerra Fría en México: la revista *América*, 1940-1960”, en *Latinoamérica*, No. 70 (2020), pp. 93-126.

- _____, “El “totalitarismo peronista”. Redes transnacionales y antiperonismo en las décadas de 1940 y 1950”, en Martín Vicente y Mercedes López Cantera (Coords.), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2022, pp. 55- 80.
- Neubauer, Cecilia Guadalupe, “Redes intelectuales latinoamericanas: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña en Argentina”, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- Olechnowicz, Andrzej, “Labour theorises fascism: A. D. Lindsay and Harold Laski”, en Nigel Copsey y Andrzej Olechnowicz (Ed.), *Varieties of Anti-Fascism. Britain in the Inter-War Period*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 202-222.
- Oliva Medina, Mario, “Vicente Sáenz: biografía intelectual y política de un americano desconocido”, en *Cuadernos Americanos* No. 160 (2017), pp. 63-76.
- Olivares Olivares, Valeria Alejandra, “Antifascismo y género en América Latina: el caso del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCh) entre 1935-1939”, en *Páginas*, Vol. 14, No. 36 (2022), DOI: 10.35305/rp.v14i36.683.
- Olvera Serrano, Margarita, “La institucionalización de la economía y de la sociología como disciplinas científicas modernas en México (1928-1958). Una reconstrucción historiográfica a través de sus revistas especializadas”, Tesis de Doctorado en Historiografía, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2011.
- Ortiz Garza, José Luis, *Ideas en tormenta. La opinión pública en México en la segunda guerra mundial*, Naucalpan, Ediciones Ruz, 2007.
- Palacios, Guillermo, *La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del “problema campesino” en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México/CIDE, 1999.
- _____, “The social sciences, revolutionary nationalism and interacademic relations. Mexico and the United States, 1930-1940”, en Amelia M. Kiddle y María L. O. Muñoz (Eds.), *Populism in twentieth century Mexico. The presidencies of Lázaro Cárdenas y Luis Echeverría*, Phoenix, The University of Arizona Press, 2010.
- _____, “Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)”, en Carlos Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010.
- Palmier, Jean-Michael, *Weimar in exile. The antifascist emigration in Europe and America*, Nueva York, Verso, 2017.
- Parra Triana, Clara María, “Americanismo crítico y modernidad intelectual hispanoamericana en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Carlos Mariátegui”, en Simón Palominos, Lorena Ubilla y Alejandro Viveros (Eds.), *Pensando el bicentenario doscientos años de resistencia y poder en América Latina*, Santiago, Universidad de Chile, 2012, pp. 37-56.
- Parmar, Inderjeet, “Engineering Consent: The Carnegie Endowment for International Peace and the Mobilization of American Public Opinion, 1939-1945”, en *Review of International Studies*, Vol. XXVI, No. 1 (January 2000), pp. 35-48.
- Pasolini, Ricardo, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales*, Vol. 26, No. 1 (2004), pp. 81-116.

- _____, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentina de la Cultura, 1935-1955”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 45, No. 179 (2005), pp. 403-433.
- _____, “Scribere in eos qui possunt proscribere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, No. 12 (2008), pp. 87-108.
- _____, “Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, en *Iberoamericana*, Vol. 13, No. 52 (diciembre de 2013), pp. 83-97.
- _____, *Los marxistas liberales: antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- _____, “Antifascismo global y debates italianos sobre el totalitarismo: las ideas y los ecos atlánticos del grupo *Giustizia e Libertà*, 1932-1944”, en Martín Vicente y Mercedes López Cantera (Coord.), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2022, pp. 27-53.
- Pérez, Adrián Nicolás, “Perlinger o Perón. Disputas por el control y las posturas ante el fascismo durante los años 43 y 44 a puertas dentro de las Fuerzas Armadas”, en *Antigua Matanza. Revista de Historia Regional*, Vol. 3, No. 2 (2019), pp. 4-48.
- Pérez, Alberto, “El debate sobre el fascismo en la Escuela de Frankfurt y la crítica de Marcuse al existencialismo político”, en *Revista de Filosofía y Teoría Política* No. 34 (2002), pp. 1-7.
- Pérez González, Sergio, “Renato Treves, fundamentos e itinerarios de una sociología jurídica”, *Anuario de filosofía del derecho* No. 23 (2006), pp. 405-430.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Lázaro Cárdenas del Río: Un mexicano del siglo XX*, Tomo 2, México, Debate, 2018.
- Pettinà, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría*, México, El Colegio de México, 2018.
- Pietsch, Tamson, “Alternative ties: national and international forcer”, en *Empire of scholars. Universities, networks, and the British academic world 1850-1939*, Manchester, Manchester University Press, 2013.
- Pilatowsky, Mauricio, “El acercamiento de José Vasconcelos al nazismo y su dirección de la revista *El Timón*”, en *Estudios*, Vol. XII, No. 110 (otoño 2014), pp. 159-175.
- Pita González, Alexandra, *La Unión Latino Americana y El Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009.
- Pita González, Alexandra y Grillo, María del Carmen, *La Revista de Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas, 1938-1948*, Buenos Aires, Teseo Press, 2021.
- Pita González, Alexandra y Marichal Salinas, Carlos, “Introducción, pensar el antiimperialismo”, en Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (Coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012.
- Pizarroso Acedo, Patricia, “Culturas del exilio. Las revistas culturales del antifascismo alemán, austriaco, catalán y español en México”, Tesis de Doctorado, Universidad de Alcalá, 2019.
- Pries, Ludger, y Yankelevich, Pablo, “Comparing contexts, institutions and periods of the Emigrés’s arrival and possible return”; en Ludger Pries y Pablo Yankelevich (Eds.), *European and Latin American social scientists as refugees, émigrés and return-migrants*, Cham, Palgrave Macmillan, 2019.

- Plotkin, Mariano Ben y Zimmermann, Eduardo, “Saberes de Estado en la Argentina, siglos XIX y XX”, en Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimmermann (Comps.), *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, EDHASA, 2012.
- Pujals, Sandra, “The Caribbean Bureau of the Comintern Anti-Imperialist radical networks and the foundations for an anti-fascist culture in the Caribbean Basin, 1927-1935”, en Kasper Brasken, Nigel Copsey y David Featherstone (eds.), *Anti-fascism in a global perspective. Transnational networks, exile communities and radical internationalism*, Nueva York, Routledge, 2021, pp. 58-76.
- Quiroz Vitale, Marco A., “Renato Treves y Gino Germani en Argentina: el rol social del sociólogo”, en *Revista de la Facultad*, Vol. 7, No. 1 (2016), pp. 43-61.
- Ramírez Santos, Celia Alejandra, “Escribiendo sobre Weimar y el (neo)nazismo desde México: Paul Merker y Vicente Lombardo Toledano”, en *Res publica* Vol. 23, No. 1 (2020), pp. 37-45.
- Reimann, Aribert, *Transnational District. European political exile in Mexico City*, Colonia, Kölner Universitäts Publikations Server, 2020.
- Reyna José Luis, “La institucionalización de las ciencias sociales en México”, en Hélgio Trindade (Coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI Editores, 2007, pp. 249-282.
- Richet, Isabelle, “Women and antifascism. Historiographical and methodological approaches”, en Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco (Eds.), *Rethinking antifascism. History, memory, and politics, 1922 to the present*, Nueva York, Berghahn, 2016, pp. 152-166.
- Riguzzi, Paolo, “Disrupción económica, tensiones diplomáticas y cooperación. 1930-1939”, en Paolo Riguzzi y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México-Estados Unidos 1756-2010. II ¿Destino no manifesto? 1867-2010*, México, UNAM/SER, 2012.
- Rivas Aguilar, Ramón, “Mariano Picón Salas: capitalismo de Estado y fundamentos de la nación venezolana (1931-1948)”, en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, No. 24 (2003), pp. 93-111.
- Rivera Mir, Sebastián, *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*, Raleigh, Editorial A Contracorriente, 2020.
- , “El antifascismo desde abajo. Entre la política oficial y las prácticas alternativas (México, 1936-1942)”, en *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 48, No. 3 (2023), pp. 358-376.
- , *Ningún revolucionario es extranjero. Intercambios educativos y exilios latinoamericanos en el México cardenista*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2023.
- Rinke, Stefan, *América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia global*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.
- Rivaya, Benjamín, “Biografía política de Luis Recaséns Siches”, en *Revista de las Cortes Generales*, No. 52 (2001), pp. 193-225.
- Robinet, Romain, *La Revolución Mexicana. Una historia estudiantil*, México, Bonillas Artigas Editores/CEMCA, 2023.
- Rodríguez Aviñoá, Pastora, “La prensa nacional frente a la intervención de México en la Segunda Guerra Mundial”, en *Historia Mexicana*, Vol. XXIX, No. 2 (Oct-dic. 1979), pp. 252-300.

- Rodríguez Contreras, Carlos, “Las redes intelectuales del Fondo de Cultura Económica. La Colección Tierra Firme, 1941-1956”, Tesis de Maestría, Posgrado en Historia Internacional, CIDE, 2020.
- Rojas, Rafael, “México y las dictaduras caribeñas (1934-1959)”, en *Istor*, Vol. 10, No. 39 (2009), pp. 117-146.
- _____, “Dictadores novelados” en *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018, pp. 151-173.
- _____, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, México, Turner, 2021.
- _____, “Cuadernos Americanos y el latinoamericanismo de la guerra fría”, documento inédito, 2021.
- _____, “El cardenismo fabiano”, en *La epopeya del sentido. Ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)*, México, El Colegio de México, 2022.
- _____, “Alfonso Reyes: la epopeya del duelo”, en *La epopeya del sentido: ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)*, México, El Colegio de México, 2022.
- Rosetti, Mariana, “La polémica del Meridiano Intelectual de 1927. La lucha por el cauce de las corrientes intelectuales”, en *Lexis*, Vol. 36, No. 1 (2012), pp. 131-144.
- Rueda Enciso, José Eduardo, “Las mujeres y las ciencias sociales y humanas. Contexto histórico”, en *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, No. 10 (2008), pp. 71-106.
- Ruíz Velasco Barba, Rodrigo, “La prensa y los intelectuales mexicanos frente a la Guerra de España, 1936-1939”, Tesis de Doctorado, CIESAS Occidente, 2017.
- Ruiz Chataing, David, “Ideas políticas de Mariano Picón Salas”, *Tiempo y espacio* No. 63 (enero-junio 2015), pp. 125-142.
- Ruíz Funez, Concepción, “Mariano Ruíz-Funes”, en *Anales de Derecho*, No. 23 (2005), pp. 329-342.
- Saferstein, Ezequiel Andrés, “Entre los estudios sobre el libro y la edición: el “giro material” en la historia intelectual y la sociología”, en *Información, cultura y sociedad*, No. 29 (2013), pp. 139-166.
- Sánchez Andrés, Agustín, “Una voz amiga en la Sociedad de Naciones. Isidro Fabela y la defensa de la causa republicana española”, en Carlos Sola Ayape (Coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*, Madrid, FCE/Cátedra del Exilio, 2016, pp. 269-295.
- _____, “Un refugio en América. Una mirada retrospectiva sobre el exilio español en México”, en Laura Beatriz Moreno Rodríguez y José Francisco Mejía Flores (Coords.), *Republicanos españoles en América Latina durante el franquismo: historia, temas y escenarios*, México, UNAM/SER, 2020, pp. 29-41.
- Sánchez Andrés, Agustín, y Herrera León, Fabián, *Contra todo y contra todos. La diplomacia mexicana y la cuestión española en la Sociedad de Naciones, 1936-1939*, Tenerife, Ediciones Idea, 2011.
- _____, “La administración de Manuel Ávila Camacho y el reconocimiento del gobierno de la República en el exilio”, en Mari Carmen Serra Puche, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape (eds.), *1945, entre la euforia y la esperanza: el México posrevolucionario y el exilio republicano español*, México, UNAM/FCE, 2014.

- Sánchez Román, José Antonio, “El multilateralismo como intervencionismo. Estados Unidos y la Sociedad de Naciones en América Latina (1930-1946)”, en *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 41 (2015), pp. 47-69.
- Sarlo, Beatriz, “La perspectiva americana en los primeros años de “Sur”, en *Punto de Vista* No. 17, (abril-junio 1983), pp. 10-12.
- _____, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *América: Cahiers du CRICCAL*, No. 9-10 (1992), pp. 9-16.
- Sapiro, Gisèle, “El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XX”, en *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*, Villa María, Eduvim, 2017, pp. 25-47.
- _____, “La internacionalización de los campos intelectuales en el periodo entreguerras: entre la profesionalización y la politización”, en *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*, Villa María, Eduvim, 2017, pp. 77-113.
- Savarino Roggero, Franco, *México e Italia. Política y diplomacia en la época del fascismo. 1922-1942*, México, SRE, 2003.
- _____, “Nacionalismo en la distancia: los Italianos emigrados y el fascismo en México (1922-1945)”, en *Pasado y memoria*, No. 11 (2012), pp. 41-70.
- Scaramella, Evelyn, “Translating the Spanish Civil War: Langston Hughes’s Transnational Poetics”, en *The Massachusetts Review*, Vol. 55, No. 2 (Verano 2014), pp. 177-188.
- Sheridan, Guillermo, *Malas palabras. Jorge Cuesta y la revista Examen*, México Siglo XXI Editores, 2011.
- Söllner, Alfons, “Franz L. Neumann’s Place in the History of Political Thought: a sketch”, en Axel Fair-Schulz y Mario Kessler (eds.), *German scholars in Exile. New studies in intellectual history*, Plymouth, Lexington books, 2011, pp. 121-136.
- Sola Ayape, Carlos, “De la esperanza al desencanto: el exilio español en el México de Manuel Ávila Camacho (1940-1946)”, en *Historia del Presente*, No. 22 (segundo semestre 2013), pp. 57-74.
- _____, “El escritor Alfonso Junco o el perfil ideológico de un franquista mexicano”, en *En Claves del pensamiento*, Vol. VIII, No. 15 (enero-junio 2014), pp. 171-193.
- _____, “Al rescate de Franco y del franquismo: el hispanismo mexicano en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial”, en *Secuencia*, No. 95 (mayo-agosto 2016), pp. 91-114.
- _____, “A por esos gachupines fascistas”. *El popular* de Lombardo Toledano y su ofensiva contra la falange española en México”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, No. 58 (2019), pp. 289-326.
- Sola Ayape, Carlos y De Gasperín Torres, Fátima, “La Guerra Civil española, una lección para México. Vicente Lombardo Toledano y su lucha contra el fascismo internacional”, en *Revistas Izquierdas*, No. 49 (2020), pp. 3817-3840.
- Sola Ayape, Carlos, y Sotelo Fuentes, Fernanda, “En defensa de la Revolución y la democracia en México. Vicente Lombardo Toledano y el periódico *El Popular* ante el desafío del fascismo internacional”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 3 (2019), pp. 123-160.
- Soler, Martí, “El llamado”, en *La Casa del Éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 17-109.

- Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.
- Sorrilha Pinheiro, Marcos, “Luis Alberto Sánchez e os significados do latino-americanismo”, *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, No. 12 (2012), pp. 230-253.
- Soto García, Pamela, “María Zambrano y Pablo Neruda: la creación poética ante la Guerra Civil Española”, en *Palimpsesto* Vol. 10, No. 14 (julio-diciembre 2018), pp. 47-51.
- Spenser, Daniela, “*Unidad a toda costa*”: *La Tercera Internacional en México durante la presidencia del General Lázaro Cárdenas*, México, INEHRM/CIESAS, 2020.
- _____, *En combate: la vida de Vicente Lombardo Toledano*, México, Penguin Random House, 2018.
- Stanton, Anthony, “Alfonso Reyes y María Zambrano: una relación epistolar”; en *Homenajes a María Zambrano: estudios y correspondencia*, México, El Colegio de México, 1998.
- Straka, Tomas, “La aventura mexicana de Mariano Picón Salas: los libros, los exilios y sus redes”, en A. Santana (Coord.), *Interacción de los exilios en América Latina y el Caribe (siglo XX)*, México, UNAM/CIALC, 2017, pp. 42-43.
- Suárez, Carlos David, “Luis Alberto Sánchez y Germán Arciniegas: correspondencia (1934-1965)”, *Cuadernos Americanos*, Tercera Época, No. 167, (2019), pp. 103-132.
- Suárez Morales, Carlos David, “Germán Arciniegas en la postguerra: Panamericanismo y Guerra Fría Cultural, 1945-1958”, Tesis de Doctorado, Universidad de Sao Paulo, 2021.
- Suárez, Eduardo, *Eduardo Suárez. Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, México, Senado de la República, 2003.
- Svampa, María Lucila, “El concepto de crisis en Reinhart Koselleck. Polisemias de una categoría histórica”, en *Anacronismo e irrupción. Revista de teoría y filosofía política clásica y moderna* Vol. 6, No. 11 (2016-2017), pp. 131-151.
- Taillot, Allison, “De la heroína antifascista a “la hembra que no reflexiona”: las mujeres en los escritos de la guerra de España de Margarita Nelken”, en *Historia Actual Online*, No. 24 (2011), pp. 201-205.
- Tarcus, Horacio, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Buenos Aires, Tren en Movimiento/Cedinci, 2020, pp. 20-27.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, “Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México”, en *Secuencia*, No. 21 (1991), pp. 95-116.
- _____, “Latinoamérica El encanto y el poder de una idea”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, No. 22 (2018), pp. 119-150.
- Tierno Tejera, Sofía, “Los intelectuales exiliados españoles en las revistas culturales mexicanas: Letras de México, El Hijo Pródigo y Cuadernos Americanos. Diálogos en torno al humanismo y al nacionalismo”, Tesis de Maestría en Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Tissera, Ana, “España Peregrina, México, 1940”, en *Tabanque*, No. 12-13 (1997-1998).
- Tombs, Isabelle, “The victory of socialist “Vansittartism”: Labour and the German question, 1941-5”, en *Twenty Century British History*, Vol. VII, No. 3 (1996), pp. 287-290.
- Torres, Alejandra, “¿Qué culpa tiene el alemán de que los nazis lo hablarán?” Entrevista a Margo Glantz”, en *Iberoamericana*, Vol. IV, No. 14 (2004), pp. 171-176.

- Torres, Blanca, “Hacia la utopía industrial”, en Luis Medina Peña y Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana Volumen 7 1940-1952*, México, El Colegio de México, 2022.
- Torres Gaitán, Ricardo, “El 50 aniversario de *El Trimestre Económico*”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 50, No. 200 (1983), pp. 1949-1963.
- Torres Martínez, Rubén, “Gilberto Bosques Saldívar: diplomacia y antifascismo”, en M. C. Serra, J. F. Mejía y Carlos Sola Ayape (Eds.), *Política y sociedad en el exilio republicano (47-59)*, México, UNAM, 2015, pp. 47-59.
- Traverso, Enzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- _____, “Los intelectuales y el antifascismo. Por una historización crítica”, en *Acta poética*, Vol. 24, No. 2 (2003), pp. 51-72.
- _____, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Ugalde Quintana, Sergio, “La conformación de catálogos de los impresos antifascistas en México. vistos a través del periódico *El Popular* (1939-1945)”, en Marina Garone Gravier, Freja I. Cervantes Becerril, María José Ramos de Hoyos y Mercedes I. Salomón Salazar, *El orden de la cultura escrita. Estudios interdisciplinarios sobre inventarios, catálogos y colecciones*, México, UAM/Gedisa, 2019, pp. 263-290.
- _____, “Literatura, política y antifascismo en México en el diario *El Popular* (1939-1944)”, en Saurabh Dube e Ishita Banerjee (eds.), *Desentrañar la política*, México, El Colegio de México, 2023.
- Uriás Horcasitas, Beatriz, “Una pasión antirrevolucionaria: el conservadurismo hispanófilo mexicano (1920-1960)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 72, No. 4 (octubre-diciembre 2010), pp. 599-228.
- Urquidí, Víctor L., “Cuatro economistas singulares: Javier Márquez, Fernando Rosenzweig, Jorge Sol Castellanos, Miguel S. Wionczek”, en *El Trimestre Económico*, Vol. 56, No. 221 (1989), pp. 3-10.
- Urtbia Odekerken, Ximena, “El ensamblaje de un lente bifocal: el antifascismo comunista en Chile (1922-1939)”, en *Anuario IEHS*, Suplemento (2023), pp. 293-308.
- Valero Pie, Aurelia, *José Gaos en México. Una biografía intelectual 1938-1969*, México, El Colegio de México, 2015.
- _____, “Cuando traducir es inventar: actores, redes y contextos en la recepción en Norteamérica de José Ortega y Gasset”, en Aurelia Valero Pie (Coord.), *Historia intelectual y traducción: más allá de las fronteras nacionales*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2022, pp. 177-220.
- Vicente, Martín, “El espejo que tiembla. Usos heterogéneos del totalitarismo en el liberal-conservadurismo durante el primer posperonismo”, en Vicente, Martín y López Cantera, Mercedes (Coord.), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2022, pp. 105-125.
- Vicente, Martín y López Cantera, Mercedes (Coord.), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2022.
- Vials, Christopher, “Antifascist narrative and the politics of optimism”, *American Literary History* Vol. 35, No. 1 (2023), pp. 158-172.
- Villaseñor, Eduardo, “El XXV Aniversario de “El Trimestre””, en *El Trimestre Económico* Vol. 25, No. 100 (octubre-diciembre 1958), pp. 531-532.
- _____, *Memorias-Testimonio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

- Von Metz, Brigida, Radkau, Verena, Spenser, Daniela y Pérez Montfort, Ricardo, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, México, CIESAS, 1988.
- Viu, Antonia, “Revista Mensual de los Intelectuales europeos en América. (Buenos Aires 1942-1946): El exordio como práctica editorial”, en *Caderno de Letras* No. 39 (enero-abril 2021), pp. 155-171.
- Watson, Peter, *Historia intelectual del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Weinberg, Liliana, “Cuadernos Americanos: la política editorial como política cultural”, en Carlos Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, T. II Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Montevideo, Katz Editores, 2010, pp. 235-257.
- _____, “El encuentro de un escritor y una revista: Alfonso Reyes y *Cuadernos Americanos*”, en Regina Crespo (Coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México-CIALC, 2011, pp. 293-318.
- _____, “Revistas culturales y formas de sociabilidad intelectual. El caso de la primera época de *Cuadernos Americanos*. La edición de una revista como operación social”, en Hanno Ehrlicher y Nanette Rißler-Pipka (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*, Augsburg, Shaker Verlag, 2014.
- _____, *Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000.
- Willis Robb, James, “Alfonso Reyes y Germán Arciniegas. Corresponsales e hispanoamericanistas afines”, *Thesaurus* Vol. 38, No. 2 (1983), pp. 376-385.
- Wilson, Patricia, *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.
- _____, “La traducción y sus discursos: apuntes sobre la historia de la traductología”, en *Exlibris. Revista del Departamento de Letras*, Vol. 2, No. 82 (2013), pp. 82-95.
- Xirau, Ramón, “Memoria de Joaquín Xirau”, en *Otras Españas. Antología sobre literatura del exilio*, México, El Colegio de México, 2011, pp. 155-164.
- Yankelevich, Pablo, “Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana: José Ingenieros y Alfredo Palacios frente a la Revolución mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 58, No. 4 (octubre-diciembre 1996), pp. 127-149.
- _____, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, SER/INEHRM, 1997.
- _____, (Coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, Conaculta-INAH/Plaza y Valdés Editores, 2002.
- _____, *La revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*, México, Instituto Mora, 2003.
- _____, *¿Deseables o inconvenientes? Las fronteras de la extranjería en el México posrevolucionario*, México, Bonilla Artigas Editores/ENAH/Iberoamericana, 2011.
- _____, *Los otros. Raza, normas y corrupción en la gestión de la extranjería en México, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 2020.
- Zalamea, Fernando, “Mariano Picón Salas: triangulaciones del lugar americano 1930-1950”, en *Anuario Filosófico*, Vol. 15, No. (2007), pp. 343-350.

- Zanatta, Loris, “De fato de la *hispanidad* a centinela de occidente. La España de Franco en América Latina entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría”, en *Anuario IEHS*, Vol. 23 (2008), pp. 47-73.
- Zavala Mondragón, Lizbeth, “Traducción y exilio: México”, en *Historia de la traducción en España*, Portal Web (consultado el 1 de junio del 2022), <https://phte.upf.edu/hte/siglo-xx-xxi/zavala/>.
- Zermeño, Guillermo, “La invención del intelectual y su crisis”, en *Historias conceptuales*, México, El Colegio de México, 2017, pp. 321-345.
- Zogbaum, Heidi, “Vicente Lombardo Toledano and the German communist exile in Mexico, 1940-1947”, en *Journal of Iberian and Latin American Research*, Vol. 11, No. 2 (2005), pp. 1-28.
- Zuluaga Quintero, Diego Alejandro, “Jorge Zalamea Borda”, en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas (movimientos sociales y corrientes políticas)*, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, 2021, Disponible en <http://diccionario.cedinci.org>.